Manuel Trujillo
(Comp.)

BOLÍVAR



BIBLIOTECA AYACUCHO es una de las experiencias editoriales más importantes de la cultura latinoamericana. Creada en 1974 como un homenaje a la batalla que en 1824 significó la emancipación política de nuestra América, ha estado apuntando desde entonces sobre la conveniencia de establecer una relación dinámica y constante entre lo contemporáneo y el pasado nuestroamericano, a fin de revalorarlo críticamente con la perspectiva de nuestros días.

La Colección Paralelos agrupa libros de variada naturaleza, tiempo y autoría, que por su temática complementan los alcances de la Colección Clásica, multiplicando las líneas de acercamiento al fenómeno intelectual latinoamericano.

República Bolivariana de Venezuela
Fundación
Biblioteca Ayacucho

BANCO CENTRAL DE VENEZUELA

BOLÍVAR

Manuel Trujillo
(Comp.)

BOLÍVAR

PRÓLOGO
Manuel Trujillo

República Bolivariana de Venezuela
Fundación
Biblioteca Ayacucho

Colección Paralelos

Hecho Depósito de Ley
Depósito Legal lf50120129003652 (rústica)
ISBN 978-980-276-506-5 (rústica)
Apartado Postal 14413
Caracas 1010 - Venezuela
www.bibliotecayacucho.gob.ve

Corrección: Nora López y Obando Flores

Concepto gráfico de colección: Juan Fresán
Actualización gráfica de colección: Pedro Mancilla
Impreso en Venezuela / *Printed in Venezuela*

Simón Bolívar, a quien el porvenir reservaba la gloria de los grandes guerreros, y que había de alcanzar el grandioso título de Libertador de América.

V. Blasco Ibáñez

Yo he trabajado ardientemente desde tierra española por el reconocimiento de la independencia americana, como el hecho más grande de nuestro siglo.

Emilio Castelar

PRÓLOGO

BOLÍVAR EN LETRA IMPRESA

A MEDIDA QUE TRANSCURREN los años, la figura de Bolívar gana más adeptos y, con ello, más páginas sobre su personalidad. Pareciera que aquella fascinación ejercida por su presencia física hubiese superado la extinción corporal y nuevamente, con la mayor vigencia que le otorga su legado espiritual, imantara nuestro pensamiento. De allí que el proyecto de una selección de páginas acerca de su vida y su obra involucrara una tarea, si no difícil, al menos larga y delicada.

No ha sido así, sin embargo, debido a la orientación que decidimos otorgar a este trabajo. Hay un Bolívar esencialmente "histórico", un Bolívar de fechas, de cronológico devenir, de árbol genealógico, de cartas, decretos, manifiestos, batallas. Un Bolívar encasillado en el rígido *dossier* de sus acciones políticas y guerreras. Un Bolívar que, siendo humano, remite su pellejo y su osamenta y sus íntimas reacciones a la descarnada dimensión de la histórica mensura donde lo importante no es el cómo pudo sobrellevar una vida signada por la violencia, la exterminación y la crueldad, sino que, lo único destacable y digno de evocarse, es el resultado último de su empresa, es decir, la gloriosa meta alcanzada por el héroe. Por ello el Bolívar histórico siempre está más con los pies en la divinidad que sobre la tierra ensangrentada, esa tierra-testimonio de sus extraordinarios avatares como también de sus errores y desdichas. Es el Bolívar-Dios, el intocable, y, como tal, un Bolívar-religión a quien es necesario rendir culto como si se tratara de un ser colocado más allá de la humana contingencia.

Nada tan lamentable y tan deformante y, al mismo tiempo, antibolivariano. Porque toda mitificación no solo contiene una subjetiva dosis de

añoranza racionalista, sino que, en su ciega devoción, conlleva también una cierta autonegatividad. Bolívar, sí, es uno de esos hombres cuyo destino cumple una parábola contadas veces emulada en la empresa humana. Pero de ahí a exiliarlo de toda investidura terrenal no es otra cosa que, paradójicamente, minimizarlo en la deificación absolutista y en la inevitable catarsis obstaculizante de la reflexión y del análisis aproximativo de su verdadera estatura. Bolívar mismo en una ocasión dijo: "Prefiero el título de ciudadano al de Libertador, porque este emana de la guerra, aquel emana de las leyes. Cambiadme, Señor, todos mis dictados por el de *buen ciudadano*"[1].

Ha privado, pues, en esta selección de textos bolivarianos el concepto de un Bolívar menos "histórico", menos divinizado y más humano, más de piel y hueso, en el convencimiento de que su fascinación y grandeza se hacen mayores cuando se le mira como a un semejante cuyo genio y talento transforma no solo el sentido de nuestra existencia sino también el concepto que teníamos del mundo que nos tocó compartir. Ese fue el Bolívar para sus contemporáneos y ese es el Bolívar que debe trascender hasta nuestros días, con el aditamento de un hombre del cual pensamiento y obra aún poseen vigencia a causa de su genialidad. Y es este, precisamente, el Bolívar que, a nuestro juicio, surge de las páginas seleccionadas.

De esta manera concebida, la tarea se nos simplificó desde el ángulo cuantitativo, pero, al mismo tiempo, se hizo más exigente y responsable. En nuestra ayuda acudieron dos obras orientadoras: *Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur, por los más grandes escritores americanos* editada por Renacimiento en 1914 en Madrid y Buenos Aires bajo la supervisión de Rufino Blanco Fombona; y *Grandes páginas bolivarianas*, edición de 1974 de Casuz Editores, con prólogo, selección y notas de José Manuel Castañón.

Otro carácter de esta selección es el de haber preferido autores latinoamericanos con algunas contadas excepciones, como en el caso de los norteamericanos Waldo Frank y Francis Loraine Petre, el brasileño José Veríssimo y el hispano Miguel de Unamuno. Finalmente, optamos por evi-

1. Texto completo del discurso en la *Gaceta de Colombia*, de fecha 11 de octubre de 1821. Véase también el documento 43 de *Doctrina del Libertador*, 3ª ed., Caracas, Biblioteca Ayacucho (Col. Clásica, 1), 2009, p. 190.

tar el orden cronológico pensando que nada añade y, por el contrario, se integra mejor ese albedrío en la libertad conceptual de la selección.

¿Cuándo se comienza a escribir de Bolívar, en cuál momento su nombre empieza a difundirse a través de la letra impresa? Una de las primeras citas del nombre del Libertador aparece en el periódico *El Español*, editado por Blanco White, al referirse a los sucesos del 19 de Abril recogidos por la *Gaceta de Caracas.* La fecha es del 30 de julio de 1810, un poco más de dos meses después del suceso que la prensa londinense calificaba como "revolución de Caracas" en sus publicaciones de mayo. "Para satisfacción de los lectores imparciales –escribía el mismo White en su periódico– pondré a la letra una pequeña nota que sobre el origen y espíritu de la revolución de Caracas debo a la atención y favor de sus diputados en esta capital, los señores don Luis López Méndez y don Simón Bolívar, a quienes, por amor a la causa, me atreví a consultar mis dudas sobre este importante acontecimiento". Habrá que esperar un año para que el nombre de Bolívar vuelva a las páginas impresas. En el mes de abril de 1811, la prensa británica y la francesa reproducen una carta de un inglés residente en Caracas donde, además de analizar la situación de América con relación a su rebeldía contra España, se refiere a la llegada del general Miranda a Venezuela:

> En Caracas hubo el mismo entusiasmo que se le había demostrado en La Guaira. Hacía un tiempo magnífico aquel día. Bello el espectáculo de los diversos funcionarios civiles y militares en sus trajes respectivos y formando la cabalgata. Un gran número de damas, instaladas en sus ventanas, entregadas al júbilo por las consideraciones del cambio político que acababa de operarse, hacía nacer las sensaciones más agradables. El general montaba un hermoso caballo blanco, ricamente enjaezado, y llevaba un ramillete en la mano. El gobernador de Caracas, don Fernando Toro, hermano del Marqués (quien está con el ejército de occidente), iba a caballo, a su lado, y hacia el mediodía, el cortejo llegó al palacio de Gobierno, donde el general descendió y fue presentado a la Junta Suprema, la cual lo recibió con las mismas atenciones y el mismo afecto anteriormente dispensado por sus compatriotas. Del palacio de la Junta la cabalgata escoltó al general hasta la casa de don Simón Bolívar, este último diputado en Londres. Allí descendió y ha permanecido casi siempre desde su llegada. Allí ha recibido a las personas de distinción de esta ciudad y sus alrededores.

(Muy distinta a esta versión es la de George Flinter, oficial inglés destacado en Curazao, el cual entre 1810 y 1816 visitó varias veces el país. Dice Flinter, en su obra *The History of the Revolution of Caracas*: "El general Miranda hizo su entrada a Caracas sin ser esperado por persona alguna, y ninguno de los habitantes salió a su encuentro como es costumbre cuando llega alguna persona de distinción; fue rodeado por un grupo de muchachos que corrían delante de él y anunciaban su llegada gritando: '¡Aquí viene Miranda, el que fue quemado!'").

Vuelve Bolívar a las páginas de los periódicos en el año 13. En una noticia, sin duda de origen realista, fechada en Caracas, se dice: "Bolívar, el jefe de los insurgentes, en su invasión a Barinas se condujo con la más horrible crueldad hacia los europeos". Unos veinte días después de esta noticia (es el mes de agosto) diarios franceses publican un despacho fechado en Curazao donde se afirma:

> Se encuentran aquí (Curazao) más de dos mil refugiados de Cumaná, La Guaira y otros sitios. Los insurgentes son dueños absolutos de Caracas. Sus jefes principales se llaman José Félix Ribas y Simón Bolívar. Bolívar está considerado como un hombre de coraje y talento. Las autoridades reales han huido. El terror que los embarga es tal que los independientes entraron en San Carlos sin disparar un tiro, mientras permanecían en la ciudad dos mil hombres de tropas reales. Los insurgentes se apoderaron igualmente de Barinas, sin ninguna oposición. Don Antonio Tízcar, comandante de la guarnición, huyó vergonzosamente y sus tropas quedaron sin jefe. El general Monteverde se salvó en Puerto Cabello. Había abandonado en San Carlos y en Valencia una parte de su artillería y muchas municiones. Don Manuel Ferro, gobernador provisional de Caracas, se refugió aquí tan pronto supo la noticia de la toma de Valencia. Se pueden considerar las provincias de Venezuela como definitivamente perdidas si el gobierno español no envía contra sus plazas fuerzas respetables.

Es de señalarse en esta información que Bolívar obtiene uno de los primeros elogios a su personalidad: se le designa como "hombre de coraje y talento".

A finales del año de 1814 retorna Bolívar a las páginas de los diarios londinenses y parisinos:

> He aquí algunas noticias de la América meridional llegadas de Curazao el 16 de septiembre. El bergantín Intrépido informa desde Puerto Cabello la probabilidad del sometimiento de toda la provincia de Venezuela. El Libertador Bolívar y sus partidarios fueron derrotados por Boves el 18 de agosto en un lugar llamado Aragüita, cerca de Barcelona. Ribas, el segundo de Bolívar, y su gente huyeron para refugiarse en Margarita. Una gaceta de Caracas anunció el 30 del mes pasado estas noticias como también la ocupación por los realistas de Cumaná y Barcelona. Boves ofició el 27 de julio sobre una presa hecha al enemigo consistente en cuatro piezas de cañón, mil fusiles, provisiones y municiones. Se dice que el gobernador de Margarita ha hecho arrestar y puesto en celdas de hierro a Bolívar y a Ribas, con el ofrecimiento de enviarlos al gobierno de España. Esto parece muy dudoso. El 24 de septiembre se recibió la *Gaceta de Caracas* del 9 del mismo mes, con nuevos detalles de la batalla que duró cinco horas y en la que los dos partidos se batieron con furor. Los realistas perdieron trescientos hombres, muertos o heridos. La misma gaceta trae una proclama del marqués de Casa León a los habitantes de Caracas para invitarles a sus ocupaciones habituales.

Es de señalar que en esta información se cita por primera vez a Bolívar como Libertador, título conferido en Mérida al iniciarse la Campaña Admirable el año 13, y ratificado luego en Caracas ese mismo año.

En el año de 1815, las noticias sobre Bolívar se refieren a su actividad en la Nueva Granada, a donde se había dirigido al perderse la Segunda República. Los diarios europeos recogen una información publicada por *El Mensajero de Cartagena* el 2 de diciembre de 1814:

> El doctor García de Toledo, por medios indignos, se hizo nombrar presidente de Santa Fe. Soliviantada por tal elección la ciudad de Cartagena rechazó su reconocimiento por las razones siguientes: García de Toledo ha desaprobado públicamente que la República se declare independiente; ciertos motivos le ligan a los intereses de España y ha abusado de la confianza que en principio se depositó en él. El gobierno de Cartagena envió a Bolívar a la cabeza de un ejército con las instrucciones de expulsarlo. Esta operación no causó dificultad alguna, pues Toledo, al sentir la proximidad de Bolívar en Santa Fe, desapareció y los habitantes capitularon y se unieron a la fuerza de Cartagena.

Poco después, en Londres, se daba la siguiente noticia: "Las cartas traídas por La Electra dan los pormenores de lo acontecido en Cartagena. El general Bolívar, quien mandaba el ejército de los independientes, se retiró. Palacios le ha sucedido pero sus tropas se encuentran cercadas y sin provisiones".

Unos dos meses antes en Nueva York se había informado que "la guerra civil continúa en las provincias de Tierra Firme con un furor sin ejemplo" y que "Bolívar, en contravención con las órdenes de la unión de Venezuela y la Nueva Granada, marchaba contra Cartagena". El hecho era que Castillo, oficial neogranadino, se había hecho fuerte en Cartagena negándose a acatar órdenes del gobierno de Nueva Granada.

Bolívar, retirado a Jamaica, se ocupó durante varios meses en promocionar a través de cartas y artículos la empresa libertadora. De ahí que en ese año 15 las noticias sobre la contienda se relacionen casi exclusivamente con la actividad de la expedición del general Morillo, la cual había zarpado de Cádiz ese año. Según una noticia procedente de la misma Cádiz, la expedición estaba compuesta por un navío de línea, el San Pedro Alcántara, las fragatas Diana e Ifigenia, una corbeta, un galeote, un barco armado y cincuenta y un transportes. Las tropas embarcadas alcanzaban una cifra superior a los 10.000 hombres, divididos en dos regimientos de dragones, cinco de infantería, una columna de cazadores y algunas compañías de artillería de a pie y de a caballo. Originalmente, la meta de la expedición era la región de La Plata.

Bolívar vuelve a "ser noticia" (como diríamos hoy) en las informaciones del año 16. Los diarios londinenses reproducen un despacho procedente de Jamaica donde se señala que "los insurgentes escapados de Cartagena tratan de reunirse ahora bajo las órdenes de Simón Bolívar, quien aspira a integrar todavía un cuerpo de 3.000 a 4.000 hombres con el que atacaría al ejército español comandado por el general Morillo".

Posteriormente se da la noticia del atentado contra Bolívar en Kingston, ocurrido a finales del año 15: "Se habla de la tercera vez que se atentaba contra la vida de Bolívar. Un negro llamado Pío dio muerte a Félix Amestoy, ayudante de honor de Bolívar. El negro cometió el crimen bajo los efectos de una borrachera".

En Londres, para el mes de julio, se afirmaba que "las operaciones de Bolívar en Margarita continúan, pero los españoles conservaban todavía la capital de esa provincia". A finales de ese mes, en París y Londres reproducíase un despacho de Puerto Príncipe donde se aseguraba que Bolívar habíase apoderado de Barcelona y de La Guaira, apresando la flota española en la bahía de Cumaná, añadiéndose que muchos españoles se alistaban bajo sus banderas.

De esta fecha en adelante el nombre de Bolívar irá apareciendo en casi todas las noticias de la contienda. En muchas ocasiones lo tenían por prisionero o por muerto a manos de los españoles, e incluso fallecido de "muerte natural". No menos de diez veces fue divulgada su física extinción. Por ejemplo, el 4 de agosto de 1818 publicaban en Londres: "El *Curazao Courant* anuncia la muerte de Bolívar. El general Morales entró a Calabozo y encontró solamente algunos ancianos quienes le informaron que Bolívar había muerto en esa ciudad, de muerte natural. Desde el campo, el general Morales comunicó la noticia al general Morillo, quien en respuesta ordenó la exhumación de los restos del jefe muerto, para exponerlos al desprecio público y quemarlos luego".

En Londres, hacia el año 18, se publica el extracto de una carta proveniente de Angostura y remitida por un oficial inglés, en la que posiblemente se ofrece por primera vez una visión crítica de la personalidad de Bolívar. Entre otras cosas se dice que Bolívar es "franco, afable, bien educado y posee muchos conocimientos" y "es desinteresado, dispuesto a todo por la causa de la Independencia, y todo el mundo está de acuerdo en sostener que es honorable hasta en las cosas más insignificantes". Sin embargo, el remitente dudaba de su capacidad como hombre de Estado o como general.

En 1823, *Variedades* o *Mensajero de Londres* publica en su primera página una "Noticia biográfica de don Simón de Bolívar, Generalísimo de Venezuela". El artículo, que por cierto da errada la fecha de nacimiento del Libertador, comienza así:

> Don Simón de Bolívar, Generalísimo del Estado Independiente de Venezuela, y Presidente de la República de Colombia, nació por los años de 1785, de

padres distinguidos, en Caracas. En su puericia tuvo la buena fortuna de ser uno de los pocos americanos españoles que se educaban en Europa. A este efecto pasó algunos años en Madrid. Visitó después París donde adquirió mayores luces, y se ganó amigos por medio de sus modales vivos y agradables. Mas, aunque convidado y festejado en todas partes, no por eso se descuidó jamás del objeto que desde muy temprano se había propuesto por término de sus deseos, procurando con empeño cuantos conocimientos podían serle útiles en la empresa de hacer a su patria independiente.

¿Cómo era Bolívar para sus contemporáneos? Resumiendo las opiniones de aquellos que lo conocieron personalmente, el historiador José Gil Fortoul escribe:

> Estatura de cinco pies y seis pulgadas: cabeza de regular volumen, deprimida en las sienes, prominente en las partes anterior y superior, abultada en la posterior; enorme desarrollo de la frente; rostro de óvalo largo, anguloso, agudo en la barba, pómulos salientes, mejillas hundidas; pobladas y bien arqueadas las cejas; profundas las cuencas de los ojos, y estos negros, grandes y muy vivos, cuyas miradas brillaban como si surgiesen de recónditos focos; orejas grandes pero bien cortadas; nariz recta, no aguileña, y finamente delineada; no agraciada la boca, y los labios carnosos; dientes blancos, uniformes y bellísimos, que cuidaba con esmero; bigotes rubios que afeitó por primera vez en 1825, cabellos negros ensortijados y sedosos que llevó largos hasta 1821 y cortos cuando empezaron a encanecer, y acostumbró un tiempo a dividirlos en una mecha enroscada sobre la parte alta de la frente y guedejas sobre las sienes, peinadas hacia adelante; tez blanca, tostada pronto por el sol tropical, y áspera al cabo de tantos años de viajes y campañas; el pecho angosto, delgado el cuerpo y sobre todo las piernas; manos y pies pequeños; no obstante su estatura mediana, era de continente airoso, y aunque de andar inquieto y rápido, cruzaba con frecuencia los brazos y tomaba actitudes esculturales en los momentos solemnes.

A su maestro Simón Rodríguez debemos la siguiente imagen: “hombre perspicaz y sensible, intrépido y prudente a propósito, generoso al exceso, magnánimo, recto, dócil a la razón, ingenioso, activo, infatigable: por tanto, capaz de grandes empresas”. Pero de donde mejor surge el Bolívar de su tiempo es en las *Memorias del general O’Leary*, de origen irlandés,

quien llegó en marzo de 1818 con una de las expediciones inglesas reclutadas en Londres por López Méndez. O'Leary se convirtió en uno de los edecanes de mayor confianza del Libertador y en 1829 obtuvo el grado de general de brigada. Su obra fue publicada en Caracas entre 1879 y 1888, en 32 volúmenes.

En enero de 1824 comenzó a publicarse en Caracas *El Observador Caraqueño*, que apareció regularmente todos los jueves hasta marzo de 1825. La casi totalidad de su contenido se especializaba en artículos y ensayos sobre filosofía política y jurídica. Lo más interesante es que inserta la primera recopilación documental sistemática que se lleva a cabo en Venezuela de los textos de la lucha emancipadora. Esta labor es precursora de la primera gran recopilación histórica de los testimonios escritos de la Guerra de la Independencia, debida a Cristóbal Mendoza y Francisco Javier Yanes, publicada en 21 volúmenes, entre los años 1826 y 1829, bajo el título de *Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú, Simón Bolívar, para servir a la historia de la Independencia de Suramérica*. Fue impresa en los talleres de Desvime Hermanos.

En 1842 se publica en Caracas *Proclamas del Libertador Simón Bolívar*, reunidas en un volumen de 63 páginas por el coronel Juan José Conde. La edición es de la imprenta El Venezolano.

En 1875 se inicia la publicación de *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*, obra debida a José Félix Blanco y Ramón Azpurúa. Se editó en 14 volúmenes en la Imprenta La Opinión Nacional.

En 1883 se edita en Bogotá, en dos volúmenes, *Documentos para la historia de la provincia de Cartagena de Indias, hoy Estado soberano de Bolívar en la Unión Colombiana*. El recopilador es Manuel Ezequiel Corrales.

Entre 1889 y 1891 la Academia Nacional de la Historia (creada por decreto del presidente Juan Pablo Rojas Paúl en 1888) inicia la publicación de *Documentos para los anales de Venezuela, desde el movimiento separatista de la Unión Colombiana hasta nuestros días*.

En 1895 sale a la luz pública *Bolívar: cartas inéditas*, obra de Jorge Roa,

editada en Bogotá, la cual fue una de las fuentes utilizadas por Vicente Lecuna para su extraordinaria labor bolivariana.

En 1827, publicada inicialmente en París, aparece *Historia de la revolución de la República de Colombia,* cuyo autor es el prócer colombiano José Manuel Restrepo, considerada la primera obra histórica con invalorable apéndice documental.

En 1853 circula en Nueva York *Memorias sobre la vida del Libertador Simón Bolívar*, obra del general Tomás Cipriano de Mosquera. Fue editada por la imprenta de S.W. Benedict.

En 1855 se edita en Caracas, imprenta y librería de Carreño Hermanos, *Bosquejo de la historia militar de Venezuela*, de José de Austria, con gran valor documental, figurando numerosos escritos firmados por Bolívar.

En 1858 se publica en París *Memorias y documentos para la historia de la independencia del Perú, y causas del mal éxito que ha tenido esta*, del expresidente de ese país José de la Riva Agüero.

Entre 1867 y 1869 es publicada en Nueva York, en dos volúmenes, la *Autobiografía* de José Antonio Páez, en la Imprenta de Hallet y Breen.

De 1868 a 1888 se editan los cinco tomos de *Historia del Perú independiente*, escrita por Mariano Felipe Paz Soldán, con abundantes textos redactados por el Libertador.

De 1869 a 1870 se publica en Bogotá *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, con muchos textos bolivarianos. Es obra de José Manuel Groot, en 3 volúmenes.

Un discípulo de Bello, Miguel Luis Amunátegui Aldunate, publica en 1882 en Santiago de Chile *Vida de don Andrés Bello*, insertándose varias cartas de Bolívar para su compatriota y maestro.

En 1888 se edita en Caracas *Memorias del general Rafael Urdaneta*. Llegamos así a comienzos del siglo XX, que se inicia con la publicación de la conocida *Historia constitucional de Venezuela*, editada en Berlín entre 1907 y 1909, de José Gil Fortoul, y con la extraordinaria labor bolivariana de Rufino Blanco Fombona.

¿Cómo es el Bolívar que hallaremos en esta selección? Según el poeta, orador y político colombiano Guillermo Valencia, “La vida formó a Bolívar

para la lucha heroica; antes que en libros, bebió en aquella fuente de sabiduría de la acción"[2]. Rómulo Gallegos, frente a la estatua de Bolívar en Missouri, comienza diciendo: "He aquí un hombre mediante el cual se ha extendido sobre la Tierra una multiplicación de pueblos"[3]. Y añade: "Es el caudillo que produce el suelo americano y especialmente el venezolano, apenas resuena el grito de la emancipación, antes de que la idea exacta de esta hubiese puesto en movimiento, propiamente, la voluntad colectiva"[4]. Para Waldo Frank, Bolívar "amó el humo de la batalla, el sudor de los caballos, el clamor del populacho al cruzar en triunfo la ciudad. Amó el manejo de los hombres, la creación de capitanes, (…) la intriga habilidosa del Gabinete y del Congreso. Amó el poder de condenar y absolver. Amó su propia voz ascendiendo cadenciosa, el brillo de los ojos y las bocas abiertas de admiración cuando se apagaba su retórica. Amó la languidez de la fatiga; la carne roja, el vino tinto, los baños de aguas perfumadas. Amó la música y el baile. Y amó los labios de las mujeres y el temblor de sus carnes cuando los brazos de un conquistador las estrechaban"[5]. Juana de Ibarbourou, la Juana de América, considera que Bolívar "tuvo el romanticismo del ibero cuyo símbolo eterno es Don Quijote, y la orgullosa altivez de la raza india cuya encarnación más completa es Caupolicán. Fue a la vez un militar y un caudillo; un orador y un visionario: un legislador y un diplomático"[6]. Jaime Torres Bodet opina que "cuando se piensa en las circunstancias que rodearon, cual las hadas pretéritas de los cuentos, la cuna del protagonista inmortal de América, se recibe la sensación de que los augurios depositados sobre esa cuna solo anunciaban en realidad, una cosa cierta: la vida que ahí empezaba no tendría paz"[7]. Para Ramón J. Velásquez, "con la aparición del Libertador en el escenario político de América culmina ese silencioso proceso social que permite emerger al pueblo y convertirse en factor decisivo de su propio discurrir. En medio de mil forcejeos las

2. Guillermo Valencia, "El andante caballero de la democracia", p. 401 de esta edición.
3. Rómulo Gallegos, "Ante la estatua de Bolívar, en Bolívar, Missouri", p. 412 de esta edición.
4. *Ibid.*, p. 415.
5. Waldo Frank, "San Martín y Bolívar", pp. 425-426 de esta edición.
6. Juana de Ibarbourou, "Alabanza de Bolívar", p. 439 de esta edición.
7. Jaime Torres Bodet, "Con Bolívar hasta Bolívar, o el patriotismo de un continente", p. 448 de esta edición.

masas americanas paulatinamente van alzándose y sus clamores, a cada nuevo intento, adquieren mayores resonancias hasta que llega el momento en que el Libertador canaliza las energías dispersas y encamina los anhelos disgregados"[8]. Miguel de Unamuno realiza un paralelo entre Bolívar y Don Quijote: "Bolívar fue un maestro en el arte de la guerra y no un catedrático en la ciencia –si es que es tal– de la milicia; fue un guerrero más que un militar, como decía Ganivet que suele ser el español; fue teatral y enfático, tal como es naturalmente y sin afectación su raza, nuestra raza, pero no fue un pedante. Bolívar fue un hombre, todo un hombre; un hombre entero y verdadero. (…) Bolívar era de la estirpe de Don Quijote, el de los bigotes grandes, negros y caídos"[9]. Pedro Emilio Coll, refiriéndose a los años de aprendizaje de Bolívar, dice: "Cuando viudo, de regreso a España, en su viaje leía a Plutarco y a Tácito y también a Voltaire y Montesquieu, en solicitud de doctrinas fortificantes. En París trató a los que conocieron los días de la Bastilla y de la Convención, y el sabio Humboldt le mostró el panorama del Nuevo Mundo como asiento de una libertad comparable a su naturaleza". El Bolívar de Arturo Uslar Pietri representa una totalidad americana: "Él no representa un aspecto de América o una hora de su historia. Toda su tierra, todo su pueblo, todo su tiempo. En el Inca Garcilaso ya está algo de él, y en Sor Juana y en Túpac Amaru y en Bernal Díaz, y en la cúpula mexicana, y en el nacimiento quiteño y en la música de Lamas"[10]. Mario Briceño Iragorry nos ofrece una ambientada página de la traída de los restos del Libertador a Caracas: "En su carta testamentaria, el Libertador, elevado una vez más sobre las humanas pasiones, dispuso que sus restos reposaran para siempre en tierra caraqueña, frente al monte milagroso que nutrió de esperanza su juventud alborozada"[11]. Álvaro Mutis nos presenta el Bolívar en sus últimos días, a través de un diario de un coronel polaco de nombre Miecislaw Napierski que habría viajado a Colombia a ofrecer sus

8. Ramón J. Velásquez, "Desde el principio de la historia", p. 571 de esta edición.
9. Miguel de Unamuno, "Don Quijote Bolívar", p. 3 de esta edición.
10. Arturo Uslar Pietri, "Bolívar", *Nuevo Mundo. Mundo Nuevo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho (Col. Clásica, 220), 1998, p. 31.
11. Mario Briceño Iragorry, "Preparatorio para las pompas de Bolívar", p. 455 de esta edición.

servicios a los ejércitos libertadores: “Hoy conocí al general Bolívar. Era tal mi interés por captar cada una de sus palabras y hasta el menor de sus gestos y tal su poder de comunicación y la intensidad de su pensamiento que, ahora que me siento a fijar en el papel los detalles de la entrevista, me parece haber conocido al Libertador desde hace ya muchos años y servido desde siempre bajo sus órdenes”[12]. Monseñor Rafael María Carrasquilla considera que “entre los guerreros que llenan con su nombre y la relación de sus hazañas los volúmenes de la historia, solo Alejandro, Julio César y Napoleón pueden compararse con Bolívar. Mas ellos fueron conquistadores, al paso que él fue por excelencia el Libertador de un mundo”[13]. Augusto Mijares señala que Bolívar “estaba siempre dispuesto a mover todos los resortes del corazón humano antes de apelar a la fuerza, porque en medio de las pasiones y extravíos de los otros juzgaba que era preciso, antes que todo, conservar delicadeza y tino”[14], de manera de “ir ajustando perseverantemente aquel pequeño género humano en ebullición”[15]. El presbítero Carlos Borges nos habla de la casa natal del Libertador, de su familia, de su infancia, y remoza la última visita que a esa casa realizara Bolívar en 1827: “Venía lleno de gloria y de tristeza, coronada de lauros la frente y de espinas el corazón”[16]. Jorge Zalamea evoca la infancia y la adolescencia del Libertador y traza el cuadro de la América bajo el dominio de España: “Apenas si puede uno explicarse cómo pudo prolongarse hasta comenzado el siglo XIX un estado de cosas que rebajaba hasta tales extremos la propia dignidad humana y hacía de centenares de miles de hombres un rebaño escarnecido, explotado”[17]. Y refiriéndose concretamente a Bolívar: “Es menester que recordemos el ambiente en que nació y que tengamos presente que su misión es luchar contra un mito”[18]. Juan Montalvo indaga sobre las múlti-

12. Álvaro Mutis, “El último rostro”, p. 582 de esta edición.
13. Monseñor Rafael María Carrasquilla, “Oración fúnebre del Libertador”, p. 491 de esta edición.
14. Augusto Mijares, “Las virtudes de Bolívar”, p. 506 de esta edición.
15. *Ibid.*
16. “Discurso del presbítero doctor Carlos Borges en la inauguración de la casa natal del Libertador”, p. 524 de esta edición.
17. Jorge Zalamea, “Literatura, política y arte”, pp. 533-534 de esta edición.
18. *Ibid.*, p. 546 de esta edición.

ples facetas del Libertador y establece comparaciones: “A Napoleón se le teme, a Washington se le venera, a Bolívar se le admira y se le teme”[19]. Francisco García Calderón nos lo muestra como “estadista y guerrero” y añade: “cinco naciones que ha libertado del dominio español le parecen estrecho escenario para su acción magnífica; concibe un vasto plan de confederación continental”[20]. Pedro Manuel Arcaya estudia la personalidad de Bolívar desde el ángulo positivista spenceriano y se remonta en su heráldica para el análisis de su genialidad: “Sus actos, en el último período de su gobierno, prueban claramente cómo los sentimientos dormidos de su raza, latentes hasta entonces en los dominios inconscientes de su espíritu, surgían de ese fondo oscuro a las cimas iluminadas de la conciencia y se apoderaban de la dirección del Grande Hombre”[21]. Lino Duarte Level nos da el Bolívar de la campaña de 1821. Aníbal Galindo el Bolívar del Perú. Benjamín Vicuña Mackenna el Bolívar lírico: “Bolívar es el vuelo, el ave, el águila de las sabanas que se remonta hasta los astros y hace resonar, bajo la bóveda del firmamento, los roncos gritos de sus victorias”[22]. Juan Bautista Alberdi habla del Bolívar respecto a la Europa de su tiempo: “Eran (sus ideas) las que correspondían a un hombre que tenía por misión el anonadamiento del poder político de la España y de cualquier otro poder monárquico europeo de los ligados por intereses y sangre con la España en este continente”[23]. José Martí, en emotivas páginas, nos lleva al encuentro de un Bolívar más emotivo aún: “¡Así, de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras hazañas!”[24]. Ernesto de la Cruz habla de la entrevista de Guayaquil, es decir, de la entrevista entre Bolívar y San Martín y sus aspectos políticos y militares: “Bolívar avanzaba desde el norte, obedeciendo a un plan político bien concebido y bien ejecutado: quería hacer de Colombia, su hija predilecta, una

19. Juan Montalvo, “Simón Bolívar”, p. 23 de esta edición.
20. Francisco García Calderón, “Bolívar es el más grande de los libertadores: es el Libertador”, p. 75 de esta edición.
21. Pedro Manuel Arcaya, “Simón Bolívar”, p. 98 de esta edición.
22. Benjamín Vicuña Mackenna, “Simón Bolívar”, p. 137 de esta edición.
23. Juan Bautista Alberdi, “Simón Bolívar”, p. 139 de esta edición.
24. José Martí, “Simón Bolívar”, p. 150 de esta edición.

gran república"[25]. San Martín, por su parte, pretendía la anexión de Guayaquil a Perú; en segundo lugar, el "reemplazo de las bajas de la división peruana en la campaña de Quito; en tercer lugar, fijar los auxilios con que Colombia contribuiría al afianzamiento de la independencia del Perú; y, por último, procurar el acuerdo de Bolívar para el establecimiento de gobiernos monárquicos en esta parte de la América"[26]. Rufino Blanco Fombona se refiere al Bolívar escritor y lo analiza como tal: "Por tener un exquisito temperamento de artista, por la cultura adquirida, por la violencia de sus pasiones, por el vuelo de su pensar y porque se abandonó cuando escribía a su temperamento de escritor, Bolívar es, en punto a letras, lo más alto de su época en lengua de Castilla"[27]. Francis Loraine Petre confiesa que la tarea de biografiar a Bolívar "es peculiarmente difícil. La fuerte personalidad de Bolívar, como en el caso de Napoleón, ha dado origen a las más contradictorias opiniones. Los admiradores le ponen en las nubes; los detractores, en el abismo"[28]. Para José Enrique Rodó, Bolívar es "grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio, grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza"[29]. Cornelio Hispano nos presenta el Bolívar íntimo, el Bolívar de los amores con Manuelita Sáenz.

José Veríssimo estudia la dinámica y energía desplegadas por el Libertador, quien "reunió en grado eminente y en una perfecta armonía cualidades excepcionales de pensamiento y de acción"[30]. José Ricardo Vejarano nos ofrece al Bolívar legislador y político; Rafael Caldera, José Ramón Medina y Luis Herrera Campins cierran esta selección de páginas bolivarianas con recientes ensayos con motivo de la celebración del Bicentenario del Nacimiento del Libertador.

25. Ernesto de la Cruz, "La entrevista de Guayaquil", p. 198 de esta edición.
26. *Ibid.*, p. 197 de esta edición.
27. Rufino Blanco Fombona, "Bolívar, escritor", p. 236 de esta edición.
28. Francis Loraine Petre, "Bolívar", p. 254 de esta edición.
29. José Enrique Rodó, "Bolívar", p. 293 de esta edición.
30. José Veríssimo, "Bolívar, profesor de energía", p. 339 de esta edición.

Tal esta selección. Creemos, sin embargo, que ella no agota el tema bolivariano. El tema, como su personaje y sus hechos, no tiene límites en la historia de la empresa humana.

Manuel Trujillo

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

Esta segunda edición de *Bolívar* se basa en nuestro volumen de 1983, en esta ocasión se incorpora íntegramente el texto del ensayo de Mario Briceño Iragorry "Preparatorio para las pompas de Bolívar", salvo las láminas e ilustraciones.

El Prólogo de la primera edición se mantuvo, aunque se añadieron unas notas al pie de página para indicar las referencias a los textos de la obra que fueron citados por el prologuista y se completaron las referencias citadas por los autores en los casos en que ha sido posible. Se actualizó la ortografía y se corrigieron las erratas evidentes.

Los aportes y notas aclaratorias en el volumen se identifican como notas de Biblioteca Ayacucho (N. de B.A.).

La iconografía incluida en la primera edición no acompaña la reedición de este volumen.

B.A.

BOLÍVAR

MIGUEL DE UNAMUNO

DON QUIJOTE BOLÍVAR*

CUANDO ME PONGO a escribir estas líneas sobre Bolívar, uno de los más grandes y más representativos genios hispánicos, arde la guerra, una guerra tan metódica como cruel, en lo mejor de Europa. Y a través del fragoroso polvo de esta guerra, tan largos años meditada y preparada, se me aparece más grande, mucho más grande la figura de nuestro Bolívar, como guerrero, como estadista, como creador de patrias, y sobre todo y ante todo como hombre.

Bolívar fue un maestro en el arte de la guerra y no un catedrático en la ciencia –si es que es tal– de la milicia; fue un guerrero más que un militar, como decía Ganivet que suele ser el español; fue teatral y enfático, tal como es naturalmente y sin afectación su raza, nuestra raza, pero no fue un pedante. Bolívar fue un hombre, todo un hombre; un hombre entero y verdadero, y ser todo un hombre es más, mucho más que ser *Uebermensch* –lo dejaré, para mayor oscuridad, en alemán–, una mera abstracción nietzscheana, de los que quieren y presumen, pero no logran. Bolívar era de la estirpe de Don Quijote, el de los bigotes grandes, negros y caídos.

El capitán general inglés C.G. Gordon, el héroe de Jartún, estando sitiado por las huestes del Mahdi en esta ciudad sobre el Nilo en que muriera, llevaba un diario que ha llegado hasta nosotros. Y el día 13 de septiembre de 1884 escribía en él: “Me parece que en vez de la táctica o los libros sobre el arte de la guerra deberíamos hacer que nuestros jóvenes oficiales estudiasen las *Vidas* de Plutarco; sería mejor. Vemos allí a hombres

* *Grandes páginas bolivarianas*, Caracas, Casuz Ediciones, 1974, pp. 97-107.

no sostenidos por nuestra verdadera fe, a paganos, haciendo, como cosa corriente, el sacrificio de sus vidas, cuando en nuestros días el mayor mérito es no escapar".

Sin duda alguna que Bolívar leía, como acostumbraban a leer Miranda y San Martín, las *Vidas* de Plutarco, pues su educación había sido enteramente plutarquiana y los dejos de su estilo, tan de transición del siglo XVIII al XIX, lo son. No puede caber duda de que su maestro, don Simón Rodríguez, le plutarquizó rousseaunizándole. En sus conversaciones mencionaba a Licurgo y a Catón[1].

En su correspondencia también menciona, a menudo, a los héroes de Plutarco. Así, el año de 1820, en carta al general Carlos Soublette, dándole cuenta de las ocurrencias políticas de España –insurrección de Quiroga y Riego y jura por Fernando VII de la Constitución– termina quejándose de lo mal que le secundaban a él sus colaboradores, "del imperio de la apatía", y agrega: "¡Y después querrán gobernar, y después intrigarán, y después mandarán, y después harán morir como a Milcíades a los libertadores de la Patria!"[2].

Y aquel maestro en el arte de la guerra y en el de hacer patrias, que no catedrático de la problemática ciencia militar, conocía a los hombres, que vale más que conocer soldados. Como que eran hombres, hombres de verdad y no máquinas, no números de regimiento, los que guiaba a la victoria o a la derrota.

Bolívar no era doctor –doctor en milicia–; Bolívar era un hombre que hacía la guerra para fundar la única paz duradera y valedera, la paz de la libertad.

Él hizo la guerra puede decirse que solo, sin Estado Mayor, a lo Don Quijote. La humanidad que le seguía –humanidad y no mero ejército– era su Sancho.

No, Bolívar no fue nunca pedante, nunca doctor, nunca catedrático. Fue teatral y enfático, cierto es, como Don Quijote, como su casta espa-

1. Véase Luis Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga. Vida pública y privada del Libertador*, París, Librería Paul Ollendorff, 1912, p. 71.
2. *Cartas de Bolívar, 1799-1822*, José Enrique Rodó; pról., Rufino Blanco Fombona; notas, París, Sociedad de Ediciones Louis Michaud, 1913, p. 289.

ñola, con teatralidad y énfasis perfectamente naturales y espontáneos. A un francés que me hablaba una vez del énfasis español hube de atajarle diciéndole: "En los espíritus de naturaleza enfática, el énfasis es natural ahora, siga usted".

Con Don Quijote comparé a Bolívar hace unos años y quiero volver a esa comparación y repasarla.

"L…, dijo entonces S.E. –es decir, Bolívar–, es malo, es hombre sin delicadeza y sin honor; es un fanfarrón lleno de viento y vanidad; es un verdadero Don Quijote". Así nos asegura Perú de Lacroix en su *Diario de Bucaramanga* que dijo una vez el Libertador. Donde aparece nuestro Don Quijote completamente desfigurado. Pero es que al decir eso hablaba Bolívar sin duda acomodándose al vulgar y corriente, aunque falso, concepto de nuestro Caballero, y no al que tenía él mismo, Bolívar, que leyó como último libro, dícese, la historia de nuestro Don Quijote, en un ejemplar que un español –el marqués de Mier– le regalara y en cuya casa murió.

Su físico mismo, tal como nos lo describen el francés Perú de Lacroix y el inglés O'Leary, ambos oficiales, y luego biógrafos de Bolívar, tiene no poco de quijotesco. "Bolívar tenía la frente alta –escribe O'Leary–, pero no muy ancha, y surcada de arrugas desde temprana edad; pobladas y bien formadas las cejas; los ojos negros, vivos y penetrantes; la nariz larga y perfecta; los pómulos salientes; las mejillas hundidas, desde que le conocí en 1818; la boca fea". La estatura de Bolívar era algo cesárea, y la de Don Quijote muy prócera; pero oíd a O'Leary: "Tenía el pecho angosto, el cuerpo delgado, las piernas sobre todo"[3]. La semejanza acrece cuando se le ponía al Don Quijote americano el rostro ceñudo, manifestando pesadumbre, pensamientos tristes e ideas sombrías. Solo que el Libertador, que tenía las patillas y el mostacho tirando a rubio, no usaba en sus últimos años bigotes, mientras que los de Don Quijote eran grandes, negros y caídos.

Y quién no recuerda aquella frase de Bolívar ya casi moribundo: "¡Los tres más grandes majaderos de la Historia hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo!". A unos podrá parecerles esta frase en extremo irreverente y

3. Daniel Florencio O'Leary, *Memorias del general O'Leary*, Caracas, Imprenta El Monitor, 1883, v. II, p. 486.

hasta blasfema, por lo de Jesucristo; otros dirán que mezcla a un ente de ficción entre dos de realidad, mas esto serían mezquindades de pobres hombres incomprensivos. Y en llegando al campo espiritual en que vivía, obraba y creaba Bolívar, el fundador de patrias, y donde acaba la realidad y empieza la ficción, o más bien donde termina la ficción y empieza la realidad. La historia era en Bolívar leyenda.

He sostenido en mi *Vida de Don Quijote y Sancho* que la raíz de la locura quijotesca hay que buscarla en aquel amor silencioso, avergonzado, tímido, que durante doce mortales años profesó Alonso Quijano a Aldonza Lorenzo, su convecina, sin osar en todo ese tiempo dirigirle la palabra. ¿No sería la raíz de la noble locura bolivaresca aquel terrible pesar que le causó la pérdida de su mujer, del grande y hondo amor de su vida?

Solo un año vivió, como marido amante y enamorado, con su Teresa. En Bilbao, en mi Bilbao, no lejos, pues, del solar de los Bolívar, la cortejaba; en Madrid, a fines de 1801, se casó con ella. Un año después enviudaba. Y años más tarde, en plena acción militar y política, dijo a Perú de Lacroix: "Usted, pues, se casó a los cuarenta y cinco años. Yo no tenía diez y ocho cuando lo hice en Madrid, y enviudé en 1803 (el 22 de enero), no teniendo todavía diez y nueve años. Quise mucho a mi mujer y su muerte me hizo jurar no casarme. He cumplido mi palabra. Miren ustedes lo que son las cosas: si no hubiera enviudado quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el general Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo en que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo".

Amores, amoríos más bien, tuvo varios Bolívar; no le faltaba algo de Don Juan. Basta recordar a Josefina, a Anita Lenoir, a Manuelita Sáenz, a la niña del Potosí y a aquella *vieja de Bolívar* de que nos habló Cunninghame Graham[4]. Pero acaso el recuerdo de aquel amor de sus diez y ocho años fue lo que se le transformó en amor a Dulcinea del Toboso, a la Gloria.

Libros de caballerías, sus libros de caballerías, leyó muchos; los que se leían en su tiempo, reciente la Gran Revolución y en plena epopeya napoleónica. La misma Gran Revolución se alimentó de historias de Grecia y Roma, de memorias de los héroes de Plutarco. "Yo no soy como Syla, que

4. Véase *Cartas de Bolívar, 1799-1822*, p. 335, nota 2.

cubrió de luto y de sangre a su patria; pero quiero imitar al dictador de Roma en el desprendimiento con que, abdicando el sumo poder, volvió a la vida privada y se sometió en todo al reino de las leyes. No soy un Pisístrato, etcétera". Así decía el Libertador en su discurso del 2 de enero de 1814, en Caracas, ante la asamblea reunida ese día en el templo de San Francisco. Y de esas reminiscencias aparecen a cada paso en sus escritos.

Y luego su Amadís, Napoleón. Porque es innegable la fascinación que Napoleón ejerciera sobre Bolívar, como sobre todos sus contemporáneos. Y la ejerció más cuando más quiso apartarse de sus malos ejemplos. Cabe decir, sin exceso de paradoja, que nunca trasuntó más Bolívar a Napoleón que cuando se esforzó por no imitarle. Era lo de Chateaubriand con Rousseau.

En el *Diario de Bucaramanga* se nos cuentan los recuerdos personales que de Napoleón conservaba Bolívar, cuando asistió en Italia, en la llanura de Monteschiaro, cerca de Castiglione, a una gran revista pasada por el capitán sentado en un trono, y cuando en París, en diciembre de 1804, le vio coronarse. Hablando del primer recuerdo decía: "Yo ponía toda mi atención en Napoleón, y sólo a él veía entre toda aquella multitud de hombres que había allí reunidos; mi curiosidad no podía saciarse y aseguro que entonces estaba muy lejos de prever que un día sería yo también el objeto de la atención, o si se quiere, de la curiosidad de casi todo un continente y puede decirse también del mundo entero". ¿Lo oís? ¡El eco de todos los heroísmos y hasta de las santidades! "¡Un día seré adorado por el mundo!", exclamó el pobrecito de Asís. Y sin ese resorte humano, muy humano, y por lo tanto divino, no hay heroísmo.

> Usted habrá notado, no hay duda, que en mis conversaciones con los de mi casa y otras personas nunca hago el elogio de Napoleón; que, al contrario, cuando llego a hablar de él o de sus hechos es más bien para criticarlos que para aprobarlos, y que más de una vez me ha sucedido llamarlo tirano, déspota, como también el haber censurado varias de sus grandes medidas políticas y algunas de sus operaciones militares. Todo esto ha sido y es aún necesario para mí, aunque mi opinión sea diferente; pero tengo que ocultarla y disfrazarla para evitar que se establezca la opinión de que mi política es imitada de la de Napoleón, que mis miras y proyectos son iguales a los suyos, que como

él quiero hacerme emperador o rey, dominar la América del Sur como ha dominado él la Europa; todo esto lo habrían dicho si hubiera hecho conocer mi admiración y mi entusiasmo por aquel gran hombre.

En estas palabras de Bolívar a Perú de Lacroix, ¿no os parece oír a Don Quijote hablando de Amadís de Gaula?

El napoleonismo de Bolívar es evidente y en nada amengua su grandeza, más bien la engrandece más. Solo los grandes, los genios, los héroes, alcanzan a los grandes, los genios y los héroes.

Cierto que fue menos egotista, más humano que Napoleón. Huyó de la tiranía. Y pudo escribir frases tan nobles sobre su renuncia al absolutismo.

"Legisladores: Al restituir al Congreso el poder supremo que depositó en mis manos, séame permitido felicitar al pueblo porque se ha librado de cuanto hay de más terrible en el mundo: de la guerra, con la victoria de Ayacucho y del despotismo con mi resignación. Proscribid para siempre, os ruego, tan tremenda autoridad; esta autoridad que fue el sepulcro de Roma". Así dijo en el discurso que pronunció ante el Congreso de Lima, el 10 de febrero de 1825, aniversario del día en que se encargara de la dictadura. Palabras que deben meditar aquellos pueblos de charca que, como las ranas a Júpiter, piden rey, piden dictador, piden caciques, es decir, piden un supremo esclavo. El Libertador sabía que el supremo esclavo es el tirano, y no quiso esclavizarse a sus pueblos para mejor poder libertarlos.

El quijotesco amor a la gloria, la ambición, la verdadera ambición, no la codicia, no la vanidad del pedante, no el deseo de obtener pasajeros aplausos como un histrión, sino la alta ambición quijotesca de dejar fama perdurable y honrada, le movía. Lo reconocía él mismo. "Yo vivo de la estimación de los hombres", escribía en 1829 a Sir Robert Wilson, apesadumbrado ante las calumnias y los ataques de que estaba siendo víctima, y según los cuales aspiraba a la tiranía. "Feliz el hombre de quien no pueden ser calumniadas sino las intenciones", escribió a tal respecto César Cantú[5]. Bolívar se preocupaba de lo que de él dijera la historia, como los héroes homéricos y como también los condenados dantescos.

5. *Compendio de la historia universal*, París, Casa Editorial Garnier Hermanos, 1869, v. VI.

Y su amor propio era excesivo, de lo que nos dan numerosos ejemplos el *Diario de Bucaramanga* y las *Memorias de O'Leary*, ya cuando perdía en el juego, ya cuando siendo joven presumía de saltar bien, ya cuando no era lo bastante tolerante con los que le contradecían, ya cuando en los paseos a pie trataba de cansar a los que le acompañaban. "Su corazón es mejor que su cabeza" –decía de él su principal Sancho, el bueno de Perú de Lacroix. Y ¿por qué no es buena su cabeza, aquella cabeza que han llamado "la cabeza de las maravillas"?

"Yo sé quién soy" –exclamó una vez Don Quijote lleno de fe en sí mismo. Y este grito aparece a menudo en los escritos de Bolívar, si bien en otra forma.

Y conoció, como nuestro Caballero, las horas de desaliento y desilusión, cuando contemplando aquel las imágenes de relieve y entalladura confesaba no saber adónde le llevaban sus trabajos. "¡Estoy cansado de mandar!" –exclamaba Bolívar. "Comienzo ya a sentir las flaquezas de una vejez prematura" ¡a los treinta y ocho años! "Mi conciencia sufre bajo el peso de las atroces calumnias que me prodigan, ya los liberales de América, ya los serviles de Europa. Noche y día me atormenta la idea, en que están mis enemigos, de que mis servicios a la libertad son dirigidos por la ambición"[6]. Y al final de aquel mensaje al Congreso Constituyente de Colombia, el 20 de enero de 1830, aquella frase terrible: "Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido, a costa de los demás"[7].

Aunque añadió: "Pero ella nos abre la puerta para reconquistarlos bajo vuestros soberanos auspicios, con todo el esplendor de la gloria y de la libertad". ¡Cuántas veces no meditaría en lo que es eso de la independencia de un pueblo y en lo que ello significa! ¡Cuántas veces no pensaría que de nada sirve comprar una independencia política puramente ficticia a costa de un alma colectiva, de un espíritu nacional, de la dignidad acaso! Porque él, el Libertador, no pensó en crear naciones más o menos independientes: pensó en crear patrias.

6. D.F. O'Leary, *op. cit.*, v. II, p.325.
7. Véase *Discursos y proclamas*, Rufino Blanco Fombona; comp., pról. y notas, París, Casa Editorial Garnier Hermanos, 1913, p. 135.

A pesar de las terribles confrontaciones con la realidad, pronto volvía, como Don Quijote, a su locura vivificadora y libertadora de los demás.

¿Y todo ello, para qué? ¿Cuál fue su obra? ¿Cuál su finalidad? Su formalidad ya la hemos visto, formalidad de genuino héroe quijotesco, teatral y enfático, pero no pedantesco, sino sincero y espontáneo; de maestro en el arte de la guerra y en el crear patrias, no de catedrático de ciencia militar ni de ciencia política; ¿mas su finalidad?

En la proclama que el día 29 de julio de 1824, año 14º de la Independencia, dirigió a sus soldados desde el Cuartel General Libertador en Pasco, en el corazón de los Andes australes, lo decía: "¡El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo!". ¡La esperanza de libertad para el mundo todo!

Ahora, en estos días de terrible guerra, cuando se han desencadenado sobre Europa las más feroces pasiones atávicas, ¿no pensarán en la América que forjó Bolívar que la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza de la Tierra?

Con verdad escribe Emilio Ollivier, el ministro de Napoleón III, que en tiempo de Bolívar el nombre de este circulaba entre los pueblos de Europa –sin excluir a España– como sinónimo de libertad. Con el nombre de Bolívar en los labios, en canciones patrióticas, tomaron a París los revolucionarios de 1830.

¿Y acaso Bolívar, libertando a la América del Sur del dominio español, no ha contribuido a la futura completa liberación de España?

Se ha hablado mucho del antiespañolismo de Bolívar juzgando por esas frases de inflamada retórica que inspiran las guerras civiles y más que civiles –*bella… plus quam civilia* que dijo otro español, Lucano– como lo fueron las de la Independencia americana. Pero ¿quién va a dar más que valor convencional y del momento a todo aquello del "feroz despotismo", de los "crueles españoles", "bandas de tártaros" y otras explosiones retóricas, propias de proclamas?

Cuando yo era muchacho, en plena guerra civil, y mientras nos bombardeaban los carlistas, se cantaban en mi pueblo, Bilbao, unos cantares en que se les llamaba nada menos que "¡caribes y fariseos!". Y ¿quién ha

de hacer caso cuando en una carta dice Bolívar: "Más grande es el odio que nos ha inspirado la península que el mar que nos separa de ella; menos difícil es unir los dos continentes que reconciliar los espíritus de ambos países". ¡Retórica, retórica, retórica! ¡Y más retórica cuando él, Bolívar, el puro descendiente de españoles, de origen vasco, nos habla de haber roto las cadenas que había remachado Pizarro a los hijos de Manco-Cápac!

Una vez oí a un español culpar a los cubanos de ingratos por haberse separado políticamente de España, añadiendo: "¡Después que descubrimos, conquistamos y poblamos aquello!". "¿Nosotros? –le contesté–; ¡será usted, que yo por lo menos no! No recuerdo haberlo descubierto, conquistado ni poblado". "Nosotros precisamente no –me replicó– pero nuestros padres". "Los de ellos más bien" –le retruqué.

Mejor que nadie acaso conocía a Bolívar su más noble contendor –que no fue el virrey Sámano, ni el virrey Montalvo, ni el virrey La Serna, ni el francés Canterac– sino el general español don Pablo Morillo, y decía de él: "Tiene de su noble estirpe española rasgos y cualidades que le hacen muy superior a cuanto le rodea". Y, sin duda, muy superior a los que llevaran sangre de Manco Cápac, a cuyos hijos remachó las cadenas Pizarro, aquel Pizarro mucho más hermano de Bolívar que el inca.

Ya se quejaba Bolívar de que en la guerra de América hubiesen muerto tantos españoles: "porque son ellos –agregaba– los que debían poblar y civilizar nuestros desiertos"[8].

Otra vez puso en un documento las siguientes o parecidas palabras: "No confundamos al Gobierno de España con los españoles. Hagamos la guerra al uno, no a los otros".

Y ¿no fue Bolívar, en cuyas venas corría sangre quijotesca, quien escribió: "Es nuestra ambición ofrecer a los españoles una segunda patria, pero erguida, no abrumada de cadenas"? Esto se lo decía al rey Fernando VII, desde Bogotá, en 1821. Cincuenta y dos años más tarde, en 1873, otro grande héroe americano –el más grande acaso de sus héroes por el pensamiento–, Domingo Faustino Sarmiento, el argentino, en su célebre discur-

8. Tomás Cipriano de Mosquera, *Memoria sobre la vida del general Simón Bolívar, Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*, Nueva York, S.W. Benedict, 1853.

so de la bandera decía, o más bien declamaba, quijotescamente también: "¡Habrá patria y tierra, libertad y trabajo para los españoles, cuando en masa vengan a pedírnosla como una deuda!".

Y tengo que decir de Bolívar lo que de Sarmiento he dicho y repetido, y es que nunca se me aparece más español que cuando habla o parece hablar mal de España ¡en español! No. Don Quijote nunca puede hablar mal de España, aunque maldiga de los españoles.

Su estilo mismo, el de Bolívar, era un estilo quijotesco, algo enfático, muy español, entre gongorino y conceptuoso, aunque con evidente influencia de los escritores franceses de fines del siglo XVIII. ¿Quién no se ha detenido ante las frases de sus discursos y proclamas? Urgiendo, al principio de la revolución, por que se declarase la independencia, pregunta: "¡Que los grandes proyectos deben prepararse en calma! Trescientos años de calma, ¿no bastan? ¿Se quieren otros trescientos todavía?". Y en otras partes dice: "Creado el Nuevo Mundo bajo el fatal imperio de la servidumbre, no ha podido arrancarse las cadenas sin despedazar sus miembros". "Éramos ciegos; los golpes nos han abierto los ojos". "Soldados colombianos centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo". Y otras cien frases así.

Era un hombre, todo un hombre, un hombre entero y verdadero, que vale más que ser sobrehombre, que ser semidiós –todo lo semi o a medias es malo y ser semidiós equivale a ser semihombre–; era un hombre este maestro en el arte de la guerra, en el de crear patrias y en el hablar al corazón de sus hermanos, que no catedrático de la ciencia de la milicia, ni de la ciencia política, ni de literatura. Era un hombre; era el Hombre encarnado. Tenía un alma y su alma era de todos y su alma creó patrias y enriqueció el alma española, el alma eterna de la España inmortal y de la humanidad con ella.

En materia de interés o de intereses allá se las iban Don Quijote y Bolívar. Don Quijote no llevaba consigo blanca, ni se preocupaba de ello, porque "él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno las hubiese traído"[9]. Bolívar dice: "yo no quiero saber lo que se gasta en mi casa"; y como era millonario y manirroto, y como sus verdade-

9. Miguel de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, Madrid, Cátedra, 1905, cap. III.

ros intereses no eran acuñables, gasta en poco tiempo, en Lima, ocho mil duros en agua de colonia; sostiene en Madrid "tren de príncipe", derrocha en Londres "ciento cincuenta mil francos en tres meses", regala sus alhajas a don Fernando Peñalver para que se remedie la miseria, declara libres, de un golpe, en su hacienda de San Mateo, a mil esclavos negros, que le representaban un valor de más de doscientos cincuenta mil duros, y renuncia los millones en metálico que decreta para él la gratitud de los pueblos.

No. Los servicios de un Don Quijote no pueden ser pagados con dinero. Pero para renunciar a millones, en pleno siglo XIX, se necesita ser un Don Quijote de buena ley, genuino. Washington, que no lo era, aceptaba por eso las modestas dádivas de su país.

La idea de la justicia o la justicia misma era muy semejante en uno y otro Caballero.

En mi *Vida de Don Quijote y Sancho*, cap. XXII, he escrito: "Don Quijote castigaba, es cierto; pero castigaba como castigan Dios y la Naturaleza, inmediatamente, cual en naturalísima consecuencia del pecado".

Así Bolívar. Fusiló a propios y a extraños, pero jamás con ensañamiento. Su justicia, como la de Don Quijote, era rápida y ejecutiva. Boves lo derrota en La Puerta, y hace una carnicería de las suyas: Bolívar fusila inmediatamente ochocientos prisioneros; Piar, su teniente, se insubordina, huye del ejército y trastorna el orden, en momentos angustiosos: Bolívar lo hace aprehender, juzgar y fusilar. Lo propio hizo con Berindoaga, ministro de guerra y traidor, en Perú. Lo mismo con Vanoni, el único de los realistas vencidos, a quien fusiló en el campo de Boyacá, en 1819, porque siendo oficial suyo lo había traicionado en 1812, haciéndole perder el castillo de Puerto Cabello. "La justicia sola es la que conserva la república", decía[10].

Conviene leer, en la edición comentada que de las *Cartas de Bolívar* ha hecho Rufino Blanco Fombona, lo que dice este de la Guerra a Muerte decretada por Bolívar en 1813. No es la crueldad fría de los corazones felinamente tiernos, débiles; es el rugido de desesperación y dolor de los corazones generosos pero recios.

10. *Cartas del Libertador, 1824-1825*, 2ª ed., Caracas, Banco de Venezuela / Fundación Vicente Lecuna, 1965, t. 4 (1824-1825).

El mismo Blanco Fombona ha escrito que los reveses hacían temible a Bolívar, y que con el éxito se hacía magnánimo. Así es la verdad.

Recuérdese aquella noble respuesta de Bolívar al general Salom que sitiaba El Callao, donde se defendía heroicamente el heroico general español Rodil, aquel mismo Rodil que fue luego, en España, presidente del Consejo de Ministros y uno de los pacificadores de las Vascongadas. Salom, desesperado con la resistencia, amenazaba, en carta a Bolívar, a los defensores del Callao. El Libertador le responde: "El heroísmo no es digno de castigo. ¡Cuánto aplaudiríamos a Rodil si fuera patriota! La generosidad sienta muy bien al vencedor, general"[11].

Apedreado y robado por Ginés de Pasamonte y demás galeotes a quienes libertara en Sierra Morena, Don Quijote, algo pesaroso, dijo: "el hacer bien a villanos es echar agua en el mar".

Algo semejante ocurrió a Bolívar y consideración semejante hizo. Insultado, calumniado, atropellado, proscrito por aquellos mismos pueblos que libertara, exclamó: "he arado en el mar". Solo que uno y otro idealista, el manchego y el caraqueño, reinciden en su fe quijotesca a pesar de las tristes realidades.

Un hombre así suele culminar en su religión. ¿Cuál fue la de Bolívar? He aquí el problema más oscuro de su vida. Su religión fue su obra, fue su quijotismo.

Hijo del siglo XVIII, pensó en religión como entonces se pensaba en ella; pero ¿cómo la sintió? En el *Diario de Bucaramanga* se nos dice que Voltaire era el autor favorito del Libertador y se nos exponen las ideas filosóficas, o pseudofilosóficas de él respecto a religión, unas ideas, a base condillaciana, de una desesperante superficialidad. Y como buen volteriano, distinguía entre el hombre y el ciudadano. Él, en cuanto ciudadano, y para dar el ejemplo, iba a misa, pero llevando para leer en ella un tomo de la *Biblioteca Americana*, sin persignarse, y solo por ciudadanía al modo pagano. "Soy filósofo para mí solo o para unos pocos amigos y sacerdote para el vulgo" –decía con la única pedantería que he encontrado en él y es cuando de religión hablaba. Porque su volterianismo era pedantería. Mas

11. D.F. O'Leary, *op. cit.*, v. XXX.

no se le iría, sin él saberlo, el alma toda religiosa en aquella frase con que termina su proclama dada desde el Cuartel General de Bogotá, el 8 de marzo de 1820, 10º de la Independencia, y donde dice: "¡Viva el Dios de Colombia!". Por ahí, por el Dios de la patria, había hallado su religión. Porque Dios no es Dios de individuos, lo es de pueblos; el Dios de las batallas es Dios de patrias.

El cristianismo que se gastaba a fines del siglo XVIII y principios del XIX, cristianismo muy imbuido en racionalismo enciclopédico y no menos frío y seco que este, no podía satisfacer a un alma como la de Bolívar. Y además para el Libertador la acción fue pensamiento.

Ni Bolívar, como los incrédulos faltos de imaginación y sobrados de petulancia pedantesca, cayó en cientificismo. Se burlaba no solo del doctor Moor, sino de la ciencia médica. Don Simón Rodríguez, que "solo amaba las ciencias", no logró contagiarle; no lo logró aquel su pedagogo, que en un gabinete de física y química de un alemán se ocupaba en estudios y que hablaba, en alemán, con su amigo tudesco mientras Bolívar, el pupilo, yacía enfermo en cama. Don Simón Rodríguez quiere convencer a Bolívar de que en la vida hay otra cosa que el amor –el héroe había enviudado ya–, que podía ser muy feliz entregándose a las ciencias o a la ambición. "¡Ah, Rodríguez, prefiero morir!" –exclamaba Bolívar[12]. ¡Tenía veintiún años!

Luego se entregó a la ambición, a la más noble, el amor a Dulcinea, no a la ciencia, y por no haberse dedicado exclusivamente al estudio, profesó sobre religión las doctrinas entonces corrientes entre los de su clase y su educación. Mas no nos importa cómo pensó la religión, sino cómo la sintió, cómo sintió la religión quijotesca del Dios de Colombia.

Bolívar, hombre de ideas y de ideales, tuvo conciencia clara de su alta misión quijotesca, de su función de libertador. A menudo lo demostró. En solemne ocasión –creo que intentaba expedicionar, en son de liberación, contra las Filipinas– dijo, más o menos: "Mi deber es sacar siempre la espada por la justicia y luchar donde haya pueblos esclavos que defender". Otra vez, en ocasión más solemne aún –porque fue en el trance de la muerte–, una de sus últimas y desconsoladas frases fue la siguiente, ya citada: "Los

12. *Cartas del Libertador*, *op. cit.*, p. 42.

tres más grandes majaderos de la Historia hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo". Se ponía entre los redentores.

Tal fue el hombre de la América española.

De sus visiones proféticas, de lo que hizo por la apertura del Canal de Panamá, por el arbitraje internacional, por el derecho público americano; de lo que dijo sobre el porvenir de los pueblos del Nuevo Mundo y sobre su democracia, nada comentaré aquí. Eso pertenece a otro campo que al que aquí me he acotado.

Baste solo decir que algunos de aquellos pueblos que empezó a forjar Bolívar, algunas de aquellas patrias que surgieron al golpe de su espada y al conjuro de su voz inflamada aún andan buscando alma, aún buscan aquellos bienes que ni al precio de la independencia deben ser vendidos. Y para esos pueblos aprendices indóciles de libertad, aún las palabras del Libertador son una enseñanza, son palabras libertadoras. Y pueden serlo para nosotros, los españoles. Nuestros más generosos héroes de la libertad, los que lucharon por ella desde Cádiz y luego bajo el horrendo reinado del abyecto Fernando VII, aquellos héroes no superados por los liberales españoles de tiempos más próximos al nuestro, por liberales de engañifa, aquellos nobilísimos doceañistas y sus inmediatos sucesores convivieron con Bolívar y con él se hicieron. ¿No os parece el mismo Bolívar un héroe doceañista, el verdadero héroe del doceañismo? A él, al Libertador de la América española del Sur, debe mucho, muchísimo, el liberalismo español. Y no me cabe duda de que nuestros buenos liberales, los de los tiempos en que nacía la España nueva, que tanto tarda en levantarse de la cuna y dejar las mantillas, no me cabe duda de que aquellos españoles rendían culto, bien que secreto, al Libertador. Los diplomáticos extranjeros en Madrid transmitían a sus gobiernos conversaciones con personajes de la época que patentizan la admiración que inspiraba Bolívar, como Napoleón, hasta a sus enemigos.

Entre las cartas más lisonjeras que se dirigieron a Bolívar, lisonjeras por venir sobre todo de sus adversarios los más altivos, cuéntanse las del general La Torre, las del general Morillo y de otros militares españoles que pelearon contra él aquella formidable guerra de América, tan mal estudiada en España. El general Canterac, a quien un motín militar asesinó cerca de

la Puerta del Sol, el 18 de enero de 1835, siendo capitán general de Madrid; el general Canterac, derrotado por Bolívar en la Batalla de Junín, y luego, junto con La Serna, en Ayacucho, escribió al Libertador, en nombre de los generales, la siguiente carta:

Huamanga, 12 de diciembre de 1824.

> Excelentísimo señor Libertador, general don Simón Bolívar.
> Como amante de la gloria, aunque vencido, no puedo menos que felicitar a vuestra excelencia por haber terminado su empresa en el Perú con la jornada de Ayacucho. Con este motivo, tiene el honor de ofrecerse a sus órdenes y saludarle en nombre de los generales españoles, este su afectísimo y obsecuente servidor, q.b.s.m.,

José de Canterac

Y gracias a Dios que hemos llegado a tiempos en que un español, sin renegar de su españolidad, sino más bien afirmándola más aún, puede rendir culto, y culto patriótico, de la gran patria, lo mismo que a ese colosal Bolívar, a un Martí, a un Rizal.

Mi intención ha sido mostrar, en rápida fulguración, con frases del mismo Bolívar, al Hombre español, al Quijote de la América hispana libertada, a uno de los más grandes héroes en que ha encarnado el alma inmortal de la Hispania máxima, miembro espiritual sin el que la humanidad quedaría incompleta.

JUAN MONTALVO

SIMÓN BOLÍVAR*

AL TIEMPO que el genio de la guerra se coronaba emperador de Francia por mano de un pontífice cautivo, corría la Europa un hijo del Nuevo Mundo, poseído de inquietud indefinible que no le daba punto de reposo. De ciudad en ciudad, de gente en gente, ni el estudio le distrae, ni los placeres le encadenan, y pasa, y vuelve y se agita como la pitonisa atormentada por un secreto divino. *Est Deus in nobis*, exclama el poeta, gimiendo bajo el poder de Apolo, en la desesperación que le causa la tiranía de las musas. Dios está en el pecho del poeta, Dios en el del filósofo, Dios en el del santo, Dios en el del héroe, Dios en el de todo hombre que nace al mundo con destino digno de su Creador: belleza, verdad, beatitud son cosas dignas de él; la libertad es también digna de él: él es el libre por excelencia; la libertad es bella, verdadera, santa, y por lo mismo tres veces digna de Dios. No el genio impuro del vicio, ni el amable genio del placer le poseen a ese desconocido, sino un genio superior a todos, el primero en la jerarquía mundana, el genio de la libertad encendido en las llamas del cielo. Tiene un dios en el corazón, dios vivo, activo, exigente, y de allí proviene el desasosiego con que lucha, sintiendo cosas que no alcanza, deseando cosas que no sabe. El dios sin nombre, el dios oculto a quien adoraban en Atenas, le pareció a San Pablo la divinidad más respetable. La más respetable, sí, pero la más temible, la más insufrible, por cuanto el seno del hombre no ofrece tanto espacio como requiere la grandeza de un dios que se extiende infinitamente por lo

---

* *Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur, por los más grandes escritores americanos*, Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1944, t. I, pp. 27-113.

desconocido. De Madrid a París, de París a Viena, de Viena a Berlín, de Berlín a Londres no para el extranjero: ¿qué desea? ¿qué busca? El dios de su pecho le atormenta, pero él no le conoce todavía, si bien columbra algo de grande en la oscuridad del porvenir, y ve apuntar en el horizonte la luz que ha de ahuyentar la hambrienta sombra que le devora el alma. No podemos decir que no procurase poner remedio a su inquietud, cuando sabemos por él mismo que en tres semanas echó a mal treinta mil duros en una de esas capitales, como quien quisiese apartar los ojos de sí mismo, dando consigo en un turbión de logros y deleites. O era más bien que tenía por miserables sus riquezas si no daba como rey, él que había nacido para rehusar las ofertas de cien agradecidos pueblos. Si la vanidad no es flaco de las naturalezas elevadas, el esplendor les suele influir, en ocasiones: mal de príncipes, si ya la inclinación a lo grande es enfermedad en ningún caso.

Llamábase Bolívar ese americano; el cual, sabiendo al fin para lo que había nacido, sintió convertirse en vida inmensa y firme la desesperación que le mataba. La grande, muda, inerme presa que España había devorado trescientos largos años, echa al fin la primer queja y da una sacudida. Los patriotas sucumben, el verdugo se declara en ejercicio de su ministerio, y el Pichincha siente los pies bañados con la sangre de los hijos mayores de la patria. Bien sabían estos que el fruto de su atrevimiento sería su muerte; no quisieron sino dar la señal, y dejar prendido el fuego que acabaría por destruir al poderoso tan extremado en la opresión como dueño de llevarla adelante. ¿Qué nombre tiene ese ofrecer la vida sin probabilidad ninguna de salir con el intento? Sacrificio; y los que se sacrifican son mártires; y los mártires se vuelven santos; y los santos gozan de la veneración del mundo. Nuestros santos, los santos de la libertad, santos de la patria, si no tienen altares en los templos, los tienen en nuestros corazones, sus nombres están grabados en la frente de nuestras montañas, nuestros ríos respetan la sangre corrida por sus márgenes y huyen de borrar esas manchas sagradas. Miranda, Madariaga, Roscio a las cadenas; Torres, Caldas, Pombo, al patíbulo. Pero los que cogieron la flor de la tumba, los que desfilaron primero hacia la eternidad coronados de espinas bendecidas en el templo de la patria, se llaman Ascasubi, Salinas, Morales, y otros hombres, grandes en su oscuridad misma, grandes por el fin con que se entregaron al cadalso,

primogénitos escogidos para el misterio de la redención de Sudamérica. La primera voz de independencia fue a extinguirse en el sepulcro: Quito, primera en intentarla, había de ser última en disfrutarla: así estaba de Dios, y doce años más de cautiverio se los había de resarcir en su montaña el más virtuoso de los héroes. Ese ¡ay! de tan ilustres víctimas; ese ¡ay! que quería decir: ¡Americanos, despertaos! ¡Americanos, a las armas! llegó a Bolívar, y él se creyó citado para ante la posteridad por el Nuevo Mundo que ponía en sus manos sus destinos. Presta el oído, salta de alegría, se yergue y vuela hacia donde tiene un compromiso tácitamente contraído con las generaciones venideras. Vuela, mas no antes de vacar a una promesa que tenía hecha al monte Sacro, mausoleo de la Roma libre, porque el espíritu de Cincinato y de Furio Camilo le asistieran en la obra estupenda a la cual iba a poner los hombros. Medita, ora, se encomienda al Dios de los ejércitos, y en nao veloz cruza los mares a tomar lo que en su patria le corresponde de peligro y gloria.

Peleó Bolívar en las primeras campañas de la emancipación a órdenes de los próceres que, ganándole en edad, le ganaban en experiencia; y fue tan modesto mientras hubo uno a quien juzgó superior, como fiero cuando vio que nadie le superaba. Bolívar, después del primer fracaso de la república, tuvo la desgracia de ser uno de los que arrestaron al Generalísimo, achacándole un secreto que no podía caber en la conducta de tan claro varón, soldado de la libertad que había corrido el mundo en busca de gloriosa muerte. Si historiador o cronista ha explicado el motivo de esa vergonzosa rendición del ejército patriota, no lo sé. Sin batalla, sin derrota, seis mil valientes capaces de embestir con Jerjes bajan las armas ante enemigo menor en número, sin más capitán que un aventurero levantado, no por las virtudes militares, sino por la fortuna. Miranda expió su falta con largos años de prisión, agonizando en un calabozo, donde no padeció mayor tormento que el no haber vuelto a tener noticia de su adorada Venezuela, hasta que rindió el espíritu en manos del único a quien es dado saber todas las cosas.

No era Bolívar el mayor de los oficiales cuando hubo para sí el mando del ejército; y con ser de los más jóvenes, principió a gobernarle como general envejecido en las cosas de la guerra. Hombre de juicio recto y voluntad soberana, aunque temblaran cielos y tierras sus órdenes habían de ser

obedecidas. En los ojos tenía el domador de la insolencia, pues verle airado era morirse el atrevido. Estaba su corazón tomado de un fluido celestial, y no era mucho que su fuego saliese afuera ardiendo en la mirada y la palabra. La fuerza física nada puede contra ese poder interno que obra sobre los demás por medios tan misteriosos como irresistibles. Los hombres extraordinarios en los ojos tienen rayos con que alumbran y animan, aterran y pulverizan. Pirro, agonizante, hace caer de la mano la espada del que iba a cortarle la cabeza, con una mirada, ¡qué mirada!, eléctrica, espantosa: en ella fulguran el cielo y el infierno. Mario pone en fuga al cimbrio que viene a asesinarle, sin moverse, con solo echarle la vista; y se dice que la mirada de César Borgia era cosa imposible de sostener. El general Páez habla de los ojos de Bolívar encareciendo el vigor de esa luz profunda, la viveza con que centellaban en ocasiones de exaltación. Y si no, ¿por dónde había de verse el foco que arde en el pecho de ciertos hombres amasados de fuego y de inteligencia? La medianía, la frialdad, la estupidez miran como la luna, y aun pudieran no tener ojos. Júpiter mueve los suyos y treme el firmamento. Homero sabía muy bien lo que convenía a los inmortales.

Naturalezas bravías incapaces de avenirse al yugo de la obediencia, no eran los compañeros de Bolívar hombres que cooperaran a su obra con no desconcertarle sus planes; antes con la sedición dejaron muchas veces libre al enemigo, una vez recobrado, formidable. Pero los atrevidos las habían con uno que daba fuerza al pensamiento, mostrando con los hechos la superioridad de su alma, y tenían que rendirse al genio apoyado por la fuerza. Así fue como en lo mejor de la campaña quitó de por medio a un jefe tan valeroso como turbulento, tan útil por sus hazañas como embarazoso y dañino por sus pretensiones desmedidas. Terrible, inexorable, manda el general pasar por las armas al león, y el invicto Piar entrega en manos de sus compañeros una vida, preciosa para la patria, si menos apasionada. Tras que este ejemplo de rigor era justo desagravio de la autoridad ofendida, no había otra manera de poner a raya los disparos de la ambición, la cual se sale de madre siempre que no se le oponen sino el consejo y las caricias. No en vano ciñe espada el príncipe, dice un gran averiguador de verdades: no en vano ciñe espada el caudillo de una revolución: libertad y anarquía son cosas muy diferentes. Habían sacudido el yugo los fieros hijos de una

tierra que no es buena para esclavos, y su ahínco se cifraba en irse cada uno con la corriente de su propia voluntad; cosa que hubiera traído el perderse la república, pues donde muchos mandan el orden viene mal servido, y la desobediencia vuelve inútiles los efectos del valor. Si el más fuerte no los dominara con su poder olímpico, término llevaban de ser todos ellos dictadores. En esto es superior el héroe americano a los grandes hombres antiguos y modernos; ninguno se ha visto en el duro trance de haber de rendir a sus compañeros de armas al tiempo que el enemigo común cerraba con unos y otros. Alejandro no hubiera llevado adelante sus conquistas, si sus capitanes le hubieran disputado la primacía; César no hubiera subido en carro triunfal al capitolio, si entre sus conmilitones se contaran ambiciosos del mando, envidiosos de su gloria. Napoleón mismo no experimentó la ingratitud de sus tenientes sino cuando los hubo puesto sobre el trono: en tanto que ese monstruo se iba tragando el mundo, todos le obedecían y servían de buen grado. Bolívar tuvo que sojuzgar a más de un Rotolando; no eran otra cosa Bermúdez, Mariño, Ribas: tuvo que fusilar leones como Piar; tuvo que servirse de los mismos que no perdían ocasión de traer algún menoscabo a su prestigio, y para esto fue preciso que ese hombre abrigase en su pecho caudales inmensos de energía, fortaleza, constancia. En pudiendo crecer su propia autoridad, pocos tenían cuenta con lo que debían a la patria; y si bien todos anhelaban por la independencia, cada cual hubiera querido ser él a quien se debiese su establecimiento. Represan la ambición en pro de la república hasta cuando los enemigos de ella se declaran vencidos; y puesto que ningún tiempo es hábil para soltar la rienda a esa pasión bravía, mal por mal, primero la guerra civil que el triunfo de las cadenas.

No era don Simón amigo de recoger voluntades, como suelen los que no alcanzan espíritus para causar admiración ni fuerzas para infundir temor: el cariño que brota sin saber cuándo de en medio del respeto, ese es el acendrado; que el amor de los perversos lo granjeamos con la complicidad, el de los soberbios con someternos a ellos, y el de los vanidosos con deferir a su dictamen. Por lo que mira al de los ruines, bien como al de ciertos animales, cualquiera se lo capta con el pan. Aquel flujo por andar haciéndose querer de este y del otro por medio de halagos y caricias, no conviene a hombres respetables por naturaleza, los cuales tienen derecho al corazón

de sus semejantes; y menos cuando el resorte del temor es necesario, en circunstancias que más rinde la obediencia ciega que el afecto interesado. A Aquiles, a Héctor no se les quiere: se les admira, a Napoleón se le teme, a Washington se le venera, a Bolívar se le admira y se le teme. En ocasión tan grande como la libertad de un mundo, el protagonista del poema no ha de ser amable; ha de ser alto, majestuoso, terrible: feroz no, no es necesario; cruel no, no es conveniente; pero firme, grande, inapeable, como Bolívar. Seguro estaba de entrar con él en gracia el que hacía una proeza; y no se iba a la mano en los encomios, como hombre tan perito en los achaques del corazón, que a bulto descubría el flaco de cada uno: dar resquicio a la familiaridad, nunca en la vida. La familiaridad engendra el desprecio, dicen. Hombre que supo todo no pudo ignorar las máximas de la filosofía. Mas nunca tomó el orgullo y el silencio por partes de la autoridad, pues cuando callaban las armas, su buen humor era presagio de nuevos triunfos. La alegría inocente es muy avenidera con la austeridad del alma, puesto que la moderación ande ahí juntándoles las manos. En uno de sus banquetes, el vencedor de Darío propuso un premio para el que más bebiese: Prómaco se bebió ocho azumbres de vino y lo ganó. A la vuelta de tres días la muerte se había comido al bebedor. Otra ocasión se tomó a burlar con el poeta Charilao, ofreciéndole un escudo por cada buen verso de los que debía leer, como llevase un cachete por cada uno de los malos. El poeta llenaba la faltriquera, pero ya le saltaba la sangre por las mejillas. El conquistador risa que se moría. No sé que Napoleón hubiese adolecido de flaquezas semejantes. Bolívar nunca. Borracho al fin el hijo de Filipo.

Austero, pero sufrido; pocas virtudes le faltaban. Si el sufrimiento no se aviniera con la fogosidad de su alma cuando el caso lo pedía ¿qué fuera hoy de independencia y libertad? Sus aborrecedores, agravios, él silencio; sus envidiosos, calumnias, él desprecio; sus rivales, provocaciones, él prudencia: con el ejército enemigo, un león: se echa sobre él y lo devora. Los huesos con que están blanqueando los campos de Carabobo, San Mateo, Boyacá, Junín, acreditan si esa fiera nobilísima era terrible en la batalla. Si de la exaltación pudiera resultar algo en daño de la república, un filósofo. Cuando el fin de las acciones de un hombre superior es otro que su propio engrandecimiento, sabe muy bien distinguir los casos en que ha de

imperar su voluntad de los en que se rinde a la necesidad. Su inteligencia no abrazaba solamente las cosas a bulto, pero las deslindaba con primoroso discernimiento; y nunca se dio que faltase un punto a la gran causa de la emancipación apocándose con celos, odios ni rivalidades. En orden a las virtudes, siempre sobre todos: cuando se vio capitán, luego fue Libertador. Imposible que hombre de su calidad no fuese el primero, aun entre reyes. Como caudillo, par a par con los mayores; de persona a persona, hombre de tomarse con el Cid, seguro que pudiera faltarle el brazo en diez horas de batalla, el ánimo ni un punto. Pero ni el brazo le falta: el vigor físico no es prenda indiferente en el que rige a los demás. Palante yace extendido boca arriba en las tierras de Evandro con una herida al pecho, la cual nada menos tiene que dos pies de longitud. Eneas se la dio. Un trotón sale corriendo por el campo de batalla de entre las piernas de su caballero, cuando este ha caído en dos mitades, una a un lado, otra al otro, partido desde la cabeza de un solo fendiente. Pirro es el dueño de esta hazaña. ¿Y quién se bota al suelo, se echa sobre la granada que está humeando a sus pies y la aplica a las fauces de su caballo que baila enajenado? Ah, estos poetas de la acción labran sus poemas en formas visibles, y los del pensamiento las estampan en caracteres perpetuos. Napoleón es tan poeta como Chateaubriand, Bolívar tan poeta como Olmedo.

Fervoroso, activo, pronto, no era hombre don Simón cuyo genio fuese irse paso a paso en las operaciones de la guerra; antes si mal resultó en ella varias veces, fue por sobra de ardor en la sangre y de prontitud en la resolución. De Fabio Máximo no mucho, de Julio César poco, todo de Alejandro en el determinarse y el acometer. Cierta ocasión que había dejado mal seguras las espaldas, reparó con la celeridad el daño de la imprudencia; porque revolviendo sobre el enemigo cuando este menos lo pensaba, hizo en él estragos tales, que el escarmiento fue igual a la osadía: unos a punta de lanza, otros ahogados en la fuga, dio tan buena cuenta de ellos, que si alguno se escapó fue merced al paso que llevaba. Agualongo, caudillo famoso, griego por la astucia, romano por la fuerza de carácter, sabe si a uno como Bolívar se le podía acosar impunemente. Pocas veces erró Bolívar por imprevisión; el don de acierto comunicaba solidez a sus ideas, y al paso que iba levantado muy alto en el ingenio, asentaba el pie sobre seguro, creciendo

su alma en la erección con que propendía de continuo hacia la gloria. El leer y el estudiar habían sido en él diligencias evacuadas en lo más fresco de la juventud, sin que dejase de robarle a esta buenas horas destinadas a las locuras del amor; lo que es en la edad madura, tiempo le faltó para la guerra, siendo así que combatió largos veinte años con varia fortuna, hasta ver colocada la imagen de la libertad en el altar de la patria. El cultivo de las letras más sosiego necesita del que permite el ruido de las armas; ni es de todos el dar ocupación a la pluma a un mismo tiempo que a la espada. César transmitía a la posteridad sus hechos según los iba consumando, ¡y en qué escritura, si pensáis! Las obras del acero, como suyas; la prosa en que las inmortalizaba, medida por la de Cicerón. En los hombres extraordinarios, esos que prevalecen sobre cien generaciones, y dominan la tierra altos como una montaña, el genio viene armado de todas armas, y así menean la cuchilla como dejan correr la pluma y sueltan la lengua en sonoros raudales de elocuencia. Guerrero, escritor, orador, todo lo fue Bolívar, y de primera línea. El pensamiento encendido, el semblante inmutado, cuando habla de la opresión, "la dulce tiranía de los labios", es terrible en el hombre que nació para lo grande. Su voz no ostentaba la del trueno, pero como espada se iba a las entrañas de la tiranía, fulgurando en esos capitolios al raso que la victoria erigía después de cada gran batalla. Cuéntase que al penetrar en el recinto del Congreso, libertada ya Colombia y constituida la república, entró que parecía ente sobrehumano por el semblante, el paso, el modo, y un aire de superioridad y misterio, que dio mucho en que se abismasen los próceres allí reunidos. Una obra inmensa llevada a felice cima; batallas estupendas, triunfos increíbles, proezas del valor y la constancia, y por corona la admiración y el aplauso de millones de hombres, son en efecto para comunicar a un héroe ese aspecto maravilloso con que avasalla el alma de los que le miran, agolpándoseles a la memoria los hechos con los cuales ha venido a ser tan superior a todos.

Bolívar tiene conciencia de su gran destino: hierven en su pecho mil aspiraciones a cual más justa y noble, y sus anhelos misteriosos trascienden a lo exterior de su persona, bañándola toda, cual si en ella se difundiera el espíritu divino. Lo que en los otros es esperanza, en él había pasado a certidumbre, aun en los tiempos más adversos; y seguro de que combatía por el

bien de una buena parte del género humano, no dudaba del fin y desenlace de ese romance heroico. Libertad era su dios vivo; después del Todopoderoso, a ella rendía culto su grande alma. Caído muchas veces, alzábase de nuevo y tronaba en las nubes como un dios resucitado. Gran virtud es el tesón en las empresas donde el vaivén de triunfos y reveses promete dejar arriba el lado de la constancia, sin la cual no hay heroísmo. El secreto de erguirse en la propia ruina, romper por medio de la desgracia y mostrarse aterrador al enemigo, no lo poseen sino los hombres realmente superiores, esas almas prodigiosas que en la nada misma hallan elementos para sus obras. Hoy prófugo, proscrito, solo y sin amparo en extranjero suelo; mañana al frente de sus soldados, blandiéndole en el rostro al enemigo la espada de la libertad, esa hoja sagrada que empuñó Pelayo y que, depositada en las regiones secretas e invisibles de la Providencia, ha ido sirviendo a los bienhechores de los pueblos, a Guillermo Tell, a Washington, a Bolívar. ¿Cuál era la maga protectora de este fabuloso caballero? No eran Melisa, Hipermea, la sabia Linigobria; era Urganda la desconocida, pero no la mágica de Belianis, sino otra más afectuosa en la protección y más eficaz en los encantos, esa mágica que vela por los hombres predestinados para los grandes fines de Dios, que es su providencia misma, llámese Urganda o ángel de la guarda.

Tan ciega era la fe de Bolívar en el poder oculto de su protectora, que donde se hubiera visto perdido para siempre cualquier otro, él desenvolvía a lo victorioso sus planes de conquistador, y se paseaba en el imperio de los incas libertando medio mundo. Sucedió que en una ocasión, sorprendido con cuatro oficiales por un destacamento de españoles, acudiese a salvar la vida enzarzándose en un jaral, donde hubo de permanecer una buena pieza, a riesgo de muerte si daba un paso. Perdida la batalla, dispersa la gente, el enemigo corriendo la tierra, ellos sin salida: pues en cuanto duraba el peligro se puso a discurrir en cosas que, tanto parecían más extravagantes y efectos de locura a su cuitado auditorio, cuanto eran más grandes e inverosímiles. Acaba con los españoles en Venezuela, liberta la Nueva Granada, y lleva la independencia al país del Ecuador: constituida una gran nación con estas tres colonias, no hace sino un paso al Perú, y funda otras repúblicas, cabalmente en tierras poseídas por grandes y poderosos enemigos.

¿Adónde iría después? No hubo, sin duda, un Cineas que se lo preguntase, escuchándole sus oficiales en la angustia de sus corazones, pues para ellos era cierto que a su general se le trabucaba el juicio; tan imposibles parecían esas cosas. Y llegaron a ser tan positivas, que el mundo las vio con asombro, y los sudamericanos las gozan sin cuidado, aunque agradeciendo poco. Su maga protectora, que no era sino el ángel de la guarda del Nuevo Mundo, le sacó a paz y a salvo y le llevó a una montaña, de donde le hizo ver en el porvenir la suerte de nuestros pueblos.

Andando el tiempo, hallábase enfermo en Pativilca, presa de la calentura, desencajado, mustio: uno de sus admiradores nos lo describe sentado ahí, juntas y puntiagudas las rodillas, pálido el rostro, hombre más para la sepultura que para la batalla. Los españoles, formidables, dueños de todo el Alto Perú y de la mayor parte del Bajo: quince mil hombres de los que habían vencido a las huestes napoleónicas y echado de España el águila poderosa. La Serna, Canterac y otros valientes generales, bien armados, ricos y atrevidos con mil triunfos: la república, perdida. "¿Qué piensa hacer vuestra excelencia?" –pregunta don Joaquín Mosquera–. "Vencer", responde el héroe. Toques sublimes de elevación y longanimidad que acreditan lo noble de su sangre y lo alto de su pecho. ¿En qué la cede a los grandes hombres de lo antiguo? En que es menor con veinte siglos, y solo el tiempo, viejo prodigioso, destila en su laboratorio mágico el óleo con que unge a los príncipes de naturaleza. ¿Qué será Bolívar cuando sus hazañas, pasando de gente en gente, autorizadas con el prestigio de los siglos, lleguen a los que han de vivir de aquí a mil años? Podrá Europa injusta y egoísta, apocarnos cuanto quiera ahora que estamos dando nuestros primeros pasos en el mundo; pero si de ella es el pasado, el porvenir es de América, y las ruinas no tienen sonrisas de desdén para la gloria. ¡Luis XIV, Napoleón, grandes hombres! Grandes son los que civilizan, los que libertan pueblos: grande es Pedro I de Rusia, grande Bolívar, civilizador el uno, libertador el otro. Luis XIV es el genio del despotismo; Napoleón, el de la ambición y la conquista. El genio de la libertad en ninguna manera ha de ser inferior; antes siendo hijo de la luz, su progenitura es divina, cuando los otros crecen, y se desenvuelven y son grandes en las sombras. Sus enemigos echaron en campaña la voz de su coronación por mano de las potencias europeas, cuando nada

estuvo más lejos de su pensamiento. Verdad es que hubo Antonios que le tentasen a ese respecto; pero más leal que César o menos ambicioso, él siempre rechazó de buena fe tan indebidas ofertas. Su bandera había sido la de la democracia, y no podía sin incurrir en mal caso relegar al olvido el símbolo de sus victorias. A ser él para dar oído a las almibaradas cláusulas de la adulación, tiempo había que hubiera muerto rey, pues de seguro le matan si acomete a coronarse. El cuchillo de la envidia envuelto en tinieblas, erró el golpe; el puñal de la salud en el brazo de la libertad le hubiera acertado en medio pecho. Trabajo les mandaba yo a sus detractores de que fundasen sus malos juicios en alegaciones aceptables. El puñal tendrá fuerza de convencimiento cuando habla en mano de Bruto; en la de cualquier otro, jura falso. Los que evocan la sombra de este romano, aseguren el golpe, si quieren ser libertadores; en fallando la empresa, quedarán por asesinos: el buen éxito es necesario para la bondad de la causa. ¿Qué digo? Si Bolívar muere a poder de los Cascas y los Casios colombianos, las maldiciones de América hubieran estado cayendo perpetuamente sobre ellos, como las gotas negras que miden la eternidad y marcan la frente de los réprobos: el mal suceso de su temerario intento los ha salvado; pues, según se me trasluce, perdonados están en razón de la buena fe con que tal vez algunos de ellos abrazaron esa horrible causa, ya por exceso de credulidad, ya por sobra de ardor en la sangre. Voy a más y digo que, puesto caso que las intenciones ambiciosas del Libertador fueran manifiestas, no era el puñal el instrumento de la salvación de la república: el parricidio vuelve negro todo cuanto le rodea, infesta un gran espacio a la redonda, y sus sombras envenenadas son capaces de corromper la luz del día. Los chinos arrasan, no solamente la casa, sino también el pueblo donde ha nacido un parricida; parientes extraños, viejos, mozos, mujeres, niños, todo lo matan, hasta los animales, y esterilizan con sal la tierra que produjo bestia semejante. En ser de hombres libres y republicanos todos somos hijos de Bolívar, libertador y fundador de la república; no podemos matarle sin merecer el castigo de los parricidas.

La vida de un tiranuelo ruin sin antecedentes ni virtudes; la vida de uno que engulle carne humana por instinto, sin razón, y quizá sin conocimiento; la vida de uno de esos seres maléficos que toman a pechos el destruir la

parte moral de un pueblo, matándole el alma con la ponzoña del fanatismo, sustancia extraída por putrefacción del árbol de las tinieblas; la vida de uno de esos monstruos tan aborrecibles como despreciables, no vale nada: azote de los buenos, terror de los pusilánimes, ruina de los dignos y animosos, enemigos de Dios y de los hombres, se les puede matar como se mata un tigre, una culebra. No he sabido que hasta ahora hubiesen caído sino las bendiciones del mundo sobre los matadores de Calígula, Caracalla, Heliogábalo, y serían malditos quienes los maldijesen. ¿Conque es tan digna de respeto la existencia de los que viven privando de ella a los que la gozan otorgada por el Creador, y la llevan adelante girando honestamente en la órbita de sus leyes y de las humanas? No se le debe matar porque es hombre, y su vida la tiene del Altísimo: ¿son otra cosa los que él mata, y viven por obra de un ser diferente? El verse revestido de un poder humano y usurpado trastrueca el orden de las cosas naturales y modifica en favor de los perversos las leyes eternas que obran sobre todos. El que hace degollar por mano de verdugo, o manda a un grupo de soldados fusilar uno o muchos inocentes, sin procedimiento bueno ni malo, porque esto conviene a su ambición o su venganza, ¿será menos asesino que el que mata de persona a persona? Solamente la cuchilla de la ley en manos de la justicia puede quitar la vida sin cometer crimen. La tiranía es un hecho, hecho horrible que no confiere derechos de ninguna clase al que la ejerce, porque en el abuso no hay cosa legítima. Los tiranos, los verdaderos tiranos, se ponen fuera de la ley, dejan de ser hombres, puesto que renuncian los fueros de la humanidad, y convertidos en bestias bravas, pueden ser presa de cualquier bienhechor denodado. ¿Quién sería harto impío que tuviese por delincuente al matador de Nerón, si este hubiera muerto a manos de algún hombre dichoso? Senadores sabios, ciudadanos ilustres, matronas venerandas, niños inocentes, ¡cuántas vidas preservadas con la muerte de uno solo, de un demonio revestido de las formas mortales! Tracea, "varón clarísimo, digno de progenitura celestial", ha llegado al lugar del suplicio: la hoguera que ha de consumir sus miembros va a ser prendida bajo un árbol fresco, verde, lozano, que prodiga su sombra a la tierra y desaloja una vasta porción del aire en poética ufanía. El reo, reo de virtudes de todo linaje, echa de ver el peligro de ese egregio fantasma, y suplica a los esbirros separar

de su tronco la pira que a sus carnes se destina. Extraño a su conflicto, repara en el de un árbol el rato de la muerte. A estos quitaba Nerón la vida. ¡Británico, pobre muchacho! Agripina, poco importa; Locusta, me alegro mucho: ¡Pero el filósofo! ¡Pero Séneca! ¿Y cuál es el perverso, el insensato que venga a llamar delincuente y condene a patíbulo al santo matador de Caracalla? Lejos estoy, gracias a Dios, de conceptuar un monstruo al que despoja de la vida a un malvado consumado, un asesino de profesión; y en siendo mío el juzgar a ciertos grandes hombres, grandes en crímenes y vicios, ninguno se me escapara de la horca. ¡Qué castillo ese tan airoso, tan cargado de la fruta que deleita a Lucifer!

El toque está en que juzguemos a juicio de buen varón acerca de las intenciones y las acciones de los hombres, y sepamos cuál sentencia sería confirmada por el Juez Supremo, y cuál otra revocada; pues sucede que el malvado para unos es santo para otros, y mientras estos vocean llamándole tirano, esos se desgañitan por acreditarle de hombre justo y bienhechor. Justo, bueno y católico, norabuena; si a pesar de esto es enemigo de Dios y de los hombres, yo le destino a la cuerda, y allá se averigüe. Los antiguos sabían poner las cosas más en su punto que nosotros, y eran acaso más acreedores a la libertad, cuando la defendían o la reconquistaban a todo trance. Nosotros andamos confundiendo algún tanto los principios de justicia, y no tenemos gran cuenta con los de la moral: atentamos contra la vida de los buenos, los grandes, y dejamos vivir a los perversos, los ruines perjudiciales. Para un Bolívar más de un puñal; para un García Moreno no hay sino bendiciones, las de Cafarnóm. Bendita sea la servidumbre, bendita sea la ignorancia, bendita sea la mentira, bendita sea la hipocresía, bendita sea la calumnia, bendita sea la persecución, bendita sea la infamia, bendito sea el fanatismo, bendito sea el perjurio, bendito sea el sacrilegio, bendito sea el robo, bendito sea el azote, bendita sea la lujuria, bendito sea el patíbulo; ¡benditos sean, benditos sean, benditos sean! Maldito sea el corazón que concibe la muerte de Bolívar, obra de Satanás, preñez infanda; maldito el pensamiento que la madura en sus entrañas pestilentes; maldita la noche en que se comete ese pecado; maldito el instrumento de que se sirven sus autores; maldito el valor que los anima; maldita la fuerza en que confían; ¡malditos sean, malditos sean, malditos sean!

Yo no maldigo lo pasado, maldigo lo futuro; pues si Dios misericordioso perdonó a los delincuentes, ¿qué sería de mis maldiciones? Maldigo lo futuro, para que los hombres que merecen bien del género humano, los civilizadores, los libertadores, los héroes perínclitos, los filósofos, los maestros de la ley moral se hallen expuestos lo menos posible a las locuras de estos brutos ciegos, brutos insensatos que matan a Enrique IV y dejan vivir a Carlos IX, maldicen a Bolívar y bendicen a García Moreno. Puñal para Sucre, el más modesto de los grandes hombres, el más generoso de los vencedores, el más desprendido de los ciudadanos: Sucre, varón rarísimo que supo unir en celestial consorcio las hazañas con las virtudes, el estudio con la guerra, el cariño de sus semejantes con la gloria. Puñal para Sucre, el guerrero que comparece en la montaña, cual si bajase del cielo, y cae y revienta en mil rayos sobre los enemigos de América; Sucre, el vencedor de Pichincha, el héroe de Ayacucho, el brazo de Bolívar. Puñal para Sucre, esto es, puñal para el honor, puñal para el valor, puñal para la magnanimidad, puñal para la virtud, puñal para la gloria. ¡Americanos!, ese golpe de sangre que os inunda el rostro en ondas purpurinas es vuestro salvador; la vergüenza borra la infamia, y los que gimen en silencio bajo esta enfermedad bienhechora, están salvados. Sucre no murió a nombre de un principio, de una idea, ni por mano de un partido: su muerte no pesa sino sobre su matador, y su memoria no infama sino a su tenebroso verdugo. "Los gobiernos se han fundado y consolidado en todo tiempo por medio de la cicuta y del puñal" –dijo uno de los asesinos, echándole al rostro al género humano esta necia calumnia–. El crimen no puede servir de fundamento a cosa buena en el mundo: la cicuta mata la filosofía, destruye las virtudes, no funda los gobiernos. Fedón, Critón, Cerefón, rodean al maestro agonizante: la divinidad, casi visible a los ojos de los discípulos, está derramada en el rostro de ese hombre, el más bello de los hombres, a despecho de sus imperfecciones. Ese corazón siente y palpita aún, esa cabeza piensa y raciocina, esos labios se agitan en habla dulce y armoniosa. Dios, inmortalidad del alma, suerte de la especie humana, vida, tumba, son objeto de su conversación postrera. El frío le ha ganado los pies: tiemblan los discípulos, el maestro está impasible. El frío le sube a las rodillas: los discípulos se estremecen, el maestro está sereno. El frío le invade la parte superior del

cuerpo: los discípulos, se exasperan en ansiedad mortal, el maestro permanece grave e indiferente. El frío se apodera del corazón, expira el maestro; los discípulos sueltan el llanto, llanto sublime que no dejan de oír los hombres después de treinta siglos: murió el filósofo. ¿Esto es fundar gobiernos, oscuro malvado? ¿Los treinta tiranos fundaron el gobierno de Atenas con dar a beber a Sócrates el vaso de cicuta? Los lacedemonios están furiosos –escribía de Esparta Xenofonte–; prorrumpen en dicterios contra nosotros, y dicen que es preciso haber perdido el juicio para dar muerte al que la pitonisa ha declarado el más cuerdo y virtuoso de los hombres.

Tales son las obras, tales los efectos de la cicuta, si me escuchas, oh tú, el más perverso de los nacidos. Pitágoras, Platón, ¿cuál de los filósofos sentó ese principio? Licurgo, Solón, ¿cuál de los legisladores dio esa ley? Plutarco, Tácito, ¿cuál de los historiadores la ha transmitido a la posteridad? "En todo tiempo los gobiernos se han fundado y consolidado por medio de la cicuta y el puñal". ¿En tiempo de Moisés que gobernó y guió al pueblo de Israel?, ¿en tiempo de David que cantó al Todopoderoso y reinó por la virtud?, ¿en tiempo de Pericles, el más sabio gobernante de los griegos?, ¿en tiempo de Augusto, de Tito, de Marco Aurelio? No, en esos tiempos no fueron el puñal y la cicuta los reguladores de los destinos sociales: en tiempo de Alejandro VI, en tiempo de César Borgia, en tiempo de Carlos IX reinaron el puñal y la cicuta. En tiempo de Enrique IV, ah, sí, en tiempo de Enrique IV, este es el secreto: se irguió el puñal y fundó el regicidio, el parricidio. Santo puñal, puñal bendecido en el tribunal de la penitencia, tú fundaste el mejor de los gobiernos, asesinando al mejor de los monarcas ¡Oh!, ¡tú que fundas tus gobiernos por medio del puñal y el veneno!, ¿sabes a quién obedecía Ravaillac? *Aut Cæsar, aut nihil*, era la divisa del célebre hijo de un gran pontífice romano. Estos cargan veneno en el anillo, tienen enherboladas las aldabas de las puertas, las llaves de los cofres; el vino, las viandas no bastan para el halago de sus huéspedes y compadres: les estrechan la mano afectuosamente, les ingieren la muerte en el cuerpo como por milagro, y les echan la bendición para la otra vida. Pero a lo menos estos no pretendían fundar gobiernos legítimos, sino conquistar el mundo, después de haber dejado en la calle a sus semejantes. *Aut Cæsar, aut nihil*, y este mote se espacia en un escudo ancho como el de Lucifer,

cuyo emblema es un puñal y un vaso de ponzoña. Mas fundar gobiernos republicanos y virtuosos, consolidar las leyes santas de la igualdad y el amor en el seno de la democracia por medio de esos agentes, no cabe sino en el confuso entendimiento de esos tiranuelos cuya cabeza es el edificio donde trabaja la ineptitud moviendo la máquina de la tiranía. De Augusto se ha dicho que la especie humana hubiera sido muy feliz si nunca ese hombre naciera o no hubiera muerto jamás. Fundó un imperio, un gran imperio donde reinaron paz, justicia e ingenio, y lo consolidó por medio de la crueldad; pero no fue él quien había asesinado a su gran tío. En razón de los fines podemos perdonar los medios; mas si a lo inicuo de los primeros añaden los malvados lo infame de los segundos, ¿dónde la filosofía?, ¿dónde el provecho de tan bárbaro sistema? El que funda su poder con el veneno y el puñal, de ellos necesitará toda la vida para mantenerse en el trono del crimen: si él vive zozobrando entre el manejar esos resortes y el huir de ellos, ¿a quién se queja?, y si la fortuna le abandona ¿a quién vuelve los ojos? Los perversos son los más desgraciados de los hombres, aun en medio de la prosperidad, según que siente un sabio; los perversos en desgracia, más desgraciados todavía.

Puñal para Bolívar, puñal para Sucre; ¿y por qué no?, ¿no lo hubo para Enrique IV, el mayor y más virtuoso de los reyes? Tiberio muere en su cama, y esta no es observación moderna.

Errores, puede ser; bastardías, ni una sola en la historia de Bolívar. Sagrada su palabra, sus promesas realidades, a pesar del mal ejemplo de los enemigos, los cuales raras veces tenían cuenta con memoria de lo prometido, siendo entre ellos axioma de guerra que no obligaba el juramento para con los insurgentes. Ruiz de Castilla en Quito, Monteverde en Caracas, Sámano en Bogotá rompieron la fe y anegaron en sangre la estatua sacrosanta de esta divinidad. Bolívar era un rey; Dios, patria y pundonor la trinidad augusta de su religión, dando por sentado que falta uno al pundonor cuando falta a la palabra. Liberal y magnífico por naturaleza, no cuidaba sino del acicalamiento del alma; en lo tocante al arreo de su persona, no era ello de sus ocupaciones predilectas; antes dicen que tenía el ánimo tan embebido en las cosas grandes, que poco reparaba en las suyas propias, si sus edecanes no andaban a la mira. Así ocurrió que una mañana hallase un

uniforme nuevo en lugar del que había dejado por la noche; y no le pareció tan bien que no echase de menos el deterioro causado en el antiguo por las fechorías del tiempo y las travesuras de las armas. Bonaparte miraba con rara predilección su sombrerito de Eylau, prenda que se conserva en su mausoleo entre las más respetables. Y en verdad que el viajero contempla absorto esa figurilla que ha abrigado el molde más perfecto de la inteligencia, cráneo en el cual la naturaleza echó el resto de su sabiduría. Bolívar era hombre esencial; su ánimo raras veces hacía diversiones hacia las cosas de poco valor, si no fueron las del amor, ante cuyo diosezuelo hincaba de buen grado la rodilla, aunque sin rendir la espada. ¿César no fue el más grande enamorado de Roma? El amor es la grosura del corazón, légamo suavísimo que abriga el principio de los grandes hechos, sin que de ninguna manera estrague las virtudes heroicas, cuando se deja pulsar por la moderación. Barsene dio al través con la continencia de Alejandro; quien no amase sino a Belona, sería monstruo capaz de todos los crímenes. Fuera de las dulces flaquezas de esa pasión divina, el pensamiento de Bolívar se estaba moviendo siempre a lo grande; y como sus fines eran justos, por fuerza habían de ser plausibles sus acciones. Su encargo era la libertad de un mundo; tenía que ser gran capitán: su propósito fundar nuevas naciones; le convenía ser organizador, legislador. Capitán, ya lo hemos visto: Luciano le hallará en los Campos Elíseos disputando el paso a Aníbal y Escipión. Guerrero, no le cede una mínima a Gonzalo Fernández de Córdoba; lo prueba el haberse puesto con una gran nación, el haber vencido a los soldados de Bailén, antiguos de Pavía. En el hacer de las leyes, procuraba dictar, no las mejores, sino las que más convenían a los pueblos, memorioso del precepto de Solón, el cual había usado esta manera con los atenienses.

Hombre constante, hombre avisado: en cada una de sus obras parecía echar el resto de su genio; tan fecundo era en los arbitrios y tan ejecutivo en las resoluciones. Empeñado más y mejor en su grandioso intento a cada golpe de la suerte, era cosa de ver con el ardor que volvía a la demanda cada vez más pavoroso. ¡Conque yo combato a la hidra de Lerna, cuyas cabezas se multiplican al paso que se las va cortando! –exclamaba un gran conquistador al ver cómo el general enemigo volvía más formidable después de cada una de sus derrotas–. Arruinado en varias ocasiones, fugitivo, proscrito, y

siempre el mismo contrario al frente de los españoles: ¿qué mágico terrible era ese? Sus enemigos nunca dieron con el secreto de vencerle de remate: si le toman en los brazos y le ahogan en el aire, allí fue la independencia, allí fue la república. Muerto él, España tan dueña de nosotros como en los peores tiempos de nuestra servidumbre, y América a esperar hasta cuando en el seno de la nada se formase lentamente otro hombre de las propias virtudes; cosa difícil, aun para la naturaleza, como la Providencia no la asistiera con sus indicaciones. Pero se contentaban con echarle en tierra, y esta buena madre le llenaba de vida, infiltrándole a su contacto sus más poderosos jugos. Anteo reanimado, cada uno de sus recobros era ganar en fuerza: Dios le envestía de un punto de la suya, y esto era hacerle gigante contra los míseros que peleaban fuera de su protección. Sin descorazonarse a los esguinces de la fortuna, no desaprovechaba ocasión de darle un nuevo tiento. Fortuna, diosa de los pícaros, honra de los infames, bondad de los malvados; fortuna, más inicua que ciega, más torpe que injusta, si eres una deidad, lo serás de los infiernos. Poderosa eres; pero hay uno que puede más que tú, y es el que está sobre el cielo y el infierno; cuando este se arrima a la otra parte, la tuya sucumbe: razón, verdad, justicia están de triunfo.

Que los de Bolívar no eran debidos a la fortuna, lo acreditan sus numerosas desgracias; debidos fueron a la felicidad: valor, ingenio, osadía, constancia, fe, fe ciega en su destino, constituyen la felicidad de los varones que resaltan sobre sus semejantes y han sido enviados para grandes cosas. Sin miedo de propasarnos en el encarecimiento, podemos contar a don Simón entre los hombres con los cuales la naturaleza demuestra su poder, y Dios el amor con que glorifica al género humano. Oiga la edad futura los juicios que sobre la tumba del héroe formulan los presentes, y cuando demos que los venideros no tengan nada que añadir en su alabanza, ya será el genio cuya gloria parece haber madurado veinte siglos. No dieron estampida en Europa sus acciones, porque Júpiter hecho hombre la tenía sorda con un trueno continuo: las armas del conquistador crujían más que las del libertador, y esto ha redundado en desgracia del que más títulos alcanza a la admiración del mundo, si el heroísmo puesto al servicio de la libertad vale más que el heroísmo obrando por la esclavitud del universo. Los españoles dan ciento en la herradura y una en el clavo con ese flujo por

achicar a Bolívar y sus compañeros de armas; si supieran su negocio, le delinearan sus escritores como ser casi fabuloso, héroe del linaje de Rama y de Krishna, Rustán que presta asunto a la epopeya. Mostrar en Bolívar, Sucre, Páez, aventureros sin consecuencia, hombres mezquinos que no obraban sino al impulso de ambiciones personales, cobardes además y en un todo inferiores a los europeos, es apocarse ellos mismos, desdecir de las virtudes antiguas de la gran nación hispana.

Pues no es el vencedor más estimado
De aquello en que el vencido es reputado.

¿Don Alonso de Ercilla no pensaba que las huestes castellanas abundarían tanto más en gloria cuanto menos dignos de su valentía fuesen los enemigos con quienes se estaban combatiendo? Caupolicán y Bayocolo podían muy bien dar al través con las falanges españolas; y domarlos y conquistarlos era crecer en gloria ante el rey su señor y ante las naciones de la Tierra. Nosotros no extremaríamos la insolencia ni refinaríamos la negadez tirando a disminuir los méritos de nuestros enemigos; antes por el contrario, quisiéramos que hubieran sido más valientes, avisados, peritos en la guerra, si cabe en hombres serlo más que esos egregios españoles que dieron tanto en qué entender al dueño de pueblos y reyes. Si ellos hubieran sido campeones ruines, sin fuerza ni expedientes, ¿dónde la gloria de sus vencedores? Porque los indios –dice Solís–, ni en vigor de ánimo, ni en fuerza de cuerpo y buena proporción de miembros eran inferiores a los demás. Don Antonio sabía muy bien que si los indios fueran para menos, Hernán Cortés no mereciera el loor que alcanza, por cuanto el vencer a un adversario flaco no es maravilla que debe pasar a la posteridad envuelta en el reflejo de la gloria.

¿Qué honra es al león, al fuerte, al poderoso
Matar un pequeño, al pobre, al coitoso?
Es deshonra et mengua, et non vencer fermoso:
El que al mur vence es vencez vergonzoso
El vencedor ha honra del precio del vencido.
Su loor es a tanto cuanto es lo debatido.

Parece que el Arcipreste de Hita fue más sabio que el conde de Toreno. Si los vencedores tienen tan sumo cuidado de ennoblecer a los vencidos, ¿qué no deberían hacer los vencidos respecto de los vencedores? Que nos abrumen Hércules, Teseo; que nos maten Bernardo del Carpio, el Cid Campeador; que nos pongan en fuga Marfisa, Roldán el encantado, ya podemos llevar en paciencia; mas ¿qué razón sufre andemos encareciendo la pequeñez de los que nos han puesto bajo la suela de su zapato? Yo me moriría de vergüenza si me hubiera dejado zurrar por el cojo Tersites; pero anduviera ufano aun de haber llevado lo peor, combatiéndome con el hijo de Peleo. La sucesora de Roma en el poderío y las hazañas; los vencedores de Lepanto; los soldados de Pavía; los conquistadores del Oriente, esos aventureros maravillosos que van entre cuatro amigos, y pasan por sobre emperadores, y echan tronos abajo a puntapiés; los descendientes del gran capitán; los compatriotas de Espínola, Roger Lauria, Toledo y Roberto de Rocafort; los héroes de Trafalgar; los señores de Bailén; esos españoles tan denodados como fieros, tan fuertes como entendidos en la guerra, si los ahorcasen no convendrían en que en América los hubiesen vencido hombres sino mujeres, mayores sino niños, guerreros en forma sino bárbaros. Don Alonso de Ercilla y don Antonio Solís, como quienes sabían lo que importaba más a su patria, supieron entenderse mejor con la pluma, y dejaron entreparecer su cordura por esas hábiles insinuaciones. ¿Qué dirían ellos de sus mal aconsejados compatriotas si les oyesen hablar de los soldados de la emancipación americana con desdén tan infundado como necio? Pues si eran tan miserables como decís, gritarían, ¿por qué no los sojuzgasteis y castigasteis a vuestro sabor, bellacos?

Esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera –exclamaba un gran enemigo de Roma–, al ver del modo que ordenaban la batalla; esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera; –hubiera exclamado Gonzalo de Córdoba al ver la disposición de la de Carabobo, cuya victoria fue debida a las del general republicano–; esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera –iba sin duda exclamando La Torre en la heroica retirada del Valencey–; esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera –exclamaba el tan valiente cuanto infortunado Barreiro en Boyacá–; esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera –exclamaba Canterac en el campo

de Junín–; esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera –exclamaba La Serna en Ayacucho–. ¿Cómo lo habían de ser, cuando después de envolverlos, aturdirlos, ofuscarlos con el numen de la guerra, los estrechan, los acometen, los despedazan con el acero? ¿Cómo lo habían de ser, cuando después de tenerlos baja la cerviz, rendido el brazo, les conceden los honores militares y los envían salvos a su patria? ¿Cómo lo habían de ser, cuando proclamada la paz constituyen naciones y las ponen debajo de leyes tan razonables como las que más? ¡Bárbaros, cobardes y mezquinos los que hacían esas cosas! Mirad, incautos españoles, no os reduzcamos a la memoria la famosa expresión con que se regocijaba Morillo en sus francachelas y bataholas de Caracas: "Si los vencedores son éstos, ¿cuáles serán los vencidos?". Los vencidos fueron unos que a la vuelta de poco le pusieron de patitas en la calle, desbaratado, pulverizado, anonadado su ejército compuesto de vencedores de franceses.

Un escritor mal avisado lleva la ojeriza hasta el punto de decir que Bolívar huyó cobardemente en la Batalla de Junín. ¿Cómo Aquiles huye de los troyanos? La victoria se le iba, y voló a cerrarle el paso. Y aun cuando su retirada personal no hubiera tenido un fin relativo al combate, todo el que sepa quién fue Bolívar tendrá por bien averiguado que, juzgándose necesario para la independencia, preservaba su vida a todo trance. Perder una batalla, no era mucho; se podían ganar diez en seguida; muerto Bolívar, muerta la patria. Huir el capitán, dejando al ejército enfurecido en la pelea; cosa imposible al entendimiento y a la pluma. El león va y viene, se mueve en torno, bravea y se multiplica contra los que le acosan, y sucumbe o queda vencedor, pero no huye. Podía Bolívar colocarse al frente de sus legiones atemorizadas, y echar a andar delante de ellas, porque se entendiera que seguían a su general y no iban fugitivas, como ya hizo en tiempos antiguos Cátulo Luctacio; ponerse en cobro él solo, dejándolas mano a mano con la muerte, calumnia absurda a todas luces. Primero que echa esa pamplina consúltese con Boves, el que tuvo a Bolívar por cobarde, y ese león le hubiera dicho si a la cobardía de su contrario debió su desengaño en San Mateo. Boves, el más audaz, valiente e impetuoso de cuantos españoles pelearon esa guerra, sabe si Bolívar fue más que él por la serenidad, la intrepidez, la firmeza, la constancia con las cuales arrostró con esa horrenda

hueste debajo del imperio de jefe semejante. El guerrero descuella sobre la tempestad la cabeza erguida, el brazo alzado: llueve la metralla, el ruido asorda, el humo ciega y en medio de esa espantosa cerrazón, la frente de Bolívar resplandece, su voz se sobrepone a la de los cañones enronquecidos, en su pecho se estrellan y se doblan las lanzas de los llaneros de Boves, este héroe de la antigua Caledonia, cruel como Starno, feroz como Swarán. A una acción romana debió Bolívar su salvación en San Mateo; pero es asimismo cierto que a la constancia de Bolívar debió Ricaurte su sacrificio. ¡Cuántas arremetidas resistió y cuántos asaltos rechazó y cuántas esperanzas burló primero que el nuevo Cocles salvase a la patria! Confundido, despechado, desesperado, levanta el campo Boves, y deja el triunfo a los cobardes. Españoles valientes, heroicos españoles, ¿así deshonráis vuestra derrota?

Nuestra dicha es haber conquistado la libertad, pero nuestra gloria es haber vencido a los españoles invencibles. No, ellos no son cobardes; no, ellos no son malos soldados; no, ellos no son gavillas desordenadas de gentes vagabundas: son el pueblo de Carlos V, rey de España, emperador de Alemania, dueño de Italia y señor del Nuevo Mundo. ¿Cuántas jornadas de aquí a París? –preguntaba este monarca a un prisionero francés–. Doce tal vez, pero todas de batalla –respondió el soldado–. El emperador no fue a París. La grandeza del vencido vuelve más grande al vencedor. No, ellos no son cobardes: son los guerreros de Cangas de Onís, Alarcos y las Navas; son el pueblo aventurero y denodado que invade un mundo desconocido y lo conquista; son la familia de Cortés, Pizarro, Valdivia, Benalcázar, Jiménez de Quesada y más titanes que ganaron el Olimpo escalando el Popocatépetl, el Toromboro y el Cayambe. Pueblo ilustre, pueblo grande, que en la decadencia misma se siente superior con la memoria de sus hechos pasados, y hace por levantarse de su sepulcro sin dejar en él su manto real. Sepulcro no, porque no yace difunto; lecho, digamos, lecho de dolor al cual está clavado en su enfermedad irremediable. Irremediable no, tampoco digamos esto: si España se levanta, se levantará erguida y majestuosa, como se levantara Sesostris, como se levantara Luis XIV, o más bien como se levantara Roma, si se levantara. Cuerpo enfermo, pero sagrado; espíritu oscurecido, pero santo. ¡España! ¡España!, lo que hay de

puro en nuestra sangre, de noble en nuestro corazón, de claro en nuestro entendimiento, de ti lo tenemos, a ti te lo debemos. El pensar a lo grande, el sentir a lo animoso, el obrar a lo justo en nosotros, son de España; y si hay en la sangre de nuestras venas algunas gotas purpurinas, son de España. Yo que adoro a Jesucristo; yo que hablo la lengua de Castilla; yo que abrigo las afecciones de mis padres y sigo sus costumbres, ¿cómo la aborrecería? Hay todavía en la América española una escuela, un partido o lo que sea, que profesa aborrecer a España y murmurar de sus cosas. ¿Son justos, son ingratos los que cultivan ese antiguo aborrecimiento? El olvidar es de pechos generosos: olvidemos los agravios, acordémonos del deudo y la deuda. ¿Y acaso todo fue bárbaro y cruel por parte de los españoles? Monteverde, Cerveris, Antoñanzas, es verdad; pero ¿no honraron su patria y la guerra hombres buenos, humanos como Cajigal? ¿No había visto poco antes el Nuevo Mundo un virrey como Francisco Montalvo? Y esto sin hacer memoria de Las Casas, el filántropo, el apóstol, ese que con el crucifijo en la mano andaba interponiéndose entre los conquistadores y los conquistados, suavizando la crueldad, conteniendo la rapacidad de los unos; esforzando la debilidad, aclarando la oscuridad de los otros. Cuba, ah, Cuba ensangrentada y llorosa se alza en el mar, y puesto el dedo en los labios me hace seña de callar las alabanzas de la madre patria. Pobre musa desesperada, blanco el vestido, suelto el cabello, da el salto de Leucadia para olvidar su pesadumbre o sepultarse con ella en el abismo.

Como no sea la de Olmedo, cualquier voz será desentonada para cantar los hechos de la guerra de la libertad, y trémula cualquier mano para rasguearlos según pide su grandeza. En las pinceladas sublimes de aquel bardo descuellan con toda su pujanza las virtudes del mayor de los héroes del Nuevo Mundo, y al cadencioso rompimiento de esos versos figúrase uno ver a Fingal cómo desciende todo armado de las montañas de Morven. Ullin, bardo de Cona, gastó menos poesía en alabar a sus guerreros, y ni el Pindo resonó con más arrebatada armonía a los acentos de Tirteo.

¿Quién es el caballero que alarga el brazo y enseña las alturas del riscoso Bárbula? El general dio la orden de victoria, vuelan los soldados rompiendo por los enemigos batallones. El combate está empeñado, las balas caen como granizo, los valientes se extienden por el suelo heridos en el

pecho. El general abraza con la vista el campo de batalla, y se dispara adonde la pelea anda más furiosa; suena su voz en dondequiera; su espada, como la del ángel exterminador, despide centellas que ciegan a los enemigos. Bolívar aquí; Bolívar allí: es el genio de la guerra que persigue a la victoria. Flaquea un ala, él la sostiene; otra es rota, él le vuelve su entereza; anima, enciende los espíritus, y no hay salvarse el enemigo, si no agacha las armas y se pone a merced del vencedor. Los que resisten son pasados a cuchillo; los que huyen no volverán al combate: la imagen de Bolívar los aterra, ven su sombra, y tiemblan y trasudan, semejantes a Casandra en presencia de la estatua del macedón invicto.

Triunfo caro, triunfo horrible: las lágrimas de los jefes, los ayes de los soldados manifiestan cuánto fue triste esa jornada. Joven hermoso, ¿qué haces ahí tirado sobre el polvo? ¿Contemplas la bóveda celeste, tu alma se ha enredado en los rayos del sol y no puedes libertarla de esa prisión divina? Álzate, mira: tus armas han vencido, mas sin tu brazo, la victoria era dudosa. Toma tu parte en la alegría del ejército, ve hacia tu general y recibe la corona que han merecido tus proezas. ¿Quién eres? Te conozco: la frescura de los años, la energía del corazón, la nobleza del alma, todo está pintado en tu rostro bello y juvenil como el de Ascanio. Atanasio, ¿no respondes? Este cuerpo frío, esta belleza pálida, esta inmovilidad siniestra me dicen que no existes, y que tu espíritu voló a incorporarse en el eterno. Muerto estás: la frente perforada, los sesos escurriendo lentos hacia las mejillas, la sangre cuajada en los rizos de tus sienes dan harto en qué se aflija el corazón y por qué lloren los ojos. Morir tan joven no es lo que te duele, si en la eternidad se experimenta alguna pesadumbre; morir tan al principio de la guerra, cuando la suerte de tu patria está indecisa; morir sin verla libre y dichosa, esto es lo que te angustia allá donde miras nuestra cuita. Lejos de tu sepultura, tu madre no podrá regarla con su llanto; tus hermanas, ¿las tuviste?, recibirán la nueva de tu fin y se desesperarán en tu terneza; tu amada, tu prometida (preciso era la tuvieras, pues mocedad sin amor es senectud); tu amada, tu prometida perderá el color y andará silenciosa por lugares solitarios. ¿Qué mucho? Te lloran los soldados, te lloran tus amigos, te llora el general; Urdaneta, D'Eluyar empapan la victoria con lágrimas de sus ojos; Bolívar, Bolívar mismo, mírale, parece el capitán de

los cruzados que llorase sobre Reinaldo. Flor del ejército, esperanza de la patria, bendícela desde las alturas, envíanos tu fuerza que nos ayude en las batallas.

Después de esta victoria, Bolívar decretó los honores del héroe y el ciudadano eminente a Girardot; el ejército, los venezolanos todos debían cargar luto por un mes; su nombre se inscribiría entre los de los próceres como el de un bienhechor de la patria; su familia gozaría una pensión igual a su sueldo, y otras prerrogativas con las que se suele honrar la memoria de los hombres altamente distinguidos. Atanasio Girardot, joven granadino, descolló como los valientes de primera clase, salió de esa camada de leones que tantos hombres prodigiosos dio a la independencia. Bolívar, que no conocía la envidia ni era ingrato, honró esa muerte, y el nombre de Girardot es uno de los más ilustres de nuestra santa guerra. No nos admiren los extremos de dolor del capitán; hombre era ese que, en siendo su destino otro que la guerra, habría sido poeta; la imaginación encendida, el alma delicada, sensitivo y ardiente, el poema que labró con el acero lo hubiera escrito con la pluma. Embelesa la galanura de sus cláusulas cuando habla a lo fantástico, embebido en el dios universo, allá sobre los hombros del mayor de los montes: Chimborazo no conserva recuerdo más glorioso que el haber visto frente a frente al hijo predilecto del Nuevo Mundo. No es maravilla que corazón tan fino gimiese en trance tan funesto aun en medio de los afanes de la guerra: si esta lo consintiese, se habría retirado, como Cuchullin a la colina de Cromla, a llorar la muerte de su amigo. Alejandro hizo locuras a la de Hefestión; y conmueve con una suerte de grandeza el ver a Napoleón inclinado hacia Lannes expirante, diciendo en voz ahogada en lágrimas: “Lannes, querido Lannes, ¿no me conoces? Soy Bonaparte, soy tu amigo”.

Los soldados andan taciturnos por el campamento, el cañón está apagado y triste; la lanza no amaga tendida en el brazo del llanero, y el corcel pace tranquilo en la dehesa. ¿Qué ha sucedido? El jefe se halla en su tienda de campaña, la calentura le tiene delirante: sus heridas, anchas y profundas, hablan de muerte, y amenazan a la guerra con viudez inconsolable. España va a perder uno de sus hijos más feroces, pero más esforzados; la causa de la servidumbre se verá privada de su primer ministro. ¡Boves se muere, murió

Boves! Boves no ha muerto; sobre un bridón que resopla y manotea pasa revista a sus llaneros, sus amigos fieles, cuyo cariño es para nosotros la ruina de la patria. Negra la cabellera, pálido el rostro, se gallardea en un pisador soberbio, ostentando la salud recobrada y el brío de su temperamento. Los soldados han visto convertirse en júbilo su tristeza, en bélico ardor el desmayo de sus corazones. Boves está allí, al frente de ellos, Boves su jefe, Boves el cruel, Boves el terrible con el enemigo; el afable, el bueno, el generoso con el amigo. Por Boves, no por el rey, se combaten con sus compatriotas, por él se matan con sus hermanos: el amor de la guerra une esas almas fieras, y este consorcio apasionado es funesto para los republicanos. Boves el león había infundido cariño terrible en el pecho de los llaneros, otros leones, los del Apure, más reales que los de Asia, los de esos bosques temerosos donde el sol y la tierra se unen para crear los seres más pujantes.

El jefe va y viene, su aspecto anima a los soldados, su voz los enardece; todos piden el combate. ¡A caballo! ¡A caballo! Tiembla el suelo a ese galope tempestuoso, los aceros van despidiendo sanguinolentas llamas, suena airada la vaina en el estribo, y una torre de polvo se levanta detrás de aquel turbión humano. ¿Quién resiste el empuje de esas fieras juramentadas ante el príncipe de las tinieblas para salir con la victoria o bajar todos al infierno? ¿Qué cuello es tan listo que rehúya la comba homicida de ese sable? ¿Qué pecho tan duro que rechace los botes de esa lanza? El escudo de Áyax, aforrado con siete cueros de toro, no sería resguardo harto seguro contra esa lengua horripilante que se viene vibrando como culebra enfurecida. Ya embisten, ya sueltan el brazo, ya causan la herida larga como la cuarta. ¿Qué los detiene? ¿Por qué retroceden aterrados los jinetes? El enemigo habló por mil bocas de fuego, la metralla hace estragos en los contrarios escuadrones; las columnas de San Mateo permanecen inmobles; las fuerzas todas de la potente Iberia no las quebrantarían, si contra ellas se viniesen en hórrido coraje. Y el jefe realista está allí, activo, ardiente, furioso. ¡Llaneros, a la carga! Y los llaneros vuelven, porque no iban de fuga, y acometen con más ímpetu, y se estrellan contra los infantes que les oponen la erguida bayoneta. Mil caballos huyen sueltos, otros arrancan espantados, su dueño colgando en la estribera, y bufan y acocean al agonizante. El número de los llaneros disminuye, pero su valor aumenta: la sangre de sus camaradas les

aviva la sed que tienen de la del enemigo, los enfurece, les pone fuego a las entrañas: quieren vengar a los caídos, y caen a su vez, y la tierra se encharca, al tiempo que el aire rebosa con el ruido de las armas y el vocear de los guerreros. Ninguno da pie atrás: la pelea está irritada con el punto de honra y la venganza; ese fuego no se apaga sino con la última gota de la enemiga sangre. Boves se dispara del uno al otro extremo de las filas combatientes; Boves manda en voz alta triunfar a todo trance; Boves anima, Boves enloquece, y en su pasar de un lado a otro semeja al héroe fantástico de las batallas infernales. El fuego contra el fuego nada presta: ¡Arma blanca, sable, espada! ¡Cargad, llaneros! ¡Triunfad, valientes! Boves habla; los llaneros se tiran ciegos, miles caen de una y otra parte; la victoria está indecisa.

¿Qué palidez mortal invade el rostro de Bolívar? En mudo asombro echa la vista a la colina del frente, su alma se muestra en sus ojos con angustia inmensa. El perder la vida nada es; mas con su muerte los españoles remacharán la esclavitud de América. Una columna enemiga halló el modo de trepar la floresta en cuya cima están depositados los elementos de guerra, las santas municiones, prendas de la libertad de un mundo: ellas perdidas, ya no habrá resistir; le envolverá el enemigo, y él morirá con el último soldado. ¿Qué sin fin de horrorosos pensamientos en ese instante atroz? ¿Qué dolor en el pecho del hombre a quien estaban confiadas esas cosas? Allí fue el ver morir a la naciente patria, allí el contemplar la propia ruina inevitable. La escasa guarnición abandona el depósito sacrosanto, desciende la colina a paso de fuga; todo está perdido. ¿Perdido? Nada está perdido donde la Providencia pone un mártir. El mártir es más que el héroe, por cuanto el sacrificio consumado por las ideas sublimes, por las causas grandes, no es sino el heroísmo que se extrema hasta el punto de cosa celestial. Mucio cuando mira fijamente al invasor de Roma en tanto que su mano está ardiendo en el brasero; Horacio Cocles cuando manda cortar tras sí el puente del Tíber, para salvar la ciudad hundiéndose él, son los santos del heroísmo, víctimas sagradas del amor a la patria, pasión que arraiga en los más nobles pechos, y de tal suerte que no se la arranca sino con el alma. Horacio Cocles tuvo a lo menos esperanza de salvar la vida, y se salvó en efecto nadando hacia tierra todo armado. En tanto que sus camaradas se afanan por cortar el puente, arrostra él solo con el ejército enemigo, le contiene; le

diezma, le abisma: cruje el maderamen, se hunde todo, y el héroe al fondo del río en el instante que partía la cabeza al más audaz contrario. Las armas no le abruman, ninguna ha perdido, y en esguazo heroico sale al lado de los suyos. ¿Qué grande y respetable continente? Ricaurte despidiendo imperioso a sus soldados y quedándose solo en el edificio que va a volar, no tiene ni sombra de esperanza, y no vacila. El peligro de la gran causa por la cual combate le prende una luz angélica en el seno; va a perecer Bolívar, con él la independencia; y la elevación de su alma, que sin duda la tuvo elevada, puesto que fue capaz de resolución semejante, le impele al sacrificio. Llega el enemigo dando voces de triunfo: el parque es suyo, suya la victoria; la guerra está concluida, pues que Bolívar si no muere peleando, morirá prisionero. Pero allí estaba el ángel de la guarda de cien pueblos revestido de las formas de un joven; el ángel de la guarda armado con la espada de América y una mecha prendida con el fuego del Empíreo. Una detonación inmensa, un mar de negro humo que se dilata por el espacio, en seguida silencio pavoroso: la patria está salvada.

¿Adónde volaron tus miembros, mancebo generoso? Si fuera dable suponer que los que desaparecen del mundo sin dejar rastro de su cuerpo son llevados al cielo en figura de hombre, yo pensaría que tus huesos no yacen en la tierra, ni las cenizas de tus carnes se han mezclado con el polvo profano. Quemado, ennegrecido, sin ojos en el rostro, sin cabello en la cabeza, todavía me hubieras parecido hermoso, y al contemplar ese tizón sagrado, mis lágrimas hubieran corrido de admiración y gratitud antes que de dolor: los grandes hechos, las obras donde la valentía y la nobleza concurren desmedidamente, no causan pesadumbre, aun cuando traigan consigo una gran desgracia; conmueven, exaltan el espíritu, maravillan, y al paso que sentimos la pérdida de un hombre extraordinario, experimentamos satisfacción misteriosa de que la especie humana le hubiese contenido, y de que se hubiese dado a conocer con muerte sublime. Ricaurte, hombre grande en tu pequeñez, ilustre en tu oscuridad, no eres pequeño ni oscuro desde que te sacrificaste por la libertad de la raza que tiene a gloria el haber producido hijo como tú. ¿Por qué Escévola sería más admirable? ¿Por qué su fama revierte en el mundo, y tu nombre no lo sabemos sino los que te amamos? La grandeza de Escévola está en la grandeza de Roma; no

es mucho que el renombre de sus héroes, creciendo al influjo de los tiempos, sea mayor que los de un pueblo salido apenas de la cuna. La esencia de las cosas es que el antiguo puso la mano en el fuego, por aterrar al enemigo con la firmeza del alma romana; el de nuestra edad se entregó a las llamas todo entero por salvar la patria. Quedan en favor de Escévola los más de veinte siglos que acrisolan su fama y refinan su gloria; y en el de Ricaurte la trompa del porvenir, que sonará estupenda si el Nuevo Mundo da algún día un Tito Livio.

Sorprendido, asombrado, aterrado, manda Boves tocar a retirada, y el campo queda por los libres. ¡Qué acciones! ¡Qué guerra!

La suerte de las armas libertadoras fue varia por mucho tiempo en Venezuela: ora triunfante, ora vencido; ora al frente de sus conmilitones, ora refugiado en medio de los mares, Bolívar no vivía sino para la emancipación de su patria, llamando así la vasta porción de hombres que puebla el país de Sudamérica. Eran sus capitanes muy para vencer en el combate; poner la victoria al servicio de la república, él solamente. Así fue que, entre subvertir el orden, no obedecer las de la cabeza principal, y hacerse proclamar primeros y segundos en el mando, muchas veces lo estragaban todo, y tal hubo en que la causa de la libertad se vio del todo perdida. Conquistada Venezuela por la célebre expedición de la Nueva Granada, tan grande obra se vino abajo, y a un pecador de bajo suelo se vio señorear insolentemente la parte más heroica de la futura Colombia. Pero Bolívar no había muerto, y "en él vivía la república", según dijo un hombre ilustre de ese tiempo, hombre de esos cuya mirada es larga y profunda, y ven el triunfo atrás de la derrota, la gloria atrás de la desgracia; suerte de profetas que, a fuerza de penetración y fe leen el porvenir y animan a sus contemporáneos con las sentencias favorables que descubren en su seno oscuro. Boves el león ya no existía; Morales el tigre quedó heredado con su prestigio y su poder, triunfando por casualidad, hombre como era de inteligencia escasa en valor no muy feliz. Y sobre esto Morillo se venía por esos mares tronando y relampagueando, con propósito firme de asegurar por medio de la sangre doscientos años más de servidumbre. Imposibles muchas veces las cosas que parecen más fáciles y prontas, y burladas las disposiciones de la tiranía. Él que sin combatir andaba cual vencedor, soberbeando como un águila,

se volvió con menos tono, cuando don Simón le hubo enseñado con la mano la vuelta de su casa. ¿Qué hizo el teniente general de los quince mil valerosos españoles que trajo consigo, y de esos elementos sobrados para conquistar un mundo? ¡Quintilio Varo, vuélveme mis legiones!, pudiera haber exclamado el que le envió, dándose de calabazadas contra las puertas de su alcázar. Victorias no, riquezas para el caudillo; laureles no, títulos inmerecidos fueron el fruto de esa aventura vergonzosa por lo que tuvo de inhábil, desastrosa para España por la gente y los caudales que en ella se habían invertido. Expedición formidable por el número y la calidad de oficiales, de soldados, de recursos, lo mejor; y con tener seguro el buen éxito, fue desbaratada y vencida por el genio de Bolívar y el valor de sus compañeros de armas. Cuéntase que don Pablo, reconvenido confidencialmente por Fernando VII, contestó de esta manera: "Déme vuestra majestad cien mil llaneros, y me paseo triunfante por la Europa a nombre del rey de España".

Los llaneros, los enemigos de la república, eran ya republicanos; los contrarios de Bolívar eran ya sus soldados. Boves, el mago que los hechizara, había descendido a las tinieblas, al tiempo que se levantaba en sus corazones su verdadero dios, ese a quien amaron y obedecieron ciegos, Páez, rey de los llanos, genio del Apure. Este combatía por la patria, la patria era la buena causa para los llaneros: verdad que Morillo y los expedicionarios habían tenido por su parte el cuidado de ponerles manifiesta con la ingratitud y el menosprecio. Para arrastrarlos contra sus hermanos habían además los españoles recurrido al sortilegio de la religión, y con el cristo por delante los obligaban a empuñar la lanza fratricida. Un terremoto en manos de un predicador popular es arma formidable –dice Gibbón–. Sí, por lo que tiene de divina; pero contra el brazo de la libertad nada pueden los rayos de la Iglesia. ¿Y acaso la destrucción de Caracas habrá sido obra de Dios, el cual se recostaba al lado de los opresores? Él envía el ángel exterminador al campo de los amonitas, no combate por los tiranos. El terremoto de Caracas fue, con todo, golpe mortal para la república, no solamente a causa de la ruina de ese hogar de fuego sagrado, sino también por los sentimientos adversos a la patria que los sacerdotes infundieron en el ánimo de los simples e ingenuos moradores de los campos. El cielo había

hecho esa grave demostración, lo cual era condenar las armas de los enemigos del rey. ¡Oh, hombres! ¿Hasta cuándo confiaréis al Todopoderoso el éxito de vuestros crímenes? Él quiere la servidumbre de los pueblos; él se deleita con el retiñido de las cadenas; él goza en la tiranía de los déspotas; él pide sangre; él desea ver hambreados, desnudos a los pobres; él impone la ignorancia; su reino, las tinieblas; él envía terremotos, langostas, pestes en favor de unos y en contra de otros. Pues si vuestro Dios hace todo esto, vuestro Dios es Molok, y no el puro y manso, el justo y misericordioso que nos envió a su hijo a redimirnos.

Una vez que los americanos dejaron de creer en las andróminas de la mala fe y en las chapucerías del fanatismo, todos abrazaron con ardor nunca sobrado la causa de la patria, y los llaneros sus más fieles y eficaces servidores. Dios poderoso, y ¡cuáles eran sus acciones en la guerra! Las Queseras del Medio están asentadas en el memorial de las venganzas que nunca han de satisfacer los españoles; esa jornada terrible donde ciento cincuenta hombres de a caballo acometen a un ejército, le acuchillan, le despedazan, le aturden, le trabucan y le ponen en retirada nada menos que vergonzosa. Morillo dio cuenta de este suceso al rey, y no pudo el orgullo tanto con él, que no dejase entrever su admiración, si bien procurando disminuir el mérito de los americanos con ciertas infidelidades a la verdad. Ciento cincuenta hombres le parecían de hecho número harto menguado para haber dado tanto en qué merecer a un general de su reputación con tropas tales como las suyas. Y no fue esta la única desgracia del propio género, pues cuando la derrota no fuese declarada, no pocas veces los invictos españoles se alejaron más que de paso de esos buenos criollos, el vibrar de cuya lanza veían hasta en sueños. Bárbaros, rústicos y desatinados: seres hiperbóreos sin conocimiento de la guerra ni valor de buena ley, en ocasiones; en otras, gigantes desemejables, jayanes desaforados que se ven la cara en el mar, como Polifemo, y no hacen sino un bocado de cada uno de los hominicacos de Europa. Pues si para con los hijos del Nuevo Mundo eran unos braguillas, ¿cómo pretendían, con el yelmo de Mambrino y el lanzón, domar y dominar a estos Pandafilandos de la fosca vista?

La gente era curtida, y en siendo ir contra los españoles, llanos las cuestas para esos recién nacidos a la libertad y viejos ya en el combatir

por ella. Su lanza y su caballo, no más el indómito llanero: pan, Dios le dé; jamás hace mochila; sueño, según que lo consiente el negocio de la guerra: el amor a la patria suple por todo. En cuanto al brío y el poder del brazo, no hay pecho que resista un bote de esa arma pavorosa; si viene armado a prueba de pistola: un jeme asoma por la espalda brillando entre hilos de sangre esa hoja que parece lengua de serpiente gigantesca, por lo sutil, por lo sediento. Si los soldados eran tales, ¿cuáles debían ser los capitanes? Páez era hombre de llamar a Júpiter a singular combate; y en llevando lo peor, hubiera espantado con sus alaridos de despecho al Orinoco, bien como Áyax hacía temblar el Escamandro con sus lamentaciones. Bermúdez, atrevido, turbulento, sedicioso; en la batalla, Rodrigo Díaz de Vivar. Marino, amigo del mando a todo trance, pero valiente y esforzado; su orgullo tan superior, que quería prevalecer sobre Bolívar. Ribas, un león. Valdés, gran general. Piar, sin la insolencia, lo mejor del ejército. Cedeño, el valor casado con la subordinación. Urdaneta, ah, Urdaneta, el más fiel, constante y poderoso amigo de la república y su caudillo. Bolívar, en fin, Simón Bolívar, el protagonista de la Ilíada semibárbara que está esperando el ciego que la ponga en páginas olímpicas.

En los mayores acontecimientos obró siempre de pensado el capitán; mas si el trance lo pedía, improvisaba la victoria. De una parte ciencia de la guerra, disciplina, gente ensoberbecida con los laureles traídos de Europa; de otra más inspiración que arte, obediencia a duras penas, escasez de municiones; pero amor a la libertad, no gran apego a la vida y brazo fuerte; el corazón, capaz del cielo y del infierno. Gente de sangre en el ojo que tenía en poco la vida, la honra en mucho. El recibir en el pecho las heridas era cosa suya; ninguno murió de espaldas si no fue en la derrota; y es preciso confesar que los españoles nos las dieron muchas y muy grandes. ¡Qué maravilla! Los vencedores de Napoleón eran hombres de entrar por fuerza de armas al Olimpo y tomarse cuerpo a cuerpo con los dioses. Y no se achaque al artificio, si milicia tan provecta acabó por sucumbir y despejar la tierra; entre los oficiales españoles, pocos vinieron que se dejasen llevar al pilón: vencidos, destruidos, pero a furor de espada. Ni era Bolívar de los que encomiendan a la astucia el éxito de sus cosas, siendo por el contrario uno que no gustaba, nuevo Alejandro, de ocultar la victoria en las entrañas de la noche.

Gran hombre a caballo don Simón, pues verle en su Frontino, un Rugero. A pie y en el consejo:

Augusto in volto e in sermon sonoro

como Godofredo de Bullón. Es realmente majestuoso cuando adelanta al encuentro del general español a resolver con él en Santa Ana las cosas de la paz o de la guerra. Escipión no es más interesante cuando acude a su avistamiento con Masinisa, según nos lo describe Tito Livio, elevado, erguido, blanco, flotando sobre los hombros la rubia cabellera. Bolívar no era blanco, más aún de tez curtida al sol del Ecuador, moreno aristocrático, algo como la resultante del mármol y el bronce que figuraban los bustos de los emperadores romanos; rostro bajo cuya epidermis corría ardiente el caudal de su noble sangre. Tampoco era rubio como Escipión, sino de pelo negro y ensortijado, semejante al de Lord Byron, pelo rico y floreciente, que en graciosos anillos de ébano se cuelga hacia las sienes del poeta, mas que el guerrero tiene cuidado de atusar, como quien sabe que nada de femenil conviene al heroísmo. Los poetas pudieran llevar hasta airón en la cabeza y ajorcas al tobillo, sin que estos preciosos arrequives desdijeran de sus ocupaciones: las Musas traen corona de rosas, y Apolo, si bien flechero, no desdeña los adornos de la hermosura. Al hijo de la guerra le conviene rígido continente, varonil, temible, con cierta insolencia elevada que de ninguna manera pase a brutalidad, pues el crudo afán de las armas es muy avenidero con los primores de la cultura. Palas no es cerril, es austera: su belleza marcial impone respeto, y no excluye el amor. Quisiera yo saber cómo se hubiera presentado Bolívar a Napoleón; estas dos águilas se habrían arrancado mutuamente el alma de una mirada, como el héroe del poema que con los ojos escudriña el centro de la naturaleza. ¿Desdeñaría Napoleón a Bolívar, si viviesen aún? No lo creo. ¿Se inclinaría Bolívar hasta el suelo, puesta la mano en el pecho? Imposible. Si estos hombres se echan los brazos al cuello, esas dos almas refundidas en una hacen rebosar el universo.

¿En dónde está Bolívar? Él es, allí le veo que corona la cima de ese monte. Una legión de sombras viene tras él: desmazalados, tristes, hambre en el cuerpo, abatimiento en el espíritu, dan sus pasos cual si adelantaran a la

sepultura. El vestido se les quedó en las breñas por las cuales han roto como fieras; el vigor se les acabó con las provisiones; la alegría, desvanecida en el desierto; la esperanza, muerta con la escasez de espíritus vitales. ¿Quiénes son? Los héroes de Colombia. ¿Adónde van? A libertar un pueblo, a echar de una comarca esclavizada las huestes de Morillo. Y esos espectros sin paños en los miembros, sin fuerza en el brazo, vencerán, libertarán ese pueblo y limpiarán esa comarca de los enemigos que la infestan, porque a la vista de ellos el pecho se les prende en el furor guerrero, y la abundancia les vuelve redobladas las fuerzas. Bolívar ha levantado la bandera tricolor de los llanos a los montes y, traspuestos los Andes, rompe por la Nueva Granada. Barreiro le sale al encuentro, Sámano se queda temblando: el guerrero, al campo de batalla, el tirano a poner la vida en seguro: ¿cuándo ha sucedido otra cosa? A la llegada de Morillo quedaron guadañados esos pueblos, habiendo caído la flor, no tanto bajo la espada del soldado, cuanto bajo la cuchilla del verdugo. Los españoles, con ser valientes y de buena raza, lo estragan todo con la crueldad: las *Bóvedas*, los templos de sus misterios, el cadalso, el altar donde cantan esos *Te Deum* impíos con que lastiman los derechos de la impotencia y la desgracia. Morillo, entrada Santa Fe, dio la tala a las familias; no hubo hombre notable por el ingenio, el patriotismo y las virtudes que no cayese debajo de la jurisdicción del ejecutor, ese inmundo sacerdote de la tiranía. Las crueldades de la guerra, las acciones desaforadas que después de la victoria llevan adelante los enemigos poco generosos, cuando les hierve la cólera en el seno y les arde la venganza en las entrañas, se pueden sufrir, no perdonar; y aun perdonar, si se contempla en la condición del hombre, ente mezquino sujeto a mil flaquezas y desvíos. Pero entrar a pie llano provincias sin género de resistencia; llegar a ciudades que por lo inermes no parecen enemigas, e imponerles la ley de sangre y fuego, no lo hacen sino esos hombres de alma cruda que ni aspiran a la gloria, ni exponen su existencia miserable al peligro de la guerra. Boves mil veces antes que Enrile; Boves mil veces antes que este consejero de Satanás, siniestro proveedor del patíbulo, cuyo altar no debía verse ni una hora falto de una víctima ilustre. Bolívar viene a castigarlos, allí viene Bolívar. Pero Bolívar castiga a lo grande: el castigo impuesto por Bolívar es la victoria, y tras ella el perdón del enemigo. Los españoles hacían pocos prisioneros,

aun regularizada la guerra; en pudiendo haber algunos a las manos, allí al punto los mataban. Bolívar nunca traspasó sus leyes tiznándose la frente con un asesinato, y si mandó matar fue imperando la Guerra a Muerte y obligado por la necesidad. Bolívar castiga a lo grande. Bolívar viene a castigarlos, allí viene Bolívar.

Un hombre de alto puesto, pero que no era Bolívar, quiso desfacer los agravios de Morillo y Enrile con la ejecución de los prisioneros de Boyacá, y no consiguió sino empañar la victoria, la cual, sin este excusado rigor, hubiera sido tan limpia como fue grande y hermosa; desbarro tanto más deplorable cuanto que no era justo quitar la vida a los que la gozaban otorgada por el vencedor, ni presta algo para la gloria el degüello de gente prisionera. Andar, era hombre y sujeto a las pasiones. Las represalias son ley de la guerra; empero la victoria resplandece circundada de luz divina, cuando a lo justo de la causa se une lo humano del comportamiento. Sucre lo entendía muy bien cuando enviaba a España sanos y salvos los dieciséis generales prisioneros en Ayacucho. Generosidad es prenda del valor; sin ella no hay grandes hombres. Cuando lo pide la salud de la patria, ya podemos pasar por las armas ochocientos, y hasta ocho mil españoles. ¿Hizo mal Bolívar en ordenar la ejecución de los prisioneros de La Guaira? No hubiera sido el guerrero filósofo, el capitán a cuyo cargo estaban cosas tan grandes como la libertad y la independencia, si por respetar a todo trance la vida de unos cuantos enemigos hubiera puesto, no digamos al tablero, pero a la ruina cierta el asunto de la patria, y en manos del verdugo, otra vez el verdugo, siempre el verdugo, la gente granada de mil pueblos y ciudades. ¿Cuántos prisioneros hizo pasar por las armas Bonaparte en su expedición a Egipto, porque no podía custodiarlos ni otorgarles la libertad sin peligro de su ejército? Acciones crueles, pero inevitables, que no deslustran a los héroes. Las matanzas sin necesidad, los saqueos, los ultrajes al sexo desvalido son crímenes que vienen envueltos en infamia. Bolívar viene a castigarlos, allí viene Bolívar.

Joven inexperto, ¿sabes quién es el enemigo al cual osas afrontar en el campo de batalla? Te hierve la sangre en las venas, pero tu corazón presiente una desgracia; ni es otra cosa esa melancolía fatídica que rompe por medio de la animación facticia de tu rostro y da en qué pensar a tus

camaradas. Tu madre Iberia sabrá que uno de sus hijos ha combatido por ella en uno de los más célebres campos del Nuevo Mundo, pero no volverá a verte: tus laureles se te marchitaron en las sienes, la espada se te cayó de la mano, porque encontrarse el enemigo con Bolívar es perderse. ¿No sabes cuántas batallas ha ganado, y cuántos generales antiguos ha vencido, y cuántas proezas se hallan ya inscritas en los anales de la patria? El grande, provecto, temible es el que te busca, que te sigue: ponte en cobro, salva tus huestes con la fuga. Tú sabes que salvarse con la fuga es arruinarse: la infamia es siempre una derrota, al paso que la muerte en brazos de la honra es siempre un triunfo. Aun para la retirada es tarde, las vueltas están cogidas, la espada de América relumbra sobre tu cabeza. ¿Para cuándo el denuedo de tu pecho castellano? En la batalla está tu ruina, pero evitarla es imposible. ¿Quién es el héroe que se dispara de la altura abajo y se viene fulgurando como el rayo? Anzoátegui te acomete, Anzoátegui te acuchilla, Anzoátegui te desbarata y extermina: es Anzoátegui el guerrero que vuela sobre un águila pisando en la cabeza a centenares de enemigos. Su espada silba en el aire, su brazo se retrae, y la punta de ese acero mortífero se abre paso por la garganta del que encuentra, y sale por la nuca un palmo. Bolívar manda, Anzoátegui ejecuta; él está por todas partes, sigue el pensamiento del general, y en su feroz caballo vuela fantástico, siniestro para el enemigo como el genio de la muerte. ¿Quién se opone al torrente de esos héroes enloquecidos con el furor de la pelea? ¿Quién resiste el empuje de esos hombres maravillosos que parecen vomitar fuego y matar hasta con la mirada? Allá se levanta una manga de polvo; el ruido de un galope inmenso se aleja del campo de batalla: el fiero castellano está vencido; los jinetes huyen aterrados, los infantes quedan en el suelo. Ya Rondón había puesto en Sogamoso un premio sangriento a esta grande obra: Rondón el fiero, Rondón el bravo, una de las lanzas más temibles de Colombia, salvó a su general de en medio de los enemigos, rompiéndolos, deshaciéndolos y echándolos a salvarse en las alturas de Paipa. Vencidos una vez, lo fueron otra, y esta no hubo acogerse al gremio de la noche; que el Sol, benigno y generoso, dio tiempo a la victoria.

La Batalla de Boyacá echó el sello a la libertad de la Nueva Granada, pues nunca más volvieron los españoles a sentar la planta en su tierra

bendita con la sangre de los buenos hijos de la patria. El general español con casi todos sus oficiales y gran parte del ejército fueron hechos prisioneros, no sin que hubieran mostrado en el combate el bien conocido valor de tan nobles europeos. Sámano el virrey, Sámano el opresor, el héroe del cadalso, trémulo y desconcertado, se puso en salvo abandonando la capital, adonde entró Bolívar al frente de los libertadores, en medio del júbilo inmoderado del pueblo que erguía la cabeza fuera del yugo, alzaba las manos fuera de las cadenas. Así entró Mac Mahon a Milán después de las batallas de Solferino y Magenta, así entró Garibaldi a Nápoles después de la casi fabulosa toma de Sicilia. Los conquistadores entran en medio de maldiciones secretas de pueblos acuitados, hombres que amenazan en lo íntimo del corazón, mujeres que piden a Dios la muerte de esos extranjeros injustos; así entró Napoleón a Berlín, a Viena; así hubiera entrado el rey Guillermo a París. Bolívar gozó muchos días de satisfacción en su vida de huracán, vida de guerra continua; pero esta entrada a Santa Fe después de victoria tan gloriosa fue para él uno de sus triunfos más llenos de felicidad. No sabía que de entre las guirnaldas que iba cosechando por esas calles, saldría después el puñal que, si no le acertó en el pecho, le hirió en el alma, y para toda la vida: esa herida fue una de las que le llevaron al sepulcro, pues este hombre tan feliz murió con el alma acribillada, pero con un gran consuelo: sus esperanzas no se habían ido en flor, y a su muerte quedó cuajado el fruto de sus afanes.

¿Quién habla aquí de muerte? Ahora no hay muerte, sino vida; vida inmensa, inextinguible; vida de inmortales. Si la Nueva Granada estaba libre, Venezuela luchaba todavía, y su hijo, su gran hijo, vuela allá. ¡Libertad!, esta es la seña; ¡libertad!, esta es la voz que ha de resonar desde el Orinoco hasta el Apurímac, desde el Ávila hasta el Misti, pasando por las regiones encumbradas del Cotopaxi y el Cayambe. Tres ejércitos republicanos cercan a los españoles en Venezuela: Mariño, Páez y Urdaneta son tres columnas oscuras, semejantes a los héroes de Ossián, cuya espada brilla como un rayo de fuego. Llega Bolívar, y la tempestad se declara vasta y espantosa, hasta que en Carabobo da al través con la nave en que aún bogaban pujantes los opresores del Nuevo Mundo. Carabobo, campo inmortal, ¿por qué no te han declarado santo los padres de la patria? Los

pueblos que no tienen una Elida no se atreven a echar la vista atrás, porque temen no ver nada en el mar de sombras que sus ojos encuentran. Un lugar de recuerdos, un depósito de glorias, un receptáculo de misterios donde los dioses entiendan en las cosas de los hombres, es indispensable para los pueblos ilustres: Maratón es santo para los griegos; Salamina es tan bendita como Samotracia. Y vosotras, llanuras de Poitiers, donde la media luna quedó en pedazos; vosotras, donde la cimitarra fue abatida por la cruz; vosotras, donde un mar de sangre musulmana dejó cerrado para siempre el paso a los conquistadores del Profeta; vosotras sois sagradas, no solo para la nación donde os extendéis amplias y hermosas, sino también para todo el mundo; cuan anchamente se dilata la fe de Jesucristo. ¿Qué monumentos, qué señales autorizadas por los legisladores de Colombia dicen al viajero: "Este es el campo de Carabobo?". Dos veces cayeron allí boca abajo nuestros enemigos; dos veces les dio allí Bolívar una lección sangrienta; allí quedó sellada la libertad de tres naciones, y no hay hasta ahora una piedra que diga al viajero: "Este es el campo de Carabobo". Que no honremos nuestros lugares memorandos con columnas y pirámides donde gusta de posar la gloria, no es mucho; nuestro genio es destruir hasta los recuerdos de la sabiduría: un viandante encontró de puente de una acequia la piedra cargada con las inscripciones de La Condamine y sus compañeros[1]. El magistrado, el militar, el sacerdote, el indio ignorante, la ramera soez; todos hollaban sin saberlo esa prenda inmortal que en otra parte estuviera en un museo. Monumentos en Carabobo, en Pichincha, en Ayacucho, ¿para qué? ¿No está ahí la naturaleza que no pierde la memoria de los grandes hechos? ¿No están ahí los huesos de nuestros mayores sirviendo de inscripción indeleble? Los huesos no, pero las cenizas, esas cenizas pesadas, polvo de diamante, que no se van con ningún viento, como las del templo de Juno Lacinia. Desgraciado del hijo de América que ponga los pies en el suelo de Carabobo, Chacabuco y Tucumán y no sepa dónde está. Esos campos se descubren desde lejos: las sombras de Bolívar, San Martín y Belgrano se elevan en ellos superiores a las pirámides de Egipto, y cuarenta siglos antes de llegar, el porvenir las contempla desde el oscuro seno de la nada.

1. El sabio Caldas.

Un día subió un niño a las alturas del Pichincha: niño es, y sabe ya en dónde está, y tiene la cabeza y el pecho llenos de la batalla. El monte en las nubes, con su rebozo de nieblas hasta la cintura: gigante enmascarado, causa miedo. La ciudad de Quito, a sus pies, echa al cielo sus mil torres: las verdes colinas de esta linda ciudad, frescas y donosas, la circunvalan cual nudos gigantescos de esmeralda, puestas como al descuido en su ancho cinturón. Roma, la ciudad de las colinas, no las tiene ni más bellas, ni en más número. Un ruido llega apenas a la altura, confuso, vago, fantástico, ese ruido compuesto de mil ruidos, esa voz compuesta de mil voces que sale y se levanta de las grandes poblaciones. El retintín de la campana, el golpe del martillo, el relincho del caballo, el ladrido del perro, el chirrido de los carros, y mil ayes que no sabe uno de dónde proceden, suspiros de sombras, arrojados acaso por el hambre de su aposento sin hogar, y subidos a lo alto a mezclarse con las risas del placer y corromperlas con su melancolía. El niño oía, oía con los ojos, oía con el alma, oía el silencio, como está dicho en la Escritura; oía el pasado, oía la batalla. ¿En dónde estaba Sucre? Tal vez aquí, en este sitio mismo, sobre este verde peldaño: pasó por allí, corrió por más allá, y al fin se disparó por ese lado tras los españoles fugitivos. Echó de ver un hueso blanco el niño, hueso medio oculto entre la grama y las florecillas silvestres: se fue para él y lo tomó: ¿será de uno de los realistas?, ¿será de uno de los patriotas?, ¿es hueso santo o maldito? ¡Niño!, no digas eso: hombres malditos puede haber; huesos malditos no hay. Sabe que la muerte, con ser helada, es fuego que purifica el cuerpo: primero lo corrompe, lo descompone, lo disuelve; después le quita el mal olor, lo depura: los huesos de los muertos, desaguados por la lluvia, labrados por el aire, pulidos por la mano del tiempo, son despojos del género humano; de este ni de ese hombre, no: los de nuestros enemigos no son huesos enemigos; restos son de nuestros semejantes. Niño, no lo arrojes con desdén. Pero se engañaba ese infantil averiguador de las cosas de la tumba: los huesos de nuestros padres muertos en Pichincha son ya gaje de la nada: el polvo mismo tomó una forma más sutil, se convirtió en espíritu, desapareció, y está depositado en la ánfora invisible en que la eternidad recoge los del género humano.

Hubiera convenido que ese niño, que no debió de ser como los otros,

hallase en el campo de batalla una columna en la cual pudiese leer las circunstancias principales de ese gran acontecimiento.

¿En dónde está Bolívar? Él es, allí le veo, al frente de un ejército resplandeciente. Estos no son, como los que traspusieron los Andes, sombras y espectros taciturnos, sino "robustos cazadores del Señor" que siguen la pista al león de Iberia y llevan en el ánimo cogerle vivo o muerto, aun en los confines de la Tierra. Pero el león no huye: en su sitio los espera, los ojos encendidos, inflada la greña, las fauces echando espuma y azotándose los ijares con la cola. La Torre manda las huestes españolas; con él están los jefes de más renombre en la campaña, los soldados de Boves, vencedores de La Puerta. Pero los libres son regidos por Bolívar, y esta prenda de victoria les comunica el brío que han menester para conflicto tan grandioso. Las alturas han sido tomadas por el enemigo; los cañones, hablando a nombre del rey de España, cierran el paso a los patriotas; las gargantas que desembocan en la llanura están obstruidas, e infantería y caballería en ordenación de batalla esperan cuándo han de dar sobre ellas los soldados de Bolívar. ¿Por dónde las acometen? ¿Por cuál lado las hieren? Todo está defendido, y habrán de caer por miles ante las bocas de fuego, primero que rompan por el valle. ¿Quién se muestra de improviso por el flanco derecho, por donde a nadie se esperaba, y sacude la melena en ademán de amenazar? ¡Oh Dios!, es el más terrible de los enemigos, el más temido, ese hijo de la Tierra que en Las Queseras del Medio la había hartado a España de sangre de sus propios hijos. Los valientes del Apure han desembocado en la planicie, comienza la pelea: los republicanos mueren, son uno contra ciento, ceden el campo. ¿Ceder?, eso sería donde no llegasen los hijos de Albión, hijos de una vieja monarquía que combaten por una joven república. ¡Y qué combatir, señor! Hincada la rodilla en tierra, cual si adorasen al dios de las batallas, impávidos e inmóviles, tiran sobre el enemigo, quitan cien vidas y caen ellos mismos muertos en esa postura reverente. Minchin, héroe esclarecido, tu nombre constaba ya en los registros de la patria, y compareces nuevamente a dar más estrépito a tu fama; Minchin, noble extranjero, ya no eres extranjero, sino hijo de Colombia, por tu amor hacia ella y tus proezas; Minchin, y tú, Farriar heroico, en vosotros saludamos a todos esos ingleses invencibles que tan larga parte tuvieron en las batallas

más gloriosas de la Independencia, en Boyacá, en Carabobo. Salud, hijos de Albión, Legión Británica cuyos huesos fecundan nuestros campos, cuyo espíritu se confunde en la eternidad con el de nuestros propios héroes.

Los españoles cargan con ímpetu redoblado, se echan sobre los libres en numerosos batallones, bastantes para abrumarlos con el peso, aun sin las armas; y de hecho los abruman. Pero llega Heres, y la victoria le vuelve la espalda al enemigo; llega Muñoz, llega Rondón, llega Aramendi, llega Silva; ¿cuántos más llegan? Los tiradores de la Guardia, los granaderos de a caballo hacen prodigios; Marte obra sus milagros por el brazo de esos titanes que matan dos a cada golpe. ¡Los rifles! ¿Dónde están los rifles? Allí vienen; ¿quién arrostra con esos batalladores fieros, esos que olvidan la cartuchera, a bayoneta calada se van para el centro de los enemigos batallones, y a diestra y siniestra los hieren, los acuchillan, los derriban, pisan sobre ellos y siguen el alcance a los fugitivos? Bolívar manda: la espada en alto, la voz resonante, vuela en su caballo tempestuoso, y ora está aquí, ora allí, siempre donde muestra preponderar el enemigo: su alma se derrama sobre todo aquel espacio, y en llamas invisibles envuelve a los combatientes, que dominados avanzan por encanto sobre el fuego. Páez, brazo de la muerte, como Fergo, no sosiega; se echa en lo más espeso de la riña, mata a un lado y a otro, su espada se abre paso, y deja rotas y turbadas las líneas enemigas. Bolívar la cabeza; Páez el brazo de la guerra.

¿Adónde huyes, adónde arrastras a tus cuitadas huestes, miserable? Te conozco: esa cara tinta en sangre, y no la de la batalla; esos ojos espantados; esa cabellera erizada; esa mano trémula, cuya arma verdadera es la larga uña; esa rapidez con que huyes hacia El Pao me dicen que eres Morales, el cobarde, el sanguinario Morales, deshonor de los valientes de la madre patria, infamia de la guerra. Boves no hubiera huido; Morales huye: Boves era valeroso, Morales nada más que robador y asesino. Huye, huye veloz que si te alcanzan, la cuerda te espera, no la bala. Zuazola muere en la horca, ¿no lo sabes?

Victoria grande que nos trajo en su seno una grande pesadumbre: murió Cedeño, “el bravo de los bravos de Colombia”: murió consumado el triunfo, murió en los brazos de este fiel amigo suyo. Habíase vencido, ¿qué quería el bravo de los bravos? Valencey se retiraba en buena formación,

haciendo frente al enemigo, rechazando las cargas de los jinetes americanos; Cedeño no lo pudo sufrir; y cuando ciego de valor y valentía se echó a romperlo y desbaratarlo él solo, cayó con cien heridas de la cumbre de la gloria. Preciso era que el pundonor de España se salvase siquiera en un cuerpo de su ejército, ese pelotón de héroes que se defendió de firme hasta cuando la cordillera le amparase. Al Valencey nadie le pudo: La Torre fue vencido, pero este cuerpo salió intacto a fuerza de serenidad y pericia: tan pronto era roto como volvía a su formación; falange inmortal, dejó la victoria en el campo; el honor, salió con ella: estos son los soldados.

Y tú, difunto fiero, que yaces boca arriba, ¿quién eres? Plaza, invicto Plaza, tú también ganaste la palma del triunfo y la del cielo al propio tiempo. ¡Cuán terrible estás aun sin la vida! Valor, coraje, ímpetu de la sangre, todo se ve en tu rostro, donde fulgura la belleza de la guerra, esa belleza terrible que hace temblar a los cobardes. Muere, amigo; si en las oscuras entrañas de la nada se pierden los cuerpos de los héroes, sus nombres quedan grabados para siempre en el alma de los que viven, y esta herencia se transmite a las generaciones más remotas enriqueciendo a los hijos de los hijos. Con esta jornada se echó punto final a las grandes batallas que de poder a poder se dieron en Venezuela realistas y republicanos, y desde entonces fue cuesta abajo la resistencia de los españoles en América, hasta cuando en Ayacucho declararon no poder más. No quedaban sino algunas plazas fuertes; mas Puerto Cabello no podía ser impedimento para la constitución de la república, y el guerrero comparece ante los mejores hijos de esta joven madre a dar cuenta de la terminación de su grande obra. La libertad estaba conquistada, la emancipación asegurada: un pueblo salía del abismo de la esclavitud sacudiéndose las sombras, y con alta frente y paso firme ganaba un asiento entre los libres y civilizados de la Tierra. Las cadenas, en pedazos, fueron echadas al mar; sus fragmentos desmedidos resonaron en sus oscuras profundidades ahuyentando a los monstruos de la naturaleza, y hasta el callo que deja el yugo se ha disuelto en el cuello de las naciones redimidas. Pero Bolívar tiene aún que hacer: su espada no va a suspenderse en el templo de la gloria, pues mientras hay en el Nuevo Mundo un pueblo esclavo, su tarea no se ha concluido, y él dice en su ánimo lo que el poeta ha de expresar después en el dístico memorable:

¿En dónde está Bolívar? Él es; allí le veo: la sombra imperial de Huayna Cápac se le aparece en las nubes y le dice que se ha de cumplir su profecía; él ha leído en el libro de las disposiciones eternas que el país de los incas será libertado por un gran hijo del Sol, vengada la memoria de sus descendientes. Bolívar deja su patria; Chimborazo queda a sus espaldas, se echa al mar, desaparece por el mundo. ¿En dónde está Bolívar? Él es, allí le veo: con el rayo en la mano amenaza a los opresores del pueblo en cuyo auxilio ha volado en alas de la victoria; Junín mira allí resplandeciente al padre de Colombia. El combate es a caballo; cada jinete monta uno digno de un emperador, corcel egregio que pide la batalla con ese resoplar y ese manotear que llenan el campo de marcial bullicio. La barda le incomoda, trae limpios y sueltos los miembros, sin más adorno que la testera de grana, ni más resguardo que la herradura. No sale de la línea, porque en medio de su fogosidad es obediente; pero allí se mueve, levanta el brazo en curva amenazante, extiéndelo con fuerza sobre el suelo repetidas veces, gime la tierra a la presión de ese loco martillo. En inquietud colérica, vuelve los ojos a un lado y a otro; el vaivén de su cuello recogido indica que algo le irrita y le urge los espíritus. Le tiembla el vasto pecho, recoge el cuerpo, tira el freno y quiere dispararse a beberse los espacios. Canterac, ufano de sus escuadrones invencibles, alto y soberbio, recorre sus líneas, les habla de la madre patria, del honor de las armas castellanas: suya es la victoria. Esos valientes son terribles a la vista, irresistibles al encuentro; un ancho fiador de piel de oso les sujeta el morrión, simulando una espantosa barba; erizado el bigote, parece en ellos el símbolo del valor enfurecido; ninguno siente miedo.

Frente por frente la hueste republicana no muestra aspecto más humilde; con su mirar de águila, el terrible llanero señala para la muerte a tal o cual enemigo. La vaina del sable cuelga larga y resonante de un talabarte de cuero blanqueado; la hoja está al hombro; la lanza, con el regatón en la cuja, se halla lista para ponerse en ristre. Hablan los jefes, rompen el aire los clarines; a espuela batida los caballos, los enemigos escuadrones entran hasta ponerse rostro a rostro, y en ademán de acometer, déjanse estar un buen espacio en fiera y muda contemplación callando las espadas.

¿Qué ideas hierven en ese instante en la cabeza de esos hombres que van a quitarse la vida? ¿Qué efectos en esos feroces corazones? Brown, noble teutón que combate por la república, rompe la batalla con un bote de lanza tal, que trae el suelo en lastimosa descabalgadura al jinete su contrario, un ibero desemejable que con la vista le estaba retando a la pelea. Es fama que no se oyó sino un tiro de pistola en esta acción, donde obraron el sable y la lanza puramente. Hasta ahora se oye ese chis-chás que horripila, ese gemir irritada la cuchilla afanándose más y más sobre el mísero cuerpo humano. Alanceáronse y matáronse muy a su sabor los dos ejércitos, hasta cuando los españoles tuvieron por más cristiano ponerse en cobro, atrás los colombianos sacándoles los bofes por el vientre en la punta de la hoja, que comparece una tercia por delante. Sangre corrió ese día: Miller, Necochea, Lamar, Laurencio Silva mostraron puesto en su punto, bien así el denuedo como el esfuerzo del pecho americano. Miller guiaba a los hijos del Perú, y nada tuvo que hacer en el ánimo de ellos para verlos impávidos en el recibir al enemigo, terribles en el acometerle.

¿Son esos los garzones delicados
Entre seda y aromas arrullados?
¿Los hijos del placer son esos fieros?

Sí, que ni los halagos de la beldad de Sciros envilecen a Aquiles, ni los encantos de Armida contienen a Reinaldo: la guerra tiene también su seducción, y muchas veces sus incentivos son tales, que nada pueden suspiros ni lágrimas de hermosas contra esa cruda rival que les arrebata sus adoradas prendas. Los hijos del placer, los muelles habitantes del Perú desmintieron entonces, y han vuelto a desmentir en ocasión no menos grave, la sentencia del ferrarés:

La terra molle, e lieta, e dilettosa
Simile á se gli abitator produce

dando a entender que la vida regalada enflaquece en el pecho del hombre, no solamente el valor, pero hasta las necesarias y puras afecciones de

libertad y patria. Ello es cierto que los que viven hasta el cuello en el dulce mar de la dicha, no son los campeones más temibles en las luchas de Belona; pero hay cordiales tan poderosos, que levantan el corazón y llenan el pecho de generosidad y nobleza. Sabido es que un conquistador se valió del lujo y los placeres para corromper y envilecer a un gran pueblo a quien temía; pero cuando la corrupción y el envilecimiento no han llegado a la médula de los huesos, siempre hay remedio. Los peruanos tienen fama de ser gente de alegre y buen vivir, de adorar la diosa de Pafos algo más de lo que conviene a la austeridad del filósofo; pero si no se crían para santos, nos han hecho ver que no llevan la túnica de los lidios, ni los humos del placer estragan sus espíritus. Livianos, risueños, alegres en el seno de la paz; ardorosos, esforzados, valientes en la guerra: tal vez ellos son los más cuerdos. Vivir pobres, abatidos, taciturnos, cultivando por la fuerza algunas virtudes, por falta de comodidad para beneficiar los vicios, y morir insignificantes, si es sabiduría, es sabiduría necia e infeliz. No creo que pueblo lo sea más que aquel donde el tiranuelo madruga todos los días a comulgar; donde los ministros de Estado, los generales del ejército se postran como viles ante un fantasma tras cuyo hábito se está riendo Satanás; donde a los habitantes les prohíben salir de noche en las ciudades; donde comisan los esbirros y destruyen los instrumentos de música, esta amable civilizadora de los pueblos; donde el amor, siquiera inocente y justamente interesado, tiene mil espías que le entregan al verdugo; donde la verdad es imposible, porque la hipocresía es la premiada; donde el valor se extingue con los nobles sentimientos del ánimo; donde la charretera, la mitra, la toga están sujetas al azote; donde una barbarie infame, cual excrecencia pútrida, ha brotado en el bello cuerpo de la civilización americana con síntomas de incurable. ¿Qué decís de un pueblo donde se arrastra por las canas a un anciano prócer de la independencia, un general envejecido en la guerra de la libertad; se le echa en el suelo y se le azota? ¿Qué decís de un pueblo donde los militares sostienen a capa y espada al hombre que los prostituye, los envilece, los enloda azotándoles sus generales? ¡Y esos miserables cargan charretera! ¡Y esos cobardes ciñen espada! Soldados sin pundonor, son bandidos que están echados al saqueo perpetuo en la nación; soldados sin valor ni vergüenza, son verdugos que gozan de buena renta, y nada

más. El valor, el punto militar en el soldado; sin estas prendas, los que así se llaman son la canalla, son la lepra de la asociación civil. ¿Qué decís, qué decís de un pueblo donde la revolución ha venido a ser imposible, por falta de ambición en los militares? Digo ambición porque justicia, patriotismo, amor a la libertad son virtudes enterradas en el cieno ha muchos años. Mas la ambición que suele animar hasta a los pequeños; la ambición, vicio o virtud inherente en Sudamérica a la clase militar; la ambición, que así como a las veces estraga el orden justo y bien establecido, salva otras la república derribando a los tiranos, la ambición, pues ni la ambición halla cabida en el pecho de esos militares. ¡Militares!, ¿qué ambición en el del esbirro?, ¿qué ambición en el del verdugo? La soga es su arma, el patíbulo el altar donde piden a su dios por sus semejantes: que comer, que beber, honra y gloria de esos héroes. Incapacidad, no tanto; vergüenza los retrae; tienen la virtud de la vergüenza, ¡ellos! Temen que en el palacio, si por descuido vuelven la espalda, el cuerpo diplomático les descubra tras la casaca las cicatrices, las huellas largas y coloradas del azote. ¿Cómo han de ser ambiciosos? Basta con que sean codiciosos: el dinero su profesión, el sueldo su honra, la servidumbre su deber. ¡Y cargan charretera, y ciñen espada los felones! "Venid, general Petitt, que yo abrace en vos a todo el ejército". Abrazando al general, abraza uno al ejército; azotando al general, azota al ejército. ¿Qué decís de soldados, de oficiales que azotan a su general de orden de un despreciable leguleyo, y se confiesan y comulgan porque este se lo manda? ¡Y cargan charretera y ciñen espada esos carirraídos, cuando la escoba se deshonraría en sus manos! Si alguno siente encendérsele el rostro a estas palabras, no de ira, no de venganza, mas antes de vergüenza, le pongo fuera de mis recriminaciones, las cuales no se dirigen a los buenos, sino a los malos, no a los hombres de pundonor, sino a los infames. Nunca es tarde para el bien, amigos, y siempre es tiempo oportuno para recomendarnos a nuestros semejantes con acciones dignas de memoria.

Ni el exceso de la austeridad sincera, filosófica, presta para la felicidad de las naciones; de la hipocresía, ¿qué diremos? ¡Qué de impiedades atrás de la falsa devoción!, ¡qué de mentiras en el seno de la verdad simulada!, ¡qué de pecados, qué de delitos, qué de crímenes debajo del sórdido manto de las virtudes fingidas! ¿Cuál es el peor enemigo de los pueblos?

El fanatismo. ¿Cuál es el peor de los tiranos? El que vive con el demonio y a nombre de Dios sirve a la mesa del infierno. ¿Cuál es la más desgraciada de las naciones? No la que no puede, sino la que no desea libertarse. Dije que ni el exceso de la austeridad sincera, filosófica, prestaba mucho para la felicidad de la república, y lo sostengo. No creo que pueblo haya vivido en ningún tiempo vida más triste que el de Esparta: virtud montaraz, virtud selvática. Para dar la ley a la Grecia los atenienses no necesitaron convertirse en osos del Polo. Si los franceses vivieran al pie del confesor, dando de comer al diablo; si anduvieran la lengua afuera de iglesia en iglesia, hartándose de pan sin levadura por la mañana y cenando en secreto con el dios Príapo; si no osaran levantar los ojos, y su paso fuera el de tristes sombras que acarrean en el pecho un dolor incurable, el dolor de la hipocresía, que es horrible enfermedad; si los franceses fueran este pueblo, no irían con la frente radiosa, a noble paso, adelante de las naciones civilizadas, aun después de vencidos. Luis Veuillot ayuna, se confiesa y comulga, es cierto; pero aun a él ya le hicieron entregar su delantal al Papa. Yo pienso que Loyola no es bueno para emperador, rey ni presidente; si está en el cielo, ¿a qué otra cosa aspira? Hablando estaba yo de los peruanos: ah, sí, este pueblo se ha ennoblecido grandemente: ni teme a invasores, ni sufre tiranuelos; y aunque se va con Elena, se halla presente a la lista. Alcibíades adora a Marte y Citerea. Después de un *dos de Mayo*, ¿quién tan injusto que los sindique de cobardes?[2]. Los peruanos tienen su flor en la corona de Junín: los peruanos con Miller; los argentinos con Necochea; y esta alhaja desmedida adorna las sienes de Bolívar. La Batalla de Ayacucho puso fin a la guerra de la emancipación en Sudamérica: ¡Gloria a Dios, ya somos libres!

Fundadas dos naciones en el Perú, tornó Bolívar a Colombia: el reinado de los favores había concluido, principió el de la ingratitud. Cuando su espada no fue necesaria vino su poder en disminución, y tanto subieron de punto la envidia y la maldad, que apenas hubo quien no acometiese a desconocerle e insultarle. Y cinco repúblicas estaban ahí declarando deber la existencia al hombre a quien con descaro inaudito llamaban monarquista

2. Con pena vuelvo a recordar que estas páginas fueron escritas siete años ha. A otros hechos, otros conceptos.

los demagogos de mala fe, y tachaban de aspirar a la corona. Valor, talento, brazo fuerte y alma grande, pero ambición y tiranía; ¡aquí de Bruto!, ¡aquí de Casio! Me parece estar viendo a los sacerdotes de Osiris cuando llevan al dios Apis a ahogarle con gran pompa en el Nilo, apasionados por el mismo genio que sacrificaban. Si los españoles volvieran entonces y entraran por fuerza de armas la república, los ingratos compatriotas de Bolívar le llamaran, y él no los oyera; fueran a buscarle, y no le hallaran. Los grandes dolores propenden a la tumba; los hay tan fuera de medida, que con ser vastas las entrañas de ese refugio insondable, rebosan en ellas, y sus senos repiten sordamente los gemidos de los desgraciados grandes. La posteridad toma a su cargo el resarcir esos quebrantos; pero lo padecido ni la gloria lo borra. Hombres ciegos, hombres ingratos que habéis desconocido y escarnecido a vuestro libertador, si en los confines de la eternidad encontráis la sombra del padre de la patria, allí será el bajar la vista y el caer de rodillas ante ese grande espectro. Bárbaros hay todavía que escarizan sus llagas, horadando el sepulcro, escarbando sus entrañas; si el héroe lo sintiese, la eternidad temblaría a esos gemidos, como la mar temblaba a los ayes de Filoctetes. Nueva ocasión, y grande, de admirar lo avieso de la naturaleza humana; si no es que mirando cómo se extrema la ingratitud en este caso, la cólera nos gana primero que la maravilla. Semejantes a Pherón, tiran sobre los dioses, pero pierden la vista. Su espada, la del gran hijo del Nuevo Mundo, como la maza de Hércules, da de sí un olor pungente que ahuyenta a los perros y a las moscas: también este héroe ha sacrificado al dios Myagro. Ninguna ave siniestra se atreve a volar sobre su tumba, porque cae muerta como las que pasaban por sobre la de Aquiles. Calístenes dice que el mar de Panfilia se agachó para adorar a Alejandro; Olmedo quiere que el Chimborazo haga la propia demostración con un mosquito:

Rey de los Andes, la ardua frente inclina,
Que pasa el vencedor.

Esta cláusula tan bien rota conviniera a la grandeza de Bolívar, antes que al jefe hiperbóreo que pasaba caballero en un chivo a destruir los huevos de grulla. ¿Y al que saludaran humildes los montes y los mares, no

hemos de venerar nosotros? "No, porque quiso hacerse rey". Los augures anunciaron a Genucio Cipo que si entraba en Roma sería rey. Genucio torció el camino y se desterró de Roma para siempre. Bolívar hubiera hecho lo propio: un libertador no desciende a la condición de simple monarca. Este Simón de Montfort, que junto con sus varones de fierro había echado los cimientos de la libertad, no podía destruirla cuando estaba fundada. La envidia es musa aleve, inspira iniquidades; o digamos más bien, es arpía que se echa sobre la buena fama y las virtudes: ingratitud es manceba del demonio. Seamos como la estatua de Memnón que, herida por los rayos del sol en el desierto, da de sí un suspiro melodioso, certificando de este modo los misterios de la luz: dejémonos herir por los destellos de la verdad, y oiremos en lo profundo del pecho un son vago, embelesante, que nos haga sospechar la música del cielo. Verdad, justicia y gratitud componen un instrumento celestial, cuya armonía deleita aun a los seres inmortales.

A orillas del Atlántico, en quinta solitaria se halla tendido un hombre en lecho casi humilde: poca gente, poco ruido. El mar da sus chasquidos estrellándose contra las peñas, o gime como sombra cuando sus ondas se apagan en la arena. Algunos árboles oscuros alrededor de la casa parecen los dolientes; los dolientes, pues ese hombre se muere. ¿Quién es? Simón Bolívar, libertador de Colombia y del Perú. ¿Y el libertador de tantos pueblos agoniza en ese desamparo?, ¿dónde los embajadores, dónde los comisionados que rodeen el lecho de ese varón insigne? Ese varón insigne es proscrito a quien cualquier perdido puede quitar la vida: su patria lo ha decretado. ¡Me siento convertir en un Dios! –exclamó Vespasiano cuando rendía el aliento–. Bolívar rindió el aliento y se convirtió en un dios. El espíritu que se liberta de la carne y se hunde en el abismo de la inmortalidad, se convierte en dios: abismo luminoso, glorioso, infinito: allí está Bolívar. El puñal no sube al cielo a perseguir a nadie. Murió Bolívar casi en la necesidad, rasgo indispensable a su grandeza. Manio Curio, Fabricio, Emilio Paulo murieron indigentes; Régulo, si no araba con su mano su pegujalito, no podía mantener a su familia; y Mumio nada tomó para sí de los tesoros inagotables de Corinto. Arístides, el más justo; Epaminondas, el mayor de los griegos, no dejaron con qué se los enterrase, y habían vencido reyes en pro de la libertad. Las riquezas son como un desdoro en los hombres que

nacen para lo alto, viven para lo bueno, y mueren dejando el mundo lleno de su gloria. La codicia no es achaque de hombres grandes, puesto que la ambición no deja de inquietarlos con sus ennoblecedoras comezones; enfermedad agradable por lo que tiene de voluptuoso; temible, si no la suaviza la cordura. Si Bolívar hubiera sido naturalmente ambicioso, su juicio recto, su pulso admirable, su magnanimidad incorrupta le hubieran hecho volver el pensamiento a cosas de más tomo que una ruin corona, la cual, con ser ruin, le habría despedazado la cabeza. Rey es cualquier hijo de la fortuna; conquistador es cualquier fuerte; libertadores son los enviados de la Providencia. Tanto vale un hombre superior y bien intencionado, que no conocerle es desgracia; combatirle conociéndole, malicia imperdonable. Los enemigos de Bolívar desaparecen de día en día sin dejar herederos de sus odios: dentro de mil años su figura será mayor y más resplandeciente que la de Julio César, héroe casi fabuloso, abultado con la fama, ungido por los siglos.

NAPOLEÓN Y BOLÍVAR

Estos dos hombres son, sin duda, los más notables de nuestros tiempos en lo que mira a la guerra y la política, unos en el genio, diferentes en los fines, cuyo paralelo no podemos hacer sino por disparidad. Napoleón salió del seno de la tempestad, se apoderó de ella y, revistiéndose de su fuerza le dio tal sacudida al mundo, que hasta ahora lo tiene estremecido. Dios hecho hombre, fue omnipotente; pero como su encargo no era la redención sino la servidumbre, Napoleón fue el dios de los abismos que corrió la tierra deslumbrando con sus siniestros resplandores. Satanás, echado al mar por el Todopoderoso, nadó cuarenta días en medio de las tinieblas en que gemía el universo, y al cabo de ellos ganó el monte Cabet, y en voz terrible se puso a desafiar a los ángeles. Esta es la figura de Napoleón: va rompiendo por las olas del mundo, y al fin sale, y en una alta cumbre desafía a las potestades del cielo y de la Tierra. Emperador, rey de reyes, dueño de pueblos, ¿qué es, quién es ese ser maravilloso? Si el género humano hubiera mostrado menos cuánto puede acercarse a los entes superiores, por la inteligencia con Platón, por el conocimiento de lo desconocido con Newton, por la inocencia

con san Bruno, por la caridad con san Carlos Borromeo, podríamos decir que nacen de tiempo en tiempo hombres imperfectos por exceso, que por sus facultades atropellan el círculo donde giran sus semejantes. En Napoleón hay algo más que en los otros, algo más que en todos: un sentido, una rueda en la máquina del entendimiento, una fibra en el corazón, un espacio en el seno, ¿qué de más hay en esta naturaleza rara y admirable? "Mortal, demonio o ángel", se le mira con un como terror supersticioso, terror dulcificado por una admiración gratísima, tomada el alma de ese afecto inexplicable que causa lo extraordinario. Comparece en medio de un trastorno cual nunca se ha visto otro; le echa mano a la revolución, la ahoga a sus pies; se tira sobre el carro de la guerra, y vuela por el mundo, desde los Apeninos hasta las columnas de Hércules, desde las pirámides de Egipto hasta los hielos de Moscovia. Los reyes dan diente con diente, pálidos, medio muertos; los tronos crujen y se desbaratan; las naciones alzan el rostro, miran espantadas al gigante y doblan la rodilla. ¿Quién es? ¿De dónde viene? Artista prodigioso, ha refundido cien coronas en una sola, y se echa a las sienes esta descomunal presea; y no muestra flaquear su cuello, y pisa firme, y alarga el paso, y poniendo un pie en un reino, el otro en otro reino, pasa sobre el mundo, dejándolos marcados con su planta como a otros tantos esclavos. ¿Qué parangón entre el esclavizador y el libertador? El fuego de la inteligencia ardía en la cabeza de uno y otro, activo, puro, vasto, atizándolo a la continua esa vestal invisible que la Providencia destina a ese hogar sagrado: el corazón era en uno y otro de temple antiguo, bueno para el pecho de Pompeyo: en el brazo de cada cual de ellos no hubiera tenido que extrañar la espada del rey de Argos, ese que relampaguea como un genio sobre las murallas de Erix: uno y otro formados de una masa especial, más sutil, jugosa, preciosa que la del globo de los mortales, ¿en qué se diferencian? En que el uno se dedicó a destruir naciones, el otro a formarlas; el uno a cautivar pueblos, el otro a libertarlos: son los dos polos de la esfera política y moral, conjuntos en el heroísmo. Napoleón es cometa que infesta la bóveda celeste y pasa aterrando al universo: vese humear todavía el horizonte por donde se hundió la divinidad tenebrosa que iba envuelta en su encendida cabellera. Bolívar es astro bienhechor que destruye con su fuego a los tiranos, e infunde vida a los pueblos, muertos en la servidumbre:

el yugo es tumba; los esclavos son difuntos puestos al remo del trabajo, sin más sensación que la del miedo, ni más facultad que la obediencia.

Napoleón surge del hervidero espantoso que se estaba tragando a los monarcas, los grandes, las clases opresoras; acaba con los efectos y las causas, lo allana todo para sí, y se declara él mismo opresor de opresores y oprimidos. Bolívar, otro que tal, nace del seno de una revolución cuyo objeto era dar al través con los tiranos y proclamar los derechos del hombre en un vasto continente: vencen entrambos: el uno continúa el régimen antiguo, el otro vuelve realidades sus grandes y justas intenciones. Estos hombres, tan semejantes en la organización y el temperamento, difieren en los fines, siendo una misma la ocupación de toda su vida: la guerra. En la muerte vienen también a parecerse: Napoleón encadenado en medio de los mares; Bolívar a orillas del mar, proscrito y solitario. ¿Qué conexiones misteriosas reinan entre este elemento sublime y los varones grandes? Parece que en sus vastas entrañas buscan el sepulcro, a él se acercan, en sus orillas mueren: la tumba de Aquiles se hallaba en la isla de Ponto. Sea de esto lo que fuere, la obra de Napoleón está destruida; la de Bolívar prospera. Si el que hace cosas grandes y buenas es superior al que hace cosas grandes y malas, Bolívar es superior a Napoleón; si el que corona empresas grandes y perpetuas es superior al que corona empresas grandes, pero efímeras, Bolívar es superior a Napoleón. Mas como no sean las virtudes y sus fines los que causan maravilla primero que el crimen y sus obras, no seré yo el incauto que venga a llamar ahora hombre más grande al americano que al europeo: una inmensa carcajada me abrumaría, la carcajada de Rabelais que se ríe por boca de Gargantúa, la risa del desdén y la fisga. Sea porque el nombre de Bonaparte lleva consigo cierto misterio que cautiva la imaginación; sea porque el escenario en que representaba ese trágico portentoso era más vasto y esplendente, y su concurso aplaudía con más estrépito; sea, en fin, porque prevaleciese por la inteligencia y las pasiones girasen más a lo grande en ese vasto pecho, la verdad es que Napoleón se muestra a los ojos del mundo con estatura superior y más airoso continente que Bolívar. Los siglos pueden reducir a un nivel a estos dos hijos de la Tierra, que en una como demencia acometieron a poner monte sobre monte para escalar el Olimpo. El uno, el más audaz, fue herido por los dioses y rodó al abismo

de los mares; el otro, el más feliz, coronó su obra, y habiéndolos vencido se alió con ellos y fundó la libertad del Nuevo Mundo. En diez siglos Bolívar crecerá lo necesario para ponerse hombro a hombro con el espectro que arrancando de la tierra hiere con la cabeza la bóveda celeste.

¿Cómo sucede que Napoleón sea conocido por cuantos son los pueblos, y su nombre resuene lo mismo en las naciones civilizadas de Europa y América, que en los desiertos del Asia, cuando la fama de Bolívar apenas está llegando sobre el ala débil a las márgenes del Viejo Mundo? Indignación y pesadumbre causa ver cómo en las naciones más ilustradas y que se precian de saberlo todo, el libertador de la América del Sur no es conocido sino por los hombres que nada ignoran, donde la mayor parte de los europeos oye con extrañeza pronunciar el nombre de Bolívar. Esta injusticia, esta desgracia provienen de que con el poder de España cayó su lengua en Europa, y nadie la lee ni cultiva si no son los sabios y los literatos políglotas. La lengua de Castilla, esa en que Carlos V daba sus órdenes al mundo; la lengua de Castilla, esa que traducían Corneille y Molière; la lengua de Castilla, esa en que Cervantes ha escrito para todos los pueblos de la Tierra, es en el día asunto de pura curiosidad para los anticuarios; se la descifra, bien como una medalla romana encontrada entre los escombros de una ciudad en ruina. ¿Cuándo volverá el reinado de la reina de las lenguas? Cuando España vuelva a ser la señora del mundo; cuando de otra oscura Alcalá de Henares salga otro Miguel de Cervantes; cosas difíciles, por no decir del todo inverosímiles. Lamartine, que no sabía el español ni el portugués, no vacila en dar la preferencia al habla de Camoens, llevado más del prestigio del poeta lusitano que de la ley de la justicia. La lengua en que debemos hablar con Dios, ¿a cuál sería inferior? Pero no entienden el castellano en Europa, cuando no hay galopín que no lea el francés, ni buhonero que no profese la lengua de los pájaros. Las lenguas de los pueblos suben o bajan con sus armas; si el imperio alemán se consolida y extiende sus raíces allende los mares, la francesa quedará velada y llorará como la estatua de Niobe. No es maravilla que el renombre de un héroe sudamericano halle tanta resistencia para romper por medio del ruido europeo.

Otra razón para esta oscuridad, y no menor, es que nuestros pueblos en la infancia no han dado todavía de sí los grandes ingenios, los consumados

escritores que con su pluma de águila cortada en largo tajo rasguean las proezas de los héroes y ensalzan sus virtudes, elevándolos con su soplo divino hasta las regiones inmortales. Napoleón no sería tan grande, si Chateaubriand no hubiera tomado sobre sí el alzarle hasta el Olimpo con sus injurias altamente poéticas y resonantes; si De Staël no hubiera hecho gemir al mundo con sus quejas, llorando la servidumbre de su patria y su propio destierro, si Manzoni no le hubiera erigido un trono con su oda maravillosa; si Byron no le hubiera hecho andar tras Julio César como gigante ciego que va tambaleando tras un dios; si Víctor Hugo no le hubiera ungido con el aceite encantado que este mágico celestial extrae por ensalmo del haya y del roble, del mirto y del laurel al propio tiempo; si Lamartine no hubiera convertido en rugido de león y en gritos de águila su tierno arrullo de paloma cuando hablaba de su terrible compatriota; si tantos historiadores, oradores y poetas no hubieran hecho suyo el volver Júpiter tonante a su gran tirano, ese Satanás divino que los obliga a la temerosa adoración con que le honran y engrandecen.

No se descuidan, desde luego, los hispanoamericanos de las cosas de su patria, ni sus varones ínclitos han caído en el olvido por falta de memoria. Restrepo y Larrazábal han tomado a pechos el transmitir a la posteridad las obras de Bolívar y más próceres de la emancipación; y un escritor eminente, benemérito de la lengua hispana, Baralt, imprime las hazañas de esos héroes en cláusulas rotas a la grandiosa manera de Cornelio Tácito, donde la numerosidad y armonía del lenguaje dan fuerza a la expresión de sus nobles pensamientos y los acendrados sentimientos de su ánimo. Restrepo y Larrazábal, autores de nota en los cuales sobresalen el mérito de la diligencia y el amor con que han recogido los recuerdos que deben ser para nosotros un caudal sagrado; Baralt, pintor egregio, maestro de la lengua, ha sido más conciso, y tan solo a brochazos a bulto nos ha hecho su gran cuadro. Yo quisiera uno que en lugar de decirnos: “El 1º de junio se aproximó Bolívar a Carúpano”, le tomase en lo alto del espacio, *in pride of place*, como hubiera dicho Childe Harold, y nos le mostrase allí contoneándose en su vuelo sublime. Pero la musa de Chateaubriand anda dando su vuelta por el mundo de los dioses, y no hay todavía indicios de que venga a glorificar nuestra pobre morada.

WASHINGTON Y BOLÍVAR

El renombre de Washington no finca tanto en sus proezas militares, cuanto en el éxito mismo de la obra que llevó adelante y consumó con tanta felicidad como buen juicio. El de Bolívar trae consigo el ruido de las armas, y a los resplandores que despide esa figura radiosa vemos caer y huir y desvanecerse los espectros de la tiranía; suenan los clarines, relinchan los caballos, todo es guerrero estruendo en torno al héroe hispanoamericano; Washington se presenta a la memoria y la imaginación como gran ciudadano antes que como gran guerrero, como filósofo antes que como general. Washington estuviera muy bien en el senado romano al lado del viejo Papirio Cúrsor, y en siendo monarca antiguo, fuera Augusto, ese varón sereno y reposado que gusta de sentarse en medio de Horacio y Virgilio, en tanto que las naciones todas giran reverentes alrededor de su trono. Entre Washington y Bolívar hay de común la identidad de fines, siendo así que el anhelo de cada uno se cifra en la libertad de un pueblo y el establecimiento de la democracia. En las dificultades sin medida que el uno tuvo que vencer, y la holgura con que el otro vio coronarse su obra; ahí está la diferencia de esos dos varones perilustres, ahí la superioridad del uno sobre el otro. Bolívar, en varias épocas de la guerra, no contó con el menor recurso, ni sabía dónde ir a buscarlo: su amor inapeable hacia la patria; ese punto de honra subido que obraba en su pecho; esa imaginación fecunda, esa voluntad soberana, esa actividad prodigiosa que constituían su carácter, le inspiraban la sabiduría de hacer factible lo imposible, le comunicaban el poder de tornar de la nada al centro del mundo real. Caudillo inspirado por la Providencia, hiere la roca con su varilla de virtudes, y un torrente de agua cristalina brota murmurando afuera; pisa con intención, y la Tierra se puebla de numerosos combatientes, esos que la patrona de los pueblos oprimidos envía sin que sepamos de dónde. Los americanos del Norte eran de suyo ricos, civilizados y pudientes aun antes de su emancipación de la madre Inglaterra; en faltando su caudillo, cien Washington se hubieran presentado al instante a llenar ese vacío, y no con desventaja. A Washington le rodeaban hombres tan notables como él mismo, por no decir más beneméritos: Jefferson, Madison, varones de alto y profundo consejo;

Franklin, genio del cielo y de la Tierra, que al tiempo que arranca el cetro a los tiranos, arranca el rayo a las nubes: *Eripui coelo fulmen sceptrumque tyrannis*. Y estos y todos los demás, cuán grandes eran y cuán numerosos se contaban, eran unos en la causa, rivales en la obediencia, poniendo cada cual su contingente en el raudal inmenso que corrió sobre los ejércitos y las flotas enemigas, y destruyó el poder británico. Bolívar tuvo que domar a sus tenientes, que combatir y vencer a sus propios compatriotas, que luchar con mil elementos conjurados contra él y la independencia, al paso que batallaba con las huestes españolas y las vencía, o era vencido. La obra de Bolívar es más ardua, y por el mismo caso más meritoria.

Washington se presenta más respetable y majestuoso a la contemplación del mundo, Bolívar más alto y resplandeciente: Washington fundó una república que ha venido a ser después de poco una de las mayores naciones de la Tierra; Bolívar fundó asimismo una gran nación, pero, menos feliz que su hermano primogénito, la vio desmoronarse, y aunque no destruida su obra, por lo menos, desfigurada y apocada. Los sucesores de Washington, grandes ciudadanos, filósofos y políticos, jamás pensaron en despedazar el manto sagrado de su madre para echarse cada uno por adorno un jirón de púrpura sobre sus cicatrices; los compañeros de Bolívar todos acometieron a degollar a la real Colombia y tomar para sí la mayor presa posible, locos de ambición y tiranía. En tiempo de los dioses Saturno devoraba a sus hijos; nosotros hemos visto y estamos viendo a ciertos hijos devorar a su madre. Si Páez, a cuya memoria debemos el más profundo respeto, no tuviera su parte en este crimen, ya estaba yo aparejado para hacer una terrible comparación tocante a esos asociados del parricidio que nos destruyeron nuestra grande patria; y como había además que mentar a un gusanillo y rememorar el triste fin del héroe de Ayacucho, del héroe de la guerra y las virtudes, vuelvo a mi asunto ahogando en el pecho esta dolorosa indignación mía. Washington, menos ambicioso, pero menos magnánimo; más modesto, pero menos elevado que Bolívar. Washington, concluida su obra, acepta los casi humildes presentes de sus compatriotas; Bolívar rehúsa los millones ofrecidos por la nación peruana. Washington rehúsa el tercer período presidencial de los Estados Unidos, y cual un patriarca se retira a vivir tranquilo en el regazo de la vida privada, gozando sin mezcla

de odio las consideraciones de sus semejantes, venerado por el pueblo, amado por sus amigos: enemigos, no los tuvo, ¡hombre raro y feliz! Bolívar acepta el mando tentador que por tercera vez, y esta de fuente impura, viene a molestar su espíritu, y muere repelido, perseguido, escarnecido por una buena parte de sus contemporáneos. El tiempo ha borrado esta leve mancha, y no vemos sino el resplandor que circunda al mayor de los sud-americanos. Washington y Bolívar, augustos personajes, gloria del Nuevo Mundo, honor del género humano junto con los varones más insignes de todos los pueblos y de todos los tiempos.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN

BOLÍVAR ES EL MÁS GRANDE DE LOS LIBERTADORES: ES EL LIBERTADOR*

BOLÍVAR ES el más grande de los libertadores americanos: es el Libertador. Supera a unos en ambición, a otros en heroísmo, a todos en actividad multiforme, en don profético, en imperio. Fue, en medio de gloriosos generales, de enemigos caudillos, el héroe de Carlyle: "fuente de luz, de íntima y nativa originalidad, virilidad, nobleza y heroísmo, a cuyo contacto todas las almas se sienten en su elemento". Ante él cedían todos los poderes. "A veces –escribía su adversario el general Santander– me acerco a Bolívar, lleno de venganza y al sólo verlo y oírlo me he desarmado y he salido lleno de admiración". El pueblo, con infalible instinto, lo endiosa, comprende su misión heroica. El clero lo exalta y en la misa de las iglesias católicas se canta la gloria de Bolívar, entre la Epístola y el Evangelio.

Es estadista y guerrero, critica la oda de Olmedo sobre la Batalla de Junín, determina la forma de un periódico, traza planes de batalla, organiza legiones, redacta estatutos, da consejos de diplomacia, dirige grandes campañas: su genio es tan rico, tan diverso como el de Napoleón. Cinco naciones que ha libertado del dominio español le parecen estrecho escenario para su acción magnífica; concibe un vasto plan de confederación continental. Reúne en Panamá a los embajadores de diez repúblicas y sueña ya en una Liga anfictiónica de estas democracias que influya en los destinos del mundo.

Nació Simón Bolívar en Caracas el 24 de julio de 1783, de noble familia vascongada. Viajó en su juventud por Europa con su maestro Simón

* *Grandes páginas bolivarianas*, Caracas, Casuz Ediciones, 1974, pp. 151-158.

Rodríguez, austero mentor; leyó a los clásicos latinos, a Montesquieu, a Rousseau, a Holbach, a Spinoza, a los enciclopedistas. Juró en Roma, en el Aventino, ante aquel maestro, como Aníbal en la Edad Antigua, consagrar su vida a la libertad de su patria. Su patria fue la América.

Era nervioso, impetuoso, sensual, rasgos del criollo americano; activo y constante en sus empresas, como heredero de vascos tenaces, generoso hasta la prodigalidad, valiente hasta la locura. Tenía la actitud y la fisonomía de los caudillos: frente alta, cuello enhiesto, mirada luminosa que impresionaba a amigos y enemigos, andar resuelto, elegante ademán. Individualidad forjada para la acción, sin tardanzas ni veleidades; figura y genio de *Imperator*. Después de sus largos viajes cumplió el juramento de Roma. De 1812 a 1830, batalla contra los españoles y contra sus propios generales, infatigable en su obra libertadora. Dos temibles jefes españoles, Boves y Morillo, llevan a Venezuela la "guerra a muerte". Bolívar los combate, ayudado por Bermúdez, Arismendi, Piar, Ribas, Mariño, Páez, etc., tenientes alternativamente dóciles y rebeldes a su acción guerrera. Lo acompaña asimismo desde 1818 una legión de seis a ocho mil ingleses, entre oficiales y tropas, que la mayor parte desaparecen en la guerra. Prepara desde las Antillas diversas expediciones; lo nombran jefe supremo, presidente provisorio, director de la campaña: dudan de él sus generales, envidian su prestigio, conspiran contra su autocracia. Bolívar continúa la guerra en medio de la anarquía colombiana: aniquila a los españoles en el Orinoco y toma a Angostura (1817), que erige en capital provisoria; en Boyacá (1819), y ocupa a Bogotá; en Carabobo (1821), y entra victorioso a Caracas; en Bomboná y Pichincha (1822), y conquista el Ecuador y entra en Quito.

El Perú, llama al Libertador, al "gran Bolívar, al héroe de América". Impulsado por su genio acepta la súplica peruana. No ignora los peligros de esta empresa el caudillo colombiano: son veteranas las tropas españolas, han vencido durante catorce años, tienen recursos en la sierra, y los aliados colombianos y peruanos les son inferiores en experiencia del terreno y en cohesión. "El negocio de la guerra del Perú requiere una contracción inmensa y recursos inagotables" –escribía el Libertador a Sucre–. No olvida tampoco que "la pérdida del Perú producirá necesariamente la de todo el Sur de Colombia". El Congreso de Lima le concede "la suprema autoridad

militar en todo el territorio de la República". Dos grandes batallas, Junín y Ayacucho (1824), destruyen el poder español y aseguran la independencia de toda la América. En Junín dirige Bolívar una carga de caballería que decide la victoria. Sigue una lucha cuerpo a cuerpo, sonoro choque de sables, sin un tiro. Sucre es el héroe de Ayacucho: combina el admirable plan de batalla. Son 6.000 los patriotas y 9.000 los realistas, es superior la artillería española a la de los aliados. Empieza el fuego de los enemigos que descienden de las lomas, se aproximan las dos líneas de batalla. La noche sirve de tregua a los combatientes; oficiales de ambos ejércitos conversan en fraternales grupos antes del próximo combate. En la mañana del 9 de diciembre, una carga de caballería del general Córdoba, "a paso de vencedores", dispersa los batallones realistas. Interviene entonces la reserva de los españoles, flaquea la izquierda de los patriotas. Reanimada la línea peruana, es completo el triunfo. Capitula el ejército español; se entregan catorce generales; abandonan el Perú sus antiguos dominadores. La América es libre. Bolívar elogia el heroísmo de Sucre, "padre de Ayacucho, redentor de los hijos del sol". Lima endiosa al Libertador, lo declara padre y salvador del Perú, presidente perpetuo. Después de esta victoria, varias acciones secundarias en Alto Perú, la toma de Potosí, la destrucción y muerte del general Olañeta en Tumusla, la rendición del fuerte del Callao, donde se conservan los penates de España, y la dominación del Pacífico terminan la magna obra militar de Bolívar. Esa obra militar es, por su extensión, su trascendencia y las dificultades vencidas, de las más grandes que realizara soldado alguno.

Sus últimos años son melancólicos como un lento crepúsculo del trópico: antiguos y oscuros guerrilleros realistas pasados a los patriotas se levantan; Córdoba se insurge; Páez, Santander, conspiran contra su poder; sucesivamente se le confía la primera magistratura y se le despoja de ella; se le ofrece una corona y se reniega de su autocracia. Muere el Libertador en Santa Marta, abandonado y trágico, en la desierta costa colombiana, frente al mar, como Napoleón en la áspera isla sajona, a los cuarenta y siete años de edad, el 17 de diciembre de 1830.

Bolívar es general y estadista, tan grande en los congresos como en las batallas. Es superior a todos los caudillos como político. Es un tribuno. Es

el pensador de la Revolución; redacta constituciones, analiza el estado social de las democracias que liberta, anuncia con la precisión de un vidente el porvenir.

Enemigo de los ideólogos, como el primer cónsul; idealista, romántico, ambicioso de síntesis en las ideas y en la política, no olvida las rudas condiciones de su acción. Su latino ensueño parece templado por un realismo sajón. Quiere, discípulo de Rousseau, "que la autoridad del pueblo sea el único poder que existe sobre la Tierra". Pero ante la democracia anárquica busca inquietamente un Poder Moral. En 1823 pensaba: "La soberanía del pueblo no es ilimitada; la justicia es su base y la utilidad perfecta le pone término". Es republicano: "Desde que Napoleón (a quien tanto admiraba) fue rey –decía–, su gloria me parece el resplandor del infierno". No quiere ser Napoleón, ni menos Iturbide, a pesar del servil entusiasmo de sus amigos. Desdeña las glorias imperiales para ser soldado de la independencia. Analiza profundamente los defectos de una futura monarquía en las antiguas colonias españolas.

En la conferencia de Guayaquil (1822) representó San Martín la tendencia monárquica; Bolívar el principio republicano. Su oposición era irreductible –dice un historiador argentino–, porque perseguían: el uno, la hegemonía argentina; el otro, la colombiana; la primera que respeta la individualidad de cada pueblo, y solo por excepción acepta intervenciones; la segunda que pretende unir a diversos pueblos "según un plan absorbente y monocrático". Este antagonismo exigía un término superior de acuerdo, una síntesis, porque la doctrina colombiana produjo, como reacción, la prematura formación de inseguras democracias, y la teoría argentina favoreció la indiferencia, el egoísmo y el aislamiento de naciones unidas por la raza, la tradición y la historia.

El genio, el orgullo aristocrático, la ambición de Bolívar lo llevan a la autocracia. Ejerce la dictadura, cree en los beneficios de la presidencia vitalicia. "En la República –enseñaba– el Ejecutivo debe ser más fuerte, porque todo conspira contra él; en tanto que en las monarquías el más fuerte debe ser el Legislativo, porque todo conspira en favor del monarca. Estas mismas ventajas son las que deben confirmar la necesidad de atribuir a un magistrado republicano una suma mayor de autoridad que la que posee

un príncipe constitucional". No olvida los peligros de una presidencia autoritaria. Lo inquieta la anarquía, que crece–"feroz hidra de la discordante anarquía"–, como una vegetación viciosa, ahogando su obra triunfal.

Aterrado contempla las contradicciones de la vida americana: el desorden trae la dictadura y esta es enemiga de la democracia. "La continuación de la autoridad en un mismo individuo –escribe el Libertador– frecuentemente ha sido el término de los gobiernos democráticos". Pero también: "La libertad indefinida, la democracia absoluta, son los escollos donde han ido a estrellarse todas las esperanzas republicanas". Libertad sin licencia, autoridad sin tiranía; tales son los ideales de Bolívar. En vano lucha por ellos, entre generales ambiciosos y pueblos desordenados. Comprende, antes de morir, la vanidad de su esfuerzo. "El que sirve una revolución –exclama– ara en el mar. (...) Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, este sería el último período de la América". Denuncia la miseria moral de estas nuevas repúblicas con la crudeza de los profetas hebreos: "No hay buena fe en América ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las Constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía; la vida, un tormento".

Este pesimismo, que fue el credo de su madurez, se fundaba en el implacable análisis de los defectos americanos. Comprendió la originalidad y los vicios del nuevo continente. "Nosotros somos –decía– un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares; nuevos en casi todas las artes y las ciencias, aunque, en cierto modo, viejos en los usos de la sociedad civil. Yo considero el estado actual de la América como cuando, desplomado el Imperio Romano, cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses, situación o corporaciones". "Ni nosotros ni la generación que nos suceda –pensaba en 1822– verá el brillo de la América que estamos fundando. Yo considero a la América en crisálida; habrá una metamorfosis en la existencia física de sus habitantes; al fin habrá una nueva casta de todas las razas que producirá la homogeneidad del pueblo".

Mientras los doctores fabricaban utopías, imitaban en improvisados estatutos la Constitución federal de Estados Unidos, legislaban para una democracia ideal, Bolívar estudia las condiciones sociales de América. "No

somos europeos –escribe–, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derecho, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así, nuestro caso es el más extraordinario y complicado". "Tengamos presente –agrega– que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de África y América que una emanación de la Europa, pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana (árabe), por sus instituciones, por su carácter".

El Libertador propone formas políticas nuevas, adecuadas a un continente original por su territorio, su raza y su historia. Defiende la autoridad tutelar. "Los Estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y de la guerra". Execra el federalismo y la división del Poder Ejecutivo. "Abandonemos las formas federales que no nos convienen –decía– (…) Semejante forma social es una anarquía regularizada, o más bien es la ley que prescribe implícitamente la obligación de disociarse y arruinar el Estado con todos sus individuos. (…) Abandonemos el triunvirato del Poder Ejecutivo, concentrándolo en un Presidente, confiémosle la autoridad suficiente para que logre mantenerse luchando contra los inconvenientes anexos a nuestra reciente situación".

Da altas lecciones de sabiduría política: "Para formar un gobierno estable, se requiere la base de un espíritu nacional que tenga por objeto una inclinación uniforme hacia dos puntos capitales: moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública (…). La sangre de nuestros ciudadanos es diferente: mezclémosla para unirla; nuestra Constitución ha dividido los poderes: enlacémoslos para unirlos (…). Se debe fomentar la inmigración de las gentes de Europa y de la América del Norte, para que se establezcan aquí trayendo sus artes y sus ciencias. Estas ventajas, un gobierno independiente, escuelas gratuitas y los matrimonios con europeos y angloamericanos cambiarían todo el carácter del pueblo y lo harían ilustrado y próspero. Nos faltan mecánicos y agricultores, que son los que el país necesita para adelantar y prosperar".

En los escritos de Bolívar se halla el mejor programa de reformas políticas y sociales para la América. Fue el primer sociólogo en románticas democracias.

Su epopeya se compone de cerca de quinientas funciones de guerra, libradas por él mismo o por sus tenientes y colaboradores:

Taguanes, Araure (1813); Carabobo 1ª, San Mateo (1814), Angostura (1817), Calabozo (1818), Pantano de Vargas, Boyacá (1819); Carabobo (1821), Bomboná (1822), Ibarra (1823), Junín (1824) son sus grandes triunfos militares. La Carta de Jamaica (1815), el proyecto constitucional de Angostura (1819), el estatuto de Bolivia (1825), el Congreso de Panamá (1826) son sus admirables creaciones en el orden político. Congregar a las divididas naciones de América en permanente asamblea; oponer a la Europa la América, al poder sajón del Norte una fuerza latina en el Sur, factor necesario del equilibrio continental; trabajar en favor de la unidad, de la síntesis, fue el proyecto de la frustrada asamblea de Panamá.

La Carta de Jamaica es una profecía que la dócil realidad cumple en el último siglo.

"Por la naturaleza de las localidades, riquezas, poblaciones y carácter de los mexicanos –dice el Libertador–, imagino que intentarán al principio establecer una república representativa en la cual tenga grandes atribuciones el Poder Ejecutivo, concentrándolo en un individuo que, si desempeña sus funciones con acierto y justicia, casi naturalmente vendrá a conservar su autoridad vitalicia". "Si el partido preponderante es militar o aristocrático, exigirá, probablemente, una monarquía que al principio será limitada y constitucional, y después, inevitablemente, declinará en absoluta". La presidencia de Porfirio Díaz, el imperio de Iturbide y de Maximiliano, apoyados por el partido monárquico; la misma dictadura de Juárez, los poderes que las constituciones mexicanas confieren al jefe del Estado confirman las predicciones de Bolívar.

"Los Estados del istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizá una asociación". Perduró esta hasta 1842, y hoy vuelven lentamente a ella las repúblicas centroamericanas. Panamá era, para el Libertador, el emporio del universo: "Sus canales acortarán las distancias del mundo, estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia; traerán a

tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. ¡Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la Tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio!".

"La Nueva Granada se unirá con Venezuela si llegan a convenirse en formar una república central, cuya capital sea Maracaibo, o una nueva ciudad que, con el nombre de Las Casas, en honor de este héroe de la filantropía, se forme entre los confines de ambos países, en el soberbio puerto de Bahía Honda". Bolívar mantuvo unidas a Nueva Granada y Venezuela hasta 1830; nuevos caudillos como el general Mosquera quisieron restablecer aquella federación, y hoy es el empeño de los políticos del Ecuador, de Venezuela y de Colombia.

"En Buenos Aires habrá un gobierno central en que los militares llevarán la primacía, por consecuencia de sus divisiones internas y guerras externas". Es la historia argentina, hasta el advenimiento de Rosas, la lucha de los caudillos, la anarquía del año 20. "Esta constitución degenerará necesariamente en una oligarquía o una monocracia". En efecto, un grupo plutocrático domina en Buenos Aires, y sobre el caudillaje se levanta la monocracia de Rosas.

"Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. (...) No alterará sus leyes, sus usos y prácticas; preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas". La larga estabilidad de la nación araucana, la homogeneidad de su población, la eficaz duración de su carta política, el carácter conservador de sus instituciones, el desarrollo firme y lento de Chile, hasta la guerra del Pacífico y la revolución de 1891, realizan plenamente los vaticinios de Bolívar.

Encierra el Perú "dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos. El primero corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo. El alma de un siervo rara vez alcanza a apreciar la sana libertad: se enfurece en los tumultos o se humilla en las cadenas. Aunque estas reglas serían aplicables a toda América, creo que con más justicia las

merece Lima". "No tolerarán los ricos la democracia, ni los esclavos y pardos libertos la aristocracia: los primeros preferirán la tiranía de uno solo, por no padecer las persecuciones tumultuarias y por establecer siquiera un orden pacífico". La evolución del Perú demuestra la profundidad de esta profecía: el salitre y el guano han creado, por medio de escandalosos monopolios, estériles fortunas privadas que corrompen y enervan a la clase dirigente. Un confuso mestizaje mantiene la anarquía. La oligarquía acepta a los dictadores militares que defienden la propiedad y traen la paz. Desde 1815, cuando la América era un dominio español, anuncia Bolívar, atento al espectáculo de las fuerzas sociales en conflicto, no solo las inmediatas luchas, sino el desarrollo secular de diez naciones. Es un magno profeta. Hoy, después de un siglo, obedece el continente a sus predicciones, como a un conjuro divino.

En Angostura el Libertador entrega a la meditación de los colombianos un proyecto de Constitución. Sus bases son el gobierno republicano, la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud y de los privilegios. En ese notable ensayo se concilian las teorías de Montesquieu, de Rousseau y de Bentham, el realismo inglés y el entusiasmo democrático de Francia. El Poder Legislativo se compone de dos cámaras: la primera, de elección popular; el Senado, hereditario, según la tradición sajona, formado por los libertadores que fundarán la aristocracia de América. El presidente es a manera de rey constitucional; sus ministros, responsables, gobiernan. El Poder Judicial adquiere estabilidad e independencia. Una nueva autoridad, el Poder Moral, completa este cuadro político. Es, en la república del Libertador, mezcla original del areópago ateniense y de los censores romanos; se encarga de la educación, de la moral y del cumplimiento de las leyes; "castiga los vicios con el oprobio y la infamia, y premia las virtudes públicas con los honores y la gloria". Bolívar tendía al despotismo intelectual y moral; este tribunal impondría las buenas costumbres. Más tarde el Libertador, obligado por la terrible realidad del medio, condena los textos de Bentham en las universidades de Colombia y acepta como instrumento de gobierno el catolicismo. El artículo 9º del proyecto de Angostura dice que "la ingratitud, el desacato a los padres, a los maridos, a los ancianos, a las instituciones, a los

magistrados y a los ciudadanos reconocidos y declarados virtuosos, la falta de palabra en cualquier materia, la insensibilidad con las desgracias públicas o de los amigos y parientes inmediatos, se recomiendan especialmente a la vigilancia de la Cámara de ese Poder Moral, que podrá castigarlos hasta por un solo acto".

Era la tiranía paternal sobre sentimientos, conducta y pasiones.

Bolívar crea con provincias de la Argentina y del Perú una república, el Alto Perú, que se llamará Bolivia, en recuerdo de su fundador; le da un estatuto político, la Constitución boliviana, que quiere imponer inútilmente al Perú y a Colombia. Es el desarrollo de las ideas expuestas en el ensayo de Angostura, y define su ideal de república. Es casi una monarquía en que el poder no es hereditario. El presidente debe ser vitalicio e irresponsable, "porque en los sistemas sin jerarquías se necesita, más que en otros, un punto fijo alrededor del cual giren los magistrados y los ciudadanos, los hombres y las cosas". Contra la anarquía, un jefe vitalicio; contra la tiranía, poderes independientes: el Judicial, elegido por el Congreso entre los designados por los colegios electorales; el Legislativo, compuesto de tres cámaras –de tribunos, senadores y censores–. Los primeros duran cuatro años en sus funciones, los segundos ocho; los últimos son vitalicios, "ejercen una potestad política y moral", constituyen el "Poder Moral". Con este sistema original evitaba el Libertador la anarquía política, la disolvente ambición de los caudillos; constituía dos fuerzas estables en inciertas democracias: los censores y el presidente vitalicio; adaptaba a la república la unidad y la permanencia, caracteres de la monarquía constitucional.

Comprendieron pronto los generales que esa Constitución era una amenaza a su ambición, y se levantaron contra ella en Bolivia, en el Perú y en Colombia.

Rodean a los campeones de la independencia, brillantes caudillos, como O'Higgins, los Carrera, Güemes, La Mar, Santander, Páez, Córdoba, Anzoátegui, Mariño, Cedeño, Urdaneta, Salom, Piar, Santa Cruz, Montilla, Sucre, admirable este como héroe y como estadista. Pero sobre émulos, caudillos y tenientes se levanta, encina entre árboles menores, según la clásica imagen, Bolívar, Libertador de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y fundador, en suma, de la independencia sudamericana. "El

continente ha sido libertado por él" –dice el mismo Mitre, historiador que le es tan adverso–.

Fue el genio de la revolución americana, creador, capitán y profeta. Sentía en sí "el dominio de la guerra". Como las grandes almas atormentadas, desde Sócrates, obedecía en sus impetuosas campañas a una divinidad interior.

En sus actos y en sus discursos, en su inquietud, en su dignidad y en su fe, hay una insólita grandeza. Trabaja para la eternidad; acumula sueños y utopías; vence a la tierra hostil y a los hombres anárquicos: es el superhombre de Nietzsche, el personaje representativo de Emerson. Pertenece a la ideal familia de Napoleón y de César; sublime creador de naciones, más grande que San Martín y más grande que Washington.

PEDRO MANUEL ARCAYA

La génesis del grande hombre depende de una larga serie de influencias complejas que han producido la raza en medio de la cual aparece.

Herbert Spencer
Introducción de *La Ciencia Social*

SIMÓN BOLÍVAR*

PENSAMOS QUE ya es tiempo de prescindir, en el estudio de la personalidad de Bolívar, del criterio metafísico que ha venido informando de luengos años atrás nuestra literatura histórica, y emplear más bien los fecundos métodos positivos llevados por Spencer al campo de la ciencia social, en general, y aplicados por Taine en los dominios de la historia.

Conforme a estas ideas modernas es como nos proponemos estudiar aquí al Libertador. Empresa ardua que, ni con mucho, podremos realizar a cabalidad. Mas bastaría a satisfacernos que nuestro humilde trabajo iniciase la producción de otros, inspirados por la ciencia, y en que las cabezas pensadoras de la juventud americana esclareciesen los problemas que apenas nos es dable tocar en estas ligeras apuntaciones.

Sabido es que el gran héroe del Nuevo Mundo venía exclusivamente de la raza ibera; raza autóctona de la península hispana, casi pura y homogénea, de rasgos físicos y psicológicos determinados, perteneciente a la rama mediterráneo-semita, de cráneo más o menos alargado (dolicocéfalo) y color blanco moreno, de sensibilidad irritable e intenso amor propio[1]. Y los ascendientes de Bolívar eran de sus mejores tipos. Familias de hidalgos formadas en el batallar constante de la Edad Media[2]. Por línea recta de

---

* *Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur, por los más grandes escritores americanos*, Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1944, t. I, pp. 135-155.

1. Véase Hippolyte Taine, *Essais de Critique et D'histoire*, 7ª ed., Paris, Hachette, 1896; y Alfred Fouillée, "Le Peuple Espagnol", *Revue des Deux Mondes* (Paris), (septembre-octobre 1899).

2. Sobre los ascendientes de Bolívar véase Arístides Rojas, *Estudios históricos: orígenes venezolanos*, Caracas, Oficina Central de Información, 1972, t. I. Consúltese también a José

varón hallamos la de su apellido, *Bolívar*, antiquísima en el solar vasco y cuyo nombre recuerda en lengua éuskara la pradera y el molino, instrumentos de vida de los primitivos iberos; de allí el escudo antiguo de sus armas, la rueda de molino sobre plata que luego trocaron en faja azul, con panelas (corazones) sobre verde, símbolos heráldicos del valor guerrero y de las heridas recibidas en el combate. Por mujeres encontramos otras viejas familias castellanas y vascas, como la de Villegas, de que hubo esforzados combatientes en las Navas de Tolosa; las de Palacios, Sojo, Ponte, Guevara, casa que en sus comienzos disputó la primacía a los condes de Castilla y después dio asunto a la musa del romancero; Samaniego, y algunas más, que todas debieron su renombre al esfuerzo desplegado en la magna cruzada contra los árabes.

Veamos el estado de alma de estas gentes cuando se inició su éxodo de España en el siglo XVI.

Fácilmente se comprende que la influencia de siete siglos de guerras, de leyendas y romances, obrando sobre el espíritu de un pueblo predispuesto por su constitución mental étnica a transformar toda idea sugerida y todo recuerdo lejano en visión interna; de contornos precisos y colores vivos, capaz de impulsar a la acción fuerte y sostenida, produjese a la postre los caracteres portentosos de ese siglo XVI, caballerescos e idealistas unos, fanáticos los más, aventureros otros, crueles muchos, pero todos dotados de acerada energía, voluntad inquebrantable y ardoroso entusiasmo. Verdad es que a fines de ese mismo siglo, causas múltiples, que no hay para qué recordar aquí, comenzaron en la península a deformar aquellos caracteres, a convertir los caballeros en empleomanos, los apóstoles en frailes inútiles, los grandes capitanes y estadistas de las Cortes de Carlos V y Felipe II en los favoritos burócratas de los demás Felipes y Carlos, hasta presentar en el siguiente siglo XVII "el espectáculo grandioso y lúgubre de un entusiasmo convertido en ritualidades, a manera de una lava ardiente que después de los deslumbramientos y magnificencia de su incendio, cae, se endurece y cubre la llanura con sus arroyos negros e inmóviles", según la bella frase

---

de Oviedo y Baños, *Historia de la Conquista y población de la Provincia de Venezuela*, 2ª ed., Caracas, Biblioteca Ayacucho (Col. Clásica, 175), 2004.

de Taine. Mas precisamente cuando aún brillaba aquel incendio en todo su esplendor, cuando estaba todavía entera la savia de la raza, dejaron la madre patria los ascendientes de Bolívar. De las provincias vascas, de las montañas de Burgos y León, de las llanuras de Castilla, las rías de Galicia y las costas de Andalucía los vemos cómo bajan a esta América, semejantes a bandadas de aves procelarias que presintiesen cercanos cambios en las condiciones ambientes del cielo nativo y volasen a otros climas donde posible les fuese emplear las fuerzas de sus alas y hallar aire apropiado a sus pulmones.

Corrían a la conquista de lo que es hoy Venezuela. Sus nombres están en antiguas crónicas junto con los de otros pobladores de estas tierras. Allí Juan de Villegas, llegado con Alfínger a Coro en 1528, y luego figura importante en toda aquella época; allí Juan Cuaresma de Melo, Bartolomé García, Francisco de Madrid, Francisco Maldonado, Juan de Guevara y muchos más. Y en verdad que la conquista venezolana fue campo de audacias y heroísmo sin cuento. Aquellas expediciones idas de Coro hasta los confines de Guayana y los valles de Nueva Granada, representan el máximum de esfuerzos de que es capaz la naturaleza humana. Tómense en consideración el calor tórrido, las selvas intrincadas, la fiebre de los llanos y la nieve de las cumbres, los ríos caudalosos que atravesar y las tribus indígenas que someter, en medio de un país completamente desconocido, y se comprenderá la magnitud de la empresa que tocó a aquellos hombres.

Terminada la conquista, quedaron los descendientes de los primeros pobladores dedicados a las artes de la paz durante el largo período que constituye la época colonial; a los antepasados de Bolívar los vemos en los regimientos y alcaldías de Caracas, erigiendo iglesias, ocupados en el cultivo de la tierra y la explotación de minas. Don Simón de Bolívar fue enviado, como es sabido, en comisión de la colonia a la Corte de Felipe II en 1589.

Examinemos, pues, las influencias que hicieron surgir, por fenómeno atávico, de los pacíficos agricultores de fines del siglo XVIII, el guerrero indomable, heredero de las energías y del heroísmo de sus lejanos abuelos, los conquistadores del siglo XVI y los más antiguos caballeros de la cruzada española.

Es cuestión controvertida en antropología la de la posibilidad de adaptación de las razas europeas a los climas tropicales, afirmándola algunos sabios, como Quatrefages, y negándola muchos otros. Esta última opinión predomina hoy, y en verdad que su certeza se impone a todo el que estudie la evolución social de estos países. Déjanse sentir, en las razas blancas puras, aun la más resistente al medio tropical, que es la española, al cabo de mayor o menor número de generaciones, los efectos destructores del medio. El sistema generalmente más afectado es el nervioso; por eso los *temperamentos locos* –como diría Maudsley–, los casos de enajenación mental, las parálisis y demás neuropatías[3].

Si a esta influencia general del medio, de que evidentemente no podían librarse las familias de que procedía Bolívar, agregamos, en su caso particular, que la mayor parte de estas familias venían, como hemos visto, de los conquistadores de Venezuela, hallaremos algunos datos más sobre qué fundar las conclusiones que nos proponemos establecer.

"La conquista –dice Fouillée–, y aun la inmigración pura y simple, producen siempre una regresión moral". Obsérvase así principalmente en las guerras de conquista de los pueblos europeos, en los países intertropicales no civilizados. La causa de este fenómeno consiste en diversas influencias, entre las cuales, a más de las que indica Fouillée (codicia, ruptura de los antiguos nexos de familia), hay que recordar, como primordial, la sugestión ejercida por el espectáculo de la vida primitiva, azuzando los viejos instintos latentes y despertando a veces en el hombre civilizado "el salvaje que cada cual porta adormecido o encadenado en la caverna de su propio corazón". Mas no impunemente se puede retroceder, en ningún sentido, en la

3. El doctor Gil Fortoul recuerda el caso de una población de *degenerados* en el interior de la República, proveniente de los conquistadores *españoles* del siglo XVI, sin mezcla de otras razas. Observó un número exorbitante de sordos, mudos y locos. Atribuye la degeneración a las repetidas uniones entre próximos parientes. Sin embargo, nos permitimos advertir que, según las últimas conclusiones de la ciencia, el matrimonio entre consanguíneos no es por sí solo causa de degeneración de la prole, sino que acumula en esta los factores degenerativos que puedan existir en los cónyuges por común herencia de unos mismos ascendientes. De manera, pues, que en el caso citado en definitiva la causa es la acción del medio. Esto confirma nuestra opinión del texto. (Véase José Gil Fortoul, *El hombre y la historia*, París, Casa Editorial Garnier Hermanos, 1896).

escala de la evolución humana, sin que toda la máquina nerviosa se resienta y sufra; por eso la regresión moral de que habla Fouillée concluye muchas veces por traducirse en una superexcitación nerviosa mórbida del organismo. A estas causas psicológicas hay que agregar las terribles influencias físicas del paludismo y otros venenos orgánicos cuyos efectos tienen que ser más violentos en los que andan en expediciones guerreras por estas zonas, resultando necesariamente de la combinación de todos estos factores ese estado mental, propiamente patológico, que a la postre se observa en muchos de los conquistadores de las tierras intertropicales, desde las antiguas incursiones españolas en América hasta las últimas de los ingleses y franceses en el África ecuatorial. Es indudable que muchas de estas observaciones pueden aplicarse a los primeros antepasados de Bolívar en América, y, efectivamente, hasta el mismo Juan de Villegas, tan alabado por nuestros cronistas, no se halla exento de complicidad en los hechos de Carvajal. Era muy intensa la fascinación ejercida por aquel cuadro terriblemente hermoso de la conquista, orgía de sangre y heroísmo, codicia y crueldad.

En resumen: la consideración de esa superexcitación psicopática de los primeros antepasados de Bolívar, transmisible por herencia a sus descendientes, y de los efectos del medio tropical, también sucesivamente actuando y acumulándose por herencia en cada generación, nos induce a pensar que las familias de que venía el Libertador eran materia eminentemente apta para la producción de anormalidades psíquicas.

Como explicable fenómeno biológico nos aparece así el genio poderoso de Simón Bolívar. En efecto, los modernos estudios del profesor Lombroso y su escuela[4] han puesto en claro la naturaleza epileptoide del genio, cuyas impulsiones se clasifican como una de las formas de las psicosis degenerativas (*progenerativas*, quiere Charles Richet) de la familia de las epilepsias, entendiendo con este concepto las irritaciones de la corteza cerebral. No es esta oportunidad de recordar los fundamentos científicos de este postulado ni el valor de las críticas de que ha sido objeto, bastándonos admitir su enunciado[5].

4. Véase Cesare Lombroso, *L'homme de genie*, Paris, Alcan, 1889.
5. "Nadie hasta ahora, hay que confesarlo —dice el profesor Giuseppe Servi—, ha sabido

El caso de Bolívar pudiera servir como prueba de las teorías del célebre sabio italiano. En él se advierte en su más alto grado la señal característica del genio: la inspiración, obrando en el héroe como grandiosa, extraña fuerza impulsiva. Oigamos a Lombroso: "La identidad del genio y de la epilepsia nos la prueba, sobre todo, la analogía del acceso epiléptico con el momento de la inspiración, por esa inconsciencia activa y potente que crea en el uno y produce convulsiones en los otros".

En las metamorfosis hereditarias de la degeneración, debido al medio del sistema nervioso de su raza, tocó en lote a Simón Bolívar la psicosis genial. Cuando se estudien las manifestaciones patológicas que haya presentado su familia, indudablemente se encontrarán algunas otras formas de naturaleza inferior, de la misma degeneración: epilepsia común, vesanias, quizás locura[6].

En el mismo Bolívar hallamos muchos de los rasgos presentados por Lombroso como indicio de los orígenes y nexos psiquiátricos del genio. Recordaremos algunos[7]. *Esterilidad*: el Libertador no dejó descendencia de

---

crear alguna teoría mejor que la de Lombroso sobre el genio, a pesar de que se han esbozado muchas después y de que se ha tentado derribar la suya, *Gli uomini di genio*, en la *Nuova Antologia* de Roma, 1900". En efecto, las críticas de algunos psicopatólogos versan realmente sobre cuestiones de detalles. Las hipótesis biológicas evolutivas de Max Nordau, Morselli y otros sobre los orígenes del genio no concuerdan con los datos de la biología sobre que se las quiere fundar. La teoría sociológica de Gabriel Tarde sobre el oficio del genio en las sociedades sí puede concordar con la de Lombroso, que solo es relativa a su génesis. En este estudio ambas las aplicamos a Bolívar. Nada hay que decir de las antiguas teorías metafísicas de los filosofadores de la historia; carecen de toda base en la ciencia positiva.

6. Para ciertos investigadores habría el temor de despertar susceptibilidades; pero así como nadie puede creer que sea por halagar preocupaciones aristocráticas por lo que se estudian los orígenes nobiliarios de Bolívar, tampoco debe verse en lo otro sino un interés puramente científico. En Europa se examinan cuidadosamente las manifestaciones psiquiátricas de las familias de los grandes hombres; multitud de noticias en ese sentido acumula Lombroso en su obra ya citada, y con frecuencia aparecen estudios análogos en las principales revistas; por ejemplo, el trabajo del doctor J. Sadger sobre Goethe en la *Deutsche Revue* (Stuttgart), (1º de abril de 1900).

7. Los datos que siguen en este y el inmediato párrafo están tomados de Arístides Rojas, *Leyendas históricas de Venezuela*, Caracas, Imprenta de la Patria, 1890; Lisandro Alvarado, "Neurosis de los hombres célebres de Venezuela", *Antología*, Caracas, Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, 1959; Rafael María Baralt y Ramón Díaz, *Resumen de la historia de Venezuela*, 2ª ed., Curazao, Imprenta de la Librería A. Bethencourt e Hijos, 1887; *Documentos para los anales de Venezuela, desde el movimiento separatista de la*

su matrimonio ni tampoco, que se sepa, hijos ilegítimos. Esta observación es también del doctor Lisandro Alvarado. *Actos inconscientes*: preocupados los historiadores patrios de los asuntos políticos, descuidaron los detalles personales, que pudieran arrojar mucha luz acerca del Libertador; sin embargo, de algunas acciones de esa naturaleza se conserva memoria: por ejemplo, en Angostura, en un convite dado por Irwing, comisionado norteamericano, Bolívar, al llegar a los postres, sube de pronto a la mesa del banquete y va de un extremo a otro pisando cuanto en ella había, y exclama ante los circunstantes sorprendidos: "Así iré del Atlántico al Pacífico, hasta acabar con el último español". *Delirio*: de tal puede calificarse lo ocurrido en Casacoima, sobre el que no nos detendremos por ser un incidente muy conocido. *Hiperestesia psíquica*: muchos sucesos prueban la vivísima sensibilidad de Bolívar, generadora de acciones impulsivas, instantáneas, provocadas por cualquier motivo que le chocase; por ejemplo, cuando en 1812 arroja del púlpito a un sacerdote que predicaba contra la causa patriota; por eso también la inquietud de su carácter, la impaciencia que le dominaba, los accesos de melancolía precedidos y seguidos por períodos de anormal animación, verdaderas crisis nerviosas, en fin, que en los últimos años de su vida produjeron en él aquel raro estado de ánimo que él mismo describe en su correspondencia, análogo al de su primera juventud, después de la muerte de su esposa en 1802. Volviendo a esta época, vemos cómo, repuesto entonces por los consuelos de su maestro Rodríguez, pasa de la tristeza más profunda a los mayores excesos contrarios. "En Londres gasté 150.000 francos en tres meses. Me fui después a Madrid, donde sostuve un tren de príncipe. Hice lo mismo en Lisboa; en fin, por todas partes ostento el mayor lujo y prodigo el oro a la simple apariencia de los placeres" –escribía en 1804 a la baronesa de Tobriand, su prima–. En esa misma carta habla de estar "atormentado por vagas incertidumbres". Páez observa su

Unión Colombiana hasta hasta nuestros días, Caracas, Imprenta y Litografía del Gobierno Nacional, 1891; *Autobiografía del general José Antonio Páez*, Nueva York, Imprenta de Hallet y Breen, 1867; José Félix Blanco y Ramón Azpurúa, *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*, Caracas, Imprenta La Opinión Nacional, 1875; Daniel Florencio O'Leary, *Memorias del general O'Leary*, Caracas, Imprenta El Monitor, 1883.

inquietud en las marchas, durante las cuales –dice– “procuraba distraerse el Libertador entonando canciones patrióticas”; asimismo la excesiva movilidad del cuerpo y el brillo de la mirada. *Locomotividad*: desde muy joven se fue a Europa, y luego pasó largos años en viajes por aquel continente, y después en América. En la guerra de la Independencia perdió varias campañas por ese ansia de movimiento, que a su vez, en parte, lo impulsó a aquellas gloriosísimas expediciones a través de los Andes. *Agotamiento precoz*: este rasgo, indicado por Sergi, se encuentra en Bolívar, quien a los cuarenta y siete años de edad, en que murió de tuberculosis pulmonar, representaba ser un sexagenario, según observaciones de testigos contemporáneos.

La mayor parte de estas anomalías constituyen indicios marcados de enfermedades nerviosas. En este sentido dice el doctor Lisandro Alvarado que se le puede ver, bajo el aspecto puramente médico, como un cerebro, al parecer, desequilibrado[8]. Y el doctor Arístides Rojas habla de las locuras del genio. El mismo Libertador, en carta al general Urdaneta, en octubre de 1830, dice: “*Yo sufría antes bilis y contracción de nervios*, y ahora ha resultado mi antiguo reumatismo”. “Mi bilis se ha convertido en atrabilis, lo que ha influido poderosamente en mi genio y carácter”.

Caben aquí los siguientes conceptos de Enrico Ferri[9].

> Para la ciencia contemporánea la degeneración no es sinónimo de degradación y de inferioridad, porque a menudo está acompañada de mejoras y perfeccionamientos. La teoría lombrosiana de que el genio es una manifestación de degeneración epileptoide es una de esas intuiciones de la Humanidad primitiva, que después de millares de años comienza hoy solamente a apoderarse de la opinión pública bajo las demostraciones evidentes de la ciencia positiva. Anormales en su constitución, con numerosos estigmas de degeneración orgánica y psíquica, los hombres de genio son una prueba de los efectos, a veces bienhechores, de las energías evolutivas de la degeneración humana, que está

8. Revisando este estudio para publicarlo, leo en *Los Ecos del Zulia* una muy reciente conferencia del doctor Marcial Hernández, entendido médico y escritor de Maracaibo, sobre el Libertador. Sus observaciones llevan las mismas tendencias que las citadas en el texto del doctor Alvarado.

9. Enrico Ferri, “Les anormaux”, *Revue des Revues* (Paris), (febrero de 1899).

fatalmente condenada a la esterilidad y al agotamiento en sí misma; pero solo después de haber derramado la luz de alguna verdad incógnita sobre la masa vegetante de los hombres normales, de los hombres del sentido común.

Pero examinemos más a fondo el punto, tratando de relacionar los datos que hemos hallado sobre la naturaleza anormal del alma de Bolívar con el atavismo étnico que atrás dejamos indicado, como origen de la similitud que, en sus cualidades fundamentales, se advierte en él con sus más lejanos antepasados. Asentemos en primer término que la producción intensa en un individuo de los rasgos fundamentales de toda una raza histórica, y la reproducción al cabo de múltiples generaciones de tipos semejantes, constituye realmente un fenómeno de atavismo más bien que de herencia ordinaria. Bástenos en este punto referirnos a las definiciones de Ribot[10].

Ahora bien; así como del atavismo orgánico puede decirse que constituye una manifestación teratológica regresiva (Max Nordau, *Degenerescense*), así también en el atavismo psicológico puede afirmarse que hay una anormalidad, ora también regresiva, cuando es de cualidades antisociales, ora progresiva, cuando es de cualidades anímicas de especie superior. Por eso semejante manifestación teratológica cabe perfectamente en el cuadro de las anomalías cuyo conjunto constituye el genio[11], y en muchos casos, principalmente en los genios de acción, sea acaso lo que le comunique su fuerza, lo que suministre la lava ardiente que se removerá en las convulsiones como sísmicas de la epilepsia creadora. Y es lo que ocurre con Bolívar, encarnación de las cualidades fuertes de la antigua alma española.

Hipólito Taine llama a Napoleón hermano póstumo del Dante y Miguel Ángel; y lo clasifica entre los genios de la vieja Italia, de algunas de cuyas razas medioevales descendía. Con más razón podemos contar a Bolívar entre los capitanes, los poetas, los místicos del gran siglo español: el decimosexto. Reúne la firmeza de sus héroes a la sensibilidad de sus artistas,

10. Théodule-Armand Ribot, *L'hereditè psychologique*, 5ª ed., Paris, Alcan, 1894.
11. Más o menos en este sentido se expresa Lombroso en el prefacio de su libro ya citado, apoyándose en las investigaciones de Gegenbaur, que demuestran que no es siempre el atavismo una inferioridad regresiva, sino que más bien constituye a veces un elemento de progreso.

con el tinte especial en sus concepciones y sus obras que caracteriza a los hombres de esa época y de ese pueblo y los distingue de las demás grandes personalidades de la historia.

Imaginaos, en conjunto, a Hernán Cortés, el guerrero conquistador de reinos, y san Francisco Javier, el taumaturgo conquistador de almas; poned el sentimiento de un Murillo, el misticismo lúcido de santa Teresa de Jesús, la clara inteligencia de un Cervantes, y agregad también algo de la inflexibilidad (dadle otro nombre si os place) de un Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, y se os representará el alma extraña de Bolívar.

Y esto que ya, en general, aparecerá como evidente postulado a quienquiera que haya estudiado con observación psicológica la vida de Bolívar, resulta con innegable certeza al analizar minuciosamente aquel gran temperamento.

Dice Taine que uno de los rasgos distintivos del hombre español es la necesidad de la sensación violenta, al igual de su carácter duro y enérgico, tenaz y resistente. De allí las pasiones fuertes que estallan como volcán. Y en verdad que encontramos a cada paso situaciones que lo confirman en el Romancero y el Teatro español, es decir, en la vida de aquel pueblo, allí pintada en sus más salientes formas. Y en la existencia de Bolívar aparecen casos que semejan copias engrandecidas de aquellas situaciones. Recordad el reto colectivo de don Diego González de Lara, el primo del Cid, quien, exaltado por el asesinato de su rey, ante los muros de Zamora, increpa y desafía a todos sus habitantes. "Os reto, los zamoranos, por traidores fementidos". Bolívar, indignado por las crueldades de algunos jefes enemigos, lanza el terrible grito de Trujillo: "Españoles y canarios, contad con la muerte, aunque seáis indiferentes". Ved si no hay allí en el héroe de la ficción y en el héroe histórico la misma incontenible explosión de cólera, la *detente terrible et roide*, que nos dice el historiador francés, del alma española.

Tenaz resolución de expulsar del suelo hispano al moro invasor, en los caballeros medioevales; ardiente celo porque, aun por la fuerza, dominasen en todo el mundo los dogmas del romano catolicismo, en los inquisidores y monjes del Renacimiento; voluntad inflexible de romper el yugo español en Simón Bolívar: he allí manifestaciones diversas, pero que al observador psicológico tienen que aparecer como originadas de la misma

raíz biológica, es decir, de la estructura íntima de la raza, forjada en el transcurso de incontables siglos. Durante la guerra de independencia, los discursos, las proclamas, los actos todos de Bolívar están inspirados con un entusiasmo rayano en misticismo: con un pequeño grupo aparece en la cordillera andina, la traspone, e invade a Venezuela en 1813: con un puñado de amigos desembarca en Ocumare en 1816; con escaso número de soldados, hambrientos y desnudos, tramonta los Andes e invade a Nueva Granada en 1819. Y siempre va pleno de confianza, seguro de sus éxitos. "La Revolución es él" –escribirá el general Morillo al gobierno español–. Es el mismo entusiasmo enérgico que inspiraba a los viejos iberos en sus luchas contra Roma: en cierta ocasión, después de una victoria de sus contrarios, enviaron a decir a estos: "Os dejaremos salir de España si nos dais un traje, un caballo y una espada por cabeza". El mismo que inspiraba a Pelayo y sus conmilitones cuando en las montañas de Asturias resistieron las turbas sarracenas. El mismo que lanzó después a los conquistadores de la América a empresas arduísimas.

En todo se nota la influencia de los atavismos étnicos; en las cualidades como en los defectos. Observaciones de los psicólogos franceses, que hemos tenido ocasión de citar, demuestran la radical incapacidad de los iberos para adaptarse a las condiciones vulgares y necesarias de la vida ordinaria. Y es lo que hallamos en Bolívar: nadie como él para las acciones brillantes, la lucha incansable, la proclama épica; nadie que tuviese la majestad de su palabra en medio de las multitudes delirantes, en sus entradas de triunfador a las capitales de América. Mas aquel hombre, "hecho, como el fuego del cielo, para brillar entre las tempestades", no se hallaba bien en la tranquilidad de un gabinete de administración, entre estadísticas fastidiosas, relaciones de sucesos vulgares de apartadas poblaciones, examen minucioso de los pequeños detalles de la vida nacional, en que un Washington, por ejemplo, encontraba el mejor empleo de sus facultades políticas. Lo que el mismo Bolívar decía al Congreso de Cúcuta, en 1821 era la verdad: "El bufete es para mí un lugar de suplicio". Por eso abandonaba los cuidados del gobierno a los hombres que lo rodeaban, entre los cuales muchos había que no aspiraban sino al propio provecho, originándose así los desórdenes de los últimos días de la antigua Colombia.

Veamos la influencia del momento histórico, de las ideas ambientes, en el espíritu de Bolívar. Posible es que si hubiera nacido siglos atrás, su genio activo y militante hubiese hecho de él uno de aquellos brillantes caballeros de la corte de Carlos V; y quizás, en alguna de sus crisis nerviosas, habría concluido por abandonar la espada por el hábito, como el mismo emperador, como un Ignacio de Loyola o algún Borja. Mas, nacido Bolívar en otra época, de sentimientos tan fuertemente sugestivos como los de aquel siglo, pero que impulsaban por distintas direcciones, su genio se inspiró en otros ideales. La sugestión guerrera, ciertamente era la misma: a virtud de las luchas grandiosas de la Revolución y el Imperio, manteníase muy alto el concepto de la gloria militar. Mas en materia de creencias no eran las doctrinas religiosas las que conmovían el mundo, sino las doctrinas sociales, los propósitos políticos.

El ideal de la independencia de Sudamérica, soñada por Miranda, estaba en perfecta armonía con la constitución mental hereditaria de Bolívar. Había allí un concepto que evocaba imagen concreta, visión interna de contornos precisos y colores vivos. Genio de imaginación y de acción, en ese pensamiento hallaba campo grandioso donde espaciarse y donde ver en encendida perspectiva todas las apariciones de la gloria futura. A su necesidad de acción se le presentaban allí vistas ilimitadas, batallas que ganar, enemigos potentes que vencer, pueblos que electrizar; en una palabra, cómo renovar en la historia el *fiat* del Génesis. De allí que el propósito de la Independencia se convirtiese en Bolívar en magna obsesión. Era un poseído. Por eso fue capaz de realizarlo. Debía polarizar el alma de los contemporáneos, fascinarlos con las súbitas fulguraciones de su inteligencia; dirigirlos, dominarlos con su incontrastable voluntad. Verdadero fenómeno de sugestión colectiva, análogo al realizado por algunas otras grandes personalidades de la historia[12]. Mas para la génesis de este fenómeno se requiere lo que precisamente hemos visto ocurría a Bolívar: el arraigamiento profundo de la idea en el apóstol mediante la concordancia de aquella con todas las condiciones de la organización psicológica de este.

12. Véase Gabriel Tarde, *Les lois de l'imitation*, 2ª ed., Paris, Alcan, 1895; G. Le Bon, *Psychologie des Foules*, 2ª ed., Paris, Alcan, 1896.

Triunfante ya la causa de la independencia, comienzan a manifestarse en el Libertador las tendencias del estadista, y desde luego resulta con incuestionables caracteres la influencia étnica. Aun desde los primeros años de su juventud mostró instintiva repugnancia para entrar en la comunión de los degenerados discípulos de Rousseau, pues jamás fue sacerdote del culto que entonces predominaba de la *razón razonante*, con sus preces constituidas por series de palabras vacías, conceptos inhábiles para evocar ninguna imagen precisa de hechos reales, "sustantivos abstractos"; y nunca Bolívar, cuyo cerebro estaba pleno de fuego abrasador, podía contentarse con un credo que parecía hecho para Robespierre, el declamador automático, el pedante inepto y sanguinario de la Revolución Francesa. Pero más que su inteligencia poderosa, bastante para hacerle ver los defectos de las doctrinas reinantes en su tiempo, influían a apartarlo de ellas sus instintos inconscientes. Era que en los extractos hereditarios de su alma, otra concepción del Estado y el gobierno existía, también metafísica, y, como la de Rousseau, absorbente y exclusiva, pronto a surgir en su tiempo; ya lo veremos. El profundo Taine ha observado en Napoleón cómo por su atavismo itálico surgió en él la teoría del Estado tal como se la entendía en el viejo Imperio Romano. Estúdiese la historia de Bolívar imparcialmente, y se hallará que como doctrina de gobierno sustentaba la necesidad de un poder ilimitado, la tutela ejercida sobre la nación para salvarla, a su modo de ver, de la anarquía y el desorden; en una palabra, la dictadura suya, considerándose él como llamado a misión providencial; en el fondo, la misma vieja concepción de los monarcas españoles.

Sus actos, en el último período de su gobierno, prueban claramente cómo los sentimientos dormidos de su raza, latentes hasta entonces en los dominios inconscientes de su espíritu, surgían de ese fondo oscuro a las cimas iluminadas de la conciencia y se apoderaban de la dirección del Grande Hombre. A fines de 1828 manda suspender las cátedras de Legislación Universal, de Derecho Político, de Constitución y Ciencia Administrativa, sustituyéndolas con una de Fundamentos y apología de la religión católica romana y de su historia, y prohíbe las logias masónicas[13]. Después resta-

13. R.M. Baralt y R. Díaz, *op. cit*.

blece los conventos y se convierte en protector decidido de la Iglesia, de tal modo, que partidarios suyos se hacen casi todos los obispos y clérigos de Colombia, que tanto lo combatieron antes, y contra los cuales fue él, cuando lo necesitó, inflexible.

Era que ya en el Libertador hablaban los muertos, los familiares del Santo Oficio de los tiempos de la Colonia, los caballeros semimonjes de la Edad Media.

Advertid cómo se suceden en la personalidad de Bolívar los tipos característicos, en la ficción o en la historia, del alma española: pasó rápidamente, en los primeros años de juventud, don Juan, el don Juan derrochador y espléndido; apareció luego, como fantasmagórica visión, entre el ruido de las batallas, el Cid Campeador, es decir, el guerrero heroico, combatiente infatigable por la patria; y a la postre, queda, en primer término, la severa figura del Felipe II histórico (no el cruel y sanguinario de las leyendas sajonas), personificación de la austeridad de su raza, representación hereditaria de aquellos cántabros de que habla Estrabón, siempre vestidos de negro, silenciosos e insociables.

Gustavo Le Bon apellida al genio la flor maravillosa de una raza. Imagen exacta. En este estudio sobre Bolívar hemos visto el viejo árbol en su suelo originario y hemos asistido a su trasplantamiento a la selva tropical. El calor tórrido secó muchas ramas, hizo caer agostadas muchas hojas; pero al cabo brotó en la copa del viejo árbol una flor extraña, condensación de toda su savia. Los venenos orgánicos ambientes, la sangre humana con que fue abonado el suelo, comunicaron a la flor colores raros, formas desconocidas, reflejos fascinadores. Vino la tempestad y arrancó el extraño brote y lo elevó a los cielos. A la luz del relámpago vieron los hombres el brillo fantástico de sus pétalos, y se ha hablado de misterio.

Pero estudiad como naturalistas la flor tropical en sus elementos irreductibles y permanentes; ved el tronco de donde salió, y hallaréis los datos suficientes para su clasificación botánica. Y en el museo de la Historia, otras flores hermanas suyas encontraréis provenientes de la misma planta.

LINO DUARTE LEVEL

BOLÍVAR Y SU CAMPAÑA DE 1821*

EL EJÉRCITO REALISTA

AL ROMPERSE las hostilidades entre Colombia y España, el 28 de abril de 1821, los campos contendores ocupaban en Venezuela las siguientes posiciones: los realistas dominaban la gran herradura formada por las provincias de Coro, punto extremo de su línea occidental; Barquisimeto, Guanare, Guárico, Valencia, Aragua y Caracas. Tenían, además, un pie firme en Cumaná y Carúpano, y en el oriente del país. Cubrían estas posiciones 12.000 hombres.

La línea divisoria entre los dos campos comenzaba en el Unare, seguía por el Guanape y Manapire al Orinoco, luego por el Apure y Santo Domingo hasta Barinas, para seguir a Boconó y continuar por la divisoria entre la provincia de Caracas y Trujillo.

El ejército realista ocupaba los siguientes cuarteles: la vanguardia, al mando de Morales, tenía su cuartel general en Calabozo, y constaba de los regimientos Rey y Guías, con 800 jinetes del país; el Regimiento (español) de Húsares, fuerte de 400 plazas; varios campos volantes criollos con 200 hombres, y el batallón Burgos, fuerte de 600 infantes. Total, 2.000 hombres.

La Segunda División, al mando de Calzada, tenía su cuartel general en Ortiz, y se componía del tercer batallón del Rey, con 800 plazas.

---

* *Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur, por los más grandes escritores americanos*, Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1944, t. I, pp. 159-186.

La Torre mandaba la Primera División, acantonada en San Carlos, y compuesta de: Barbastro, con 500 plazas; Valencey, 825, e Infante, 300. A esta División pertenecía Hostalrich, con 500 soldados, que estaba fraccionado en Barlovento y Tacarigua, al oriente de Caracas.

Tello tenía a sus órdenes la Tercera División, compuesta de Príncipe (blancos de Valencia), 600, y segunda de Valencey, 600 pardos, distribuidos entre Araure y San Carlos.

Caturla, con la Cuarta División, ocupaba a Cumaná y litoral. Componíase esta del segundo de Granada, reducido a 250 hombres; Cachiní, 720; una compañía de Granaderos de Navarra, con 180 hombres; dos compañías de Barbastro, con 200 plazas, y 250 Veteranos.

Tenía Herrera la Quinta División entre Araure y Ospino, compuesta de: Navarra, 600; Barinas, 350; Dragones, 200; destacamentos, 200. Total, 1.350 plazas.

Según publicación hecha entonces en Caracas y reproducida, por esos días, en el *Curacaosche Courant*, de donde tomamos estas cifras, el ejército disponible para entrar en campaña alcanzaba a 7.825 plazas, sin contar las guarniciones.

A todas estas fuerzas debemos agregar: la Reina, con 600 hombres, bajo las órdenes de Correa, que custodiaba a Caracas y La Guaira; primero del Rey, con 800 hombres, que tenía Miyares en Coro; segundo del Rey, con 500 hombres, que guarnecía a San Felipe, al mando de Lorenzo, y 600 veteranos de Artillería y Zapadores, que formaban la guarnición de Puerto Cabello, y cosa de 500 hombres distribuidos en campos volantes establecidos en el Tuy, Mariches y San Casimiro, lo que da el total de las fuerzas realistas en 12.000 hombres, que es la cifra que da Torrente en su *Historia de la revolución sudamericana**.

De estas tropas eran criollas los batallones de infantería segundo de Valencey, Barinas, Reina, Príncipe, Cachiní, segundo y tercero del Rey; los regimientos de caballería Rey y Guías; los destacamentos de esta arma, y además los campos volantes. Es decir, 4.170 infantes de línea y 500 milicianos y 1.200 jinetes. Total, 5.870 hombres, casi la mitad del ejército realista.

* Mariano Torrente, *Historia de la revolución hispanoamericana*, Madrid, Imprenta de Moreno, 1830. (N. de B.A.).

Por una feliz coincidencia ninguno de ellos peleó en Carabobo, aunque sí estuvieron los jinetes.

Los realistas dominaban la parte más poblada y más rica de Venezuela y también la más montañosa. Eran dueños del mar; podían con facilidad auxiliarse los cuerpos entre sí, excepto la Cuarta División, que estaba en Cumaná y quedaba aislada, aunque con comunicación marítima, pero a gran distancia del teatro de las operaciones.

EL EJÉRCITO PATRIOTA

Ocupaban los patriotas la gran faja circunvaladora de las posiciones contrarias, comenzando en Maturín, Barcelona, Guayana y Apure, para darse la mano con la cordillera. La posición era más estratégica, porque las tropas estaban al abrigo de toda sorpresa del otro lado del Orinoco y del Apure; podían movilizarse rápidamente así por tierra como por la inmensa red fluvial; tenían facilidad para recibir parque por esta vía y recursos de Nueva Granada, a la vez que estaban en capacidad de atacar por los flancos más convenientes. La Cuarta División no podía estorbar sus operaciones en Oriente.

Además, tenían los republicanos a Margarita, que les servía de escala para comunicarse con el exterior. Como los llanos de Apure, Barinas y Barcelona estaban en poder de los colombianos, tenían asegurada la carne, que constituía el alimento de sus tropas, y los caballos para remontar sus caballerías. De ambas cosas no estaban abundantes los realistas, y sus caballerías carecían de bestias de repuesto.

El Orinoco estaba dominado por la fortaleza de Guayana la Vieja, y en los ríos Apure y Santo Domingo tenían los patriotas una escuadrilla que les aseguraba la comunicación y el transporte entre Angostura, el Apure y Barinas.

Las fuerzas colombianas que obraban en Venezuela durante la campaña de 1821 consistían en 6.500 hombres, que, según O'Leary, llegaron a Carabobo; 1.000 con los cuales, según Soublette, vino Bermúdez del Oriente; 600 con los cuales se le incorporó Arismendi en Capayita, y 1.500 hombres, que al mando de Cruz Carrillo obraron sobre San Felipe, según dice el Libertador. Total, 9.600 soldados que entraron en campaña.

A esto hay que agregar las guarniciones de Angostura y Maracaibo, fuertes de 600; las caballerías de Monagas en Barcelona, que eran 400 jinetes; 500 hombres que, al decir de Montenegro, reunió en Caucagua el coronel Macero; cosa de 400 soldados que formaban los campos volantes del Llano, y 500 hombres que custodiaban a Margarita, lo que da un total de 12.000 hombres.

De manera que las fuerzas contendientes estaban equilibradas en número.

INFANTERÍA, CABALLERÍA Y TÁCTICAS

La infantería española era superior por su disciplina. Usaban ambos beligerantes el fusil de piedra, de un alcance máximo de 200 metros, grueso calibre y bala de a 19 en libra. Esta arma era defectuosa en la estación lluviosa y débil para luchar contra la caballería, a menos que una disciplina muy correcta diese cohesión a la infantería.

La caballería patriota era decididamente superior a la española. Los jinetes de Venezuela cargaban primero en escuadrones cerrados y luego se dividían en grupos de 15 a 20 hombres, al mando de un oficial, y convertían el combate en lucha cuerpo a cuerpo, lucha en la cual la infantería enemiga solo tenía para su defensa la bayoneta, de menor alcance que la lanza contraria.

La organización militar de los contendientes era casi igual: la unidad táctica era el batallón, compuesto en el ejército español de una compañía de granaderos con 64 plazas y ocho de fusileros, cada una con 80 plazas. El batallón colombiano se componía de una compañía de cazadores, una de granaderos y seis de fusileros, cada una con 100 soldados. Los patriotas tenían, además, cuerpos sueltos de tiradores, que hacían el servicio de la recolección de víveres.

La artillería no desempeñaba gran papel en la lucha, y puede decirse que estaba confinada a la defensa de las plazas fuertes.

La infantería patriota carecía de oficiales, de manera que era menester improvisarlos, lo que daba poca consistencia al batallón, si bien esta falta se suplía con el valor personal y el entusiasmo del sectario.

La nueva táctica se puso en vigor en el ejército colombiano en 1817. Los Estados Mayores fueron establecidos el 24 de septiembre; y el 4 de octubre envió Bolívar a Páez dos volúmenes de la nueva táctica para la instrucción y disciplina de los batallones. Tres batallones formaban una brigada y dos brigadas una División.

Las tropas españolas vinieron organizadas en regimientos de dos batallones. Las brigadas constaban de cuatro batallones, sujetos a las ordenanzas de 1716 y al Tratado de Táctica de 1808, que modificó los Tratados IV y V de aquellas, reimpreso en Caracas. El pie de fuerza del regimiento debía ser 1.377 plazas. Posteriormente se suprimieron los regimientos y quedaron solo batallones y divisiones.

La caballería española se organizó en regimientos de varios escuadrones, cada uno con tres compañías de a 40 hombres. Los regimientos colombianos se componían de tres escuadrones, cada uno con tres compañías de a 50 hombres. El arma de ambas fuerzas era la lanza, aunque algunos cuerpos usaban también la pistola y la carabina. Regíase la caballería realista por el Reglamento de Maniobras. Las caballerías colombianas cogieron un ejemplar de este, que tenía el Regimiento de Húsares en 1817, y las fuerzas de Páez lo adoptaron para el manejo de esta arma.

MANERA DE COMBATIR

Los españoles seguían las prescripciones del arte militar de Federico II, que tenían por base de su táctica ser el más fuerte en un punto dado. Lo malo de esta táctica era que se necesitaba que ese punto fuese el bueno. En sus batallas no se apartaban del orden lineal y comprometían el grueso del ejército, sin reserva disponible de consideración y sin apoyos extremos, lo que presentaba puntos vulnerables en sus alas; de modo que para vencerlos bastaba cargar sobre alguna de estas y arrollarla o envolverla. En campo abierto esto era más fácil aún, por la superioridad de la caballería venezolana sobre la europea.

En el combate atacaban el frente enemigo con fuerzas superiores, o sea el grueso del ejército, lo que, si bien les permitía conservar unidas las tropas y libres de asaltos de la caballería, tenía el inconveniente de que al

encontrar fuerte resistencia, la carga decaía por falta de reservas que diesen nuevo ímpetu al combate.

Los patriotas, por la falta de almacenes, tenían que fraccionar su ejército para poder subsistir, y de allí surgieron las divisiones activas que llamaron columnas, que eran órganos independientes y relativamente fuertes, que podían vivir, marchar y combatir por sus propios medios. A la pesadez española oponían una movilidad singular, y la necesidad los obligó a adivinar la táctica de Moltke.

El frente patriota no presentaba nunca en el combate una barrera inflexible, sino una serie de cuerpos separados, entre los cuales podía maniobrar la caballería. Era un frente eslabonado. Los tiradores o cazadores obraban por los flancos casi independientes, porque el espíritu de iniciativa y la confianza que inspiraba el valor personal del soldado permitía dejarlos entregados a sí propios. Se escogía el cuerpo de vanguardia, de modo que pudiese desempeñar íntegramente su papel. Componíase este de lo mejor del ejército: de aquellas tropas y jefes en quienes se tenía la seguridad de que opondrían fuerza de resistencia encarnizada y desesperada obstinación, animados por el entusiasmo y la idea de la patria. Nunca comprometían toda su fuerza en el primer empuje; la batalla dejaba de ser un acto global, único, brusco, decisivo, para convertirse en varias batallas en que los esfuerzos parciales se destacaban, se modulaban, se combinaban, y solo cuando el enemigo se desorganizaba daban la carga decisiva. Casi siempre peleaban a la defensiva, y tomaban la ofensiva cuando estaba quebrantado el enemigo. La escasez de municiones les imponía la gran regla militar de la economía de las fuerzas.

Los españoles, orgullosos de su nombre, adoptaban en el combate el orden lineal, sin fijarse en que esto les impedía el escalonamiento en profundidad, indispensable para alimentar el fuego. Su formación de combate era defectuosa para la época. Consistía en colocar la infantería de frente en dos líneas, la primera en batalla y la segunda en columna, con cazadores y caballería en las alas. Generalmente, la reserva era inadecuada por su pequeñez. Aferrados los realistas en la idea de la superioridad del soldado español, e imbuidos por las reglas de la táctica prusiana, trataban siempre de convertir la batalla en cargas a la bayoneta, marchando la fuerza hasta

tiro de pistola, y después de una descarga calaban la bayoneta y cargaban de firme. Este plan daba resultado cuando la infantería contraria no estaba bien defendida por la caballería o por la posición; pues cuando lo estaba, la resistencia daba tiempo a que los jinetes republicanos cargasen por los flancos y desorganizasen la infantería española, sin darle tiempo a formar el cuadro, empeñada como estaba en el combate de frente.

LA CABALLERÍA

La táctica patriota se fundaba, por tanto, en resistir a la defensiva el primer choque a pie firme, para dar lugar a que la caballería cargase por los flancos o por la retaguardia. De ahí que los españoles estuviesen siempre muy cuidadosos con la retaguardia, y a veces no sacaban todas las ventajas que debían de sus victorias por temor de un ataque repentino al perseguir al enemigo.

Mientras la caballería realista fue superior a la venezolana, es decir, hasta 1815, fue fácil a los españoles la victoria contra infantes faltos de disciplina. Cuando cambió este estado de cosas vinieron de la Península batallones disciplinados y acostumbrados a las fatigas de la guerra, y gracias a ellos se pudo contener a las caballerías republicanas. Por su parte, los infantes patriotas comenzaron a ser disciplinados por oficiales ingleses, y esto contrabalanceó en parte la superioridad del infante español. Además, este sufría mucho en las marchas por las inclemencias de un clima al cual no estaba acostumbrado.

Las fiebres diezmaban continuamente las tropas de uno y otro bando, de manera que constantemente había que llenar las bajas e instruir reclutas.

Como se comprende fácilmente, las batallas no podían ser de larga duración, pero sí muy sangrientas. En ellas era muy difícil y peligroso un cambio de frente o de posiciones bajo los fuegos del enemigo, por la cercanía en que estaban los contendores. No se debía, sin grave exposición, una vez empeñada la lucha, ni variar el plan de ataque, ni ejecutar lentos movimientos de flanco de alguna duración, pues la batalla estaba decidida antes de ejecutarlos.

Las marchas de las tropas estaban, puede decirse, subordinadas a la

existencia del agua, de modo que las jornadas estaban como marcadas de antemano. Ninguno de los contendientes tenía organizado un servicio de seguridad que mereciera tal nombre, limitándose a un espionaje cercano, sin extender convenientemente el radio de los reconocimientos. La caballería, que podía haber llenado este vacío, no lo hacía por falta de una organización adecuada de este servicio; de manera que por lo general nunca se tenían noticias positivas de los movimientos del enemigo, considerándose una gran ventaja cuando se sabían con algunas horas de tiempo.

El sistema de reconocimientos era también casi desconocido: tampoco se destacaban fuerzas exploradoras, pudiendo decirse que uno y otro bando solo sabían lo que podían obtener por medio de espías escogidos entre la gente del pueblo, incapaces de apreciar un número de tropas ni la situación militar de estas.

ESTADO DE LAS TROPAS

El estado general de las tropas realistas no era satisfactorio: los cuadros de los batallones europeos habían sido llenados con reclutas del país, lo que producía heterogeneidad en los Cuerpos: el estado moral del ejército distaba de ser bueno; los soldados estaban cansados de una guerra cuyo fin no veían; se les había prometido que regresarían a España después de tres años de servicio, y este plazo estaba cumplido desde 1818. Los sueldos estaban atrasados, y para dar de comer a la tropa se recogieron, desde 1820 en adelante, donativos de víveres, granos, ropa y dinero en todos los pueblos de Venezuela.

Como si esto no bastase, el desacuerdo entre Morales y La Torre era demasiado conocido, y las intrigas consiguientes habían quebrantado la disciplina hasta el caso de que, según dice Montenegro, las tropas estuvieron a punto de irse a las manos en el mismo campo de Carabobo pocos días antes de librarse allí la batalla. Además, los realistas se descuidaron durante el armisticio, y el rompimiento de las hostilidades les halló, puede decirse, desprevenidos para la lucha. En el campo de Carabobo llegaron a faltar las subsistencias porque no se hizo oportunamente acopio de ganado, cosa relativamente fácil para entonces.

Las tropas republicanas venían bien vestidas, bien alimentadas, pues para ello bastaba la carne; traían los laureles de las victorias obtenidas en Nueva Granada; no había disensiones ni rivalidades. La autoridad de Bolívar era acatada sin vacilaciones; se tenía entonces fe en su genio, se le consideraba un hombre superior, y el ejército tenía toda la cohesión necesaria para la lucha que emprendía.

Los republicanos tenían tres grandes campos de concentración donde formar sus ejércitos: Angostura, adonde iban los infantes de Oriente y los jinetes de Barcelona; Apure, donde se aglomeraban las caballerías del Llano; y Cúcuta, que era el cuartel general de las tropas que se reclutaban en la cordillera y en Nueva Granada. Aprovecharon hábilmente el armisticio para completar sus batallones, introducir municiones y armamento, disciplinar las tropas y darle al ejército una verdadera organización militar.

PLAN DE LA CAMPAÑA

He aquí los puntos principales de la campaña de Bolívar en 1821; según las instrucciones dispuestas de antemano por él:

> 4. El ejército de Oriente, por Orituco o por donde el vicepresidente de Venezuela crea más conveniente, invadirá a Caracas y la tomará a principios de junio.
> 6. El ejército de Occidente, a las órdenes del general Páez, pasará el Apure el 26 de mayo, ocupará el llano y seguidamente invadirá los valles de Aragua.
> 8. *La Guardia* se encontrará en Barinas por Mayo, amenazará a Guanare, San Carlos y Valencia.
> 9. Si los ejércitos de Oriente y Occidente obtuvieren sucesos, *La Guardia* irá adelantando sus posiciones hasta Valencia.
> 12. Si los enemigos concentraren sus fuerzas en un solo cuerpo, como, naturalmente, será en los valles de Aragua o Valencia el territorio que ocupen, el ejército de Occidente puede venir a unirse a *La Guardia* para obrar juntos.
> 13. Concentrado todo el ejército español y reunido el ejército de Occidente a *La Guardia*, no admite duda que será aquel batido, perdida ya su moral, el territorio, los recursos y siendo inferior en gran número.
> 14. Si el ejército de Oriente, al mando del general Bermúdez, y la expedición del general Arismendi se reunieren, las operaciones se ejecutarán concertadas

por entrambos jefes, y su objeto primero será ocupar a Caracas contra todos los obstáculos.

BOLÍVAR EN CAMPAÑA

Tomó Bolívar la ofensiva, con la ocupación de Guanare, al romperse las hostilidades, y para el 14 de mayo fijó allí su cuartel general. Al mismo tiempo salió de Trujillo una División de 1.500 hombres, al mando de Carrillo, sobre Carora, Tocuyo y Barquisimeto.

Cinco cuerpos de ejército venían moviéndose en combinación. Bermúdez traía instrucciones de moverse desde el Oriente sobre el centro de la república, el 28 de abril, y ocupar a Caracas, a más tardar, el 15 de mayo. Bolívar creyó, con razón, que esta operación era decisiva, y el 24 de abril asumió la responsabilidad, eximiendo de ella a Bermúdez, caso de tener mal suceso.

El general Urdaneta, que venía de Maracaibo sobre Coro –en la parte occidental de la república–, debía reunirse con Carrillo en Barquisimeto. El general Páez, venía por vía de Barinas –desde el Sur del país– a unirse a Bolívar, y este marchaba sobre San Carlos.

Brillante fue la marcha de Bermúdez. Batió al enemigo en El Guapo, Chuspita y Guatire; arrolló cuanto encontró a su paso y ocupó a Caracas el 14 de mayo. Fácil es comprender el desconcierto que semejante ataque produjo en el ánimo de La Torre, con solo tener en cuenta que el jefe realista pensó destruir a Bolívar en Portuguesa, mientras Correa contenía a Bermúdez, y Morales tenía en jaque a Páez, a quien suponía vendría por Calabozo.

Bermúdez invadió los valles de Aragua el 18 y venció en El Consejo el 20. Morales vino sobre el jefe oriental, y después del combate de Marqués, el 24, le obligó a retroceder, abandonando a Caracas el 26, para ser batido el 28 en El Rodeo. Ignorante por completo de los movimientos de Bolívar, Soublette creyó que este había sido batido, y se retiró al Oriente con Bermúdez. Bolívar supo lo ocurrido el 6 de junio, dio las gracias a Bermúdez y le ascendió a general en jefe.

Mientras se desarrollaban estos sucesos, Páez se movió tranquilamente de Apure el 11 de mayo, para Barinas, a ejecutar su marcha sobre Guanare.

El general La Torre resolvió mientras tanto batir a Bolívar entre Acarigua y Ospino, y para ello desocupó a Guanare la Quinta División, acantonándose en Araure, donde situó también la tercera, reconcentrando en San Carlos la primera y segunda.

Dado este plan de operaciones, no debió abandonar a Ospino, que era su punto de observación, y las tropas que ocupaban a San Carlos debieron situarse entre Acarigua y el río Guache, donde tenía elementos de subsistencia y campo abierto para librar una batalla antes de que Páez se incorporara al Libertador. En Araure supo La Torre los sucesos de Caracas, el día 20 de mayo y retrocedió a San Carlos. Allí, en junta de guerra, se resolvió que, estando prevenido por real orden conservar a Puerto Cabello, quedasen la tercera y quinta divisiones en Araure para cubrir los movimientos, y que todo el ejército se reconcentrase en Valencia –como lo había previsto Bolívar–, replegando lentamente los Cuerpos que estaban en Araure. Este nuevo plan dejaba al enemigo todo el Occidente; se le daba tiempo para concentrarse donde quisiera; sus movimientos estaban cubiertos, y podía organizar nuevas tropas en el territorio que dominaba. Si de lo que se trataba era de defender a Puerto Cabello, su guarnición bastaba, y no había razón para abandonar la línea estratégica de Araure a San Carlos.

Bolívar aprovechose de las faltas del contrario: avanzó sobre Ospino, adonde entró el 28, y llegó a Araure el 30, pues el ejército español se había para esa fecha replegado a Carabobo. A este tiempo llegaba Páez a Tucupido, el 31. Urdaneta, que entró el día 1º en el territorio enemigo, salió de Coro el 28, y Carrillo ocupó a Barquisimeto el 25.

El 2 de junio llegó Bolívar a San Carlos. Como muy bien dijo a Urdaneta, los enemigos le dieron tiempo para todo y no tuvo urgente necesidad de la incorporación de aquel al ejército. Allí esperó el Libertador hasta el 12 en que llegó Páez, y el 16 las fuerzas de Urdaneta, por haber quedado este enfermo en Barquisimeto.

Bolívar avanzó demasiado, y su situación en San Carlos fue peligrosa en los días transcurridos del 1º al 12 de junio. El general La Torre, ya desembarazado de todo cuidado por Caracas, pudo y debió tomar la ofensiva, con lo cual el enemigo habría tenido que retroceder, abandonando a San Carlos, y si hubiese marchado rápidamente, hasta pudo haberlo batido

en su retirada. No se escapó este plan a alguien; pero La Torre lo rechazó, alegando falta de subsistencias. Es un hecho que el servicio de proveeduría estaba desorganizado en el ejército español, de manera que las operaciones militares estaban embargadas por la cuestión alimentos; pero ello pudo remediarse escogiendo a San Carlos como cuartel general, donde era fácil la recolección de ganados.

INVASIÓN DE CARRILLO

Al salir Bolívar de este cuidado, por estar ya cerca la División de Páez, dispuso el 11 de junio que Carrillo, con una División de 1.500 hombres, formada por parte de las fuerzas de Urdaneta y las tropas de Barquisimeto, marchase sobre San Felipe, para seguir luego a Nirgua y Montalbán y cruzar la serranía para caer en Tinaquillo.

Muy conveniente era esta diversión, porque obligaba a La Torre a cubrir a Puerto Cabello por El Cambur o por El Palito, donde fácilmente podía desembocar Carrillo con su columna.

Mientras tanto, el ejército colombiano ocupó el 20 al Tinaco y el 23 a Tinaquillo.

Al saber La Torre la invasión de Carrillo, y creyendo que no sería atacado tan pronto, porque suponía que Páez aún no se había incorporado a Bolívar, cometió el error de destacar a Tello el 21, con dos batallones y un escuadrón pertenecientes a la Quinta División, en auxilio de Lorenzo, cuando lo que indicaba el buen juicio era hacer replegar a este sobre Las Trincheras, por Canoabo y Chirgua, que estaba libre.

LA LLANURA INMORTAL

El campo de Carabobo es una llanura situada casi al sur de Valencia, a 14 millas distante de esta ciudad. La planicie es vasta y despejada, apenas interrumpida por pequeñas colinas. Está separada de la sabana de Taguanes, que queda al sudoeste por la serranía de las Tres Hermanas, que forman el Portachuelo del Naipe, en el camino que conduce a Tinaquillo. La separa de la sabana de El Pao, con la cual linda por el sur, una faja de tierra que con

facilidad se abre y forma grietas. Al oriente corre el río Paito, y en la mitad de la sabana se unen los dos caminos, que conducen el uno a Tinaquillo y San Carlos y el otro al Pao. La entrada por la vía de San Carlos es un abra estrecha formada al oeste y que da salida al Naipe.

El camino es angosto, por entre cerros, subiendo y bajando las alturas de las Tres Hermanas. Al oeste del abra, y antes de llegar a esta, arranca del camino real la Pica de la Mona, que es una vereda que, subiendo por la cima de un montecillo, da sobre una quebrada del mismo nombre que limita a Carabobo por el oeste. La vereda era angosta y fragosa, y en extremo difícil la bajada a la quebrada, porque era muy pendiente; además de estar dominada por los cerros del abra. Para subir a la sabana el camino era escarpado y muy inclinado, y la salida era frente a una colina que le dominaba por completo, aunque a alguna distancia. Como la cumbre de esta colina era plana, podían con ventaja moverse las fuerzas que la ocupasen.

El oficial inglés Chesterton, que asistió a la batalla, dice: "En el campo de Carabobo solo hay tres casas, distantes una de la otra, en una planicie grande y desnuda"; y otro militar extranjero, el coronel Douane, agrega: "Si un militar buscase un campo de batalla para un cuerpo de 10.000 hombres, no encontraría uno mejor que este. Viniendo de Tocuyito, después de haber cruzado el río Guataparo, el terreno tiene una subida suave, y a alguna distancia es plano y se divisa una quebrada al través de las sombras de verdura. Esta quebrada está seca en el verano, pero se desborda con las lluvias. Al cruzarla, la subida es más pendiente que la bajada, y al llegar al borde del barranco aparece el campo de Carabobo ascendiendo como un cuarto de milla en dirección sur. Al frente el terreno va bajando por media milla hasta llegar al centro del campo, donde hay una planicie de 300 a 400 yardas, para luego subir abruptamente, formando como plataformas sucesivas que se levantan cubiertas por montes espesos y arbustos incultos, y más lejos los árboles menos tupidos, y luego la floresta profunda y oscura subiendo hasta la cumbre de la montaña; a la derecha, o sea al oeste, hay un descenso más rápido, y como a media milla por la entrada de Guataparo hay un río seco, como de 50 pies de ancho y 40 de profundidad, cuyos barrancos exhiben una masa de piedras angulares que abruptamente se levantan desde el fondo del río cubiertas de raíces y hierbas en cortes per-

pendiculares; detrás de este río, y como a 180 yardas, comienza una hilera de cerros cubiertos de verdura, que semejan un gran campo de heno, y detrás la montaña oscura y profunda".

EL GENERAL LA TORRE EN CARABOBO

El ejército realista, al mando de La Torre, ascendía a 5.000 hombres: 3.500 infantes y 1.500 de a caballo. Los batallones habían sido completados con reclutas del país y tenían 700 plazas, excepto Infante, que solo tenía 500. Hostalrich había llenado sus bajas en los combates de Caracas y también estaba completo, y Valencey tenía 900 plazas. La caballería de Morales estaba desmoralizada y era marcada la falta de cordialidad en las relaciones entre este jefe y La Torre.

Cubría el camino de San Carlos, Valencey, al mando de Tomás García. Estaba tendido a la izquierda de la entrada a la sabana. A la derecha del abra estaba Barbastro mandado por Juan Cini. Un poco a retaguardia, apoyado en un matorral poco espeso, se situó a Hostalrich, comandado por Francisco Illas; Infante, ocupaba el camino de El Pao, en el punto en que corta el de Valencia a San Carlos, y a retaguardia, en este camino, se hallaba colocado Burgos. Dos cañones de campaña cerraban la entrada del abra del camino para San Carlos.

La caballería estaba situada en la sabana de Tocuyito, detrás del río Guataparo, cosa de dos leguas de Carabobo.

Si bien el campo de Carabobo, desde el punto de vista militar, es una buena posición para maniobrar 10.000 hombres, tiene el inconveniente de que puede ser desechado fácilmente por Tinaquillo a Bejuma, para venir por Chirgua a caer a Las Trincheras, entre Valencia y Puerto Cabello, con lo cual queda cortada la base del ejército y amenazada su retaguardia.

Además, la ocupación de una posición sin puntos de apoyo extremos expone al ejército a un ataque de flanco. Al cargar el enemigo violentamente sobre un ala, la envuelve o arrolla con facilidad; así mutilado el contrario es incapaz de maniobrar y es batido en detalle. Para obtener este resultado hay dos caminos: o bien se ataca resueltamente el frente, mientras parte de la reserva cae como un bloque sobre el ala designada, ya debilitada por la

lucha, y la arrolla, o bien se ataca desde el principio y de firme esta ala por fuerzas superiores, mientras el resto del ejército amenaza de frente o impide al enemigo socorrer con todas sus tropas el ala atacada, obligándole a dividir sus fuerzas, lo que trae por resultado la derrota. El primer modo de acción impone la maniobra rápida, que es fácil cuando se combate en orden lineal, pero difícil en campo quebrado o donde los caminos son angostos, como en las entradas a Carabobo. El segundo modo tiene la ventaja de que permite entrar a pelear solo una parte del ejército, quedando una gran reserva disponible, y se combate sin disminuir la compactación del grueso de las tropas. Para esta evolución es indispensable una marcha de flanco, ocultada por el grueso del ejército, para lo cual se impone la necesidad de Cuerpos escogidos y sumo cuidado en la ejecución, pues de ella depende el éxito de la batalla. La operación es muy delicada, y es peligroso hacerla con tropas colecticias.

Escoger La Torre un punto demasiado fuerte, como lo era el abra de la entrada a la sabana, no era del todo ventajoso, atendiendo a que el enemigo, en vez de perder su fuerza atacándolo, trataría de flanquearlo, amenazando su línea de comunicaciones. Además, la ocupación de la posición obliga a permanecer inactivo y a la defensiva, esperando el avance contrario para conocer sus miras, lo que da por resultado que las masas se mueven con tardanza. La Torre creyó que la caballería, a la vez que cuidaba su flanco izquierdo, le servía para el contraataque, una vez quebrantado el enemigo; pero la caballería, lo que cubría realmente, dada su posición, era la retaguardia de Carabobo y no la entrada por El Pao.

TÁCTICA BOLIVARIANA

Indudablemente, Bolívar había estudiado la táctica de Napoleón y aplicó correctamente sus reglas en Carabobo, modificando así los principios del rey de Prusia. En efecto, entrabó la libertad de acción de La Torre, fijándolo en Carabobo; reservó sus movimientos, desplegando solo un número pequeño de sus fuerzas; recordando tal vez a Austerlitz, ordena a Páez, con su División, que haga solo frente al enemigo, para tener tiempo de traer otros Cuerpos al campo de batalla, mientras el enemigo ocupa el suyo en

destruir a Páez; atrae al enemigo a combatir donde él quiere y no donde le esperaba; le obliga a cambiar de frente bajo las fuerzas, y, por último, le pone en la necesidad de dividir sus fuerzas para custodiar tres puntos por donde espera el ataque, lo que facilita su batida en detalle.

ERRORES DE LA TORRE

La Torre hizo mal en encerrarse en Carabobo, cuando debió disputar el terreno con ventajas desde Tinaquillo, donde tenía las posiciones del Barniz, Tres Hermanas, el Naipe y Buenavista, todas ellas con agua y pasto.

No debió colocar sus tropas aglomeradas sobre el abra, punto de fácil defensa y que siempre daría lugar para reforzarlo durante el ataque. Inutilizó allí el mejor cuerpo de su ejército.

Hizo peor aún en destacar una División sobre el Yaracuy en vísperas de la batalla, con lo cual debilitó su ejército.

Por último, cometió cuatro grandes faltas, que revelan falta de conocimientos de castramentación. La principal fue no haber hecho un estudio del campamento en los muchos días que permaneció en Carabobo. Si lo hubiera hecho habría sabido la existencia de la Pica de la Mona y fácilmente habría cubierto esta entrada. Fue la segunda no cubrir sus flancos con tiradores, con lo cual hubiera evitado la sorpresa que recibió al ver al enemigo en la sabana, por donde menos lo esperaba. La tercera fue colocar la caballería y dejarla allí el día de la batalla, a dos leguas distante del lugar del combate, cuando lo natural era que ocupase la sabana de El Pao, en su conjunción con Carabobo. La última falta fue mucho más grave: abandonar la altura de Buenavista y el desfiladero de este nombre, donde con mediano esfuerzo hubiera podido detener al enemigo.

Contar con que Bolívar viniese a estrellarse brutalmente contra aquella abra angosta y bien defendida que daba entrada al campo viniendo de Tinaquillo era una verdadera candidez. La Torre esperó el ataque por el lado de El Pao y tomó sus precauciones por este lado, pero dividió sus fuerzas para defender el abra, cosa que pudo haber hecho con solo un batallón, dejando así una fuerte reserva disponible. Además, si tal era el plan de defensa, no debió abandonar a Buenavista, para obligar al contrario a entrar por El

Pao, cuyo camino era de fácil defensa por ser muy quebrado y cubierto de árboles y monte, donde una pequeña fuerza bien colocada hubiera contenido una mucho mayor.

MARCHA DEL EJÉRCITO PATRIOTA

Bolívar resolvió entrar a la sabana por el flanco derecho enemigo, que con razón consideró débil. El ejército formó cortina al frente del abra, mientras la Primera División, al mando de Páez, ejecutó rápidamente una marcha de flanco bajo los fuegos de la artillería enemiga, siguió por la quebrada de La Mona, y luego, por una pica que ancharon los zapadores, desembocó a vista de la sabana un batallón escogido (Apure, al mando de Torres) y causó una sorpresa al enemigo; siendo lo más grave que La Torre, creyendo que la marcha de la Primera División enemiga era solo para llamarle la atención, se movió de Carabobo, hacia la sabana de El Pao, con Burgos, y esperó allí el ataque enemigo.

La Primera División marchó durante dos horas y media, abriendo camino, puede decirse, hasta que súbitamente llegó a la cumbre de una colina donde se divisaba el campo de Carabobo a cosa de dos millas de distancia. Un exceso de arrojo les hizo avanzar de frente, y al bajar la infantería encontró, aunque tarde, que la distancia era mayor que la que se imaginaban. Veinticinco minutos tardaron en llegar al pie de la colina, y se encontraron con un pequeño valle y luego la quebrada, de modo que, al llegar a esta, se hallaba a 150 pies más bajo que el nivel de la planicie, ya ocupada por fuerzas enemigas que venían a disputarle la entrada. Si Páez hubiese tenido conocimiento del terreno habría marchado oculto un poco más al norte hasta llegar a la altura de la fila y habría descendido, a caer a retaguardia del enemigo, siempre dominándolo. El éxito de la batalla estuvo un momento dudoso, a causa del movimiento precipitado de la Primera División.

LA LEGIÓN BRITÁNICA

La Torre comprende a medias el movimiento del contrario; pero siempre temeroso por el abra y por el camino de El Pao, deja inactivos sus mejores

batallones y con Burgos cae sobre Apure, que acababa de trepar la altura y entrar en la sabana al frente de 800 hombres, por habérsele incorporado los zapadores de los demás cuerpos que habían venido a abrir la pica. Al ceder el terreno los patriotas, viene Británico, regido por Ferrier; rodilla en tierra resiste al enemigo y da tiempo a Apure para rehacerse y a que entren al campo las caballerías de la Primera División. Aun así, la disciplina española contuvo a los jinetes y los desordenó. Era el momento decisivo para traer al combate a Valencey, que estaba cerca custodiando el abra; pero La Torre no lo aprovechó y dio tiempo a que se organizara la infantería de la Primera División y a que entraran las caballerías y más tarde parte de la segunda y tercera divisiones, por una nueva senda paralela a la que trajo la primera. Los realistas quedaron divididos y fueron batidos en detalle, sin que Valencey y Hostalrich hubiesen disparado un solo tiro. Morales abandona el campo después de un tímido ensayo con cosa de 500 jinetes; y esto para proteger la retirada, pues propiamente no hubo acción decisiva por parte de la caballería española. Valencey forma el cuadro y se retira gallardamente, resistiendo a casi todo el ejército enemigo. Esa retirada prueba que, si en lugar de permanecer inactivo, custodiando una abra de suyo defendida, hubiese tomado parte en la lucha, las cosas habrían resultado, probablemente, de un modo distinto.

El resultado de la Batalla de Carabobo fue decisivo. Caracas, Valencia, Cumaná, La Guaira cayeron en manos de los colombianos, y a los españoles solo les quedó la plaza fuerte de Puerto Cabello. La lucha tomó desde entonces el carácter de una agonía.

VALENCEY SALVA EL HONOR DE ESPAÑA

La Torre era un general incapaz de mandar en jefe. Lo que hizo después Morales demostró que era superior a aquel en este sentido. La Torre no tuvo ni la visión, ni la firmeza, ni menos la prontitud, para aprovechar las circunstancias. No sabía manejar grandes masas y tenía un jefe de Estado Mayor, Montenegro, poco apto para el puesto. Por eso se peleó en Carabobo, por eso se perdió la batalla.

A pesar de cuanto hemos dicho, la disciplina española triunfó sobre los

errores de los jefes. Faltó dirección, faltó jefe. Pero el honor español no se hundió en Carabobo, sino que salió triunfante con Valencey.

En Carabobo quedó palmariamente demostrada la superioridad de una infantería disciplinada. Salvó a Valencey en su retirada su admirable disciplina; salvó la situación la perfecta disciplina de Británico. Apure pudo resistir tanto tiempo contra fuerzas muy superiores porque los soldados barineses de que se componía habían recibido en el llano una sabia enseñanza militar. Aquel día se midieron por primera vez, puede decirse, tropas bien organizadas contra las veteranas legiones españolas. La infantería colombiana demostró allí su poder y entró a ser digna rival de su enemigo.

EL ÉXITO DE LA CAMPAÑA

El éxito de la campaña de 1821 no fue el producto de la fortuna o de la buena suerte, ni de la audacia, como la de 1819. Ella se estudió con frialdad, se meditó en todos sus detalles, se ejecutó sobre un plan fijo, con término y objeto indicados de antemano, con movimientos combinados científicamente, y hasta se indicó el lugar en que se daría la batalla final. Bolívar transformó su gloria de caudillo por la de guerrero. Vio el plan de campaña trazado por Sucre; lo comparó con el que presentó Briceño Méndez; su inteligencia le hizo adivinar el genio de Sucre, y ahora se confirmaba este vaticinio. Solo Bolívar podía entonces llevar a cabo tan estratégica concepción, porque él era el centro y la voluntad que daba unidad a los esfuerzos populares. Comprendió que había pasado el tiempo de la guerra primitiva y que era necesario hacerla con ciencia más que con valor; que pelear a ciegas, marchar a la ventura, atacar gallardamente y fiarlo todo al arrojo eran axiomas de otros tiempos; que no era general de un ejército el que peleaba como un capitán de compañía, sino el que dirigía el combate y lo dirigía con pericia; que eran la ciencia y la inteligencia quienes guiaban a la espada, y no el valor personal.

ANÍBAL GALINDO

BOLÍVAR EN EL PERÚ*

VEAMOS AHORA lo que había pasado en el Perú después del 20 de septiembre de 1822, en que el general San Martín abandonó sus playas.

El Congreso confió el gobierno a un Directorio Ejecutivo, compuesto de tres miembros de su seno, que lo fueron el general La Mar, don Felipe Antonio Alvarado y el conde de Vista Florida. Al Directorio se le dio el nombre de Junta Gubernativa.

Disgustada la división auxiliar colombiana, que como resultado de las conferencias de Guayaquil se había enviado al Perú, al mando del general Manuel Valdés y de los generales de brigada Jacinto Lara y José María Córdoba, por el descuido con que se la trataba y por los celos y rivalidades de que era objeto, pidió, conforme a las instrucciones que había recibido, su regreso a Colombia, y desembarcó en la isla de Puna en enero de 1823.

Después de su salida solo quedaron en Lima 2.000 soldados reclutas. Los veteranos de San Martín habían seguido con el general Alvarado a hacer la campaña del Sur contra la división española mandada por el general don Jerónimo Valdés, estacionada en Arequipa. Alvarado desembarcó en Arica; pero fueron tales sus vacilaciones para atacar a Valdés, que dio tiempo a que Canterac llegara en auxilio de este, desde Huancayo, en el valle de Jauja, a más de 150 leguas de distancia; y a pesar de su brillante comportamiento, fue primero rechazado con graves pérdidas en las alturas de Totora, el 19 de enero de 1823, y después completamente derrotado en

* *Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur, por los más grandes escritores americanos*, Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1944, t. I, pp. 187-213.

Moquegua, el 21, con pérdida de 3.000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros, y de todo el material de guerra de aquella brillante división. Semejante desastre ponía de nuevo al Perú a merced de las armas reales, si las de Colombia, victoriosas, no hubieran estado a la mano para reponerlo.

La derrota de Moquegua obligó a la Junta Gubernativa a abdicar el mando, y a fin de dar vigor y unidad a las operaciones, el Congreso concentró los poderes en una sola persona, nombrando presidente al coronel Riva Agüero. Este despachó inmediatamente al general don Mariano Portocarrero a Guayaquil en busca de nuevos auxilios colombianos. Bolívar los concedió sin demora; la causa era común, y era mucho más político, más inteligente y más guerrero defender a Colombia en el Perú, que esperarse a defenderla de nuevo contra los españoles victoriosos en las arruinadas provincias del sur de la república. En consecuencia, firmado el convenio de auxilio el 14 de marzo, el 18 se embarcaron para el Callao 3.000 soldados colombianos a órdenes del general Manuel Valdés. Sucre los acompañaba, como ministro plenipotenciario cerca del gobierno del Perú.

Pocos días después –el 26 de abril– arribaron a Guayaquil nuevos comisionados del gobierno peruano trayendo la ratificación del convenio de 14 de marzo, y no ya en busca de más tropas, sino del vencedor en Carabobo y Boyacá, para dirigir la campaña. Eran don Francisco Mendoza y el marqués de Villafuerte. Bolívar contestó que se pondría en marcha tan pronto como recibiera el permiso del Congreso.

Antes de que regresaran los comisionados, el Congreso peruano ratificó el llamamiento hecho a Bolívar, por un decreto de 4 de mayo, en el más alto grado honorífico para el Libertador.

Entretanto el presidente Riva Agüero, el general Santacruz, que desde el año anterior había regresado con la división que combatió en Pichincha, y el ministro de la Guerra, Herrera, trabajaban sin descanso, y en poco tiempo organizaron una división de 5.000 hombres, que al mando de Santacruz salió del Callao, entre el 14 y el 25 de mayo, para volver a llevar la guerra al Sur.

En Lima quedaron las tropas colombianas y los restos de los veteranos chilenos y argentinos salvados en Moquegua.

Los jefes españoles Canterac y Valdés tenían a espaldas de Lima, detrás

de la cordillera, en el hermoso y rico valle de Jauja, 8.000 soldados aguerridos y orgullosos de sus recientes triunfos. Al saber el embarco de la expedición del Sur, trasmontaron la cordillera y amenazaron a Lima. No pudiendo los independientes oponerles un ejército mayor de 5.000 hombres, abandonaron la capital y se encerraron en el Callao. Los españoles ocuparon a Lima el 18 de junio de 1823.

En tan críticas circunstancias, el Congreso peruano, por decretos de 19 y 21 de junio, exoneró de la presidencia a Riva Agüero, reemplazándolo con don Francisco Valdivieso, y nombró general en jefe a Sucre, con facultades extraordinarias para dirigir la guerra. En ausencia de Santacruz, el único que habría podido aspirar al mando en jefe del ejército era el general La Mar; pero este se mostró siempre exento de envidias vulgares: no solo no era ambicioso, sino eminentemente modesto; jamás, durante la guerra, prestó su nombre a las facciones ni sirvió de obstáculo a la subordinación y disciplina del ejército. No así Riva Agüero, que no obedeció el decreto de su separación y marchó a Trujillo, donde se alzó después con las tropas que le eran adictas, en abierta rebelión contra el Congreso.

Reorganizado el ejército en el Callao, Sucre despachó a fines de junio una expedición de 3.400 hombres –colombianos, chilenos y peruanos– en auxilio de Santacruz, al mando del general Jacinto Lara y de los generales Alvarado, Pinto y Miller, el gallardo compañero de Cochrane, la cual desembarcó en Chala, 65 leguas al sur del Callao.

La gran desventaja de los españoles en esta campaña había sido la pérdida completa de su Marina de guerra. Lord Cochrane la había destruido. No teniendo un solo buque, mientras los republicanos se movían rápidamente por la costa, ellos tenían que afrontarlos por medio de largas, costosas y penosísimas marchas en el interior del país. Así, para oponerse a las dos expediciones enviadas al Sur, el general español Valdés tuvo que hacer una marcha de 385 leguas en cincuenta y cinco días.

No pudiendo adelantar nada contra las fortalezas del Callao, Canterac, después de sacar de Lima cuanto pudo, llevándose hasta la plata labrada de los templos, abandona la capital, volviéndose a Jauja el 17 de julio. Ese mismo día volvieron a ocuparla los patriotas; y el 19 se embarcó Sucre en el Callao para Chala a dirigir la campaña.

Una tercera comisión del seno del Congreso peruano, que continuaba sus sesiones en Trujillo, llegó a Guayaquil a fines de julio, no ya a invitar ni a instar, sino a llevarse a Bolívar para dirigir la guerra. El célebre Olmedo, el que después había de inmortalizar su nombre en el canto a Junín, que la presidía, le dirigió la palabra en estos términos: "Todos los elementos de ataque y defensa acumulados en el Perú, sólo esperan una voz que los una, una mano que los dirija y un genio que los lleve a la victoria".

Obtenido el permiso del Congreso colombiano, Bolívar se embarcó en Guayaquil, el 6 de agosto de 1823, en el bergantín Chimborazo, e hizo su entrada en Lima el 1º de septiembre.

Por mucho que a Bolívar se hubiera exagerado los peligros que corría la causa de la independencia en el Perú después de las derrotas de Totora y de Moquegua, puede afirmarse que nunca se imaginó que aún le estuviese reservada la mayor, la más difícil prueba a que el destino debía someter los recursos de su genio, su tenacidad y su constancia. Ni en San Mateo, ni en La Puerta, ni en Ocumare, ni en Güiria se había encontrado Bolívar en una situación como la que los primeros reveses de la guerra le reservaban en el Perú.

Riva Agüero, por un decreto de 19 de julio había disuelto el Congreso, apoyado en una división de tropas que le era adicta. Los representantes, expulsados de Trujillo, se trasladaron a Lima, que, como hemos visto, había vuelto a ser ocupada por los patriotas el 17 de julio; allí reinstalaron el Congreso y nombraron presidente interino de la república a don José Bernardo Tagle.

Tal era el estado de los negocios cuando Bolívar llegó a Lima el 1º de septiembre. El primer acto del Congreso, al día siguiente no más, fue autorizarlo para transigir o poner término a las escandalosas disensiones de Riva Agüero, y por otro decreto, expedido el 10, lo invistió de la suprema potestad militar en todo el territorio de la república.

En Lima solo encontró Bolívar dos batallones de infantería y un regimiento de granaderos de Buenos Aires, dos cuadros de infantería del Perú y un escuadrón de la Guardia peruana, que todos juntos no llegaban a 1.000 hombres. El grueso del ejército –colombianos, peruanos, chilenos y argentinos–, en número de 9.000, había marchado al Sur en las dos expediciones

conducidas por Santacruz y por Sucre, y el resto era el que Riva Agüero había reducido y mantenía en Trujillo para apoyar su rebelión.

Por el momento, pues, la suerte de la guerra pendía del resultado de la campaña del Sur en las márgenes del Desaguadero. Pero este debía ser tan fatal para Sucre como había sido para Miller, bajo San Martín, en julio de 1821, y para Alvarado, bajo Riva Agüero, en Totora y en Moquegua.

El general Santacruz, salido del Callao a mediados de mayo, había pasado el Desaguadero, esta corriente que va del lago Titicaca al lago Aullagas, y maniobraba sobre La Paz y Oruro contra Olañeta, encargado de la defensa del Alto Perú. Procediendo con gran lentitud y una suprema ineptitud, dio tiempo a que Valdés y el virrey La Serna, que habían tenido que caminar 385 leguas desde Lima, pasaran el Desaguadero sin oposición y fueran a unirse más allá de Oruro, en Sarasora, con Olañeta, que traía 3.000 hombres desde el Potosí. Entonces Santacruz no pudo ya pensar sino en retirarse (12 de septiembre); pero aquella retirada, activamente perseguido por el ejército español, fue, en pequeño, una dispersión tan desastrosa como la retirada de Rusia.

El 22 de septiembre repasaron el Desaguadero los restos del ejército peruano, que el brigadier español La Hera acabó de dispersar en Santa Rosa. Perdió la artillería, el armamento, los parques y todo el material del ejército, sin combatir, solo por efecto de las rápidas marchas y hábiles maniobras de los jefes españoles. Solo llegaron a Moquegua unos 1.300 hombres, desorganizados y sin prendas de soldado.

La expedición del general Sucre, que había salido del Callao a fines de junio, unos cuarenta días después de la de Santacruz, apenas había podido llegar a Puno, sobre la costa occidental del lago Titicaca, el 18 de septiembre. Allí lo sorprendió la dispersión del ejército de Santacruz, y gracias a la disciplina de sus soldados, a la calidad de los jefes que los mandaban, a su prestigio y serenidad, y a que el general Miller protegió su retirada con 200 caballos, que resistieron, sacrificándose en gran parte, las cargas del enemigo, pudo el general Sucre llegar con toda su división al pequeño puerto de Quilca, frente a Arequipa, y embarcarse allí para Pisco. La caballería siguió por tierra a Lima; la infantería fue, por órdenes de Bolívar, a desembarcar a Barrancas, al norte del Callao.

Y como las desgracias y los desastres se encadenan fatalmente unos a otros, aconteció que la nueva expedición que enviaba Chile en auxilio del Perú, compuesta de 2.500 hombres, llegó a Arica, donde creía poderse incorporar ya al ejército independiente, y sabiendo allí la pérdida completa de las tropas de Santacruz, regresó a Chile, después de haberse visto obligada a degollar y botar al mar 300 magníficos caballos que traía para remontar los regimientos de granaderos. Solo llegaron al puerto de Santa 300 hombres con el coronel Aldunate.

Abandonado el Libertador a sus propios recursos, volvió los ojos a Colombia y envió hasta Bogotá a su edecán, Diego Ibarra, con una nota, fechada en Trujillo a 22 de diciembre de 1823, dando cuenta de los peligros que amenazaban la independencia del Perú y pidiendo con instancia un pronto envío de 12.000 hombres, auxilio imposible de mandar en el estado de postración y de ruina en que se hallaban todas las provincias de la república después de una larga guerra: acababa apenas de salirse de la costosa y cruda campaña sobre Maracaibo y Puerto Cabello, que dejamos relatada en el capítulo VIII*.

Dadas todas las disposiciones para la concentración y reorganización del ejército en Trujillo, Bolívar vino a situarse en Pativilca, pequeña población a las márgenes de un precioso riachuelo, que forma como un oasis de verdura en medio de las áridas costas del Perú, a unas 30 leguas al norte de Lima; pero la tensión de espíritu, los sufrimientos morales de aquella terrible situación y las penalidades físicas de las largas marchas por los arenales de aquellas ardientes costas, lo postraron de una fiebre cerebral, que durante los ocho primeros días del año 1824 puso en peligro su vida. Fue allí donde durante su convalecencia recibió la visita histórica en que tan gráficamente lo ha descrito el señor Joaquín Mosquera, y que sería imperdonable no copiar en este relato:

> Estaba –dice el Sr. Mosquera– sentado en una pobre silla de vaqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco. Sus pantalones de güin me dejaban ver sus dos rodillas puntiagudas

* Aníbal Galindo, *Las batallas decisivas de la libertad*, Bogotá, Librería de Garnier Hermanos, 1888. (N. de B.A.).

y sus piernas descarnadas; su voz era hueca y débil, y su semblante, cadavérico.

—¿Y qué piensa usted hacer ahora? –preguntó el señor Mosquera.

—Triunfar –contestó Bolívar.

—¿Y qué piensa usted hacer para triunfar?

—He mandado levantar una numerosa caballería en los departamentos del Norte; se fabrican herraduras en Cuenca, en Guayaquil y en Trujillo; se han tomado para el servicio militar todos los caballos útiles del país, y se han embargado todos los alfalfares para mantenerlos gordos. Si los españoles bajan de la cordillera, los derroto con esta caballería, y si no bajan, dentro de tres meses me hallaré en situación de ir a buscarlos y batirlos en la sierra.

Habíamos olvidado decir, y ojalá no tuviéramos que hablar de estos sucesos, que una contrarrevolución hecha en Trajino por el coronel don Antonio Gutiérrez de la Fuente, que mandaba uno de los mejores cuerpos de las tropas de Riva Agüero, había libertado al Perú de esta facción. Riva Agüero, en su despecho –a semejantes abismos conduce siempre la ambición de mando–, trataba con La Serna para entregar el país a los españoles. Adquiridas las pruebas patentes, por la correspondencia interceptada, de esta traición, marchó Bolívar sobre Trujillo, en noviembre de 1823, para someter a Riva Agüero, cuando supo en Atunhuailas el golpe de mano dado por el patriota coronel La Fuente en la mañana del 25 de noviembre. Riva Agüero y sus compañeros, rendidos y presos sin resistencia, fueron enviados a Guayaquil.

Era difícil imaginar cómo pudiera agravarse una situación que solo a la grandeza de alma de Bolívar no podía acobardar. Los 7.000 soldados colombianos habían quedado reducidos a 4.000 por la muerte, las enfermedades y la deserción. El ejército peruano se había disipado como el humo en el Desaguadero. Los chilenos habían vuelto a su país sin esperanza de regreso. Calculando todas las probabilidades, solo había elementos para reunir unos 8.000 hombres, contando con los nuevos cuerpos peruanos que se organizaban en Trujillo, de los cuales debían emplear 3.000 en la defensa del Callao, mientras que los españoles podían oponerle de pronto 12.000 hombres, y reuniendo todas sus fuerzas desde el Alto Perú, 22.000 de los mejores soldados del mundo.

Y, sin embargo, aún debía contarse por nada lo que había sucedido.

Hay un cuento pérsico, referido en magníficos versos ingleses, que dice que cuando el príncipe de las tinieblas reunió su Pandemónium para enviar la muerte y la destrucción a la Tierra, ofreciéronse de mensajeros la Calumnia, la Envidia, los Celos y la Venganza, hasta que se presentó la Indiferencia, contra la cual toda esperanza se abate. Pero si se hubiera presentado la Traición a competir con la Indiferencia, el Demonio habría vacilado mucho en la elección. Si la una mata el alma de cansancio, la otra la mata de desencanto, de pesar, de tristeza; solo que en el un caso la venganza y la cólera pueden devolver las fuerzas al alma prosternada, mientras que en el otro no hay contra quién combatir, porque el enemigo que nos aniquila es una negación, es el vacío, es la nada.

Pues bien, sobre las derrotas debía venir la traición, que se ocultaba, no en el pueblo del Perú, sino en el alma menguada de muchos de esos marqueses plebeyos, sin hazañas propias, sin progenitores ilustres, sin pasado que venerar ni que deshonrar, y sin otro cuartel que el del oro en los escudos colgados a las puertas de sus casas señoriales; magnates que se apresuraron a traicionar al rey porque todo lo creyeron perdido para él después de Maipú y de Pichincha, y que ahora se apresuraban a traicionar a la república porque todo lo creían perdido para ella después de Totora, de Moquegua y del Desaguadero.

Queriendo el Libertador ganar tiempo por medio de la negociación, solicitó pasaporte para enviar al campo a don Juan Berindoaga, antiguo marqués de San Donas, ministro de la Guerra del presidente, marqués de Torre Tagle; pero Torre Tagle y Berindoaga, que ya habían concebido el plan de una traición, se aprovecharon de este paso para tratar con Canterac, al efecto de establecer en el Perú la autoridad real.

El 5 de febrero de 1824 las tropas argentinas que guarnecían el Callao se sublevan, encabezadas por el sargento Dámaso Moyano; amarran a su jefe el general Alvarado y enarbolan en las fortalezas el pabellón de España. Ignórase si este suceso coincidió con, o fue ya el resultado de las negociaciones secretas de Torre Tagle; pero este botó la máscara y consumó su traición, declarándose partidario del rey y llamando a los españoles para que ocupasen a Lima, por medio de una proclama infame, en que denunciaba

a Bolívar y a las tropas auxiliares de Colombia como los únicos enemigos del Perú. Con efecto; los españoles ocuparon a Lima, de la cual se retiró el bravo Necochea con unos 400 hombres, el 27 de febrero, y al Callao el 29. Moyano fue ascendido a coronel efectivo en premio de su traición.

El general don Mariano Portocarrero también se pasó al enemigo. Un regimiento de granaderos de Buenos Aires, enviado a observar los movimientos de Rodil, se unió a los traidores del Callao. Los comandantes Navajas y Ezeta defeccionan con sus escuadrones, estacionados en Supe, y van a buscar a Lima el premio de su traición.

En medio de la consternación producida por tamañas calamidades, el Congreso del Perú, que conservaba el paladión de la patria, confirió a Bolívar la dictadura por decreto de 10 de febrero; dictadura que aquel aceptó por medio de una enérgica proclama dirigida a la nación, el 13, en la cual se encuentran estas magníficas palabras: "¡Peruanos, la República está expirando, pero no ha muerto! En cinco meses hemos experimentado cinco traiciones; pero os quedan, contra millón y medio de enemigos, 14 millones de americanos libres que os cubrirán con sus armas".

Perdido Lima, Bolívar se replegó sobre el norte, haciendo de Trujillo su cuartel general.

Pero si la traición había entrado en el campo republicano, la discordia y los celos habían entrado en el campo realista. El general don Pedro Antonio Olañeta, que mandaba en el Alto Perú, resolvió alzarse con el gobierno de aquellas provincias, sustrayéndose abierta y completamente a la obediencia del virrey. Olañeta paliaba los resentimientos que tenía con La Serna y Canterac, alegando que estos abrigaban el plan de constituir el Perú en un imperio independiente de España, y que, además, habían cesado o debido cesar en el ejercicio de sus empleos después del restablecimiento del poder absoluto de Fernando VII, y en virtud del decreto expedido por este en el Puerto de Santa María a 1º de octubre de 1823, declarando abolido e insubsistente cuanto se hubiera hecho durante el tiempo en que rigió la Constitución de 1812.

El virrey La Serna, en vez de hacer de la necesidad virtud, entrando en un acomodamiento con su rival, que ofrecía reconocerlo como virrey de Lima, siempre que él reconociera su autoridad independiente en el Alto

Perú, ordenó, a estilo español, que Olañeta y sus cómplices comparecieran en el Cuzco para ser juzgados, es decir, para ser ahorcados conforme a las leyes, y mandó a su mejor general, a don Jerónimo Valdés, con 4.000 hombres para someterlo. La guerra entre los dos virreyes, como de antiguo entre los Almagros y Pizarros, y no menos sangrienta que aquella, principió a mediados de junio.

Tan pronto como el general Bolívar tuvo noticia de estos sucesos, resolvió abrir la campaña, tomando la ofensiva, sin esperar los auxilios pedidos a Colombia. Para comprender esta campaña, la más célebre de la Guerra de Independencia de la América del Sur, es preciso formarse, aunque sea a vuelo de pájaro, una idea general de la topografía del territorio en que va a desarrollarse.

La gran cordillera de los Andes rómpese en el Cuzco, a 3.468 metros de altura, en dos grandes ramales, que corren, próximamente, paralelos, hasta volverse a unir en el cerro de Pasco, dejando en medio, en una longitud de 115 leguas geográficas, los profundos, espaciosos y mortíferos valles por donde corren: de Pasco al Sur, el Jauja, y de Cuzco al Norte, el caudaloso Apurímac, tributario del Ucayali y del Amazonas. En el valle de Jauja tendrá lugar la Batalla de Junín. Del Apurímac a las cimas de la cordillera occidental, la que corre paralela a la costa, tendrá lugar Ayacucho.

Componíase el ejército unido de once batallones de infantería (siete colombianos y cuatro peruanos) y de dos regimientos y cinco escuadrones de caballería, formando un total de 9.500 hombres (8.300 infantes y 1.200 jinetes), organizados en tres divisiones. Regía la primera el general Lara; la segunda, Córdoba, y la tercera, compuesta de los batallones peruanos, La Mar. Carvajal mandaba la caballería colombiana; Miller, la peruana, y era general en jefe de ambas el bravo Nocoechea; jefe de Estado Mayor general, Santa Cruz; y Sucre, general en jefe, bajo las órdenes de Bolívar.

Canterac mandaba en Jauja el ejército que debía oponerse a Bolívar, compuesto de ocho batallones y nueve escuadrones, con una fuerza total de 7.000 hombres, disminuida a esta cifra por las guarniciones del Callao y de Lima y por los 4.000 hombres destacados contra Olañeta a órdenes de Valdés.

Tendiendo Bolívar su mirada de águila desde la costa norte del Perú, escogió a Pasco, este altísimo nudo de la cordillera, que cierra al norte el

valle de Jauja (donde estaba el ejército español), para concentrar el suyo. Vino, pues, a situarse en una eminencia, a 4.352 metros de altura, de todo punto inaccesible a los ataques del enemigo, quedando a su voluntad bajar a buscarlo en la llanura, donde su arma de caballería era superior a la española. El ejército unido principió a moverse desde sus acantonamientos de Trujillo y Cajamarca en junio, teniendo los cuerpos más distantes que hacer una marcha de 200 leguas al través de la zona atlántica y de los escarpados flancos de la gran cordillera. Estuvo reunido en Pasco a fines de julio, y el 2 de agosto lo revistaba Bolívar en la pampa del Sacramento con esta hermosa proclama:

"¡Soldados: Los enemigos que debéis destruir se jactan de catorce años de triunfos; son, pues, dignos de medir sus armas con las vuestras!

¡Soldados: El Perú y la América aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria, y la Europa liberal os contempla con orgullo, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo!".

Extiéndese al pie del gran nudo de Pasco el lago de Junín, que mide ocho leguas de largo por tres de ancho, y de cuya costa occidental sale el Jauja. Bolívar descendió de Pasco por este costado occidental del lago para tomar la banda derecha del río. Canterac se movió por la ribera opuesta, camino real de Tarma, y avanzó por la costa oriental del lago hasta Carhuamayo el 5 de agosto. Entonces Bolívar pasó el río por la boca de Conacancha, y siguió de occidente a oriente por el pie del lago, para ir a cortar por la espalda al ejército español en el pueblo de Reyes, sobre el camino que había seguido. Al saber Canterac que Bolívar ha pasado el río, contramarcha rápidamente para no ser cortado; de tal manera, que cuando Bolívar llegó a Reyes, solo con la caballería, ya había pasado de ese punto el ejército español, cuya retaguardia cubría la suya: eran las dos de la tarde del 6 de agosto de 1824. Entonces Bolívar, tan incontenible como siempre a la vista del enemigo, se precipita en su alcance, y a las cinco de la tarde 1.200 jinetes españoles y 900 colombianos y peruanos se encontraron en la estrecha llanura de Junín, que es todavía un desfiladero, entre la extremidad sureste del lago y los contrafuertes que descienden de la cordillera oriental.

Tres cuartos de hora duró el choque de aquellos formidables escuadrones, durante el cual no se disparó un solo tiro. "La carga que dio la

caballería española, dirigida por Canterac en persona –dice Restrepo–, fue maestra y terrible". Nada pudo en el primer momento resistir su empuje. El bravo Necochea cayó cubierto de heridas, y los escuadrones republicanos que la recibieron fueron desordenados y acuchillados; pero uno de los escuadrones peruanos, al mando de Suárez, que había conservado su formación, ataca denodadamente por la espalda a los españoles, empeñados en la persecución de los patriotas, y restablece el combate. Síguenlo Miller, con Silva, Carvajal y Bruix, y la victoria se convierte en derrota, a pesar de que los jefes y oficiales españoles hacen prodigios de valor para conservar la palma del triunfo.

Las pérdidas materiales del ejército real, que apenas ascendieron a unos 340 muertos y a unos 80 prisioneros, fueron nada en comparación del efecto moral de la derrota. Los jefes españoles, que venían en la confianza de que bastaba su presencia para poner en fuga las montoneras de Colombia y del Perú, como ellos las llamaban, o su primera carga para derrotarlas, asombráronse de encontrarse en Junín con soldados que en valor, en organización, en disciplina y en táctica no cedían en nada a los suyos, y a los cuales era preciso respetar.

Fue tal la impresión moral causada por este combate, que el ejército español, que puede decirse estaba intacto, no volvió a hacer frente al republicano, emprendiendo una retirada desastrosa hacia el Cuzco, hasta pasar el caudaloso Apurímac, en la cual perdió 2.000 hombres, 700 fusiles y una porción considerable de sus parques y provisiones de guerra.

Dos grandes ríos recorren el valle al norte del Cuzco: el caudaloso Apurímac, que va a formar el Ucayali y el Amazonas, y el Pampas, que corre paralelo al primero, hasta el grado 13 de latitud austral, y allí tuerce en ángulo recto al oriente para entrar en el Apurímac. La campaña de Ayacucho tiene por teatro las márgenes del Pampas en el trayecto de unas 25 leguas, distancia geográfica, en que dicho río corre rectamente al norte, paralelo al Apurímac.

Hecha esta explicación topográfica, permítasenos una advertencia histórica. Nosotros no nos hemos creído autorizados para seguir a ninguno de los muchos eruditos del arte militar que ahora han venido a descubrir en la

campaña de Ayacucho movimientos estratégicos, y en el campo de batalla operaciones tácticas, de que los héroes de la epopeya no hacen mención: nosotros nos atenemos, contra todos ellos, al simple parte militar del general Sucre, y es el que hemos seguido.

Contra el dictamen del general Sucre[1], el general Bolívar hizo avanzar el ejército 100 leguas geográficas al sur, hasta Chalhuanca, que demora unas 30 leguas al suroeste del Cuzco, con el Apurímac de por medio; es decir, que dando frente al norte, el ejército unido tenía el Pampas a su izquierda u occidente y el Apurímac a su derecha u oriente.

Hallándose en esta situación, un día –7 de octubre– resolvió repentinamente el general Bolívar separarse del mando del ejército, por decirlo así, en presencia del enemigo (nuestras avanzadas llegaban hasta las márgenes del Apurímac), dejándolo confiado al general Sucre, y regresar, como regresó ese mismo día, en asocio del general Santacruz, al Norte del Perú.

Tanto el señor Restrepo como el general O'Leary dan por razón de este gravísimo suceso la necesidad que había de ir a vigilar la llegada de las tropas que se esperaban de Guayaquil, en presencia de la nueva escuadra española que había entrado en el Pacífico.

El asunto no podía ser más importante; pero no es de ninguna manera suficiente para explicar que un hombre como Bolívar, prendado, enamorado de la guerra, que desde el Orinoco venía persiguiendo la corona de Libertador de la América del Sur en el Perú, viniera, en el momento de realizar ese sueño, a transferir a otras manos y a otras sienes, por la comisión de un intendente o de un ministro, la palma de ese triunfo, la corona inmortal de esa victoria.

Menos es admisible una mala razón de abogado; a saber: que la ley colombiana de 28 de julio de 1824, derogatoria de la de 9 de octubre de 1821, que concedía facultades extraordinarias al Presidente de la República en campaña sobre los departamentos que fueran teatro de la guerra, le había retirado también por su artículo final el mando del ejército; porque, aun suponiendo que el general Bolívar se hubiera creído obligado a obedecer

1. Daniel Florencio O'Leary, *Memorias del general O'Leary*, Caracas, Imprenta El Monitor, 1883, v. II, p. 285.

dicha ley en territorio extranjero, ella, a lo sumo, le privaría del mando directo de la división auxiliar colombiana, pero no podía quitarle el mando supremo del ejército unido ni la dirección de la guerra, que le correspondía como a jefe de la república peruana, y porque además el general Bolívar no recibió dicha ley sino el 24 de octubre en Huancayo, a los diez y siete días de su partida y a más de 80 leguas de distancia del cuartel general[2].

Hay, pues, que buscar otra explicación al hecho, verdaderamente extraordinario, de la separación de Bolívar del mando del ejército en vísperas de la batalla final que debía decidir de la suerte de la América del Sur, y no hay otra (a menos de que no hubiera ninguna, lo cual es inadmisible) sino la que supe de boca de nuestro malogrado amigo el señor Soffía, ministro plenipotenciario de Chile, pocos días antes de su muerte, en Bogotá:

"Es extraño –me dijo una noche en que leíamos uno de los capítulos de este libro– que ustedes no sepan en Colombia lo que pasó a este respecto; nosotros lo sabemos perfectamente en el Sur por el testimonio de O'Higgins. Valdés regresaba a marchas forzadas (llegó al Cuzco el 11 de octubre) con los 5.000 hombres empeñados en la guerra con Olañeta.

"Con este ingreso el ejército de La Serna podía ascender a unos 12.000 hombres de todas armas, mientras que el republicano no llegaba a 6.000, y a tiempo que éste se había avanzado imprudentemente hasta las cercanías del Cuzco, de donde tenía que retirarse. En estas circunstancias –me dijo el señor Soffía– convocóse un Consejo de guerra de oficiales generales (Sucre, La Mar, Santa Cruz, Lara, Córdoba, Miller, Gamarra), al cual asistió O'Higgins, que estaba en la costa, y a quien se mandó llamar con este objeto, y este Consejo, más grande que el que celebraban los dioses para decidir de la suerte de Troya en la *Ilíada* de Homero, dijo al Libertador: 'Señor, tenemos que emprender una retirada peligrosa en presencia de un enemigo aguerrido y valiente, que cuenta dos veces nuestro número, y que combatir no sabemos dónde ni en qué circunstancias. Si, por desgracia, fuésemos derrotados, lo que no es probable, pero no imposible, ¿quién, si a vuecencia cubriera también el deshonor de esta derrota, quedaría de pie para llamar de nuevo los pueblos a la guerra? El Consejo es de opinión que

2. *Ibid.*, p. 288.

el general Bolívar debe retirarse de este campamento para servir de reserva a la América; vuecencia sabe que, militarmente, el mando de toda reserva se confiere el día de la batalla al más digno y más valiente'".

Y Bolívar, más grande en Chalhuanca que en Boyacá y en Junín, obedeció y se fue.

Lo demás lo sabe todo el mundo.

El 11 de noviembre emprendió Sucre su retirada hacia el norte, por la margen derecha del Pampas, y el 13 llegó a Andahuaylas. El ejército español, que marchaba por el lado opuesto, entre la margen izquierda del río y el pie de la cordillera occidental, se le adelantó muchas leguas, pues el 16 ocupó a Huamanga, 22 leguas al norte de Andahuaylas, siempre con el Pampas de por medio. La operación estratégica de La Serna y Canterac, que Sucre burló con su extraordinaria vigilancia y su prodigiosa actividad, debía consistir en adelantarse a Sucre, pero pasando a la banda derecha del Pampas, para cortarlo de su base de operaciones con las provincias libres del Norte y de Bolívar. Con efecto; el 30 de noviembre la división Valdés pasó el río por Uchubamba; pero Sucre pasó también, casi en el mismo momento, a la margen izquierda, y mientras la división Valdés volvió a repasarlo, Sucre adelantó su marcha hasta Matará. Ambos ejércitos estaban ya en la izquierda del Pampas; pero el de Sucre había tomado la delantera para cubrir su retaguardia, o sea su comunicación con Bolívar.

Siendo desventajosas las posiciones que el ejército independiente ocupaba en Matará (ya sobre la cordillera), continuó su retirada al Norte; pero el 3 de diciembre, al pasar los desfiladeros de la quebrada de Corpahuaico, cinco batallones y cuatro escuadrones enemigos, que allí se habían emboscado, cayeron bruscamente sobre los batallones Vargas, Vencedor y Rifles, que cubrían la retaguardia, al mando del general Lara, y los despedazaron. "Este desgraciado encuentro –dice el parte– costó al ejército libertador más de 300 hombres, todo nuestro parque, que fue enteramente perdido, y una de nuestras dos piezas de artillería; pero él es el que ha valido al Perú su libertad".

¿Por qué?

Sucre no lo dice, porque para decirlo tendría que elogiarse, y Sucre era incapaz de hacerlo. La respuesta es esta: porque ese desastre lo obligó

a parar la retirada, a hacer frente al enemigo y combatir; pero fría, serena, calmadamente, como si nada hubiera pasado, para inspirar confianza a sus soldados; y en esto estriba su grandeza, como la de Dumouriez en Valmy. Si Bolívar hubiera estado en Corpahuaico, con la ardentía de su genio, imposible que hubiera podido contenerse: se habría lanzado sobre el enemigo para reparar y vengar el desastre en el mismo día, y muy probablemente habría sido derrotado; y si el general Sucre se deja impresionar por esta desgracia y continúa la retirada, esta se habría convertido en dispersión.

Resolvió, pues, combatir, tomando posiciones en el campo de Ayacucho, donde al fin se encontraron, sin poderse ya evitar, el 9 de diciembre de 1824, los dos pendones y las dos divisas, la Colonia y la Independencia, la Monarquía y la República, y donde todos, españoles y americanos, ofrendaron generosamente su vida en defensa de su causa, pero donde la suerte de las armas le fue infiel a la altiva y valerosa España.

No conozco sino dos proclamas inmortales en los fastos militares del mundo: la de Nelson en Trafalgar y la de Sucre en Ayacucho.

"La Inglaterra espera que cada uno en este día cumplirá con su deber".

"¡Soldados, del esfuerzo de hoy pende la suerte de la América del Sur!".

Pero no hay sino una sola voz de mando que deba atravesar los siglos, y fue la inventada por Córdoba al recibir la orden de cargar las masas aún desordenadas del centro enemigo: "Armas a discreción y paso de vencedores".

> Aunque la posición del enemigo –dice el general Sucre en el parte de la batalla– podía reducirlo a una entrega discrecional, creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos que vencieron catorce años en el Perú, y la estipulación fue ajustada sobre el campo de batalla en los términos que verá usía por el tratado adjunto. Por él se han entregado todos los restos del ejército español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas las guarniciones, los parques, almacenes militares, y la plaza del Callao con sus existencias.

Combatieron en Ayacucho 4.500 colombianos, 1.200 peruanos y 80 argentinos.

He aquí la lista de los soldados de aquella jornada recomendados por Sucre a la admiración de la posteridad y a la gratitud de la América: Córdoba, La Mar, Lara, Miller, Gamarra, Morán, Plaza, González, Benavides, Suárez (el mismo de Junín), Sandes, Duxbury, Urquiola, Oliva, Colmenares, Ramírez, Bonilla, Sevilla, Prieto, Ramonet, Silva, León, Blanco, Leal, Torres, Zornoza, Guasch, Galindo, Jiménez, Coquis, Brown, Gil, Córdoba, Ureña, Infante, Silva, Vallarino, Otálora, French, Chabur, Rodríguez, Molave, Terán, Pérez, Calle, Marquina, Paredes, Landaeta, Troyano, Alcalá, Doronsoro, Granados, Miro, Pazaga, Aríscum, Sabino, Ornas, Miranda, Montoya, Isa, Alvarado, Castilla, Gerardino, Moreno y Piedrahíta.

Existen aún en Bogotá, donde escribo estas páginas, dos de los gloriosos soldados de aquella jornada, con cuya amistad me honro: el teniente Manuel Antonio López, colombiano, hoy general de la república, y el alférez Mariano Muñoz, del Alto Perú, hoy sargento mayor.

Al recibir Bolívar la noticia de la victoria de Ayacucho la esparció al mundo en esta magnífica proclama:

"¡Soldados colombianos! ¿En dónde no habéis vencido? Un mundo entero está lleno con los trofeos de vuestras victorias; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todas".

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

SIMÓN BOLÍVAR*

BOLÍVAR, caudillo improvisado de las huestes de su patria rebelada, se presenta en el campo sin maestros. Él inventa una guerra de prodigios. En diez años cuenta 14 campañas y otras tantas batallas de fila. San Martín no hizo sino la campaña de Chile y la del Perú; no dio más batallas que las de Maipú y Chacabuco. Bolívar, como caudillo militar de un pueblo, es mucho más grande que San Martín, Generalísimo de los Ejércitos.

Bolívar se asimila por el heroísmo, por la constancia, por la gloria, por sus desastres mismos a la nación, que marcha tras sus pasos en ardientes tropeles; y así, cada una de sus grandes batallas es seguida de las ovaciones delirantes de la muchedumbre, que siembra de laureles sus pasos de vencedor. Da la Batalla de Carabobo el 24 de junio de 1821, y entra en Caracas, libre, cinco días más tarde; liberta a Cundinamarca en Boyacá (7 de agosto de 1819), y a la mañana siguiente penetra en Santa Fe. Violenta los pasos del Juanambú en Bomboná (mayo de 1822), y antes de que termine aquel mes es dueño de Quito.

¡BOLÍVAR! ¡Cuán gran figura en todos los siglos y en todas las naciones! Durante sus días de grandeza americana, que se prolongan por el espacio de veinte años cumplidos, el cielo del continente está enrojecido de luces ardientes, y un estremecimiento volcánico se hace sentir en todos sus ámbitos. ¡BOLÍVAR está a caballo! Por todas partes se cruzan los ejércitos. Los caminos de los *llanos* marcan en espesas polvaredas movedizas el avance de los jinetes, mientras que los agrestes desfiladeros repercuten

* *Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur, por los más grandes escritores americanos*, Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1944, t. I, pp. 217-221.

el eco de las dianas militares que anuncian el alba en todas las montañas. Los campanarios de todas las aldeas echan a los vientos los anuncios de las victorias de la tarde y la mañana, y las ciudades populosas siembran de flores el tránsito de los que llegan en su rescate, al paso que todos los campos se blanquean con los huesos de los que han muerto en la demanda. Todos tiemblan y todos esperan. ¡BOLÍVAR! Esta palabra es el grito de salvación en el naufragio de la América, y las madres, en las noches de pavor, cuando truena a lo lejos el cañón de la batalla, apartan de sus convulsos senos el labio de los hijos para enseñarlos a balbucear aquel nombre de redención: ¡BOLÍVAR, EL LIBERTADOR!

Desde Cumaná a Potosí nada le ha detenido. Ha destrozado virreinatos, ha borrado todas las líneas de las demarcaciones geográficas: ¡ha rehecho el mundo! Quita su nombre a la América y da a la parte que ha hecho suya el nombre de Colón (Colombia), y más adelante decreta el suyo propio a su última conquista. Su caballo ha bebido las aguas del Orinoco, del Amazonas y del Plata, las tres grandes fronteras que dio la creación al Nuevo Mundo. Pero él las ha suprimido en nombre de la gloria, esta segunda creación de la omnipotencia.

Semejante a aquel río de los trópicos, el mayor del universo, que cuando sale de madre, en las súbitas creces del verano, baña en un solo día comarcas tan vastas que formarían por sí solas un dilatado imperio, y arrasa en sus hinchados turbiones los bosques como deleznable yerba, y se desborda por la cima de las montañas que comprimen su cauce, Bolívar, hijo del Amazonas, desciende desde las montañas de Aragua e inunda de bayonetas todos los valles de América, que aclaman sus victorias.

Bolívar apenas cabe en el estuario del más grande de los ríos de la América.

Bolívar es el vuelo, el ave, el águila de las sabanas que se remonta hasta los astros y hace resonar, bajo la bóveda del firmamento, los roncos gritos de sus victorias. Para juzgar a San Martín es preciso, al contrario, descender a los abismos, interrogar sus sienes de granito, pedir a los arcanos eternos la explicación de su grandeza, acusada a veces de terrible, pero incomprensible todavía.

Y cuando la hora del éxito llega para los campeones, ¡de cuán distinta

suerte la acogen sus almas, tan diversamente templadas y tan diversamente grandes! “Hemos ganado completamente la acción” –tal es el boletín de Maipú–. “La América del Sur” –exclama Bolívar, empinándose sobre los Andes, que resuenan todavía con las descargas de Ayacucho–, “la América del Sur está cubierta de los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todo. ¡Soldados colombianos, centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo!”.

Otra diferencia de soldados y caudillos. Bolívar es solo. Nadie manda donde él manda. Nadie puede donde él está, porque él es todopoderoso. San Martín, hijo de las Logias, al contrario, se ve sujeto, bajo ley de muerte, a una tenebrosa subordinación que al fin lo pierde. Bolívar, después de Chacabuco, no habría repasado los Andes, solitario viajero. Habría desobedecido al Eterno y, con la lanza en los riñones de Ordóñez, habría entrado junto con él a Talcahuano.

Como hombres, la diversidad es aún más sostenida. Bolívar tiene la organización del águila, la estructura nerviosa, la mirada de fuego, la tez bronceada, el paso ágil, el corazón siempre encendido. San Martín, semejante a los robles de las primitivas selvas en que vio la luz, encubre bajo su ruda corteza todo lo que hay de ardiente y de fecundo en la savia que le alimenta.

Bolívar, más joven, más brillante, mejor dotado que San Martín en todo lo que deslumbra y fascina, se presenta en la lid de la América como el paladín que tributa culto de adoración a una deidad celeste y le jura lealtad caballeresca hasta su postrer suspiro. Por eso, condenado a dejarla, repudiado por ella, nada ni nadie alcanza a arrancarle a la playa querida, y muere en Santa Marta, porque su alma no podía desprenderse de aquella tierra de Colombia que era la beldad de sus amores. San Martín, al contrario, severo e inflexible, tuvo en nuestro suelo la misión de un padre. Cuando creyó que no era necesario o se desconocía su tutela, dijo un adiós eterno al suelo que había redimido y se fue a amarlo en silencio más allá del mar.

Bolívar, gran capitán, gran poeta, gran orador, todo a la vez, es la prodigiosa multiplicidad de las facultades del genio.

JUAN BAUTISTA ALBERDI

SIMÓN BOLÍVAR*

I

YO HE NACIDO con la Revolución, me he criado con ella. Sus victorias se ligan a los recuerdos de mi niñez; sus dogmas y principios, a los estudios de mi juventud; sus perspectivas, a las quimeras doradas de mi vida.

Entre mis impresiones de la infancia recuerdo los repiques de campanas que a media noche despertaron a Tucumán en ocasión de los triunfos de Maipú y Chacabuco.

Aún llegan a mi oído los ecos de la música del baile con que el Congreso de 1816 celebró su declaración de la Independencia, el 9 de julio.

Entre mis primeras impresiones de Buenos Aires recuerdo los repiques y las salvas en honor de Bolívar por la victoria de Ayacucho.

II

Las ideas de Bolívar, en cuanto a la Europa, son bien conocidas. Eran las que correspondían a un hombre que tenía por misión el anonadamiento del poder político de la España y de cualquier otro poder monárquico europeo de los ligados por intereses y sangre con la España en este continente. Ellos presidieron a la convocatoria del Congreso de Panamá, que tenía por objeto, entre otros, establecer un pacto de unión y de liga perpetua contra

* *Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur, por los más grandes escritores americanos*, Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1944, t. I, pp. 225-229.

España o contra cualquier otro poder que procurase dominar la América y ponerse en actitud de impedir toda colonización europea en este continente, toda intervención extranjera en los negocios del Nuevo Mundo.

III

Los temores de Bolívar respecto de Europa, en que tuvo inspiración su idea de reunir un Congreso en Panamá, fueron propios de 1824, en que acababa de pelear en Ayacucho con ejércitos de Europa.

Si Bolívar viviera hoy día, como hombre de alto espíritu, se guardaría bien de tener las ideas de 1824 respecto a Europa.

Viendo que Isabel II nos ha reconocido la independencia de esa América que nos dio Isabel I hace tres siglos, lejos de temer a la España como a la enemiga de América, buscaría en ella su aliada natural, como lo es, en efecto, por otros intereses supremos que han sucedido a los de una dominación concluida por la fuerza de las cosas.

Los peligros para las repúblicas no están en Europa. Están en América: son el Brasil, de un lado, y los Estados Unidos, del otro.

IV

Se atribuye a Bolívar este dicho profundo y espiritual:

"Los nuevos Estados de la América antes española necesitan reyes con el nombre de presidentes".

Chile ha resuelto el problema, sin dinastías y sin dictadura militar, por medio de una constitución monárquica en el fondo y republicana en la forma; ley que anuda a la tradición de la vida pasada la cadena de la vida moderna. La república no puede tener otra forma cuando sucede inmediatamente a la monarquía; es preciso que el nuevo régimen contenga algo del antiguo: no se andan de un salto las edades extremas de un pueblo.

V

Quien ha desmembrado a la República Argentina es la vanidad, a la par que la impotencia de Buenos Aires; no el caudillaje. Invadió como provin-

cias argentinas las del Alto Perú en 1810, para establecer en ellas su autoridad. Pero desde que sus ejércitos fueron arrojados de allí, en 1814, empezó a mirarlas simplemente como *Alto Perú*, no como país argentino, para no tener que confesar que los españoles allí establecidos ocupaban el territorio argentino.

Poco a poco los escritores e historiadores de Buenos Aires dieron en desargentinizar las provincias argentinas del Alto Perú, hasta que Bolívar las libertó de los españoles en 1825, y entonces con doble razón Buenos Aires se guardó de recordar que esas provincias argentinas del norte habían sido emancipadas por Colombia.

Los españoles, echados de todas partes, solo quedaban en el territorio de que Buenos Aires era capital y centro.

Ahora De Moussy, inspirado por Buenos Aires, dice que desde mucho antes de los años 22 y 23 los españoles habían dejado de pensar en las provincias argentinas[1]. Desde 1821 no ocupaban otro territorio que el argentino, digo yo.

VI

La campaña de San Martín por Chile tuvo por objeto libertar a esas cuatro provincias argentinas, lo que Belgrano no pudo conseguir por el sur.

Prueba de ello es que la concibió en 1814, cuando todavía Chile no había sido restaurado por los españoles. Hasta agosto de ese año, en que San Martín fue nombrado gobernador para Mendoza, todavía gobernaban en Chile los patriotas. Chile y Perú no eran sino el camino de San Martín. General argentino, su fin no era otro que libertar las cuatro provincias argentinas del norte.

¿Qué hizo? Empezó la campaña y la dejó al empezar.

Digo al empezar porque, no solo faltaba todavía libertar el sur del Perú, sino el norte del Plata, que debía ser el término y objeto principal de la campaña, cuando se retiró del ejército.

1. Martin de Moussy, *Description géographique et statistique de la Confédération Argentine*, Paris, Librerie Firmin Didot, 1860, v. III, p. 599.

"Las campañas de San Martín –escribe Mitre– se pueden expresar por estos signos: *Pum, pum, pum*, etc., etc., etc.".

Las etcéteras fueron acabadas por otros. El libertador de Colombia se hizo cargo de libertar las cuatro provincias argentinas que Belgrano, Balcarce, Rondeau y San Martín no pudieron libertar.

VII

Hay patriotas para quienes la revolución es muy seria, en cuanto es una explotación tan fecunda como la agricultura. Nunca he podido tener la seriedad de darme a esa industria.

Si no he dado a la patria una fortuna, como se la dieron Bolívar, Martín Rodríguez, Portales y tantos otros, tampoco he ganado millones a la sombra de sus banderas, ni canonjías vitalicias, con el título de generales, el día que no son presidentes, de presidentes el día que no son gobernadores. Un patriotismo que produce 20.000 duros al año, palacios, honores, ¿puede dejar de ser sincero y serio, como lo es la industria misma? Yo creo que el patriotismo de Mitre es muy sincero.

Pero no por eso hay que llamar escéptico y burlón de la revolución al que venera a Bolívar, a Sucre, a Belgrano, a Rivadavia, a Saavedra, a Córdoba, a Portales, porque todo lo dieron a la patria y solo recogieron pobreza, abandono y olvido.

JOSÉ MARTÍ

SIMÓN BOLÍVAR*

Señoras, señores:

CON LA FRENTE contrita de los americanos que no han podido entrar aún en América; con el sereno conocimiento del puesto y valer reales del gran caraqueño en la obra espontánea y múltiple de la emancipación americana; con el asombro y reverencia de quien ve aún ante sí demandándole la cuota a aquel que fue como el samán de sus llanuras, en la pompa y generosidad, y como los ríos que caen atormentados de las cumbres, y como los peñascos que vienen ardiendo, con luz y fragor, de las entrañas de la Tierra, traigo el homenaje infeliz de mis palabras, menos profundo y elocuente que el de mi silencio, al que desclavó del Cuzco el gonfalón de Pizarro. Por sobre tachas y cargos; por sobre la pasión del elogio y la del denuesto; por sobre las flaquezas mismas, ápice negro en el plumón del cóndor, de aquel príncipe de la libertad surge radioso el hombre verdadero. Quema y arroba. Pensar en él, asomarse a su vida, leerle una arenga, verlo deshecho y jadeante en una carta de amores, es como sentirse orlado de oro el pensamiento. Su ardor fue el de nuestra redención; su lenguaje fue el de nuestra naturaleza; su cúspide fue la de nuestro continente; su caída, para el corazón. Dícese Bolívar, y ya se ve delante el monte a que, más que la nieve, sirve el encapotado jinete de corona; ya el pantano en que se revuelven, con tres

* Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, en Nueva York, el 28 de octubre de 1893. *Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur, por los más grandes escritores americanos*, Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1944, t. I, pp. 233-244; *Grandes escritores bolivarianos*, Caracas, Casuz Ediciones, 1974, pp. 73-78.

repúblicas en el morral, los libertadores que van a rematar la redención de un mundo. ¡Oh, no! En calma no se puede hablar de aquel que no vivió jamás en ella; ¡de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada a los pies! Ni a la justa admiración ha de tenerse miedo porque esté de moda continua en cierta especie de hombres el desamor de lo extraordinario; ni el deseo bajo del aplauso ha de ahogar con la palabra hinchada los decretos del juicio; ni hay palabra que diga el misterio y fulgor de aquella frente cuando en el desastre de Casacoima, en la fiebre de su cuerpo y la soledad de sus ejércitos huidos, vio claros, allá en la cresta de los Andes, los caminos por donde derramaría la libertad sobre las cuencas del Perú y Bolivia. Pero cuanto dijéramos, y aun lo excesivo, estaría bien en nuestros labios esta noche, porque cuantos nos reunimos hoy aquí somos los hijos de su espada.

Ni la presencia de nuestras mujeres puede, por temor de parecerles enojoso, sofocar en los labios el tributo, porque ante las mujeres americanas se puede hablar sin miedo de la libertad. Mujer fue aquella hija de Juan de Mena, la brava paraguaya que al saber que a su paisano Antequera lo ahorcaban por criollo se quitó el luto del marido que vestía y se puso de gala, porque "es día de celebrar aquel en que un hombre bueno muere gloriosamente por su patria"; mujer fue la colombiana de saya y cotón que, antes que los comuneros, arrancó en el Socorro el edicto de impuestos insolentes, que sacó a pelear a 20.000 hombres; mujer la de Arismendi, pura cual la mejor perla de la Margarita, que a quien la pasea presa por el terrado, de donde la puede ver el esposo sitiador, dice mientras el esposo riega de metralla la puerta del fuerte: "Jamás lograréis de mí que le aconseje faltar a sus deberes"; mujer aquella soberana Pola, que armó a su novio para que se fuese a pelear, y cayó en el patíbulo junto a él; mujer Mercedes Abrego, de trenzas hermosas, a quien cortaron la cabeza porque bordó de su oro más fino el uniforme del Libertador; mujeres las que el piadoso Bolívar llevaba a la grupa, compañeras indómitas de sus soldados, cuando a pechos juntos vadeaban los hombres el agua enfurecida, por donde iba la redención a Boyacá, y de los montes andinos, siglos de la naturaleza, bajaban torvos y despedazados los torrentes.

Hombre fue aquel, en realidad, extraordinario. Vivió como entre llamas, y lo era. Ama, y lo que dice es como florón de fuego. Amigo, se le muere el hombre honrado a quien quería, y manda que todo cese a su alrededor. Enclenque, en lo que anda el posta más ligero, barre con un ejército naciente todo lo que hay de Tenerife a Cúcuta. Pelea, y en lo más afligido del combate, cuando se le vuelven suplicantes todos los ojos, manda que le desensillen el caballo. Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta y es bruma y lobreguez el valle todo; y a tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuelgan de un lado y otro las nubes por los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primor de todos sus colores. Como los montes, era él ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde. Se le ve golpeando, con el sable de puño de oro, en las puertas de la gloria. Cree en el cielo, en los dioses, en los inmortales, en el Dios de Colombia, en el genio de América y en su destino. Su gloria lo circunda, inflama y arrebata. Vencer, ¿no es el sello de la divinidad? ¿Vencer a los hombres, a los ríos hinchados, a los volcanes, a los siglos, a la naturaleza? Siglos, ¿cómo los desharía, si no pudiera hacerlos? ¿No desata razas, no desencanta el continente, no evoca pueblos, no ha recorrido con las banderas de la redención más mundo que ningún conquistador con las de la tiranía, no habla desde el Chimborazo con la eternidad y tiene a sus plantas, en el Potosí, bajo el pabellón de Colombia picado de cóndores, una de las obras más bárbaras y tenaces de la historia humana? ¿No le acatan las ciudades, y los poderes de esta vida, y los émulos enamorados o sumisos, y los genios del orbe nuevo, y las hermosuras? Como el Sol llega a creerse, por lo que deshiela y fecunda y por lo que ilumina y abrasa. Hay senado en el cielo, y él será, sin duda, de él. Ya ve el mundo allá arriba, áureo de sol cuajado, y los asientos de la roca de la creación, y el piso de las nubes, y el techo de centellas que le recuerden, en el cruzarse y chispear, los reflejos del mediodía de Apure en los rejones de sus lanzas; y descienden de aquella altura, como dispensación paterna, la dicha y el orden sobre los humanos. ¡Y no es así el mundo, sino suma de la divinidad que asciende ensangrentada y dolorosa del sacrificio y prueba de los hombres todos! Y muere él en Santa Marta del trastorno y horror de ver hecho pedazos aquel

astro suyo que creyó inmortal, en su error de confundir la gloria de ser útil, que sin cesar le crece, y es divina de veras, y corona que nadie arranca de las sienes, con el mero accidente del poder humano, merced y encargo casi siempre impuro de los que sin mérito u osadía lo anhelan para sí, o estéril triunfo de un bando sobre otro, o fiel inseguro de los intereses y pasiones, que solo recae en el genio la virtud en los instantes de suma angustia o pasajero pudor en que los pueblos, enternecidos por el peligro, aclaman la idea o desinterés por donde vislumbran su rescate. ¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!

América hervía, a principios del siglo, y él fue como su horno. Aún cabecea y fermenta, como los gusanos bajo la costra de las viejas raíces, la América de entonces, larva enorme y confusa. Bajo las sotanas de los canónigos y en la mente de los viajeros próceres venía de Francia y de Norteamérica el libro revolucionario, a avivar el descontento del criollo de decoro y letras, mandado desde allende a horca y tributo; y esta revolución de lo alto, más la levadura rebelde y en cierto modo democrática del español segundón y desheredado, iba a la par creciendo, con la cólera baja, la del gaucho y el roto y el cholo y el llanero, todos tocados en su punto de hombre; en el sordo oleaje, surcado de lágrimas el rostro inerme, vagaban con el consuelo de la guerra por el bosque las majadas de indígenas, como fuegos errantes sobre una colosal sepultura. La independencia de América venía de un siglo atrás sangrando –¡ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma!–. Así, en las noches aromosas de su jardín solariego de San Jacinto, o por las riberas de aquel pintado Anauco por donde guió tal vez los pies menudos de la esposa que se le murió en flor, vería Bolívar, con el puño al corazón, la procesión terrible de los precursores de la independencia de América: ¡van y vienen los muertos por el aire, y no reposan hasta que no está su obra satisfecha! Él vio, sin duda, en el crepúsculo del Ávila, el séquito cruento.

Pasa Antequera, el del Paraguay, el primero de todos, alzando de sobre su cuello rebanado la cabeza; la familia entera del pobre inca pasa, muerta

a los ojos de su padre atado, y recogiendo los cuartos de su cuerpo; pasa Túpac Amaru; el rey de los mestizos de Venezuela viene luego, desvanecido por el aire, como un fantasma; dormido en su sangre va después Salinas, y Quiroga muerto sobre su plato de comer, y Morales como viva carnicería, porque en la cárcel de Quito amaban a su patria; sin casa adonde volver, porque se la regaron de sal, sigue León moribundo en la cueva; en garfios van los miembros de José España, que murió sonriendo en la horca, y va humeando el tronco de Galán, quemado ante el patíbulo; y Berbeo pasa, más muerto que ninguno –aunque de miedo a sus comuneros lo dejó el verdugo vivo–, porque, para quien conoció la dicha de pelear por el honor de su país, no hay muerte mayor que estar en pie mientras dura la vergüenza patria; ¡y de esta alma india y mestiza y blanca, hecha una llama sola, se envolvió en ella el héroe, y en la constancia y la intrepidez de ella; en la hermandad de la aspiración común juntó, al calor de la gloria, los compuestos desemejantes; anuló o enfrenó émulos, pasó el páramo y revolvió montes, fue regando de repúblicas la artesa de los Andes, y cuando detuvo la carrera, porque la revolución argentina oponía su trama colectiva y democrática al ímpetu boliviano, catorce generales españoles, acurrucados en el cerro de Ayacucho, se desceñían a espada de España!

De las palmas de las costas, puestas allí como para entonar canto perenne al héroe, sube la tierra, por tramos de plata y oro, a las copiosas planicies que acuchilló de sangre la revolución americana; y el cielo ha visto pocas veces escenas más hermosas, porque jamás movió a tantos pechos la determinación de ser libres, ni tuvieron teatro de más natural grandeza, ni el alma de un continente entró tan de lleno en la de un hombre. El cielo mismo parece haber sido actor, porque eran dignas de él, aquellas batallas; ¡parece que los héroes todos de la libertad, y los mártires todos de toda la Tierra, poblaban apiñados aquella bóveda hermosa y cubrían, como gigante égida, el aprieto donde pujaban nuestras almas, o huían despavoridos por el cielo injusto, cuando la pelea nos negaba su favor! El cielo mismo debía, en verdad, detenerse a ver tanta hermosura: de las eternas nieves ruedan, desmontadas, las aguas portentosas; como menuda cabellera, o crespo vellón, visten las negras abras árboles seculares; las ruinas de los templos indios velan sobre el desierto de los lagos; por entre la bruma de

los valles asoman las recias torres de la catedral española; los cráteres humean y se ven las entrañas del universo por la boca del volcán descabezado; ¡y a la vez, por los rincones todos de la Tierra, los americanos están peleando por la libertad! ¡Unos cabalgan por el llano y caen al choque enemigo como luces que se apagan, en el montón de sus monturas; otros, rienda al diente, nadan con la banderola a flor de agua por el río crecido; otros, como selva que echa a andar, vienen costilla a costilla, con las lanzas por sobre las cabezas; otros trepan un volcán y le clavan en el belfo encendido la bandera libertadora! ¡Pero ninguno es más bello que un hombre de frente montuosa, de mirada que le ha comido el rostro, de capa que le aletea sobre el potro volador, de busto inmóvil en la lluvia del fuego o la tormenta, de espada a cuya luz vencen cinco naciones! Enfrena su retinto, desmadejado el cabello en la tempestad del triunfo, y ve pasar, entre la muchedumbre que le ha ayudado a echar atrás la tiranía, el gorro frigio de Ribas, el caballo dócil de Sucre, la cabeza rizada de Piar, el dolmán rojo de Páez, el látigo desflecado de Córdoba, o el cadáver del coronel que sus soldados se llevan envuelto en la bandera. Yérguese en el estribo, suspenso como la naturaleza, a ver a Páez, en Las Queseras, dar las caras con su puñado de lanceros, y a vuelo de caballo, plegándose y abriéndose, acorralar en el polvo y la tiniebla al hormiguero enemigo. ¡Mira, húmedos los ojos, el ejército de gala, antes de la Batalla de Carabobo, al aire colores y divisas, los pabellones viejos cerrados por un muro vivo, las músicas todas sueltas a la vez, el sol en el acero alegre, y en todo el campamento el júbilo misterioso de la casa en que va a nacer un hijo! ¡Y más bello que nunca fue en Junín, envuelto entre las sombras de la noche, mientras que en pálido silencio se astillan contra el brazo triunfante de América las últimas lanzas españolas!

Y luego, poco tiempo después, desencajado, el pelo hundido por las sienes enjutas, la mano seca como echando atrás el mundo, el héroe dice en su cama de morir: "¡José! ¡José!, vámonos, que de aquí nos echan. ¿Adónde iremos?". Su gobierno nada más se había venido abajo; pero él acaso creyó que lo que se derrumbaba era la república; acaso, como que de él se dejaron domar, mientras duró el encanto de la Independencia, los recelos y personas locales, paró en desconocer, o dar por nulas o menores, estas fuerzas de realidad que reaparecían después del triunfo; acaso, temeroso de

que las aspiraciones rivales le devorasen los pueblos recién nacidos, buscó en la sujeción, odiosa al hombre, el equilibrio político, solo constante cuando se fía a la expansión, infalible en un régimen de justicia y más firme cuanto más desatada. Acaso, en su sueño de gloria, para la América y para sí, no vio que la unidad de espíritu, indispensable a la salvación y dicha de nuestros pueblos americanos, padecía, más que se ayudaba, con su unión en formas teóricas y artificiales que no se acomodaban sobre el seguro de la realidad; acaso el genio previsor que proclamó que la salvación de nuestra América está en la acción una y compacta de sus repúblicas, en cuanto a sus relaciones con el mundo y al sentido y conjunto de su porvenir, no pudo, por no tenerla en el redaño, ni venirle del hábito ni de la casta, conocer la fuerza moderadora del alma popular, de la pelea de todos en abierta lid, que salva, sin más ley que la libertad verdadera, a las repúblicas; erró acaso el padre angustiado en el instante supremo de los creadores políticos, cuando un deber les aconseja ceder a nuevo mando su creación, porque el título de usurpador no la desluzca o ponga en riesgo, y otro deber, tal vez en el misterio de su idea creadora superior, los mueve a arrostrar por ella hasta la deshonra de ser tenidos por usurpadores.

¡Y eran las hijas de su corazón, aquellas que sin él se desangraban en lucha infausta y lenta, aquellas que por su magnanimidad y tesón vinieron a la vida, las que le tomaban de las manos, como que de ellas era la sangre y el porvenir, el poder de regirse conforme a sus pueblos y necesidades! ¡Y desaparecería la conjunción, más larga que la de los astros del cielo, de América y Bolívar para la obra de la Independencia, y se revelaba el desacuerdo patente entre Bolívar, empeñado en unir bajo un gobierno central y distante los países de la revolución, y la revolución americana, nacida con múltiples cabezas del ansia de gobierno local y con la gente de la casa propia! "¡José! ¡José!, vámonos, que de aquí nos echan. ¿Adónde iremos?".

¿A dónde irá Bolívar? ¡Al respeto del mundo y a la ternura de los americanos! ¡A esta casa amorosa, donde cada hombre le debe el goce ardiente de sentirse como en brazos de los suyos en los de todo hijo de América, y cada mujer recuerda enamorada a aquel que se apeó siempre del caballo de la gloria para agradecer una corona o una flor a la hermosura! ¡A la justicia de los pueblos, que por el error posible de las formas, impacientes o

personales, sabrán ver el empuje que con ellas mismas, como de mano potente en lava blanda, dio Bolívar a las ideas –madre de América!–. ¿Adónde irá Bolívar? ¡Al brazo de los hombres, para que defiendan de la nueva codicia y del terco espíritu viejo la tierra donde será más dichosa y bella la humanidad! ¡A los pueblos callados, como un beso de padre! ¡A los hombres del rincón y de lo transitorio, a las panzas aldeanas y los cómodos harpagones, para que, a la hoguera que fue aquella existencia, vean la hermandad indispensable al continente y los peligros y la grandeza del porvenir americano! ¿Adónde irá Bolívar? Ya el último virrey de España yacía con cinco heridas; iban los tres siglos atados a la cola del caballo llanero, y con la casaca de la victoria y el elástico de lujo venía al paso el Libertador, entre el ejército, como de baile, y al balcón de los cerros asomado el gentío, y como flores en jarrón, saliéndose por las cuchillas de las lomas, los mazos de banderas. El Potosí aparece al fin, roído y ensangrentado; los cinco pabellones de los pueblos nuevos, como verdaderas llamas, flameaban en la cúspide de la América resucitada; estallan los morteros a anunciar al héroe, y sobre las cabezas, descubiertas de respeto y espanto, rodó por largo tiempo el estampido con que de cumbre en cumbre respondían, saludándolo, los montes. ¡Así, de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras hazañas!

FRANCISCO JOSÉ URRUTIA

EL IDEAL INTERNACIONAL DE BOLÍVAR*

I

LA CREACIÓN DE COLOMBIA se entrelaza en la mente de Bolívar con la constitución de una confederación americana en la que Colombia fuera el centro y tuviera la hegemonía; confederación en la que las relaciones entre los Estados que la formaran tuvieran por suprema norma la de la justicia internacional. La justicia en las relaciones políticas internas, la justicia en las relaciones internacionales: he aquí, en síntesis, el grande ideal de Bolívar.

> Un ensueño suele ser el hilo fijo en la trama de la vida de un hombre. El de Bolívar fue la unificación de la América meridional. De este ensueño sacó sus fuerzas morales para crear una gran potencia militar y llevar sus armas triunfales por todo el continente como Alejandro a través del Asia. Su primera intuición fue la creación del imperio colombiano. La segunda visión fue el establecimiento de una confederación sudamericana sobre las bases de una liga política y militar, regida por una asamblea internacional de plenipotenciarios, a manera de la liga aquea en la Grecia.

Así califica Mitre, en su *Historia de San Martín*[1], los proyectos de Bolívar. Bendito ensueño aquel, diremos nosotros, que, realizado en parte, aseguró la libertad de la América y que se proyecta y seguirá proyectando

* *Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur, por los más grandes escritores americanos*, Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1944, t. I, pp. 245-295.

1. Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, 2ª ed. corr., Buenos Aires, Félix Lajouane Editor, 1890, v. IV, cap. XLIX.

sobre las páginas de la historia americana como la luz inextinguible de los ideales del Libertador de un mundo.

Muchos historiadores recuerdan la carta que Bolívar escribió desde Jamaica el 6 de septiembre de 1815 y copian algunos de los más conceptuosos párrafos de ella. Desde entonces el Libertador dejaba traslucir la grandeza de sus pensamientos y de sus esperanzas, en relación con las naciones americanas. Se las imaginaba confederadas, unidas por los vínculos de "un origen, una lengua, unas costumbres y una religión". De Panamá quería hacer para esas naciones lo que "Corinto para los griegos". Allí, en Panamá, deberían reunirse los representantes de las naciones "a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra".

En 1818 recibió el Libertador, en Angostura, comunicaciones del director supremo de Buenos Aires, don Juan Martín de Pueyrredón, en las que felicitaba a Bolívar y a Venezuela por los esfuerzos hechos y por la constancia tenaz en favor de la emancipación. Comunicaciones análogas recibió, poco después, del supremo director de Chile, don Bernardo O'Higgins, en las que, al par que comunicaba la victoria de Maipú, expresábale los votos que en el Sur se hacían por la prosperidad de las armas libertadoras del Norte. Bolívar contestó a Pueyrredón en estos términos:

> Luego que el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos, con el más vivo interés, a entablar por nuestra parte el pacto americano que, formando de todas nuestras Repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones, la madre de las Repúblicas. Yo espero que el gobierno de la Plata, con su poderoso influjo, cooperará eficazmente a la perfección del edificio político a que hemos dado principio desde el primer día de nuestra regeneración.[2]

A San Martín contestole en forma análoga.

2. José Félix Blanco y Ramón Azpurúa, *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*, Caracas, Imprenta La Opinión Nacional, 1875.

En la proclama que dirigió Bolívar a los habitantes del Río de la Plata decíales en 12 de junio de aquel mismo año de 1818: "La República de Venezuela, aunque cubierta de luto, os ofrece su hermandad; y cuando cubierta de laureles haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará a una sola sociedad para que nuestra divisa sea Unidad en la América meridional".

Los gobernantes de Buenos Aires acogieron entonces con frialdad los proyectos de Bolívar[3].

Como se ve, la idea de la confederación americana se afirmaba en la mente de Bolívar aun en los precisos momentos en que más graves eran sus preocupaciones militares y en que tantos otros asuntos de organización interna reclamaban su más seria atención.

Apenas quedó organizada definitivamente Colombia por el Congreso de Cúcuta, cuando ya Bolívar, antes de iniciar su campaña del Sur, se ocupó de la realización de sus grandes proyectos internacionales, y al efecto nombró dos plenipotenciarios, el uno para México y el otro para el Perú, Chile y Buenos Aires. El primero fue don Miguel Santamaría y el otro don Joaquín Mosquera.

Las instrucciones impartidas a Mosquera por don Pedro Gual, secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, decían así:

"Mas repito a V.S. que, de cuanto llevo expuesto, nada interesa tanto en estos momentos como la formación de una liga verdaderamente americana. Pero esta Confederación no debe formarse simplemente sobre los principios de una alianza ordinaria para la ofensa y defensa: debe ser mucho más estrecha que la que se ha formado últimamente en Europa contra las libertades de los pueblos. Es necesario que la nuestra sea una Sociedad de Naciones hermanas, separadas por ahora y en el ejercicio de su soberanía, por el curso de los acontecimientos humanos, pero unidas, fuertes y poderosas para sostenerse contra las agresiones del poder extranjero. Es indispensable que V.S. encarezca incesantemente la necesidad que hay de poner desde ahora los cimientos de un cuerpo anfictiónico o asamblea de

3. José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución de la República de Colombia*, 2ª ed., Besanzón, Imprenta de José Jacquin, 1858, t. II, cap. X.

plenipotenciarios que dé impulso a los intereses comunes de los Estados americanos, que dirima las discordias que puedan suscitarse en lo venidero entre pueblos que tienen unas mismas costumbres y unas mismas habitudes, y que por falta de una institución tan santa pueden quizá encender las guerras funestas que han desolado otras regiones menos afortunadas. El Gobierno y pueblo de Colombia está muy dispuesto a cooperar a un fin tan laudable, y desde luego se prestaría a enviar uno, dos o más plenipotenciarios al lugar que se designare, siempre que los demás Estados de América se prestasen a ello. Entonces podríamos, de común acuerdo, demarcar las atribuciones de esta asamblea, verdaderamente augusta. V.S. está autorizado para arreglar este punto interesantísimo con los Gobiernos Supremos del Perú, Chile y Buenos Aires, si lo juzgaren también útil y necesario".

Mosquera debería asimismo proponer que en los tratados que iba a celebrar se incluyera una estipulación así concebida:

"Ambas partes contratantes se obligan a no entrar en negociación alguna con el gobierno de S.M.C. sino sobre la base de la integridad de sus respectivos territorios, como estaban demarcados en 1810, esto es, la extensión del territorio que comprendía cada Capitanía General o Virreinato de América, a menos que por leyes posteriores a la revolución, como ha sucedido en Colombia, se incorporen en un solo Estado dos o más Capitanías Generales o Virreinatos"[4].

A Mosquera diole, por orden de Bolívar, el secretario de Relaciones Exteriores un proyecto de tratado en el que se encontraba esta cláusula:

"Ambas Partes se garantizan mutuamente la integridad de sus territorios, en el mismo pie en que se hallaban antes de la presente guerra, debiendo respetarse los límites que tenía en aquel tiempo cada Capitanía General o Virreinato, que han reasumido en el día el ejercicio de su soberanía; a menos que de un modo legítimo dos o más se hayan convenido en formar un solo cuerpo de Nación, como ha sucedido con la antigua Capitanía General de Venezuela y el Nuevo Reino de Granada, que componen hoy la República de Colombia".

4. "Instrucciones expedidas por el secretario de Relaciones Exteriores, Pedro Gual, el 10 de octubre de 1821", citado por José María Quijano Otero, *Límites de la República de los Estados Unidos de Colombia*, Sevilla, Francisco Álvarez Editor, 1881, p. 322.

Análogas instrucciones se dieron al señor Santamaría.

El objeto de aquellas importantísimas misiones, según se ve, era el de promover una confederación, sujeta en sus relaciones a una autoridad suprema (llámesela cuerpo anfictiónico, asamblea de plenipotenciarios, etc.), encargada de dirimir las discordias entre los Estados asociados. Iban, pues, los enviados de Colombia al Norte y al Sur de América a convidar a los pueblos que acababan de emanciparse a unirse bajo la égida del derecho y la justicia, bajo la salvaguardia civilizadora del arbitraje.

Y no fueron estériles las misiones nombradas. El señor Mosquera llegó a acordar con el Perú un tratado, cuyos primeros artículos decían así:

> Artículo 1º Para estrechar más los vínculos que deben unir en lo venidero a ambos Estados y allanar cualquiera dificultad que pueda presentarse a interrumpir de algún modo su buena correspondencia y armonía, se formará una asamblea, compuesta de dos plenipotenciarios por cada Parte, en los términos y con las mismas formalidades que, en conformidad de los usos establecidos, deben observarse para el nombramiento de los ministros de igual clase cerca de los Gobiernos de las naciones extranjeras.
> Artículo 2º Ambas partes se obligan a interponer sus buenos oficios con los gobiernos de los demás Estados de la América antes española para entrar en este pacto de unión, liga y confederación perpetua.
> Artículo 3º Luego que se haya conseguido este grande e importante objeto, se reunirá una Asamblea General de los Estados americanos, compuesta de sus Plenipotenciarios, con el encargo de cimentar de un modo más sólido y establecer las relaciones íntimas que deben existir entre todos y cada uno de ellos, y que les sirva de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete de sus tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de juez árbitro y conciliador en sus disputas y diferencias.

Con el gobierno de Chile se acordó un Tratado análogo, cuyos artículos 13 y 14 decían:

> Artículo 13. Ambas partes se obligan a interponer sus buenos oficios con los gobiernos de los demás Estados de la América antes española para entrar en este Pacto de unión, liga y confederación.
> Artículo 14. Luego que se haya conseguido este grande e importante objeto, se reunirá una Asamblea General de los Estados americanos, compuesta de

> sus Plenipotenciarios, con el encargo de cimentar de un modo el más sólido y establecer las relaciones íntimas que deben existir entre todos y cada uno de ellos, y que les sirva de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en sus tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de *juez árbitro* y conciliador en sus disputas y diferencias.[5]

Un tratado semejante al celebrado con Chile se acordó con el señor Santamaría en México.

El gobierno de Buenos Aires pactó también con el enviado de Colombia, Mosquera, un tratado de amistad y alianza defensiva, pero no quiso aceptar las mismas bases consignadas en los tratados de Colombia con el Perú y Chile. Rivadavia, que presidía el gobierno de Buenos Aires y se entendió personalmente con Mosquera, rechazó la idea de un congreso, en cierto modo soberano, árbitro de las cuestiones internacionales, y que juzgaba imitación inútil y peligrosa del consejo anfictiónico de la antigua Grecia. Redújose, pues, el tratado a acordar la amistad y alianza defensiva en sostén de la independencia de la nación española y de cualquiera otra dominación extranjera.

Interpelado el ministro respectivo, en la junta legislativa de Buenos Aires, sobre la supresión de ciertos artículos en el tratado, dijo lo siguiente:

> Un documento en que por la primera vez los Estados de América intervienen, dando la primera base de sus derechos, debe ser un documento del juicio con que penetran y calculan el porvenir. El proyecto de Tratado de Colombia no llenaba las condiciones apetecibles, por cuanto sólo fundaba la existencia de hecho de los gobiernos, y no su legitimidad, sin acordarse de la libre representación de cada país. Los Tratados de alianza al aire, no reglados por un Tratado especial, han sido inutilizados de hecho por los *casus foederis.* Es preciso detenerse en el régimen representativo, en los intereses generales y recíprocos de Estado a Estado, y no en alianzas de familia.[6]

5. Colección de *Tratados públicos de los Estados Unidos de Colombia*, Bogotá, Imprenta de La Luz, 1884.
6. Diario de sesiones de la Junta de Representantes de la provincia de Buenos Aires, sesión del 9 de junio de 1823. El señor Rivadavia era miembro de un gobierno en un país adonde los españoles no hicieron resistencia seria, donde puede decirse que casi no se combatió;

De acuerdo con sus instrucciones, los enviados de Colombia se encargaron también de promover la reunión del proyectado Congreso de Panamá. El señor Mosquera celebró otro tratado en Lima, por el cual Colombia y el Perú se comprometieron a proveer, por todos los medios que estuvieran a su alcance, que se reuniera en el istmo de Panamá o en cualquier otro lugar que se designara de común acuerdo, una asamblea de plenipotenciarios de los Estados americanos. Debía ese Congreso ocuparse de discutir y acordar lo más conveniente para sostener los grandes intereses de América.

Tenemos, pues, que el Libertador, una vez elegido presidente de Colombia, prestó muy preferente cuidado a la realización de sus ideas y proyectos favoritos sobre política internacional, y tenemos también que los pactos que, de acuerdo con las instrucciones del gobierno de Colombia, celebraron los enviados Mosquera y Santamaría, consignan, los primeros en América (y en el mundo), la práctica civilizadora del arbitraje.

Asimismo el Libertador proclamó, por primera vez en América, y en su carácter de presidente de Colombia, el principio del *uti possidetis*, del que vamos a ocuparnos en seguida.

II

A mediados de 1822 fue acreditado como plenipotenciario de Colombia ante el gobierno de Su Majestad Británica el señor don José Rafael Revenga.

El secretario de Relaciones Exteriores decía a Revenga, en las instrucciones respectivas:

> Séame lícito, sin embargo, llamar particularmente la atención de usted al ar-

---

no teniendo peligros internos ni internacionales, creía inútil la alianza con los demás Estados, aunque bien pronto, al sentir la amenaza del Brasil, solicitó esa alianza con Perú y Colombia, es decir, con Bolívar. Rivadavia fue miope, no solo por cortedad de vista, sino porque en su espíritu monárquico soñaba todavía con un rey extranjero para la Argentina y rechazaba la república. No supo comprender el interés momentáneo de su país, ni el porvenir de América, ni la conveniencia de la liga. Y a ese ciego lo quieren algunos hacer pasar ahora como un previsor.

> tículo 2º del proyecto de Tratado, en punto de límites. Los ingleses poseen en el día la Guayana holandesa, por cuya parte son nuestros vecinos. Convenga usted, tan exactamente como sea posible, sobre fijar la línea divisoria de uno y otro territorio según los últimos Tratados entre España y Holanda. Los colonos de Demerara y Berbice tienen usurpada una gran porción de tierras que, según aquéllos, nos pertenecen, del lado del río Esequibo.
> Es absolutamente indispensable que dichos colonos, o se pongan bajo la protección y obediencia de nuestras leyes, o que se retiren a sus antiguas posesiones. Al efecto, se les dará el tiempo necesario, según se establece en el proyecto.

Tenemos, por tanto, que así a los enviados que iban a los pueblos de América como a los que iban a las Cortes de Europa, se les instruía para que propusieran e hicieran adoptar como base para la demarcación territorial americana, bien entre los Estados americanos, entre ellos, bien entre esos Estados y las posesiones europeas en América, una base fundada en el respeto al derecho derivado de las reales cédulas o de los tratados públicos vigentes cuando se verificó la emancipación y que constituyeron o demarcaron las entidades coloniales americanas.

Ese derecho, así derivado de las reales cédulas o tratados; esas reglas de demarcación de aquel derecho derivadas, constituyeron el *uti possidetis juris* de 1810, nombre que les dio el secretario de Relaciones Exteriores de Colombia cuando, exponiendo, en su Memoria al Congreso de 1823, la política del gobierno y las circunstancias favorables en las que se encontraba la república, decía:

> Un conjunto de cosas tan venturoso indicó al Ejecutivo que había llegado el momento de poner en planta aquel gran proyecto de la confederación americana. Se adoptaron, pues, como bases del nuevo sistema federativo las siguientes: 1ª, que los Estados americanos se aliasen y confederasen perpetuamente, en paz y en guerra, para consolidar su libertad e independencia, garantizándose mutuamente la integridad de sus territorios respectivos; 2ª, que para hacer efectiva esta garantía se estuviese al *uti possidetis juris* de 1810, según la demarcación de territorio de cada capitanía general o virreinato erigido en Estado soberano.

Ese principio del *uti possidetis juris*, conforme al cual cada Estado americano debía tener como territorio, no solo el que poseía, sino el que debía poseer según las cédulas o tratados, fue una magnífica consagración del derecho y de la justicia. A la usurpación, a la posible ocupación o retención indebida de territorios oponían Bolívar y Colombia, desde los albores de la emancipación, el derecho derivado de los títulos que lo consagraban. Así quería Bolívar que la gran república que él había constituido iniciara su carrera en la sociedad internacional exhibiéndose, por sus iniciativas en favor del derecho, tan gloriosa como se había exhibido por sus victorias sobre los ejércitos españoles.

En la cuna misma de la república, en gran parte por las iniciativas del Libertador, y fecundadas por el amor de este a la libertad y la justicia, se proclamaban aquellas grandes ideas que poco después iban los enviados de Colombia a sostener, apoyándolas con el prestigio personal de Bolívar y con la autoridad de Colombia. En las Constituciones de Angostura y de Cúcuta se fijó como territorio de Colombia el de la Capitanía General de Venezuela y el del Virreinato de Nueva Granada, el cual comprendía también el de la presidencia de Quito; de suerte que ya desde entonces Colombia se constituyó conforme a aquellas reglas del *uti possidetis*, que más tarde proponía a los demás Estados como norma, como base para las recíprocas demarcaciones.

> Esa base era la más justa, porque era igual para todos los países que habían tenido una misma Metrópoli; la más equitativa, por cuanto al mismo tiempo que respetaba los derechos de cada uno de los Estados, protegía los intereses privados, adquiridos y fomentados en una localidad que reunía estas o aquellas condiciones, que no convenía variar, y, finalmente, era la más realizable, porque equivalía a reconocer a cada cual aquello que poseía al estallar la guerra de la Independencia.[7]

Bolívar y Colombia se constituían así en benefactores de todos los Estados americanos cuando les señalaban reglas seguras, justas, equitativas y convenientes, mediante las cuales se pudieran evitar los conflictos que

7. J.M. Quijano Otero, *op. cit.*

se veían ya surgir si de antemano no se fijaban ellas. Si los conflictos sobre fronteras han oscurecido tantas veces, y siguen oscureciendo aún, el horizonte internacional en América; si han turbado y turban tan hondamente la armonía entre los Estados americanos, aun a pesar de aquellas reglas que pasaron a ser parte del derecho internacional americano, ¿qué habría pasado sin ellas? ¿Cuán grande habría sido la confusión producida por la independencia en las demarcaciones territoriales? ¿Qué ley hubiérase podido adoptar, a no ser la de la ocupación material, la de la fuerza bruta, la del despojo, la ley que, desgraciadamente, a pesar de la nominal adhesión de todos los Estados del Norte y Sur de América a los principios de justicia proclamados por Colombia y Bolívar, se ha puesto en práctica, en veces, en las relaciones entre algunos de ellos[8].

---

8. "*Comme conséquence de la formation territoriale des États de l'Amérique latine, le problème de délimitation des frontières est un des plus compliqués et des plus caractéristiques de la diplomatie de ces pays.*

"*Au commencement de l'émantipation il ne s'éleva point de difficultés à ce sujet; les populations étaient encore clairsemées, les territoires inmenses et peu connus; une délimitation précise n'était done pas très nécessaire.*

"*Les pays fixèrent seulement d'une façon approximative leurs limites dans leurs Constitutions ou dans les traités passés entre eux. La règle en était presque toujours, et il n'en pouvait étre autrement, l'uti possidetis de 1810, c'ést-à-dire les divisions administratives de la métropole qui existaient à la date où éclata le mouvement général d'émancipation, et qui étaient reconnues en fait par tous les États. Cette règle est donc devenue un principe américain. La délimitation* administrative *coloniale fut donc admise comme* frontière politique *entre les États. A cette expression uti possidetis on ajoute le mot juris pour indiquer les territoires que les États avaient le droit de posséder, abstraction faite de la question de savoir s'ils les possédaient au non en réalité.*

"*Les limites ainsi posées faisaient que les unités politiques des nouveaux États ne correspondaient pas toujours aux unités économiques, c'est-à-dire à des portions de territoire ayant tous les éléments indispensables pour subsister par elles mêmes.*

"Au fur et à mesure du développement de ces pays ainsi que de la sécession de quelques-uns en plusieurs États, on sentit de plus en plus le besoin de fixer d'une façon exacte les frontières. La délimitation devient excessivement difficile. *La détermination de l'uti possidetis de 1810 ou bien les conventions passées par les differents pays, étaient vagues, indéterminées ou contradictoires, en raison de l'absence ou de l'insuffisance des études géographiques de ces régions*". (*Sur les premières cartes des differents États de l'Amérique*, Alejandro Álvarez, *Le Droit International Américain*, Paris, A. Pedone Éditeur, 1910, p. 65. Véase Luis Riso Patrón, *Reseña general sobre el estado actual de la cartografía americana*, Santiago, Chile, Sociedad, Imprenta y Litografía Universo, 1909).

El eminente publicista chileno Álvarez, con la erudición que le distingue, señala en las líneas

A Bolívar acompañaron en esa propaganda en favor de los grandes ideales de justicia internacional los más esclarecidos colombianos de aquella época. Como la misión de Mosquera en Lima no tuviera todo el éxito apetecido, el gobierno de Colombia quiso encargar de misión análoga al más ilustre de los tenientes de Bolívar, al Mariscal de Ayacucho, en cuyas instrucciones se hallaba, como la primera, la siguiente:

"El Ejecutivo de Colombia ha adoptado en todas sus negociaciones de límites con las demás potencias americanas, como regla de su conducta, el estar al *uti possidetis* del tiempo en que se han emancipado de la España. Como este principio es conforme a nuestras leyes fundamentales y a una política franca, liberal y desinteresada, es de presumirse que vuestra excelencia no encontrará resistencia alguna en su adopción de parte del Perú".

Más adelante veremos también cuáles fueron los esfuerzos de Bolívar y Colombia para evitar que se consumara en América el primer escándalo internacional entre pueblos hermanos; escándalo que se procuraba disipar desde que se confió a Sucre, el más virtuoso de los jefes colombianos,

---

anteriores la evolución del principio del *uti possidetis juris* de 1810. El autor de este opúsculo se congratula verdaderamente al ver cómo ha encontrado en el señor Álvarez (como había encontrado antes en el señor Felipe Sánchez Román, consejero de Estado de España, en el dictamen luminoso presentado en el juicio arbitral de fronteras ecuatoriano-peruano) la más completa corroboración de opiniones que algunos escritores colombianos, algunos de ellos de alta autoridad, y por cierto merecedores del más grande respeto, encontraron un día incompatibles con la forma en que ellos concebían el principio del *uti possidetis juris,* como base de demarcación entre los Estados americanos. El principio dicho, cuya proclamación constituyó aporte magnífico de Bolívar y Colombia al derecho público americano, se fue determinando, encarnando, si así puede decirse, en pactos escritos, que precisaron el alcance de él en cada caso concreto. Como consecuencia de esta evolución necesaria, aquellos "límites aproximados" de que habla el señor Álvarez que se habían fijado en las Constituciones de los Estados americanos, fueron después fijándose más precisos, y quedó como título inmediato de derecho el respectivo pacto, la respectiva sentencia o el deslinde de mutuo acuerdo practicado.

Penetrados de esta verdad los legisladores colombianos de 1910, entre quienes se encontraron algunos de los que antes sostenían la *inmutabilidad* de los preceptos constitucionales sobre límites, sustituyeron el artículo 9º de la Constitución colombiana de 1886, en el que se haría referencia al *uti possidetis*, como base de los derechos territoriales de Colombia, por un nuevo artículo en el que se mencionan los pactos sobre fronteras, en los que aquel principio se determinó en forma precisa.

aquella misión tan importante que, desgraciadamente, no pudo el Mariscal del Ayacucho desempeñar por haberse hecho cargo de la presidencia de Bolivia.

Aquellos eran los días de oro de Colombia; el Libertador se hallaba en el cenit de su gloria y de su fortuna, y así como al Congreso de Colombia pidiera un día, como recompensa a sus victorias, la libertad de los esclavos, así pedía a los Estados de América más tarde, como compensación a sus esfuerzos y sacrificios por la libertad americana, la adopción de los grandes y redentores principios de justicia internacional. América los aceptó y las iniciativas del grande hombre quedaron consagradas en el derecho público americano y luego en el derecho internacional.

Aquellos eran los días en que la voz de los estadistas de Europa y América rendía unánime tributo de admiración a Bolívar y Colombia; los días en que en el recinto del Parlamento inglés la palabra severa de Lord Lansdown señalaba el genio de Bolívar como "la base de la unión que daba seguridad y apoyo a la libertad de América"[9]; aquellos los días en que los grandes pensadores y políticos de los Estados Unidos del Norte, en el Parlamento, en la tribuna, en la prensa, ponderaban el inmenso porvenir de Colombia, y en que el gobierno de aquella nación entrelazaba los destinos de la república del Norte, no viciada aún por el imperialismo conculcador de todo derecho, con los de Colombia por medio del Tratado de paz, amistad, navegación y comercio del 26 de marzo de 1825; los días en que los enviados de las grandes potencias del mundo llegaban a diario a Bogotá a iniciar relaciones políticas y comerciales con la gran nación que tenía a Bolívar a la cabeza y que así se exhibía en América, la primera en la guerra como la primera en las lides fecundas por el derecho y la justicia.

III

Apenas llegó a Lima Bolívar, el día 7 de diciembre de 1824, después de las penosas jornadas mediante las cuales condujo el ejército hasta el Apurímac, entre el cúmulo inmenso de preocupaciones que embargaban su

9. J.F. Blanco y R. Azpurúa, *op. cit.*, t. IX, p. 223.

espíritu, y entre las no interrumpidas manifestaciones del aprecio público, manifestaciones que Bolívar no podía dejar de atender, se ocupó, en el mismo día de su llegada, de redactar y dirigir a los gobiernos de América[10] la memorable circular sobre la urgencia de la reunión de los plenipotenciarios americanos para establecer las bases de la confederación proyectada. Esta circular, que fue confirmada por el gobierno de Bogotá oportunamente, es documento muy importante en la historia americana[11]. Decía en ella Bolívar:

"Después de quince años de sacrificios, consagrados a la libertad de América, por obtener el sistema de garantías que, en paz o guerra, sea el escudo de nuestros destinos, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos.

"Entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político pertenece al ejercicio de una autoridad sublime, que dirija la política de nuestros gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios y cuyo nombre solo calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una asamblea de plenipotenciarios, nombrados por cada una de nuestras repúblicas y reunidos bajo los auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas contra el poder español.

"Con respecto al tiempo de instalación de la asamblea, me atrevo a pensar que ninguna dificultad puede oponerse a su realización en el término de seis meses, aun contando el día de la fecha, y también me atrevo a lisonjearme de que el ardiente deseo que anima a todos los americanos de exaltar el poder del mundo de Colón, disminuirá las dificultades y demoras que exijan los preparativos ministeriales y las distancias que median entre las capitales de cada Estado y el punto central de reunión.

"Parece que si el mundo hubiera de elegir su capital, el istmo de Panamá sería el señalado para este augusto destino, colocado como está en el

10. *Ibid.*, p. 228.
11. La circular se dirigió a los gobiernos de México, Colombia, Guatemala, Buenos Aires, Chile, Brasil, y posteriormente al de los Estados Unidos del Norte.

centro del globo, viendo por una parte el Asia y por la otra el África y la Europa. El istmo de Panamá ha sido ofrecido por el Gobierno de Colombia para este fin, por los tratados existentes. El istmo está a igual distancia de las extremidades, y por esta causa podrá ser el lugar provisorio de la primera asamblea de los confederados.

"El día en que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, fijará en la historia de América una época inmortal. Cuando después de cien siglos la posteridad busque el origen de nuestro derecho público, y recuerden los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del Istmo: en él se encontrará el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces el istmo de Corinto, comparado con el de Panamá?".

No nos ocuparemos aquí de reseñar las causas que impidieron la completa realización de los proyectos de Bolívar, ni de repetir la historia de las muchas resistencias que la práctica de sus ideas encontró en el mundo americano. Muchos son los autores de historia diplomática americana que han escrito ya sobre la materia; para nuestro actual propósito nos basta manifestar cuan grandes eran los ideales internacionales de Bolívar; ideales cuya realización, al decir del general Freyre, sucesor de O'Higgins, en Chile, "prometía asegurar para siempre la libertad de América, consolidar las instituciones y dar inmenso peso de opinión, majestad y fuerza a aquellas naciones, que aisladas eran insignificantes a los ojos de las naciones europeas, pero que unidas formaban una masa respetable, tan capaz de contener ambiciosas pretensiones como de intimidar la antigua metrópoli".

Tan acariciada había sido por Bolívar la idea del Congreso de Panamá, que el relativo fracaso de este no pudo menos de impresionarle profundamente.

O'Leary nos dice a este respecto:

> Por largos años había él abrigado (el Libertador) la esperanza de que el Congreso de Panamá, si llegaba a realizarse, produciría inmensos beneficios a las nuevas Repúblicas, confirmaría su independencia y, poniéndolas en contacto unas con otras y estrechando más los lazos, crearía el espíritu de unión y de patriotismo que las había de hacer felices en lo interior y respetadas en el

> exterior. Aunque sensible y celoso como nadie, cuando se dudaba de la pureza y rectitud de sus intenciones, no dejó en esta vez que los tiros de la calumnia que contra él se asestaban le distrajesen de su proyecto favorito.
> Las miras elevadas del iniciador de tan grande idea distaron mucho de alcanzar el objeto que él deseaba realizar. La falta que en el Congreso hubo de los representantes de varios Estados, y las causas que la motivaron, disminuyeron, en gran parte, las esperanzas que el Libertador había concebido de la utilidad de las decisiones de aquel cuerpo en el porvenir.

Se asemejó el Congreso de Panamá, según el hermoso decir de Bolívar, a aquel loco griego que pretendía desde una roca dirigir los buques que navegaban alrededor.

Sin embargo, aun así, no realizado como el Libertador lo había concebido, y no obstante haber concurrido al Congreso únicamente los representantes de Colombia, Perú, México y Centroamérica, la reunión de aquel cuerpo no fue infructuosa para el porvenir de los Estados americanos.

Las bases generales de la apetecida unión americana, los principios del arbitraje y del *uti possidetis*, y la práctica cristiana y civilizadora de la mediación, quedaron consagradas en el proyecto de tratado que los plenipotenciarios que concurrieron al Congreso firmaron el 15 de julio de 1826. Aquí copiaremos de ese pacto las cláusulas 16, 21 y 22, que dicen así:

> Art. 16. Las partes contratantes se obligan y comprometen solemnemente a transigir amigablemente entre sí todas las diferencias que en el día existen o puedan existir entre algunas de ellas; y en caso de no terminarse entre las potencias discordes, se llevarán, con preferencia a toda vía de hecho, para procurar su conciliación, al juicio de la asamblea, cuya decisión no será obligatoria si dichas potencias no se hubiesen convenido antes explícitamente en que lo sea.
> Art. 21. Las partes contratantes se obligan y comprometen solemnemente a sostener y defender la integridad de sus territorios respectivos, oponiéndose eficazmente a los establecimientos que se intenten hacer en ellos sin la correspondiente autorización y dependencia de los gobiernos a quienes corresponden en dominio y propiedad, y a emplear al efecto en común sus fuerzas y recursos si fuese necesario.
> Art. 22. Las partes contratantes se garantizan mutuamente la integridad de sus territorios, luego que, en virtud de las convenciones particulares que ce-

lebraren entre sí, se hayan demarcado y fijado sus límites respectivos, cuya conservación se pondrá entonces bajo la protección de la confederación.

Como los gobiernos representados en el Congreso de Panamá habían aceptado ya, en sus tratados con Colombia, el principio del *uti possidetis*, la cláusula 21 del Tratado de Panamá, cuando habla del *dominio y propiedad* de los territorios de los respectivos Estados, confirma el principio nombrado, como lo confirma también la cláusula 22.

Contribuyó, pues, el Congreso de Panamá, aunque no tan definitivamente como Bolívar lo quería, a la ratificación de los grandes principios y de las prácticas civilizadoras que Colombia y Bolívar habían proclamado, sostenido y practicado. El Congreso de Panamá tiene en la historia americana importancia capital, pues fue el primero de los que más tarde, en Lima, Washington, México, Río de Janeiro, Buenos Aires, se han reunido para acordar, perfeccionar e interpretar las reglas del derecho internacional americano[12].

12. "*The Congress of Panama, in 1826, was planned by Bolívar to secure the union of Spanish America against Spain. It had originally military as well as political purposes. In the military objects the United States could take no part; and indeed the necessity for such objects ceased when the full effects of Mr. Monroe's declarations were felt. But the specific objects of the Congress, the establishment of close and cordial relations of amity, the creation of commercial intercourse, of interchange of political thought, and of habits of good understanding between the new Republics and the United States and their respective citizens, might perhaps have been attained had the administration of that day received the united support of the country. Unhappily they were lost; the new states were removed from the sympathetic and protecting influence of our example, and their commerce, which we might then have secured, passed into other hands, unfriendly to the United States.*

"*In looking back upon the Panamá Congress from this length of time, it is easy to understand why the earnest and patriotic men who endeavored to crystallize an American system for this continent failed. One of the questions proposed for discussion in the conference was 'the consideration of the means to be adopted for the entire abolition of the African slave trade', to which proposition the committee of the United States Senate of that day replied: 'The United States have not certainly the right, and ought never to feel the inclination, to dictate to others who may differ with them upon this subject; nor do the committee see the expediency of insulting other states with whom we are maintainning relations of perfect amity by ascending the moral chair and proclaiming from thence mere abstract principies, of the rectitude of which each nation enjoys the perfect right of deciding for itself'. The same committee also alluded to the possibility that the condition of the islands of Cuba and Porto Rico, still the possesions of Spain and still slave-holding, might be made the subject of discussion and of contemplated action by*

Por lo demás, de esos principios que Bolívar había proclamado no se apartó Colombia una línea mientras el Libertador presidió sus destinos.

En 1827 el secretario de Relaciones Exteriores, ratificando la adhesión de la república a ellos, decía al Congreso de ese año:

"Uno de los primeros cuidados del Poder Ejecutivo, luego que principió sus funciones en 1821, fue el de contraer relaciones y estrecharlas con los nuevos Estados de América, con los cuales tenía Colombia comunidad de intereses y de principios. Varias misiones fueron dirigidas inmediatamente a México, Perú, Chile y Buenos Aires con el objeto de realizar el espléndido proyecto, concebido por el Libertador presidente, de una confederación americana y de un Congreso en Panamá. Se adoptaron como bases del nuevo sistema federativo: 1ª, que los Estados americanos se aliasen y confederasen perpetuamente, en paz y en guerra, garantizándose mutuamente la integridad de sus territorios; 2ª, que para hacer efectiva esta garantía se estuviese al *uti possidetis* de 1810, según la demarcación de territorios de cada capitanía general o virreinato erigido en Estado soberano".

IV

El Libertador dio inequívocas pruebas de su interés por que fuera el respeto al derecho la norma de las relaciones entre los Estados americanos, y las dio también de sus generosos anhelos de ver asegurada la libertad para todos los pueblos americanos. "Después de haber permanecido pocos días en La Paz, el Libertador continuó su viaje al Potosí, hermosa ciudad fabricada en la pendiente del cerro argentífero de este nombre, cuyas minas han producido tan inmensas riquezas. Realizóse entonces lo que se tuvo por sueño en las selvas del Orinoco, cuando decía Bolívar, después de su

---

the Panama Congress. 'If ever the United States (they said) permit themselves to be associated with these nations in any general Congress assembled for the discussion of common plans in any way affecting European interests, they will, by such act, not only deprive themselves of the ability they now possess of rendering useful assistance to the other American States, but also produce other effects prejudicial to their interests'". (Davis, "Notes", Treaty Volume (1776-1887), p. 1273, *A Digest of International Law*, John Bassett Moore, Washington D.C., U.S. Government Printing Office, 1906).

derrota en Casacoima: *que llevaría sus armas triunfantes hasta las cimas del Potosí*. En aquellas circunstancias parecía esta proposición el sueño de un delirante; pero estaba en los cálculos, en los grandes proyectos y en la fuerte voluntad de Bolívar el realizarla, asegurando la independencia y la libertad de la América del Sur.

"El 16 de octubre recibió el Libertador en audiencia solemne, como jefe supremo del Perú, a varios miembros del cuerpo diplomático y a una comisión dirigida por el gobierno de Buenos Aires. Componíanla el general D. Carlos Alvear y el doctor D. José María Díaz Vélez. Era su objeto felicitar a Bolívar por sus triunfos en el Perú y por los eminentes servicios que había prestado a la causa de la libertad e independencia del Nuevo Mundo, las que dijeron el Libertador había afianzado irrevocablemente. En esta felicitación honrosa, y que parecía sincera entonces, contenida en el discurso pronunciado por Alvear, así como en la contestación del Libertador, se trató de los insultos que el emperador del Brasil había irrogado a las Repúblicas Argentina y de Bolivia, expresándose los diputados y el Libertador con bastante acaloramiento. Se temía entonces que D. Pedro, el nuevo emperador, quisiera hostilizar a las Repúblicas de la América del Sur. Fundábanse estas sospechas en algunas violencias que un oficial del emperador había cometido, sin provocación alguna, en la provincia de Moxos y Chiquitos, perteneciente al Alto Perú. Era el otro fundamento, que D. Pedro I quería apoderarse, reteniéndola, de la banda oriental del Río de la Plata, parte integrante del territorio de la República de Buenos Aires. En caso de realizarse tales sospechas y que la guerra presentara un carácter de hostilidad de parte del único gobierno monárquico que existía en el continente americano contra las Repúblicas, el Libertador quería hallarse en aptitud de socorrer a Buenos Aires. Fue en este objeto que pidió permiso al Congreso de su patria para trasladarse al territorio argentino. Felizmente, aquellos temores se disiparon por la conducta moderada que usó D. Pedro con las nuevas Repúblicas y por las seguridades que les diera de que respetaría sus gobiernos. Bolívar aun había mandado avanzar a Cochabamba una de las divisiones de su ejército, a fin de acercarla al teatro de operaciones"[13].

13. J.M. Restrepo, *op. cit.*, t. III, cap. IX. Sobre el objeto de la misión argentina enviada al Libertador y sobre los propósitos de este, en relación con la política argentino-brasileña,

Asimismo el Libertador se preocupaba de la manera de dar libertad a la isla de Cuba. Hallándose en Chuquisaca recibió del señor Manuel Vidaurre una carta en la que se le avisaba haber llegado a Lima uno de los Iznagas, acaudalados comerciantes de Cuba. Decía Vidaurre de aquel señor que "es su ansia ver libre su patria, y de nadie lo espera sino del que dio la libertad al resto de la América". Bolívar se puso inmediatamente en comunicación con Iznaga y pidió a este todos los datos necesarios para poder combinar un plan de operaciones sobre Cuba.

Desgraciadamente, nada se pudo adelantar, por aquel entonces, en relación con la libertad de Cuba. El gobierno de Colombia estaba de acuerdo con Bolívar en cuanto al propósito de este sobre Cuba, y con el representante diplomático de México en Bogotá habíase acordado, desde agosto de 1824, una acción combinada sobre Cuba y Puerto Rico. Más aún: habíanse principiado los preparativos para formar una escuadra que debía reunirse y zarpar de Cartagena, al mando del general Lino de Clemente, para ir a atacar aquellas dos islas.

Pero entonces se hicieron ostensibles los esfuerzos de los gobiernos de Estados Unidos de América y de Inglaterra en el sentido de conseguir que Cuba y Puerto Rico se conservaran bajo el dominio de España. En sentido análogo se interesó el gobierno de Rusia. Una extensa comunicación de Mister Clay a Mister Middleton, ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en San Petersburgo, hacía mención del punto relativo a Cuba y Puerto Rico y del interés de España en poner un término a las hostilidades en América, a fin de poder conservar aquellas dos ricas islas.

Fue más adelante el gobierno americano: solicitó del de Colombia la suspensión de cualquiera expedición sobre Cuba y Puerto Rico. Esa

difieren mucho en sus apreciaciones los historiadores americanos. Mitre refiere los hechos de muy distinta manera que Restrepo; pero en este como en otros capítulos de historia americana Mitre se muestra muy prevenido contra Bolívar, en quien, antes que todo, ve el ambicioso, el dictador, el delirante, con delirios de dominación y de gloria. Pero la verdad es que del texto de las conferencias celebradas en Chuquisaca, en diciembre de 1825, entre el Libertador y los enviados argentinos, no se desprende nada que empañar pudiera la pureza de los propósitos de Bolívar en este asunto. Los mismos escritores argentinos se han encargado de la defensa de Bolívar. Véase Daniel Florencio O'Leary, *Memorias del general O'Leary*, Caracas, Imprenta El Monitor, 1883, v. II, pp. 439-440.

solicitud acompañóse, por parte del gobierno de Washington, de la expresión de las esperanzas que abrigaba el presidente de los Estados Unidos de que todas o la mayor parte de las grandes potencias europeas unirían sus esfuerzos y sus buenos oficios a fin de persuadir a España de que cesara en sus hostilidades contra sus antiguas colonias, que hiciera la paz con ellas y que reconociera su independencia. Hablando de la consecuencia de que Colombia suspendiera toda expedición sobre las Antillas españolas, el gobierno americano decía: "Esta moderación influirá sobremanera en que produzcan buenos efectos los pasos que se están dando con España para la consecución de la paz. La demora será también muy útil, porque dará el tiempo suficiente para la meditación, sin encender más los ánimos, ya demasiado irritados con la duración de la guerra".

El gobierno de Colombia contestó al de los Estados Unidos lo siguiente: "Queriendo dar prueba de deferencia hasta en un negocio en que Colombia no puede decidir por sí sola, no acelerará, sin grave motivo, operación ninguna de gran magnitud contra las Antillas españolas hasta que, sometida la proposición al juicio del Congreso americano del istmo, se resuelva sobre ella de consuno por los aliados en la presente guerra".

De los documentos mencionados se deduce el vivo interés que tomaban los Estados Unidos en la cuestión de la independencia de Cuba y Puerto Rico. No la quería su gobierno, que prefería el que estas islas conservaran su carácter de colonias de la España. Díjolo bien claramente en la referida nota a Mister Middleton:

"Ellos (los Estados Unidos) están satisfechos con el actual estado de aquellas islas, abiertas ahora al comercio y a las empresas de sus ciudadanos. Así no desean para sí mismos alteración ninguna en su sistema político. Si Cuba y Puerto Rico se declararan independientes, el número y el carácter de su población harían improbable que pudieran sostenerla. Esta prematura declaración podría atraer la renovación de las terribles escenas de que una isla vecina fue teatro lamentable. Tan triste resultado no se podría evitar sino con la garantía de una grande fuerza extranjera. Empero el arreglo de esta garantía y de las cuotas que deberían dar las diferentes potencias suscitaría cuestiones bien difíciles de transarse. Nada de esto sucederá si la España continúa dominándolas. En caso de que alguna de las nuevas

Repúblicas se apodere de las islas mencionadas, las fuerzas marítimas de ninguna de ellas no serán capaces en mucho tiempo de aquietar los temores que se tendrán sobre la seguridad de dichas colonias. Créese, además, que los nuevos Estados no desean ni intentarán la adquisición de Cuba y Puerto Rico, si no se les obliga a esto, para su propia defensa, por la prolongación de la guerra.

"El gobierno inglés, por medio de su ministro Mr. Canning, manifestó igualmente al enviado de Colombia en Londres las miras de la Gran Bretaña acerca de Cuba y Puerto Rico. Observó en una conferencia que era indispensable el derecho que tenían los nuevos Estados de invadirlas, como posesiones de su enemigo; pero que si alguna de las nuevas Repúblicas, por sí sola o coligada por otra, se apoderaba de Cuba, era de absoluta necesidad que se estableciese en esta isla un gobierno de suficiente fuerza moral y física para precaver desórdenes semejantes a los de una isla vecina, porque la menor apariencia de debilidad o poca cordura en su gobierno, el menor indicio de insubordinación en la esclavitud, daría pretexto a otras naciones para mezclarse en los negocios de Cuba, para mantener allí una fuerza armada, y tal vez para enseñorearse de tan interesante colonia.

"Impuesto el Ejecutivo colombiano de las miras que tenían algunas potencias respecto de Cuba y Puerto Rico, y sabiendo que el emperador de Rusia, aunque hubiera contestado de una manera vaga a las indicaciones del presidente de los Estados Unidos, dejando al arbitrio de la España el decir lo que tuviera por conveniente sobre la cuestión de la independencia de sus antiguas colonias, daba, sin embargo, pasos para inclinar el ánimo de Fernando VII hacia la paz, resolvió ver si podía acelerar aquel hermoso día, negociando primero una tregua. Propúsola, pues, por medio del gobierno de S.M.B. y del de los Estados Unidos; también solicitó al efecto los buenos oficios de la Francia para conseguirla. Debía tener por bases capitales: primero, la cesación de hostilidades por diez a veinte años; segundo, que durante el armisticio, ni Colombia emplearía sus armas en favor de la emancipación de las islas de Cuba, Puerto Rico y Marianas o Filipinas, ni la España aumentaría el armamento o fuerza de las mismas islas, aun cuando continuaran las hostilidades con las Repúblicas de México y de la América Central. Los demás artículos del proyecto de armisticio eran

los consiguientes a tal estado entre los beligerantes. Disponíase por uno de ellos se solicitara que la Gran Bretaña sirviera de garante del Tratado, y que si esta potencia convenía, fuera obligatorio que se admitiera por ambas partes su garantía"[14].

Como se ve, la influencia de las grandes potencias, y muy en especial la de los Estados Unidos, fue la que impidió que se hubiera consumado, desde 1825 o 1826, la libertad de Cuba y Puerto Rico, como el Libertador lo anhelaba y como el gobierno de Colombia lo quería.

En aquella época presidían los destinos de los Estados Unidos de América hombres como Monroe y Adams, y pudiera quizá decirse que la actitud de la Cancillería de Washington fue leal para con España, y no la expresión de ulteriores imperialistas propósitos sobre Cuba. Todavía en aquellos años la política exterior del gobierno de los Estados Unidos era profundamente justiciera para con los demás Estados de América. El imperialismo americano germinó más tarde y alcanzó su más alta cumbre con la administración que llevó a cabo el escandaloso despojo del departamento colombiano de Panamá.

V

No vamos a escribir aquí la historia del primer conflicto internacional que llevó en América a dos pueblos hermanos, que habían mezclado su sangre en la lucha por la emancipación, a despedazarse en los campos del Pórtete de Tarqui. Asaz conocida es la historia de ese conflicto, que, germinado en los albores de la vida republicana de la Gran Colombia y del Perú, ha perturbado constantemente la buena armonía entre ellos, y sigue siendo en el horizonte internacional de América nube cargada de peligros y engendradora de inquietudes.

Pero si, como decimos, no es nuestro propósito el de escribir aquí aquella historia, cuyo final es aún desconocido, sí queremos poner de relieve los esfuerzos hechos por Bolívar y Colombia por evitar que germinara ese conflicto; los esfuerzos, repetidos después, por evitar que se desarrollara;

14. J.M. Restrepo, *op. cit.*, t. III, cap. IX.

la norma invariable de justicia, a la que se ajustaron para prevenirlo y terminarlo; la terminación generosa, inspirada en un espíritu altamente fraternal y americano que le dieron después de Tarqui, tan generosa que, precisamente por el exceso de generosidad, dio ocasión a que reviviera el conflicto, con caracteres de agravación, y a que, redivivo, haya dado origen a tantos males en las relaciones internacionales de Colombia (entendiendo aquí por Colombia las repúblicas herederas de ella).

El Libertador comprendió desde los primeros días del ejercicio de su cargo de presidente de Colombia, que había precisión de deslindar aquel territorio inmenso, en cuya comunión iba a vivir el pueblo colombiano. Ese deslinde era tanto más preciso cuanto las cédulas y reales órdenes que habían fijado la demarcación territorial de los virreinatos, capitanías, presidencias, etc., cédulas y ordenes de las cuales se haría derivar el *uti possidetis*, proclamado como base de la demarcación de los nuevos Estados, era sobremanera imperfecto. No se fijaban líneas claras y precisas[15] sino líneas imaginarias, en gran parte, o aproximadas. Señalábanse como pertenecientes a tal o cual virreinato, a esta o aquella capitanía, etc., regiones dilatadísimas, sin decir el punto fijo en que esas regiones terminaban. Y cuando ellas comprendían desiertos inmensos, inhabitados, desconocidos para el hombre, como eran las del Orinoco, del Amazonas, etc., verdaderamente era casi imposible el determinar el lindero legal de ellas.

El litigio secular entre las coronas española y lusitana, litigio que apenas se concluía, al parecer, por un tratado cuando ya renacía por el concurso de nuevos acontecimientos y de ulteriores dificultades, y que fue objeto de tantos tratados como diferentes fases el conflicto tomaba (Tratados de Tordesillas, Tratado de 1750, *id.* de 1761, *id.* de 1777, etc.), debía hacer comprender a Bolívar y a los fundadores de aquella gran nación, constituida sobre los vastos territorios españoles, bañada por dos océanos, por el Orinoco, el Amazonas, etc., cuán difícil, cuán largo sería el deslinde de Colombia con los herederos de Portugal. España y Portugal habían añadido a los esfuerzos para ese deslinde las reservas de sus tesoros, los talentos y

15. Francisco González Suárez, *Historia general de la República del Ecuador*, Quito, Imprenta del Clero, 1890, t. VI, cap. V.

energías de hombres como Requena y Chermont, y, sin embargo, el deslinde no se verificó. ¿Cuán grande no era, pues, el problema para los nuevos Estados?

Bolívar, repetimos, lo comprendió así, y desde 1821 se preocupó de enviar misiones diplomáticas al Brasil y al Perú, encargadas de promover un arreglo pronto sobre límites; como se preocupó también, un poco más tarde, del fomento de las misiones religiosas en los territorios desiertos de Colombia, porque él sabía bien que si alguna acción se había ejercido allí era la de los misioneros[16]; que los monarcas de España habían fijado las demarcaciones territoriales en América, en buena parte por indicaciones de los misioneros y tomando por base la demarcación eclesiástica de las misiones; que algunas demarcaciones coloniales, como la de la inmensa región de Mainas –objeto precisamente de la disputa entre Colombia y el Perú–, no se podían comprender ni definir sin estudiar lo que eran las misiones de los jesuitas, franciscanos y otras órdenes en el Amazonas, Putumayo[17], etc.; que fueron los misioneros los que descubrieron e hicieron penetrar unos cuantos rayos de luz cristiana y de civilización en aquellos desiertos; que allí rindieron su vida generosa muchos de ellos, y que por los mismos fueron relativamente conocidos; que fueron los trabajos de un Fritz, de un Brentano, de un Richter, y de tantos otros misioneros abnegados, los que sirvieron después de base a los de La Condamine y otros sabios; sin los trabajos de los frailes de la propaganda Fidei, de Quito y Popayán, sin los

16. Una ley anterior a 1828 había suprimido los conventos menores y dificultado la entrada de novicios a las comunidades religiosas. El Libertador la derogó en 1828, aprovechándose de la plenitud de facultades de que se hallaba investido. Don José Manuel Restrepo, ministro del Interior, anunció a los prelados de Venezuela dicha medida en los siguientes términos:
"Ya V.S.I. habrá visto los decretos acordados por el Libertador presidente en 10 y 11 de este mes (julio de 1828) restableciendo los conventos menores que se habían suprimido y concediendo que entren novicios en las órdenes regulares. Su excelencia ha tenido para estas medidas el poderoso fundamento, que puede llamarse de una importancia vital para Colombia, de establecer las misiones que casi han desaparecido en la gran extensión que hay desde el Amazonas hasta las costas de Cumaná. La religión, la moral y el bien del Estado exigían esta medida". Véase J.F. Blanco y R. Azpurúa, *op. cit.*
17. Francisco González Suárez, *La cédula del 15 de julio de 1802*, Quito, Imprenta del Clero, 1913.

de los carmelitas en el Orinoco, etc., etc., ni siquiera se tendrían aquellas pocas noticias de las desiertas regiones colombianas; noticias que sirvieron de guía, aunque fuese ella muy imperfecta, para las primeras leyes internas territoriales y las primeras disposiciones administrativas que se dictaron en Colombia, en la parte relativa a aquellos territorios, como habían servido también, para fines análogos, en la época colonial.

Decíamos que desde 1821 se preocupó Bolívar del arreglo de las fronteras de Colombia con el Brasil y el Perú y del envío de misiones diplomáticas a estos países, destinados a obtener el dicho arreglo.

La misión al Perú, según antes lo hemos recordado, fue confiada a uno de los más ilustres colombianos, al señor don Joaquín Mosquera, varón prestantísimo, ilustre por su talento, por su probidad, por su ilustración, por su posición social y política. El señor Mosquera planteó en Lima la cuestión de fronteras entre Colombia y el Perú, sobre aquella base de justicia que Bolívar y Colombia proponían a los pueblos americanos, como norma para su recíproca demarcación, el *uti possidetis juris* de 1810. Desgraciadamente, el ministro peruano Monteagudo proclamó otra contraria. Este decía a Mosquera que el Perú consideraba las provincias de Jaén y Mainas como su territorio, no como partes que hubieran sido del Virreinato del Perú, sino porque "a consecuencia de la revolución de Trujillo se habían libertado dichas provincias, y que las armas del Perú, con gastos de consideración, habían sostenido su independencia"[18].

Así colocaban Monteagudo y San Martín la primera piedra de escándalo en las relaciones internacionales de los nuevos Estados americanos, apartándose de las reglas de justicia sostenidas por Bolívar y Colombia y tratando de sustituirlas por las leyes precarias de supuestas incorporaciones.

Cuando Mosquera, abogando por el derecho, decía a Monteagudo: "El que suscribe cree que en nada ofende a las atribuciones legislativas del pueblo peruano el reconocimiento de los límites de Colombia, tanto menos, cuanto son los mismos que de hecho y de derecho han tenido antes Venezuela y Nueva Granada, que hoy forman la República de Colombia".

18. Así lo anunció Mosquera al ministro de Relaciones Exteriores de Colombia en oficio del 12 de julio de 1822.

Monteagudo, abogando tácitamente por la usurpación, replicaba: "Cualquiera que haya sido, en varias épocas, la demarcación del territorio de la Nueva Granada, ella no funda su derecho para que al formar los pueblos un nuevo pacto entre sí reconozcan otro principio que no sea su propio consentimiento para entrar en la asociación que les convenga. De otro modo, sería forzoso concluir que, trastornado enteramente el gobierno español, aún quedaba subsistente, en parte, el régimen económico del territorio emancipado"[19].

La misión de Mosquera no tuvo práctico resultado, y la confiada al mariscal Sucre después no pudo realizarse por haberse encargado Sucre de la presidencia de Bolivia[20].

Siguió luego la verdadera emancipación del Perú, llevada a término por Bolívar y por los ejércitos y recursos de Colombia. Vinieron aquellos días épicos en que la sangre colombiana corría generosa sobre las tierras del Perú, en que el sol de Colombia brillaba espléndido en Junín y Ayacucho, en que Bolívar era el semidiós adorado por los pueblos del Perú, revestido de toda la amplitud de los poderes públicos[21], en que nada podía oponerse a su omnipotente voluntad; vinieron, decimos, aquellos días y el conflicto se olvidó entre los abrazos de confraternidad, en derredor de los vivacs de los campamentos[22]. Bolívar, que con una sola palabra habría podido fijar los linderos de los pueblos redimidos por él, cualquiera que esos linderos fueran; Bolívar, consecuente siempre con los impulsos generosos y

19. Casi después de un siglo el señor Mariano H. Cornejo, defensor del Perú en España en el litigio de límites con el Ecuador, volvió a sostener la doctrina de Monteagudo, tan perturbadora de la paz de América.
20. Enrique Olaya Herrera, *Cuestiones territoriales*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1905.
21. Bolívar había alcanzado el apogeo de la gloria humana. Era uno de los hombres más grandes que hubiera producido el Nuevo Mundo después de su descubrimiento. Ambos mundos lo admiraban. La América del Sur lo aclamaba su Libertador. B. Mitre, "Apogeo, decadencia y caída de Bolívar", *op. cit.*, v. IV, cap. L.
22. En 29 de abril de 1825 el encargado de negocios de Colombia en Lima, por insinuaciones recibidas del Libertador, decía a su gobierno que mientras el Libertador y el ejército colombiano estuviesen en el Perú debía suspenderse, por delicadeza, toda discusión sobre límites. Entonces el gobierno de Bogotá, anheloso siempre de buscar a la enojosa cuestión de fronteras solución amigable y digna, instruyó a la legación en Lima para que procurara obtener del gobierno del Perú que esa cuestión se resolviera en el proyectado Congreso de Panamá.

delicados de su espíritu y con su amor a la justicia, nada hizo por fijar esos linderos y dejó a la lealtad, a la gratitud del pueblo peruano el cuidado de respetar aquellas legítimas fronteras, cuyo respeto Mosquera reclamaba en 1822.

Pero una vez que el Libertador abandonó el territorio peruano, y en los momentos en que la tempestad política principiaba a desatarse sobre Colombia y la ola de las más insanas pasiones a estrellarse contra Bolívar, la pretensión del Perú a Mainas y Jaén revivió[23] al calor de la ambición de los jefes del gobierno peruano; entonces creció aquella esfinge del litigio territorial colombiano-peruano que se levanta aún, a orillas del Amazonas, amenazando la tranquilidad de un continente.

Singular coincidencia que la historia no puede menos de recoger: al mismo tiempo que se afilaban los puñales destinados a herir el corazón de Bolívar, se aprestaban en el sur las expediciones destinadas a destruir a Colombia. Así la perfidia trataba de aunar el asesinato de septiembre con la invasión de diciembre de 1828. La Mar penetró en el territorio de Colombia diciendo: "que las armas del Perú eran las de la libertad, que la América estaba amenazada de perderla y que debía levantarse en masa contra los proyectos ambiciosos del dictador de Colombia". Elogiaba el conato de asesinato, el ataque perpetrado contra el Libertador el 25 de septiembre, y excitaba a los pueblos a que hicieran al gobierno de su patria una traición, que se atrevía a llamar generosa. Así La Mar equiparaba su espada con los puñales de septiembre. Quería él también estrellarse contra Bolívar,

23. El 7 de marzo de 1825 el señor Cristóbal Armero, encargado de negocios de Colombia en Lima, renovó la protesta que se había hecho anteriormente por el plenipotenciario Mosquera con motivo de haber convocado nuevamente el gobierno del Perú a elecciones a los pueblos de la provincia de Jaén y a los de la banda meridional de Mainas.
El 1º de abril de 1825 reiteró la protesta anterior, acompañándola de una fundada exposición de los antecedentes del asunto.
El 2 de diciembre de 1826, con motivo del nombramiento de obispo, hecho por el Consejo de Gobierno para la provincia de Mainas, insistió el señor Armero en sus protestas.
Estas comunicaciones fundadas y enérgicas hicieron al señor Armero persona ingrata para el gobierno peruano; además, él había aceptado la representación personal del mariscal Sucre para varios asuntos pendientes con el dicho gobierno, tan hostil al ilustre mariscal como al Libertador. Estos antecedentes contribuyeron, en buena parte, a la injustificable expulsión del señor Armero.

porque Bolívar era Colombia, porque Bolívar era el guardián de la justicia en América, el protector de la integridad de la débil Bolivia; porque, en fin, Bolívar, y Colombia con él, eran y serían el muro infranqueable puesto contra las usurpaciones extranjeras y las ambiciones del caudillo peruano.

VI

Que los Estados americanos han contribuido muy notablemente al desarrollo del derecho internacional, es punto que no puede ya ponerse en duda, pues que aquella contribución se halla hoy solemne y universalmente reconocida. A la contribución dicha pueden imputarse, en primer término, los siguientes resultados: la aplicación de principios y sistemas fundados en el derecho natural y contrarios a los sistemas y principios adoptados y practicados entre los viejos Estados de Europa; la realización relativa de ideales de justicia internacional, señalados apenas en los escritos de los enciclopedistas y filósofos europeos de los siglos XVIII y XIX. Ahora bien, sin tratar de disminuir en nada la importancia de los demás elementos que constituyen la valiosa contribución americana al derecho internacional, y como conclusión de lo expuesto anteriormente, nos atrevemos a decir que en esa contribución tienen la mejor parte Bolívar y Colombia.

En la mente de Bolívar, en el cerebro fecundo de aquellos hombres extraordinarios que le acompañaron en la propaganda de los principios civilizadores de justicia internacional, están los mejores gérmenes de lo que se llama hoy por algunos el derecho internacional americano[24].

24. "Sería hasta presunción de mi parte el tratar de hacer el elogio de los países del Nuevo Mundo; pero la verdad me obliga a decir que fue América la primera que entró en esta vía de civilización, de paz y de concordia. En efecto, puede decirse que el principio de Derecho público que rige las relaciones de las Repúblicas sudamericanas fue sentado por el Tratado concluido el 6 de julio de 1822 entre la antigua República de Colombia y el Perú. En ese Tratado, obra del Libertador Bolívar, se proclamó solemnemente el principio del Arbitraje internacional. En 1825 el mismo Libertador Bolívar concibió la feliz idea de reunir un Congreso de representantes de las Repúblicas sudamericanas. El Congreso se reunió en 1826, y entre las proposiciones hechas por los plenipotenciarios colombianos, por recomendación de Bolívar, figuraba precisamente la de procurar la creación de un Consejo anfictiónico compuesto de representantes de todas las Repúblicas sudamericanas y encargado de reglamentar todas las diferencias que se promovieran entre ellas". Jorge Holguín, delegado de

Verdad es que muchas de las ideas de Bolívar, en el orden internacional, como en el orden meramente político, han podido calificarse de irrealizables; verdad que el ensueño y la realidad se confundieron, en veces, en la mente de aquel "poeta guerrero o poeta de la espada"[25], como algunos han llamado al Libertador; pero si aquellas fueron ensueños, ¡qué ensueños tan nobles!; si aquellas fueron utopías, ¡qué utopías tan hermosas! Los ensueños, las utopías del derecho.

Y luego, preciso es convenir en que en el siglo transcurrido desde la emancipación americana hasta hoy, los ideales de Bolívar, en buena parte, han ido despojándose de las brumas del ensueño para tomar las formas de la realidad. La unión colombiana no es ni será otra vez la unión proclamada en 1819 ni la unión bajo el imperio centralista y absorbente de la Constitución de 1821; pero será la unión exterior, fundada en la recíproca autonomía, constituida sobre la base inconmovible de comunes anhelos y necesidades y vivificada por un culto común del pasado. La confederación americana encontrará hoy, como antaño, vallas casi insuperables en la falta de contacto moral y material suficiente entre los pueblos americanos, en el exagerado espíritu de independencia regional, en los litigios de fronteras aún pendientes, en la inestabilidad de algunos gobiernos, en las guerras civiles, no extinguidas aún; en las distintas formas de practicar el sistema democrático, en el diferente estado social, político y económico de los varios Estados de América; pero así y todo, no puede negarse que lo que se llama el panamericanismo significa hoy algo más que algunos lustros antes, que por aquí y por allá, en el continente americano, se determinan tendencias de varios Estados a agruparse y formar confederaciones, precursoras de una más general (confederación de las repúblicas de Centroamérica)[26],

---

Colombia en la segunda conferencia de La Haya, citado por Francisco José Urrutia, *La evolución del arbitraje en América: la sociedad de naciones*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1904.

25. José María Samper, *Juicio sobre Bolívar*; Remigio Crespo Toral, *Cien años de emancipación 1809-1909*, Quito, Imprenta de Santo Domingo, 1909.

26. Los tratados suscritos en Washington en diciembre de 1907, y sobre los cuales el autor de este trabajo publicó un estudio en el *Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia* (marzo de 1908), pusieron las bases de la confederación centroamericana entre las repúblicas que antaño formaron las provincias unidas de Centroamérica. Fruto de aquellos tratados fue la creación de la Corte de Justicia de Cartago y la de la oficina cen-

confederación llamada A.B.C., confederación colombiana (unión boliviana)[27].

Las conferencias panamericanas de Washington, de México, de Río de Janeiro, de Buenos Aires; los congresos científicos panamericanos también, las asociaciones de estudiantes, etc., ¿qué otra cosa son sino esfuerzos

---

troamericana, que, por medio de su órgano oficial, *Centroamérica*, presta importantísimos servicios a la Unión. Muchos publicistas distinguidos de Centroamérica creen que aquellos tratados no consagran, en debida forma, los vínculos naturales existentes entre las varias repúblicas y trabajan por constituir esa unión más estrecha y estable. En el voto razonado de la minoría de la Conferencia de la Paz, reunida en Washington en 1907, se encuentran estas apreciaciones, muy dignas de tomarse en consideración por quienes se interesan en la historia americana, tan llena de vicisitudes: "Hay un fenómeno sobre el cual llamamos la atención de los que puedan apreciarlo en todo su valor. Es en ocasiones tan violento el ardor que mostramos en nuestras luchas, que cualquiera diría que la más implacable enemistad nos separaba para siempre; pero viene en seguida una palabra de paz, y los hermanos se reconocen y se estrechan. Nunca ha habido en Centro América conquistas territoriales, indemnizaciones de guerra ni satisfacciones humillantes, impuestas de pueblo a pueblo por el abuso de la victoria. Cambiado el personal del gobierno, que ha sido invariablemente el objeto de nuestras invasiones, el vencedor se vuelve satisfecho a su hogar, sin exigir compensación de la sangre y la riqueza consumidas en la obra ni otra cosa que la amistad íntima del nuevo gobernante que deja en el poder".

27. Según lo anuncia la prensa de Caracas, el 27 de enero próximo pasado, los ministros diplomáticos de Colombia, Ecuador y Perú, acreditados en aquella capital, firmaron con el ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela un protocolo, en el cual quedaron consignadas las bases de la proyectada unión boliviana. Se espera en Caracas que el gobierno de Bolivia aceptará también este protocolo.

El Universal, de Caracas, refiriéndose a declaraciones del presidente de Venezuela y del ministro de Relaciones Exteriores de la misma, dice que se trata de celebrar solamente ciertas convenciones de acercamiento general, sin pactar nada que pueda traducirse por alianzas defensivas u ofensivas. Dentro de este propósito, que, según *El Universal*, es el del gobierno de Caracas, cabrían solo acuerdos de la naturaleza siguiente, acuerdos anotados en el mismo órgano de la prensa venezolana: acuerdo para dirimir entre sí sus controversias y disidencias actuales y futuras; para no ocurrir nunca a la guerra y para ir unidos a los congresos internacionales; para enlazar sus líneas telegráficas; para impedir que en un Estado se preparen revoluciones contra otro; para facilitarse la extradición de reos; para reconocerse recíprocamente los grados académicos; para reducir el porte de la correspondencia; para no hacer la guerra a nadie; para no solicitar la intervención extranjera, ni aceptarla para el arreglo de sus diferencias; para no enajenar, en ningún caso, su territorio; para no conceder a ninguna nación la administración de las rentas, etc.

Aun, sin un pacto sobre alianza, estas convenciones, y especialmente la primera, son de importancia muy capital, y la sola enunciación de ella hará que las deliberaciones del Congreso boliviano sean seguidas con interés palpitante en toda América.

en favor de la unión soñada por Bolívar y para la cual citó a las naciones americanas al Congreso de Panamá?

Y la serie, numerosa ya, de convenciones en las que se han arreglado viejas disputas fronterizas por medio del arbitraje[28], o por arreglos directos, en los que se ha interpretado el *uti possidetis* de 1810, ¿qué son, sino el tributo que en el transcurso del tiempo van rindiendo estos pueblos a los ideales generosos de Bolívar y de aquellos estadistas sus compañeros en el gobierno (Santander, Gual, Revenga, Vergara, Mosquera, etc., que soñaron con una América unida en el culto de la libertad y en el amor de la justicia?

Debemos repetir lo que en ocasión solemne decía el renombrado publicista argentino don Luis María Drago sobre la solidaridad americana[29]:

"Yo veo en la aproximación de estos pueblos algo como el espíritu de la democracia triunfante, que señalará horizontes más amplios, intelectuales y morales, al esfuerzo colectivo.

"Sudamérica comienza a salir de ese período indiferenciado de la infancia en que sólo preocupan los problemas que reclaman soluciones inmediatas.

"Es ella, en sí misma, un grande experimento, y dentro de los lineamientos y las orientaciones de la política que inicia el siglo XX, ha de ser, con seguridad, más fácil la victoria final de las instituciones republicanas en esta parte del mundo, si todos los pueblos de una raza, sean fuertes o débiles, que luchan por los mismos ideales, se prestan los unos a los otros el apoyo moral de su simpatía y su respeto para llegar al alto rango que les corresponde en la comunidad de las naciones.

---

28. Mencionaremos entre los litigios célebres terminados por arbitraje, los siguientes: Litigio entre Colombia y Costa Rica, terminado por la sentencia arbitral del presidente de Francia, de 11 de septiembre de 1900; Litigio entre Colombia y Venezuela, terminado por la sentencia arbitral de Su Majestad el rey de España, del 16 de marzo de 1891; Litigio entre el Brasil y la Argentina, terminado por sentencia del presidente Cleveland, del 5 de febrero de 1895; Litigio entre Chile y la Argentina, terminado por la sentencia de Su Majestad Británica, del 20 de noviembre de 1902; Litigio entre Haití y Santo Domingo, terminado por sentencia de su santidad el sumo pontífice. Sobre las convenciones de arbitraje celebradas en América, véase Henri La Fontaine, *Pasicrisie internationale,* Berna, Stämpfli, 1902; A. Álvarez, *op. cit.*; F.J. Urrutia, *op. cit.*

29. Discurso en el banquete ofrecido por el ministro de Chile al presidente de la República Argentina el 29 de mayo de 1913 citado por Francisco José Urrutia, *El ideal internacional de Bolívar*, Quito, Imprenta de Julio Sáenz R., 1911.

"Todas las fuerzas y todas las tendencias de la civilización concurren, por lo demás, a hacer que el patriotismo se aúne, sin debilitarse, con un sentimiento de benevolencia tolerante que, suprimiendo los celos mezquinos y las mezquinas rivalidades y sospechas, aproxima a los hombres, cualquiera que sea la agrupación a que pertenezcan, y los vincula en el trabajo por el bien común.

"El viejo ideal del cristianismo tiene así que ser, una vez más, nuestra inspiración y nuestra enseña para que las fronteras políticas del continente americano sean, no como las barreras que separan, sino como los contrafuertes que dan mayor solidez a la estructura total, o como los compartimientos herméticos, que en los buques bien construidos limitan la acción del agua en el momento del peligro e impiden el naufragio".

VII

Para terminar, resumimos así nuestras apreciaciones: Bolívar, el fundador y padre de Colombia, el libertador del Perú, el creador de Bolivia, el emancipador de Sudamérica, el iniciador y el sostenedor en el mundo de los principios del arbitraje, del *uti possidetis* y de la práctica de la mediación civilizadora, el promotor de la confederación americana[30], el adalid de los derechos de los Estados débiles, el defensor de Cuba en los nobles anhelos de esta por su libertad, no tiene rival posible en América; aun la gloriosa figura de Jorge Washington, en el orden internacional, se destaca con menos brillo que la de Simón Bolívar.

30. Precisa mencionar aquí, como un tributo a la justicia, al director supremo de Chile, O'Higgins, quien se hallaba en un corazón con Bolívar en cuanto al propósito de formar una gran confederación americana. En el manifiesto de O'Higgins al pueblo chileno, del 6 de mayo de 1818, habla de "la gran confederación del continente americano, capaz de sostener la libertad civil y política".
En general, los hombres notables de Chile, desde 1811, con clara visión del porvenir, preveían la necesidad de la unión de los Estados americanos. La *Declaración de los derechos del pueblo de Chile*, de 1810, decía así en el considerando 3º: "El día en que la América, reunida en un Congreso, sea de los dos continentes, sea de uno solo, el del Sur, hable al resto del mundo, su voz se hará respetar y sus resoluciones serán difícilmente contradichas". A. Álvarez, *op. cit.*, p. 45.

Si no tuviera Bolívar un puesto entre los primeros en la historia de la humanidad, como libertador y fundador de naciones, como político y como guerrero, como defensor de la libertad de los negros esclavos[31], lo tendría, y muy señalado, por sus grandes iniciativas y esfuerzos en el orden internacional.

31. "Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o revocación de todos mis estatutos o decretos; pero imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República". (Simón Bolívar, Discurso de Angostura, 15 de febrero de 1819).
Al Congreso de Cúcuta dirigió Bolívar el siguiente oficio, uno de los documentos más hermosos e importantes emanados de la brillante pluma del Libertador:
"A su excelencia el señor presidente del soberano Congreso de Colombia (…):
"La sabiduría del Congreso General de Colombia está perfectamente de acuerdo con las leyes existentes en favor de la manumisión de los esclavos; pero ella pudo haber extendido el imperio de su beneficencia sobre los futuros colombianos que, recibidos en una cuna cruel y salvaje, llegan a la vida para someter su cerviz al yugo. Los hijos de los esclavos que en adelante hayan de nacer en Colombia deben ser libres, porque estos seres no pertenecen más que a Dios y a sus padres, y ni Dios ni sus padres los quieren infelices. El Congreso General, autorizado por sus propias leyes y aún más, por la naturaleza, puede decretar la libertad absoluta de todos los colombianos al acto de nacer en el territorio de la República. De este modo se concilian los derechos posesivos, los derechos políticos y los derechos naturales.
"Sírvase V.E. elevar esta solicitud de mi parte al Congreso General de Colombia para que se digne concedérmela en recompensa de la batalla de Carabobo, ganada por el Ejército Libertador, cuya sangre ha corrido sólo por la libertad.
"Dios, etc.

Simón Bolívar".
Valencia, 14 de julio de 1821.

D.F. O'Leary, *op. cit.*, v. XVIII, p. 387.

ERNESTO DE LA CRUZ

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL*

DESPUÉS DEL DESASTRE de Rancagua, los restos dispersos de nuestro ejército tramontaban apresuradamente los Andes. En vano el general Carrera trataba de salvarlos, no para la vida en una fuga precipitada, sino para la patria en una concentración oportuna y eficiente.

Al otro lado de los Andes, San Martín recibía entre sus brazos al heroico derrotado de Rancagua, mientras volvía la espalda, con gesto de impaciencia, al intrépido vencedor del Roble.

Si este primer paso del futuro protector del Perú, relativamente a la política chilena, fue o no acertado; si la elección que hizo entre los dos grandes caudillos de la libertad de Chile fue equitativa o siquiera justificada, son puntos difíciles de dilucidar aún, porque la historia, a pesar de los años transcurridos, no se ha purificado del todo del sedimento de las pasiones. Pero es lo cierto que a este acto de discutible habilidad política no se le envolvió en las formas diplomáticas o siquiera caballerosas de las buenas maneras y de la cortesía. San Martín fue con Carrera, en esta ocasión, rudo como los gauchos incultos de la pampa.

La amistad trabada entre San Martín y O'Higgins data desde entonces. Juntos organizaron el ejército de los Andes; juntos tramontaron la alta cordillera, y juntos asistieron a la gloriosa jornada del 12 de febrero en Chacabuco; juntos llegaron a la ciudad que fundó Valdivia, y juntos compartieron aquí los festejos del triunfo; juntos sufrieron las angustias de la derrota en Cancha Rayada, y juntos asistieron al clarear glorioso de

* *Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur, por los más grandes escritores americanos*, Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1944, t. I, pp. 299-351.

la patria nueva en los campos de Maipú; juntos organizaron, afianzada ya nuestra independencia, la expedición libertadora del Perú, y, desde el seno tenebroso de la logia Lautarina, juntos resolvieron graves problemas de nuestra política interior[1].

El carácter dominante del general San Martín halló, en esta época gloriosa de su vida, el contrapeso necesario en el carácter un tanto despreocupado y afable de O'Higgins. Es por eso que durante este tiempo no encuentra tropiezos en su marcha hacia la conquista del porvenir. Pero desde que salió de Chile, terminados ya los aprestos de la expedición libertadora del Perú y se separó de O'Higgins, las dificultades comienzan con Cochrane en El Callao, continúan con Las Heras, Monteagudo y Torre Tagle en Lima, y van a terminar con Bolívar en Guayaquil.

El triunfo de los patriotas en Pichincha y la capitulación del general Aymerich obligaron al coronel español don Basilio García a rendir sus armas a las del Libertador, franqueándosele a este el paso hacia el pueblo de Pasto, sito en los confines meridionales de Colombia, adonde llegó el 8 de junio de 1822. Días más tarde, el 16 del mismo mes, Bolívar entraba triunfalmente en Quito.

Al arribo a esta capital hubo de experimentar la doble satisfacción de haber avanzado un paso más en la libertad de la América y de saber que los quiteños habían suscrito, espontánea y libremente y con las formalidades del caso, la anexión de sus territorios a la República de Colombia (13 de junio de 1822).

Desde ese instante pudo pensar Bolívar que la incorporación de Guayaquil a aquel Estado, en la misma forma y condiciones que los territorios septentrionales del Ecuador, era justa y legítima, ya que Guayaquil correspondía, con Cuenca y Loja, a la presidencia de Quito, que se había anexado,

1. El propio San Martín, en carta a Miller, datada en Bruselas a 19 de abril de 1847, le decía: "No creo conveniente hable usted lo más mínimo de la logia de Buenos Aires: estos son asuntos enteramente privados y que, aunque han tenido y tienen una gran influencia en los acaecimientos de la revolución de aquella parte de la América, no podrán manifestarse sin falta, por mi parte, de los más sagrados compromisos". José de San Martín, *San Martín. Su correspondencia, 1823-1850*, Córdoba, Argentina, Editorial Assandri, 1950, pp. 72-73.

como hemos dicho, por propia voluntad a Colombia, de la que entraba, en consecuencia, a formar parte integrante.

Cuatro días después de su arribo a Quito dirigió a San Martín el siguiente oficio:

> Al llegar a esta capital, después de los triunfos obtenidos por las armas del Perú[2] y Colombia en los campos de Bomboná y Pichincha, es mi más grande satisfacción dirigir a vuecencia los testimonios más sinceros de la gratitud con que el pueblo y gobierno de Colombia han recibido a los beneméritos libertadores del Perú, que han venido, con sus armas vencedoras, a prestar su poderoso auxilio en la campaña que ha libertado tres provincias del sur de Colombia y esta interesantísima capital, tan digna de la protección de toda América, porque fue una de las primeras en dar el ejemplo heroico de libertad. Pero no es nuestro tributo de gratitud un simple homenaje hecho al gobierno y ejército del Perú, sino el deseo más vivo de prestar los mismos y aun más fuertes auxilios al gobierno del Perú, si, para cuando llegue a manos de vuecencia este despacho, ya las armas libertadoras del sur de América no han terminado gloriosamente la campaña que iba a abrirse en la presente estación.
> Tengo la mayor satisfacción en anunciar a vuecencia que la guerra de Colombia está terminada y que su ejército está pronto a marchar dondequiera que sus hermanos lo llamen, y muy particularmente a la patria de nuestros vecinos del Sur, a quienes por tantos títulos debemos preferir como los primeros amigos y hermanos de armas.
> Acepte vuecencia los sentimientos, etc.
>
> Cuartel general en Quito, a 17 de junio de 1822.
> *Bolívar*

Entretanto seguía avanzando con sus armas hacia el mediodía.

Ya en mayo de aquel año, aun antes de la ocupación de Pasto, había enviado como plenipotenciario a Lima al señor Joaquín Mosquera, a fin de negociar un tratado de unión con el Perú, que se procuraría hacer extensivo a Chile y Buenos Aires.

2. La división peruana, al mando de don Andrés de Santacruz, auxiliadora del ejército de Colombia en la campaña de Quito.

Aquel proyecto de convenio, ideado por el Libertador, y al que había dado forma el ministro de Relaciones de Colombia, señor Gual, encontró acogida en la Cancillería peruana, servida a la sazón por don Bernardo Monteagudo[3].

Solo un artículo de ese proyecto embarazó la negociación desde el primer momento: el relativo a la suerte de Guayaquil que, según él, se anexaba a Colombia, lo que no era aceptado por Monteagudo, pues entraba en los planes del protector el que el Perú contara con ese puerto.

Después de dilatadas conferencias, los plenipotenciarios transaron. Mosquera retiró del proyecto el artículo relativo a la anexión de Guayaquil, dejando la resolución definitiva de este punto para una convención posterior, y Monteagudo convino en que el Perú no convocaría a elecciones de representantes al Congreso a los habitantes de Quijos y Mainas residentes allende el Marañón.

Esto significaba, en nuestro sentir, si no el reconocimiento de la soberanía de Colombia sobre aquellos territorios, por lo menos, el reconocimiento de un mejor derecho que el Perú a su dominio.

Pero Bolívar no se redujo a preparar el campo en el Perú acreditando ante el gobierno de aquel país un emisario especial, sino que se preocupó muy principalmente, y desde largo tiempo atrás, de alcanzar también en Guayaquil una situación que le permitiera obtener por medios pacíficos y en el momento oportuno la incorporación a Colombia.

En efecto, a principios de 1821, o sea con bastante anterioridad a la misión de Mosquera al Perú, acreditó ante la Junta gubernativa de Guayaquil al general don José Mires, quien, en nota de 23 de febrero de aquel año, hacía presente al gobierno de la provincia, en nombre del de Colombia, la conveniencia de que se declarase a Guayaquil como parte integrante del territorio de la república, a fin de que se beneficiase con el armisticio celebrado en Trujillo entre los generales de España y Colombia.

3. El señor Holguín, delegado de Colombia a la Segunda Conferencia de La Haya, ha estimado que "el principio de Derecho público que rige las relaciones de las Repúblicas sudamericanas fue sentado por el Tratado concluido el 6 de julio de 1822 entre la antigua República de Colombia y el Perú. En ese tratado –agrega–, obra del Libertador Bolívar, se proclamó solemnemente el principio de arbitraje internacional".

Ofrecía a la vez sus servicios personales y armamentos para la guerra, todo en nombre de aquel Estado.

"En lo que debe fijarse toda la consideración, por ahora –respondía la Junta presidida por el ilustre Olmedo–, es en los medios de consolidar la independencia de la provincia, no en afirmar su reunión a un Estado con quien ya está tan unida por tantos lazos y por tantas relaciones".

Eludía, pues, el pronunciarse francamente por la incorporación a Colombia, y declaraba que "se la puede considerar de hecho agregada (la provincia) a cualquier Estado con quien tenga tales relaciones".

En toda esa nota, que por demasiado extensa no transcribimos íntegra, se ve claramente el deseo de obtener pronto auxilio y la promesa de reunirse a aquel Estado que mayormente se interesara por su suerte.

La verdad es que la Junta había solicitado ya, en los primeros días de su mandato, la protección y ayuda de San Martín, y no quería comprometerse en la anexión a Colombia hasta no conocer las ventajas que le ofrecería el protector. Pero San Martín, ya sea por la situación de la guerra que estaba encargado de dirigir, o bien por falta de tacto político, nada hizo por asegurarse entonces la voluntad de aquella provincia y encadenarla a la suerte del Perú.

Bolívar, por el contrario, después de esa respuesta tan poco satisfactoria de la Junta a su enviado el señor Mires, creyó prudente acreditar ante el gobierno de Guayaquil a su propio lugarteniente, el habilísimo general Sucre, quien prosiguió la negociación con tal tino y energía que obtuvo el más completo éxito.

El 15 de mayo daba cuenta al gobierno de Colombia del resultado de sus gestiones ante la Junta de Guayaquil, y le decía que "consultando las intenciones del Libertador, y considerando que el principal interés es tener derechos para con el gobierno español a reclamar el reconocimiento del territorio de Quito y este (Guayaquil), en el que corresponde a la república, o bien obtenerlos por la fuerza, abriendo la campaña por esta parte, aprovechando los recursos, etc., he creído que el primer obstáculo quedaba vencido haciendo que Guayaquil se declarase bajo la protección de Colombia y confiase sus intereses al gobierno".

Y más adelante agregaba:

Como antes he dicho a usía, la opinión pública, en general, está pronunciada en favor de Colombia, y sería muy fácil que por un voto público se declarase; pero por una parte, un medio de esta especie que apareciere forzando así a los gobernantes no sería decoroso, y más que nada, dividiría nuestros esfuerzos en la presente campaña, y por otra, acaso se encenderían algunos partidos, entre los pocos desafectos a Colombia, que se unieran a los realistas, que son muchos, y empleados y tolerados escandalosamente.

Yo he tomado el camino que he creído pueda aproximarse a obtener esta provincia, que es la influencia que tenga nuestro gobierno sobre ella y el que adquieran las tropas de la república y sus jefes. De esta manera arrastraremos en poco con la voluntad absoluta de todos, y la asamblea de la provincia que se reúna en el tiempo que esté señalado hará su declaratoria unánime.

Usía observará que yo he marchado sobre tres puntos esenciales:

1º, dejar la república sin serios comprometimientos que entorpezcan las negociaciones; 2º, ligar los intereses de Guayaquil a Colombia y que la provincia reconozca que de derecho, y en algún modo de hecho, pertenece a nuestra asociación; y 3º, facilitar la libertad de Quito, que es lo que nos importa.

Fruto de esa misión y de las gestiones de Sucre fue el Tratado de 15 de mayo de 1822[4], que debe considerarse como el primer gran triunfo político del Libertador en frente del protector.

Si la Batalla de Pichincha y la capitulación de Pasto después de la victoria de Bomboná, abrieron a Bolívar las puertas de Quito, las negociaciones tan hábilmente terminadas por Mosquera en el Perú y por Sucre en Guayaquil le franquearon el camino de este último pueblo, en donde entró el 11 de julio de 1822.

Los representantes de los pueblos habían sido convocados ya para el 28, y Bolívar creyó prudente dejar a la resolución de aquellos la suerte política de Guayaquil. Mas el encono de los partidos, la falta de discreción de los caudillos que los dirigían, y una infinidad de pequeños incidentes que revelaban un estado de grave fermento en la opinión, obligaron al Libertador a asumir el mando político y militar tan solo por los breves días que

4. Daniel Florencio O'Leary, *Memorias del general O'Leary*, Caracas, Imprenta El Monitor, 1883, v. XIX, p. 40.

faltaban para que se efectuara la reunión a que habían sido convocados los representantes de la provincia[5].

Así las cosas, el 25 se avisó a Bolívar que el vigía había avistado la goleta Macedonia con la insignia del protector izada en sus mástiles. Su sorpresa fue grande, pues no tenía anuncio de la visita, ni aun contestación a su oficio de 17 de junio anterior, en que comunicaba a San Martín los triunfos de Bomboná y Pichincha, le agradecía el contingente de las tropas peruanas que operaron sobre Quito y le ofrecía su ayuda en la guerra del Perú[6]. Dispuso, sin embargo, que uno de sus edecanes se trasladara a bordo conduciendo el siguiente oficio para el protector:

> En este momento hemos tenido la muy satisfactoria sorpresa de saber que vuestra excelencia ha llegado a las aguas de Guayaquil. Mi satisfacción está turbada, sin embargo, porque no tendremos tiempo para preparar a vuestra excelencia una mínima parte de lo que se debe al héroe del Sur, al protector del Perú. Yo ignoro, además, si esta noticia es cierta, no habiendo recibido ninguna comunicación digna de darle fe.
>
> Me tomo la libertad de dirigir cerca de vuestra excelencia a mi edecán el señor coronel Torres para que tenga la honra de felicitar a vuestra excelencia de mi parte y de suplicar a vuestra excelencia se sirva devolver a uno de mis

---

5. Al asumir el mando envió Bolívar a la Junta, por Secretaría, el siguiente oficio:
"Su excelencia el Libertador de Colombia, para salvar al pueblo de Guayaquil de la espantosa anarquía en que se halla y evitar las funestas consecuencias de aquélla, acoge, oyendo el clamor general, bajo la protección de la República de Colombia al pueblo de Guayaquil, encargándose su excelencia del mando político y militar de esta ciudad y su provincia, sin que esta medida de protección coarte de ningún modo la absoluta libertad del pueblo para emitir franca y espontáneamente su voluntad en la próxima congregación de la representación.
Guayaquil, julio 13 de 1822.
J.G. Pérez".

6. San Martín contestó a la nota de Bolívar de 17 de junio, que hemos trascrito en otra parte, con la de 13 de julio, que los historiadores han comentado en forma que deja entender que ella llegó regularmente a su destino. Es de observar, sin embargo, la circunstancia de que Bolívar hacía dos días que había entrado en Guayaquil, 11 de julio, cuando aquella le fue dirigida desde Lima a Quito. Entre la fecha del despacho de esa nota y el arribo del protector a Guayaquil, o sea entre el 13 y el 25, median solo doce días, tiempo en absoluto insuficiente para que la comunicación llegara a Quito y volviera a Guayaquil. Es así incuestionable que Bolívar no la conocía a la fecha de la entrevista; y así se explica el porqué de la sorpresa e incredulidad que manifiesta en la primera parte de su oficio del 25, ya que solo en aquella nota –la del 13– se contiene el anuncio de la visita del protector.

edecanes, participándome para cuándo se servirá su excelencia honrarnos en esta ciudad.
Yo me siento extraordinariamente agitado del deseo de ver realizar una entrevista que puede contribuir en gran parte al bien de la América meridional y que pondrá el colmo a mis más vivas ansias de estrechar con los vínculos de una amistad íntima al padre de Chile y el Perú.

Torres era, además, portador de la siguiente carta íntima:

Guayaquil, julio 25 de 1822.

Excelentísimo señor general don José de San Martín, protector del Perú: Es con suma satisfacción, dignísimo amigo y señor, que doy a usted por la primera vez el título que, mucho tiempo ha, mi corazón le ha consagrado. Amigo le llamo a usted, y este nombre será el solo que debe guardarnos por la vida, porque la amistad es el único vínculo que corresponde a hermanos de armas, de empresa y de opinión; así, yo me doy la enhorabuena porque usted me ha honrado con la expresión de su afecto.
Tan sensible me será el que usted no venga hasta esta ciudad como si fuéramos vencidos en muchas batallas; pero, no, usted no dejará burlada el ansia de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria. ¿Cómo es posible que usted venga de tan lejos para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer y, si es posible, tocar? No es posible, respetable amigo; yo espero a usted, y también iré a encontrarle dondequiera que usted tenga la voluntad de esperarme, pero sin desistir de que usted nos honre en esta ciudad. Pocas horas, como usted dice, son bastantes para tratar entre militares; pero no serán bastantes esas mismas pocas horas para satisfacer la pasión de la amistad que va a empezar a disfrutar de la dicha de conocer el objeto caro que se amaba solo por opinión, solo por la fama.
Reitero a usted mis sentimientos más francos con que soy de usted su más afectísimo apasionado servidor y amigo, q.b.s.m.

Bolívar

A aquella hora, como hemos dicho, la barca que conducía al protector del Perú estaba ya a la vista del puerto.

No ha faltado quienes hayan pretendido haber sido testigos presenciales en las conferencias. Ello es, sin embargo, contrario en absoluto a la verdad de los hechos.

"Las conferencias entre Bolívar y San Martín –dice en su *Historia de Colombia* el señor Restrepo, ministro del Interior de esa república en la época de la entrevista– fueron largas y muy frecuentes en tres días que apenas se estuvo el último en Guayaquil; también fueron secretas, pues ningún tercero asistió a ellas"[7].

Por su parte, don Bartolomé Mitre, en su *Historia de San Martín*, sostiene que "luego que se hubo retirado la concurrencia (que había acudido a saludar al protector), los dos grandes representantes de la revolución de la América del Sur quedaron solos. Cerraron la puerta y hablaron sin testigos por espacio de más de hora y media".

La amistad que todos sabemos existió entre Mitre y San Martín, y la copiosa documentación de que dispuso el primero para escribir su *Historia*, le dan a este una autoridad indiscutible[8].

Están, pues, de acuerdo Restrepo y Mitre en que a las conferencias no asistió testigo alguno.

El coronel don Rufino Guido, edecán o ayudante de San Martín y que le acompañó a Guayaquil, en los apuntes que hizo a pedido del general don Jerónimo Espejo, y que este publicó en su obra *Entrevista de Guayaquil*, dice: "Terminada aquella escena (la del besamanos), se retiraron las corporaciones, la reunión de señoras y el cuerpo militar. Quedando el Libertador con solo dos edecanes, los coroneles Guido y Soyer, invitaron a estos a

7. La obra del señor Restrepo fue leída por Bolívar durante su estada en Bucaramanga, y el juicio que ella le mereció lo encontramos consignado en el *Diario* del general Perú de Lacroix, que a la sazón se encontraba al lado del Libertador. Relatando los acaecimientos del día 30 de mayo de 1828, entre otras cosas, dice: "Todo el día casi lo pasó su excelencia en recorrer la *Historia de Colombia*, del señor José M. Restrepo, su ministro del Interior, que se recibió hoy por el correo. En la comida, el Libertador habló de ella y de los acontecimientos que refiere de Cartagena en el año 1815; citó varios pasajes y dijo que el señor Restrepo los relataba con bastante exactitud". "Su libro, a lo menos –siguió diciendo su excelencia–, es una historia". Luis Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga. Vida pública y privada del Libertador*, París, Librería Paul Ollendorff, 1912.
8. A pesar de su conocida falta de escrúpulos y de su constante animosidad contra Bolívar, cuya personalidad desfigura adrede.

pasar a otra habitación, a efecto de dejar solos a los dos grandes personajes que tanto habían ansiado verse reunidos.

"Ellos cerraron las puertas por dentro y los edecanes estaban a la mira de que nada les interrumpiera. Así permanecieron por hora y media, siendo este el primer acto de la entrevista que, según la expresión de ambos, había sido por tanto tiempo deseada".

Es, pues, fuera de dudas que a las conferencias no asistió tercero.

El señor Espejo, después de copiar los párrafos anteriores, debidos al coronel Guido, agrega: "Callan los apuntes que voy reproduciendo acerca de los tópicos de que se ocuparan en esta vez, ni si al general San Martín, en la condición reservada que le era característica, en ese día o los siguientes, se le escapara el más leve indicio sobre la materia".

Al escribir lo anterior olvidó Espejo que los apuntes anotan más adelante que "al siguiente día de nuestra partida (a bordo de la Macedonia, en viaje de regreso) se levantó el general, al parecer, muy preocupado y pensativo, y paseando sobre cubierta después del almuerzo, dijo a sus edecanes:

"¿Pero han visto ustedes cómo el general Bolívar nos ha ganado de mano? Mas espero que Guayaquil no será agregado a Colombia, porque la mayoría del pueblo rechaza esa idea. –Sobre todo, ha de ser cuestión que ventilaremos después que hayamos concluido con los chapetones que aún quedan en la Sierra–. Ustedes han presenciado las aclamaciones y vivas, tan espontáneos como entusiastas, que la masa del pueblo ha dirigido al Perú y a nuestro ejército".

Luego, según Guido, se escapó a San Martín, más que un indicio sobre la materia, una declaración franca que, por otra parte, hace pensar en la falta de criterio que demostraba al imaginar que los vivas y aclamaciones del pueblo durante su visita a Guayaquil fueran algo más que la natural y espontánea demostración del reconocimiento de sus glorias y de simple cortesía al jefe de un Estado vecino y hermano.

Ya en febrero de aquel año el delegado de Chile en el Callao, don Luis de la Cruz, escribía a O'Higgins "que el negocio interesante de Guayaquil es

atraerlo al conocimiento del Perú, porque habiendo jurado la independencia ha sido reconociendo a Colombia. El vistazo del protector será tratar con Bolívar sobre que el punto es de necesidad a este Estado y de ninguna utilidad a Cundinamarca[9].

Extraña verdaderamente que San Martín estuviera tan poco al tanto de la situación política de Colombia y de Bolívar y de sus triunfos en este terreno, ya que, como antes lo hemos visto, Guayaquil estaba de derecho incorporado a Colombia desde la anexión de Quito y territorios jurisdiccionales, y de acuerdo con el principio del *uti possidetis juris* de 1810, y de que, en cierto modo, lo estaba también de hecho.

Con razón O'Higgins, contestando al brigadier De la Cruz, le decía: "Mi amigo muy querido: Helado me ha dejado su apreciable de 1º del mes pasado acerca del viaje del protector, nuestro amigo, a Guayaquil, a verse con el general Bolívar; y tanto mayor es mi sorpresa, cuanto sé hasta la

9. El 1º de febrero dirigía el brigadier De la Cruz la referida carta a O'Higgins; y en enero, desde Cali, el secretario de Bolívar decía, entre otras cosas, al gobierno de Colombia, dándole cuenta de los planes del Libertador:
"Su excelencia ha preferido emprender la próxima campaña del Sur por Guayaquil por las siguientes consideraciones: 1ª Por asegurar a Guayaquil y hacer que aquella provincia se declare por Colombia. Hasta hoy, el manejo y las intrigas la han mantenido en una neutralidad incompatible con sus verdaderos intereses, y más aún con los derechos de nuestro gobierno. No faltan quienes deseen su incorporación al Perú y quienes opinen por el extravagante delirio de que sea un Estado independiente. Si prevaleciera esta opinión, Guayaquil no sería más que un campo de batalla entre dos Estados belicosos, y el receptáculo de los enemigos de uno y otro. La ley Fundamental quedaría sin cumplirse, y Colombia y el Perú jamás estarían seguros, estando confiadas a sus propias fuerzas las débiles puertas de Guayaquil. Más funesta aún sería a nuestros intereses la incorporación al Perú. El departamento de Quito, sin otro puerto que este, tendría mil embarazos y trabas, tanto en su comercio interno como externo, y tendría más interés por la prosperidad y estabilidad de un gobierno extraño que por el suyo propio, que casi le sería indiferente; tendría que recibir la ley que le impusiera Guayaquil en el comercio, y dependería más de aquel que de Colombia. Estos y otros males muy graves y de consecuencias de mucha trascendencia se evitan con el envío de tropas colombianas a Guayaquil, y, sobre todo, con la presencia del Libertador allí. Esta marcha, no solo nos asegura a Guayaquil, sino que nos da un grande influjo en los gobiernos meridionales, agitados por disensiones domésticas y expuestos a ser la presa de los españoles, principalmente el Perú. Estos gobiernos cobrarán nuevo vigor con la libertad de Quito y con la aproximación del Libertador y de su ejército. Obrarán con energía y se harán respetar interna y externamente". (Oficio al ministro de la Guerra de Colombia, Cali, enero 5 de 1821).

evidencia que este jefe ni piensa, ni menos puede, según la situación que ocupa, venir al punto expresado”[10].

A pesar de la desaprobación tan franca de su amigo, a quien debía guardar algunos fueros como a jefe del Estado bajo cuyos auspicios se organizara la expedición libertadora y bajo cuyas banderas había marchado al Perú, San Martín no varió de resolución.

El 19 de enero del mismo año 22 había expedido un decreto delegando el ejercicio del Poder Ejecutivo en el marqués de Torre Tagle, a fin de efectuar el proyectado viaje[11]. El preámbulo de ese decreto dice así:

“Cuando resolví ponerme al frente de la Administración del Perú y tomar sobre mí el peso de tan vasta responsabilidad, anuncié que en el fondo de mi conciencia estaban escritos los motivos que me obligaban a este sacrificio. Los testimonios que he recibido desde entonces de la confianza pública animan la mía y me empeñan de nuevo a consagrarme todo entero al sostén de los derechos que he restablecido. Yo no tengo libertad sino para elegir los medios de contribuir a la perfección de esta grande obra, porque tiempo ha que no me pertenezco a mí mismo, sino a la causa del continente americano. Ella exigió que me encargase del ejercicio de la autoridad suprema, y me sometí con celo a este convencimiento; hoy me llama a realizar un designio cuya contemplación halaga mis más caras esperanzas: voy a encontrar en Guayaquil al libertador de Colombia: los

10. Esta carta, que hemos tomado del opúsculo de Benjamín Vicuña Mackenna, *El general San Martín en Europa*, Lima, Compañía de Impresiones y Publicidad, 1942, donde aparece como completa, la encontramos también en Gonzalo Bulnes, *Historia de la expedición libertadora del Perú (1817-1822)*, Santiago, Chile, Imprenta Cervantes, 1888; más las siguientes frases, parte del texto de dicha carta: “Yo no he recibido aviso ni tampoco comunicación alguna de nuestro amigo San Martín por la Minerva. Tal vez por la fragata inglesa próxima a darse a la vela de ese puerto dirija sus correspondencias”.
El señor Bulnes advierte en su obra, publicada en 1887, que la carta es “inédita”, a pesar de que Vicuña, aunque incompleta, como hemos dicho, la había publicado ya en 1863.

11. En la noche del 6 al 7 de enero, San Martín se embarcó para el puerto de Paita, con el propósito de seguir a Quito, donde creía encontrar a Bolívar. Esta primera tentativa del protector para entrevistar al Libertador se malogró, pues Bolívar, obligado por las exigencias de la guerra, solo pudo entrar en Quito meses más tarde.
San Martín, en esta ocasión, solo alcanzó hasta el puerto de Guanchaco, estando de regreso en Lima el 2 de marzo. No reasumió el mando, que continuó en manos del marqués de Torre Tagle.

intereses generales de ambos Estados, la enérgica terminación de la guerra que sostenemos, y la estabilidad del destino a que con rapidez se acerca la América, hacen nuestra entrevista necesaria, ya que el orden de los acontecimientos nos ha constituido en alto grado responsables del éxito de esta sublime empresa. Yo volveré a ponerme al frente de los negocios públicos en el tiempo señalado para la reunión del Congreso; buscaré el lado de mis antiguos compañeros de armas, si es preciso que participe los peligros y la gloria que ofrecen los combates, y en toda circunstancia seré el primero en obedecer la voluntad general y en sostenerla. Entretanto dejo el mando supremo en manos de un peruano ilustre, que sabe cumplir los deberes que le impone su patria: él queda encargado de dirigir una administración, cuyas principales bases se han establecido en el espacio interrumpido de seis meses, en que el pueblo ha hecho los primeros ensayos de su energía y el enemigo los últimos esfuerzos de su obstinación. Yo espero, lleno de confianza, que, continuando el gobierno bajo los auspicios del patriotismo y disciplina del ejército, del amor al orden que anima a todos los habitantes del Perú, y del celo infatigable con que las demás autoridades cooperan al acierto de las medidas administrativas, haremos el primer experimento feliz de formar un gobierno independiente cuya consolidación no cueste lágrimas a la Humanidad. En fin, yo sé que el pueblo y el ejército tienen un solo corazón, y que el general a quien voy a confiar el depósito de que me encargué llenará todos sus votos y los míos".

El señor Mitre, comentando en su *Historia de San Martín* el documento anterior, sostiene que "no se podía indicar más claramente que el objeto de la entrevista era el arreglo de la cuestión de Guayaquil, el acuerdo de las operaciones militares para decidir de un golpe la guerra de Quito y la del Perú, y la fijación de la forma de gobierno que debían adoptar las nuevas naciones, una vez resuelta la cuestión de su emancipación".

Y en esto el señor Mitre está en lo cierto; pues si bien Monsieur Gabriel Lafond de Lurcy sostiene que en la entrevista solo se trató de la anexión de Guayaquil, del reemplazo de las bajas de la división peruana que operó en la guerra de Quito, y de los auxilios con que Colombia contribuiría a la terminación de la guerra de independencia del Perú, y excluye lo relativo a la forma de gobierno que se daría a los nuevos Estados, hay que recordar

que sus afirmaciones descansan solo en los datos que pidió al propio San Martín en carta datada en París a 2 de abril de 1840, cuando ya el protector, en la tranquilidad del ostracismo, había podido meditar sobre la verdadera situación que le crearían en América sus ideas monárquicas; si bien es también verdad que se atenuaría un tanto su pesar por tan grave error al contemplar, desde Bruselas, la anarquía que despedazaba a los países de este hemisferio en sus ensayos democráticos.

Cuatro eran, pues, los puntos que San Martín se proponía tratar con Bolívar: en primer lugar, el relativo a la suerte de Guayaquil; obtener, en segundo, el reemplazo de las bajas de la división peruana en la campaña de Quito; en tercer lugar, fijar los auxilios con que Colombia contribuiría al afianzamiento de la independencia del Perú; y, por último, procurar el acuerdo de Bolívar para el establecimiento de gobiernos monárquicos en esta parte de la América[12].

En cuanto a la anexión de Guayaquil, hemos leído ya la carta que O'Higgins dirigió a don Luis de la Cruz en respuesta a la en que este le daba noticias del proyectado viaje del protector a Quito en febrero de 1822, y por ella hemos conocido la triste y dolorosa impresión que tal proyecto de San Martín hizo en el ánimo del director supremo de Chile y amigo íntimo de aquel. Hemos visto también que Bolívar no hacía un misterio de su deseo de que Guayaquil resolviera su incorporación definitiva a Colombia, y que en persecución de este anhelo, muy político, muy justificado y muy humano, es evidente que hizo valer, no solo su prestigio de afortunado general, sino también las influencias que le daba su calidad de jefe de ese Estado.

Ya sabemos que San Martín, por su parte, llevó a las conferencias el propósito de obtener que Guayaquil fuera anexado al Perú; anhelo, si no tan justificado, por lo menos tan patriótico y humano como el de Bolívar; pero que, para conseguir su objeto, no se trazó una línea de conducta que le llevara lógicamente al fin propuesto.

12. "No hay duda de que los tópicos de la conversación fueron la forma en que Colombia prestaría sus auxilios al Perú, la suerte de Guayaquil y la cuestión de forma de gobierno", G. Bulnes, *op. cit.*, t. II, p. 467.

Bolívar avanzaba desde el norte, obedeciendo a un plan político bien concebido y bien ejecutado: quería hacer de Colombia, su hija predilecta, una gran república, fuerte por su extensión territorial, por una sólida organización política, y a cuyo porvenir debía favorecer su situación interoceánica; y a la consecución de ese plan y a su afianzamiento hizo converger, con raro tino, hasta los menores actos de su vida pública, y supo aprovecharse, con talento político admirable, de todos los acaecimientos de la época[13].

No hay que olvidar, además, que sus profundas convicciones democráticas lo harían especialmente simpático a los criollos, pues es incuestionable que para estos era incompleta la obra de la independencia si no se la cimentaba sobre la base inconmovible de la democracia y la república. Tres siglos de sistema monárquico de gobierno, representado en América por virreyes y gobernadores generalmente ignorantes y atrabiliarios, les hacían desear con vivo anhelo una organización política más liberal.

San Martín, por el contrario, quería, como lo veremos más adelante, el establecimiento de una monarquía y trasplantar a América a algún príncipe de casa reinante en Europa. Esto, y la mala elección de sus colaboradores en el gobierno del Perú, las dificultades que se le suscitaron frente a otros beneméritos servidores de la independencia, tanto chilenos como argentinos y peruanos, aparte de que los acontecimientos no vinieron en su ayuda, y de que no se supo adelantar a ellos, dieron por resultado su fracaso político respecto de Guayaquil.

Sin fijeza de rumbos, los sucesos encauzados por Bolívar, lo sorprendieron sin hallarse preparado para afrontarlos en condiciones ventajosas. Y solo a la hora undécima, cuando ya el Libertador había obtenido la incorporación de Cuenca y Loja a la República de Colombia, y avanzado sus fuerzas y entrado en Guayaquil y asumido el mando político y militar de la provincia; cuando solo, en fin, faltaban pocas horas para que se reunieran los diputados que debían resolver en última instancia, influenciados por

13. "La actitud de Bolívar en la cuestión de Guayaquil era más resuelta y respondía a un plan político y militar más deliberado, teniendo de su parte la fuerza y el derecho", Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, 2ª ed. corr., Buenos Aires, Félix Lajouane Editor, 1890, v. III, p. 589.

Bolívar, de la suerte del territorio, se resolvió a dar el primer paso para obtener la anexión al Perú.

La hora era tardía e inoportuna.

Así lo comprendió desde el primer momento de su arribo a Guayaquil, y en las conferencias solo incidentalmente se aventuró a tratarlo[14], a pesar de que, como lo hemos comprobado, era la incorporación de aquella provincia al Perú el principal objeto de su viaje.

Es llegado el momento de referirnos por primera vez a un documento que ha permanecido hasta hace pocos meses, no solo inédito, sino absolutamente desconocido. Tal es la nota reservada, en que el coronel don José Gabriel Pérez, secretario general del Libertador, dio cuenta a la Cancillería de Colombia de las ocurrencias principales entre el protector y Bolívar.

Ese documento, fechado en Guayaquil el día subsiguiente al de la última entrevista, o sea el 29 de julio de 1822, y que seguramente fue dictado por Bolívar, dice con relación a los asuntos de Guayaquil:

> El protector dijo espontáneamente a su excelencia, y sin ser invitado a ello, que nada tenía que decirle sobre los negocios de Guayaquil, en los que no tenía que mezclarse; que la culpa era de los guayaquileños, refiriéndose a los contrarios. Su excelencia le contestó que se habían llenado perfectamente sus deseos de consultar a este pueblo; que el 28 del presente se reunirían los electores y que contaba con la voluntad del pueblo y con la pluralidad de los votos en la asamblea. Con esto cambió de asunto y siguió tratando de negocios militares relativos a la expedición que va a partir.

Conocido el párrafo transcrito de ese importante documento, y estando ciertos de que uno de los principales motivos que llevaron a San Martín a la entrevista con Bolívar era tratar de la suerte de Guayaquil, se puede asegurar, sin lugar a dudas, que solo a su arribo a aquel puerto, el 26 de julio, se vino a dar cuenta del verdadero estado de la situación, y, en consecuencia, de que solo entonces resolvería que no era prudente, y sí peligroso, enunciar siquiera sus pretensiones de incorporación al Perú.

14. "El punto relativo a Guayaquil no debió dar lugar a discusión, desde que estaba resuelto", G. Bulnes, *op. cit.*, t. II, p. 469.

Y hubo de pensar también, aunque un poco tarde, que su política respecto de tan importante negocio no había sido la más acertada, pues había descuidado en la hora oportuna el prepararse una situación que, como la de su émulo, le permitiera, sin perjuicios para la causa de la independencia y sin escándalo de los demás Estados de la América, proceder a la anhelada incorporación.

Según los historiadores y los documentos hasta hoy explotados, solo desde el momento en que la expedición chilena confiada al mando de San Martín obtenía sus primeros triunfos en el Perú y el general tomaba el título de protector, comenzó a cristalizarse en su cerebro la idea del establecimiento de una monarquía en la América meridional.

Por mi parte, me atrevo a pensar que esa idea existía ya en la mente de San Martín mucho antes que llegaran a Mendoza los restos del ejército patriota emigrado de aquende los Andes.

Aventuro esta opinión personal esperando poder comprobarla con los datos que hasta hoy me ha sido dado reunir y con los que procurará el estudio paciente que es necesario hacer de la existencia y trabajos de la logia Lautaro.

Pero es de todo punto indiscutible que a mediados del año 21 ya San Martín tenía, no solo la idea, sino el propósito ostensible de establecer, por lo menos sobre los territorios del Perú, un trono para sentar sobre él a un príncipe europeo.

En las conferencias de Punchauca, en mayo de 1821, el protector propuso a La Serna el nombramiento de una Junta de Regencia bajo la presidencia del virrey, mientras San Martín se trasladaba a España a recabar el reconocimiento de la independencia y la venida de un príncipe de la casa reinante que se coronase emperador del Perú.

Esta proposición no fue aceptada por La Serna –a pesar de que la apoyaba el comisionado regio don Manuel Andreu– por estimarla contraria a las instrucciones de la Corte de Madrid.

Fracasó, pues, esta tentativa monárquica de San Martín, que, como veremos, no era la primera ni sería la última.

En efecto; a fines del mismo año 21 el Consejo de Estado de Lima acordaba las instrucciones a que debían ajustarse los diputados don Juan García del Río y don Diego Paroissen,

> Que van a salir para ese Estado –dice la nota de 24 de diciembre del gobierno protectoral al de Chile–, donde comenzarán, en uso de los amplios poderes que su excelencia ha tenido a bien concederles, a desempeñar aquella parte de su comisión calculada a promover los intereses de Chile, cuya prosperidad está tan íntimamente ligada con la del Perú.
>
> El principal objeto del excelentísimo señor protector –agrega el ministro de Relaciones don Bernardo Monteagudo– es representar a usía a lo vivo, para que se sirva elevarlo a su excelencia el director supremo, las inmensas ventajas que ambos países reportarán de la ejecución del plan confiado a los diputados.

Conozcamos ahora, en su prístina fuente, o sea en las instrucciones mismas a los diputados, el plan a ellos confiado:

"Estando reunidos en la sala de sesiones del Consejo de Estado los consejeros: ilustrísimo y honorable señor don Juan García del Río, ministro de Estado y Relaciones Exteriores, fundador de la Orden del Sol; ilustrísimo y honorable señor coronel don Bernardo Monteagudo, ministro de Estado en el departamento de Guerra y Marina, fundador de la Orden del Sol; ilustrísimo y honorable señor doctor don Hipólito Unanue, ministro de Estado en el departamento de Hacienda y fundador de la Orden del Sol; el señor don Francisco Javier Moreno y Escandón, presidente de la Alta Cámara de Justicia; el ilustrísimo y honorable señor gran mariscal, conde del Valle de Oselle, marqués de Montemira, fundador de la Orden del Sol; el señor deán doctor don Francisco Javier de Echagüe, gobernador del arzobispado y asociado a la Orden del Sol; el honorable señor general de división marqués de Torre Tagle, fundador de la Orden del Sol, inspector general de los cuerpos cívicos y comandante general de la legión peruana de la Guardia, y los señores conde de la Vega del Ren y de Torre Velarde, asociados a la Orden del Sol, bajo la presidencia del excelentísimo señor protector del Perú, acordaron extender en el acta que las bases de las negociaciones que entablen cerca de los altos poderes de Europa los enviados ilustrísimo y honorable señor don Juan García del Río, fundador de la Orden del Sol y consejero de Estado, y el honorable señor coronel don Diego Paroissen, fundador de la Orden del Sol y oficial de la legión de Mérito de Chile, sean las siguientes:

"1ª Para conservar el orden interior del Perú, y a fin de que este Estado adquiera la respetabilidad exterior de que es susceptible, conviene el establecimiento de un gobierno vigoroso, el reconocimiento de la independencia y la alianza o protección de una de las potencias de las de primer orden en Europa, y es, de consiguiente, indispensable. La Gran Bretaña, por su poder marítimo, su crédito y vastos recursos, como por la bondad de sus instituciones, y la Rusia, por su importancia política y su poderío, se presentan bajo un carácter más atractivo que todas las demás; están, de consiguiente, autorizados los comisionados para explorar como corresponde y aceptar que el príncipe de Saxe Coburgo, o, en su defecto, uno de los de la dinastía reinante de la Gran Bretaña, pase a coronarse emperador del Perú. En este último caso, darán la preferencia al duque de Saxe (Sajonia), con la precisa condición de que el nuevo jefe de esta monarquía limitada abrace la religión católica, debiendo aceptar y jurar, al tiempo de su recibimiento, la Constitución que le diesen los representantes de la nación; permitiéndosele venir acompañado, a lo sumo, de una guardia que no pase de 300 hombres. Si lo anterior no tuviese efecto, podrá aceptarse algunas de las ramas colaterales de Alemania, con tal que esta estuviera sostenida por el gobierno británico, o uno de los príncipes de la casa de Austria, con las mismas condiciones y requisitos.

"2ª En caso que los comisionados encuentren obstáculos insuperables por parte del gabinete británico, se dirigirán al emperador de la Rusia, como el único poder que puede rivalizar con la Inglaterra. Para entonces están autorizados los enviados para aceptar un príncipe de aquella dinastía o algún otro a quien el emperador asegure su protección.

"3ª En defecto de un príncipe de la casa Brunswick, Austria y Rusia, aceptarán los enviados alguno de los de Francia y Portugal, y, en último recurso, podrán admitir de la casa de España al duque de Luca, en un todo sujeto a las condiciones expresadas, y no podrá de ningún modo venir acompañado de la menor fuerza armada.

"4ª Quedan facultados los enviados de conceder ciertas ventajas al gobierno que más nos proteja, y podrán proceder en grande para asegurar al Perú una fuerte protección y para promover su felicidad.

Y para constancia lo firmaron, en la sala de sesiones del Consejo, a 24 de diciembre de 1821, en la heroica y esforzada ciudad de los libres.

José de San Martín. El conde de Valle de Oselle.
El conde de la Vega de Ren. Francisco Javier Moreno.
Francisco Javier de Echagüe. El marqués de Torre Tagle.
Hipólito Unanue. El conde de Torre Velarde.
El ministro interino de gobierno, Bernardo Monteagudo".

Los diputados García del Río y Paroissen debían también –y esta era parte secreta de su misión– ganarse el gobierno de O'Higgins, a fin de que acordara, a su vez, la implantación del sistema monárquico en esta tierra de la democracia y la libertad.

No lo consiguieron, fracasando así en esta primera y no poco importante etapa de su misión.

Siguieron su viaje a Europa y nada alcanzaron a hacer, en el sentido de las instrucciones que llevaban, antes de fines de 1822, en que el Congreso de Lima adoptó el patriótico acuerdo de desautorizarlos y de revocar las instrucciones del exprotector.

Pero si los hechos y documentos que hemos anotado, y otros de que haremos caudal más adelante, no dejan lugar a dudas respecto de las ideas monárquicas de San Martín, ellos mismos demuestran cuán antojadiza e injusta fue la afirmación de algunos contemporáneos del protector al atribuirle el propósito, pero ni siquiera el deseo de coronarse él mismo.

En septiembre del año precedente, a los pocos días de su desembarco en las costas del Perú con la expedición libertadora, había hecho un primer ensayo o tentativa para transplantar a América la flor exótica y mustia de las viejas monarquías.

Se trataba de aminorar los males de una guerra que se temía llegara a ser tan cruel y despiadada como la que inundaba en sangre los territorios septentrionales de Sudamérica. Con tal fin, el marqués de la Pezuela y Sánchez, virrey del Perú entonces, nombró una diputación de plenipotenciarios, compuesta de los señores conde de Villar de Fuente, Dionisio Capaz e Hipólito Unanue, persona este último de grandes talentos y notoria preparación, que haría de secretario; y San Martín, por su parte, correspondió a la invitación del virrey nombrando diputados a su ministro don Juan

García del Río y al coronel don Rufino Guido. Los plenipotenciarios se reunieron en Miraflores, aldea de mar sita un poco al sur de Lima, la misma que andando el tiempo habían de inmortalizar con su heroísmo los soldados chilenos.

Los diputados de Pezuela propusieron que se reembarcara el ejército expedicionario y que nuestro país continuara en la situación política en que se hallaba, siempre que nombrara diputados que fueran a España a pedir mercedes al rey. Tales proposiciones no pudieron ser, como es natural, ni siquiera consideradas por los patriotas; pero propusieron, en cambio, que el ejército de San Martín se replegara a este lado del río Desaguadero y que las tropas reales que ocupaban el Alto Perú se reconcentraran allende el Desaguadero, suspendiéndose las hostilidades hasta que el gobierno de Chile enviara comisionados a la Corte española para arreglar allí la situación política de la América meridional.

Los comisionados de Pezuela no aceptaron, y los de San Martín declararon fracasada la negociación.

Fue en el curso de esas conferencias cuando García del Río y Guido aventuraron, en nombre de su comitente el general San Martín, que acaso no sería difícil hallar un "medio de avenimiento amistoso en que pudieran detenerse ambas partes, y que las uniese, consolidando la paz y felicidad de todos: tal era el coronamiento en América de un príncipe de la casa reinante en España".

Que el marqués de la Pezuela y Sánchez no se detuviera a considerar esta proposición, se explica fácilmente, sabiéndose que, según él, "esa era cosa que solo podía examinar y resolver el gobierno de Madrid".

Tales son los hechos con que la historia ha comprobado las ideas monárquicas de San Martín.

Veamos ahora la confirmación de ellas en las relaciones que nos han legado los propios parciales del protector.

El general Miller, que con tanta lealtad sirvió bajo las órdenes de San Martín, lealtad que se prolongó más allá de la vida, dice en sus *Memorias*: "Con respecto a sus miras políticas, San Martín consideraba la forma de gobierno monárquico-constitucional el más adecuado para la América del

Sur, aunque sus principios son republicanos; pero es la opinión decidida de cuantos se hallaron en el caso de poderla formar correctamente, que jamás tuvo la menor idea de colocar la corona en sus sienes, aunque se cree que habría ayudado gustoso a un príncipe de sangre real a subir al trono del Perú".

San Martín se empeñó siempre, después de su expatriación voluntaria del suelo americano, en negar categóricamente que alguna vez hubiera pensado en la conveniencia de establecer el sistema monárquico en esta parte de la América; pero ello se debe a que la causa principal de su fracaso en el Perú y en Guayaquil fueron, precisamente, sus tendencias contrarias al sistema republicano.

En 1840 informaba al marino francés Monsieur Lafond de Lurcy de los puntos tratados con Bolívar y excluía el relativo a la forma de gobierno. Más tarde, en 1847, Miller le decía: "Según algunas observaciones que he oído verter a cierto personaje, él quería dar a entender que usted quiso coronarse en el Perú y que este fue el principal objeto de la entrevista de Guayaquil".

San Martín le respondía, en carta de 19 de abril del mismo año: "Si, como no dudo (y esto solo porque me lo asegura el general Miller), el cierto personaje ha vertido estas insinuaciones, digo que, lejos de ser un caballero, solo merece el nombre de un insigne impostor y de despreciable pillo, pudiendo asegurar a usted que si tales hubieran sido mis intenciones, no era él quien hubiera hecho cambiar mi proyecto".

Esta protesta airada del ilustre general, ya anciano y expatriado, era justa; no tuvo él jamás la idea peregrina de coronarse o de tolerar que otros americanos lo hicieran. Pero esta protesta no alcanza, por otra parte, a desvirtuar la verdad indiscutible de documentos públicos que atestiguan sus trabajos en pro del sistema monárquico.

Es también inútil que él se empeñe en negar, en 1847, que uno de los asuntos que lo llevaron a Guayaquil en 1822 fuera procurar el acuerdo de Bolívar para dar a estos Estados gobiernos opuestos a la democracia[15]. Es

15. El general don Francisco Antonio Pinto, que fue uno de los chilenos más ilustres que acompañaron a San Martín al Perú, decía a este propósito: "En el día no es un secreto lo ocurrido en la entrevista. Había preferido el general San Martín para la organización política del Perú el régimen de una monarquía constitucional".

inútil que él diga a Miller, en la misma carta antes citada, que su viaje a Guayaquil "no tuvo otro objeto que el reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú".

Muy distinta cosa rezan los documentos de la época; mas, en todo caso, sus ideas monárquicas, que más tarde negara, son respetables, porque fueron sinceras y bien intencionadas.

Fue a Guayaquil, llevado principalmente del propósito de ganarse a Bolívar a sus ideas de gobierno; pero el caudillo caraqueño era tan sincero y convencido en sus ideales democráticos como lo era en sus ideas monárquicas el ilustre general argentino[16].

Alguna vez pudo discutirse, antes de ahora, vista la insistencia con que el propio San Martín lo negara, el haber este llevado a las conferencias con Bolívar el propósito de obtener su aquiescencia para levantar un trono a la sombra de los cocoteros tropicales.

Pero hoy ya no es posible. La historia ha recogido en sus páginas, no ha mucho, un documento de indiscutible sinceridad en las afirmaciones que contiene, pues fue escrito bajo la impresión inmediata de la entrevista y destinado a permanecer ignorado y mudo en la penumbra discreta de una Cancillería. En él se contiene la relación descarnada de cuanto pasó en la entrevista, famosa porque en ella se encontraron por primera y última vez los dos más grandes capitanes de la América, y de los más grandes en la historia contemporánea, y famosa también por el misterio en que se la envolvió.

Nos referimos a la nota reservada en que don José Gabriel Pérez, secretario general del Libertador, da cuenta al gobierno de Colombia, al día subsiguiente de la entrevista, de los puntos principales en ella tratados, y que, relativamente al gobierno del Perú, dice:

> El protector se quejó altamente del mando y, sobre todo, se quejó de sus compañeros de armas que últimamente lo habían abandonado en Lima. Aseguró que iba a retirarse a Mendoza; que había dejado un pliego cerrado para que

"Para que le coadyuvara Bolívar o no hiciera oposición a este plan se encaminó a Guayaquil tan luego como supo su llegada a este pueblo".

16. "Como hemos dicho, Bolívar era republicano y temía la venida de príncipes europeos a América", G. Bulnes, *op. cit.*

> lo presentasen al Congreso renunciando el protectorado; que también renunciaría la reelección que contaba se haría en él; que luego que obtuviera el primer triunfo se retiraría del mando militar sin esperar a ver el término de la guerra; pero añadió que antes de retirarse dejaría bien establecidas las bases del gobierno; que este no debía ser demócrata en el Perú, porque no convenía, y, últimamente, que debía venir de Europa un príncipe aislado y solo a mandar aquel Estado. Su excelencia contestó que no convenía a la América, ni tampoco a Colombia, la introducción de príncipes europeos, porque eran partes heterogéneas a nuestra masa; que su excelencia se opondría por su parte si pudiere; pero que no se opondrá a la forma de gobierno que quiera darse cada Estado; añadiendo sobre este particular su excelencia todo lo que piensa con respecto a la naturaleza de los gobiernos, refiriéndose en todo a su discurso al Congreso de Angostura. El protector replicó que la venida del príncipe sería para después, y su excelencia repuso que nunca convenía que viniesen tales príncipes; que su excelencia habría preferido invitar al general Iturbide a que se coronase, con tal que no viniesen Borbones, austriacos ni otra dinastía europea. El protector dijo que en el Perú había un gran partido de abogados que querían república, y se quejó amargamente del carácter de los letrados. Es de presumirse que el designio que se tiene es erigir ahora la monarquía sobre el principio de darle la corona a un príncipe europeo con el fin, sin duda, de ocupar después el trono el que tenga más popularidad en el país o más fuerzas de que disponer. Si los discursos del protector son sinceros, ninguno está más lejos de ocupar tal trono. Parece muy convencido de los inconvenientes del mando.

He ahí otra de las causas eficientes de su fracaso enfrente de Bolívar.

Múltiples factores que la historia ha consignado prolijamente en sus páginas hicieron que San Martín se hallara a fines de 1821 en situación de aislamiento, a la vez que de menoscabo de su autoridad política y militar en el Perú[17].

El ejército, compuesto de elementos heterogéneos a los que no supo o no quiso colocar en un completo pie de igualdad, prefiriendo y exaltando a

17. Véase Mariano Felipe Paz Soldán, *Historia del Perú independiente: primer período 1819-1822*, Lima, Imprenta y Estereotipia de Carlos Paz Soldán, 1868; y Lord Cochrane, *Memorias de Lord Cochrane*, Lima, Imprenta de José Masías, 1863.

unos jefes con desmedro de la rigurosa justicia del mérito y de la antigüedad en los ascensos, había perdido su fe en él y, con ella, la cohesión y armonía necesarias entre los jefes y oficiales para mantener con éxito el rigorismo de la disciplina indispensable a la tropa. Esta se desbandaba cada noche por la opulenta ciudad de los virreyes en busca de placeres, entregándose a los excesos de la embriaguez y la lascivia, y gastando en esos excesos y en reyertas y pugilatos de extramuros, en el ocio de una paz octaviana, las reservas de energía vital que se requerían para contrarrestar los efectos de un clima enervante y malsano, y hallarse más tarde en condiciones de prestar servicios efectivos sobre un campo de batalla.

A la desmoralización del ejército siguió el descontento por las sorpresas de una política mezquina, a la que faltaban las grandes líneas de las grandes aspiraciones democráticas, y en la que se daba a los pequeños detalles, a los detalles de ordenanza de policía y de reglamentación de alcalde de aldea, una importancia que la hacía antipática y en ocasiones imponderablemente odiosa.

Monteagudo era la encarnación viviente de esa política, y los diversos jefes de diversas nacionalidades encarnaban, a su vez, el descontento del ejército, llegando, en más de una oportunidad, a altercados violentos en la presencia misma del protector.

Todo tendía al desquiciamiento en los primeros días del año 1822.

Si no ya el perdido prestigio y la gastada influencia del jefe del Estado, podían haberlo salvado una grande energía y una mayor magnanimidad de su parte.

Pero él, en vez de desentenderse de las rencillas de algunos oficiales y de las delaciones de otros; en vez de estrecharlos a todos, chilenos, argentinos, colombianos y peruanos, en un mismo abrazo de reconciliación y olvido; en vez de lanzarlos al frente de sus huestes a los últimos combates libertadores de Hispanoamérica; y en vez de hacer tocar la última diana para la guerra y la victoria, entregó el poder en manos de un peruano, al que entonces llamó ilustre, y a quien, andando el tiempo, calificó de inepto y disoluto.

Y como si esa delegación del poder no fuera bastante, dejó al lado de Torre Tagle la siniestra personalidad de Monteagudo, con sus agravios,

sus rencores y sus venganzas. Y fuese él a reposar sobre sus gloriosísimos laureles, en las horas caniculares de las largas siestas tropicales, bajo las palmeras de la Magdalena.

¡Qué grande desquiciamiento de una grande alma!

Y siguió contemplando, con estoicismo musulmán, después de su fracasada tentativa para ver a Bolívar, en enero de aquel año, los tropiezos y las caídas del gobierno provisorio del Perú.

El jefe nato de aquella nación que él mismo creara sobre los escombros del virreinato, con las concepciones políticas de su gran cabeza y con el sable de sus granaderos, se entregaba ahora dominadas aún las sierras por las armas de Castilla, a los devaneos voluptuosos de la vida cortesana, en tierra de indios y de libres[18].

---

18. La situación del virrey La Serna, después del fracaso de las negociaciones de Punchauca, en mayo de 1821, se estrechaba momento a momento, haciéndose cada vez más crítica.
Las enfermedades, las deserciones repetidas de oficiales y soldados, y la desmoralización consiguiente a la inactividad de la tropa en un pueblo de clima enervante, aparte del agotamiento de los recursos para abastecer a las necesidades de un ejército numeroso, le obligaron, a últimos de junio, a abandonar la capital.
El 27 salió la parte más selecta del ejército, formando una División, al mando del general Canterac, camino del interior; y el 6 de julio La Serna entregó el mando de la ciudad al marqués de Montemira, siguiendo, poco después, con el resto del ejército, a la División de Canterac.
Los castillos del Callao continuaron bajo la dirección del general La Mar.
El 9 San Martín hacía su entrada en la ciudad de los virreyes y se entregaba en seguida a la organización política del Estado y a estrechar el sitio del Callao, cuya rendición obtuvo después, secundado eficazmente por la escuadra de Cochrane.
Entretanto La Serna y Canterac continuaban su marcha al interior, sin que San Martín tratara de impedirles la retirada hacia territorios donde encontrarían los medios de rehacerse y volver a la ofensiva, como en realidad aconteció.
En efecto, acamparon en Jauja, y con los auxilios que obtuvieron del Cuzco reorganizaron y aumentaron su ejército.
Es sabido que en Huanchaco, lugar próximo a Jauja, acampaba el habilísimo general patriota Álvarez de Arenales, y son conocidas también las órdenes, tan terminantes como descabelladas, que recibió de San Martín, relativamente a no combatir y a buscar la retirada hacia la costa, abandonando la sierra al enemigo.
Creemos oportuno transcribir aquí una carta del general Álvarez de Arenales, escrita en 1821, cuyas predicciones no tardaron en cumplirse:
"Señor don José de San Martín. (Reservada).
Mi amadísimo general: A las cinco de la mañana, con el pie en el estribo, y cuando a las cuatro había salido ya toda mi tropa de la principal masa en alcance de la vanguardia, que

Mas cuando todo se descomponía en un fermento de odios y recriminaciones recíprocas, miró clarear hacia el Norte la aurora de Pichincha, y a su luz purísima, que irradiaba la gloria por los ámbitos de nuestra América, leyó el mensaje de 17 de junio, en que el Gran Libertador, al agradecerle el concurso de las fuerzas peruanas que operaron en la guerra de Quito, le hace copartícipe de los triunfos alcanzados por las armas patriotas en Bomboná y en Pichincha.

San Martín despierta entonces de su letargo, cuenta los soldados que le restan, los recursos de que aún puede disponer, y, comparándolos con los

---

llegó ayer al punto de Izcuchaca, he recibido la estimable de usted de 6 del corriente, y con ella dos extremos opuestos: celebrando la ocupación de Lima por usted y sintiendo íntimamente las consecuencias que precisamente vamos a tocar, después que tantísimas veces las hemos advertido como que eran consiguientes e infalibles, y, sin embargo, no hemos puesto en ejecución las medidas tan obvias para precaverlas.
Usted me dice que acabaron de abandonar la capital los enemigos y se dirigían para la sierra; mas ni siquiera me indica por qué rumbo hayan tomado su dirección, y en esta duda, si vienen a reunirse con Canterac, no puedo hacerles frente, arreglándome, como debo, a las prevenciones de usted, y si vienen a caer sobre mi flanco o retaguardia, rigurosamente debo retroceder, al menos hasta el punto en que deje franca mi retirada, por cuyas consideraciones he hecho regresar la fuerza que viene conmigo y pasado órdenes a la vanguardia para que se repliegue sobre mí, y en seguida hacer el movimiento de precaución; pero no puedo significar a usted cuánto siento este acontecimiento, por las consecuencias que precisamente vamos a tocar, muy a nuestra costa y de los sacrificios del país.
Dispénseme usted que le hable con esta franqueza; no sé por qué no se han oído las observaciones tan obvias y convincentes que, con demasiada repetición, he significado. ¿Qué ganará nuestro ejército con entrar en Lima a apestarse y acabar de destruirse, cuando con progresos y grande utilidad podía ya estar convalecido en las inmediaciones de la sierra? ¿Qué sucederá de las tropas de esta División, con 1.500 reclutas, ya instruidos y disciplinados, si como, según se me presenta el caso, forzosamente tienen que hacer una deshonrosa retirada para donde esperan los hospitales con el sepulcro? ¡Ah, señor, qué doloroso me es tener que hablar a usted en estos términos! No crea, ni por un solo momento, que estas mis expresiones tengan en modo alguno espíritu de reconvención ni de faltarle al respeto; no, por cierto; solo son impulsadas por el dolor y sentimiento de que nuestra empresa va a postergarse incalculablemente o a poner en duda nuestro feliz éxito, que de otro modo ya no la había, y por el gran deseo que siempre me asiste del mayor concepto y buen nombre de usted.
¿Qué será de los habitantes de este territorio, tan sumamente comprometidos? ¿Qué de la opinión que habían formado de nosotros? ¿Qué de sus frutos y recursos, y qué, por fin, al querer nosotros después echar de aquí a los enemigos, ya fortalecidos y bien fijados en el país? Pero para qué explicar a usted otras infinitas y poderosas reflexiones que no se deben ocultar a su conocimiento. Repito, señor, que no soy capaz de explicar el sentimiento que me causan las circunstancias que sobrevienen por nuestra imprecaución.

que el enemigo ha conservado en los territorios de la altiplanicie y de la sierra, comprende al fin, desgarradas sus vestiduras y marchito su prestigio, que la grande obra de la emancipación americana depende solo de la feliz terminación de la guerra en el Perú, y de que no son bastantes a alcanzar ese término los restos gloriosos de la expedición libertadora. Y en el desgarramiento de todo su ser, en el fracaso de sus anhelos y de sus esperanzas, tiende los brazos hacia Bolívar, para pedirle a él –abrumado por el peso de sus laureles y sus glorias, pero ligero el espíritu a las fatigas y a las luchas– el doble auxilio de sus huestes y su nombre.

Escribe entonces:

> Los triunfos de Bomboná y Pichincha han puesto el sello a la unión de Colombia y del Perú, asegurando al mismo tiempo la libertad de ambos Estados. Yo miro bajo este doble aspecto la parte que han tenido las armas del Perú en aquellos sucesos, y felicito a vuecencia por la gloria que le resulta al ver confirmados los solemnes derechos que ha adquirido al título de Libertador de Colombia. Vuecencia ha consumado la obra que emprendió con heroísmo, y los bravos que tantas veces ha conducido a la victoria tienen que renunciar a la esperanza de aumentar los laureles de que se han coronado en su patria, si no los buscan fuera de ella. El Perú es el único campo de batalla que queda en América, y en él deben reunirse los que quieran obtener los honores del último triunfo, contra los que ya han sido vencidos en todo el continente. Yo

---

Ya me parece que veo a ese nuestro ejército que, embelesado en Lima, al menos por lo pronto, no se acuerda de otras cosas que nos traerán amarguras, contentándose, por ahora, con calcular que la división de la sierra debe batir y acabar a los enemigos, para después decir, si tenemos contraste, que por qué no nos hemos retirado, y si nos retiramos, que por qué abandonamos la sierra, como lo dijeron antes aun aquellos que votaron porque debía reunirse al ejército. Lo bueno es que yo estoy cubierto con mis anteriores comunicaciones dirigidas a usted, y sus preceptos, que obedezco ciegamente. Dispense usted, y vamos a otra cosa: si en mi lenta retirada encontrase con la fuerza de retaguardia enemiga y Canterac no apura mucho, la batiré, procuraré sostenerme lo que pueda, y si en este intermedio me viene refuerzo, que lo espero muy remotamente o nunca, por las razones indicadas, tal vez podremos remediar algo; pero si no, la división se va a perder con su retirada a la costa: sea lo que Dios quiera.
Cuide usted de su salud, de que no puedo prescindir, y de todos modos crea que siempre es su verdadero fiel amigo y amantísimo de veras q.b.s.m.,

Juan A. Álvarez de Arenales"
Huancayo, 12 de julio de 1821.

acepto la oferta generosa que vuecencia se sirve hacerme en su despacho de 17 del pasado; el Perú recibirá con entusiasmo y gratitud todas las tropas de que pueda disponer vuecencia, a fin de acelerar la campaña y no dejar el menor influjo a las vicisitudes de la fortuna; espero que Colombia tendrá la satisfacción de que sus armas contribuyan poderosamente a poner término a la guerra del Perú, así como las de este han contribuido a plantar el pabellón de la república en el sur de su vasto territorio.

Ansío cumplir mis deseos frustrados en el mes de febrero por las circunstancias que ocurrieron entonces; pienso no diferirlos por más tiempo; es preciso combinar en grande los intereses que nos han confiado los pueblos para que una sólida y estable prosperidad les haga conocer mejor el beneficio de su independencia. Antes del 18 saldré del puerto del Callao, y apenas desembarque en el de Guayaquil, marcharé a saludar a vuecencia a Quito. Mi alma se llena de pensamientos y de gozo cuando contemplo aquel momento; nos veremos, y presiento que la América no olvidará el día que nos abracemos.

Dígnese vuecencia, etc.

Lima, julio 13 de 1822

Y antes de que esta carta haya podido hacer el doble viaje a Quito y Guayaquil, se embarca para ir a abrazar, sobre la línea del planeta más de cerca acariciada por el calor del astro rey, al más grande de sus émulos en la vida y en la inmortalidad.

¿Bolívar conocía la situación de San Martín en el Perú, el menoscabo de su autoridad y su aislamiento? Debía conocerla, pues tenía agentes acreditados ante el gobierno protectoral.

El malogrado don Felipe Larrazábal, biógrafo del Libertador, dice que al tiempo de separarse (Bolívar y el protector, después de la última conferencia en Guayaquil), el Libertador preguntó a San Martín cómo estaba la opinión por su gobierno en Lima. San Martín contestó satisfactoriamente. —Y bien –repuso el Libertador–, a mí se me ha amargado el placer de haber visto a usted con la noticia de la revolución que habrá estallado a la fecha en Lima. —¡Cómo!, dijo San Martín. Entonces Bolívar, sacando de la faltriquera una carta del teniente coronel Juan María Gómez, secretario de la legación de Colombia, se la dio a San Martín. Este la leyó, conoció la

defección de sus propios jefes, sospechó la caída de su ministro y favorito Monteagudo y el trastorno de Lima, y dijo: —Si esto ha sucedido, me iré a Europa y daré un adiós eterno a la América del Sur.

Si las cosas, en detalle, no pasaron en la forma en que las refiere Larrazábal, es lo cierto que aquellos acontecimientos se desarrollaban en Lima mientras el protector se encontraba en Guayaquil.

Gómez no debió desconocer los preparativos de la revolución del 28 de julio, aun antes del viaje de San Martín, y es lógico creer que los comunicara inmediatamente a Bolívar, que debía recibir en breve la visita del protector.

El Libertador, por su parte, y para no faltar a la lealtad que debía a su ilustre huésped, debió imponerlo de aquellas noticias, que desconcertaron primero y abatieron en seguida el ánimo de San Martín.

Bolívar no podía ignorar tampoco la derrota de las fuerzas patriotas en Ica, tres meses antes. Si al pueblo de Lima se le trató de disimular la importancia verdadera de la sorpresa de la Macacona, a la penetración de Bolívar no se escaparían, aun a la distancia, los efectos desmoralizadores de aquella derrota, la trascendencia de los sucesos posteriores y su verdadera significación.

Con tales antecedentes se comprende y justifica que no quisiera entregar la totalidad de las tropas colombianas al mando de quien había deshecho en marchas y contramarchas, sin resultados positivos, las huestes gloriosas que le confiara tres años antes el gobierno de Chile. Además, aquel ejército, que venía del norte victorioso en cien combates, era un instrumento difícil de manejar en otras manos que no fueran las de Bolívar[19].

Ante la imposibilidad de obtener del Libertador que le confiara sus tropas, le pidió que pasara personalmente, al frente de ellas, a librar las últimas batallas en pro de la independencia de la América.

Bolívar no podía aceptar, pues necesitaba, en su calidad de presidente de Colombia, de la autorización legislativa para abandonar el territorio de la república. Que al manifestarlo así al protector era sincero, no cabe dudarlo, ya que un año después de la entrevista aún no traspasaba los límites

19. G. Bulnes, *op. cit.*

de la Gran Colombia, sin embargo de que ya San Martín había abandonado, tiempo hacía, la tierra de los incas. Existe, en efecto, una carta del Libertador al general Páez, fechada a 29 de mayo de 1823, en que dice: "El gobierno y pueblo de Lima me llaman para que vaya a mandarlos; conozco que hay mucha dificultad para vencer, mas iré, si el Congreso me lo permite, para evitar a Colombia una nueva guerra por esa parte".

Mas San Martín, con razón o sin ella, no creyó en la sinceridad de las excusas del Libertador, e imaginó que este se negaba porque quería mandar en jefe. Tuvo entonces el protector un rasgo de sublime desprendimiento, de inmenso patriotismo: ofreció a Bolívar servir bajo sus órdenes.

El Libertador debió comprender, en toda su heroica magnitud, la nobleza del alma de San Martín; pero las razones que había dado para no pasar al Perú quedaban en pie[20].

Tales eran los antecedentes y circunstancias que Bolívar debió de tener en cuenta y oponer a San Martín al pedirle este el concurso de todas las fuerzas de Colombia para la terminación de la guerra del Perú.

Bolívar había ofrecido, aún no producidos los hechos a que nos hemos referido anteriormente, el concurso de algunos cuerpos como auxiliares en la guerra del Perú. En el momento de la entrevista, esas tropas estaban prontas para embarcarse hacia las playas peruanas. No faltó, pues, Bolívar a lo prometido, y solo hubo de negarse, en las conferencias de Guayaquil, a

20. Para la completa sinceración del cargo hecho a Bolívar por no haber aceptado pasar al Perú, difiriendo a la última invitación del protector, la historia deberá recoger en sus páginas el siguiente documento:
"El Congreso constituyente del Perú: Por cuanto se halla enterado de que, a pesar de la repetida invitación del presidente de esta República al Libertador presidente de la de Colombia para su pronta venida al territorio, la suspende por faltarle la licencia del Congreso de aquella República, creyendo de su deber allanar esta dificultad, ha venido en decretar y decreta:
Que el presidente de la República suplique al Libertador presidente de la de Colombia haga presente a aquel soberano Congreso que los votos del Perú son uniformes, y los más ardientes por que tenga el más pronto efecto aquella invitación. Tendreislo entendido y dispondréis lo necesario a su cumplimiento, mandándolo imprimir, publicar y circular.
Dado en la Sala del Congreso de Lima a 14 de mayo de 1823.

Carlos Pedemonte, presidente;
Manuel Ferreiros, diputado secretario;
Francisco Herrera, diputado secretario".

entregar todo su ejército, o a abandonar el suelo de Colombia sin la autorización del Congreso.

Mas a pesar de lo dicho y de los documentos citados, nos asalta la duda de que San Martín no dio grande importancia en las conferencias con Bolívar –contrariamente a lo que hasta hoy ha afirmado la historia– a obtener mayores auxilios para la terminación de la guerra. Esta duda surge fácilmente leyendo la nota del secretario del Libertador en que da cuenta a su gobierno de las ocurrencias principales entre los dos grandes caudillos durante la entrevista de Guayaquil[21]. Relativamente a auxilios, la nota solo dice, en forma incidental, tratando de la cuestión de límites: "Además, habiendo venido el protector, como simple visita, sin ningún empeño político ni militar, pues ni siquiera habló formalmente de los auxilios que había ofrecido Colombia y que sabía se aprestaban para partir".

Parece, pues, que no fue este, como pudiera creerse, y como en realidad se ha creído hasta el presente, el asunto principal que llevó a San Martín a Guayaquil, y la cuestión capital debatida en la entrevista.

Sin embargo, para aventurarse a variar ese concepto, unánimemente mantenido por los historiadores, es necesario un mayor acopio de documentos.

En cuanto a la reposición de las bajas de la división peruana, ello sí que no debió dar tema para discusión, desde que era asunto de poca entidad y sencillo de resolver. En nuestro sentir, podía considerársele resuelto con el embarque, hacia las playas peruanas, de esa División y de las tropas colombianas que, aparte del batallón Numancia, contribuirían al afianzamiento de la independencia del Perú.

Puede decirse, pues, que las circunstancias, más que Bolívar mismo, vencieron a San Martín en las históricas conferencias de Guayaquil.

Nacieron ambos destinados a llenar dos porciones diversas de una misma colosal empresa; y si, personalmente, el uno excluyó al otro, en el

21. La referida nota se halla inserta íntegra en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago, Chile, Sociedad Chilena de Historia y Geografía, 1911, t. I, p. 641.

tiempo y en la historia se completan. Ello no es nuevo; es un fenómeno, mil veces repetido, y refiriéndose al cual, Castelar, con su verbo incomparable, ha dicho:

> Tales ejércitos, que se han combatido hasta aniquilarse sobre un campo de batalla; tales hombres, que se han odiado hasta herirse con la calumnia; tales genios, que se han perseguido mutuamente hasta querer borrarse de la Tierra, como si no hubiera aire para todos, no saben, cegados por sus pasiones u oscurecidos por el polvo de los hechos diarios, que mañana han de confundirse en una misma gloria, han de representar a los ojos de la posteridad una misma idea, han de tener en las hondas huellas dejadas por las obras de arte sobre el mundo los mismos adoradores y los mismos enemigos.

Así, Bolívar y San Martín, que hace noventa años se divorciaron a orillas del anchuroso Guayas, se han reconciliado en la inmortalidad, confundidos en el mismo campo de imperecedera gloria.

BIBLIOGRAFÍA

BARALT, Rafael María y Ramón Díaz. *Resumen de la historia de Venezuela*. 2ª ed., Curazao: Imprenta de la Librería A. Bethencourt e Hijos, 1887.

BARROS ARANA, Diego. *Historia general de Chile*. Santiago, Chile: Rafael Jover, Editorial Santiago, 1884-1902.

BERNEDETTI, Carlos. *Historia de Colombia*. Lima: Imprenta del Universo de Carlos Prince, 1887.

BULNES, Gonzalo. *Historia de la expedición libertadora del Perú*. Santiago, Chile: Imprenta Cervantes, 1888.

Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú, Simón Bolívar, para servir a la historia de la Independencia de Suramérica. Caracas: Imprenta de Devisme Hermanos, 1826-1829.

DE VIDAURRE, Manuel Lorenzo. *Cartas americanas*. Lima: Imprenta Republicana, 1827.

ESPEJO, Jerónimo. *San Martín y Bolívar. Entrevista de Guayaquil*. Buenos Aires: Imprenta Tomás Goodby, 1873.

LAFOND DE LURCY, Gabriel. *Voyages autour du Monde et naufrages cèlebrés*. Paris: Imprenta Dondy-Dupré, 1844.

LARRAZÁBAL, Felipe. *La vida y correspondencia general del Libertador Simón Bolívar*. 6ª ed. Nueva York: Imprenta Andrés de Cassard, 1883.

MANTILLA, Manuel F. *Historia de San Martín, por don Bartolomé Mitre. Análisis expositivo y crítico*. Buenos Aires: Imprenta de Coni e Hijo, 1889.

MILLER, John. *Memoirs of General Miller in the Service of the Republic of Perú*. London: Longman, Rees, Orme, Brown and Green, 1828.

MITRE, Bartolomé. *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. 2ª ed. corr. Buenos Aires: Félix Lajouane Editor, 1890.

Museo Histórico Nacional. *San Martín. Su correspondencia. 1823-1850.* 2ª ed. Madrid: Imprenta de Bailly-Baillière e Hijos, 1910.

O'LEARY, Daniel Florencio. *Memorias del general O'Leary*. Caracas: Imprenta El Monitor, 1883.

PAZ SOLDÁN, Mariano Felipe. *Historia del Perú independiente: primer período 1819-1822*. Lima: Imprenta y Estereotipia de Carlos Paz Soldán, 1868.

__________. *Revista Peruana*. Lima: Imprenta Liberal, 1879.

PERÚ DE LACROIX, Luis. *Diario de Bucaramanga. Vida pública y privada del Libertador*. París: Librería Paul Ollendorff, 1912.

RESTREPO, José Manuel. *Historia de la revolución de la República de Colombia*. 2ª ed. Besanzón: Imprenta de José Jacquin, 1858.

SALDÍAS, Adolfo. *La evolución republicana durante la revolución argentina*. Buenos Aires: Arnoldo Moen y Hermano, 1906.

SAMPER, José María. *El Libertador Simón Bolívar*. Buenos Aires: Imprenta de Mayo, 1884.

URRUTIA, Francisco José. *El ideal internacional de Bolívar*. Quito: Imprenta de Julio Sáenz, 1911.

VICUÑA MACKENNA, Benjamín. *El general don José de San Martín considerado según documentos completamente inéditos*. 2ª ed. Santiago, Chile: Imprenta Miranda, 1902.

VILLANUEVA, Carlos A. *La monarquía en América. Bolívar y el general San Martín*. París: Librería Paul Ollendorff, 1911.

__________. *La monarquía en América. Fernando VII y los nuevos Estados*. París: Librería Paul Ollendorff, 1911.

RUFINO BLANCO FOMBONA

BOLÍVAR, ESCRITOR*

AL TOMAR en las manos el volumen de *Discursos y proclamas* de Bolívar, lo mismo que al tomar en las manos un volumen cualquiera de su *Epistolario*, lo primero que ocurre a nuestro espíritu es la visión del guerrero y del *imperator* que el nombre de Simón Bolívar evoca. Una asociación de ideas se establece de súbito entre ese nombre y la existencia de su dueño; existencia que aparece como una tempestad de metralla soplando desde las cimas de los Andes y un paseo triunfal de veinte años por las capitales de Sudamérica.

Así se presenta el Libertador a los ojos de la mayoría, que no alcanza de Bolívar sino el segmento deslumbrante y epopéyico, y para la cual escapan, en medio de las múltiples peripecias del drama, la obra del gran pensador, del máximo orador, del prosista y del apóstol, que son otros segmentos de la compleja personalidad de Bolívar, y constituyen, en ligada armonía geométrica, junto con los talentos del diplomático, del legislador, del estadista y del fundador de patrias, el poliedro de aquella vida potente y varia.

Los *Discursos y proclamas* de Bolívar, lo mismo que sus cartas, fueron armas intelectuales esgrimidas por el prócer en su obra de destrucción y reconstrucción de un continente. A los intelectuales toca juzgarlos y conservarlos como legado precioso del genio. Para conservarlos con amor es necesario comprenderlos. Para comprenderlos en toda su plenitud es me-

* *Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur, por los más grandes escritores americanos*, Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1944, t. II, pp. 9-63.

nester considerar el medio y el instante en que aparecen, el influjo prepotente y bienhechor que ejercen y la obra que ayudaron a realizar por medio de la virtud callada, eficaz, madrepórica de las ideas. Lo primero, ¿qué obra es esta?

Esta obra fue una de las más raras en la historia del mundo. El tribuno Castelar la considera, como otros pensadores europeos, la obra culminante de la historia en el siglo XIX. De Castelar son estas palabras: "La independencia americana es el hecho más grande de nuestro siglo". La antigüedad no conoció nada semejante. En un continente recién descubierto, que vino a completar la geografía del planeta, cien pueblos sometidos se irguieron de repente y formaron cien pueblos libres, que en el orden político establecían, según las palabras de Canning, el equilibrio de los continentes, y que se constituyeron sobre bases sociales nuevas, distintas y aun antagónicas a las bases sociales de la monárquica Europa.

Ese nuevo concepto social, reaccionando sobre la misma Europa que salió a combatirlo, por las armas con la guerrera España y por la presión política con la Santa Alianza, se ha impuesto hoy en ambos hemisferios.

Esa revolución política y social cumplida en la cuarta parte del globo y que se ha impuesto, en sus mejores consecuencias, a casi todo el mundo civilizado, por lo menos en principio –pues ya nadie discute el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos–, tuvo por principal artífice el genio de Bolívar.

Y no se realizó aquella obra sin un esfuerzo asombroso. El *Epistolario* y los *Discursos y proclamas* de Bolívar son, o pueden ser, en manos inteligentes, índice o brújula de la revolución de independencia americana. Para facilitar la tarea contemplemos breves instantes, en la rapidez de una película cinematográfica, al Hércules en sus trabajos.

¿Qué ha hecho? En vez de repetir, cedamos la palabra a un historiador de Chile, a Vicuña Mackenna:

> Desde Cumaná hasta Potosí nada le ha detenido. Ha destrozado virreinatos, ha borrado todas las líneas de las demarcaciones geográficas: ha rehecho el

> mundo. Quita su nombre a la América y da a la parte que ha hecho suya el nombre de Colón (Colombia), y más adelante decreta el suyo propio a su última conquista. Su caballo ha bebido las aguas del Orinoco, del Amazonas y del Plata, las tres grandes fronteras que dio la creación al Nuevo Mundo. Pero él las ha suprimido en nombre de la gloria, esta segunda creación de la omnipotencia. Desciende desde las montañas de Aragua e inunda de bayonetas todos los valles de América, que aclaman sus victorias.[1]

Después de quince años de lucha sin cesar han desaparecido, en 472 funciones de armas, las escuadras españolas del Atlántico y del Pacífico; las expediciones peninsulares de Cortabarría, Salomón, Morillo, Hore, Miyares, Canterac, Murgeon, Odonojú; las de Cuba y Puerto Rico, graneros y baluartes de la madre patria; ha quedado deshecha a sangre y fuego la resistencia de los mismos pueblos de América contra sus libertadores; han quedado tendidos, en solo el suelo de Colombia, cerca de 600.000 americanos[2]; "y el mundo de Colón –para emplear la síntesis del propio héroe– ha dejado de ser español".

Bolívar ha cumplido, casi sin elementos, y a despecho de la naturaleza y de los hombres, una de las empresas más grandiosas que tocó en suerte a un héroe. Ha emancipado cuatro veces más millones de colonos que Washington. Una sola de sus creaciones, la Gran Colombia, que tiene 112.000 leguas cuadradas, es más vasta que todas las conquistas de Napoleón. La historia no conoce guerrero cuyo caballo de batalla haya ido más lejos y cuyo teatro militar fuera tan extenso. Ni los capitanes europeos Gonzalo de Córdoba, Carlos XII, Federico el Grande, ni los guerreros fabulosos del Asia Genghis Khan o Tamerlán han recorrido, triunfantes, tantas tierras como

1. Benjamín Vicuña Mackenna citado por Felipe Larrazábal, *La vida y correspondencia general del Libertador Simón Bolívar*, 6ª ed., Nueva York, Imprenta de Andrés Cassard, 1883, v. II, p. 165.

2. En la Gran Colombia sola desaparecieron, durante el torbellino de la revolución, 596.284 existencias, de las cuales corresponden: a Ecuador, 108.204; a Nueva Granada, 171.741; y a Venezuela, donde se luchó más que en parte alguna de América y que derramó su sangre sin avaricia, por todo el continente, 316.339. Para que sirva únicamente como unidad de comparación, recuérdese que las pérdidas totales de Francia, durante todas las guerras de la Revolución y del Imperio, fueron de un millón doscientas mil (1.200.000) vidas. Y no se olvide la diferencia numérica entre la población de Francia y los 3.000.000 de Colombia.

él. Con razón y con orgullo americano pudo escribir José Martí: "Bolívar recorrió más tierras con las banderas de la libertad que ningún conquistador con las de la tiranía".

Europa lo miró desde lejos con admiración y con asombro. Seis mil soldados ingleses, innúmeros franceses, alemanes, italianos corren a servir bajo sus banderas. Los polacos, los irlandeses, los liberales de España, todos los oprimidos clavan en él los ojos.

Con él están, desde 1813, soldados de la España liberal: Oliva, Sola, Ruiz, Lazo, el caballeresco Jalón, los Villapol, los Aldao, los Romana, los Pineda, los Ibarra, aquel asombroso Campo-Elías, Marmión, Miguilareña, Ibarrolaburo, Urieta, Mires, Torres, Campomanes, tantos otros. Mina, el héroe peninsular de la guerra contra Napoleón; el no menos ilustre general don Mariano Renovales le ofrecen su espada; y otros liberales exaltados de la Península, víctimas del tirano Fernando VII, esperan que Bolívar vaya a libertar la España, después de haber independizado la América[3].

La prensa liberal de París lo reconoce superior a Washington. Lafayette sirve con orgullo de intermediario a la familia de Washington, cuando esta, interpretando el sentimiento nacional de los Estados Unidos, quiere hacer llegar a manos del Libertador venerandas reliquias de Washington. Y el brillante francés asegura al Libertador que de todos los hombres vivos y aun de la historia, Washington lo hubiera preferido. "Sois el primer ciudadano del mundo" –le escribe el antiguo miembro de la Convención, general Alejandro de Lameth–; y un miembro del parlamento británico, general inglés, Sir Robert Wilson: "El retrato de vuestra excelencia es el *paladium* de mi hogar". El gran tribuno irlandés O'Connel le manda un hijo con estas

3. El embajador de Francia en Madrid marqués de Moustier escribía al ministro francés de Relaciones Exteriores, barón de Damás, el 13 de febrero de 1826: "La consternación reina ya en todos los puertos con motivo de las hostilidades contra la Regencia de Argelia y los perjuicios que causan los corsarios colombianos. En estos puertos, más que en las ciudades del interior, gana prosélitos el sentimiento revolucionario, hasta el punto de tenerse el convencimiento de que, si bajo semejantes disposiciones se presenta en las costas de España una escuadra insurrecta americana, sería imposible contener el desbordamiento revolucionario". (Véase Carlos A. Villanueva, *La monarquía en América. Fernando VII y los nuevos Estados*, París, Librería Paul Ollendorff, 1911, pp. 249-250).

palabras magníficas: “Lo envío, ilustre señor, para que, admirando e imitando vuestro ejemplo, sirva bajo las órdenes de vuestra excelencia”. Otros europeos eminentes le mandan también a sus hijos. El sobrino de Koskiusko, el héroe de Polonia, “ha atravesado –escribe– el diámetro del globo, exaltado por las glorias del Libertador del Nuevo Mundo, para tener la honra de servirle”. Los holandeses lo comparan a Guillermo de Nassau, y a Guillermo de Nassau lo compara, en Bogotá, el enviado de Holanda, capitán Quartel. Bernadotte, rey de Suecia, dice con vanagloria: “Entre Bolívar y yo hay mucha analogía”. Bresson, plenipotenciario de Francia, expone: “La Francia no admira en él solamente aquella intrepidez y celeridad en las empresas, aquella penetración y aquella constancia, cualidades de un gran general, sino que tributa homenaje a sus virtudes y a sus talentos políticos”. José Bonaparte, exrey de España, desea que el hijo de Murat, exrey de Nápoles, vaya a ser edecán de Bolívar. Un pariente del príncipe Ispillante, de Grecia; y el hijo del emperador de México, Iturbide, quieren servir con el Libertador[4]. Un militar inglés, comisionado diplomático de Su Majestad Británica, el coronel John Potte Hamilton, ya de regreso en Londres, publica una obra donde estudia el país y al héroe: “Es –dice del Libertador– el hombre más grande, el carácter más extraordinario que hasta ahora haya producido el Nuevo Mundo”; y por las dificultades vencidas y las condiciones desplegadas en la realización de la obra que acaba de cumplir, lo juzga “supereminente sobre cuantos héroes viven en el templo de la fama”[5]. Restrepo, el severo Restrepo, tan empapado en la política de la época, resume en su *Historia de Colombia*:

“La idea que varios gobiernos europeos habían concebido de los talentos, de las virtudes, de la elevación de carácter y de los servicios eminentes de Bolívar a su patria era tan alta, que si este hubiera tenido la insensata pretensión de hacerse rey, naciones de primer orden le habrían reconocido, y

4. Para verificar la mayor parte de estas citaciones consúltese la *Correspondencia de extranjeros notables con el Libertador*, Daniel Florencio O’Leary, Madrid, Editorial América, 1920, *passim*.
5. John Potte Hamilton, *Travels Through the Interior Provinces of Columbia*, *Late Commissioner from his Britanic Majestic to the Republic of Columbia*, Londres, John Murray, 1827, v. I, pp. 229-234.

los soberanos y las familias más antiguas y distinguidas del viejo continente le habrían saludado como a un hermano y compañero de los monarcas; circunstancia que se acredita por documentos oficiales auténticos". Es más: Francia e Inglaterra lo instan a que se corone, como lo instan sus tenientes más poderosos: Santa Cruz en Bolivia, Lamar en Perú, Santander (1822)[6] en Nueva Granada, Flores en el Ecuador, Páez en Venezuela, y Sucre y Urdaneta y Mariño y Mosquera y Diego Ibarra y Briceño Méndez y tantos otros.

Bolívar no consintió en ceñirse la corona. Por una u otra razón no consintió: "El título de Libertador –escribe a Páez– es el mayor de cuantos ha recibido el orgullo humano. Me es imposible degradarlo". No creían que siendo tan poderoso fuera tan abnegado.

Benjamín Constant escribió en un periódico de París lo siguiente:

"Si Bolívar muere sin haberse ceñido una corona, será en los siglos venideros una figura singular. En los pasados no tiene semejante. Washington no tuvo nunca en sus manos, en las colonias británicas del Norte, el poder que Bolívar ha alcanzado en los pueblos y desiertos de la América del Sur".

Pero Bolívar despreció cetro y manto imperiales.

Así ha podido cantarlo el poeta madrileño Lasso de la Vega.

> Más alto que aquel Corso que murió en cautiverio,
> Bolívar, alma excelsa, desdeñaba el imperio
> por un laurel más claro: el de Libertador.

Y si no consintió en ceñirse la corona, tampoco convino en que Colombia llamara a un rey extranjero, aunque no fuese sino para no desaparecer él mismo detrás del trono: "situación imposible –según el inglés Loraine Petre– para hombre semejante"[7].

---

6. "Bolívar no ha querido coronarse: el día que lo intente, sostendré con mi espada la corona sobre sus sienes". (Santander. Véase Carlos A. Villanueva, *El imperio de los Andes*, París, Librería Paul Ollendorff, 1913, p. 48).
7. Francis Loraine Petre, *Simon Bolivar, el Libertador: a Life of the Chief Leader in the Revolt Against Spain in Venezuela, New Granada & Peru*, London, John Lane, 1910, p. 434.

Y si no aceptó la corona, ni quiso que un extranjero viniera a ceñírsela en Colombia, impidió también, por medio de la diplomacia y aun de la firmeza, que otras secciones de América se monarquizasen y se diesen a príncipes europeos. El enviado de Colombia en México reúne en su casa a los republicanos y conspira contra el emperador Iturbide. La Argentina solicitaba un hijo de Carlos IV para rey de aquella sección americana, y, en defecto de este, a un príncipe inglés, alemán, portugués, ruso, brasileño, de cualquier parte. Bolívar escribe, dirigiéndose al director supremo de los Estados Unidos del Río de la Plata: "Ligadas mutuamente entre sí todas las repúblicas que combaten contra la España, por el pacto implícito y a virtud de la identidad de causa, principios e intereses, parece que nuestra conducta debe ser uniforme y una misma"[8].

Con el Perú fue más explícito. El general San Martín había celebrado en Punchauca un pacto con el virrey La Serna, pacto por el cual se sometía y entregaba el ejército patriota al virrey. San Martín en persona se embarcaría para España a solicitar del trono dominador secular de América, contra quien se llevaba diez años de revolución, un príncipe para el Perú, país que debía erigirse en monarquía, con Chile y la Argentina, según expresa el pacto suscrito por San Martín, como provincias de aquel reino.

El Libertador se alarmó y despachó a su edecán, Diego Ibarra, con instrucciones cerca de San Martín, para disuadir del absurdo plan suicida a este general, y para si el gobierno protectoral persistía en su propósito, hacerle saber que Colombia no asentía a él por ir contra el objeto de la revolución, contra las nuevas instituciones y contra los deseos y la libertad de los pueblos[9].

8. Véase el punto estudiado con más amplitud en *Cartas de Bolívar, 1799-1822*, José Enrique Rodó; pról., Rufino Blanco Fombona; notas, París, Sociedad de Ediciones Louis Michaud, 1913, pp. 364-365, en nota del comentarista de dichas cartas.

9. He aquí un artículo bien preciso de las instrucciones a Ibarra: "2º Que si resultare verdadero el tratado en los términos en que se dice concluido, procure vuestra señoría sondear y penetrar el ánimo del general San Martín y persuadirle a que desista del proyecto de erigir un trono en el Perú; por el escándalo que causará esto en todas las Repúblicas establecidas en nuestro continente; por las nuevas divisiones que produciría en su ejército y en el país la proclamación de los principios monárquicos, después de haberse pronunciado todos los republicanos; por el aliento que esto inspiraría a los españoles para continuar la guerra en todos los Estados insurrectos, contando siempre con el apoyo del Perú y con las divisiones

Así defendió e hizo triunfar Bolívar, contra propios y extraños, la independencia y la república en la América del Sur. Por eso la posteridad reconocida, la posteridad que no se engaña, la posteridad que no se mueve por pasiones ni intereses, llama al padre de Colombia, al emancipador del Perú, al fundador de Bolivia, al que destruyó las últimas resistencias del Pacífico, asegurando la independencia de Chile; al que emancipó las cuatro provincias argentinas del norte, oprimidas por Olañeta y en manos de España desde 1810; al que supo recular en Bolivia las pretensiones imperialistas del Brasil, al soldado de genio y de fortuna, al héroe sin segundo: el Libertador de América.

---

intestinas, o pretendiendo que sigamos el mismo ejemplo; y, últimamente, por el peligro que hay de que halle aquí la Europa un pretexto para mezclarse en nuestras discusiones con la España y trate de decidirla a imponernos la ley de la arbitrariedad del trono y su absoluto poder sobre el pueblo.

"Si después de haber vuestra señoría expuesto todas estas razones, con las explicaciones que su prudencia y conocimientos le sugieran, no alcanzare vuestra señoría a disuadir del plan al general San Martín, protestará vuestra señoría, de un modo positivo y terminante, que Colombia no asiente a él porque es contra nuestras instituciones, contra el objeto de nuestra contienda, contra los vehementes deseos y votos de los pueblos por su libertad". (Daniel Florencio O'Leary, *Memorias del general O'Leary*, Caracas, Imprenta El Monitor, 1883, v. XVIII, p. 497).

Queda uno desconcertado, conociendo la historia de América y el papel de los hombres en el drama de nuestra emancipación, cuando lee, por ejemplo, en la *Historia de San Martín*, por Mitre, *op. cit.*, los siguientes absurdos: "La obra política de Bolívar en el orden nacional e internacional ha muerto con él, y solo queda su heroica epopeya libertadora al través del Continente, por él independizado. La obra de San Martín le ha sobrevivido, y la América del Sur se ha organizado según las previsiones de su genio concreto, dentro de las líneas geográficas trazadas por su espada". (Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, 2ª ed. corr., Buenos Aires, Félix Lajouane Editor, 1890, v. IV, pp. 170-171).

Mitre olvida que había escrito respecto de los talentos políticos de San Martín: "No poseía los talentos del administrador ni estaba preparado para el manejo directo de los variados negocios públicos". Y si el general San Martín, según las palabras de su panegirista, no era hombre de gobierno; si el Perú no es una monarquía española, con Argentina y Chile como provincias; si la América ha quedado libre y republicana, como la concibió y dejó a su muerte y por su obra el Libertador, ¿de dónde saca el señor Mitre que la obra política del Libertador ha muerto con él, y que los proyectos monárquico-político-españoles del general San Martín han sobrevivido?

Es imposible llevar más lejos la audacia, para no darle otro nombre. Toda la historia de Mitre está llena de pasos de esa índole. La autoridad moral de semejante libro y de semejante autor son absolutamente nulas.

En 1824 había terminado su obra de guerrero. Así pudo proclamar a sus soldados: "Colombia os debe la gloria que nuevamente le dais; el Perú, vida, libertad y paz; La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas". Y más adelante, vencedoras sus tropas, no solo en Junín y Ayacucho, sino en las luchas complementarias de Tumusla y Callao, pudo decir en otra proclama: "El mundo de Colón ha dejado de ser español". Quedaba cumplida su obra de soldado.

José Enrique Rodó, el maestro del Plata, sintetiza la obra militar del Libertador en estas magníficas palabras: "Catorce generales de España entregan (en Ayacucho), al alargar la empuñadura de sus espadas rendidas, los títulos de aquella fabulosa propiedad que Colón pusiera trescientos años antes en manos de Isabel y Fernando".

En América su influencia es inmensa; semejante a la que hoy ejerce, por otras razones, el Gobierno de los Estados Unidos.

México, que lo llamó en 1815 por medio del heroico general Vicente Guerrero para que se pusiera al frente de las tropas mexicanas independientes, lo solicita de nuevo en 1824 como aliado y general en jefe de los ejércitos de América[10]. Centroamérica, libre después de la campaña boliviana de 1821, ordena colocar el retrato del caraqueño en las oficinas del Estado con esta leyenda: "A Simón Bolívar, por la libertad del Nuevo Mundo", y suscribe, lo mismo que México, la alianza con Colombia y el Perú, bajo la dirección del Libertador. La actual República Dominicana se incorpora a la Gran Colombia después de la Batalla de Carabobo. Lo mismo hace la actual República de Panamá. Cuba envía al comisionado Iznaga cerca del caraqueño a recabar el auxilio de las armas bolivianas para independizarse y constituye un partido revolucionario con el nombre de Soles de Bolívar. Puerto Rico acoge con alborozo el proyecto de la expedición que

10. Véase D.F. O'Leary, *Memorias del general O'Leary*, v. XI, pp. 344-345. "Así lo he manifestado al general Victoria, presidente de los Estados Unidos Mexicanos, el cual me ha manifestado que desea se establezca esta Federación, que está pronto a coadyuvar a ella y que al efecto lo va así a manifestar a usted. Esta le sufragará para generalísimo de la Liga y pondrá en sus manos gustosa la espada y el bastón que tan diestra y sobriamente ha sabido manejar", C.M. de Bustamante, México, 2 de febrero de 1825.

se está preparando en Bogotá y en Caracas; expedición que se dispone para emancipar las Antillas. Los tres pueblos de Colombia –Venezuela, Nueva Granada y Ecuador– siguen a Bolívar a través de la América, movidos por entusiasmo eléctrico. De la Constitución de Cúcuta dice Restrepo que su mayor garantía, para que todos lo obedecieran, era llevar el "cúmplase" y la firma de Bolívar. Perú lo nombra dictador. Bolivia lo declara presidente. Uruguay, sintiéndose abandonado de la Argentina en su lucha con el Brasil, en 1825, convierte los ojos al Libertador[11]. Chile recibe de él 1.500.000 de francos, entregados al presidente Freyre, para realizar la emancipación de Chiloé, y, por boca de sus hijos y funcionarios más ilustres, lo llama y espera de él la salvación. O'Higgins, el incomparable O'Higgins, héroe de cien batallas, dictador de Chile, está a su lado. "Yo reitero –le escribe el magnífico soldado del Sur–, yo reitero mi propósito de acompañarle y servirle bajo el carácter de un voluntario que aspira a una vida con honor o a una muerte gloriosa, y que mira el triunfo del general Bolívar como la única aurora de la independencia en la América del Sur"[12]. Blanco Encalada, almirante de la escuadra chilena, de aquella escuadra que ha realizado prodigios en el Pacífico, le manifiesta: "La República de Chile se aproxima cada día a la necesidad imperiosa de la influencia del héroe de Colombia para restablecer su equilibrio perdido y salir de un estado que de reacción en reacción la conducirá necesariamente al sepulcro[13].

Argentina también lo llama, como lo llaman México, Cuba y Chile. El general San Martín, el más grande de los generales argentinos, le ha ofrecido su espada y su cooperación. Las Heras quiere, desde 1821, deponer a San Martín y entregar el ejército argentino-chileno al Libertador. Alvarado ha hecho la guerra a sus órdenes. Necoechea sale cubierto de heridas y

11. Juan Zorilla de San Martín, *La epopeya de Artigas: historia de los tiempos heroicos del Uruguay*, Montevideo, Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, 1917, v. II, p. 348.
12. D.F. O'Leary, *Memorias del general O'Leary*, v. XI, *op. cit.*, p. 45. Carta desde Trujillo, marzo 29 de 1824. O'Higgins había sido escogido por el Libertador para dirigir una expedición contra Chiloé, todavía, después de Ayacucho, en manos españolas. La caída de Chiloé, realizada con el auxilio de 1.500.000 pesetas que envió Bolívar al presidente Freyre con aquel fin, hizo inútil la expedición.
13. *Ibid.*, p. 66.

laureles en Junín. "Mi primera impresión de Buenos Aires –escribe Alberdi– son los repiques de campanas y las fiestas en honor de Bolívar por el triunfo de Ayacucho"[14]. Los liberales, los federalistas, ponen toda su esperanza en el Libertador para librarse de la tiranía de Buenos Aires, pulpo de la nación, y de la anarquía en que se debate la Argentina casi desde 1810. Funes, el primer historiador de las Provincias Unidas, diputado, diplomático, deán de la catedral, lo urge constantemente por que vaya a Buenos Aires y le asegura que por que vaya se pronuncia la opinión pública: "Muchísimos están en la firme persuasión de que vuestra excelencia se acerca con un grueso ejército. Los ha confirmado en esta idea la carta de un oficial inglés, que yo mismo he visto, y en la que dice que vuestra excelencia se hallaba disponiendo 20.000 hombres para esta empresa. Muchas gentes han venido a preguntármelo, y puede creer vuestra excelencia que este es el voto público"[15]. Manuel Dorrego, bravo entre los bravos, glorioso entre los gloriosos, diputado al Congreso, primero, y luego gobernador de la provincia de Buenos Aires, le escribe: "Vuestra excelencia será llamado por aclamación". La legislatura de Córdoba expide la siguiente resolución: "Levantar tropas para sostener las libertades de la provincia de

14. En toda la América, Ayacucho fue celebrada como la batalla del triunfo continental. De México escribe un corresponsal al Libertador: "Una salva de artillería y un repique general de campanas me anuncian en este día (2 de febrero de 1825) el triunfo que las armas de Colombia, al mando de usted, han obtenido sobre el ejército español y asegurado para siempre el triunfo de las dos Américas". En Santiago, en Bogotá, el entusiasmo popular es indescriptible y se celebra el triunfo oficialmente. En Caracas se decretan monumentos a Bolívar. En Lima el entusiasmo no fue menor. El capitán de fragata Monsieur Alfonse Moyer, que estaba en el Perú, en misión del gobierno francés, para informar del estado de los negocios públicos de América y respecto a Bolívar, escribe al Ministro de la Marina, el 18 de diciembre de 1824. Su informe concluye con las palabras siguientes:
"En el instante en que termino esta carta se oye un gran alboroto en la ciudad. Anuncian que el coronel Correa, enviado por el general Sucre, acaba de llegar con la noticia de la destrucción de la causa española en el Perú, ocurrida en una importante batalla librada el 9 del mes de la fecha en una aldea muy próxima a Huamanga. Lima está llena de júbilo. Un pueblo vociferante ocupa las calles. El general Bolívar recibe las felicitaciones públicas y su retrato lo pasean en las plazas y calles, en medio de banderas y fuegos artificiales. Por todas partes queman triquitraques y cohetes. Las campanas de los templos ensordecen el aire y su eco repercute a lo lejos". (Véase C.A. Villanueva, *La monarquía en América. Fernando VII…*, pp. 251-252).
15. D.F. O'Leary, *Memorias del general O'Leary*, v. XI, p. 149.

Córdoba y proteger a los pueblos oprimidos, poniéndose de acuerdo con el Libertador Bolívar, por medio de un enviado, encargado de promover una negociación al efecto"[16]. Se empezaba a cumplir la previsión del deán Funes: "Las provincias se separarán del Congreso y se echarán en brazos de vuestra excelencia"[17].

El mismo gobierno unitario de Buenos Aires, el gobierno de la nación, envía a Bolívar dos plenipotenciarios a felicitarlo por sus últimas victorias, que han asegurado la independencia de todo Sudamérica; a implorar el apoyo de su espada en favor de la Argentina, contra el invasor Brasil, y a ofrecerle la dirección del ejército del Plata para que ese bravo ejército, en unión con los del Perú, Chile y Colombia, fuera de triunfo en triunfo y clavase la bandera azul y blanca en las torres de Río de Janeiro[18].

Apenas se piensa que Bolívar ha pisado territorio argentino, el presidente de la república, o director de las Provincias Unidas, como se le llama, que es a la sazón el brillante veterano general Las Heras, apresúrase a enviarle patrióticos y entusiastas mensajes:

> El gobierno de Buenos Aires, encargado del Poder Ejecutivo nacional, cumpliendo con un deber que le es sumamente grato, se apresura a felicitar a su excelencia por su arribo al territorio argentino, y al mismo tiempo le es satisfactorio instruirle que, a consecuencia de lo resuelto por el Congreso general constituyente, marchará dentro de breves días una legación, compuesta de

---

16. Vicente Fidel López, *Historia de la República Argentina*. Buenos Aires, Imprenta de G. Kraft, 1913.

17. D.F. O'Leary, *Memorias del general O'Leary*, v. XI, p. 175.

18. Tanta era la fe que tenía la América en el Libertador, que se creía que apenas tocase Bolívar con su espada el trono del emperador brasileño, ese trono vendría a tierra.
El ilustre general argentino don Carlos de Alvear, comisionado del gobierno de Buenos Aires, junto con el doctor José Miguel Díaz Vélez, cerca del Libertador, para solicitar el apoyo de este, escribía al grande hombre, desde Buenos Aires, el 3 de agosto de 1826: "Si el Libertador de Colombia hiciese lo que a mi humilde juicio su posición exigía, no tengo duda que el emperador perdía su trono". (*Ibid.*, v. XI, p. 297).
Desde antes, la Casa de Braganza, creyéndose amenazada por Bolívar, que iba de conquista en conquista, no las tenía todas consigo.
El rey de Portugal, don Juan VI, aconsejaba a su hijo el ceñirse la corona del Brasil antes de que esta cayese en manos de un aventurero. Ese aventurero era Bolívar. Manuel de Oliveira Lima, *Formation historique de la nationalité brasilienne*, Paris, Garnier Frères, 1911, pp. 175-176).

los señores brigadier general Carlos de Alvear y del doctor don José Miguel Díaz Vélez, para llenar los objetos que expresa la ley que en copia autorizada se acompaña, como igualmente para acordar con su excelencia el Libertador negocios de la más alta importancia a la paz y prosperidad de los Estados de América.

El mismo monarca del Brasil corresponde a la actitud del Libertador, que no se apresuró a llevar la guerra a Río de Janeiro, enviando una legación con este mensaje de reconocimiento:

"El gobierno del Emperador ha recibido, con singular satisfacción, los recuerdos que se le han presentado del Libertador Simón Bolívar, el hombre más ilustre del Nuevo Mundo".

El Libertador era a la sazón, según la síntesis de Mitre, "el hombre más poderoso de la América del Sur y el verdadero árbitro de sus destinos"[19].

19. Quédase uno perplejo, cuando tiene la más leve noción de historia americana, ante el cínico descaro con que ese mismo Mitre ha falsificado la historia del continente en una mala novela que llama *Historia de San Martín*.
Allí afirma, por ejemplo, que el ministro Rivadavia, después presidente derrocado por la anarquía, dijo: "*Ha llegado el momento de oponer los principios a la espada*, y levantó la bandera pacífica de la nueva hegemonía argentina". (B. Mitre, *op. cit.*, cap. L, V). Y concluye: "En este contacto y en este choque, la política boliviana se gasta y es vencida". (Cap. LI, V). ¡Levantar los principios contra la espada! ¿Acaso la espada de Bolívar no iba sirviendo por toda América los más altos principios? ¿No debemos todos a ella la independencia, la república, el gobierno democrático?
¿Qué hegemonía, por otra parte, es esa hegemonía argentina, esa "hegemonía pacífica", sin ejército, sin dinero, sin prestigio, ni siquiera entre los términos de la propia nación; esa hegemonía que va a implorar el auxilio de la hegemonía real y efectiva de Colombia, representada en Bolívar, ya dictador del Perú, y presidente de Bolivia, es decir, Hegemón César, dictador de medio mundo, para emplear la expresión del señor Groussac?
¿Por qué esa hegemonía argentina, ya que ejerció tanta influencia, no pudo libertar la mitad del territorio argentino, en manos de los españoles hasta 1825, en que lo libertaron las tropas y los triunfos de Bolívar? De haber existido entonces esa hegemonía argentina, según se asegura ahora, ella hubiera impedido el que Bolívar, dividiendo en dos el antiguo Virreinato de la Plata, fundase con una de esas mitades la actual República de Bolivia.
Ni siquiera pudo esa hegemonía impedir que se separasen de la confederación argentina el Paraguay y el Uruguay.
La historia de la independencia americana no es historia remota y legendaria, fácil de falsificar. Es cosa de ayer, y reposa sobre millares y millares de documentos que ya nadie puede destruir. La historia de Mitre es una patraña despreciable. Su Bolívar es un ratero del poder, con fortuna.

Solo, repetimos, los Estados Unidos, en las dos últimas décadas, han alcanzado en el Nuevo Mundo, por otras razones, una influencia semejante a la que ejerció desde 1820 hasta 1826 aquel ilimitado Libertador.
Un guerrero, por grande que sea, por mucho que deslumbren sus victorias y por decisivas y trascendentales que se las considere, no alcanza tal imperio como la acción de su brazo no esté acompañada por la acción de su pensamiento y si la acción de su pensamiento no es correlativa a la acción de su brazo.

No. La historia –como no sea la patraña de Mitre y sus secuaces– ignora esas derrotas de Bolívar por el señor Rivadavia.

Lo que recuerda y conserva la historia son las palabras elocuentes de ese mismo gobierno argentino en que Rivadavia influía, palabras dirigidas al Libertador después que este emancipó definitivamente la América del Sur con las victorias de Junín y Ayacucho.

He aquí esas palabras oficiales:

"Numerosos laureles y palmas inmortales de victoria han sabido arrancar a la fortuna los guerreros argentinos; pero todos nuestros trofeos aparecen pequeños ante vos, Señor, el padre de cinco naciones, que venís desde el Orinoco, de victoria en victoria, conduciendo el iris de la libertad (la bandera de Colombia) hasta sellar la total independencia del Nuevo Mundo".

Al día siguiente de la última victoria aparece siempre la necesidad del estadista que reconstruya el nuevo edificio sobre los escombros de las viejas arquitecturas demolidas. El fundador es necesario después del destructor. Generalmente, estas actividades andan dispersas. En Bolívar se confundían, como el jinete y el corcel en el centauro, como la claridad y la firmeza en el diamante.

Y si al don heroico se unía el don de pensamiento, al don de pensamiento se aliaban la seducción de la palabra escrita y la virtud avasalladora del verbo tribunicio. Es decir, su genio era múltiple. Rodó estudia, disocia, muestra en profunda síntesis psicológica lo poliédrico del genio en el Libertador –"la multiplicidad de aptitudes"–, y enseña que no es Bolívar el genio en su *unidad simplísima*, como en el caso de Carlos XII, Flaubert y Kant, sino el genio complejo, aquel en que la *facultad soberana* "suscita vocaciones secundarias que rivalizan en servirla", como sucede con Leonardo,

Goethe, César. "De esta familia genial era Bolívar" –concluye el gran pensador del Plata–.

Nada más exacto. Aunque no hubiera sido fundador de pueblos, ni legislador, ni guerrero, sería siempre el tribuno de oro, el prosista a sangre y fuego.

Concretémonos a considerarlo como prosista y como orador.

Posee, en grado eminente, la cualidad primordial en el hombre de pluma: la pasión, que colorea la frase y convierte la lava en púrpura y las escorias en montañas de piedra.

Su imaginación es vivificante: de las cosas más mediocres saca él, para deslumbrar a sus pueblos, relámpagos de ilusión.

A Bolívar se le ha juzgado como a grande escritor; pero críticos con ochenta o cien años de retardo no han podido apreciar al Libertador, en cuanto a prosista, desde el punto de vista de iniciador que voy a presentarlo.

Bolívar fue un hombre rebelde por naturaleza, un revolucionario, un abridor de vías, un enemigo de clisés, un temperamento de excepción, no solamente en política, sino también en literatura. Hoy no nos damos cuenta de la revolución que inició e impuso en castellano el Libertador, por cuanto él no hizo profesión de las letras y esta aptitud literaria suya se apagaba o desvanecía ante el deslumbramiento de su epopeya.

Bolívar es la pluma representativa de esa renovación, que no tuvo gran eco por haber desaparecido con la revolución los novadores que seguían a Bolívar.

Pronto se cayó de nuevo en el clasicismo. Muchos años después de realizada la independencia política, todavía la Academia española imperó en América.

Pero recuérdese la época en que apareció Bolívar.

La lengua de Castilla arrastraba su pesada elocuencia y se movía con dificultad con una cola de incisos. El último maestro de la prosa, en España, había sido Jovellanos; el último maestro del verso, Quintana. Ambos excelentes. Ambos, influenciados por el espíritu de los enciclopedistas, representan una faz nueva de la mentalidad española: la duda filosófica, el concepto racionalista; pero se vinculan en el pasado de su país y de su

literatura por la manera de escribir. Escojo los más ilustres nombres, cuyas obras están en las manos y la memoria de todos, para no insistir. Baste mencionar que ambos grandes maestros son considerados como clásicos españoles, es decir, que su factura refresca y continúa la tradición gloriosa del Siglo de Oro español.

En América sucede lo propio: el clasicismo impera. Don Andrés Bello fue el maestro y el compañero de Bolívar; Olmedo fue su amigo y su cantor. Son las cumbres literarias de la época, y uno y otro son clásicos.

Por lo que respecta a la literatura política y al estilo oficinesco de aquellos tiempos, en España y América, reléanse los documentos de entonces: discursos en las Cortes de Cádiz, oficios de Morillo al ministro de Guerra, notas del ministerio español, despachos de los virreyes y capitanes generales, literatura oficial de propaganda antirrevolucionaria, como los escritos de José Domingo Díaz; las *Memorias* de los funcionarios peninsulares más cultos: las de Heredia, por ejemplo, oidor de la Real Audiencia de Caracas; la *Relación* del comisionado a la Nueva Granada, Urquinaona. Reléanse las notas de Belgrano, de San Martín, de O'Higgins y de los mexicanos: ¿qué se observa?

Entre los conservadores, ya de España, ya de América, un estilo pesado, oficinesco, curialesco, indigesto, odioso, imposible; un lenguaje afásico, moldeado por los viejos patrones, seco como pleita de esparto, agrio y estéril como cuesta entre berrocales; una prosa de covachuelistas, una literatura que huele a moho, un estilo lleno de parches, costurones y escrófulas[20]. Y toda esa cachivachería de anticuarios traduce casi constantemente una mentalidad camandulera, una política de nuestro adorado Fernando VII, una vieja alma absolutista, medioeval.

Por lo que respecta a los liberales de la Península y a los liberales americanos, delata la documentación de la época a espíritus que tienen una faz en la aurora y creen en las ideas modernas, y otra faz en la medianoche y no alcanzan o no logran la eficacia de vaciar el espíritu nuevo en nuevos moldes, abominando por igual de los reyes absolutistas y de la terminolo-

20. Véase, por ejemplo, Marqués de Miraflores, *Documentos a los que se hace referencia en los apuntes histórico-críticos sobre la evolución de España*, Londres, Ricardo Taylor, 1834, 2 t.

gía laboriosa, de los incisos encabalgados, de la prosa de besamanos, de las rancias y encorvadas peticiones a la sacra, real majestad.

Es más: hombres movidos ya por el soplo que desarraiga tronos declararon el 5 de julio de 1811 la independencia de Venezuela en estilo de la colonia. Roscio no escribe mejor que los señores de la Real Audiencia o los catedráticos de teología en las reales y pontificiales universidades de América.

Pero se presenta Bolívar y todo cambia. Su estilo está lleno, desde la aurora, de alas, de ojos y de fulguraciones; el idioma de Castilla asumió en la pluma del Libertador, desde el principio, actitudes nuevas, obtuvo sonoridades inauditas. Su estilo se ha conservado tan fresco, que parece de ayer. Aquel lenguaje fulgurante, lleno de cláusulas cortas, de ráfagas de odio, aquellas palabras de pasión, aquellas voces de apremio, aquellos gritos humanos, aquellos alaridos del patriotismo revelan al hombre nuevo, y que el espíritu de la revolución había encontrado, para anidar, la mente de un exaltado, y para difundirse, una gran voz y una gran pluma.

Aquella nueva oratoria suscita cien tribunos: Coto Paúl, Espejo, el mismo Peña; y a imitación y semejanza de la prosa boliviana escribe, el primero, Muñoz Tébar. Después, otros. Sus proclamas y documentos los imitarán en toda América y aun en la Península: San Martín en Perú, Quiroga y Riego en España, Guadalupe Victoria en México.

Lo primero que introduce Bolívar en literatura es el cambio del antiguo retoricismo, incompatible con la urgencia de su pasión, a la cual se libra. Las imágenes salen a borbotones de su naturaleza de poeta. A veces, en sus malos momentos, es hinchado y hasta campanudo; otras veces trae a cuento mitologías de una frialdad marmórea, que son recuerdos clásicos, resabios del siglo XVIII. Pero los tropiezos duran poco; echa a correr de nuevo su estilo, echa a volar su prosa llena de alas, obediente solo al temperamento, dejándose llevar del ímpetu psíquico.

Cuando graves pensamientos mueven su espíritu, cuando problemas sociales y políticos le obligan a escribir, entonces cambia la pluma relampagueante de las proclamas, el verbo encendido de los discursos, o la prosa confidencial y apasionada de las cartas, por el lenguaje nutrido, sobrio, austero, altísimo del Mensaje al Congreso de Angostura.

Por tener un exquisito temperamento de artista, por la cultura adquirida, por la violencia de sus pasiones, por el vuelo de su pensar y porque se abandonó cuando escribía a su temperamento de escritor, Bolívar es, en punto a letras, lo más alto de su época en lengua de Castilla. Con Bolívar se realiza la revolución de independencia en las letras castellanas o, para no salir de casa, en las letras americanas. Fue también en literatura el Libertador.

Lo atestiguan sus cartas, donde recorre el diapasón de los afectos, desde la plácida amistad hasta el odio encendido, hasta la tristeza salomónica; sus proclamas, fulgurantes de poesía épica; sus discursos persuasivos, sus documentos, a menudo de una armonía admirable entre la sobriedad del estilo y la altitud mental. Cuando es pensador, como en el Congreso de Angostura, la expresión gana en profundidad lo que pierde en brillo. En las cimas muy elevadas no se produce la vegetación frondosa de las tibias laderas y de los valles calientes.

Conciso no siempre lo fue, sobre todo al principio. Entonces la pasión desbordaba en su alma, y la pasión de la libertad, como una llama, encendía su prosa: los adjetivos, las imágenes, los tropos, todo sale borbotando de su pluma, cual rusiente lava de cráter. Después fue depurándose aquel lenguaje titánico hasta 1825, en que alcanza la belleza que le prestaba otra exaltación: la exaltación dionisíaca del triunfo, de la fuerza. Más tarde, a partir de 1828, es la tristeza la que mueve aquella pluma y apesadumbra aquel espíritu: el estilo es arrebatado y doliente; se oyen como trenos de profeta hebraico; se ve el orgullo sangrando; los desengaños imperan. Asistimos al drama de un grande espíritu vencido por la vida, ya sin esperanzas, despechado, impotente. ¡Qué mayor pena que la de un gran iluso carente de ilusiones! Lo que faltó siempre en su estilo y en su vida fue la serenidad, la placidez, la calma.

Este proceso de su estilo puede seguirse en el *Epistolario del Libertador*, que es, quizá, lo mejor de su pluma. También puede seguirse allí el proceso mental del prócer y advertirse que al optimismo de 1810 a 1824, mientras fue menester vencer, sucedió hasta promedios de 1826 la embriaguez del triunfo, y luego vino poco a poco el pesimismo apoderándose de su espíritu hasta que, en 1830, la desesperación lo aniquila. En aquel hombre todo fue grande, hasta el dolor.

Su estilo aparece constelado de galicismos por efecto de constantes lecturas en lengua francesa; pero su principal galicismo fue el de la Revolución.

Orador lo fue siempre. Aunque de voz delgada, como el guerrero Carlomagno y el tribuno Castelar, tenía del orador la simultaneidad del pensamiento con la palabra, el verbo caudaloso, la memoria, la lectura, los recuerdos, el rasgo incisivo, la respuesta pronta, la imaginación encendida, el espíritu poético, la facilidad de las imágenes, la tendencia a dramatizar las cosas, la conciencia de su altura mental y la confianza en sí propio.

La mitad de su influencia política con los contemporáneos debiola a su palabra. Sus amigos, sus émulos, sus adversarios, cuantos se le acercaban, sentían el influjo magnético de aquel hombre a quien se ha definido como “la cabeza de los milagros, la lengua de las maravillas”. Su juramento en el Aventino, en Roma, el año de 1805, no fue sino una declamación sublime ante el polvo de los siglos y los recuerdos clásicos[21]. Su explosión de 1812,

21. “¿Conque este es el pueblo de Rómulo y Numa, de los Gracos y los Horacios, de Augusto y de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano? Aquí todas las grandezas han tenido su tipo y todas las miserias su cuna. (…) Este pueblo ha dado para todo: severidad para los viejos tiempos; austeridad para la República; depravación para los emperadores; catacumbas para los cristianos; valor para conquistar el mundo entero; ambición para convertir todos los Estados de la Tierra en arrabales tributarios; mujeres para hacer pasar las ruedas sacrílegas de su carruaje sobre el tronco destrozado de sus padres; oradores para conmover, como Cicerón; poetas para seducir con su canto, como Virgilio; satíricos como Juvenal y Lucrecio; filósofos débiles como Séneca; y ciudadanos enteros como Catón. Este pueblo ha dado para todo, menos para la causa de la humanidad: Mesalinas corrompidas, Agripinas sin entrañas, grandes historiadores, naturalistas insignes, guerreros ilustres, procónsules rapaces, sibaritas desenfrenados, aquilatadas virtudes y crímenes groseros; pero para la emancipación del espíritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad definitiva de su razón, bien poco, por no decir nada.

“La civilización que ha soplado del Oriente ha mostrado aquí todas sus faces, ha hecho ver todos sus elementos; mas en cuanto a resolver el problema del hombre en libertad, parece que el asunto ha sido desconocido y que el despejo de esa misteriosa incógnita no ha de verificarse sino en el Nuevo Mundo.

“Juro delante de usted (su maestro, don Simón Rodríguez), juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor y juro por la Patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español”.

en medio del terremoto, entre las ruinas de hogares y templos, sobre los cadáveres de 10.000 caraqueños, explosión "a cuyo lado palidece, como se ha dicho, la imprecación famosa de Áyax de Telamón", aquel desafío delirante a la naturaleza, ¿qué fue sino un rapto de inaudita elocuencia?[22].

En 1816, en Haití, sus conmilitones no quieren reconocerlo como jefe de la expedición contra Costa Firme. Bolívar reúne a todos los patriotas, les habla y queda reconocido. En 1820 se encuentra con su adversario el general Morillo. Morillo, La Torre, los oficiales del Estado Mayor español quedan encantados al escuchar al Libertador. "Ayer he pasado –escribe Morillo en carta confidencial– uno de los días más felices de mi vida". En 1822 se encuentra con el ilustre San Martín, su émulo, coronado por los laureles de Chile: San Martín le ofrece servir a sus órdenes. En 1823, en Lima, en un banquete, O'Higgins oye hablar a Bolívar, y el incontenible chileno, movido del entusiasmo, se pone en pie y exclama: "Bolívar es el hombre más grande de la América del Sur". En 1828 se teme que Bolívar, llamado por sus amigos, se acerque a Ocaña, donde celebra sus sesiones la famosa Convención, en la que se están ventilando los destinos de la república. Santander, el jefe de los disidentes, exclama en pleno parlamento: "Que no venga. Tal es su influencia y la fuerza secreta de su voluntad, que yo mismo, infinitas ocasiones, me he acercado a él lleno de venganza, y al sólo verle y oírle me ha desarmado y he salido lleno de admiración. Ninguno puede contrariar cara a cara al general Bolívar; y ¡desgraciado del que lo intente!".

Con los extranjeros que poseyeron bastante cultura para comprender al Libertador sucedía lo propio: la influencia era inmediata e imborrable el recuerdo.

Ahí está, por ejemplo, la relación del almirante danés Carl van Dockun, oficial al servicio de la Marina de Francia en 1825, sobre la audiencia que concedió Bolívar ese año, en Lima, al almirante francés Rosamel y a toda

22. "Allí (en la plaza de San Jacinto) vi como cuarenta personas o hechas pedazos, o prontas a expirar por los escombros. Jamás se me olvidará este momento. En lo más elevado encontré a don Simón Bolívar que, en mangas de camisa, trepaba por ellas (las ruinas). Me vio y me dirigió estas impías y extravagantes palabras: "Si se opone la Naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca". José Domingo Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, Madrid, Imprenta de D. León Amarita, 1829, p. 39.

su oficialidad. Rosamel iba enviado por el gobierno borbónico, legitimista y amenazador de Francia, miembro de la Santa Alianza, con mensajes poco amistosos. Se temía una guerra con Francia, amiga y aun protectora entonces de Fernando VII. Bolívar recibió al almirante legitimista y, para molestarlo, hizo la apología de Napoleón. El almirante respondió algo. Bolívar lo apabulló con dos palabras. Después de referir la entrevista, resume, en 1877, el almirante danés, oficial en 1825 de la Marina francesa: "Jamás había visto yo la superioridad de la fuerza intelectual manifestarse tan visiblemente como en aquel célebre encuentro"[23].

El inglés Miller, que lo escuchó a menudo en el Perú y en Bolivia y que, dígase de paso, no fue nunca muy afecto al Libertador, ha dejado en sus *Memorias* vívidas impresiones de la elocuencia boliviana:

"Bolívar descollaba con especialidad en improvisaciones elegantes y apropiadas. Un día contestó sucesivamente diez y siete arengas; sus contestaciones hubieran podido imprimirse como salían de sus labios y hubieran sido admiradas por su precisión y oportunidad. Proponiendo un brindis, dando gracias o hablando sobre cualquier materia dada, Bolívar no puede quizá ser excedido"[24].

---

23. Traducción de Christian Federico Witzke, excónsul de Dinamarca en Maracaibo. El señor Witzke dio a luz su relación en *Patria Futura*, de Caracas, correspondiente al 15 de marzo de 1911. La obra del almirante Van Dockun se publicó en 1877.
El almirante Rosamel, sin embargo, conquistado más tarde por Bolívar, quedó siendo su admirador. He aquí párrafos de una carta del almirante al Libertador donde se trasluce el aprecio: "Mis informes al Ministerio de la Marina no han dejado nunca de exponerlo así, y no obstante que mi débil voz no era necesaria para hacerle conocer los talentos militares que conquistaron la emancipación de América, así como la sabiduría y moderación que sirven a su organización civil, yo lo hice saber con intento de agregar una prueba más a lo que publica la Fama.
Es un homenaje que me he complacido en tributar a vuestra excelencia, impulsado por los sentimientos de admiración que ella me inspira". (Almirante Rosamel al Libertador, a bordo de la María Teresa, en rada de Río de Janeiro, 29 de julio de 1826).
24. He aquí el texto inglés: "*Bolivar particularly excels in giving elegant and appropriate extempore replies. In one day he gave seventeen succesive answers, each of which might have been printed off as he spoke it, and would have been admired for its peculiar applicability to the occasion. In proposing a toast, in returning thanks, or in speaking upon any given subject, perhaps Bolívar cannot be surpassed*". (John Miller, *Memoirs of General Miller in the Service of the Republic of Peru*, London, Longman, Rees, Orme, Brown and Green, 1828, v. II, pp. 308-309).

El irlandés O'Leary ha dejado estas observaciones:

> Hablaba mucho y bien; poseía el raro don de la conversación y gustaba de referir anécdotas de su vida pasada. Su estilo era florido y correcto. Sus discursos y sus escritos están llenos de imágenes atrevidas y originales. Sus proclamas son modelo de elocuencia militar. En sus despachos lucen a la par de la galanura del estilo, la claridad y la precisión. En las órdenes que comunicaba a sus tenientes no olvidaba ni los detalles más triviales: todo lo calculaba, todo lo preveía. Tenía el don de la persuasión y sabía inspirar confianza.[25]

El francés Perú de Lacroix, en su maravilloso *Diario de Bucaramanga*, que salvó del olvido Cornelio Hispano, diario publicado ochenta y cuatro años después de escrito[26], y que es uno de los mejores índices para estudiar la psicología del Libertador, expone: "Las ideas del Libertador son como su imaginación: llenas de fuego, originales y nuevas; ellas animan mucho su conversación, haciéndola muy variada"[27].

Nada más interesante, nada, como las notas que enviaban a las cancillerías de Europa los agentes secretos y los agentes consulares y diplomáticos. Agentes de distintas potencias, con intereses distintos, que conocieron a Bolívar en distintas épocas o distintas ciudades, todos se acuerdan en sus comunicaciones para reconocer a Bolívar como un hombre muy superior, y en todos se descubre el sentimiento de la admiración, a que no pueden sustraerse ni en lo íntimo de la correspondencia oficial. Concretémonos aquí a unos pocos de esos agentes y en lo relativo a la seducción personal y a la elocuencia del Libertador.

El capitán de fragata Alfonse Moyer, comisionado secreto del reaccionario Luis XVIII, informa a su gobierno, el 18 de diciembre de 1824, de haberse visto con Bolívar. "El general Bolívar –escribe– se expresa correctamente en francés. La locuacidad de su conversación lo lleva a tratar todos los temas. Cuando se refiere a su vida pasada lo hace con simplicidad y desinterés. Es un hombre que sigue con gran cuidado los sucesos de

25. D.F. O'Leary, *Memorias del general O'Leary*, v. II, p. 486.
26. Luis Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga. Vida pública y privada del Libertador*, París, Librería Paul Ollendorff, 1912.
27. *Ibid.*, p. 168.

Europa por medio de la prensa europea. El 9 de diciembre tenía en Lima los periódicos de Londres hasta el 24 de agosto".

Otro francés, el señor Buchet-Martigny, agente comercial de Francia en Bogotá, da cuenta a su gobierno de su primera entrevista con el Libertador en los términos siguientes: "El general Bolívar ha correspondido en todo a la alta idea que me había formado de él; llego a más: llego a creer que la ha sobrepasado por la precisión de su golpe de vista, la exactitud de su razonamiento y el perfecto conocimiento que tiene de los hombres"[28].

Después de haber oído a los franceses, óigase a los ingleses.

Mister Ricketts, ministro inglés en el Perú, al dar cuenta a su gobierno de su primera entrevista con Bolívar, en Lima, dice:

> He encontrado a Bolívar mucho más culto de lo que yo lo había imaginado. Sus conocimientos literarios son muy extensos, y se refiere con facilidad a los principales pasajes de los mejores autores. Conoce a fondo la Historia y se complace en la consideración de la de Inglaterra. Habla de nuestras épocas revolucionarias y de los progresos graduales realizados por nosotros antes de recibir el beneficio de nuestra admirable, firme y liberal Constitución. Se rebela contra la adulación de que es objeto, y tal vez hubiera sido un filósofo de haber sido aquel sentimiento de actividad y de vigor lo que le impelió a sostener la causa de la libertad.[29]

El señor Henderson, cónsul de Inglaterra en Bogotá, hace, por su parte, una pintura de Bolívar al ministro y grande estadista Canning. De esa pintura son las siguientes pinceladas, que sirven a nuestro propósito:

> La estatura del general Bolívar no es tan pequeña como generalmente se dice. Es delgado, pero tiene las más finas proporciones. Su tez es ahora oscura, a causa de su vida en la intemperie. Cuando no habla, su semblante toma el tinte de la melancolía. De pelo negro, ligeramente rizado, y tan bien dispuesto por la naturaleza, que deja despejada su ancha frente. Ojos oscuros y vivos, nariz a la romana, boca notablemente bella, barba más bien puntiaguda. Cuando le hablan baja la vista, circunstancia que permite a su interlocutor

28. *Cfr*. Carlos A. Villanueva, *El imperio de los Andes*, p. 286.
29. *Ibid.*, p. 100.

> hablar sin ser perturbado por la ardiente penetración de su mirada. Su voz tiene algo de rudo; pero esto lo modera haciendo grata la conversación con su gran franqueza y su inagotable amabilidad. Para todos tiene grandísima condescendencia y afabilidad. Cabalga y camina con gracia, y baila el valse con animación y elegancia. Tiene la precisión y el tacto de un grande orador, y alcanza, a veces, hasta la elocuencia. La vivacidad de su espíritu, sea que hable en público, sea en conversaciones privadas, puede compararse a su energía y a su presencia de ánimo como general.[30]

El ministro inglés en Bogotá, amigo y confidente de Canning, escribe al jefe de la Cancillería británica: "Los modales y presencia del general Bolívar son en extremo suaves y distinguidos. Cuando el tema de la conversación le interesa, le vemos animarse ostensiblemente. Posee la entera confianza de todas las clases. Su influencia moral es ilimitada. Habla el francés con gran perfección, no así el inglés, no porque no lo posea, sino por temor, pues lo comprende muy bien y lee con facilidad nuestros periódicos. Su parcialidad por los ingleses ha sido siempre notoria. No es amigo de los Estados Unidos".[31]

Aunque no hubiera cien ejemplos y mil testimonios de la asombrosa elocuencia de Bolívar; aunque se hubieran perdido todos sus discursos, bastaría un episodio de su vida, que voy a recordar, para probarnos la influencia instantánea y avasalladora del tribuno aun sobre los que se le acercaban con las más negras y dañinas intenciones.

En 1814, cuando el gran desastre nacional en que pereció la república bajo las patas de los caballos de Boves, y se irguió la anarquía entre los patriotas y se hundió en el desprestigio del vencimiento la figura de Bolívar, había un aventurero italiano, José Bianchi, al servicio de la república. Este filibustero se alzó, en las horas de más angustia y compromiso, con las armas que los patriotas, como último refugio de la esperanza, embarcaron a bordo de las naves de Bianchi, y con 24 cajones de plata labrada y alhajas que Bolívar había sacado de las iglesias de Caracas y que constituían todo el tesoro de la vencida revolución. Esto sucedía en agosto de 1814 y en

30. *Ibid.*, p. 294.
31. *Ibid.*, p. 293.

aguas de Cumaná, después de la Batalla de Aragua, villa esta donde el feroz canario Morales, tan valiente como Boves y de maldad más uniforme y sin discernimiento, dejó tendidos tres mil quinientos venezolanos, la mayor parte pasados a cuchillo, como prólogo a nuevas carnicerías. Sabedores Bolívar y Mariño de la infidencia del marino y de que larga velas, llevándose buques, parque y tesoro, se embarcan solos tras del filibustero. Lo alcanzan, lo increpan: él furioso no cede, aduciendo que se lleva parque, tesoro y naves en pago de cuanto le adeudan, por servicios prestados, las provincias de Margarita y Cumaná. Bolívar y Mariño no contaban con más fuerzas para someter a Bianchi y los buques del pirata sino con su palabra, desprestigiada por las derrotas. Bolívar habla, se endulza, promete, cede, persuade. El bucanero termina por aproar a Margarita y devolver buques, tesoro y parque[32].

Obtener por persuasión que un pirata potente y desalmado devuelva su presa, máxime en las condiciones de Bianchi, ¿no es triunfo, un gran triunfo de la palabra? En mi concepto, Bolívar jamás obtuvo, con la espada del verbo, victoria superior a esa victoria contra la barbarie, la rapiña, la avaricia y la fuerza.

Todos los historiadores y comentaristas apuntan la elocuencia como virtud de las más genuinas y espontáneas en la múltiple personalidad del Libertador. Cuando él murió –expresa Rodó– "había dado a la América de origen español su más eficaz y grande voluntad heroica, el más espléndido verbo tribunicio de su propaganda revolucionaria, la más penetrante visión de sus destinos futuros, y concertando todo esto la representación original y perdurable de su espíritu en el senado humano del genio". "La lengua de las maravillas", lo llamó Cecilio Acosta. "Su voz –escribe Montalvo, don Juan Montalvo– no ostentaba la del trueno, pero como espada se iba a las entrañas de la tiranía, fulgurando en esos capitolios al raso que la victoria erigía después de cada gran batalla". "Las improvisaciones del Libertador –dice Larrazábal– podían ser enviadas a la imprenta sin cambiar una

32. "El Libertador consiguió, por último, que Bianchi pusiera a disposición del gobierno de Margarita las armas y pertrechos y que le entregara parte de la escuadrilla con los dos tercios de caudales y efectos que en ella existían". (F. Larrazábal, *op. cit.*, v. I, p. 330).

palabra. Y por lo que hace a la gracia, a la corrección, al brillo y a la fuerza, sostener el paralelo con los discursos más bellos de Burke, de Vergniaud, de Mirabeau". José Martí, el último de los libertadores, el tribuno asombroso, el maestro, enseña: "No hablaba Bolívar a grandes períodos, sino a sacudidas. De un vuelo de frase inmortalizaba a un hombre; de un tajo de su palabra hendía a un déspota. No parecían sus discursos collares de rosas, sino haces de ráfagas".

A esa fluidez, a ese brillo del verbo, a esa seducción personal debió su imperio sobre las multitudes, sus triunfos parlamentarios, la idolatría de sus tropas[33] y hasta sus varias conquistas donjuanescas[34].

Bolívar dedicaba todos los días horas enteras a su correspondencia, según consta de O'Leary y de otros contemporáneos; y como esa costumbre fue de toda su vida, por cuanto la correspondencia le servía de actuación política o era menester para los asuntos del servicio, se comprenderá fácilmente que lo que la posteridad conserva de las cartas bolivianas es bien poco, una porción mínima. La observación del señor Paul Groussac, respecto a la desproporción entre las *Cartas a Bolívar* y las *Cartas de Bolívar*, es excelente para comprender a cuánto monta el tesoro perdido de esa correspondencia, preciosa por su valor literario e histórico, y más preciosa todavía como revelación psicológica de aquella gran sombra continental.

Su modo de producir era el siguiente: dictaba paseándose, con un volumen en la mano a veces; volumen que, aunque parezca increíble, recorre u ojea mientras el amanuense escribe. El dictador divide la atención, por un poderoso esfuerzo mental, entre la lectura y el dictado[35]. Otras veces dicta a dos o tres escribientes, como sabemos por el *Diario de Bucaramanga*. Otras dicta, meciéndose en la hamaca, y silba mientras el secretario escribe

33. La tropa, en efecto, quería con fanatismo al Libertador, y las proclamas de su general la electrizaban. Bolívar es uno de los capitanes que inspiró más afecto a sus tropas y que mayores esfuerzos humanos ha sacado del soldado. Ya esto lo notó el historiador yanqui Loraine Petre, que dice: "*Napoleon himself was hardly more successful in exacting from his men the uttermost farthing of exertion and devotion*". (F. Loraine Petre, *op. cit.*, p. 442).
34. Cornelio Hispano, *Historia secreta de Bolívar*, Madrid, Ediciones Literarias, 1924.
35. Véase D.F. O'Leary, *Memorias del general O'Leary*, v. II, p. 37.

la frase. Por lo menos, así lo pinta, creyendo hacerle un mal, el autor de *Recollections of a Service of Three Years during the War of Extermination in the Republics of Venezuela and Colombia*[36].

"En la puerta a medio abrir del apartamento estaban de centinela dos soldados ingleses que impedían una impertinente entrada adonde estaba su excelencia. Penetré en la pieza, grande, pero sucia, y casi sin amueblar". Bolívar estaba en la hamaca dictándole oficios militares (*of a military nature*) al coronel O'Leary, y al propio tiempo se mecía violentamente (*was swinping himself violently*). "En esta curiosa situación alternaba el dictado a O'Leary silbando un aire republicano francés, del cual marcaba el compás golpeándose los pies uno contra otro"[37].

Cuando el asunto requería toda su atención, se paseaba, los brazos cruzados, o las manos en las solapas, y solía apoyar el dedo pulgar de la diestra sobre el labio superior, bajo la nariz. (Recuérdese que la distancia entre la boca y la nariz era grande en él).

Mucha parte de su correspondencia, de sus documentos más importantes, fueron escritos a la diabla, en el campamento o en cuartos sucios de poblachos adonde arribaba, o en condiciones peores. En junio de 1829, correspondiéndose con el doctor Gual, asienta: "No tenemos tiempo ni medios para escribir largo, ni bien, a los amigos. Es de noche y estamos en campaña, a la orilla del Guayas. Hace, además, bastante aire y no logramos tener vela encendida". En la selva, a las orillas del Orinoco, cuando atraca la flechera en que navega, o a bordo de esta, en la hamaca, dicta la Constitución presentada al Congreso de Angostura y el maravilloso discurso que pronunció ante aquella asamblea[38].

Con los escribientes desfoga en ocasiones su mal humor. "Martel está más torpe que nunca", le dicta al propio Martel, comunicándose con un corresponsal. El 8 de abril de 1825 expone, desde Lima, al general Urdaneta: "No tengo quien me escriba y yo no sé escribir. Cada instante tengo que

36. *Recollections of a Service of Three Years during the War of Extermination in the Republics of Venezuela and Colombia, by an Officer of the Colombian Navy*, London, Hunt and Clarke, 1828.
37. *Ibid.*, v. II, pp. 242-243.
38. D.F. O'Leary, *Memorias del general O'Leary*, v. I, p. 492.

buscar nuevo amanuense y que sufrir con ellos las más furiosas rabietas; por lo que me es imposible tener correspondencia con nadie".

En literatura es romántico. Pertenece a la familia de espíritus que provienen de Juan Jacobo; es contemporáneo de Chateaubriand; pero sus estudios filosóficos y políticos, la lectura de Montesquieu, el conocimiento del árido Spinoza, el contacto con poetas griegos y prosadores latinos, traducidos en francés por lo común; el afecto a la transparencia y comedimiento de Voltaire, el eclecticismo, su buen gusto y, sobre todo, lo potente, original, autónomo de su personalidad, lo salvaron siempre de caer en extravíos románticos o vestir la librea de los discípulos. Fuerte, brillante, personalísimo escritor, se abandona con muy buen acuerdo a su inspiración y no obedece ni sigue sino su propio temperamento. Su prosa es siempre rotunda; las imágenes, nuevas y osadas; el estilo, fogoso, volador.

Su discurso del 3 de julio de 1811, en la Sociedad Patriótica, trasciende a Revolución Francesa; pero su elocuencia es personal. Su memoria de Cartagena en 1812 da desde entonces su medida como pensador y como prosista. Cuanto a las cartas, el estilo rebosa de imágenes, de cuadros dramáticos, máxime por los años 13 y 14; pero mezclado todo con un sentido práctico-utópico constante, con la clara noción de las realidades, de realidades trascendentales y distantes, en veces, de realidades que parecen quimeras para el ojo desnudo del sentido común sanchopancesco, de realidades en potencia, que iban a existir por él. Derrotar a los españoles, fundar democracias vigorosas, abrir el Canal de Panamá, establecer el arbitraje internacional, fundir todas las naciones americanas en un enorme pueblo de influencia mundial que sea "la más grande nación de la Tierra", libertar las Filipinas en el océano Índico, las Antillas en el mar Caribe; ir a imponer la república en España, apoyándose en los liberales de la Península: nada lo cree imposible Bolívar; todo lo acomete; de utopía bienhechora y persistente rebosan sus epístolas. Siguiendo el vuelo de las cartas, vemos cómo varias de esas utopías, acaloradas y puestas en movimiento por una voluntad de hierro, van tomando consistencia, poco a poco, y convirtiéndose en realidad.

A veces lo perjudican, como he dicho, la ampulosidad oratoria, las remembranzas mitológicas y las figuras heladas a lo siglo XVIII. Pero esto

es ocasional. La vida y la acción urgen. No hay tiempo para la retórica. Sus pasiones hablan claro. El lenguaje, depurado por el gusto, mejora, y aun cuando nombre a Anfitrite, adjetiva como escritor personalísimo, de buena cepa, y la llama "Anfitrite, la colombiana". Suele encajar la idea dentro de la frase con tanta felicidad y precisión, que la frase parece un axioma. Así dice: "A la sombra del misterio no trabaja sino el crimen"; y otra vez: "las cuatro planchas cubiertas de carmesí, que llaman trono, cuesten más sangre que lágrimas y den más inquietudes que reposo"; y luego: "Un país que está pendiente de la vida de un hombre, corre tanto riesgo como si lo jugaran todos los días a la suerte de los dados"; o bien: "El talento sin probidad es un azote". El pensador aparece confundido con el literato. El minero de ideas se marida con el escultor de frases. Así, lo preocupa desde temprano el problema de la barbarocracia armada: "Yo temo más la paz que la guerra", escribe.

Luego expondrá el problema étnico americano en frases dignas de un sociólogo-poeta como Guyau: "Los españoles se acabarán bien pronto; pero nosotros, ¡cuando! Semejantes a la corza herida, llevamos en nuestro seno la flecha, y ella nos dará muerte sin remedio, porque nuestra propia sangre es nuestra ponzoña".

Para los demagogos que iban a envenenar de jacobinismo nuestra naciente libertad, expuso: "Teorías abstractas son las que producen la perniciosa idea de una libertad ilimitada". Y también: "El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política".

Como un alerta a Europa, cuya Santa Alianza de tronos veía de reojo el establecimiento de las repúblicas americanas, y como un alerta a los Estados Unidos, que no simpatizaban con el imperio de Iturbide en México, Bolívar dijo en voz clara, formulando una teoría que el tiempo ha sancionado, lo mismo que el derecho internacional: "La legitimidad de un gobierno deben examinarla sus súbditos y no los extranjeros. Yo no sé realmente la obligación que tenga ningún extraño para pedir los títulos de nacimiento a ningún gobierno". Esa doctrina internacional de Bolívar pudiera repetirla América en este año de 1914 al presidente Wilson, de los Estados Unidos, que se niega a reconocer al presidente Huerta, de México.

Frente a la teoría europea que limitaba el sufragio a los que poseyesen tal o cual renta, teoría que estuvo en boga hasta la segunda mitad del siglo XIX, Bolívar, más liberal, dispuso el sufragio universal. En su concepto, para ejercerlo no se necesita sino estar capacitado intelectualmente y en goce de los derechos civiles. Así expone: "Saber y honradez, no dinero, es lo que requiere el ejercicio del Poder Público".

Excusándose por no declarar una religión de Estado en su Constitución para Bolivia, enseña: "La religión es la ley de la conciencia. Toda ley sobre ella la anula porque, imponiendo la necesidad al deber, quita el mérito a la fe".

El rasgo caballeresco era espontáneo y constante en Bolívar. Citaré un ejemplo. El general Salom, que sitiaba el Callao, defendido valerosamente por el heroico Rodil, se exaspera con la tenacidad inquebrantable del general español. Bolívar le responde: "No me parece que conviene una venganza como la que usted desea contra los defensores del Callao. El heroísmo no merece castigo, y al vencedor sienta muy bien la generosidad. Concibo que usted tenga mil derechos para estar furioso con Rodil; pero ¡cuánto no lo alabaríamos si fuera patriota!".

Si alguna falta literaria cometió fue contra la pureza de la lengua. Lector asiduo y preferente de libros en francés, su prosa resplandece empedrada de galicismos. ¡Pero qué prosa tan noble, si no pura, a veces tan hermosa, y siempre tan suelta y elegante! Es "de una homérica y divina facilidad" –expresa Larrazábal–. Groussac compara el estilo del Libertador, por su opulencia, con una selva del trópico. "Poseía –dice– el instinto de la frase lapidaria y del verbo potente, al igual de nuestro férvido Monteagudo; pero con bruscas florescencias imaginativas que el publicista argentino nunca conoció y evocan las vírgenes frondosidades de las selvas natales". "Hombre de no vulgar literatura" –opina Menéndez y Pelayo; Montalvo lo saluda como a grande escritor; Rodó lo conceptúa un temperamento de artista–; "rezuma poesía" –escribe Unamuno–. "La palabra vuela, cansada, para decir lo que fue él", afirma Guillermo Valencia. "Su lenguaje –expone Max Grillo– tiene color de poesía; su frase, elegancia inusitada; recurre a las comparaciones más delicadas por más que trate de las materias menos poéticas". Y otro joven literato, perteneciente, no al mismo país que Grillo,

aunque sí a esta nueva generación de América que está comprendiendo la excelsitud del Libertador, el señor Alejandro Carías, autor de unos amenísimos *Apuntes acerca del estilo epistolar de Bolívar*, argumenta su opinión de este modo: "Poseía su estilo en grado tan notable las condiciones de energía, igualdad y claridad, que bien pudo tratar con inimitable precisión los asuntos más diversos".

Pero el estilo no fue siempre uniforme. En Bolívar, como en todos los escritores de raza, tuvo ligeras variantes, que obedecen, primero, a la evolución de la propia personalidad, y después, a las circunstancias externas que obran sobre el escritor y determinan el estado de su alma. Bolívar, que recorrió etapas tan diversas en su carrera pública; que fue un día púgil contra el infortunio, otro César de medio mundo y más tarde un proscrito, presta a su lenguaje, que tradujo siempre con lealtad su pensamiento, y que vibró al unísono de sus nervios, ya cóleras, ya exaltaciones, ya lamentos, siempre dentro de los límites de una cambiante, pero única personalidad.

Ya he indicado el proceso de su manera literaria. Hacia 1819, su estilo es maravilloso de gracia y de fuerza, sin mezcla de falsos oropeles o de fanfarrias chillonas; hacia 1825 y 1826 se produce Bolívar con ímpetu dionisíaco, y de 1826 a 1830, el Libertador, movido por la desesperanza, por el despecho, por el dolor, habla "como los profetas mayores". Así, este hombre de pasiones exaltadas va de un extremo a otro de la filosofía; recorre, en punto a lenguaje, todo el diapasón del arte: desde los cuadros dantescos de 1814 hasta la majestad del discurso de Angostura, en 1819; desde la delirante epístola a Páez[39], escrita en las cabeceras del Plata en 1825, hasta las mesenianas y los sollozos elegiacos de Santa Marta, en 1830.

> En tan solemnes días,
> por la orilla del mar, los pasos lentos,
> y cruzados los brazos, cual solías,

39. "Ya me tiene usted comprometido a defender a Bolivia hasta la muerte, como a una segunda Colombia: de la primera soy padre; de la segunda soy hijo. Así, mi derecha estará en las bocas del Orinoco y mi izquierda llegará hasta las márgenes del Río de la Plata. Mil leguas ocuparán mis brazos".

hondas melancolías
exhalabas a veces en lamentos.
Ora pasara un ave,
ya hender vieses el líquido elemento
sin dejar rastro en él, velera nave,
murmurabas: "¡Quién sabe
si aré en el mar y edifiqué en el viento!"
En sordos aquilones
oías como lúgubres señales:
"¡Si caerán sobre mí las maldiciones
de cien generaciones!
¡Ay, desgraciado autor de tantos males!".

En esas estrofas, blancas, puras, resistentes como tablas de mármol, grabó Miguel Antonio Caro, con clásico cincel, la figura del padre de la patria; y supo transparentar en esa figura las más nobles aflicciones, las más hondas heridas del espíritu.

En 1828 escribía el desiluso Libertador: "No hay buena fe en América, ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las Constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía, y la vida, un tormento".

Su tristeza y su desesperanza iban a llegar más lejos; iban a producir una lamentación más patética. El 9 de noviembre de 1830, treinta y ocho días antes de morir, expuso: "La América es ingobernable. El que sirve una revolución ara en el mar. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar. Este país caerá indefectiblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas. Devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos".

Del Bolívar de esos tiempos (1828-1830) es que expresa un crítico literario lo siguiente: "Su dolor se agiganta, su espíritu –alta encarnación de las más excelsas ideas– se debate en vano, gime, se retuerce, impreca a los hombres, lanza soberanas maldiciones, y al fin se plega ante la adversidad triste, vencido. Su palabra resuena como salida de una tumba inmensa; su acento tiene la solemnidad de los profetas mayores. Solo en la antigüedad se encuentran héroes que hayan dicho profundas verdades en estilo tan

insigne, tan verdaderamente trágico; solo entre los grandes poetas se encuentran pensamientos de un fervor tan extraordinario”[40].

Sí. Los nombres de Ezequiel, de Dante, de Shakespeare, son los que vienen a los labios para comparar muchas páginas del *Epistolario* de Bolívar.

Ese *Epistolario* es una de las obras más interesantes que puedan leerse. Allí alumbra el sol, y cuando el horizonte se entenebrece, mira uno la oscuridad zebrada de relámpagos[41].

Las proclamas de Bolívar gozaban, en tiempos de la revolución, en aquellos días que fueron una larga noche trágica, el doble prestigio que granjea el mérito intrínseco de piezas brillantes y el que daba la ocasión.

El historiógrafo Gil Fortoul, que, entre paréntesis, nunca ha comprendido al Libertador, expone, respecto a las proclamas, su parecer en los siguientes términos: “Compiten con lo más hermoso que en este género conserva la historia”[42].

Leídas ahora, cien años después de escritas, sin el anhelo de la independencia, que ya gozamos, sin las pasiones de la época, sin los estímulos exteriores, las admiramos literariamente y hasta nos producen cosquilleo de vanidad patriótica y de entusiasmo guerrero. Supongamos, pues, la impresión que producirían en nuestros abuelos, a quienes ya ceñían con frescos laureles, ya iban a buscar, en lo profundo de los escondites, para iluminar su sombra con luces de esperanza, para quienes eran cosas de patria y libertad, cuestión de vida y muerte. La madre que había visto perecer a sus hijos en el cadalso, en las prisiones o en los campos; el patriota cuyas hermanas, hijas o novia habían emigrado, huyendo a las vejaciones de la barbarie; el soldado a quien le recordaban sus triunfos, halagándole

40. Max Grillo, *Alma dispersa*, París, Casa Editorial Garnier Hermanos, 1912, pp. 77-78.
41. “No hay día, no hay hora, en que estos abominables no me hagan beber la hiel de la calumnia. No quiero ser la víctima de mi consagración al más infernal pueblo que ha tenido la Tierra: América, que después que la he librado de sus enemigos y le he dado una libertad que no merece, me despedaza, diariamente, de un extremo a otro, con toda la furia de sus viles pasiones”. (Carta al doctor José Miguel del Castillo, Riobamba, 1º de junio de 1829).
42. José Gil Fortoul, *Historia constitucional de Venezuela*, Berlín, Carl Heymann Editor, 1907, v. I, p. 207.

patriotismo y vanidad, todos aquellos a quienes hería en los sentimientos, a quienes exaltaba las tremendas pasiones del momento, ¡con qué secreta inquietud no iban a esperarlas, con cuánto fuego no las devorarían!

Otras veces –¡cuán a menudo!– esas palabras guerreras e inflamadas encendieron en espíritus amodorrados la llama del sacrificio; en los indiferentes, la emulación; en los humildes, el orgullo, y en cien pueblos en abyección, una virtud colectiva y hasta entonces por ellos ignorada: ¡el patriotismo!

Es más: esas proclamas, como los discursos, arengas y cartas de Bolívar, fueron, a menudo, en las tinieblas coloniales, cátedra de derecho, lección de política, plantel de ciudadanos[43]. Esos documentos crearon opinión pública, que no había, a favor de la independencia, y una conciencia nacional. A Bolívar le tocó representar el papel de los enciclopedistas, de la Convención y de Bonaparte.

Y por lo que respecta a la empresa guerrera que esas proclamas alentaron, ¡qué titánica! ¡A ningún otro héroe concedió la fortuna el abarcar semejante vastedad de universo!

A cuál fue dable, en efecto, proclamar, como Bolívar después de Ayacucho, dirigiéndose a sus soldados: "¡Habéis dado la libertad a la América Meridional, y *una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria*!".

Esa empresa guerrera que tuvo por coronamiento la libertad de la cuarta parte del globo, regada por la sangre de tantos pueblos, se ha cumplido a despecho de la naturaleza, a despecho de los embrollos étnicos, a

43. Nadie lo ha comprendido mejor que el más reciente y tal vez el más brillante de los historiadores de Bolívar, en todo caso uno de los que mejor lo ha comprendido: Monsieur Jules Mancini. (*Bolívar et l'Emancipation des Colonies Espagnoles*, Paris, Perrin et Cie., 1912, v. I).
"*En même temps* –escribe Mancini– *qu'il ressuscite et qu'il exalte les instincts belliqueux de la race il s'attache à lui rappeler sans cesse l'idéal pour lequel il la mène au combat*". (*Ibid.*, p. 452).
En otra parte dice: "*Il assemblait les notables* (en Barinas)*, les endoctrinait, leur expliquait ce que devait être la nation dont il avait entrepris de reconstituer l'organisme. Ses harangues réfléchies sont de véritables cours de droit public*". (*Ibid.*, p. 481). Y todavía más adelante agrega: "*Nous verrons avec quelle science et quelle sincérité magnifiques Bolívar s'adaptera désormais à ce role d'éducateur*". (*Ibid.*, p. 497).

despecho del fanatismo religioso, a despecho de la ignorancia, a despecho de la anarquía, a despecho de aquellos mismos pueblos enceguecidos a quienes se iba libertando.

A tal empresa, tal cíclope. ¿Qué dicen los extraños, los indiferentes? ¿Los ingleses, por ejemplo? Oigámoslos:

"Fue igual como capitán a Carlos XII en audacia, a Federico II en constancia y pericia". "Sobrepasó a Alejandro, a Aníbal y a César en las dificultades que tuvo que vencer, y sus marchas fueron más largas que las de Genghis Khan y Tamerlán"[44].

Y esa obra de violencia fue una obra de amor. Él no ató pueblos, sino los desató. La libertad de América, de toda esa América española que él tuvo y proclamó por patria, que quiso confederar en un solo pueblo gigante, fue la columna de fuego que lo guió en su epopeya.

Por eso Martí, José Martí, un José Martí, pudo tener este arranque magnífico: "De hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas".

---

44. Eugene Lawrence Clayton, *History of Simon Bolivar, Liberator of South America*, London, Clayton & Co., 1876, pp. 5-6. "*Bolivar surpassed Alexander, Hannibal, and Cesar, on account of the inmenses difficulties he was obliged to yanquish. As a military man he equalled Charles XII in audacity and Frederick II in constancy and skill; his marches were longer than those of Gengis Khan and Tamerlan*".
Las dificultades que tuvo que vencer Bolívar para realizar su obra militar y política fueron tan fabulosas, que los historiadores de todos los países, cuando las consideran, se quedan boquiabiertos. Es unánime esta admiración. Los ingleses O'Leary y Loraine Petre, los belgas De Pradt y Schryver, los franceses Réveillère y Mancini, el alemán Gervinus, el italiano Cantú, el argentino Mitre, el venezolano Laureano Villanueva, el colombiano Aníbal Galindo; todos constatan y admiran la realización de tal obra en tales circunstancias. "*If ever a man* –dice Loraine Petre– *had to face the problem of making bricks without straw that man was the Liberator*". (F. Loraine Petre, *op. cit.*, p. 438).
Esta misma idea de haber creado de la nada la expresa Laureano Villanueva (*Vida de don Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*, Caracas, Tipografía Moderna, 1895) con la siguiente frase: "Después de Dios, es el único que ha creado de la nada".
Por último, Mancini anota: "*Il nous livre par avance le schéma du programme qu'il exécutera jusqu'au bout, au travers des obstacles les plus ardus qu'il ait été donné a un être humain de rencontrer sur sa route et de les surmonter sans défaillance*". (J. Mancini, *op. cit.*, v. I, p. 450).

FRANCIS LORAINE PETRE[1]

BOLÍVAR*

CONOCIENDO LOS PRINCIPALES hechos de la vida pública del Libertador, estamos capacitados para intentar una apreciación o juicio de Bolívar, en cuanto hombre, soldado y estadista.

1. El señor Loraine Petre, escritor norteamericano residente en Londres, historiador de Napoleón y hombre de pluma sobria y bien tajada, publicó en 1910 una vida de Bolívar con este título: *Simon Bolivar, el Libertador: a Life of the Chief Leader in the Revolt Against Spain in Venezuela, New Granada & Peru.* El señor Loraine Petre se ha esforzado en ser imparcial. Casi siempre lo consigue. Es autor de autoridad moral y de manifiesta buena fe. Su libro, a ese respecto, es precioso. Las deficiencias de su obra no dependen de la honorabilidad del historiógrafo, que es –lo repetimos adrede– tan completa como su talento de narrador. Esas deficiencias, que, por desgracia, desvaloran la obra, son hijas de una insuficiente documentación, por una parte, y por la otra, de una falta irremplazable de psicología. Mil aspectos del alma compleja de Bolívar escapan al señor Loraine Petre. Conocedor de todas las historias que se han escrito sobre el Grande Hombre de las Américas, Loraine Petre tuvo como deliberado propósito conservar el término medio entre los panegiristas y los detractores. Él mismo lo confiesa. Como se comprende, su plan de historiógrafo era ya un prejuicio: no iba a aplaudir ni a condenar, fuera de ciertos límites. Para un hombre extraordinario como Bolívar, ese plan, quizá no era el mejor. Más valía un juicio directo y desprevenido, ya fuera favorable, ya adverso. Adviértase también en Loraine Petre el empeño constante, aunque disimulado, de que Bolívar no resplandezca a cien codos por encima de Washington. Otro defecto del libro consiste en que el señor Loraine Petre ocurre con rareza a los documentos respecto a la América boliviana y al Libertador; documentos que, sin embargo, abundan, y de los cuales se han hecho colecciones magníficas. Son de este número los treinta y un volúmenes de las *Memorias del general O'Leary* y los catorce gruesos tomos titulados: *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador.* Esos mamotretos de papel son el granito indestructible, el pedestal de piedra secular sobre el cual se levanta la figura de Bolívar. Loraine Petre apenas los consulta. La edición aumentada de la segunda colección, la edición firmada por los compiladores Blanco y Azpurúa, ni siquiera la cita entre las obras que consultó. Cuando transcribe proclamas, discursos y cartas del Libertador copia de segunda mano.
La vida de Bolívar por Loraine Petre es, con todo, una historia concienzuda que habrán de tomar en cuenta los futuros historiadores.
El capítulo que se traduce es el veintidosavo y último de la obra.

* *Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur, por los más grandes escritores americanos*, Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1944, t. II, pp. 65-130. Traducción y notas de Rufino Blanco Fombona.

La tarea es peculiarmente difícil. La fuerte personalidad de Bolívar, como en el caso de Napoleón, ha dado origen a las más contradictorias opiniones. Los admiradores lo ponen en las nubes; los detractores, en el abismo. De una parte, ha inspirado las más hondas afecciones y una admiración sin límites; por otra parte, algunos de sus contemporáneos lo pintan como el modelo de toda bajeza y ruindad. Unos lo miran como el patriota más puro, preocupado constantemente por la felicidad del país; otros lo juzgan como un ambicioso egoísta, que no consideraba la independencia de Sudamérica sino como pedestal de su propia gloria. En suma: los admiradores, tanto contemporáneos como póstumos, predominan con mucho sobre los detractores.

Larrazábal es, quizá, su más fanático adulador[2]. A sus ojos, Bolívar es incapaz de error, y ninguna de sus acciones es indefendible. Ducoudray Holstein, por su parte, no tiene una sola palabra benevolente para Bolívar, ni tampoco Hippisley. Pero ambos tenían motivos de resentimiento personal contra él; lo que desvalora sus juicios. Respecto a Ducoudray Holstein, es imposible no sentir gran desprecio por aquel escritor; se ve patente que es un vanidoso e incapaz aventurero, cuyo principal objeto es su propia glorificación[3].

2. El doctor don Felipe Larrazábal no era contemporáneo de Bolívar. Este murió el 17 de diciembre de 1830. Larrazábal publicó *Correspondencia general del Libertador Simón Bolívar*, en Nueva York, el año 1865. Don Felipe Larrazábal fue uno de los hombres más altivos y eminentes de su época. Hombre de prensa, redactó el diario oposicionista *El Patriota*. Hombre de principios políticos generosos, fue uno de los fundadores del Partido Liberal en su país, en lucha contra el Partido Conservador, que gobernaba desde el nacimiento de la República. Hombre de Estado, contribuyó, en primer término, a la libertad de los negros esclavos, que realizó Venezuela muchos años antes que los Estados Unidos. Hombre de ciencia, fue profesor de Derecho Político en la Universidad de Caracas y autor de los *Elementos de la ciencia constitucional*. Hombre de humanidades, bebió directamente en las fuentes griega y latina. Hombre de pluma, dejó obras maestras en lengua castellana. Jamás dobló la cerviz. Vivió y murió pobre. Tuvo aquella virtud que señala Carlyle: la de saber admirar a uno más grande que nosotros. Pereció en el memorable naufragio del Ville du Havre (1873), entre los Estados Unidos y Francia. Con él se fueron al fondo de los mares tres mil cartas inéditas de Bolívar, recopiladas por Larrazábal, y una *Vida de Sucre,* paralela a la *Vida de Bolívar*, obra que iba a dar a la estampa en París. Había nacido en Caracas en 1816. Tenía cincuenta y siete años cuando murió.

3. Ninguno de los dos es historiógrafo, sino libelista. Ambos odiaban a Bolívar porque este los echó del ejército, al uno en 1816, al otro en 1818. Ducoudray Holstein era un pianista

El irlandés O'Leary, que llegó al servicio de Bolívar en circunstancias similares a las de Hippisley, procura, indudablemente, mantener la balanza en equidad; pero cede a veces al efecto y a la admiración que le inspiran su general. Pocas, muy pocas acciones de Bolívar le parecen a O'Leary que no tengan defensa.

Respecto a los sudamericanos, Restrepo es, tal vez, el más equitativo. De los ingleses que sirvieron a las órdenes de Bolívar, el juicio más mode-

---

medio alemán, medio francés, que quería aconsejar a Bolívar, y que, despechado por la manera como acogió Bolívar sus consejos, se puso a encender la cabeza inflamable del general Bermúdez, cuando las expediciones de Haití en 1816. Descubiertas las desleales intrigas de Ducoudray Holstein, resolvió el Libertador deshacerse de aquel elemento chismográfico y no permitió que se embarcase para Costa Firme. Ducoudray Holstein quedó en Haití dando lecciones de piano. El día 8 de mayo de 1828, el entonces coronel Perú de Lacroix, del Estado Mayor de Bolívar, oía hablar a este con afecto de sus antiguos edecanes, sin nombrar al francés Demarquet ni al francotudesco Holstein. Entonces le preguntó por ambos. El Libertador respondió "que el primero había sido su edecán, y de mucho mérito; pero que Ducoudray Holstein nunca lo había sido, ni había merecido su confianza". (Véase Luis Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga. Vida pública y privada del Libertador*, París, Librería Paul Ollendorff, 1912). Ducoudray manifestó su odio escribiendo un libelo que hizo traducir a varias lenguas.

Cuanto a Hippisley, coronel inglés que fue a Venezuela en una de las expediciones de 1818, quiso, antes de merecerlo, el título de general de brigada. Bolívar le dijo que lo conquistara si lo quería. Aspiró también desde su arribo, antes de prestar ningún servicio, a beneficios pecuniarios, so pretexto de que se los había prometido el agente de la República en Londres, señor López Méndez. "Muestre usted el documento en que ello conste –le repuso Bolívar–, y la República cumplirá religiosamente lo pactado por su agente". Hippisley no pudo producir documento alguno. Acosó al gobierno a reclamos y ofreció partir para Inglaterra a realizar nuevos enganches para llevar a Venezuela. Bolívar no aceptó su propuesta. Quiso pasaporte para Inglaterra; se le dijo que renunciase su cargo y a sus derechos por contrato.

"Usted debiera conocer muy bien el servicio inglés –le ofició Bolívar, el 19 de junio de 1818–, en el que ignoro si una simple renuncia verbal es suficiente para dejar el servicio. Usted debiera saber que entre nosotros no es así, y si usted no lo sabe, debe usted saberlo. El mayor Hippisley, del ejército de su majestad británica, nada tiene que hacer con el coronel Hippisley, de Venezuela, único a quien conozco y con quien tengo que tratar".

Por último, se le licenció. El Libertador le escribe, el 22 de junio de 1818, desde su cuartel general de Angostura, estas palabras:

"Señor coronel: Queda aceptada su renuncia del grado de coronel/comandante del primero de Húsares de Venezuela, y en consecuencia incluyo el pasaporte para que regrese usted a Inglaterra".

Hippisley se despidió con una carta servil. Al año siguiente publicaba en Londres un volumen de detractaciones contra Bolívar, contra los patriotas, contra la Revolución.

rado sobre este es el de Miller. Entre escritores venidos más tarde, Mitre comprende la extraordinaria grandeza de Bolívar; pero aparece constantemente prevenido contra este por su admiración hacia el héroe émulo, San Martín, y por simpatizar con la oposición que encontró Bolívar en Argentina y Chile. Entre todas estas contradictorias opiniones procuremos trazarnos un nuevo camino, distante de los excesivos panegíricos de Larrazábal y de las manifiestas prevenciones de Ducoudray Holstein.

Hay un punto en que todos están concordes: la generosidad de Bolívar, su desprecio del oro y su integridad. Pocos hombres tuvieron iguales ocasiones de enriquecerse; menos aún rehusaron tan honorablemente el aprovechar en su beneficio pecuniario las ventajas de su posición. Bolívar comenzó su carrera siendo rico; murió casi miserable. El Perú le ofreció un regalo de cinco millones de francos, que rehusó para sí y destinó a su ciudad natal[4]. Renunció asimismo a las recompensas que su propio país dispuso

4. El caballeresco Perú le decretó diez millones de francos: la mitad para el ejército, a quien se le dio; la mitad para él, que rehusó. El 12 de febrero de 1825 ofició al presidente del Congreso negándose a aceptar el cuantioso presente. En su oficio expuso: "¿No estaba bastante satisfecho el Congreso con toda la confianza que ha depositado en mí y con toda la gloria que me ha dado librando el destino de su patria en mis manos? ¿Por qué quiere confundirme, humillarme con un tesoro que no debo aceptar?".
El Congreso insistió para que el Libertador aceptase aquel presente magnífico.
El 23 de febrero de 1825 respondió Bolívar negándose, por segunda vez, a aceptar los cinco millones del Perú. Tres días después, el 26 de febrero, el presidente del Congreso oficia al Libertador instándole a que destinase el tesoro, no para sí, pero a la ciudad de su nacimiento. Era conocido el estado miserable a que había quedado reducida Caracas después de su esfuerzo colosal por la Revolución, víctima de Boves, del terremoto de 1812 y por haber enviado a sus hijos a combatir en casi todos los campos de batalla de Sudamérica. El Libertador respondió, el 27 de febrero, dándole las gracias a nombre de Caracas y participando que daría cuenta. El Perú –decía–, "para ser siempre pródigo, no olvida al pueblo que me vio nacer. Este rasgo de munificencia ha colmado mi corazón de gozo y gratitud, y yo no dudo que mis hermanos de Caracas lo verán con la más grata complacencia".
Poco más tarde Bolívar dispuso que se diera una suma de 100.000 francos al sabio inglés Láncaster para que este se trasladase a Caracas, como se trasladó, y fundase allí centros de educación. Los 100.000 francos se giraron del millón ofrecido a Caracas. Los agentes del Perú en Londres no pudieron cubrir las letras. Bolívar pagó los 100.000 francos de su peculio personal. (D.F. O'Leary, *Memorias del general O'Leary*, Caracas, Imprenta El Monitor, 1883, v. II, p. 348).
Bolívar, al revés de Washington, no aceptó sueldos ni recompensas monetarias de su patria. Tampoco aceptó, como se ve, las munificencias de otros pueblos.

concederle. Tal vez ellas no valían mucho en dinero contante y sonante; pero lo cierto es que se negó siempre a aceptarlas y a cargar la empobrecida república con obligaciones a beneficio de él. La absoluta carencia de todo le obligó a aceptar su sueldo en 1830[5].

Distinto de los presidentes sudamericanos de nuestro tiempo, él no preparó nido de oro en el Viejo Mundo para la época de su caída. La avaricia puede, desde luego, descartarse de entre los estímulos que lo impulsaron en su carrera pública.

Vanidad y ambición son los principales cargos de que lo acusan sus enemigos. Vanidoso lo era, ciertamente, como toda la raza española. La complacencia, la avidez con que paladeaba tanta adulación como se le prodigó, prueba de sobra su vanidad. Desde sus primeros triunfos, en 1813, saboreó agasajos y demostraciones de toda suerte. Su capacidad receptora de lisonjas llegó descaradamente al máximum en Perú y en su viaje por aquel país y por Bolivia. Este respirar incienso había llegado a ser hábito en el Libertador.

Sería absurdo negar que la ambición ejerció grande influencia en la carrera de Bolívar. Sin embargo, creemos que cometen con él grande injusticia aquellos que aseguran que la ambición fue el único o siquiera el principal motivo que lo impulsó a su gigante obra de libertar la América del Sur. La idea de luchar por la emancipación de aquellos pueblos oprimidos

5. Pobre era Colombia, pobre era la América. Pero no tanto como imagina Loraine Petre. No tanto como para no poder satisfacer los sueldos y regalos que decretaba a sus héroes. Todos los generales de Colombia recibieron recompensas y premios del Estado en dinero contante y sonante, en casas, en haciendas patrimoniales; todos, menos Bolívar.
Bolívar, superior en esto a Washington, a Napoleón, a tantos otros, vio siempre con desprecio el dinero. De su generosidad dan fe mil documentos y mil memorialistas contemporáneos. He aquí, a este respecto, cuatro palabras dignas de recordación. Su sueldo, cuando la necesidad le obligó a cobrarlo –refiere Posada Gutiérrez–, lo empleaba casi todo "en socorros a las viudas, en auxilios a los militares y en limosnas a los pobres vergonzantes. Hasta su quinta, en las inmediaciones de Bogotá, que cualquiera otro hubiera conservado como un retiro en circunstancias posibles, la regaló a un amigo suyo. El último soldado que acudiese a él recibía, cuando menos, un peso. Espadas, caballos, hasta su ropa misma, todo lo daba; así, no solo era respetado y querido, era idolatrado, pero quedaba en la indigencia". (Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1929, v. I, p. 315).
Se conservan las listas con el nombre de las personas a quienes repartía su sueldo y con las cantidades asignadas a cada una.

parece haber nacido en el espíritu de Bolívar aún muy joven, e independiente de todo cálculo de ambiciones personales. Ello le fue sugerido por las doctrinas y la compañía de un soñador: Simón Rodríguez. Los acontecimientos que presenció en Europa parecen haberle convencido de que Sudamérica, libre de España, y constituida con un gobierno republicano, podía seguir el ejemplo de Francia.

De lo que él no se penetró entonces bastante, según parece, es de la inmensa distancia entre el homogéneo, civilizado, culto pueblo de Francia, y los atrasados, casi bárbaros y heterogéneos pueblos de Sudamérica, cuya educación había sido, durante varias centurias, esmeradamente restringida por los poderes públicos.

Bolívar se inicia, ciertamente, como ardoroso y sincero republicano. Le choca la ambición de Napoleón, que destruye la república y se eleva sobre las ruinas de esta. Sin embargo, puede observarse, con referencia a posteriores ideas de Bolívar, que no fue el Consulado, sino el Imperio, lo que hizo cambiar su aprecio hacia Napoleón.

Que Bolívar puso el bien de su país y la independencia por encima de toda ambición personal, está fuera de duda, y pruébalo, por ejemplo, el haber repatriado a Miranda, llevándolo consigo en 1810. Aquel jefe había adquirido ya una reputación europea que, si no muy alta en sí misma, era bastante a colocarlo sobre un pedestal en la América del Sur, donde, a la verdad, nadie tenía su experiencia de la guerra y del gobierno republicano; experiencia alcanzada por Miranda, tanto en Norteamérica como en Europa. De haberse encontrado Napoleón en el lugar de Bolívar, jamás le habría pasado por la cabeza conducir a aquel hombre ante quien debía, en el primer momento por lo menos, representar un papel secundario.

Miranda, en verdad, desdijo de su reputación. Estaba gastado, completamente abatido por todos respectos. Pero Bolívar no pudo suponerlo. No hay lugar para creer que Bolívar tratase de representar el primer papel mientras Miranda estuvo en Venezuela. Ni siquiera lo intentó.

El rápido crecimiento de la ambición de Bolívar data del fracaso de Miranda en 1812. Para entonces ya había él sondeado a los dirigentes de su país y comprendido su personal superioridad.

Gracias a sus observaciones en Europa y los Estados Unidos, se convenció de lo inadaptable del sistema de república federal, dadas las condiciones de sus compatriotas. Esta forma de gobierno había sido adoptada, sin embargo, contra la opinión de Miranda y la suya propia. Él comprendió que en un país como Venezuela, donde toda la actividad política estaba concentrada en pocas ciudades, el federalismo conduciría a la desunión. La Nueva Granada ensayó el mismo sistema federal y estaba ya envuelta en guerra civil y disuelta en débiles Estados. Los Estados Unidos del Norte[6] fueron el modelo adoptado por los federales de Sudamérica. Los republicanos federalistas del Sur olvidaron las múltiples diferencias que existían entre los colonos angloamericanos y los súbditos americoespañoles.

Bolívar vio la única estabilidad posible en la creación de repúblicas centralistas, en las cuales "el Estado independiente y soberano" no fuera una amenaza perpetua de ruptura para la unión.

Miranda había fracasado. Desapareció de la escena para ir a consumirse y perecer en los calabozos de Cádiz. Bolívar, sin duda, vio en sí el hombre adecuado para desempeñar el papel que él mismo señaló antes a Miranda. Empezó a considerarse como el predestinado salvador de su pueblo. Comprendió a su país. Lo encontró falto de hábiles dirigentes, tanto en lo político como en lo administrativo. A medida que corre el tiempo aparece aferrándose más y más a la idea de que él era indispensable para la independencia de Sudamérica[7].

6. En los mismos Estados Unidos del Norte la guerra de Secesión ha demostrado los peligros que amenazan a una república federal. Recientemente, la dificultad de impedir la legislación antiasiática de los Estados del Oeste ha puesto de relieve un nuevo peligro. (Nota de Francis Loraine Petre).

7. Que Bolívar se comprendía cien veces superior, aunque siempre lo disimuló, a los guerreros semibárbaros de América y a los bachilleres semiletrados o doctores de las universidades pontificias, no cabe un jerónimo de duda. Una de las características del genio es la conciencia de su propio valer; aquella confianza en sí mismo que lanza a Colón sobre incógnitos mares a buscar un mundo y a encontrarlo. Esta conciencia, esta fe, las tuvo el Libertador en el más alto grado. Pero Bolívar, que, a fuer de genio máximo, dejó un reguero de ideas, nuevas en su tiempo, y que donde puso el pensamiento iluminó con haces de luz las más densas oscuridades, fue el primer hombre moderno, el primer pensador del siglo XIX que consideró las revoluciones como fenómenos sociales. Así dijo en 1814: "Es una estupidez maligna atribuir a los hombres públicos las vicisitudes que el orden de las cosas produce en los Estados". Y más tarde, en 1819, pronunció estas palabras de oro ante el Congreso de

Su ambición de poder crece en proporción. Que era ambicioso, él mismo lo admite en su renuncia de 6 de febrero de 1827.

Aunque creemos que un sincero amor por América y el deseo de la independencia y prosperidad de esta fueron los resortes primordiales de Bolívar, hubo veces en que permitió que consideraciones personales suplantasen a un desinteresado patriotismo.

La primera vez fue en 1815, cuando persistió en su disputa con Castillo, en Cartagena; y entre ambos establecen el terrible ejemplo de la guerra civil, estando la Nueva Granada bajo la amenaza de la aproximación de Morillo. No hay disculpa posible para Castillo ni para Bolívar en este

---

Angostura: "Yo no he podido hacer ni bien ni mal; fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos; atribuírmelos no sería justo, y sería darme una importancia que no merezco. ¿Queréis conocer los autores de los acontecimientos pasados y del orden actual? Consultad los anales de España, de América, de Venezuela; examinad las leyes de Indias, el régimen de los antiguos mandatarios, la influencia de la religión y del dominio extranjero; observad los primeros actos del gobierno republicano, la ferocidad de nuestros enemigos y el carácter nacional. No me preguntéis sobre los efectos de estos trastornos para siempre lamentables; apenas puede se me puede suponer simple instrumento de los grandes móviles que han obrado sobre Venezuela".

Obra, pues, Loraine Petre, en el juicio que se comenta, con prescindencia de aspectos magníficos de la compleja personalidad de Bolívar. No, no es posible considerarlo como a un vulgar providencialista, como a uno de tantos tiranuelos que se creen providenciales para ejercer un gobierno sin freno o paliar la usurpación del mando.

Recuérdese lo que dijo, clara y rotundamente, respecto a su *misión providencial*. El general Perú de Lacroix transcribe la conversación del Libertador, sostenida el 10 de mayo de 1828.

"—Ni Colombia, ni el Perú, ni toda la América del Sur –le repliqué– estuvieran libres, si su excelencia no hubiera tomado a su cargo la noble e inmensa empresa de su independencia.

—No diga usted eso –prosiguió su excelencia–, porque yo no he sido el único autor de la revolución, y porque durante la crisis revolucionaria y la larga contienda entre las tropas españolas y las patriotas, hubiera aparecido algún caudillo si yo no me hubiese presentado, y porque el ambiente de mi fortuna no hubiera perjudicado la fortuna de los otros, manteniéndolos siempre en una esfera inferior a la mía. *DEJEMOS a los supersticiosos creer que la PROVIDENCIA es la que me ha enviado o destinado para redimir a COLOMBIA*". (L. Perú de Lacroix, *op. cit.*, pp. 86-87).

Napoleón tenía fe en su estrella. Con gran talento político explotaba la idea de su fortuna, que él hizo germinar en el pueblo. Bolívar, superior en esto, como en otras muchas cosas, a Napoleón, se complace en destruir como filósofo las supersticiones que inspira y funda su prestigio en prendas y en obras personales.

chocante asunto del primer sitio de Cartagena[8]. De haberse unido ambos para defender la plaza contra Morillo, no hubiera sido imposible aniquilar al enemigo sitiador.

---

8. Si algún cargo es injusto es el de aparejar la conducta de Bolívar en Cartagena a la de aquel ciego, testarudo y absurdo Castillo, a quien Morillo bien pronto, después de vencer, fusiló, y cuyo nombre solo se conserva por la oposición que hizo a Bolívar en 1815. Recuérdense los hechos antes de juzgarlos o para juzgarlos. Bolívar, que acababa de tomar por las armas a Bogotá, había sido nombrado por el gobierno granadino jefe de operaciones sobre la provincia de Santa Marta. Partido con una pequeña fuerza de Bogotá, debía ser armado en la plaza fuerte de Cartagena, admirablemente provista, y cuyo comandante era Castillo. Este se negó a armar las fuerzas destinadas a Santa Marta, desobedeciendo las órdenes superiores del gobierno, sin más motivo que malquerencia hacia Bolívar, contra quien había suscrito un libelo. Bolívar le envió una comisión de súplica. Luego le envió una segunda. Más tarde una tercera. Todo inútil.

Hasta le escribió, rogándole, en bien de la República, que olvidase viejos resentimientos. La terquedad de Castillo no cejaba. Le propuso una entrevista: Castillo no acudió. Bolívar excita al gobierno general, en vista de aquel tropiezo, a que lo exonere del cargo. El gobierno se contentó con enviar de comisionado a un clérigo embrollón, que no pudo imponerse al rebelde Castillo. Bolívar instó de nuevo al gobierno para que hiciera respetar las disposiciones que daba. No fue atendido. Entretanto no podía sostenerse allí, en Mompox, por la deserción y la peste de viruelas; retroceder no era fácil, por falta de transportes. Resolvió bajar el Magdalena. Envió desde Barrancas una cuarta comisión de súplica, amistad y arreglo a Castillo y a sus mentores, hombres de preocupaciones localistas, y casi todos, como Castillo, enemigos declarados de los venezolanos, a quienes, porque iban a derramar su sangre en Nueva Granada, llamaban en documentos públicos *gentes sin patria*. Envió una quinta comisión desde Turbaco. El comisionado fue objeto de insultos y amenazas. Bolívar había escrito a Gual, que estaba en Cartagena: "No digo con el brigadier Castillo, que sigue nuestra causa, sino con Fernando VII que la combate, me reconciliaría yo por la libertad de la República". Al gobernador civil de Cartagena, aliado y cómplice de Castillo, había también escrito cartas que quedaban sin respuesta: "Suplico a usted ardientemente se sirva contestarme. Estoy pronto a sacrificar hasta el honor de ser el libertador de mi país".

Se le contestaba con el desdén. El clérigo comisionado, a quien se ganaron los rebeldes, lanzó desde Cartagena un papel contra Bolívar; el gobernador civil lanzó otro. A los amigos de Bolívar existentes en Cartagena se les aprisionó. Un santo se hubiera vuelto un demonio. Bolívar, que era un demonio, no podía obrar como un santo. Varias veces, sin embargo, trató de entenderse con los irreductibles enemigos. El 30 de marzo escribió al comisionado, sin éxito. El 8 de abril volvió a escribir. No obtuvo respuesta. El 9 escribió otra vez. Tampoco obtuvo contestación. El 11 propuso aún transacción. Silencio. Peor; por respuesta una proclama feroz y guerrera de Castillo. Sintiéndose humillado ante sus propias fuerzas, Bolívar, hombre susceptible y violento, se dejó arrastrar, en medio de aquellas contestaciones, a sitiar la plaza de Cartagena. Las tropas patriotas empezaron a sufrir fracasos en lucha con los españoles, que se aprovecharon del conflicto. Pronto el corazón de Bolívar habló más alto que su orgullo ofendido; su patriotismo supeditó todo otro sentimiento. La necesidad, por otra parte, apremiaba. Subsanó su error; convino en sacrificarse y se expatrió.

Cuando el Libertador se puso en contacto con San Martín determinó asegurar su superioridad. Esto y el rehusar ayuda al Perú contra el enemigo, a no ser bajo ciertas condiciones, amenazó desastre. Por fortuna, San Martín era más genuino patriota que Castillo, y suprimiose en beneficio del país cuando comprendió que Bolívar estaba determinado a no desaparecer de la escena y vería al Perú perecer antes que actuar bajo las órdenes de nadie o en concurrencia con el protector[9].

Al partir dejó una proclama a los soldados. Allí les decía: "Granadinos, venezolanos, que habéis sido mis compañeros en tantos combates y vicisitudes, de vosotros me aparto para ir a vivir en la inacción y a no morir por la patria. La salvación del ejército me ha impuesto esta ley: no he vacilado. Vuestra existencia y la mía eran incompatibles. Preferí la vuestra".

La conducta de Bolívar pudo ser errónea y hasta puede merecer la censura. Pero compararla con la de su ciego enemigo –que lo forzó a la violencia– no es equitativo.

9. Esto no es exacto. Aseverarlo es, sobre ir contra la verdad, desconocer la altura moral de Bolívar y una de las esquinas de su carácter personal y de su papel histórico. Bolívar puso, en todas las circunstancias de su vida, por encima de toda consideración, el ideal de la independencia. Más abnegado que Washington, no concretó este ideal a los términos de su patria nativa, sino que lo dilató a todas las tierras americanas de origen español. Por encima de ese ideal, repetimos, no puso jamás sus intereses ni ambiciones de señorío. La verdad es lo contrario: en aras de aquel ideal lo sacrificó todo, comenzando por sacrificarse a sí mismo, o sacrificar sus ideas, y hasta su innegable y justísima ambición política.

Vamos a verlo.

En el caso del Perú, no solo facilitó al general San Martín el apoyo de fuerzas que este vino a pedirle en Guayaquil, imposibilitado como estaba de hacer frente a los españoles, sino que indicó para jefe de la División auxiliar, con mucha delicadeza, al general caraqueño Paz del Castillo, que había hecho, a las órdenes de San Martín, la guerra de Chile. No le entregó todo el ejército de Colombia, naturalmente. Exigirlo era ya absurdo; pero haberlo entregado hubiera sido cien veces más absurdo. Hubiera sido locura desprenderse de su ejército y quedarse con los brazos cruzados, en cualquier circunstancia, porque en cualquier circunstancia la patria podía preguntarle: "¿qué has hecho de mis legiones?", y castigarlo por la imprevisión de librarlas; pero en el caso concreto de Bolívar, en 1822, hubiera sido peor: Colombia, por su costa de Venezuela, enfrente de Cuba y Puerto Rico, y cerca de España, quedaba siendo, como hasta entonces, la puerta abierta de todas las expediciones reconquistadoras. Los realistas, aunque rendidos, no se habían extinguido, como lo probaba la resistencia de Puerto Cabello, la campaña del canario Morales y la sangrientísima y épica batalla naval de Maracaibo. Por otra parte, el ejército de Colombia, compuesto de tropas victoriosas e indómitas, ¿acatarían ciegamente el mando de San Martín? Recuérdese que el propio ejército de este, creado, instruido por él, y por él llevado a los combates, se rebelaba contra el jefe argentino. Recuérdese cómo el ejército de San Martín desconocía la autoridad de este, al punto de San Martín decir al general Guido que "no podía dominar la situación, a menos de fusilar a algunos de sus compañeros, para lo que le faltaba valor". ¿Hubiera sido más feliz con el ejército de Colombia, tan envanecido con sus innúmeras victorias?

Los triunfos en Perú y Bolivia señalan el momento desde el cual los proyectos y aspiraciones de Bolívar principian a exceder los límites de la razón. El Libertador en esta época sufre megalomanía de tipo muy pronunciado. Ya había cumplido lo que en definitiva iba a ser impracticable: la unión de Venezuela, Nueva Granada y Quito, en la vasta República de Colombia. Luego proyecta una federación de naciones, incluyendo a Colombia, Perú

Bolívar, pues, no entregó su ejército; lo ofreció entero, sí, al Perú, yendo él como el primer soldado de Colombia. Y, entretanto, envió una fuerte División y prometió otras, a más de una cantidad de armamento. He aquí las palabras del mismo general San Martín, anunciando al Perú, ya de vuelta en Lima, su entrevista con Bolívar y los auxilios militares que este ofrece al antiguo virreinato: "Tributemos todos un reconocimiento eterno al inmortal Bolívar".

Separado San Martín, otro gobernante del Perú, el mariscal de Riva Agüero, envía un comisionado a pedir de nuevo auxilios de tropa a Bolívar. El Libertador se dio tal premura en atender aquella petición y servir al Perú, que cuando estaba recibiendo oficialmente al delegado de Riva Agüero, ya bajaban la ría de Guayaquil, rumbo al Callao, las tropas de Colombia. Así pudo exclamar: "Hoy mismo están navegando sus batallones (de Colombia) en busca de los tiranos del Perú".

La decisión y el desprendimiento del Libertador en servir la independencia de toda la América, con prescindencia de sí, se acreditó, repito, en cien ocasiones. A Chile ofrece en 1825 un contingente de tropas peruanas y colombianas, al mando de O'Higgins, para rendir el archipiélago de Chiloé; el director de Chile le responde que tiene lista una expedición, que solo necesita dinero. Bolívar, *in continenti*, le remite un millón y medio de francos. La expedición puede así realizarse, y Chiloé queda rescatado.

En Cartagena, el año 1815, resuelve expatriarse para que cese todo pretexto de disensiones civiles y los patriotas puedan hacer frente al ejército de Morillo. Va a las Antillas, obtiene elementos; ¿adónde piensa dirigirse? A Cartagena, a atacar la escuadra de Morillo, que está sitiando a aquellos mismos irreconciliables enemigos que lo hicieron tomar el camino del destierro.

En 1824 se separa del mando del ejército que iba a triunfar en Ayacucho, porque sabe privadamente, y antes de saberlo de oficio, que Santander –aquel mismo Santander a quien colmó de beneficios y lo elevó, de oscuro oficial sin triunfos, a vicepresidente de Colombia– ha influido para que, en premio de sacrificios y victorias, el Congreso quite al Libertador el mando supremo del ejército. Una palabra de Bolívar bastaba para que se hiciera su voluntad y aun desapareciera el pérfido leguleyo de Santander. No la pronunció. Devoró la inmerecida, gratuita, inútil ofensa, y puso aquel ejército por él formado en Pativilca y Trujillo en manos del virtuoso y admirable general Sucre.

En 1826 solo quedan esclavizadas las Antillas. Bolívar dispone una expedición para emanciparlas. ¿Quién se lo estorba? Inglaterra y los Estados Unidos, que tienen, desde entonces, puestos los ojos en Cuba y Puerto Rico. ¿Era por ambición que iba a emprenderse aquella cruzada de la libertad en el Caribe? No. Es porque aquel idealista poseía la quijotesca monomanía de batirse en pro de la justicia y en pro de los débiles. Así dice al Congreso de Colombia, desde Lima, el 22 de diciembre de 1824: "Noche y día me atormenta la idea,

y Bolivia. Trató de introducir a Chile y Argentina dentro de la esfera de su influencia suprema. Aquellos dos países determinaron no imitar al Perú, y el Libertador tuvo que abandonar tales proyectos[10].

EN QUE ESTÁN MIS ENEMIGOS, de que mis servicios a la libertad son dirigidos por la ambición". Así decía de sí mismo en carta privada: "Mi deber es combatir siempre por la libertad y sacar la espada dondequiera que haya que sacarla en defensa de los oprimidos". Parecen palabras de don Quijote. Razón tenía Unamuno en decir que nadie se parecía tanto a Don Quijote como Bolívar. No; ni Loraine Petre, ni ningún angloamericano comprenderá fácilmente al Libertador.

Con la Argentina no fue menos generoso que con Cuba, Perú y Chile.

En 1825 propuso rescatar, "de las manos de un alzado", como calificó al dictador Francia, todo el territorio del Paraguay, para devolverlo a la nación argentina, a que siempre, hasta entonces, perteneció. Bolívar obedecía en esto a su ideal generoso y previsor de que en América se establecieran naciones poderosas y no múltiples Estados microscópicos.

El gobierno de la Argentina, influido por Rivadavia, se negó a aceptar el don de una magnífica y heroica provincia. Ese gobierno, sin embargo, había visto ya todos sus ejércitos derrotados en el empeño de someter al Paraguay; y, andando el tiempo, ese mismo gobierno, coaligado con el gobierno del Brasil, llevaría la guerra al Paraguay, sin sacar a la postre otra ventaja sino la derrota constante del generalísimo bonaerense y el odio de aquel país, para entonces definitivamente constituido como nación.

Como se advierte por las anteriores líneas, Bolívar, aunque hombre de presa y de imperio, siempre estuvo animado en sus empresas por altos ideales, y aun idealismos, que colocó siempre por encima de rastreras pasiones y oscuros apetitos de mando. Fue, más que Miranda, "el Don Quijote de la libertad".

10. No hay tal, sino en apariencia. La verdad histórica es otra. Tanto Chile como la Argentina llamaron con instancia al Libertador, como lo llamó el Perú. Respecto a Chile, recuérdese que O'Higgins, el deslumbrante caudillo de esa República, que había ejercido por varios años la dictadura allí, esperaba reconquistar el poder con el apoyo de Bolívar, a cuyo lado estaba en el Perú. Bolívar quiso evitar la guerra civil con esa forma de intervención en un país como Chile, por el que sentía profunda estimación. Ofreció al director de Chile, general Freire, realizar él, Bolívar, con tropas de todo Sudamérica, la liberación del archipiélago de Chiloé, que hasta 1826 conservaron los españoles, y donde había fracasado como general el mismo Freire. Este, que sabía que al frente de la expedición libertadora de Chiloé iba el Libertador a poner al heroico O'Higgins, rival de Freire, comunicó a Bolívar que él tenía una expedición lista, pero que necesitaba para realizarla dinero. Bolívar, dictador del Perú, no vaciló un momento y le envió 1.500.000 francos. Con ese millón y medio que dio Bolívar se hizo la expedición.

Ya se mira que sí ejerció Bolívar influjo en los destinos de Chile, ya indirectamente, por sus triunfos en el Perú, que aseguraron la independencia de Argentina y Chile, ya por 1.500.000 francos con que se libertó a Chiloé. En las turbulencias civiles, además, lo llamaron los pelucones, O'Higgins el primero.

Blanco Encalada, el héroe naval del Pacífico, Campino y otros chilenos también esperan la salud de Bolívar. Corrobórase cuanto asiento con la lectura de la correspondencia de estos personajes con el Libertador. (D.F. O'Leary, *op. cit*., v. XI, *passim*).

Su idea, más grande aún, del Congreso de Panamá fue del todo prematura e imposible de ejecución. "Si un Congreso panamericano llegase a ser

---

Chile no ha sido ingrato con el Libertador. Barros Arana lo estudia con conciencia. Otro chileno eminente, Bulnes, ha dedicado años de su vida a historiar la emancipación del Perú por Bolívar, y en las escuelas chilenas se enseña hoy mismo con justicia a conocer al Libertador, poniéndolo por cima de los héroes nacionales: "En lo militar Bolívar superó a San Martín por la audacia, la rapidez y el brillo de sus afortunadas campañas contra los más poderosos ejércitos españoles que hubo en América". (Francisco Valdés Vergara, *Historia de Chile para la enseñanza primaria*, Valparaíso, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1927, p. 206).

Cuanto a la Argentina, todo el partido federalista lo llamaba después de Ayacucho. El mismo gobierno centralista de Buenos Aires y el Congreso de la República le enviaron diputados para que presidiera la alianza de Argentina con Perú y Colombia y llevase la guerra al imperio del Brasil, cuyas tropas ocupaban el Uruguay, considerado entonces por la Argentina como provincia suya. Funes, el primer historiador del Plata; Dorrego, gobernador después de Buenos Aires; la prensa liberal del país, adversa a Rivadavia, lo urgen para que se dirija a la Argentina. Las Heras, presidente de la República, no bien cree que Bolívar ha pisado territorio argentino, se apresura a felicitarlo. Por último, el Congreso o Legislatura de Córdoba expide la resolución siguiente: "Levantar tropas para sostener las libertades de la provincia de Córdoba y proteger a los pueblos oprimidos, poniéndose de acuerdo con el Libertador Bolívar, por medio de un enviado, encargado de promover una negociación al efecto".

Inútil insistir. El señor Loraine Petre es, como se advierte, demasiado simplista en su juicio. En este caso, como en otros, en vez de consultar los documentos, Loraine Petre siguió el criterio de historiadores malévolos y desacreditados del Sur, principalmente de Mitre. Este anota la influencia de Bolívar en la República Argentina, de paso, desdeñosamente, con las vagas palabras que siguen: "Los planes de intervención (de Bolívar) en la vida interna de los vecinos encontraba eco simpático en el partido anárquico (argentino), cuyos jefes iban a pedirle sus inspiraciones en Chuquisaca, mientras su nombre sonaba en los disturbios de Tarija y en los alborotos de las provincias, y principalmente en Córdoba". (Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, 2ª ed. corr., Buenos Aires, Félix Lajouane Editor, 1890, v. IV, p. 125).

Si Bolívar no llegó en persona hasta Buenos Aires, de acuerdo con sus amigos de aquel país; si no llevó la guerra al Brasil para rescatar a Montevideo, no fue por falta de ganas, ni por oposición de aquellos pueblos a la política del Libertador. Hubo dos razones. Bolívar, primero, temía descontentar a Inglaterra, de quien necesitaba, en caso de que la Santa Alianza amenazara, como se temía, la América del Sur. Inglaterra no propiciaba la guerra contra el Brasil, a cuyo emperador protegía por necesidad de paz entre sus clientes, como lo protegía, por razón de principios políticos, la Santa Alianza. Los acontecimientos dieron razón a la diplomacia de Bolívar. La Santa Alianza no tuvo el pretexto de defender la legitimidad en el Brasil, contra los revolucionarios, como lo hizo en España y en Italia. Pronto Canning envió al Libertador un comisionado oficial con una carta autógrafa para felicitarlo por su actitud en la cuestión con Brasil. El mismo comisionado, Mister Cockburn, llevaba un regalo de Jorge IV, rey de Inglaterra, para el Libertador; el regalo consistía en una tabaquera de oro guarnecida de brillantes.

una realidad, la influencia prevaleciente debe ser la angloamericana y no la latinoamericana, la del Norte unido y no la del dividido Sur”[11].

Lo que se pensó en Colombia de los proyectos de Bolívar, por lo menos lo que pensaban hombres importantes, está patente en el pasaje, ya citado, de una carta suscrita por Santander el 6 de julio de 1826.

Esta carta da una idea de la oposición que iban a encontrar los planes políticos de Bolívar. Otros hombres, como Páez, se opondrían más cruda y decididamente. La posterior conducta de Santander demostró que no estaba ni siquiera inclinado a otorgar la ilimitada aquiescencia que promete al grande hombre.

El título de emperador no pasó, probablemente, por la mente del héroe; pero, sin embargo, amó todo lo que era imperio, menos el nombre. Mitre pronuncia la palabra monocracia para indicar el poder del Libertador[12].

La otra causa que tuvo Bolívar para no embarcarse en aventura tan distante y peligrosa era que Colombia, base de sus operaciones, empezaba a fallarle. Santander, el vicepresidente, aquel tahúr malagradecido, rencoroso, envidioso y pérfido, empezaba a traicionarlo. Ya había obtenido, sin razón ni conveniencia, que el Congreso de Colombia quitase a Bolívar la dirección militar de las fuerzas colombianas en Perú. Entretanto le protestaba amistad al Libertador, en cartas privadas, y le juraba que la resolución era obra del Congreso.

Tal es la verdad histórica, menos simple de lo que supone Loraine Petre.

Por lo demás, Bolívar acabó de libertar en Perú y Alto Perú toda la América del Sur española. El último virrey capituló allí, y aquellos mismos ejércitos realistas del Perú que habían sojuzgado a Chile desde 1814 hasta 1817, y que ocupaban desde 1815 la mitad norte de la República Argentina, se entregaron en número de 23.000 hombres, o quedaron deshechos, después de Junín y Ayacucho, con los triunfos complementarios de Tumusla, en las provincias argentinas de Alto Perú, y la rendición del Callao, que refrendó la independencia en el Pacífico. “El continente ha sido por él independizado”, escribe Mitre. He aquí el juicio de Juan Bautista Alberdi, el más grande de los pensadores argentinos, respecto a la emancipación de las cuatro provincias argentinas del norte: “Bolívar las libertó de los españoles en 1825”. “El Libertador de Colombia se hizo cargo de libertar las cuatro provincias argentinas que Belgrano, Balcarce, Rondeau y San Martín no pudieron libertar”. (*Grandes y pequeños hombres del Plata*, París, Casa Editorial Garnier Hermanos, 1912).

11. Tiene razón. Si en vez de triunfar el sistema de patrias chicas, el ideal localista de Rivadavia, Páez y Santander, hubiese triunfado el ideal unificador de Bolívar; si la América del Sur fuera “la madre de las Repúblicas, la más grande nación de la Tierra”, como Bolívar pensaba y escribía, tal vez no tendrían el mismo peso las palabras de Loraine Petre. Por lo demás, es lógico que un americano del Norte exprese proposición semejante.

12. La palabra la toma Mitre de Gervinus, el historiador tudesco, que fue quien la aplicó por primera vez al poder que ejercía el Libertador. Gervinus, por su parte, la tomó del mismo Bolívar; que todo sale del mar y vuelve a él. Bolívar fue, en efecto, quien, analizando el estado político de América en 1815 y haciendo consideraciones sobre el futuro desarrollo de

No es tampoco presumible que, en sus últimos tiempos, cuando perdió la esperanza de la gran Confederación de pueblos, aspirase para sí a la corona de Colombia. Cuando San Martín propuso la erección de monarquías americanas bajo príncipes de familias reales de Europa, el Libertador hizo flamear sus colores republicanos. A su regreso a Colombia, en 1826, encontró hasta aquella república, de tamaño relativamente moderado, en vía de disgregarse, debido a la rebelión de Páez. Entonces parece haber empezado de mala gana a modificar su criterio en punto a organización institucional. La cuestión del movimiento monárquico de 1829 ha sido ya plenamente discutida. Bolívar puede ser absuelto del designio de una corona para sí. Tal designio lo rechazó él con persistencia durante el curso todo de su carrera.

El Libertador vio, de seguro, con claridad, que el asumir un título real o imperial era una flagrante contradicción con todas sus pasadas protestas de republicanismo; que una corona lo desacreditaría para siempre, y que arruinaría tal vez su poder efectivo.

Para él hubo dos alternativas. Pudo aspirar de por vida a la retención del poder supremo bajo algún título, como Libertador presidente o presidente vitalicio. En tal posición habría sido un rey, aunque sin aquel asiento con "cuatro planchas cubiertas de carmesí que llaman trono", según sus propias palabras. En ese caso, ¿qué sucedería a su muerte, contingencia que él debía comprender no muy remota? Él no tenía sucesores y ningún otro hombre era apto para aquel puesto.

De otra parte, podía optar por la aceptación de una monarquía constitucional con monarca escogido en cualquiera de las casas reinantes de Europa, salvo la de España. En este caso, Bolívar debería retirarse, o bien permanecer como sostén del trono, pero detrás de este; posición imposible para hombre semejante.

El proyecto propuesto por Vergara al ministro inglés Campbell fue una especie de compromiso. Bolívar quedaría en el poder de por vida, con un

cada uno de los pueblos novomundanos, dijo de la Argentina, previendo con catorce años de antelación, a Rosas: "En Buenos Aires habrá un gobierno central en que los militares se llevarán la primacía por consecuencia de divisiones internas y guerras externas. Esta constitución degenerará en una oligarquía o en una monocracia". (Célebre Carta de Jamaica, 6 de septiembre de 1815).

monarca constitucional tras de bastidores listo para sucederle. Ni siquiera el partido monarquista se atrevió a ofrecer el título de rey a Bolívar.

En cuanto a este, siempre se dio cuenta de las enormes dificultades con que tropezaría el establecimiento de un príncipe europeo o cualquiera que aceptase tal trono en las circunstancias en que podía ofrecérsele. El país, a pesar de sus riquezas naturales, iba a quedar por mucho tiempo sumido en la miseria, hasta que sus recursos naturales pudieran ser explotados. Un siglo no ha bastado para alcanzar esto, sino a duras penas para emprenderlo. La corte se compondría de indigentes; sería una irrisión, y la posición del soberano, rodeado de intrigantes del tipo de Santander, Páez y otros, sería insostenible. El rey carecería de medios y de colaboradores para ejercer una influencia efectiva.

La vida de Bolívar fue una gradual desilusión. Año tras año fue convenciéndose, y cada vez más, de la perfidia de sus colaboradores y de la poca solidez de la máquina administrativa. Ninguno de sus agentes era administrador experto. Él mismo no lo era. Sus esfuerzos en pro del orden administrativo eran mejoras que fracasaban en manos de los demás desde el instante en que él daba la espalda. Campbell describe un lastimoso cuadro de los abusos y corrupción del gobierno de Santander, durante la ausencia de Bolívar en el Perú. Presenta ejemplos de manejos equívocos y de claros fraudes cometidos con conocimiento y en connivencia con el mismo Santander. Los funcionarios judiciales eran tan pésimos como los fiscales.

En cuanto a Páez, era tan absolutamente ignaro, que estuvo siempre a merced de los politiqueros que lo rodeaban. Es imposible permanecer serio cuando uno lee aquellas epístolas que aparecen suscritas por él, llenas de eruditas referencias respecto a los héroes de Grecia y Roma. Podemos estar seguros de que Páez nunca tuvo noticia de ellos.

A través de toda la correspondencia del Libertador, durante los últimos años de su vida, resuena la queja del hombre desilusionado que desespera del porvenir de su país.

Ya hemos insertado dos de sus llamadas "profecías", sin atribuirles autenticidad. Pero existen muchas cartas de Bolívar, de autenticidad incuestionable, en donde se expresa de casi idéntico modo. Agreguemos solo a

las transcripciones ya hechas una carta del Libertador a Campbell, fechada el 27 de abril de 1829 y transcrita por este al Gobierno inglés en despacho del 4 de junio del mismo año. Bolívar dice: "Creo que, sin mucha exageración, este puede ser llamado el hemisferio de la anarquía. No dudo que semejante cúmulo de desórdenes contribuya a abrir los ojos de los ilusos y dé ocasión de ver claro a nuestros amigos de Europa, convenciéndolos al mismo tiempo de que mi conducta y principios son demasiado moderados para gobernar este país"[13].

Tal vez las dos más extraordinarias características de Bolívar son la inmensa influencia personal que ejercía sobre cuantos hombres entraban en contacto con él y aquella indomable energía y confianza en sí que desplegó casi hasta el fin de sus días, aun en las circunstancias más desesperantes.

Personalmente no fue popular. Sus maneras eran con frecuencia ásperas y desagradables, y su lenguaje, violento. Su temperamento irascible no le favorecía. Según Miller, la ira de Bolívar estaba en la superficie; la calma, debajo, y esta aparecía siempre que no lo irritasen y contrariasen. Con todo, tuvo un maravilloso poder que supo explotar cuando se lo propuso: el poder de subyugar y seducir aun a aquellos que llegaban a su presencia en la más hostil predisposición.

Ya hemos visto lo que refiere Santander a ese respecto, y Santander no estaba cuando tal decía predispuesto a favor de su jefe. Hombres muy valientes en sus acciones y aún más en sus funciones cuando el Libertador andaba lejos, flaqueaban ignominiosamente desde que Bolívar se presentaba. En los primeros años enfrentáronsele a veces soldadotes como Arismendi, Mariño y Bermúdez; pero a medida que corre el tiempo, la influencia del Libertador aumenta. Páez permite ser elevado por Wilson a jefe supremo de Apure; pero no bien se aproxima Bolívar cede al momento. Lo mismo hizo a la llegada de Bolívar a Maracaibo en 1827. Santander, según este mismo lo confiesa, no podía resistir al Libertador cara a cara, por más insolente que estuviese cuando Bolívar andaba ausente. Aun entonces, una carta enérgica del grande hombre bastaba para hacerlo retroceder, como

13. No se copia el texto español, sino que se retraduce al castellano.

en 1823. San Martín tampoco pudo competir con la imperiosa personalidad del Libertador, y fue aquel quien tuvo que ceder después de la entrevista de Guayaquil.

En los últimos años parece destemplarse, hasta cierto punto, el nervio de Bolívar. Esa fue tal vez la causa del comportamiento que observó con Páez a comienzos de 1827. De haber sido el Bolívar de otra época, lo más probable es que hubiera suprimido por completo al jefe llanero, en lugar de concederle amnistía y alabar al rebelde llamándole "salvador de su patria". Fue esa tal vez la más notable prueba de flaqueza que dio en su vida.

En los primeros tiempos de su carrera era otra cosa. Ninguna desgracia, por grande que fuese, parecía hacer mella en Bolívar. Es imposible concebir situación más desesperante que la suya en La Puerta el año 1814, o la que tuvo en Jamaica de 1815 a 1816. Todo parecía perdido después de su derrota de Semen, por Morillo, en 1818. Sin embargo, a raíz de los fracasos, o en medio de ellos, Bolívar escribía y hablaba como si tuviese asegurada la victoria. El temple de su espíritu resplandece en sus proclamas antes del Paso de los Andes, y durante el mismo Paso en 1819. Su situación era por extremo conflictiva después de su pírrica victoria de Bomboná, y, sobre todo, en aquella lucha contra la anarquía del Perú en 1824. Sin embargo, nunca, ni por un momento, perdió la confianza en sí ni la esperanza del triunfo.

Fue a su vuelta del Sur cuando, por desconfianza de los hombres y temiendo por el porvenir de Hispanoamérica, empezó a caer sobre su espíritu aquella nube de tristeza.

Todos sus sueños de una gran Confederación los estaba viendo desvanecerse. Apenas da la espalda, ya bolivianos y peruanos reniegan de su amada Constitución de Bolivia, que habían aceptado mientras él estuvo presente, desalados por complacerlo. Vio a Sucre forzado a retirarse de Bolivia y al Perú disponiéndose a esgrimir armas parricidas contra el mismo Libertador. La Gran Colombia, que él, por lo menos, esperaba conservar intacta, sentíase bambolear con la rebelión de Páez.

Toda la correspondencia de Bolívar, en los últimos tiempos, está impregnada con la amargura de una desesperación profunda. Su circular pidiendo opiniones sobre la constitución del gobierno revela que había perdido la confianza en sí y en su influencia. Su carta respecto a los generales

rebeldes evidencia el abandono de la esperanza. A veces espera que revivan sus proyectos. Mitre dice que muy pocos días antes de su renuncia definitiva, en 1830, aun tuvo esperanzas de reelección[14]. La caída de Mosquera y Caicedo, por las armas de Urdaneta y Jiménez, revivió una vez más las esperanzas del héroe moribundo, quien, de haber tenido confianza en la estabilidad militar, hubiera procurado tal vez regresar a Bogotá y al poder[15].

Bolívar ha sido comparado con Washington y con Napoleón. Larrazábal lo coloca sobre el héroe de Norteamérica. Semejantes comparaciones nos parecen inadecuadas. Si se dijese que Bolívar estaba tan por encima de los hombres entre quienes actuó como Napoleón por encima de sus colaboradores, puede tener algún sentido la comparación. Pero en ese caso debemos recordar la enorme diferencia entre Hispanoamérica y Europa en civilización, educación y casi en todo respecto.

El Libertador, ciertamente, no tenía tanta habilidad militar ni administrativa como el Gran Corso, y en el terreno moral, tanto como en otros, no puede ser comparado con Washington. ¿Es posible suponer a Washington declarando la guerra a muerte o degollando 800 prisioneros de Caracas y La Guaira? ¿Qué habría él dicho de las serviles adulaciones del Perú y de Bolivia? Tales cosas no son concebibles ni aun en el caso de Napoleón. Bolívar, por otro lado, no tuvo las ventajas que rodearon al norteamericano y al francés, pues si alguna vez un hombre realizó el problema de crear de la nada, ese hombre fue el Libertador.

No solo destruyó Bolívar un poder secular europeo en la América del Sur y arrojó de allí a los españoles con medios muy insuficientes, sino que, cuando había destruido el antiguo régimen, tuvo que emprender la tarea

14. Lo que no dice es en qué funda su aserto. "Feliz el hombre –escribió respecto del Libertador, César Cantú–, feliz el hombre de quien no se pueden calumniar sino las intenciones".

15. Las hipótesis sobre cosas pasadas son inútiles, cuando no tontas. Bolívar estaba desterrado y agonizante en una playa del Caribe. La anarquía reinaba en todos los pueblos de la América española, desde Argentina y Chile hasta México. Una revolución que triunfa en Colombia lo convida con el poder. Él responde que no acepta en aquellas condiciones, aunque sin inculpar a sus amigos, a los hombres que se sacrificaban por él y por lo que honrada, desinteresadamente creían el bien de la patria.

de formar toda una Administración para pueblos ineptos, por obra de su pasado, a cuanto no fuese un gobierno despótico. No tuvo a nadie que lo auxiliase con luces y conocimientos adecuados en aquella empresa. Los hombres de que estaba rodeado carecían de conocimientos prácticos de gobierno.

Si en medio de semejantes dificultades hubiese dejado Bolívar tras de sí una América del Sur unida y bien gobernada, o siquiera una Gran Colombia estable, ningún nombre de la historia podría compararse con el suyo. Pero fracasó en esto y dejó, como él mismo lo predijera, un siglo de revoluciones y desgobierno[16]. Estuvo constantemente reformando, adaptando, reconstruyendo la Administración; pero nada estable lo sucedió. Otra cosa no podía esperarse, en efecto, ya que él careció de preparación administrativa y no tuvo instrumentos aparentes con qué trabajar. Cuantos hubieran podido ayudarle en el gobierno desaparecieron con el régimen que representaban. Los españoles únicamente conocían la máquina gubernamental, al modo que ellos la manejaban. Por la misma naturaleza de las cosas, era imposible que sirvieran bajo el sistema revolucionario. El mismo Napoleón, cuando empezaba a organizar un país conquistado, empleó siempre, de preferencia, los anteriores funcionarios. Además, tenía la ventaja de poderse rodear de un Estado Mayor de administradores de experiencia para supervigilar a aquellos funcionarios.

En las Constituciones que traza Bolívar deja la prueba de su admirable espíritu. Considerándolo todo, es maravilloso que Bolívar, careciendo, como carecía, de una educación universitaria, hubiera sido capaz de producir dos estatutos como la Constitución de Cúcuta y la de Bolivia, que fueron, sin duda, obras exclusivamente propias. Esta última fue una extraña composición. A formarla contribuyó el espíritu de la Constitución

16. El señor Loraine Petre parece ignorar u olvidar que las revoluciones son fenómenos sociales, independientes de toda voluntad individual, y que las evoluciones de los pueblos obedecen a causas múltiples, como la raza, la geografía, la educación, las ideas religiosas, los intereses económicos, etc., y no son obra y menos obra póstuma de tal o cual héroe. Tan absurdo sería achacar los males de Sudamérica a Bolívar, como atribuir la prosperidad de los Estados Unidos a Washington. A los héroes se les valora por su peso específico. En este punto Bolívar desafía el parangón, no ya con Washington, sino con las cinco o seis figuras máximas de la historia.

británica, temperado por el de los Estados Unidos y antiguos ideales de griegos y romanos[17]. El conjunto, con su presidencia vitalicia y su senado hereditario, cuadraba más a una monarquía constitucional que a una república.

La comparación de Bolívar con Napoleón como genio militar es absurda[18].

---

17. El gran pensador americano Hostos, maestro de varias generaciones chilenas, profesor de Derecho Constitucional, se expresa del estatuto de Bolivia en los términos que siguen: "Bolívar, a quien, para ser más brillante que todos los hombres de espada antiguos y modernos, solo faltó escenario más conocido, y a quien, para ser un organizador, solo faltó una sociedad más coherente, *concibió una noción del poder público más completa y más exacta que todas las practicadas por los anglosajones de ambos mundos* o propuestas por tratadistas latinos o germánicos. En su acariciado proyecto de Constitución para Bolivia dividió el poder en cuatro ramas: las tres ya reconocidas por el derecho público, y *la electoral*.
En realidad, fue el único que completó a Montesquieu, pues agregó a la noción del filósofo político de Francia lo que efectivamente le faltaba". (*Derecho Constitucional*, París, 1908, lección X, p. 46).

18. Este absurdo lo han cometido, sin embargo, críticos militares de ambos mundos, entre otros un almirante de Francia, Réveillère, que debía conocer la historia militar de su país tanto como Loraine Petre, y no menos la del capitán americano a quien estaba juzgando y a quien llama "*le génie militaire le plus habile qui fut jamáis*".
Loraine Petre juzga a Bolívar, militarmente, ante todo, por los libelos de algunos oficiales ingleses y los comentarios de Mitre. Napoleón es superior en ciencia militar. Pero el fracaso lo anonadaba, como en Egipto, en Rusia y Waterloo. A Bolívar, no. En esto Bolívar lo supera. Napoleón comienza por ser un general nombrado por el gobierno constituido de un gran país. Ese gobierno le entrega un numeroso ejército, de tradiciones militares gloriosas. Bolívar comienza por fundar el ejército, el gobierno y la nación.
Napoleón es un soldado de profesión; posee, además, el genio de la guerra. Bolívar tiene que improvisarse general, y su escuela fueron los campamentos. Su genio no lo pone solo al servicio de la guerra. Es, sobre gran capitán, gran estadista, gran legislador y fundador de naciones. ¿Qué queda de la obra napoleónica? El recuerdo. La enseñanza profesional. Vencido a la postre, en la campaña de 1814 y luego otra vez en la de 1815, su patria fue invadida por los extranjeros, que despedazaron el territorio e impusieron al país un gobierno. La Francia, a la caída de Napoleón, después del reparto territorial de los vencedores, quedó mucho más pequeña de lo que Napoleón la encontró. Todas las efímeras conquistas de Napoleón en Europa desaparecieron como el humo, y hasta el antiguo imperio colonial de Francia estaba aminorado.
De la obra de Bolívar, en cambio, resta un continente de 60.000.000 de hombres emancipados por él, continente donde vivirán 200.000.000 antes de terminar el siglo XX; quedan varias repúblicas fundadas; queda triunfante la democracia; quedan nuevos principios del Derecho Internacional establecidos por Bolívar; queda una civilización entera y autónoma, hija de la civilización europea, pero con caracteres propios, y asentada sobre bases sociales

En los dominios de la estrategia lo hizo bien en 1813, cuando, lanzándose desde Mérida, en la cordillera de los Andes, sobre el centro de las diseminadas fuerzas españolas, las derrotó a todas al detal. Pero no hay razón de suponer que el encontrarse en circunstancias de obrar como lo hizo fuera debido a otra cosa que a la suerte[19]. La manera como poco

nuevas, diferentes de las que antes de Bolívar imperaban, tanto en Sudamérica como en Europa. Cuanto al punto militar concreto, Napoleón supera a Bolívar por varios aspectos; pero Bolívar supera a Napoleón en levantar y sostener ejércitos de la nada; lo supera en atender con escasos elementos a un teatro colosal. Baste meditar, como lo hizo Réveillère, en la extensión del teatro en que Bolívar actúa y en las necesidades materiales para transportar y alimentar sus ejércitos. Si los ejércitos de Bolívar fueron escasos en número de tropas débese a que, dadas las condiciones especiales de los pueblos en donde actuó, él no podía alimentar ejércitos de 100.000, ni siquiera de 50.000 hombres. Recuérdese una de las cartas de Sucre para el Libertador durante la campaña de los Andes peruanos en 1824: "Por aquí –dice el Mariscal de Ayacucho– tenemos que conducir hasta el agua y la leña para el ejército". Pero si los ejércitos de Bolívar son poco numerosos, como los de Carlos XII, como los de Washington, estos pequeños ejércitos se renuevan a cada paso, y en suma hacen un total de tropas que no conocieron ni Washington ni Carlos XII ni muchos grandes capitanes. Y Bolívar maneja varios de esos pequeños ejércitos en lugares que a menudo ocupan, como lo observó el contralmirante Réveillère, espacios equivalentes a los que existen entre Portugal y Rusia. Así los hace concurrir al triunfo final, barriendo a los enemigos del Atlántico y del Pacífico, al Norte y al Sur del Ecuador terrestre. La pequeñez de esos ejércitos en movimiento suele engañar a los europeos, amigos de paradas teatrales, como ocurrió con el alemán Gervinus. La guerra de Hispanoamérica ha sido una de las más fértiles de la historia en prodigios de toda suerte y una de las más sangrientas. Francia no perdió durante todas las guerras de la Revolución y del Imperio, en lucha contra Europa, y a pesar de su numerosa población, sino 1.200.000 almas. Colombia, que solo contaba 3.000.000 de habitantes, perdió 596.284 vidas en la guerra de emancipación. Y cuenta que no se hace mención de la terrible guerra de México ni de las pérdidas de Chile, Perú, Argentina, Uruguay y Bolivia. La epopeya del Libertador de América tiene por pedestal cuatrocientas setenta y dos acciones de armas.

Las pérdidas de toda Hispanoamérica durante la guerra de su independencia fueron dobles que las pérdidas de Francia durante las guerras de la Revolución, incluso las guerras napoleónicas.

No se olviden los números, que son elocuentes.

19. Respecto a que Bolívar conocería poco de táctica y de estrategia al principio de su carrera, lo creemos casi seguro. Él no había recibido una educación militar, como Napoleón. Él tuvo que improvisarlo todo, comenzando por improvisarse él mismo como general. Pero algo de estrategia y de táctica aprendería un hombre de genio como Bolívar durante quince años de ejercer la carrera de soldado. Lo que ocurre es que Bolívar no sigue al pie de la letra los sistemas de guerra europeos de Federico o Napoleón, sino que crea uno de acuerdo con la topografía de nuestros países del trópico y el carácter de los habitantes. Los españoles practicaban la táctica de Federico II. Seguían el orden lineal y atacaban con el grueso de su

después diseminó su ejército, en lugar de conservarlo compacto, para caer con él, alternativamente, sobre Boves, Ceballos, Monteverde y Yánez, no es ciertamente indicador de una eminente concepción estratégica[20]. No

ejército, Bolívar, no. Comprendiendo las ventajas que podía sacar de nuestra insuperable caballería llanera, la constituyó en elemento primordial del triunfo sobre la infantería española, superior a la nuestra. Bolívar resistía el choque del ejército español y luego arrollaba, por alguna combinación, una u otra de las alas enemigas. Nuestro frente no era una masa compacta, como aconseja la táctica de Europa, sino una serie de Cuerpos separados, entre los cuales maniobra la caballería. "A la pesadez española –escribía un historiador militar– oponían (los patriotas) una movilidad singular, y la necesidad los obligó a adivinar la táctica de Moltke". Después de 1818 Bolívar se convierte de caudillo en general. La toma de Angostura y la Batalla de Carabobo son obras de un hábil estratega. En sus instrucciones a sus generales prueba si conocía la guerra; a Páez mismo, que era un llanero nacido sobre el caballo y un admirable jefe de caballería, le enseña hasta cómo con pocos húsares pueden sostenerse muchos caballos, y cómo debe servirse el jinete llanero del fusil. El mismo Loraine Petre celebra el paso de los Andes en 1819 y la campaña del Perú en 1824. No olvide, por otra parte, Loraine Petre que Bolívar no fue solo militar; que fue –como escribe Mancini– militar, "entre otras cosas". Y no hay que equivocarse con la estrategia de Bolívar.

Cuando él toma 3.400 hombres –no 2.500 como dice Loraine Petre– y con ellos tramonta los Andes, no es que se reduce a pasar una montaña con un puñado de estos, como se pudiera creer considerando las cosas en abstracto; es que, dirigiendo 7.000 soldados patriotas diseminados en vastas regiones, y combinándolos para que concurran al triunfo común, opera contra 10.000 hombres –en realidad, 9.980– que tiene el virrey en Nueva Granada y entraba la acción de 17.000 que posee Morillo en Venezuela; salva, además, un obstáculo natural como los Andes, considerado insuperable, y ensancha su radio de acción guerrera en 90.000 leguas cuadradas –extremo desconocido para cualquier otro capitán–. Páez debe obrar por Cúcuta; Mariño y Bermúdez, cerca de las bocas del Orinoco; él se interna en el corazón de Nueva Granada. Miles de soldados deben entrar en acción, según los designios de Bolívar; y son 90.000 leguas que abarcan sus operaciones militares. Eso es único en la historia.

20. Es la misma opinión de Mitre, a quien tan de cerca sigue, porque Loraine Petre, hombre de autoridad moral y de buena fe como historiógrafo, ignora que Mitre es un forjador de patrañas y falsificador de documentos cuya obra y cuyo nombre merecen el oprobio. El autor olvida las distancias en un país como Venezuela, teatro de aquella campaña. Olvida también el estado de la opinión pública, favorable a los realistas. Olvida, por último, el factor, no ya geográfico, sino climatológico: las lluvias, el invierno del trópico, que tenían ya inundados los llanos.

Pongamos los puntos sobre las íes. Boves estaba en Calabozo, en el interior de los llanos; Monteverde, en Puerto Cabello; Yáñez, en Barinas. Las distancias entre tales puntos son inmensas: mientras un ejército republicano saliera a pelear con cualquiera de aquellos jefes, los otros, sintiéndose libres, y apoyados en la opinión realista del país, podían formar ejércitos contra la República, contra aquella República, sin más terreno que el que sus armas poseían.

Bolívar, con su talento y sentido práctico de las cosas, lo sabía de memoria. Así envió tropas a que persiguiesen sin descanso y batiesen a aquellos jefes para destruirlos en detal e impedir que se reunieran, y no darles tiempo a levantar grandes ejércitos. A pesar de todo, Boves

parece haberse percatado de que en la guerra nunca se es demasiado fuerte en el punto decisivo.

En realidad, su primer movimiento estratégico de importancia fue la traslación de su base de operaciones del norte de Venezuela a Guayana. Pero aquello fue idea más bien de Piar que de Bolívar. Y aún entonces cometió el disparate de dejar expuesto a una segura destrucción, en Barcelona, al infortunado Freites. Cuando se encontró en posesión de Guayana, su carta al marqués del Toro revela que apreciaba sus ventajas; pero, como hemos dicho, el mérito de aquella iniciativa corresponde a Piar.

La grande idea estratégica cuyo mérito corresponde íntegro a Bolívar es la marcha sobre Bogotá, a través de los Andes, en 1819, que dio por resultado la emancipación del Virreinato de Nueva Granada. Su ejecución fue admirable. Puede, sin riesgo, aseverarse que muy pocos capitanes la intentarían siquiera. El paso de los Andes por el Libertador, en 1819, ha sido comparado con el paso de los Alpes por Aníbal y Napoleón. Las dificultades físicas que tuvo que vencer fueron incuestionablemente mayores que las encontradas por Napoleón y por Aníbal, aunque debemos recordar que mientras aquellos conducían grandes ejércitos disciplinados, la fuerza

---

se organizó en los llanos, con presteza increíble, y con un genio militar igual a su heroísmo, improvisó un ejército.

La opinión pública de Venezuela lo acompañaba en su empresa. Entre los doce mil llaneros que lo seguían el año 1814, solo se contaban trescientos españoles.

Pero hay más: ¿Cómo podría Bolívar, por ejemplo, encaminarse con su ejército –que era, en su mayor parte, de infantería– a perseguir a Boves en los llanos? El ejército de Boves era, en su mayor parte, de caballería y podía maniobrar en los llanos, ya inundados por el invierno tropical. Si Bolívar hubiera cometido la locura que sugiere Mitre y apadrina Loraine Petre, pierde todo el ejército y cae él mismo prisionero.

Mariño, que salió a detener el avance de Boves, no pudo pasar de La Puerta, es decir, de *la puerta de los Llanos*.

Mitre dice que “no revela cabeza estratégica”, porque “no condensó sus masas y marchó atrevidamente a sofocar la reacción en los llanos con probabilidades de éxito”. Mitre habla, mitad por ignorancia, mitad por mala fe.

No es justo, ni lógico, opinar en abstracto, como hace el señor Loraine Petre, o mejor dicho, como parece que lo hace, pues, en rigor, su juicio viene al final de una voluminosa y hermosísima obra consagrada al Libertador, y donde se pormenoriza la historia de este.

De todas maneras, convenía hacer resaltar las circunstancias que obligaron a Bolívar, en aquella ocasión, a tomar un camino y no otro.

de Bolívar era solo de 2.500 hombres[21]. Llegó a las cimas de la cordillera sin un caballo ni un cañón, y con sus tropas en tal estado de rendimiento, que hubieran sido fácil presa a los españoles durante los primeros momentos. Aquella empresa de Bolívar fue, ciertamente, muy grande; pero no mucho mayor que la de San Martín en los Andes chilenos. La concentración del ejército de Perú y Colombia en el cerro de Pasco[22], antes de Junín, fue una obra admirable de ejecución.

Tornemos ahora a la táctica de Bolívar. Como ejemplo de su deficiencia en este punto tómese a Carabobo. Él decidió con bastante corrección envolver el flanco derecho español; pero cuando llegó a ejecutar, practicó todo su movimiento envolvente a los ojos del enemigo, sin forzar a este a sostener el frente durante aquella operación de los republicanos. En consecuencia, los españoles pudieron enviar refuerzos al ala amenazada sin impedimento alguno, y dos terceras partes del ejército de Bolívar asistieron inútilmente a la lucha del resto contra muy superior número de tropas. La victoria definitiva debiose al valor sereno de las tropas británicas, sosteniéndose sin refuerzos y casi sin municiones durante largo espacio de tiempo[23].

21. El número exacto era de 3.400.

22. En los Andes australes, a 12.000 pies sobre el nivel del mar.

23. El señor Loraine Petre parece que no ha leído la documentación existente sobre Carabobo; tan errónea es su apreciación. Parece que solo ha leído a Mitre y un libro anónimo inglés de aquella época, donde se denigra al Libertador y se le pinta como un inepto.

Óigase lo que respecto a Carabobo y la campaña de 1821 expone un crítico militar, que no es ciego admirador de Bolívar, el general Duarte Level: "El éxito de la campaña de 1821 no fue producto de la fortuna o de la buena suerte, ni de la audacia, como la de 1819. Ella se estudió con frialdad, se meditó en todos sus detalles, se ejecutó sobre un plan fijo, con término y objeto indicados de antemano, con movimientos combinados científicamente, y hasta se indicó el lugar en que se daría la batalla". ("Bolívar y su campaña de 1821", p. 118 de esta edición).

Respecto de la ejecución en Carabobo dice: "Indudablemente, Bolívar había estudiado la táctica de Napoleón y aplicó correctamente sus reglas en Carabobo, modificando así los principios del rey de Prusia. En efecto, entrabó la libertad de acción de La Torre, fijándolo en Carabobo; reservó sus movimientos, desplegando solo un número pequeño de sus fuerzas; recordando a Austerlitz, ordena a Páez, con su división, que haga solo frente al enemigo, para tener tiempo de traer otros Cuerpos al campo de batalla, mientras el enemigo emplea el suyo en destruir a Páez; atrae al enemigo a combatir donde él quiere y no donde le esperaba; le obliga a cambiar de frente bajo las fuerzas, y por último, lo pone en la necesidad de dividir sus fuerzas para custodiar tres puntos por donde esperaba el ataque, lo que facilita su batida en detalle". (*Ibid.*, pp. 114-115).

En Bomboná Bolívar comprendió la necesidad de un ataque de frente para salvar de la destrucción por fuerzas superiores su ataque de flanco sobre el volcán de Pasto.

Junín fue una mera acción de caballería, por cuya iniciación Bolívar es personalmente responsable. Con todo el campo a sus ojos, el Libertador hizo adrede que su caballería pasase por un desfiladero peligroso y se desplegase detrás de este, con la caballería española tan cerca, que pudo caer sobre la republicana cuando esta desembocó. El resultado debía haber sido la derrota. Por fortuna, estaba de reserva el escuadrón de Suárez y hubo deficiencia de la parte española. Bolívar mismo creyó de seguro perdida la jornada, cuando corrió a meter en batalla su infantería.

Parece que Wellington consideraba a Bolívar como un capitán extraordinario. Tal es la discreta opinión que podía esperarse del duque tratándose de un hombre como Bolívar, de cuyos pormenores militares sabía, probablemente, poco.

El gran mérito de Bolívar, en cuanto jefe, dadas las peculiares circunstancias del medio en que figuró, consiste en su firmeza incontrastable, a pesar de los desastres, y en aquella audacia que le inspiró ideas de tal atrevimiento como la marcha sobre Bogotá, en 1819, y el avance por los Andes australes contra las superiores fuerzas del virrey La Serna, en 1824. Napoleón mismo no alcanzó a extraer de sus soldados tanto esfuerzo ni más admiración.

Bolívar puede ser llamado, con razón suficiente, un Napoleón o un Washington por los escritores de Hispanoamérica; pero solo por ellos[24].

Ya que el señor Loraine Petre toma por buenas, a menudo, opiniones de Mitre, ha podido recoger, entre otras, la siguiente: "Bolívar poseía en alto grado, a la par de las dotes del caudillo revolucionario, el genio de la guerra, y la inspiración ardiente en medio de la acción, elevándose de un golpe, en su escala, al rango de los célebres capitanes antiguos y modernos".

24. El señor Loraine Petre se equivoca.

César Cantú, historiador universal de Italia, dice que Bolívar salvó las ideas liberales y los principios de la Revolución en América "con 500 hombres, cuando Napoleón los dejaba perecer con 500.000 en Europa".

El gran tribuno Emilio Castelar, expresidente de la República española, admirador apasionado de Washington, llama a Simón Bolívar "el Washington del Mediodía".

Alejandro de Lameth, general de la Revolución Francesa, miembro de la Convención Nacional, llama al Libertador "el primer ciudadano del mundo".

Jeremías Bentham, el célebre publicista inglés, aquel pensador que tanto influyó con sus teorías sobre pueblos y legislaciones, asegura que Bolívar puede hablar "con un peso de autoridad hasta ahora sin ejemplo en el mundo".

Nada demuestra que él hubiera sido capaz de representar el papel de estos dos grandes nombres en el medio en que ellos vivieron y actuaron.

Humboldt, el sabio alemán que reveló al mundo la América que Colón descubriera y Bolívar libertara, escribe a este: “Las grandes y generosas acciones de vuestra excelencia son la admiración de ambos hemisferios”.

John Potte Hamilton, coronel inglés en las guerras napoleónicas, diplomático, escritor, jefe de misión de Su Majestad Británica, opina de Bolívar que “es el hombre más grande, el carácter más extraordinario que hasta ahora haya producido el Nuevo Mundo”, y héroe “supereminente sobre cuantos héroes viven en el templo de la Fama”.

Benjamín Constant, campeón del liberalismo en Francia, expresa: “Si Bolívar muere sin ceñirse una corona, será en los siglos venideros una figura singular. En los pasados no tiene semejante”.

Otro francés ilustre, el general Foy, opina así: “Bolívar será en la Historia el ejemplo más noble de grandeza a que puede llegar el hombre”.

El diplomático holandés Quartel, capitán de la Marina neerlandesa, lo compara con Guillermo de Nassau.

El belga De Pradt, arzobispo de Malinas, gran limosnero de Napoleón, diputado, publicista, diplomático, no solo compara al Libertador con Napoleón y con Washington, sino que lo conceptúa más desinteresado que el primero y superior al segundo. He aquí una parte de su paralelo entre Bolívar y Washington: “Colombia puede colocar su Bolívar, no sólo al lado de Washington, sino en un grado superior. ¿Ha estado Washington once años con las armas en la mano, como Bolívar, que aún no las ha soltado? ¿Ha sostenido, como éste, la espada con una mano, dictando códigos y leyes con la otra? ¿Ha libertado pueblos vecinos con las tropas de su patria, ya independiente, como lo ha hecho Bolívar? ¿Ha tenido éste unos aliados como la Francia y la España? ¿No ha proseguido con un valor impertérrito la carrera empezada, a pesar de todas las amenazas de la Europa? La empresa de Washington apenas salió de los límites de su patria. La de Bolívar abraza el mundo. Éste, en reconocimiento, le tributa el respeto que es debido a un bienhechor de la Humanidad”.

En el paralelo que establece entre Bolívar y Napoleón hace observar De Pradt que, mientras el uno tenía a su mano todos los agentes de la civilización más refinada, el otro debía improvisarlo, crearlo todo. Continúa señalando que Bolívar, al revés de Napoleón, solo ha trabajado por la libertad. Y concluye su paralelo encomiando la obra de Bolívar: “Ciertamente, esto es bello, grande, digno de admiración, y promete al mortal que ha producido tantas maravillas el lugar más distinguido que haya ocupado un hombre entre sus semejantes”.

Por último, presentaré dos ejemplos norteamericanos: la familia de Washington, al enviar al Libertador, por medio de La Fayette –magnífico homenaje–, una medalla, un retrato y mechones de cabello del más puro de los héroes (y después unas cartas de este a su esposa), ¿no considera a Bolívar gemelo en gloria del Néstor americano?, ¿no lo llama: “Bolívar, el Libertador, el Washington del Sur?”. El otro ejemplo es el de Henry Clay, ministro de Estado y presidente de los Estados Unidos. Este republico no vaciló tampoco en llamar a Bolívar “el Washington de la América del Sur”. En labios angloamericanos no cabe mayor elogio.

Desde el principio hasta el fin la carrera de Bolívar fue una lucha, no solo contra los españoles, sino también contra la deslealtad y la incompetencia de aquellos que pretendían colaborar con él.

De entre todos los jefes, Sucre, Urdaneta, Salom y Mariano Montilla, este después de la reconciliación, fueron casi los únicos en quienes pudo confiar. Mariño, Bermúdez, Páez, Piar, Arismendi, Ribas –todos–, una u otra vez, se volvieron contra él. Córdoba, Padilla, Santander, Obando y López conspiraron contra su autoridad. Páez y Santander fueron sus más encarnizados enemigos, aunque cada uno de ellos reconocía públicamente las virtudes del Libertador.

Nada demuestra con tanta evidencia la inmensa altura a que estuvo siempre Bolívar sobre ellos, como algunas cartas y proclamas de estos dos hombres. Páez fue más bien un instrumento en manos de personas letradas, y, personalmente, menos peligroso enemigo que Santander. Este último quedó virtualmente de primer magistrado de Colombia cuando Bolívar partió para la campaña del Perú, y fue de su interés desopinar al ausente Libertador y evitar que regresase a sucederle. Habríale parecido de perlas que Bolívar, abandonando para siempre a Colombia, resolviera permanecer gobernando aquellos pueblos de Perú y Bolivia que lo habían elegido

Debemos detenernos. No deseamos cansar. Cien páginas pudieran llenarse con opiniones semejantes de europeos y norteamericanos. Nos hemos contentado con un ejemplo de cada país de Europa, aunque de algunos pueblos, como Francia e Inglaterra, por la abundancia, hemos indicado más de uno.
Ni la familia de Washington ni Henry Clay son americanos del Sur; tampoco lo son el belga De Pradt, el holandés Quartel, el inglés Jeremías Bentham, el francés Benjamín Constant, el alemán Alejandro Humboldt, el español Emilio Castelar, ni el italiano César Cantú.
Ya ve el señor Loraine Petre que obró de ligero, contra su costumbre, aseverando, no sin punta de ironía, que Bolívar solo puede ser comparado a Washington y a Napoleón por los americanos del Sur. No culpemos su buena fe, sino su falta de documentación.
Pero, en suma, ¿qué es lo que quiere significar el eminente historiador cuando afirma que Bolívar solo puede ser considerado un Napoleón o un Washington por los escritores de Hispanoamérica, pero solo por ellos?
¿Quiere expresar que a los hispanoamericanos nos ciega el afecto hacia Bolívar? Se equivoca entonces: nadie ha denigrado más al Libertador que nosotros mismos.
¿Quiere aseverar que los escritores de Hispanoamérica somos incapaces de comprender a Washington y a Napoleón, o que somos tan de naturaleza infeliz que no podemos elevarnos a formular juicios serenos y establecer valores morales?
En este caso, yo, escritor americano, prefiero dejar en su creencia al escritor yanqui. No vale la pena responder. Respetemos su opinión, aunque tan poco respetable.

presidente de por vida, cargo que bien pudo Bolívar conservar mientras viviese en aquellos pueblos y apoyado en sus fieles tropas de Colombia. Era, en efecto, con ellas que podía contarse; y lo evidencia el que Sucre no aceptase la presidencia de Bolivia sino con el permiso de conservar 2.000 hombres de guardia colombiana.

La figura de Washington no está salpicada por las oscuras manchas que empañan la carrera de Bolívar[25]. Ya hemos considerado su actitud en la prisión de Miranda, el año 1812. A pesar de su declaratoria de que solo motivos patrióticos le guiaron en este negocio difícil, es de dudar que la suerte del infortunado anciano, *debida a la acción de Bolívar* (*which was due to Bolivar's action*), no pesase con ahínco sobre la conciencia de este[26].

---

25. Ya creíamos que el autor había dado de mano a la comparación; pero vuelve a la carga. Obsérvese que el crítico no dice en qué consiste la superioridad de Washington, ni aduce un solo ejemplo como prueba, sino que se contenta con buscar manchas en Bolívar y aseverar que a Washington le faltan. Pueden faltarle. También le faltan la historia guerrera, las audacias de estadista, los talentos tribunicios, el don de pluma y el genio del Libertador.

26. La prisión de Miranda "no fue debida –como dice Loraine Petre– a la acción de Bolívar", sino a la acción de Bolívar y de otros más, entre los cuales, uno de los menos importantes, para la fecha de la ocurrencia, 1812, era Bolívar. Este, en efecto, no era en 1812 sino un joven de Caracas, improvisado militar, que acababa de perder una plaza fuerte. En La Guaira, adonde llega fugitivo de Puerto Cabello, en esos mismos días, no podía estar por encima del gobernador civil del puerto, doctor Miguel Peña, ni del comandante militar de la plaza, don Manuel María Casas. No podía estarlo, y no lo estuvo. La orden de prisión contra Miranda la suscribieron el doctor Miguel Peña, gobernador, y el comandante Casas, jefe militar de La Guaira. Por orden de estos la practicaron los caraqueños Simón Bolívar y Tomás Montilla, el español José Mires y el francés Chatillon. ¿Por qué achacársela, pues, exclusivamente a Bolívar, como quieren los denigradores de este, y asegura, sin examen, Loraine Petre? Si cualquiera de los otros, el francés, el español o el venezolano, se hubiera elevado posteriormente a la altura a que se elevó Bolívar, sería otro nombre, y no el del Libertador, el que resultara acusado.

Miranda, por otra parte, merecía que los patriotas lo castigasen, como lo querían castigar desde el campamento sus propios soldados. Su capitulación de San Mateo fue una ignominia. La República estaba íntegra. Él tenía un ejército doble que Monteverde, su contendor. Todos los patriotas querían combatir. ¿Por qué capitulaba? Ningún historiador le ha perdonado su debilidad de anciano gastado y desiluso. Ha debido entregar el mando a sus comitentes, no la República a los españoles. Además, ¿por qué corría a embarcarse, a ponerse en salvo, dejando a los patriotas expuestos al desalmado Monteverde?

Los patriotas de La Guaira tuvieron razón en prenderlo y apellidarlo traidor, aunque no fuese sino un ciego político. Bolívar, por su parte –y de ello se vanaglorió toda la vida–, no solo quiso que se prendiera a Miranda, sino que se le fusilase por traidor. Están contestes en esta opinión contemporáneos de países y razas diferentes: Briceño Méndez, de Venezuela;

La declaración de Guerra a Muerte fue una obra de barbarismo, aunque muy de acuerdo con el espíritu de ambos partidos, en aquella horrible guerra. Aquel acto de Bolívar solo puede reflejar descrédito sobre un hombre que tuvo ocasiones de saber cómo se conduce la guerra entre pueblos civilizados. Semejante declaratoria jamás la hubiera hecho Washington, y aun los más severos enemigos de Napoleón con dificultad pueden acusarlo de tales atrocidades.

Aunque es cierto que Bolívar, como ya lo observamos, mostró lamentar su proclama de guerra a muerte poco después de haberla expedido, y apenas empezó a cumplirse, también es verdad que a menudo la puso en ejecución con extremo rigor. Su propio recuento de las hecatombes practicadas en 1813, cuando avanzaba sobre Caracas, y el horroroso degüello de prisioneros en febrero de 1814, prueban de sobra hasta dónde cumplió Bolívar su amenaza.

La proclama de Guerra a Muerte no tiene ni siquiera la excusa de referirse solo a los combatientes. Fue dirigida indistintamente a todos los españoles y ejecutada contra todos, combatientes y no combatientes[27]. En resumen: el espíritu de los ejércitos revolucionarios favoreció degollinas

---

O'Leary, de Irlanda; Belford Wilson, de Gran Bretaña; Perú de Lacroix, de Francia; los documentos de la época y los historiadores de Colombia.

Dado el temperamento de Bolívar, era imposible que no creyese traidor a Miranda, que capitulaba en aquellas condiciones; él, Bolívar, no capituló nunca, ni en las condiciones más desesperantes. Si él hubiera sido árbitro entonces, y no Casas, de seguro fusila a Miranda, como propuso. En cuanto al hecho de caer Miranda en poder de los españoles, la culpa fue de Casas, que recibió intimación de Monteverde y obedeció. El tratado, además, lo escudaba. Si Miranda murió en una prisión de Cádiz, fue porque sus enemigos faltaron al pacto suscrito.

El pasaporte que obtuvo más tarde Bolívar lo debió a influencia de su amigo el español don Francisco Iturbe, que dejó escrita la narración del hecho. Aquel pasaporte le permitió salir de Caracas, a promedios de 1812, y aparecer en los Andes, con la espada de la venganza, en 1813.

27. Como el comentario sería extenso, remitimos al lector a nuestro ensayo titulado: *La proclama de Guerra a Muerte*. Recordemos, por lo pronto, la opinión de un biógrafo de Bolívar, el belga Simón de Schryver, o, por más lacónica, citemos la opinión de Gervinus, historiador universal alemán. Después de estudiar las circunstancias que motivaron la proclama, dice Gervinus: "Ese acto, de lamentable memoria, por el cual Bolívar, durante la campaña, proclamó la guerra de destrucción, no puede oscurecer su gloria".

sin piedad, y hasta 1820 Bolívar nada hizo por evitarlo[28]. El asesinato de los misioneros de Guayana no fue castigado, ni tampoco lo fue la matanza de prisioneros en el camino de Bogotá al Magdalena, en 1815. Bolívar no fue responsable del asesinato del general Barreiro y los oficiales españoles, en 1819, y hasta expresó su horror por aquel crimen. Pero nada hizo por castigar a Santander. En realidad, no podía hacerlo. Los admiradores de Bolívar han presentado mil pruebas del espíritu humanitario del héroe. Si fue tan humano como lo pintan concluiremos que a menudo sacrificó sus principios en aras de la salud pública.

Al acusar a Bolívar por semejantes barbaridades, estamos lejos de disculpar a sus enemigos. Hombres como Boves, Morales, Yáñez, Rosete, y tantos y tantos otros fueron, por lo menos, de una atrocidad igual a sus oponentes republicanos. Cuanto puede asegurarse es que un partido era tan cruel como el otro, y que el ejemplo de la crueldad fue dado, tal vez,

28. El señor Loraine Petre asevera rotundamente que Bolívar no hizo nada, hasta 1820, por regularizar la guerra. Los documentos dicen otra cosa. Apenas arribó a Margarita, en su expedición de 1826, lanzó una proclama, con fecha 8 de mayo, donde se lee: "¡Venezolanos! No temáis la espada de vuestros libertadores. Vosotros sois siempre inocentes para vuestros hermanos.
¡Españoles que habitáis en Venezuela! La guerra a muerte cesará si vosotros la cesáis".
Poco más tarde, en Ocumare, el 6 de junio (1816), fue en la proclama de esa fecha mucho más explícito: "La guerra a muerte que nos han hecho nuestros enemigos cesará por nuestra parte. Perdonaremos a los que se rindan, aunque sean españoles. Ningún español sufrirá la muerte fuera del campo de batalla. Ningún americano sufrirá el menor perjuicio por haber seguido el partido del rey o cometido actos de hostilidad contra sus conciudadanos".
A Boves, a Monteverde, en los años más crudos de la Guerra a Muerte, 1813 y 1814, les propuso cien veces el canje de prisioneros. Ellos despreciaron aquellas proposiciones. ¡Cómo culpar exclusivamente a Bolívar de la Guerra a Muerte o aseverar que nada hizo por atemperarla y aun suprimirla!
Léase otro documento referente al año de 1813 y proveniente de fuente española: del secretario de Cortabarría, comisionado este de la regencia de España para pacificar las colonias insurreccionadas: "Aunque el gobierno español jamás llegó a ejecutar el castigo de los caníbales que asolaron a Venezuela (se refiere a los jefes peninsulares Boves, Antoñanzas, Zuazola, Monteverde, Cervériz, Yáñez, Rosete, Chepito González, Calzada, Puy, etc.), la Divina Providencia no ha permitido por más tiempo la existencia de estos monstruos que se alimentaron con la sangre humana. Zuazola murió ahorcado a extramuros de Puerto Cabello, a la vista de Monteverde, y de sus parciales, que muy bien pudieron salvarle aceptando el canje de prisioneros que fue propuesto por los emisarios de Bolívar".
Podrían presentarse innúmeros ejemplos que destruyen la afirmación del historiógrafo angloamericano. Pero basta con los expuestos.

por los españoles. Los métodos sangrientos de aquella guerra, por ambas partes, hasta 1820, la relegan a una lucha entre bárbaros feroces.

La ejecución del infortunado Piar es uno de los cargos favoritos que aducen contra Bolívar los enemigos del héroe. El mulato fue, en realidad, un peligroso intrigante. El aspecto más peliagudo de su insurrección fue, como ya dijimos, el despertar sentimientos de raza. Si hubiera tenido éxito en su rebelión de la pardocracia contra los patriotas blancos, si hubiera introducido ese elemento de discordia entre los independientes, es posible que la guerra habría tomado un carácter aún más sanguinario[29]. Sin embargo, queda aún la sospecha de que Bolívar fusilara a Piar para salir de un rival más temible que Mariño o Bermúdez[30].

De la conducta de Bolívar en el sitio de Cartagena y en sus conferencias con San Martín bastante se ha escrito ya. Son curiosos los diversos juicios que se han hecho de él en punto a franqueza. San Martín lo creyó frío, calculista –lo contrario de un hombre franco–; el coronel Campbell, por su parte, para no citar ciegos admiradores, coloca la franqueza entre las virtudes del Libertador.

De su conducta en el Perú y sus nexos con Chile y Buenos Aires es difícil hablar con certeza. Desde el punto de vista de aquellos países, cae luz menos favorable sobre la conducta y ambiciones de Bolívar. Por aquel tiempo, según parece, se había engreído tanto con sus triunfos, que se consideraba como el árbitro providencial de los destinos de toda la América española[31].

---

29. Y la revolución de independencia no habría triunfado. Los españoles nos habrían aplastado a todos. Bolívar, alternando el rigor y la política, acabó con ese peligro. Es necesario, antes de juzgar en abstracto, recordar la anarquía venezolana de 1817, el estado del país, de la política y de la guerra.
30. Remitimos al lector a nuestro escrito “La muerte de Piar”. Por el momento nos contentaremos con oponer al juicio de un extranjero el de otro extranjero: al del yanqui Loraine Petre el del alemán Gervinus: “Cumplió contra un favorito del ejército este acto de severidad odiosa, pero indispensable. La ejecución de Piar y la derrota de Mariño pusieron orden en el caos que hasta entonces había reinado en el ejército”. Si salvar el ejército, y con el ejército la patria, es un crimen, confesemos que Bolívar lo cometió.
31. Árbitro de América lo fue por entonces. Lo prueban los documentos españoles; lo constatan todos los historiadores, sin excepción de pueblo alguno. Ahí están, además, 32 volúmenes de documentos americanos, titulados: *Memorias del general O’Leary* y 14 enormes volúmenes de *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*, coleccionados por Blanco y Azpurúa.

Detúvolo solamente en sus más vastos proyectos la patente negativa de Buenos Aires y Chile a someterse incondicionalmente a su dominio. Él salvó a Bolivia y Perú, por ejemplo, del yugo español; pero la poca firmeza de su poder en aquellos pueblos probose por la caída de las instituciones apenas él se alejaba[32]. Sin embargo, tanto Perú como Bolivia lo reconocen por su libertador y le guardan gratitud hasta nuestros días. Por su propio bien, y por el bien de los pueblos, Bolívar hubiera obrado con prudencia regresando a Colombia después de la destrucción del poder español en Sudamérica por medio de la Batalla de Ayacucho. Sucre pudo arreglar los asuntos del Alto Perú, como lo hizo, y el Callao, sin temor, pudo haberse dejado caer, a lo que estaba condenado, en cuanto perdiese la esperanza de auxilios forasteros[33].

Parece extraño que Bolívar, que siempre estuvo hablando del carácter heterogéneo de la población en las colonias españolas, hubiese dejado de advertir las enormes diferencias entre venezolanos, granadinos, ecuatorianos, peruanos, etcétera, y lo impracticable de una federación entre todos esos países[34].

De ahí puede sacarse si fue o no fue, desde 1821 hasta 1826, "el hombre más poderoso de la América del Sur y el verdadero árbitro de sus destinos" –según la expresión del argentino Mitre, uno de los hombres que más han odiado al Libertador, que más han hecho por desfigurarlo y ensombrecer su memoria. No es difícil para nadie hablar con certeza de ningún momento de la vida pública de Bolívar. Solo se requiere un requisito: conocer la documentación americana de la época.

32. Eso lo único que prueba es la poca firmeza de las instituciones y el estado social y político de América. A los ojos del pensador, cien volúmenes de panegíricos valen menos que la observación de Loraine Petre. Por ella se comprende cuánta fue la lucha de Bolívar con aquellos pueblos bárbaros e indómitos. Apenas daba él la espalda echaban todo a rodar, comenzando por las instituciones.

33. Este es un lugar común de todos los historiadores, desde Restrepo para acá. Loraine Petre no hace sino repetir. Yo soy de la misma opinión. Solo que, si parte para Colombia, no hubiera a la hora actual República de Bolivia. El Libertador pudo exclamar, como el hombre de Estado florentino: "Si me voy, ¿quién queda? Y si me quedo, ¿quién va?".

34. Mejor hubiera sido, antes de emitir tal opinión, que ya el general Miller trae en sus *Memorias*, leer los documentos en donde Bolívar analiza punto por punto las condiciones políticas y sociales de esos pueblos. El tópico de tales diferencias, de que Miller habla, era ya en tiempo de Miller y de Bolívar lugar común repetido mil veces por todos los localistas y lugareños enemigos de las ideas amplias y unificadoras del Libertador de Sudamérica. Nada nuevo dice, pues, Loraine Petre.

Si federación para Venezuela sola implicaba disolución, lo mismo debía implicarlo para una federación más extensa[35].

Con toda seguridad, él se sentía capaz de sostener sobre sus hombros aquel mundo. De haber sido factible semejante proyecto, habríase llegado por muchos respectos a un estado de cosas semejante al de los tiempos coloniales. Bolívar hubiera ocupado posición análoga a la del rey de España. En Panamá o en Caracas hubiera estado en contacto con Venezuela y Nueva Granada, pero casi tan lejos de Buenos Aires o de Chile como España. Los éxitos parece que lo envanecieron. Fue tan solo cuando regresó a Colombia que principió a cerciorarse de que tan vastos proyectos eran quiméricos. Por algún tiempo tuvo esperanzas de mantener unida siquiera su Gran Colombia. A la postre, aun aquello pareció imposible.

En resumidas cuentas, las colonias revolucionadas se inclinaron des-

35. Al tratar de la unión de naciones americanas, proyectada por Bolívar, Loraine Petre comete un error voluntario o engaña con un sofisma. Una cosa es la federación como sistema de división territorial, política y administrativa para un pueblo, y otra cosa muy diferente es una federación de naciones, es decir, una confederación. Confundir la palabra federación en ambas distintas acepciones es, cuando no un error, un sofisma. Bolívar fue enemigo, por razones sociológicas y políticas que expuso en mil ocasiones, de la federación, no como principio político en abstracto, sino como sistema de gobierno para nuestras Repúblicas de entonces, que salían del coloniaje, sin aptitudes para sistemas ideales, ni por su población, ni por su historia, ni por su latente estado de guerra.
Bolívar decía a ese respecto: "No estamos preparados para tal sistema de gobierno. La carne es magnífico alimento, pero no se le puede dar a un recién nacido". Fue asimismo partidario de la alianza de esos pueblos entre sí; es decir, quiso la unión. Su lógica era perfecta: unidad en cada república, unidad entre todas las repúblicas. Presentar una contradicción del Libertador en este punto, como lo hace Loraine Petre, arguye incomprensión o intento torcido. Es natural que Loraine Petre, ciudadano de los Estados Unidos o Unión Norteamericana, condene la unión, en cualquiera forma, en la América del Sur. Más diferencias, sin embargo, existen entre el estado de Nueva York y el estado de Nuevo México, en los Estados Unidos, aun hoy, que la existente a comienzos del siglo entre dos pueblos cualquiera de la América del Sur.
Otra censura se ha disparado contra el proyecto de Bolívar: que era enorme su Estado sudamericano. Responderé con estas preguntas: ¿No existe Brasil? ¿No existe Rusia, con pueblos de raza, religiones, lenguas diversas; pueblos diseminados en una extensión geográfica fabulosa y sin más facilidades de comunicación, hasta hace poco, que las de Sudamérica en el primer cuarto del siglo XIX? ¿Qué mucho, pues, que se hubiera formado un gran Estado en Sudamérica, o dos grandes Estados, con pueblos de origen, lenguas, religión, principios políticos y educación social idénticos, hijos de la misma madre, y que estuvieron, durante tres siglos, dependiendo del mismo imperio?

de el principio a mantener las antiguas divisiones reconocidas durante el dominio español. En los límites de los antiguos virreinatos y capitanías generales se levantarían los nuevos Estados. Hasta se crearían nuevas subdivisiones. Dentro del área de cada virreinato o capitanía, los habitantes se habían acostumbrado a reconocer el gobierno de un centro común.

El intento de Bolívar para destruir las antiguas fronteras españolas estaba condenado al fracaso que tuvo.

Cuando uno contempla la figura de Bolívar sorprende el perpetuo aislamiento moral de aquel hombre, sin nexos que lo ligasen a persona alguna.

Después de la muerte de su esposa no tuvo, en realidad, vida de familia. Su hermano y hermanas nunca aparecen en escena[36]. Sus queridas, tampoco. Lo único que sustituyó en torno suyo el calor del hogar fue la oficialidad de su Estado Mayor. Por varios de sus edecanes abrigó afecto sincero, que fue plenamente correspondido. De este número cuéntanse Belford Wilson, O'Leary, Moore y Andrés Ibarra[37]. Pero el Libertador no podía confiar en hombres como Santander, Páez, Mariño o Bermúdez. De sus compañeros y subalternos, pocos, en efecto, eran dignos de su confianza. Urdaneta, Mariano Montilla, Salom y Sucre eran casi una excepción entre los jefes principales.

Entre las varias acusaciones que se le dirigieron a Bolívar corre la de cobardía. Esta, sinceramente, no la creemos bien fundada. Cuando hombres de la traza de Bermúdez le lanzan el epíteto de cobarde, tiene semejanza el

36. Su único hermano, don Juan Vicente Bolívar, enviado en 1810 por la Junta revolucionaria de Caracas como comisionado ante el gobierno de los Estados Unidos, murió en el mar, aquel mismo año, cuando regresaba a dar cuenta de su misión, por naufragio del buque que lo conducía.

37. El autor olvida, entre los ingleses que cita, a Ferguson, que pereció en la noche del 25 de septiembre de 1828, cuando los conjurados asaltaron, puñal en mano, la casa de Bolívar. El coronel Ferguson era uno de los que más amaba Bolívar, uno de los que le inspiró más confianza. De Ferguson dejó la pintura siguiente: "Ferguson tiene un orgullo elevado y sostenido. Todo en él –modales, conducta y pensamientos– es de un caballero. Su carácter es algo duro, pero tiene el corazón excelente. Es militar de honor y valiente como un César. Es delicado en extremo; de una susceptibilidad tan cosquillosa, que pone en cuidado al que lo conoce y expone al que no lo conoce. Es buen amigo, servicial, y generoso aun con sus enemigos. Puede ponerse en él la mayor confianza". (L. Perú de Lacroix, *op. cit.*, p. 84).

caso con el de algún chicuelo que llama cobarde a otro chicuelo, más por abuso del término que como deliberada acusación. En cuanto a los cuentos de Ducoudray Holstein, son meras invenciones de un malvado enemigo. Tal vez el paso que prestaría más visos de verosimilitud a cargo semejante es la retirada de Ocumare, dejando a Mac Gregor con el resto de las tropas entregado a la suerte, en circunstancia que subsiguientes acontecimientos probaron no ser desesperada. Los hechos, sin embargo, no están claros, y MacGregor, por su parte, no parece haber dudado nunca del valor de Bolívar. Hay, ciertamente, alguna semejanza entre la conducta de Bolívar en aquella ocasión y la conducta de Napoleón separándose del desbandado ejército de Rusia. En ambos casos el jefe podía hacerlo mejor en otra parte que al frente de los restos de su tropa. La fuga de Bolívar, la noche del 25 de septiembre, parece ser el único camino que le quedaba para no caer víctima de los asesinos. El conjunto de su conducta durante toda su carrera es bastante para destruir semejante cargo[38].

38. El heroísmo en América tiene un nombre: se llama José Antonio Páez. Pues bien, Páez, un Páez, ese Páez fabuloso, enemigo del Libertador, escribe en su autobiografía, ya en las puertas de la tumba, respecto al valor de Bolívar: "Amigo del combate, acaso lo prodigaba demasiado, y mientras duraba tenía la mayor serenidad. No escaseaba ni el ejemplo, ni la voz, ni la espada". (*Autobiografía del general José Antonio Páez*, Nueva York, Imprenta de Hallet y Breen, 1867, t. I, p. 174). Todos sus generales, desde Urdaneta hasta O'Leary, desde Mariño hasta Córdoba, lo consideraron como la personificación de la ardentía guerrera, que era, en suma, una de sus características, y a la cual achaca el historiador Aníbal Galindo el que Bolívar aventurara, en condiciones inseguras, la acción de Junín. "Sabemos por la tradición oral de los que lo conocieron y lo acompañaron en la guerra –añade Aníbal Galindo, hijo de un militar antiboliviano de la independencia–, que su mal humor se hacía insoportable, hasta la grosería, cuando no había a la mano enemigos que combatir, y que, por el contrario, tornábase expansivo, alegre, cariñoso, cuando respiraba diariamente el humo del combate". El peruano García Calderón dice que estaba "poseído del demonio de la guerra". Pocos capitanes, en efecto, en la historia del mundo, han guerreado tanto como él: 472 funciones de armas constituyen, como hemos dicho, su epopeya.

El testimonio de su enemigo, el heroico general español Morillo, no puede ser sospechoso. Helo aquí: "Su arrojo y su talento son los títulos que tiene para conservarse a la cabeza de la Revolución y de la guerra".

He aquí otro testimonio de fuente europea; la relación de un oficial inglés sobre la conducta de Bolívar en la Batalla de Semen, ganada por Morillo al Libertador: "Mientras había diversos encuentros entre los dos ejércitos, en las orillas del riachuelo que los separaba, Bolívar recorría la línea de batalla, dirigiéndole palabras de aliento a cada regimiento, a tiempo que pasaba por delante de él, teniendo cuidado de dejar a cada Cuerpo tres o cuatro oficiales

La enorme energía física de Bolívar no puede menos que imponerse a la admiración.

Napoleón, en sus mejores días, jamás mostró mayor actividad que Bolívar en la campaña que terminó con la victoria de Boyacá, o en aquellas marchas que realizó de Bogotá a Angostura, de Angostura a Cúcuta, de Bogotá nuevamente a Popayán, a Quito y a Guayaquil. Hacia el fin de sus días, el debilitado cuerpo iba decayendo con rapidez. Sin embargo, el Libertador realizó marchas que habrían puesto a prueba a la mayoría de los hombres.

La figura del Libertador, prematuramente envejecido, sufriendo en el cuerpo y en el alma, abandonado de todos, con excepción de un pequeño

---

extranjeros, recomendando que se obedeciese ciegamente a éstos. Por la primera vez, después que veníamos en retirada, se había quitado su esclavina larga, y parecía haber salido del aire abatido que no había podido ocultar a nuestros ojos. En vez de casco pesado llevaba un ligero gorro de cuero de tigre, y parecía muy animado. Portaba su arma ordinaria, una pequeña lanza con una banderola en la cual estaba escrita su divisa amenazante: *¡Libertad o muerte!* Y este no era un vano arreo militar, pues antes de terminar el combate tuvo que hacer uso de ella muchas veces para su defensa personal. Cuando la acción se generalizó, Bolívar se dejaba ver en todos los puntos del combate, haciendo esfuerzos increíbles para cambiar la fortuna, que desde el principio de la lucha se pronunciaba contra nosotros. En una ocasión atravesó con su lanza al abanderado de un batallón suyo que se retiraba. Luego cogió el pabellón y lo arrojó en medio de las filas enemigas, hacia las cuales corrió, gritando a sus soldados que le siguieran a recuperarlo. En efecto, lo tomaron después de una carga impetuosa, que ejecutaron bajo la dirección de algunos extranjeros que allí perdieron la vida; pero, al fin, se vieron obligados a ceder a tropas superiores en número y disciplina. El teniente coronel Rooke, que siempre estuvo al lado de Bolívar durante la batalla, y que fue herido dos veces, me dijo luego que él creía que Bolívar había perdido el juicio o que buscaba la muerte; tanto era el poco cuidado que hacía de su persona".

En otras batallas hizo locuras semejantes. En San Mateo, cuando nadie esperaba el sacrificio de Ricaurte, cuando toda esperanza de salvación parecía perdida, mandó desensillar el caballo y dijo a sus soldados: "Yo moriré el primero". En Araure fue deslumbrante de heroísmo.

Lo fue, sobre todo, en Bomboná.

Baste recordar el comienzo de algunas de sus campañas para saber hasta dónde llegaba la ciega audacia de Bolívar. En 1813 se desprende desde los Andes con 500 hombres e invade un país reconquistado y poseído por el enemigo.

En 1816 invade de nuevo a Venezuela con 250 hombres. Allí lo esperaban la escuadra española en el mar, y en tierra Morillo con 15.000 españoles y Morales con 10.000 venezolanos realistas. Lo esperaban también el desaliento de sus compatriotas aniquilados por Boves y la emulación de sus tenientes.

grupo, proscrito, difamado por la mayor parte de aquellos que todo se lo debían, es una de las más patéticas de la historia.

Su vida es la historia de un gran triunfo y de un gran fracaso. Logró sacudir para siempre el yugo de España, que había pesado por tres siglos sobre la América del Sur; pero fracasó en el propósito de establecer, en reemplazo de la dominación española, un gobierno estable, libre y popular.

La vida de Bolívar lo señala como el hombre más grande que ha producido la América Latina.

A él corresponde aquel título de "Ilustre Americano" que otro aceptó para sí.

Su fracaso no disminuye en nada su grandeza. La obra de levantar una fuerte nación con los materiales de que él dispuso para trabajar era imposible. Él tuvo que lidiar con gentes viciadas por siglos de mal gobierno. La masa de la población, sumida en fanatismo, servidumbre e ignorancia, carecía de iniciativa y de capacidad. La minoría dirigente era tan ignorante como el resto, o había sido dotada, bajo el sistema español, de una estrecha educación escolástica y retórica, que convertía a aquellos hombres en intrigantes de profesión, desarrollando solo su innata vanidad.

Con semejantes elementos, Washington nunca hubiera podido desarrollar los Estados Unidos, y Napoleón no habría conquistado buena parte de Europa.

Considerándolo todo bien, Bolívar fue, creemos, un hombre muy extraordinario. ¿Qué altura pudo alcanzar en Europa o Norteamérica, de haberle tocado en lote figurar allí? Sería tan inútil calcularlo como suponer el papel que hubiera hecho Julio César en el puesto de Napoleón[39].

---

39. RENACIMIENTO se ha servido encargarme la traducción de algún estudio importante de autor angloamericano sobre Bolívar para la obra que prepara sobre el Libertador de América. Yo escogí el capítulo final del *Simon Bolivar…* de Francis Loraine Petre.
A última hora me informo de que el señor Loraine Petre, cuya obra apareció en 1910, en Nueva York y Londres a un tiempo, no es angloamericano, sino inglés. Siento el error cometido, porque se desvirtúa, en parte, la excelente idea de RENACIMIENTO, que era hacer un volumen sobre Bolívar con sendos trabajos de escritores americanos, procurando que cada nación del Nuevo Mundo, desde Estados Unidos hasta Argentina, estuviese representada por su mejor escritor o por uno de los mejores.
Siento que, por ignorancia mía, se deslice un europeo entre americanos, es decir, un lobo entre ovejas.

Por lo demás, no lo siento.

El señor Loraine Petre, inglés, ensalza a Washington, vencedor de Inglaterra, porque el señor Loraine Petre es un noble espíritu. Tan noble espíritu como elegante escritor. Los ingleses han tenido siempre un sentimiento de raza, que es un patriotismo superior al patriotismo nacionalista y parroquial. Recuérdese a Stead, el director de la *Review of Reviews*, de Londres, quien, abogando por los intereses de raza, escribió en una de sus obras que los ingleses debían unirse con los yanquis, y que si la influencia preponderante y directiva pasaba de Londres a Washington, no importaba, como se conservase para los pueblos angloparlantes el predominio político en el mundo.

Cuanto a Jorge Washington, los más grandes poetas ingleses, comenzando por Byron, lo han cantado; los más grandes historiadores, comenzando por Macaulay, le han hecho justicia. Gladstone, el eminente estadista liberal, decía que si existiesen pedestales de alturas diferentes para colocar a los grandes hombres, de acuerdo con la magnitud real de cada prócer, en el más alto pedestal colocaría él a Jorge Washington.

Raras veces se ha hecho elogio semejante de un hombre. Y ese elogio honra tanto al héroe a quien se dirige como al estadista que lo pronuncia. Para medir el mérito y nobleza de esas palabras, piénsese que salen de la boca de un Gladstone; que Gladstone pertenece a un país como Inglaterra, pródigo en personalidades de cuenta, y que se dirigen a un enemigo y vencedor de la nación inglesa. El señor Loraine Petre no hace sino seguir, con muy buen acuerdo, la sensata y generosa tradición de su país.

En vez de Loraine Petre, inglés, ha podido escogerse para el objeto de este volumen a cualquiera de los múltiples angloamericanos de más o menos buena pluma que, con más o menos autoridad, han escrito sobre el Libertador: Clayton, por ejemplo, que publicó *The History of Simon Bolivar*; John M. Niles, autor de obra importantísima y muy completa; o bien Kenneth Morris, en cuyo trabajo *Simon Bolivar* (1912) se estudia la vida del Libertador, a quien llama el señor Morris "bienhechor de la raza humana" y "el héroe más sublime de las Américas".

Oiga bien Loraine Petre al yanqui Kenneth Morris: "el héroe más sublime de las Américas".

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Yo no soy Napoleón, ni quiero serlo. Tampoco quiero imitar a César; menos aún a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a cuantos ha recibido el orgullo humano. Por tanto, me es imposible degradarlo.

Bolívar
(Al proponerle Páez que se corone)

BOLÍVAR*

GRANDE EN EL PENSAMIENTO, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio, grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza. Muchas vidas humanas hay que componen más perfecta armonía, orden moral o estético más puro; pocas ofrecen tan constante carácter de grandeza y de fuerza; pocas subyugan con tan violento imperio las simpatías de la imaginación heroica.

Cuando se considera esa soberbia personificación de original energía, en el medio y la hora en que aparece, se piensa que toda la espontaneidad reprimida, toda la luz y el color escatimados en la existencia inerte de las diez generaciones sujetas al yugo colonial, se concentraron, por instantáneo desquite, en una vida individual y una conciencia única.

Virtualidad infinita, el genio está perennemente a la espera en el fondo de la sociedad humana, como el rayo en las entrañas de la nube. Para pasar al acto ha menester de la ocasión. Su sola dependencia es la del estímulo inicial que lo desata y abandona a su libertad incoercible; pero ese estímulo es la condición que se reserva el hado, porque lo trae a su hora el orden de la sociedad que tienta y solicita el arranque innovador.

Larga sucesión de generaciones pasa, acaso, sin que la extraordinaria facultad que duerme, velada en formas comunes, tenga obra digna en qué emplearse, y cuando, en la generación predestinada, el rebosar de una

* *Grandes páginas bolivarianas*, Caracas, Casuz Ediciones, 1974, pp. 113-134.

aspiración, la madurez de una necesidad, traen la ocasión propicia, suele suceder que la respuesta al silencioso llamamiento parta de una vida que ha empezado a correr, ignorante de su oculta riqueza, en un sentido extraño a aquel que ha de transfigurarla por la gloria.

Algo de esta súbita exaltación hay en el heroísmo de Bolívar. Desde que su conciencia se abrió al mundo vio acercarse el momento de la Revolución, participando de los anhelos que la preparaban en la secreta agitación de los espíritus; pero ese vago hervor de su mente no imprimió carácter a una juventud que, en su parte expresiva y plástica, tuvo un sello distinto del que se buscaría como anuncio de las supremas energías de la acción.

Su primer sueño fue de belleza, de magnificencia y de deleite. Si las fatalidades de la historia hubieran puesto fuera de su época la hora de la emancipación, habría llevado la vida de gran señor, refinado e inquieto, que prometía, mientras repartió su tiempo entre sus viajes, el retiro de su hacienda de San Mateo y la sociedad de la Caracas palaciana y académica de los últimos días de la Colonia. Algún destello del alma de Alcibíades parece reflejarse en el bronce de esa figura de patricio mozo y sensual, poseedor inconsciente de la llama del genio, en quien la atmósfera de la Europa, inflamada en el fuego de las primeras guerras napoleónicas, excitó el sentimiento de la libertad política, como una inclinación de superioridad y de nobleza, llena de tono clásico y hostil, por su más íntima sustancia, a toda afición demagógica y vulgar.

Aún no enunciaba en aquel momento la gloria, pero sí el brillo que la remeda, allí donde no hay espacio para más. Uníanse en la aureola de su juventud el lustre de la cuna, los medios del pingüe patrimonio, todos los dones de la inteligencia y de la cortesanía, realzados por el fino gusto literario y la pasión del bello vivir.

Y esta primera corteza de su personalidad no desapareció enteramente con la revelación de su profunda alma ignorada. "Varón estético", como se dijo de Platón y como puede extenderse a toda una casta de espíritus, continuó siéndolo cuando el genio lo llevó a sus alturas; y héroe, tuvo la elegancia heroica, la preocupación del gesto estatuario, del noble ademán, de la actitud gallarda e imponente, que puede parecer histriónica a los que no hayan llegado a una cabal comprensión de su personalidad, pero que es

rasgo que complementa de manera espontánea y concorde la figura de estos hombres de acción, en quienes el genio de la guerra, por la finalidad visionaria y creadora que lo mueve, confina con la naturaleza del artista y participa de la índole de sus pasiones. ¿No ha asimilado Taine, en riguroso análisis de psicología, la espada de Napoleón al cincel escultórico de Miguel Ángel, como instrumentos de una misma facultad soberana, que ejercita el uno en las entrañas insensibles del mármol y el otro en las animadas y dolientes de la realidad?

Así aparece desde el día en que selló sus esponsales con la vocación, que ya lo enamoraba e inquietaba, cuando de paso por Roma, sube, como arrebatado de un numen, a la soledad del Aventino, a cuyos pies mira extenderse el vasto mar de recuerdos de libertad y de grandeza, y, como hablando a la conciencia de esta antigüedad, jura libertar un mundo. Así aparece luego en Caracas, cuando, entre el espanto del terremoto que despedaza la ciudad, al iniciarse la Revolución, levanta, sobre las ruinas convulsas de la iglesia de San Jacinto, su figura nerviosa y altanera, y allí, en presencia de la multitud despavorida, prorrumpe en las soberbias palabras, a cuyo lado palidece la imprecación famosa de Áyax de Telamón: "¡Si la Naturaleza se opone, lucharemos con ella y la someteremos!".

En la batalla, en el triunfo, en la entrada a las ciudades, en el ejercicio del poder o entre las galas de la fiesta, siempre luce en él el mismo instintivo sentimiento de esa que podemos llamar la forma plástica del heroísmo y de la gloria. Concertando la febril actividad de una guerra implacable, aún queda algo en su imaginación para honrar, por estilo solemne, la memoria y el ejemplo de los suyos en pompas como aquella procesión, semejante a una ceremonia pagana, que llevó triunfalmente el corazón de Girardot, en urna custodiada por las armas del ejército, desde el Bárbula, donde fue la muerte del héroe, hasta Caracas. En la memoria de sus contemporáneos quedó impresa la majestad antigua del gesto y el porte con que, constituida Colombia, penetró al recinto de la primera Asamblea a resignar en ella el mando de los pueblos.

Ante las cosas soberanas y magníficas del mundo material experimenta una suerte de emulación que lo impulsa a hacer de modo que entre él mismo a formar parte del espectáculo imponente y a señorearlo como

protagonista. En su ascensión del Chimborazo, que interpreta la retórica violenta, pero sincera, en su énfasis del "delirio", se percibe, sobre todo otro sentimiento, el orgullo de subir, de pisar la frente del coloso, de llegar más arriba que La Condamine, más arriba que Humboldt, adonde no haya huella antes de la suya.

Otra vez se acerca a admirar la sublimidad del Tequendama. Allí su espíritu y la naturaleza componen un acorde que lo exalta como una influencia de Dionysos. Cruzando la corriente de las aguas, y en el preciso punto en que ellas van a desplomarse, hay una piedra distante de la orilla el justo trecho que abarca el salto de un hombre. Bolívar, sin quitarse sus botas de tacón herrado, se lanza de un ímpetu a aquella piedra bruñida por la espuma, y tomándola de pedestal, yergue la cabeza, incapaz de vértigo, sobre el voraz horror del abismo.

Era la continuación, transfigurada según conviene a la grandeza heroica, de aquel mismo carácter de su juventud que le hizo escribir, mientras deshojaba en las cortes europeas las rosas de sus veinte años, esta confesión de una carta a la baronesa de Trobriand: "Yo amo menos los placeres que el fausto, porque me parece que el fausto tiene un falso aire de gloria". Y esto venía tan del fondo de su naturaleza que, en rigor, nunca hubo carácter más inmune de todo amaño y remedo de afectación. Nunca le hubo, en general, más espontáneo e inspirado. Todo es iluminación en sus propósitos; todo es arrebato en su obra.

Su espíritu es de los que manifiestan la presencia de esa misteriosa manera de pensamiento y de acción que escapa a la conciencia del que la posee y que, sublimando sus efectos muy por arriba del alcance de la intención deliberada y prudente, vincula las más altas obras del hombre a esa ciega fuerza del instinto, que labra la arquitectura del panal, orienta el ímpetu del vuelo y asegura el golpe de la garra. Así, para sus victorias, le valen el repentino concebir y el fulminante y certero ejecutar. Y en la derrota, una especie de don *anteico*, como no se ve en tal grado en ningún otro héroe; una extraña virtud de agigantarse más cuanto más recia fue y más abajo la caída; una como asimilación tonificante de los juegos de la adversidad y del oprobio, no en virtud del aleccionamiento de la experiencia, sino por la reacción inconsciente e inmediata de una naturaleza que desempeña en

ello su ley. Su fisonomía guerrera tiene en este rasgo el sello que la individualiza. Bien lo significó su adversario, el general español Morillo, en pocas palabras: "Más temible vencido que vencedor".

Sus campañas no son el desenvolvimiento gradual y sistemático de un plan de sabiduría y reflexión que proceda por parte, reteniendo y asegurando lo ya dejado atrás, y proporcionando las miras del arrojo a la juiciosa medida de las fuerzas. Son como enormes embestidas, como gigantescas oleadas, que alternan, en ritmo desigual, con tumbos y rechazos no menos violentos y espantables, desplomándose de súbito el esfuerzo que culminaba avasallador, para resurgir muy luego en otra parte, y de otro modo, y con más brío, hasta que un impulso más pujante o certero que los otros sobrepasa el punto de donde ya no puede tomar pendiente el retroceso, y entonces la victoria persiste, y crece, y se propaga como las aguas de la inundación, y, de nudo en nudo de los Andes, cada montaña es un jalón de victoria.

Nadie ha experimentado más veces, y en menos tiempo, la alternativa del triunfo con visos y honores de final, y el anonadamiento y el desprestigio sin esperanzas –para los otros– de levante.

Revolucionario fracasado y proscrito, falto de superior renombre y de medios materiales de acción, se alza de un vuelo al pináculo de la fama militar y de la autoridad caudillesca con aquella asombrosa campaña de 1813, que inicia a la cabeza de medio millar de hombres, y que lo lleva, en ciento y tantos días de arrebato triunfal, desde las vertientes neogranadinas de los Andes hasta el palacio de los capitanes de Caracas, donde, sobre lo transitorio de honores y poderes, vincula para siempre a su nombre su título de Libertador.

Aún no ha transcurrido un año de esto y las costas del mar Caribe le miran fugitivo, abandonado y negado por los suyos; vuelta en humo, al parecer, toda aquella gloria, que ni aun le defiende de la ira con que le acusan y de la ingratitud con que le afrentan. Y cuando se busca adónde ha ido a abismar su humillación, vésele de nuevo en lo alto, empuñando el timón de la Nueva Granada, que desfallecía, entrando con la libertad a Bogotá, como antes a Caracas, y apenas se ha doblado esta página, aparece, otra vez, desobedecido y forzado a abandonar en manos de un rival oscuro las armas con que se aprestaba a entrar en Venezuela, y entonces su reapari-

ción es en Haití, de donde, con el mismo propósito, sale acaudillando una expedición que por dos veces toma tierra en costa firme y las dos veces acaba en rechazo, y la última en nueva ruina de su poder y de su crédito, entre denuestos de la plebe y altanerías de la emulación ambiciosa.

Pero la natural autoridad que emana de él es una fuerza irresistible, como toda voluntad de la naturaleza, y poco tiempo pasa sin que aquella grita se acalle, sin que sus émulos le reconozcan y obedezcan, sin que los destinos de la Revolución estén de nuevo en sus manos, desde la Guayana, donde Piar ha asegurado el resplandor de las futuras campañas, hasta los llanos del Apure, donde hierven las montoneras de Páez. Funda gobierno, guerrea, sofoca todavía rebeliones de los suyos, la adversidad le persigue implacable en La Puerta, en Ortiz, en el Rincón de los Toros, y una noche, después de la última derrota, un hombre, sin compañero ni caballo, huye, escondiéndose en la espesura de los bosques, hasta que, a la luz de la aurora, reúne una escolta de jinetes dispersos, con los que orienta su camino. Es Bolívar, que perdidos su ejército y su autoridad, marcha, ¿qué mucho, siendo él?, a forjarse nueva autoridad y nuevo ejército. No tardará en conseguir lo uno y lo otro: la autoridad, robustecida por la sanción de una asamblea que le da el sello constitucional; el ejército, más regular y organizado que cuantos tuvo hasta entonces.

Este es el momento en que su constancia inquebrantable va a subyugar y volver en adhesión firmísima las desigualdades de la suerte. La iluminación de su genio le muestra asegurados los destinos de la Revolución con la reconquista de la Nueva Granada. Para reconquistar la Nueva Granada es menester escalar los Andes, luego de pasar ciénagas extensas y ríos caudalosos, y es la estación de invierno, y tamaña empresa se acomete con un ejército punto menos que desnudo.

Otros pasos de montaña puede haber más hábiles y de más ejemplar estrategia; ninguno tan audaz, ninguno tan heroico y legendario. Dos mil quinientos hombres suben por las pendientes orientales de la cordillera, y bajan por las de occidente menor número de espectros, y estos espectros son de los que eran fuertes del cuerpo y del ánimo, porque los débiles quedaron en la nieve, en los torrentes, en la altura, donde falta el aire para el pecho. Y con los espectros de los fuertes se gana Boyacá, que abre el ca-

mino de la altiplanicie donde Colombia ha de poner su centro; y de vuelta de la altiplanicie se gana Carabobo, que franquea hacia oriente el paso de Caracas. Desde ese instante el dominio español, sostenido por ejércitos de España, y no, como en otras partes, por reclutas indígenas, ha perecido en cuanto va de las bocas del Orinoco hasta el istmo de Panamá.

Desde ese instante, a los altibajos de aquella guerra de angustiosa incertidumbre sucede como un declive irresistible que la victoria, rendida y hechizada, hace con sus brazos, inclinados al Sur, para que el torrente de las armas emancipadoras corra a confundirse con aquel otro que avanza desde los Andes argentinos, anunciando su avenida por los ecos de las dianas triunfales de Chacabuco y de Maipú. Colombia ha completado sus fronteras, después que ha puesto bajo "el manto del iris" los volcanes del Ecuador, y es libre para siempre.

Pero aún queda para Bolívar lidiar por América, que es más su patria que Colombia. San Martín está frente a él, lauro para lauro. La gloria de lo que falta por hacer no es ambición compartible. Cuando se trata de determinar cuál ha de gozarla de los dos, basta, de una parte, la conciencia de la superioridad, y de otra parte, el leal y noble acatamiento de ella. Bolívar será quien corone, como las campañas del Norte, las del Sur. Y como en Bogotá, como en Caracas, como en Quito, entra en Lima (y luego entra en el Cuzco, en Chuquisaca, en Potosí) el Libertador de América; y mientras el último ejército español, numeroso y fuerte, se apresta a esperarle, y él se consagra a apercibir el suyo, enferma, y, doliente todavía, oye que le preguntan: "—¿Qué piensa hacer usted ahora?". "—Triunfar" –contesta con sencillez de esparciata.

Y triunfa; triunfa después de cruzar las gargantas de los Andes a la altura del cóndor, como en las vísperas de Boyacá, que ahora reproduce Junín, y con el impulso de Junín triunfa, por el brazo de Sucre, en Ayacucho, donde catorce generales de España entregan, al alargar la empuñadura de sus espadas rendidas, los títulos de aquella fabulosa propiedad que Colón pusiera, trescientos años antes, en manos de Isabel y Fernando.

Cumplida está la obra de Bolívar; pero aún rebosan sobre ella la aspiración y los heroicos alientos. Aún sueña el héroe con más; aún querría llegar a las márgenes del Plata, donde padece, bajo la conquista, un pueblo

arrancado a la comunidad triunfante en Ayacucho; ser, también para él, el Libertador, arrollar, hasta la misma Corte del Brasil, las huestes imperiales; fundar allí la república, y, remontando la corriente del Amazonas, como Alejandro los ríos misteriosos de Oriente, cerrar la inmensa elipse de gloria en suelo colombiano e ir a acordar y presidir la armonía perenne de su obra en la asamblea anfictiónica de Panamá. Quiere más: quiere ir a las esclavizadas Filipinas con su ejército; quiere más: quiere llevar la libertad a las Antillas y a las Canarias; quiere más: quiere llevar a la tierra de sus abuelos, a la vieja España, la república y la libertad que hizo triunfar en América. Pero circunstancias fatales de la misma América hacen irrealizable su sueño, por donde circunscribe a nuestro continente su acción y queda siendo exclusivamente el héroe de América.

El conjunto de este tempestuoso heroísmo es de un carácter singular e inconfundible en la historia. Lo es por el enérgico sello personal del propio héroe, y lo es también por la vinculación estrecha e indisoluble de su acción, con cien íntimas peculiaridades del ambiente en que se genera y desenvuelve.

Y esta constituye una de las desemejanzas que abren tan ancho abismo entre Bolívar y el que con él comparte en América la gloria del Libertador. San Martín podría salir de su escenario sin descaracterizarse, ni desentonar dentro de otros pueblos y otras epopeyas. Su severa figura cambiaría, sin disconveniencia, el pedestal de los Andes por el de los Pirineos, los Alpes o los Rocallosos. Imaginémoslo al lado de Turena: valdría para heredero de su espada previsora y segura y de su noble y sencilla gravedad. Transportémoslo junto a Washington, podría ser el más ilustre de sus conmilitones y el más ejemplar de sus discípulos. Pongámoslo en las guerras de la Revolución y del Imperio: llenaría el lugar del abnegado Hoche, cuando se malogra, o del prudente Moreau, cuando sale proscrito.

Es, considerado aparte del gran designio a que obedece, el tipo de abstracción militar que encuentra marco propio en todo tiempo de guerra organizada, porque requiere, no la originalidad del color, sino el firme y simple dibujo de ciertas superiores condiciones de inteligencia y voluntad, que el carácter humano reproduce sobre las diferencias de razas y de siglos.

En cambio, la figura de Bolívar no sufre otra adaptación que la real. Fuera de la América nuestra, y lidiando por otra libertad que la nuestra, quedaría desvirtuada o trunca. Bolívar, el revolucionario, el *montonero*, el general, el caudillo, el tribuno, el legislador, el presidente, todo a una y todo a su manera, es una originalidad irreductible, que supone e incluye la de la tierra de que se nutrió y los medios de que dispuso.

Ni guerrea como estratégico europeo, ni toma para sus sueños de fundador más que los elementos dispersos de las instituciones basadas en la experiencia o la razón universal, ni deja, en su conjunto, una imagen que se parezca a cosa de antes. Por eso nos apasiona y nos subyuga, y será siempre el héroe por excelencia, representativo de la eterna unidad hispanoamericana.

Más en grande y más por lo alto que los caudillos regionales, en quienes se individualizó la originalidad semibárbara, personifica lo que hay de característico y peculiar en nuestra historia. Es el barro de América atravesado por el soplo del genio, que trasmuta su aroma y su sabor en propiedades del espíritu, y hace exhalarse de él, en viva llama, una distinta y original heroicidad.

La revolución de la independencia sudamericana, en los dos centros donde estalla y de donde se difunde, el Orinoco y el Plata, manifiesta una misma dualidad de carácter y de formas. Comprende en ambos centros la iniciativa de las ciudades, que es una revolución de ideas, y el levantamiento de los campos, que es una rebelión de instintos. En el espíritu de las ciudades, la madurez del desenvolvimiento propio y las influencias reflejadas del mundo trajeron la idea de la patria como asociación política y el concepto de la libertad practicable dentro de instituciones regulares.

Deliberación de asambleas, propaganda oratoria, milicias organizadas fueron los medios de acción. Pero en los dilatados *llanos* que se abren desde cerca del valle de Caracas hasta las márgenes del Orinoco, y en las anchurosas *pampas* interpuestas entre los Andes argentinos y las orillas del Paraná y el Uruguay, así como en las *cuchillas* que ondulan al oriente del Uruguay, hacia el océano, la civilización colonial, esforzándose en calar la entraña del desierto, el cual le oponía por escudo su extensión infinita, solo había alcanzado a infundir una población rala y casi nómada, que vivía en

semibarbarie pastoril, no muy diferentemente del árabe beduino o del hebreo de tiempos de Abraham y Jacob; asentándose, más que sobre la tierra, sobre el lomo de sus caballos, con los que señoreaba las vastas soledades tendidas entre uno y otro de los *hatos* del Norte y una y otra de las *estancias* del Sur.

El varón de esta sociedad, apenas solidaria ni coherente, es el *llanero* de Venezuela, el *gaucho* del Plata, el *centauro* indómito esculpido por los vientos y soles del desierto en la arcilla amasada con sangre del conquistador y del indígena, hermosísimo tipo de desnuda entereza humana, de heroísmo natural y espontáneo, cuya genialidad bravía estaba destinada a dar una fuerza de acción avasalladora y de carácter plástico y color a la epopeya, de cuyo seno se alzarían triunfales los destinos de América. En realidad, esta fuerza era extraña, originariamente, a toda aspiración de patria constituida y toda noción de derechos políticos con que pudiera adelantarse, de manera consciente, a tomar su puesto en la lucha provocada por los hombres de las ciudades. Artigas, al Sur, la vinculó desde un principio a las banderas de la Revolución; Boves y Yáñez, al norte, la desataron a favor de la resistencia española, y luego Páez, allí mismo, la ganó definitivamente para la causa americana.

Porque el sentimiento vivísimo de libertad, que constituía la eficacia inconjurable de aquella fuerza desencadenada por la tentación de la guerra, era el de una libertad anterior a cualquier género de sentimiento político y aun patriótico: la libertad primitiva, bárbara, crudamente individualista, que no sabe de otros fueros que los de la naturaleza, ni se satisface sino con su desate incoercible en el espacio abierto sobre toda valla de leyes y toda coparticipación de orden social; la libertad de la banda y de la horda, esa que, en la más crítica ocasión de la historia humana, acudió a destrozar un mundo caduco y a mecer sobre las ruinas la cuna de uno nuevo, con sus ráfagas de candor y energía.

La sola especie de autoridad conciliable con este instinto libérrimo era la autoridad personal, capaz de guiarlo a su expansión más franca y domeñadora por los prestigios del más fuerte, del más bravo o del más hábil, y así se levantó, sobre las multitudes inquietas de los campos, la soberanía del *caudillo*, como la del primitivo jefe germano que congregaba en torno de sí

su vasta familia guerrera sin otra comunidad de propósitos y estímulos que la adhesión filial a su persona.

Conducida por la autoridad de los caudillos, aquella democracia bárbara vino a engrosar el torrente de la Revolución, adquirió el sentimiento y la conciencia de ella, y arrojó en su seno el áspero fermento popular que contrasta con las propensiones oligárquicas de la aristocracia de las ciudades, al mismo tiempo que imprimía en las formas de la guerra el sello de originalidad y pintoresco americanismo que las determinase y diferenciara en la historia. Frente al ejército regular, en alianza con él, aparecieron la táctica y la estrategia instintivas de la *montonera*, que suple efectos del cálculo y la disciplina con la crudeza del valor y con la agilidad heroica: el guerrear, para que son únicos medios esenciales el vivo relámpago del potro, apenas domado y unimismándose casi con el hombre en un solo organismo de centauro, y la firmeza de la lanza esgrimida con pulso de titán en las formidables cargas que devoran la extensión de la sumisa llanura.

Bolívar subordinó a su autoridad y su prestigio esta fuerza, que complementaba la que él traía originariamente en ideas, en espíritu de ciudad, en ejército organizado. Abarcó, dentro de su representación heroica, la de esa mitad original e instintiva de la revolución americana, porque se envolvió en su ambiente y tuvo por vasallos a sus inmediatas personificaciones. Páez, el intrépido jefe de llaneros, le reconoce y pone sobre sí desde su primera entrevista, cuando él viene de rehacer su prestigio, perdido con la infausta expedición de Los Cayos, y en adelante las dos riendas de la revolución están en manos de Bolívar, y la azarosa campaña de 1817 a 1818 muestra, concertados, los recursos del instinto dueño del terreno y los de la aptitud guerrera superior y adecuada.

En los extensos llanos del Apure el Libertador convive y conmilita con aquella soldadesca primitiva y genial, que luego ha de darle soldados que le sigan en la travesía de los Andes y formen la vanguardia con que vencerá en Carabobo. Tenía, para gallardearse en ese medio, la condición suprema, cuya posesión es título de superioridad y de dominio, como es su ausencia nota de extranjería y de flaqueza: la condición de maestrísimo jinete, de domador de potros, de insaciable bebedor de los vientos sobre el caballo suelto a escape, tras el venado fugitivo, o por la pura voluptuosidad

del arrebato, tras la fuga ideal del horizonte. El Alcibíades, el escritor, el diplomático de Caracas era, cuando cuadraba la ocasión, el gaucho de las pampas del norte: el llanero.

Este contacto íntimo con lo original americano no se dio nunca en San Martín. El capitán del Sur, apartado de América en sus primeros años y vuelto a edad ya madura, sin otra relación con el ambiente, durante tan dilatado tiempo, que la imagen lejana, bastante para mantener y acrisolar la constancia del amor, pero incapaz para aquel adobo sutil con que se infunde en la más honda naturaleza del hombre el aire de la patria, realizó su obra de organizador y de estratégico sin necesidad de sumergirse en las fuentes vivas del sentimiento popular, donde la pasión de libertad se desataba con impulso turbulento e indómito, al que nunca hubiera podido adaptarse tan rígido temple de soldado. La accidental cooperación con las *montoneras* de Güemes no acortó estas distancias. En el Sur, la revolución tiene una órbita para el militar, otra para el caudillo. El militar es San Martín, Belgrano o Rondeau. El caudillo es Artigas, Güemes o López. Uno es el que levanta multitudes y las vincula a su prestigio personal y profético, y otro el que mueve ejércitos de línea y se pone con ellos al servicio de una autoridad civil.

En Bolívar ambas naturalezas se entrelazan, ambos ministerios se confunden. Artigas más San Martín: eso es Bolívar. Y aún faltaría añadir los rasgos de Moreno, para la parte del escritor y del tribuno. Bolívar encarna, en la total complejidad de medios y de formas, la energía de la Revolución, desde que, en sus inciertos albores, le abre camino como conspirador y como diplomático, hasta que, declarada ya, remueve para ella los pueblos con la autoridad del caudillo, infunde el verbo que la anuncia en la palabra hablada y escrita, la guía hasta sus últimas victorias con la inspiración del genio militar, y, finalmente, la organiza como legislador y la gobierna como político.

Valiole para tanto su natural y magnífica multiplicidad de facultades. El genio, que es a menudo unidad simplísima, suele ser también armonía estupenda. Veces hay en que esa energía misteriosa se reconcentra y encastilla en una sola facultad, en una única potencia del alma, sea esta la observación, la

fantasía, el pensamiento discursivo, el carácter moral o la voluntad militante, y entonces luce el genio de vocación restricta y monótona, que, si nació para la guerra, guerrea silencioso, adusto e incapaz de fatiga, como Carlos XII el de Suecia; si para el arte, pasa la vida, como Flaubert, en un juego de belleza, mirando con indiferencia de niño las demás cosas del mundo; y si para el pensamiento, vive en la exclusiva sociedad de las ideas, como Kant, en inmutable abstracción de sonámbulo.

La facultad soberana se magnifica restando lugar y fuerza a las otras, y levanta su vuelo, como águila solitaria y señora, sobre la yerma austeridad del paisaje interior. Pero no pocas veces, lejos de obrar como potestad celosa y ascética, obra a modo de conjuro evocador o de simiente fecunda; para su confidencia y complemento, suscita vocaciones secundarias que rivalizan en servirla, y como si tras el águila del parangón se remontaran, de los abismos y eminencias del alma, otras menores que la hicieran séquito, la potencia genial se despliega en bandada de aptitudes distintas, que rompen concertadamente el espacio en dirección a una misma cúspide. A esta imagen corresponden los genios complejos y armoniosos, aquellos en quienes toda la redondez del alma parece encendida en una sola luz de elección, ya ocupe el centro de esa redondez la imaginación artística, como en Leonardo, ya la invención poética, como en Goethe, ya, como en César o Napoleón, la voluntad heroica. Tanto más gallardamente descuella la arquitectónica mental de estos espíritus múltiples, cuando la vocación o facultad que lleva el centro en ellos –*el quilate rey*, si recordamos a Gracián– halla cómo orientarse, de manera firme y resuelta, en una grande y concentrada obra, en una idea constante que le imprima fuerte unidad y en la que puedan colaborar a un mismo tiempo todas las aptitudes vasallas, de suerte que aparezca operando, en el seno de aquella unidad enérgica, la variedad más rica y concorde.

De esta especie genial era Bolívar. Toda actividad de su grande espíritu, toda manera de superioridad que cabe en él, se subordina a un propósito final y contribuye a una obra magna: el propósito y la obra del Libertador, y dentro de esta unidad coparticipan, en torno a la facultad central y dominante, que es la de la acción guerrera, la intuición del entendimiento político, el poder de la aptitud oratoria, el don del estilo literario. Como

entendimiento político, nadie, en la Revolución de América, lo tuvo más en grande, más iluminado y vidente, más original y creador, aunque no pocos de sus contemporáneos le excedieran en el arte concreto del gobierno y en el sentido de las realidades cercanas. Él, con más claridad que en el presente, veía el porvenir. Desde Jamaica, en 1815, aún lejano y oscuro el término de la Revolución, escribe aquella asombrosa carta, ardiente de relámpagos proféticos, en que predice la suerte de cada uno de los pueblos hispanoamericanos después de su independencia, vaticinando así la vida de ordenado sosiego de Chile como el despotismo que ha de sobrevenir en el Plata con Rosas.

El sistema de organización propuesto en 1819 al Congreso de Angostura manifiesta, a vuelta de lo que tiene de híbrido y de utópico, la crítica penetrante y audaz de los modelos políticos que proporcionaba la experiencia, y una facultad constructiva, en materia constitucional, que busca su apoyo en la consideración de las diferencias y peculiaridades del ambiente a que ha de aplicarse. Esta facultad toma aún mayor vuelo y carácter en la Constitución boliviana, extendida al Perú, obra del apogeo de su genio y de su fortuna, donde los sueños de su ambición forman extraño conjunto con los rasgos de una inventiva innovadora que ha merecido la atención y el análisis de los constitucionalistas, como la idea de un "Poder Electoral", seleccionado del conjunto de los ciudadanos, en la proporción de uno por diez, al que correspondería elegir o proponer los funcionarios públicos.

Con estos planes constitucionales compartía la actividad de su pensamiento, en los días de la plenitud de su gloria, la manera de realizar su vieja aspiración de unir en firme lazo federal los nuevos pueblos de América, desde el golfo de México hasta el estrecho de Magallanes.

No concurre en el Libertador merecimiento más glorioso, si no es la realización heroica de la independencia, que la pasión ferviente con que sintió la natural hermandad de los pueblos hispanoamericanos y la inquebrantable fe con que aspiró a dejar consagrada su unidad ideal por una real unidad política. Esta idea de unidad no era en él diferente de la idea de la emancipación: eran dos fases de un mismo pensamiento, y así como ni por un instante soñó con una independencia limitada a los términos de

Venezuela ni de los tres pueblos de Colombia, sino que siempre vio en la entera extensión del continente el teatro indivisible de la Revolución, nunca creyó tampoco que la confraternidad para la guerra pudiese concluir en el apartamiento que consagran las fronteras internacionales.

La América emancipada se representó, desde el primer momento, a su espíritu como una indisoluble confederación de pueblos, no en el vago sentido de una amistosa concordia o de una alianza dirigida a sostener el hecho de la emancipación, sino en el concreto y positivo de una organización que levantase a común conciencia política las autonomías que determinaba la estructura de los disueltos virreinatos.

En el istmo de Panamá, donde las dos mitades de América se enlazan y los dos océanos se acercan, creía ver la situación predestinada de la Asamblea Federal en que la nueva anfictionía erigiese su tribuna, como la anfictionía de Atenas en el istmo de Corinto. Desde que ocupando a Caracas, después de la campaña de 1813, gobierna por primera vez en nombre de América, asoma ya en su política esta idea de la unidad continental, que ha de constituir el supremo galardón a que aspire cuando vencedor y árbitro de un mundo.

La realidad inmediata negóse a acoger su sueño; mil fuerzas de separación que obraban en el roto imperio colonial, desde la inmensidad de las distancias físicas, sin medios regulares de comunicación, hasta las rivalidades y las desconfianzas de pueblo a pueblo, ya fundadas en una relativa oposición de intereses, ya en el mantenimiento de prepotencias personales, volvían prematuro y utópico el grande pensamiento, que aún hoy se dilata más allá del horizonte visible, y ni siquiera la unidad parcial de Colombia alcanzó a subsistir.

¿Qué importa? La visión genial no dejaba de anticipar por ello la convergencia necesaria, aunque haya de ser difícil y morosa, de los destinos de estos pueblos; la realidad triunfal e ineluctable de un porvenir que, cuanto más remoto se imagine, tanto más acreditará la intuición profética de la mirada que llegó hasta él. En lo formal y orgánico, la unidad intentada por Bolívar no será nunca más que un recuerdo histórico; pero debajo de esta corteza temporal está la virtud perenne de la idea. Cuando se glorifica en Mazzini, en D'Azeglio o en Gioberti la fe anunciadora y propagadora de la

Italia una, no se repara en las maneras de unión que propusieron, sino en el fervor eficaz con que aspiraron lo esencial del magno objetivo.

Con más o menos dilación, en una u otra forma, un lazo político unirá un día a los pueblos de la América nuestra, y ese día será el pensamiento del Libertador el que habrá resurgido y triunfado, y será su nombre el que merecerá, antes que otro alguno, cifrar la gloria de tan alta ocasión.

El régimen del consulado vitalicio, que Bolívar preconizaba, no podía resolver, ni el problema de la confederación de estos pueblos, ni el de su organización interior. Era un desvirtuado simulacro de república; pero en este punto debe decirse que si Bolívar no llegó a la aceptación franca y cabal del sistema republicano, con su esencialísimo resorte de la renovación del cargo supremo, sostuvo siempre –y es indisputable gloria suya– el principio republicano en oposición a la monarquía, de cuyo lado le solicitaban las opiniones más prudentes y valiosas, y que era el ideal de gobierno con que venía del Sur, en cumplimiento del programa político de Buenos Aires, la triunfadora espada de San Martín.

La república íntegra y pura tuvo en la América revolucionaria, y desde el primer momento de la Revolución, un partidario fidelísimo y un mantenedor armado, nada más que uno, y este fue Artigas; pero aún no se sabe bien, fuera del pueblo que vela dentro de su alma esa tradición gloriosa, porque acontece que algunos de los aspectos más interesantes y reveladores de la revolución del Río de la Plata, o no están escritos, o no están propagados. Yo lo pensaba, hace poco, leyendo el resumen, admirable de perspicuidad y precisión, que de los orígenes de la América contemporánea hizo, en sus recientes conferencias de Madrid, el alto y noble talento de Rufino Blanco Fombona. Dícese allí que la revolución del extremo Sur nació y se mantuvo en un ambiente de ideas monárquicas, y es relativa verdad, porque no se cuenta con Artigas, y la revolución del extremo Sur es, en efecto, una revolución monárquica, sin la acción excéntrica de Artigas, el removedor de la democracia de los campos, hostilizado y perseguido, como fiera en coso, por la oligarquía monarquista de los Posadas y los Pueyrredones, y despedazado e infamado luego, en historias efímeras, por los escritores herederos de los odios de aquella política oligárquica. Una fundamental revisión de valores es tarea que empieza en la historia de

esta parte del Sur, y cuando esa revisión se haya hecho, mientras pasarán a segundo plano figuras pálidas y mediocres, se agigantará, como figura de América, la del caudillo de garra leonina que en 1813 levantaba por bandera de organización, íntegra y claramente definido, el sistema republicano que Bolívar opuso luego, aunque en menos genuina forma, al programa monárquico de San Martín.

Tratándose del Bolívar político, llega de suyo el tema de su ambición. Este rasgo es capital e inseparable de su imagen. Siempre formaré tan pobre idea del discernimiento histórico de quien se empeñe en presentar a Bolívar inmune de la pasión de mandar, como del grado de comprensión humana de quien le inicie por tal pasión un proceso que tire a empequeñecerlo o macularlo. Importa recordar, desde luego, que la perfección negativa, en el orden moral, no puede ser la medida aplicable a ciertas grandezas de la voluntad creadora, de igual manera que no lo es, en orden estético, cuando se está delante de aquella fuerza de creación que da de sí *La divina comedia* o las estatuas de Miguel Ángel.

La naturaleza no funde en sus moldes caracteres como los que cabe obtener por abstracción, eliminando y añadiendo rasgos, para componer el paradigma a un cuerpo de moral que satisfaga las aspiraciones éticas de una sociedad o de una escuela: funde la naturaleza caracteres orgánicos, en los que el bien y el mal, o los que luego ha de clasificar como tales el criterio mudable y relativo de los hombres, se reparten según una correlación en que obra una lógica tan cabal e imperiosa como la lógica del pensamiento discursivo, con que se construyen los sistemas de ética, aunque la una y la otra no se asemejen absolutamente en nada. Y si bien el análisis del criterio moral puede llegar lícitamente al carácter que modela la naturaleza, para señalar lo que halle en él de imperfecto, transportado al mundo de la libertad, nunca deberá extremarse en ese fuero cuando se encuentre frente a los grandes temperamentos personales, de eficacia avasalladora, ni deberá aspirar a ver desintegrada o enervada, por un molde ideal de perfección facticia, esa original estructura del carácter, cauce de piedra de la personalidad, donde reciben el pensamiento su troquel, y la acción el impulso con que se desata.

Hay una manera de heroísmo en que la ambición es natural atributo. Quien dijera que la energía genial y el desinterés no caben en un centro, afirmaría una oposición sin sentido entre dos vagas abstracciones; pero quien dijera que cierto género de energía genial y cierto género de desinterés son términos naturales inconciliables, pondría la mano en una relación tan segura como la que nos autoriza a sentar que ningún animal carnicero tendrá los dientes ni el estómago de los que se alimentan de hierbas, o que nunca pudo haber una especie en que se unieran, como en el grifo mitológico, la cabeza del águila con el cuerpo del león.

Y si la energía genial es de aquel temple que supone como condición específica la fe indomable en la virtud única y predestinada de la propia acción; y si con el nombre de desinterés se clasifica, no el fácil desarrimo respecto de egoísmos sensuales, sino el apartamiento de la obra cuando está inconclusa, y el desdén de la autoridad que trae en sí los medios de desenvolver la parte de obra que aún está oculta y recogida en las virtualidades de una iluminación visionaria, entonces es lícito afirmar que la convivencia de ambos caracteres implica contradicción. Un Bolívar que, después de la entrevista de Guayaquil, abandonara el campo a su émulo, o que, una vez consumada su obra militar, renunciara a influir decisivamente en los nuevos destinos de América, sería un contrasentido psicológico, un enigma irresoluble de la naturaleza humana. En cambio, estos desenlaces de renunciamiento son cosa espontánea y congruente en los héroes de la especie moral de San Martín. Espíritus de vocación limitada y reflexiva, la abnegación de un poder, al que no les atrae ningún alto propósito que realizar, viene después de la segura constancia con que han dado cima a un pensamiento único y concreto, y aquella condición, encima de esta, cae como esmalte.

Así, nada más natural, en uno y otro de los dos capitanes de América, que el voluntario eclipse y el mayor encendimiento de gloria con que resuelve sus opuestos destinos la histórica entrevista de 1822. Tiene el alejamiento de San Martín explicación en su noble y austera virtud; pero en no menor parte, sin duda, tiénela en las indeliberadas reacciones del instinto, y la había anticipado Gracián en el "Primor" decimocuarto de *El héroe*, donde define el "natural imperio" y dice: "Reconocen al león las demás

fieras en presagio y naturaleza, y sin haberle examinado el valor le previenen zalemas: así a estos héroes, reyes por naturaleza, les adelantan respeto los demás, sin aguardar la tentativa del caudal".

Fuera de la actividad de la guerra, en la aspiración o el ejercicio del gobierno civil, la ambición de mando de Bolívar deja más libre campo a la controversia y a la crítica; pero aun en esta parte, nunca será legítimo juzgarla sino levantándose a la altura de donde se alcanza a divisar, infinitamente por encima de egoísmos vulgares, al héroe que persigue, con el sentimiento de una predestinación histórica, un grande objetivo, que estimula y realza su ambición personal. No significa este criterio que toda voluntad y todo paso del héroe hayan de concordar necesariamente con el fin superior que él trae al mundo, sin que la fe en sí mismo pueda inducirle a aberración. No significa tampoco sostener la irresponsabilidad positiva del héroe ante la justicia de sus contemporáneos, ni su irresponsabilidad ideal para el fallo de la posteridad. Significa solo conceder todo su valor a la indivisible unidad del carácter heroico, de modo que aquella parte de impureza que se mezcla acaso en el fermento eficaz, no se presente a juicio abstraída de las otras, como el elemento material que, disociándose de un conjunto donde es virtud o sazón, para en crudo veneno.

La muchedumbre, que valida de su instinto, a veces tan seguro como el mismo instinto del genio, se encrespa frente al héroe y le cruza el paso; el grupo de hombres de reflexión o de carácter, que opone a las audacias de la voluntad heroica las previsiones de su sabiduría o las altiveces de su derecho, tendrán o no razón contra el héroe: frecuente es que la tengan; pero el historiador que luego tienda la vista por el proceso de acciones y reacciones que entretejen la complejidad del drama humano verá en la voluntad disparada del héroe una fuerza que, con las que se la asocian y las que le limitan, concurre a la armonía de la historia, y jamás confundirá los mayores excesos de esa fuerza con la baldía o perturbadora inquietud del héroe falso, que disfraza una ambición egoística y sensual en la mentida vocación de un heroísmo, simulando las guedejas del león sobre el pelo atusado de la raposa.

Tan interesante como la aptitud política es, entre los talentos accesorios del Libertador, la facultad de la expresión literaria. Su nombre, en este

género de gloria, vive principalmente vinculado a la elocuencia ardiente y pomposa de sus proclamas y arengas, las más vibrantes, sin duda, que hayan escuchado en suelo americano ejércitos y multitudes. Pero ya, sin negar nuestra admiración a tan espléndida oratoria, muchos somos los que preferimos gustar al escritor en la literatura, más natural y suelta, de sus cartas. Las proclamas y arengas, como cualquier análoga especie literaria, en que el énfasis del acento y el aparato de la expresión son caracteres que legitima la oportunidad, tratándose de solicitar el efecto presentáneo y violento en la conciencia de las muchedumbres, se marchitan de estilo mucho más que la obra acrisolada y serena y que la íntima y espontánea.

Por otra parte, en la trama de esos documentos oratorios suele mezclar sus hebras desteñidas y frágiles el vocabulario de la retórica política, que es la menos poética de las retóricas, con sus vaguedades y abstracciones y sus maneras de decir acuñadas para socorro común en las angustias de la tribuna; y así, en las proclamas y arengas del Libertador, el relámpago genial, la huella leonina: la imagen, la frase o la palabra de imperecedera virtud resaltan sobre el fondo de esa declamación pseudoclásica, adaptada al lenguaje de las modernas libertades políticas, que, divulgándose en los libros de Raynal, de Marmontel y de Mably y en la elocuencia de montañeses y girondinos, dio su instrumento de propaganda a la Revolución de 1789 y lo dio después, de reflejo, a nuestra Revolución Hispanoamericana. Este inconsistente barro, en manos de Bolívar, es material que modela un artífice de genio, pero barro al fin. En cambio, en las cartas, la propia naturaleza del género mantiene un aire de espontaneidad que no excluye, por cierto, ni la elocuencia ni el color. Ya abandonadas y confidenciales, ya acordadas a un tono algo más lírico u oratorio, si la ocasión lo trae de suyo; ya dando voz a las concentraciones de su pensamiento, ya a los aspectos de su sensibilidad, radiante o melancólica, las cartas forman interesantísimo conjunto. La imagen nueva y significativa realza a menudo la idea: "Estábamos, como por milagro (escribe en 1826), sobre un punto de equilibrio casual, como cuando dos olas enfurecidas se encuentran en un punto dado y se mantienen tranquilas, apoyada una de otra, y en una calma que parece verdadera, aunque instantánea: los navegantes han visto muchas veces este original". Hay soberanos arranques de personalidad, como este de la carta

en que repudia la corona real que le ha propuesto Páez: "Yo no soy Napoleón, ni quiero serlo. Tampoco quiero imitar a César; menos aún a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a cuantos ha recibido el orgullo humano. Por tanto, me es imposible degradarlo". Otras veces subyuga la atención el brío con que está sellada la sentencia: "Para juzgar bien de las revoluciones y de sus actores es preciso observarlos muy de cerca y juzgarlos muy de lejos". "Sin estabilidad, todo principio político se corrompe y termina por destruirse". "El alma de un siervo rara vez alcanza a apreciar la sana libertad: se enfurece en los tumultos o se humilla en las cadenas".

Pérdidas de que nunca nos consolaremos han mermado este precioso tesoro de sus cartas; pero tal como se le conserva es, no solo el indeleble testimonio del grande escritor que hubo en Bolívar, sino también el más entero y animado trasunto de su extraordinaria figura. El poema de su vida está allí. Y en verdad, ¡qué magnífico poema el de su vida para esa estética de la realidad y de la acción que hace de una vida humana un poema plástico!

Nadie la vivió más bella, y aun se diría, en sublime sentido, más dichosa o más envidiable; por lo menos, para quien levante por encima de la paz del epicúreo y del estoico su ideal de vivir. Los ojos de la virgen fantasía, por donde llega la luz del mundo a despertar la selva interior, abiertos en el maravilloso espectáculo de aquella aurora del siglo XIX, que desgarra la continuidad realista de la historia con un abismo de milagro y de fábula; para temple del corazón, un amor malogrado, en sus primicias nupciales, por la muerte: una pasión insaciada, de esas que, dejando en el vacío el desate de una fuerza inmensa, la arrojan a buscar desesperadamente nuevo objeto, de donde suelen nacer las grandes vocaciones; venida de aquí la revelación íntima del genio, y para empleo e incentivo de él, la grandiosa ocasión de una patria que crear, de un mundo que redimir.

Luego, el arrebato de quince años de esta gigantesca aventura mantenida con satánico aliento; la emoción del triunfo, cien veces probada; la de la derrota, cien veces repetida; el escenario inmenso donde, para imagen de esas sublimes discordancias, alternan los ríos como mares y las montañas como nubes, el soplo calcinante de los llanos y el cierzo helado de los ventisqueros, y, al fin, el flotante y fugitivo sueño que se espesa en plástica

gloria: el paso por las ciudades delirantes, entre los vítores al vencedor; las noches encantadas de Lima, donde un lánguido deliquio entreabre la marcialidad de la epopeya, y la hora inefable en que, desde la cúspide del Potosí, la mirada olímpica se extiende sobre el vasto sosiego que sigue a la última batalla. ¿Queda más todavía? La voluptuosidad amarga que hay en sentir caer sobre sí la Némesis de las envidias celestes; la proscripción injusta e ingrata, de donde sabe exprimir la conciencia de los fuertes una altiva fruición: cuerda de ásperos sones que no pudo faltar en esa vida destinada a que en ella vibrase la más compleja armonía de pasión y belleza.

Alma para estas vidas trajo aquel asombroso tiempo suyo, que renovó con un soplo heroico y creador las cosas de los hombres y dio a la invención poética el último de sus grandes momentos que merezcan nota de clásicos. Cuando la explosión de personalidad y de fuerza halló cómo dilatarse en el sentido de la acción, suscitó los prodigios del endiosamiento napoleónico, con sus reflejos de soldados que se coronan reyes. Cuando hubo de consumirse en imágenes e ideas, engendró el ansia devoradora de René, la soberbia indómita de Harold, o la majestad imperatoria de Goethe. Jamás, desde los días del Renacimiento, la planta humana había florecido en el mundo con tal empuje de savia y tal energía de color. Y el Renacimiento, ¿no se llama, para la historia americana, la Conquista? Y entre los hombres del Renacimiento que conquistaron a América o la gobernaron todavía esquiva y montaraz, ¿no vinieron hidalgos del solar de los Bolívares de Vizcaya, cuyo blasón de faja de azur sobre campo de sinople había de trocarse, en su posteridad, por un blasón más alto, que es la bandera de Colombia? Cuando se ilumina este recuerdo la vocación heroica, lanzada a destrozar el yugo de la Conquista, se representa en la imaginación como si el genio de aquella misma sobrehumana gente que puso por sus manos el yugo despertase, tras el largo sopor del aquietamiento colonial, con el hambre de la aventura y el ímpetu en que acaba el desperezo felino. El Libertador, Bolívar, pudo llamarse también el Reconquistador.

Al finalizar 1826, en la cúspide de los encumbramientos humanos, numen y árbitro de un mundo, volvió Bolívar a Colombia para asumir el mando civil. Pronto la embriaguez del triunfo y de la gloria había de trocarse en la “embriaguez de absintio”, de que hablan los trenos del profeta. Todo lo

que resta de esa vida es dolor. Aquella realidad circunstante, que él había manejado a su arbitrio mientras duró su taumaturgia heroica, plegándola, como blanda cera, al menor de sus designios; sintiéndola encorvarse, para que él se encaramara a dominar, como sobre el lomo de su caballo de guerra, y viéndola dar de sí la maravilla y el milagro cuando él los necesitaba y evocaba, se vuelve, desde el preciso punto en que la epopeya toca a su término, rebelde y desconocedora de su voz. Antes las cosas se movían en torno de él como notas de una música que él concertaba, épico Orfeo, en armonía triunfal; ahora quedarán sordas e inmóviles, o se ordenarán en coro que lo niegue y denigre. Lógica y fatal transición, si se piensa.

Esa realidad social que le rodeaba, esa América amasada a fuego y hierro en las fraguas vulcánicas del conquistador, escondía, cuando sonó la hora de su revolución, bajo el aparente enervamiento servil, un insondable pozo de voluntad heroica, de virtudes guerreras, acrisoladas por su propio letargo secular, como el vino que se añeja en sombra y quietud. Apenas llegó quien tenía la palabra del conjuro, toda aquella efervescencia adormecida salió a luz, capaz de prodigios: en el genio agitador y guerrero halló entonces la realidad el polo que la imantase según las afinidades de su naturaleza, y allí donde el genio fue, la realidad lo siguió y obedeció con anhelo filial. Pero, consumada la parte heroica, la obra que esperaba al héroe, a la vuelta del triunfo, como las preguntas de la Esfinge, era la manera de asimilar, de organizar el bien conquistado, de desenvolver, por la eficacia del valor civil y de la sabiduría política, aquel germen precioso, aunque en pura potencia, que el valor militar y la inspiración de las batallas habían conquistado, menos como premio disfrutable que como promesa condicional y relativa. Y para semejante obra no había en la realidad más que disposiciones adversas; no había en el carácter heredado, en la educación, en las costumbres, en la relación geográfica, en la económica, más que resistencia inerte u hostil.

Fundar naciones libres donde la servidumbre era un tejido de hábitos que espesaban y arreciaban los siglos; naciones orgánicas y unas donde el desierto ponía entre tierra y tierra habitada más tiempo y azares que la mar que aparta a dos mundos; infundir el estímulo del adelanto donde confinaban con la hosquedad de la barbarie el apocamiento de la aldea; formar

capacidades de gobierno donde la cultura era una superficie artificial y tenuísima; hallar resortes con qué mantener, sin la represión del despotismo, el orden estable: tal y tan ardua es la obra. El conflicto de fin y medios que ella planteaba, a cada paso, en la realidad externa, no perdonaba al mismo espíritu del obrero, del Libertador, mucho más predestinado para héroe que para educador de repúblicas; mucho más grande, en sus designios políticos, por la iluminada visión del término lejano y la soberana potencia del impulso inicial, que por el esfuerzo lento y oscuro con que se llega de este a aquel extremo en las empresas que son de resignación, de cautela y de perseverancia. Junto a estos obstáculos esenciales quedaban todavía los que accidentalmente encrespaba la ocasión: quedaba aquella impura hez que deja al descubierto la resaca de las revoluciones; las energías brutales que se adelantan a primer término; los calenturientos delirios que se proponen por ideas; la ambición, que pide el precio usuario de su anticipo, de valor o de audacia, y la exacerbada insolencia de la plebe, que recela el más legítimo uso del poder en el mismo a quien ha tentado, o tentará mañana, con los excesos brutales de la tiranía.

Desde sus primeras horas de gobierno, Bolívar tiene en torno suyo la desconfianza, el desvío y, muy luego, la conspiración que le amaga, mientras en el fondo de su propia conciencia él siente agitarse aquella sombra que, excitada por la hostilidad prematura y violenta, pone en sus labios la confesión viril del mensaje en que ofrece al Congreso su renuncia: "Yo mismo no me siento inocente de ambición". No habían pasado de esto dos años, y la autoridad que investía no era ya el mandato de las leyes, sino el poder dictatorial. La organización política que dejara fundada, con el omnipotente prestigio de sus triunfos, en el Perú y Bolivia, se deshace en su ausencia; los intereses y pasiones toman allí otros centros, que tienden al desquite de la sumisión servil a las ideas y a las armas del Libertador, encelando el espíritu de autonomía, y la guerra estalla entre Colombia y el Perú. Él había soñado en congregar las naciones creadas por su genio en nueva liga anfictiónica, y aún no bien constituidas, peleaban entre sí, como desde el vientre de la madre pelearon los hijos de Rebeca.

Entretanto en Colombia, la exacerbación de la discordia civil llegaba hasta armar el brazo de los conjurados, que en la noche del 25 de septiem-

bre de 1828, asaltando la casa de Bolívar, intentan dirigir sus puñales al pecho del Libertador. Y mientras la frustrada conspiración de sus enemigos deja en su pecho, si no la herida sangrienta, la amargura de tamaña iniquidad, el conciliábulo de sus propios parciales hace relucir afanosamente ante sus ojos tentaciones monárquicas que él sabe rechazar con imperturbable conciencia de su dignidad y de su gloria. Merced a esta firmeza no surge de tanto desconcierto una completa ruina de las instituciones democráticas; pero persiste la aciaga fatalidad de la dictadura, donde por fuerza había de amenguarse la talla del héroe, en ministerio indigno de su altura moral. La rebelión contra el gobierno de hecho se desata en Popayán, con López y Obando; más tarde, en Antioquia, con Córdoba, y no es reducida sino a costa de sangre, que fomenta los odios. Ni acaban las calamidades en esto. En 1829, lograda ya la paz con el Perú, cosa aún más triste y cruel sucede a aquella guerra fratricida. Venezuela se aparta de la unión nacional que diez años antes completó los laureles de Boyacá; la unidad de Colombia perece, y el grito de esa emancipación llega a los oídos de Bolívar coreado por el clamor furioso y procaz con que, desde la propia tierra en que nació, enceguecidas muchedumbres le acusan y exigen de la Nueva Granada su anulación y su destierro.

La estrella de Bolívar ha tocado en la sombra que la anegará; su ruina política es, desde ese momento, inconjurable.

En enero de 1830 abría sus sesiones la asamblea llamada a restaurar el orden constitucional, y el Libertador abandonaba el poder y se retiraba, aunque todavía sin franco ánimo de oscurecerse, a su quinta de las vecindades de Bogotá, de donde salió muy luego para Cartagena, en alejamiento que había de ser definitivo. Ni la salud ni la fortuna iban con él, como prendas salvadas del naufragio. Flaqueábale el cuerpo, herido de irremediable mal del pecho, que estampaba ya en su exterior los signos de una vejez prematura. De la heredada riqueza no quedaba nada: toda la habían consumido entre la abnegación y el abandono. En cuanto a penas del alma, cruzaban sus dardos sobre él las del dolor desinteresado, como de padre o de maestro, y las del dolor egoístico de la ambición rota y afrentada. Y ni aun en el pensamiento del porvenir había refugio a tanto dolor, porque lo más triste de todo es que Bolívar vivió en el escaso resto de sus días en la

duda de la grandeza de su obra y la desesperanza de los destinos de América. Por si alguna chispa de fe pudiera alentar bajo estas cenizas, no tarda mucho tiempo en persuadirse de que su ostracismo no tendrá siquiera la virtud de restablecer el sosiego. Harto a menudo, un ruido de armas removidas, allí donde hay guarnición de soldados, anuncia, no, como un día, la gloria de la guerra, sino la vergüenza del motín; los restos del ejército que había libertado un mundo se disolvían en esa agitación miserable.

De los vecinos pueblos hispanoamericanos llegaba el eco de parecidas turbulencias. Y como si todo este espectáculo de la América anarquizada y en delirio necesitara, para herir a Bolívar más de agudo, condenarse en un solo hecho atroz que colmase las ingratitudes y las subversiones y le traspasara a él en el centro de sus afectos, pronto había de saber el vil asesinato de Sucre, el preclaro Mariscal de Ayacucho, cazado, como un vulgar malhechor, en un desfiladero de los Andes, sin que fuese escudo a la saña de la demagogia la gloria militar más austera y más pura de la revolución de América. Amarguísima carta escrita en aquella ocasión por Bolívar trasluce hasta qué punto extremó su desaliento ese crimen. Tal es la situación de su ánimo cuando se oye llamar de Bogotá, donde el gobierno de Mosquera ha sido derribado y el motín, triunfante, quiere la vuelta del Libertador. Un último encrespamiento de su instinto de dominación y de su fe en sí mismo le estremece, y por un instante vuelve los ojos a los que le llaman; pero luego que advierte cómo es la sedición militar la que, sin conocida sanción de los pueblos, le tienta con un poder arrebatado a sus poseedores legítimos, recobra su voluntad de apartamiento y su actitud estoica, y altivo arranque de su dignidad le libra de romper aquel solemne ocaso de su vida con las vulgares pompas de un triunfo de pretor.

Agravado su mal, trasládase en el otoño de 1830 a Santa Marta. Allí, donde diez y ocho años antes tomó el camino de sus primeras victorias; allí, arrullado por el trueno del mar, espera la cercana muerte, epilogando, como el mar, con la tristeza de una calma sublime, la sublimidad dinámica de sus desates tempestuosos. Su espíritu, purificado y aquietado, solo tiene, en aquellas últimas horas, palabras de perdón para las ingratitudes, de olvido para los agravios, y votos de concordia y amor para su pueblo. Pocos hombres vivieron, en el torbellino de la acción, vida tan bella; ninguno

murió, en la paz de su lecho, muerte más noble. Comenzaba la tarde del 17 de diciembre de 1830 cuando Simón Bolívar, el Libertador de nuestra América, rindió el último aliento.

Había dado a la América de origen español su más eficaz y grande voluntad heroica, el más espléndido verbo tribunicio de su propaganda revolucionaria, la más penetrante visión de sus destinos futuros, y concertando todo esto, la representación original y perdurable de su espíritu en el senado humano del genio. Para encontrarle pares es menester subir hasta aquel grupo supremo de héroes de la guerra, no mayor de diez o doce en la historia del mundo, en quienes la espada es como demiurgo innovador que, desvanecida la efímera luz de las batallas, deja una huella que transforma, o ha de transformar en el desenvolvimiento de los tiempos, la suerte de una raza de las preponderantes y nobles.

¿Qué falta para que en la conciencia universal aparezca, como aparece clara en la nuestra, esa magnitud de su gloria? Nada que revele de él cosas no sabidas ni que depure o interprete de nuevo las que se saben. Él es ya del bronce frío y perenne, que ni crece, ni mengua, ni se muda. Falta solo que se realce el pedestal. Falta que subamos nosotros y que con nuestros hombros encumbrados a la altura condigna, para pedestal de estatua semejante, hagamos que sobre nuestros hombros descuelle, junto a aquellas figuras universales y primeras, que parecen más altas solo porque están más altos que los nuestros los hombros de los pueblos que las levantan al espacio abierto y luminoso. Pero la plenitud de nuestros destinos se acerca, y con ella la hora en que toda la verdad de Bolívar rebose sobre el mundo.

Y por lo que toca a la América nuestra, él quedará para siempre como su insuperado héroe epónimo. Porque la superioridad del héroe no se determina solo por lo que él sea capaz de hacer, abstractamente valoradas la vehemencia de su vocación y la energía de su aptitud, sino también por lo que da de sí la ocasión en que llega, la gesta a que le ha enviado la consigna de Dios, y hay ocasiones heroicas que, por trascendentes y fundamentales, son únicas o tan raras como esas celestes conjunciones que el girar de los astros no reproduce sino a enormes vueltas de tiempo.

Cuando diez siglos hayan pasado; cuando la pátina de una legendaria antigüedad se extienda desde el Anáhuac hasta el Plata, allí donde hoy

campea la naturaleza o cría sus raíces la civilización; cuando cien generaciones humanas hayan mezclado, en la masa de la Tierra, el polvo de sus huesos con el polvo de los bosques, mil veces deshojados, y de las ciudades, veinte veces reconstruidas, y hagan reverberar en la memoria de hombres que nos espantarían por extraños si los alcanzáramos a prefigurar, miríadas de nombres gloriosos en virtud de empresas, hazañas y victorias de que no podemos formar imagen, todavía entonces, si el sentimiento colectivo de la América libre y una no ha perdido esencialmente su virtualidad, esos hombres, que verán como nosotros en la nevada cumbre del Sorata la más excelsa altura de los Andes, verán, como nosotros también, que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar.

CORNELIO HISPANO

BOLÍVAR, ÍNTIMO*

"MANUELITA LA BELLA"[1]

EN LA MAÑANA del 16 de junio de 1822, después de las batallas de Pichincha y Bomboná, hacía el Libertador su entrada triunfal a Quito. La ciudad estaba de gala: arcos, banderas, festones, trofeos, lucían por las calles que debían ver pasar al vencedor. En las afueras de la ciudad, bajo lujosa tienda de campaña, se le sirvió al héroe. Desembocaba a la plaza principal la cabalgata, cuando Bolívar sintió caer sobre su cabeza una magnífica corona de laurel y olivo adornada con cintas de colores; levantó la mirada al balcón desde el cual se la habían arrojado y vio una hermosa dama que con el fulgor de sus ojos negros hizo bajar los suyos, acostumbrados a mirar de frente el peligro, la muerte y la gloria. A las puertas del Cabildo doce bellísimas niñas, vestidas de blanco, coronadas de rosas, depositaron en las sienes de Bolívar una corona de laurel. Por la noche se le ofreció un suntuoso baile.

---

* *Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur, por los más grandes escritores americanos*, Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1944, t. III, pp. 179-204.

1. Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas. Ropa Vieja*, Barcelona, España, Montaner y Simón Editores, 1896; Arístides Rojas, "El Libertador y la Libertadora del Libertador", *Leyendas históricas de Venezuela*, Caracas, Imprenta de la Patria, 1890; Venancio Ortiz, *Recuerdos de un pobre viejo*, Bogotá, Papel Periódico Ilustrado, 1887; Manuel J. Calle, *Leyendas del tiempo heroico: episodios de la guerra de la independencia americana*, Madrid, Editorial América, 1918; Daniel Florencio O'Leary, *Memorias del general O'Leary*, Caracas, Imprenta El Monitor, 1883, v. III; José María Cordoves Moure, *Reminiscencias de Santafe y Bogotá*, Bogotá, Librería Americana, 1899; Eduardo Posada, "La Libertadora", *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá), (agosto de 1925).

—La señora Manuela Sáenz de Thorne –dijo don Juan Larrea al presentar una dama al Libertador–.

Este reconoció en la presentada a la bellísima mujer de los ojos negros que le había arrojado la corona desde el balcón de una de las casas de la plaza.

Aquella dama se había de llamar después, para los contemporáneos "Manuelita la Bella", y para la historia, "La Libertadora". Manuelita fue la más afortunada de las queridas de Bolívar, la que compartió su lecho por más largo tiempo, la que más disfrutó de su confianza. Ella fue la brillante compañera de los días de gloria y la fiel compañera de los días de desgracia; dos veces salvó la vida de su amante, y, cuando él murió, se retiró a una lejana playa del mar Pacífico, donde hasta en su fresca ancianidad rindió culto a su memoria. Allí la conoció Palma, quien nos dejó de ella el perfil que guardará la leyenda.

No está averiguado aún el lugar donde vio la luz. Algunos pretenden que fue quiteña, otros porteña, quienes la hacen nacer en Lima, quienes en Paita. Lo cierto es que pertenecía a una familia de distinguida posición social, que se educó en un convento de monjas, que en 1817 se casó con don Jaime Thorne, médico inglés, quien la llevó a Lima, donde, en 1822, figuró como caballeresa de la Orden del Sol, instituida por San Martín.

"Después de la victoria de Pichincha –dice Palma–, alcanzada por Sucre en mayo de 1822, llegó el Libertador a Quito, y en esa época principiaron sus relaciones amorosas con la bella Manuela". Eduardo Posada observa, al margen de la anterior afirmación, que Bolívar no estuvo en Quito en aquella época sino pocos días, que regresó a Pasto y no volvió a aquella ciudad sino a principios de 1823, época en la cual permaneció seis meses, hasta el 5 de agosto, en que se embarcó para el Perú. Es más probable, pues, que Eros atase con guirnalda de rosas aquellos corazones en 1823.

> Durante el primer año de permanencia del Libertador en el Perú –continúa Palma– la Sáenz quedó en el Ecuador entregada por completo a la política. Fue entonces cuando, lanza en ristre, y a la cabeza de un escuadrón de caballería, sofocó un motín en la plaza y calles de Quito. Poco antes de la batalla de Ayacucho se reunió Manuela con el Libertador, que se encontraba en Huaras.

> Todos los generales del ejército, sin excluir a Sucre, y los hombres más prominentes de la época, tributaban a la Sáenz las mismas atenciones que habrían acordado a la esposa legítima del Libertador. Las señoras únicamente eran esquivas para con la favorita, y ésta, por su parte, nada hacía por conquistarse simpática benevolencia entre los seres de su sexo.

Cuando el Libertador siguió al Sur, parece que Manuelita se quedó en Lima y que era guardadora del archivo de su amante, a juzgar por una carta que figura en O'Leary[2], en la cual Tomás de Heres dice a Bolívar, de Lima, con fecha 16 de diciembre de 1825:

"Para que se publicara el facsímile de la carta de Canterac la he pedido a Manuelita, quien, en virtud de las órdenes de V.E., ha tenido dificultad en dármela. Si al fin la venzo y recibo la carta, dejaré una copia legalizada por tres escribanos, etc. Si V.E. lo tiene a bien, podría dar orden a Manuelita para que me proporcionara siempre cuantos documentos le pidiese en lo sucesivo, etcétera".

Al regreso del Libertador a Colombia, Manuelita se quedó en Lima. Allí estaba cuando la traición de Bustamante, en la cual desempeñó importante papel. Ella no podía ser indiferente a aquella rebeldía contra Bolívar, y penetró disfrazada en uno de los cuarteles con el propósito de hacer reaccionar un batallón, mas fracasó en su intento.

Tomás de Heres, una de las víctimas de aquella insubordinación, dice de Guayaquil, el 24 de febrero de 1827: "La señorita Manuelita Sáenz le dijo a un amigo mío que había querido verme, pero que Bustamante no se lo había permitido. En consecuencia de esto, ella misma en persona llevó al dicho amigo un pliego muy abultado para mí; pero temeroso él de que lo sorprendiesen, no quiso remitírmelo"[3].

El Gobierno del Perú que surgió de aquel golpe de cuartel desterró a Manuelita, y entonces ella se dirigió a Colombia.

Otra laguna se encuentra aquí en esta bella historia: ¿En qué tiempo preciso, por qué vía, con quién vino a Bogotá Manuela? Nadie lo dice. Posada

2. D.F. O'Leary, *op. cit.*, v. I, p. 324.
3. *Ibid.*, v. V, p. 175.

supone que quizá vino con el gran equipaje del Libertador, despachado de Popayán, por el general Mosquera, en noviembre de 1827.

Bolívar se ausentó de Bogotá en marzo de 1828 y regresó en junio. Durante su ausencia suena Manuelita con motivo del fusilamiento en efigie de Santander en la quinta Bolívar.

Celebraron por aquel tiempo los amigos del Libertador festejos en aquella quinta. Asistieron varios militares y algunos hombres civiles. Manuelita los recibió afablemente e hizo los honores de la casa. Eran días de discordia, los ánimos estaban enconados, y, en medio del entusiasmo de aquel día, los invitados de Manuela fusilaron en el patio de la quinta un muñeco al que pusieron el nombre de Santander. Entre los concurrentes estaba el general Córdoba, boliviano, pero a quien indignó aquel hecho vulgar, y lo comunicó inmediatamente al Libertador. Bolívar le contestó calificando aquella escena de "eminentemente torpe y miserable", y, refiriéndose a Manuela, le decía:

> En cuanto a la amable loca, ¿qué quiere usted que yo le diga? Usted la conoce de tiempo atrás; yo he procurado separarme de ella, pero no se puede nada contra una resistencia como la suya; sin embargo, luego que pase este suceso pienso hacer el más determinado esfuerzo para hacerla marchar a su país, o donde quiera. Mas diré que nunca ha hecho otra cosa que rogar, pero no ha sido oída sino en el asunto de C. Alvarado (cuya historia no me daba confianza de su fidelidad). Yo no soy débil ni temo que me digan la verdad; usted tiene más que razón; tiene una y mil veces razón. Rompa usted esta carta, que no quiero que se quede rodando este miserable documento de ruindad y tontería.

Esa amable loca debía salvarle la vida, con sus locuras, en dos ocasiones y poco tiempo después.

Además de la quinta Bolívar habitó Manuelita en Bogotá la quinta de Guanacas, abajo del Hospicio, de la cual nos dice un cronista bogotano, don Medardo Rivas:

> Aquella quinta en otro tiempo fue el teatro de los devaneos de doña Manuela Sáenz, a quien el vulgo llamaba la Libertadora; quinta de fiestas, de bailes, de

> banquetes, en donde aquella mujer ostentaba toda su gracia varonil y toda la pompa de una reina; donde se hacían combinaciones bolivianas que habían de decidir del porvenir de América, y donde los jóvenes representantes de Colombia, ebrios de amor, de placer y de vino, olvidaban las cadenas de oro de la patria; quinta que fue perdiendo su opulencia, y que en la época de esta historia nada conservaba ya de su esplendor sino los recuerdos.

En junio de 1828 Manuelita vivía en la plazuela de San Carlos, cerca de Palacio. En agosto se dio en el Coliseo (hoy Teatro Colón) un baile de máscaras para conmemorar la Batalla de Boyacá, y en aquella noche se trató de llevar a efecto la conspiración que se tramaba contra el Libertador. Marcelo Tenorio, testigo presencial de aquellas escenas, refiere:

> Pocas veces se había manifestado el general Bolívar, en concurrencias de aquella clase, tan contento como esa noche, cuando una ocurrencia sumamente desagradable para él le hizo salir intempestivamente, y se salvó. Se hallaba en el patio con el coronel Fergusson, y de repente vio pasar mal disfrazada a esa misma hermosa señora que dice el doctor González se le presentó en Palacio, espada en mano, la noche del 25. Bolívar la reconoció y, volviéndose a su edecán, le dijo, como dudando de lo que veía: —Coronel, ¿es? —Sí, mi general. —Esto no se puede sufrir –replicó Bolívar; y salió precipitadamente sin despedirse de nadie–. Fergusson le preguntó si quería que le acompañase y contestó que no. El mismo coronel me ha referido lo expuesto. El general Córdoba, que estaba disfrazado, pero sin máscara, había salido al corredor de la entrada momentáneamente, y al pasar Bolívar junto a él, de quien no fue conocido, le dijo: —Qué ¿se va usted, mi general? —Sí, muy disgustado; acompáñeme usted y le contaré. Córdoba le dio el brazo, y media hora después volvió al baile, donde me confirmó lo que Fergusson me había dicho.[4]

La tragedia septembrina es sabida de todos. Aquella nefanda noche la serenidad varonil de aquella mujer salvó la vida al Padre de la Patria. Todos nuestros historiadores refieren el hecho, los conjurados lo relataron, el proceso se imprimió, y la misma heroína hizo la relación de aquella

4. José Félix Blanco y Ramón Azpurúa, *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*, Caracas, Imprenta La Opinión Nacional, 1875, t. III, p. 64.

triste página de nuestros anales en carta, dirigida de Paita, el 10 de agosto de 1850, al general O'Leary, carta muy conocida, de la cual insertamos algunos párrafos:

"El 25, a las seis, me mandó llamar el Libertador. Contesté que estaba con dolor en la cara. Repitió otro recado, diciéndome que mi enfermedad era menos grave que la suya y que fuera a verlo. Como las calles estaban mojadas, me puse mis zapatos dobles (que le sirvieron en la huida, porque las botas las habían sacado para limpiarlas). Cuando entré estaba en baño tibio. Me hizo que le leyera durante el baño; después se acostó, se durmió profundamente, sin más precaución que su espada y pistola, sin más guardia que la de costumbre. Serían las doce de la noche cuando latieron mucho dos perros del Libertador, y, además, se oyó un ruido extraño, que debió ser el choque con los centinelas. Desperté al Libertador, y lo primero que hizo fue tomar su espada y una pistola y tratar de abrir la puerta. Lo contuve y lo hice vestir, lo que verificó con mucha serenidad y prontitud, y me dijo: 'Bravo, vaya pues, ya estoy vestido; y ahora, ¿qué haremos? ¡Hacernos fuertes!'. Volvió a querer abrir la puerta y volví a detenerlo. Entonces se me ocurrió lo que le había oído al mismo general un día: '¿Usted no le dijo a don Pepe París que esta ventana era muy buena para un lance de estos?'.

"'Dices muy bien' –me dijo; y se acercó a la ventana; yo impedí que se botase porque pasaban gentes, y lo hizo cuando no hubo nadie, y porque ya estaban forzando la puerta. Yo fui a encontrarlos y a dar tiempo a que saltase, pero no pude cerrar la ventana. Al verme me agarraron y me preguntaron: '¿Dónde está Bolívar?'. Les dije que en el Consejo; registraron las piezas, y viendo la ventana abierta, exclamaron: '¡Huyó, se ha salvado!'. Yo les decía: 'No, señores, no ha huido, está en el Consejo; yo acabo de abrir la ventana porque deseaba saber qué ruido había'. Unos me creían y otros se pasaron al otro cuarto, tocando la cama caliente, y más se desconsolaron, por más que les decía que yo estaba acostada esperándolo; con esto se enfadaron mucho, y me llevaron consigo, hasta que encontré a Ibarra herido, y al verme me dijo: '¿Conque han muerto al Libertador?'. '¡No, Ibarra, el Libertador vive!'. Convengo que ambos estuvimos imprudentes. Al oír pasos de botas herradas me asomé a la ventana y vi pasar al coronel Fergusson, que venía a la carrera; me vio con la luna, que era mucha; me preguntó

por el Libertador, y yo le dije que no sabía de él, pero le previne que no entrara porque lo matarían, a lo cual me contestó que moriría llenando su deber. A poco oí un tiro, que fue el pistoletazo que le disparó Carujo. Luego llegaron los generales Urdaneta y Herrán y otros a preguntar por el Libertador, y yo, por no ver curar a Ibarra, me fui a la plaza y allí encontré al general a caballo, hablando con Santander y Padilla, entre mucha tropa que daba vivas al Libertador. Cuando regresó a la casa me dijo: 'Tú eres la Libertadora del Libertador'. Luego se cambió de ropa y quiso dormir algo, pero no pudo, porque a cada rato me preguntaba sobre lo ocurrido, y me decía: 'No me digas más'. Yo callaba y él volvía a preguntar, y en esta alternativa amaneció. Los conjurados entraron con puñal en mano y con un cuero guarnecido de pistolas al pecho. Todos traían puñales y pistolas, pero más Zuláibar y Horment. Entraron con farol grande, con algunos artilleros de los reemplazos del Perú. El Libertador salió con una pistola y con el sable que no sé quién le había regalado de Europa. Al tiempo de caer a la calle, pasaba su repostero y lo acompañó. Sobre la clemencia del Libertador basta decirle que yo tuve en mi casa a personas que buscaban, y que él lo sabía, y que yo no fui más que el instrumento de la magnanimidad del gran Bolívar".[5]

Florentino González, uno de los conjurados, refiere así su entrevista con Manuela la noche septembrina:

> Cuando rompimos, pues, la puerta de su cuarto de dormir, ya Bolívar se había salvado. Nos salió al encuentro una hermosa señora, con una espada en la mano, y con admirable presencia de ánimo y muy cortésmente nos preguntó qué queríamos. Correspondimos con la misma cortesía, y tratamos de saber por ella en dónde estaba Bolívar. Alguno de los conjurados llegó poco después y profirió algunas amenazas contra aquella señora, y yo me opuse a que las realizara, manifestándole que no era aquel el objeto que nos conducía allí. Procedimos a buscar a Bolívar, y un joven negro, que le servía, nos informó que se había arrojado a la calle por la ventana, que Carujo había descuidado de guardar, y adquirimos la certidumbre de que Bolívar se había escapado.[6]

5. D.F. O'Leary, "Apéndice", *op. cit.*, v. III, p. 370.
6. Biblioteca Popular, Bogotá.

Juan Francisco Ortiz, en sus amenas *Reminiscencias*, habla así de Manuela:

> Tendría cuando la conocí veinticuatro años; el cabello negro y ensortijado; los ojos también negros, atrevidos, brillantes; la tez blanca como la leche, y encarnada como las rosas; la dentadura, bellísima; de estatura regular y de muy buenas formas; de extremada viveza; generosa con sus amigos; caritativa con los pobres; valerosa, sabía manejar la espada y la pistola; montaba muy bien a caballo vestida de hombre, con pantalón rojo, ruana negra de terciopelo, y suelta la cabellera, cuyos rizos se desataban por sus espaldas debajo de un sombrerillo con plumas que hacía resaltar su figura encantadora.

Próspero Pereira Gamba relata así una visita que hizo, siendo niño, a la quinta Bolívar:

> Otro día –dice– fuimos a su quinta, sobre el riachuelo del Boquerón y a la falda del Monserrate, y nos recibió una de las damas más hermosas que recuerdo haber visto en este tiempo: de rostro color perla, ligeramente grueso y ovalado; de facciones salientes, todas bellas; ojos arrebatadores, donosísimo seno y amplia cabellera, suelta y húmeda como empapada en reciente baño, la cual ondulaba sobre la rica, odorante, vaporosa bata que cubría sus bien repartidas formas. Con un acento costeño, pero halagador y suavísimo, dio gracias a Petrona por el regalo de costumbre, y a mí me invitó a corretear por el jardín fronterizo a las habitaciones y por el bosquecillo de uno de sus costados, convidándome luego con el refrescante *guarrús* y las sabrosas confituras que se usaban entonces.
>
> Esta maga, que fue la animación de los pensiles y huertos en la histórica quinta de Bolívar, se llamó Manuela Sáenz, de notoria celebridad en esa época galante, según las crónicas conocidas.[7]

En 1829, cuando los peruanos invadieron a Colombia, Bolívar se ausentó hacia el teatro de la guerra, y Manuelita continuó viviendo en Bogotá. Su nombre figura en la correspondencia de don José Ignacio París con el Libertador: "Hace días que no veo a Manuelita –le dice en carta del 10 de enero–, pero está buena. El otro día dio un convite en obsequio de

7. *Colombia Ilustrada* (Bogotá), (24 de noviembre de 1890).

la proclama de Riva Agüero y emborrachose el señor Valdivieso; ¡estuvo graciosísimo! ¡Por poco nos enseña el idioma de los Incas!". Y luego, el 29 de julio: "Aún no he visto a Manuelita, y he tenido la desgracia de que no le gustan las esmeraldas".

En mayo de 1830 salió el Libertador de Bogotá para no volver jamás. Se acercaban las supremas melancolías, el ruido de las aclamaciones había cesado, y el resplandor de los triunfos parecía extinguirse. Bogotá, que tantas veces echó a vuelo sus campanas para recibirlo bajo palmas de oro, y tantas veces lo coronó de rosas, lo dejaba salir ahora, en silencio, sobre una mula, camino de Guaduas. Así también salió en Caracas en 1827, un día en que el delirio y entusiasmo de los caraqueños por su preclaro coterráneo se había disipado, para dar lugar a la fría indiferencia. Entonces, también, Bolívar deja a Caracas, acompañado solamente de sus edecanes, y al pasar por el puente de la Trinidad, refiere un cronista, llama la atención del coronel Fergusson, y exclama:

—¿Recuerda usted, coronel, los primeros días de mi entrada a Caracas?

—Jamás había presenciado entusiasmo semejante –contestó el edecán.

—Hoy salimos como derrotados –repuso Bolívar; y agregó:

—¡Todo es efímero en este mundo!

El grupo siguió silencioso, y al encontrarse el Libertador frente a frente de las ruinas de la Trinidad, detiene el caballo y dice: "Estas ruinas me traen recuerdos de mi niñez. El culto de mi familia al Misterio de la Trinidad data de mis abuelos. ¡Cuántos años pasarán todavía antes que estos escombros vuelvan a su antiguo esplendor!"[8].

Simón Bolívar, como todos los hombres verdaderamente extraordinarios, saboreó todos los filtros hechizantes y apuró todas las amarguras humanas. "¡Todo es efímero en este mundo!". Eso mismo dijo Salomón, el rey sabio, y eso pensaría muchas veces el solitario de Santa Elena.

Solo Manuelita no se resignó a la oscuridad ni al eclipse de su ídolo. La poseía la venganza que la hizo capaz de proezas legendarias. Poco después de la salida de Bolívar se celebraba en la plaza de Bogotá la fiesta del

8. A. Rojas, *op. cit.*, t. I, p. 49.

Corpus, con fuegos artificiales y figuras grotescas, entre las cuales había dos con los nombres de *Despotismo* y *Tiranía.* Aquello se tomó como una caricatura de Bolívar y Manuela, y esta, no pudiendo contener su cólera, montó a caballo, y acompañada de dos negras llamadas Natán y Jonatás, que siempre la acompañaban también ecuestres, se fue a la plaza y trató de derribar los castillos pirotécnicos. Rechazada por la guardia, estuvo luego tratando de sobornar un batallón. El general Domingo Caicedo, presidente entonces, impidió que se tomara medida alguna contra la Sáenz. Un periódico demagogo de aquel tiempo protestó contra la benévola conducta del señor Caicedo, y refiriéndose a Manuela, decía:

> Una mujer descocada, que ha seguido siempre los pasos del general Bolívar, es la que se presenta todos los días en el traje que no corresponde a su sexo, y del propio modo hace salir a sus criadas, insultando el decoro y haciendo alarde de despreciar las leyes y la moral. Esa mujer, cuya presencia sola forma el proceso de la conducta de Bolívar, ha extendido su insolencia y su descaro hasta el extremo de salir el día 9 del presente a vejar al mismo Gobierno y a todo el pueblo de Bogotá. En traje de hombre se presentó en la plaza pública con dos o tres soldados que conserva en su casa y cuyos prés paga el Estado, atropelló las guardias que custodiaban el castillo destinado para los fuegos de la víspera del Corpus, y rastrilló una pistola que llevaba, declamando contra el Gobierno, contra la libertad y contra el pueblo. Empero nada ha producido un sentimiento tan profundo como el haberse asegurado que su excelencia el Vicepresidente de la República, encargado del Poder Ejecutivo, pasó personalmente, con mengua de su dignidad y carácter público, a la habitación de aquella forastera a sosegarla y satisfacerla, cuando su delito exigía que hubiese sido conducida en el acto a una prisión, juzgada y castigada conforme a las leyes.

Después, en medio del alborozo por el triunfo de la revolución de aquel año, de la cual fue inspiradora, Manuelita, que ya no debía ser feliz, recibió esta carta:

Cartagena, diciembre 18 de 1830.

A mi señora doña Manuela Sáenz.
Mi respetable y desgraciada señora:
He prometido escribirle a usted y hablarle con verdad. Voy a cumplir este encargo, y empezaré por darle la más fatal noticia.
Llegué a Santa Marta el 12, y al mismo momento me fui para San Pedro, donde se halla el Libertador. S.E. estaba ya en estado cruel y peligroso de enfermedad, pues desde el día 10 había hecho su testamento y dado una proclama a los pueblos, en la que se despide para el sepulcro. Permanecí en San Pedro hasta el 16, que partí para esta ciudad, dejando a S.E. en estado de agonía que hacía llorar a todos los amigos que le rodeaban. A su lado estaban los generales Montilla, Silva, Portocarrero, Carreño, Infante y yo, y los coroneles Cruz Paredes y Wilson, capitán Ibarra, teniente Fernando Bolívar, y algunos otros amigos. Sí, mi desgraciada señora, el grande hombre estaba para dejar esta tierra de la ingratitud y pasar a la mansión de los muertos, a tomar asiento en el templo de la posteridad y de la inmortalidad, al lado de los héroes que más han figurado en esta tierra de miseria. Le repito a usted, con el sentimiento del más vivo dolor, con el corazón lleno de amarguras y heridas, dejé al Libertador el día 16 en los brazos de la muerte, en una agonía tranquila, pero que no podía durar mucho. Por momentos estoy aguardando la fatal noticia, y mientras tanto, lleno de agitación, de tristeza, lloro ya la muerte del Padre de la Patria, del infeliz y grande Bolívar, matado por la perversidad y por la ingratitud de los que a él todo lo debían, que todo lo habían recibido de su generosidad.
Tal es la triste y fatal noticia que me veo en la dura necesidad de dar a usted. Ojalá el cielo, más justo que los hombres, echase una ojeada sobre la pobre Colombia, viese la necesidad que hay de devolverle a Bolívar, e hiciese el milagro de sacarlo del sepulcro en que casi lo he dejado.
Permítame usted, mi respetada señora, llorar con usted la pérdida inmensa que ya habremos hecho, y que habrá sufrido toda la república, y prepárese usted a recibir la última y fatal noticia.
Soy de usted admirador y apasionado amigo, y también su atento servidor q.b.s.p.,

L. Perú de Lacroix.[9]

9. Esta carta existe original entre los manuscritos de la Biblioteca Pineda, legada por el coronel Anselmo Pineda a la Biblioteca Nacional de Bogotá.

El doctor Reverend, aquel galeno francés, que fue el último médico de Bolívar, y que dejó un escrito sobre la postrera enfermedad y los postreros instantes del Libertador, nos refiere que habiendo ido el general Sardá, en aquellos días, a despedirse de Bolívar, este, que estaba en su hamaca, le dijo pausadamente:

—General, aparte un poco su asiento.

Sardá se retiró un poco.

—Un poco más.

Así lo hizo.

—Más todavía –repitió Bolívar.

Algo alterado, dijo entonces Sardá:

—Permítame vuestra excelencia, que no creo haberme ensuciado.

—No tal, es que usted huele a diablos.

—¿Cómo a diablos?

—Quiero decir a cachimba.

Sardá, que no se cortaba fácilmente, con voz socarrona dijo:

—¡Ah!, mi general, tiempo hubo en que vuestra excelencia no tenía tal repugnancia, cuando doña Manuela Sáenz.

—Sí, otros tiempos eran, amigo mío –contestó Bolívar.

Por lo visto, Manuela era gran fumadora.

Muerto Bolívar y triunfantes sus enemigos, Manuela debía ser perseguida. Decretado el destierro, se le hicieron insinuaciones privadas para que abandonara el país, y, como no las atendiera, se resolvió sacarla por la fuerza. Los hijos de don Rufino Cuervo, en la magistral obra histórica consagrada a su padre, nos hacen la siguiente relación:

> Pensando ella, sin duda, que no se atreverían a sacarla por fuerza, se finge enferma: el día fijado, a las tres de la tarde, el alcalde ordinario, acompañado de un alguacil, se presenta en la casa, y dejando en la puerta de la calle diez soldados y ocho presidiarios, penetra hasta la alcoba, a despecho de las voces y amenazas de las negras, y le requiere que se vista y se ponga en camino. Ella, incorporándose, toma sus pistolas y jura que matará al primero que se le acerque; el alcalde se retira en busca de nuevas instrucciones, y reiterada la orden, vuelve, quítanle las armas, métenla, arropándola decentemente, en una silla de manos, y no siendo ya hora de emprender viaje, los presidiarios la

llevan al *Divorcio*, o sea la cárcel de mujeres, y encierran a las negras en sendos calabozos. Al día siguiente (14 de enero de 1834), también en silla de manos, y acompañada por el alcalde, llega a Funza, donde estaban los caballos preparados por el Gobierno para la marcha, y, recobrando su buen humor, sigue contenta su viaje para el Ecuador, por vía de Cartagena.[10]

Julio Mallarino, quien visitó en Europa al sabio Boussingault, refiere lo siguiente:

Al hablarnos de Bolívar hizo de él entusiastas elogios y recordó que por última vez lo había visto en casa del coronel Acosta, en Guaduas, en compañía de doña Manuela Sáenz, cuyas dotes intelectuales y físicas explicaban, si no excusaban, ciertas debilidades del Libertador.
Doña Manuela –nos refirió Boussingault– era tipo originalísimo de mujer; para probarnos un día la eficacia del alcohol, bebido en grandes dosis, contra las mordeduras de las culebras, hizo buscar una venenosísima, que en Guaduas se encuentra, y con la misma serenidad con que se hizo morder en el brazo, consumió en seguida un vaso lleno de coñac. Al día siguiente la vimos aparecer, para calmar nuestra ansiedad, tan fresca y rozagante como siempre la habíamos admirado.
—¡Oh! –nos dijo en otra ocasión– no olviden ustedes en Quito que aquella es la tierra de los lindos bordados.
—¡Mire usted qué maravillas hacen allí! –exclamó la señora; y levantando sin rodeos la falda, nos dejó ver en una pieza íntima de su vestido lo que realmente era una maravilla de obra de aguja–, y esto, señores –añadió sonriendo el anciano–, cuando yo no era la momia que han tenido ustedes la bondad de venir a visitar. Excusado es decirle que Bolívar miraba con visible enojo estos ataques de desenfado en aquella espiritual mujer; ataques que, en verdad, no eran en ella muy frecuentes.[11]

En 1851 visitó Garibaldi, en Paita, puerto peruano, a Manuela. He aquí la relación que nos hace en sus *Memorias* el caudillo italiano:

En Paita desembarcamos, nos detuvimos un día y nos hospedamos en la casa de una generosa señora del país, la cual estaba en el lecho hacía algunos años,

10. Rufino José Cuervo, *Obras*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1954, t. I.
11. *Revista Literaria* (Bogotá), (mayo de 1893). Citado por E. Posada.

> a consecuencia de un ataque de parálisis en las piernas. Parte de aquel día lo pasé al lado de aquella señora, sentada en un sofá, pues aunque mejor de salud, tenía que estar recostada y sin hacer movimiento. *Doña Manuelita Sáenz era la più graziosa e gentile matrona ch'io abbia mai veduto; essendo stata l'amica di Bolívar, conosceva le più minute circostanze della vita del grande liberatore dell' America*, cuya existencia estuvo enteramente consagrada a la emancipación de su patria, y cuyas virtudes no fueron bastantes para librarlo del veneno de la envidia y del jesuitismo (*e del gesuitismo*), que amargaron sus últimos días. ¡Es la eterna historia, la de Sócrates, de Jesucristo, de Colón! ¿Y el mundo ha de continuar siempre presa de estas miserables nulidades que lo engañan?
>
> Después de aquel día, que llamamos delicioso, comparado con las angustias del pasado, casi todo él dedicado a acompañar a la interesante inválida, dejé a esta verdaderamente conmovida. A ambos se nos humedecieron los ojos, presintiendo, sin duda, que aquel día sería para los dos el último. Me embarqué de nuevo en el vapor y llegamos a Lima, siguiendo la bellísima costa del Pacífico.[12]

Thorne, su esposo, no perdió nunca la esperanza de traer a Manuelita al buen camino, y constantemente le escribía llamándola con las frases más tiernas. He aquí lo que nos refiere O'Leary en su tercer tomo de *Narración* y Apéndice[13], libro que he consultado, en Caracas, en la biblioteca de mi excelente amigo el ilustrado bibliófilo, don Manuel Segundo Sánchez:

> A propósito de autógrafos y del de Bolívar que ahora le envío (ésta es una carta que dirigió O'Leary, en 1846, de Bogotá, a un amigo que le había pedido autógrafos), usted ha oído hablar, sin duda, de doña Manuela Sáenz, la excéntrica *cara amica* del general Bolívar. Hace pocos días me mandó una orden para que me entregaran en Bogotá un cofrecito que contiene algunos centenares de cartas que le había dirigido su ilustre amante, y todas de su puño y letra. Apenas he tenido tiempo de recorrerlas, muy a la ligera. Nunca ha habido amante más ardiente ni más apasionado, y, sin embargo, en esas cartas se trasluce un sentimiento de virtuoso pesar por sus ilícitas relaciones, como lo verá usted en esa carta cogida al acaso.
>
> Doña Manuela era casada, y su marido, Thorne, adoraba con frenesí a su infiel

12. Giuseppe Garibaldi, *Memorie Autobiografiche*, Firenze, G. Barbèra, 1895.
13. D.F. O'Leary, *op. cit.*, p. 512 y ss.

esposa, que para arrancarle ese amor violaba sus juramentos y cada día le daba nuevas pruebas de infidelidad; pero en vano; él cada día la amaba más; algunas de sus cartas son testimonio de su inextinguible pasión, que ni el tiempo pudo destruir. No hace mucho que murió, dejándole cuanto poseía. En sus cartas habla con frecuencia de sumas de dinero que le remitía, de 300 y más onzas, algunas veces, y siempre quejándose de que ella no aceptaba sus regalos y de que nunca le pedía dinero. Ella era el ser más desinteresado que he conocido.

La carta de Manuelita para su esposo dice así:

¡No, no, no más, hombre, por Dios! ¿Por qué hacerme pasar por el dolor de decir a usted mil veces, no? Señor, usted es excelente, es inimitable; jamás diré otra cosa sino lo que es usted; pero, mi amigo, dejar a usted por el general Bolívar es algo; dejar a otro marido sin las cualidades de usted sería nada.
¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de este general por siete años, y con la seguridad de poseer su corazón, prefiriera ser la mujer del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, o de la Santísima Trinidad? Si algo siento es que no haya sido usted algo mejor para haberlo dejado. Yo sé muy bien que nada puede unirme a él bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? ¡Ah!, yo no vivo de las preocupaciones sociales inventadas para atormentarse mutuamente.
Déjeme usted, mi querido inglés. Hagamos otra cosa: en el cielo nos volveremos a casar, pero en la Tierra, no. ¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría yo que era usted muy descontento. En la Patria celestial pasaremos una vida angélica y toda espiritual (pues como hombre, usted es pesado); allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación (en amores, digo, pues en lo demás, ¿quiénes más hábiles para el comercio y marina?). El amor les acomoda sin placeres; la conversación, sin gracia, y el caminado, despacio; el saludar, con reverencia; el levantarse y sentarse, con cuidado; la chanza, sin risa: estas son formalidades divinas; pero yo, miserable mortal que me río de mí misma, de usted y de estas seriedades inglesas, etc., ¡qué mal me iría en el cielo!; tan mal como si fuera a vivir en Inglaterra o Constantinopla, pues los ingleses me deben el concepto de tiranos con las mujeres, aunque no lo fue usted conmigo, pero sí más celoso que un portugués. Eso no lo quiero yo: ¿no tengo buen gusto?
Basta de chanzas; formalmente y sin reírme, con toda la seriedad, verdad y pureza de una inglesa, digo que “no me juntaré más con usted”. Usted anglicano

y yo atea, es el más fuerte impedimento religioso: el que estoy amando a otro es mayor y más fuerte. ¿No ve usted con qué formalidad pienso?

Su invariable amiga, *Manuela*

Manuela le envió a Bolívar copia de la carta anterior, y Bolívar le contestó así:

La Plata, 26 de noviembre.

Mi amor: ¿sabes que me ha dado mucho gusto tu hermosa carta? Es muy bonita la que me ha entregado Salazar. El estilo de ella tiene un mérito capaz de hacerte adorar por tu espíritu admirable. Lo que me dices de tu marido es doloroso y gracioso a la vez. Deseo verte libre, pero inocente juntamente; porque no puedo soportar la idea de ser el robador de un corazón que fue virtuoso y no lo es por mi culpa. No sé cómo hacer para conciliar mi dicha y la tuya con su deber y el mío. No sé cortar este nudo, que Alejandro con su espada no haría más que intrincar más y más; pues no se trata de espada ni de fuerza, sino de amor puro y de amor culpable, de deber y de falta: de mi amor, en fin, con Manuelita la Bella.

Bolívar

Respecto del paradero del cofre de cartas que legó Manuelita a O'Leary nada se sabe. Algunos creen que esas cartas deben de estar en Caracas, en algún archivo particular; otros creen que están en París. No estará de sobra decir aquí que entre los papeles que debía contener el Apéndice a la *Narración* de O'Leary, publicado, y recogido después, figuraban unas "Anécdotas" que deben ir en el Apéndice, 1829 a 1830. (Recibo del general Vicente Ibarra, de fecha 29 de septiembre de 1887, expedido al director del Museo Nacional).

Todo lo que se refería a aquella mujer tenía tinte de leyenda. Su esposo murió asesinado en el Perú.

"Una tarde de 1840 a 1841 –dice Palma–, en que Thorne, de bracero con una buena moza que lo consolaba probablemente de las ya rancias

infidelidades de doña Manuela, paseaba por uno de los callejones de la hacienda, se echaron sobre él tres enmascarados y le dieron muerte".

Pocos datos quedan de la vida de Manuela después de su salida de Bogotá. El autor de este escrito hizo reproducir en *El Nuevo Tiempo*, de Bogotá, tomándolas de un diario quiteño, varias cartas inéditas, dirigidas por la Sáenz al general Juan José Flores, y destinadas a pedirle auxilios, invocando la memoria sagrada del Libertador.

He aquí el perfil que nos dejó Palma de aquella mujer fuerte:

> Doña Manuela era una equivocación de la Naturaleza, que en formas esculturalmente femeninas encarnó espíritu y aspiraciones varoniles. No sabía llorar, sino encolerizarse como los hombres de carácter duro. Se la vio en las calles de Quito y en las de Lima cabalgando a manera de hombre en brioso corcel, escoltada por dos lanceros de Colombia y vistiendo dormán rojo con brandeburgos de oro y pantalón bombacho de cotonía blanca. Usó siempre dos anillos de oro y de coral por pendientes. Educada por monjas y en la austeridad de un claustro, era librepensadora. Dominaba sus nervios, conservándose serena y enérgica en medio de las balas y al frente de lanzas y espadas tintas en sangre o del afilado puñal de los asesinos. Usaba la hombruna agua de verbena. Leía a Tácito y a Plutarco; estudiaba la historia de la Península en el Padre Mariana, y la de América en Solís y Garcilaso; era apasionada de Cervantes, Quintana y Olmedo. Se sabía de coro el *Canto a Junín* y parlamentos enteros de *Pelayo*; y sus ojos, un tanto abotagados ya por el peso de los años, chispeaban de entusiasmo al declamar los versos de sus vates predilectos. En la época en que la conocí, una de sus lecturas favoritas era la hermosa traducción poética de los *Psalmos* por el peruano Valdez. (*Ropa vieja*).

Ya anciana y paralítica, los médicos le aconsejaron baños de mar, y ella, huyendo de las capitales donde había resplandecido en su juventud, buscó, como su amado, para morir, la soledad de los mares.

El viajero que pasa por la ilustre ciudad del águila negra y las granadas de oro que fundó en el Valle de los Alcázares el adelantado don Gonzalo Ximénez de Quesada, no deja aquella espléndida sabana sin visitar en las afueras de la ciudad, al oriente, a la salida del boquerón formado por los cerros de Monserrate y Guadalupe, una antigua mansión, circuida de tapias amarillentas, sobre las cuales se levantan las copas florecidas y los

verdes follajes de añosos huertos. Una ancha portada da acceso al patio empedrado de la quinta, donde murmura perennemente una fuente de bronce cubierta de lama. En el centro está la casa con sus espaciosos jardines abandonados, sus corredores solitarios, sus salones en ruinas, donde en otro tiempo resonaron músicas voluptuosas, en noches de festines sorprendidos por la aurora; con sus terrazas que sintieron las férreas botas de los libertadores; con sus alcobas, antiguamente perfumadas, que vieron al héroe, de regreso del Perú, pasar cargado de laureles, arrastrando la formidable espada, y descansar de la gloria en los brazos de rosa del amor. A un lado corre un río, de aguas pobres hoy, bajo árboles silvestres, y en un ángulo del cercado, donde está el baño, descuella un esbelto grupo de oscuros cipreses, cuyas ramas se entrelazan formando como un túmulo funeral que se destaca sobre la limpidez del cielo vespertino. Muchas veces, al ponerse el sol, he recorrido yo aquellos lugares de ensueño, y he pensado que esos históricos cipreses, los sembró el Libertador allí, como símbolo quizá de lo que fue su vida de placeres y amarguras, de esplendores y de tristezas: "¡Todo es efímero en este mundo!".

JOSÉ VERÍSSIMO

BOLÍVAR, PROFESOR DE ENERGÍA*

ESTE HOMBRE LLAMADO Simón Bolívar, el más grande de las Américas y uno de los más grandes de la humanidad, reunió en grado eminente y en una perfecta armonía cualidades excepcionales de pensamiento y de acción.

Aplicando esas cualidades de acción y pensamiento con maravillosa energía y una actividad sobrehumana, realizó Bolívar, con débiles y escasos recursos, y en las condiciones más desfavorables, un hecho tal vez sin igual en la historia: él arrancó a una potencia, entonces el mayor de los imperios coloniales, más de la mitad de sus dominios; él fundó cinco naciones e influyó poderosamente en la formación de otras.

Venezuela, su patria, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia le deben a la vez la emancipación y la existencia; Argentina y Chile le deben potente y decisivo apoyo moral que las ayudó a formarse. Todas las colonias españolas de América encontraron en él ya un valiente paladín, ya un estímulo y un maestro.

En América se le cambió su nombre, de clara estirpe española, por el título de Libertador, con el cual entra en la historia. Si la dominación española no se prolongó en América quién sabe por cuánto tiempo; si el sistema monárquico no se implantó en nuestro continente; si las antiguas colonias nacieron a la emancipación con alguna conciencia de lo que hacían; si no se anarquizaron por completo, y si el particularismo de cada colonia cedió a un sentimiento de fraternidad continental, todo se debe al Libertador.

* *Grandes páginas bolivarianas*, Caracas, Casuz Ediciones, 1974, pp. 85-88; *Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur, por los más grandes escritores bolivarianos*, Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1944, t. II, pp. 205-214. Traducción de Francisco Villaespesa.

La correspondencia de Bolívar, lo mismo que sus escritos políticos, completan gloriosamente la imagen que nos formamos de él al través de los historiadores. Un eminente escritor sudamericano, Rufino Blanco Fombona, ha publicado en París, con diligencia eficaz e inteligentes aclaraciones, las *Cartas de Bolívar* y los *Discursos y proclamas* del mismo. Por medio de estas contribuciones al estudio de Bolívar conocemos al héroe más íntimamente. En sus obras aparece como nos lo pintan los biógrafos: es el mismo personaje en toda su magnífica humanidad y su espléndido civismo.

Este papel de héroe, tan difícil e ingrato, nadie lo ha representado con más gracia y valor, ni con más genio. Y cuando tuvo que escribir cartas particulares –y las escribió en gran número– o documentos de carácter político, ¿quién hizo derroche de mejor estilo? De los escritos del Libertador pudiera extraer una infinidad de máximas en donde la originalidad del pensamiento no resplandecería menos que la expresión, tan vigorosa como elegante.

Uno de los biógrafos ingleses de Bolívar observa –y no exagera cuando lo dice– que el Libertador es el único hombre que ha creado de la nada. Los ingleses no prodigan tales hipérboles: en último análisis, la aserción de ese historiador es exacta. En extrema penuria, careciendo de parques y de ejércitos, es decir, sin medios de acción, Bolívar, derrotado ya una vez y mal visto en su misma patria (1814), emprendió de nuevo y condujo a término la emancipación de las colonias americanas. Habiéndolas ya libertado (1824), les dio administraciones regulares y las gobernó él mismo, les otorgó Constituciones por él en persona escritas, las organizó, en suma; y, "cansado de mandar", como lo repitió tantas veces, y predicando que "un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su patria", abdicó voluntariamente, en los organismos de soberanía que él mismo creara, aquel inmenso poder de que las circunstancias lo revistieron. "La única fuente legítima de todo poder humano –escribe al presidente de Haití– es el sufragio del pueblo".

Dotado de una imaginación ardiente de poeta de la acción, potente idealista, Bolívar soñó una confederación de los pueblos hispanoamericanos. En esta grandiosa empresa el Libertador empeñó la parte viva y sana

de su obra. Arranques impulsivos no lo hicieron desviar de su propósito. Nada más reflexivo que aquel proyecto del Hércules. La clara inteligencia política de que dio tantas pruebas lo traicionó, sin embargo. La visión de epopeya que llevaba en el fondo de sus ojos se disipó más pronto que las energías gigantes que borbotaban en su alma. Caballero errante de la libertad de un mundo nuevo, fue engañado por la propia realidad. Fue engañado por aquel mismo hecho enorme y deslumbrante de la emancipación que él había querido realizar, y había realizado, contra toda esperanza razonable. Como creó de la nada en la guerra, creyó poder hacer el propio milagro en la paz.

Desde el momento en que aparece, y durante todo el curso de su actividad revolucionaria, Bolívar es uno de los pocos espíritus, si no el único, que penetra con lúcida comprensión el levantamiento de América contra España, su trascendencia ulterior y el medio social de las colonias. Lo atestiguan claramente sus cartas, sus discursos, sus mismas proclamas. En tales documentos abundan las ideas, las previsiones, las sagacidades de sociólogo, y aun consejos y sugestiones de mero buen sentido, dignos de la discreción de un Washington. Es de ver la perspicacidad y el vigor de su pensamiento, la propiedad de su expresión, la justeza con que define o caracteriza los pueblos sobre los cuales obra. Analiza las capacidades de cada uno de ellos, les inculca virtudes y hasta les predice el porvenir; predicción que se cumple en todos, desde México hasta Chile y el Plata.

Su ardor cívico, con todo, era más grande, y su idealismo más exaltado que su visión de las cosas, generalmente perfecta. Ensombreciendo su clara mirada de hombre de Estado, se pone en contradicción con su propia experiencia y con su propio juicio sobre aquel medio social, del cual era, puede decirse, producto no natural, sino milagroso. El proyecto de confederar o unir los pueblos de Hispanoamérica hace más honor a su noble espíritu que a su inteligencia práctica, aunque de esta diera pruebas en múltiples ocasiones. Esa vasta confederación debía tener su sede en el istmo de Panamá, del cual comprendió Bolívar mejor y antes que nadie la importancia. ¿No fue el precursor de la apertura del canal? ¿No quiso él mismo realizarla en 1822? Ya en 1815 escribía respecto a Panamá y Centroamérica:

“Esta magnífica posición entre los dos grandes mares podrá ser con el tiempo el emporio del universo; sus canales acortarán las distancias del mundo; estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia; traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. ¡Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la Tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio!”

Los gérmenes arrojados por el Libertador no se han perdido. El panamericanismo, “inventado” después por Blaine, en exclusivo provecho de los Estados Unidos, debe realizarse con estos o contra estos. Ya durante la vida del Libertador la importancia de su personalidad y su influjo fueron tales que crearon un panamericanismo, obrando en la formación de la América emancipada, aunque en grados diferentes, desde México hasta el Río de la Plata. El señor Blanco Fombona lo ha demostrado. Es la idea continental de Bolívar, resucitada en su gloria perenne, la que anima nuestras aspiraciones actuales de cordialidad latinoamericana.

Aunque es el mayor caudillo de la América, no es, sin embargo, Bolívar el vulgar caudillo, vergüenza y flagelo de nuestras democracias rudimentarias. El molde de Bolívar se ha roto. Al revés de los que han venido después, Bolívar, noble de raza, de carácter y de educación, fue un caballero, un literato y una muy vasta inteligencia. Tenía altos proyectos y el genio para realizarlos.

Considerando sus aptitudes políticas, sus recursos diplomáticos, sus empresas militares, el vuelo y la osadía de sus concepciones y la rapidez en la ejecución de sus planes, puede afirmarse que el genio de Bolívar no era inferior al de César o al de Napoleón. Guerrero improvisado, los iguala y aun los aventaja, si comparamos los elementos con que cada uno de ellos contó, las circunstancias que los rodearon y el resultado definitivo de la acción de los tres. La campaña de Carabobo, obra maestra de talento militar, rivaliza con las más famosas de Napoleón. Respecto al Paso de los Andes, en 1819, certifican los conocedores que es más admirable, por las dificultades vencidas, que la travesía de los Alpes por Aníbal y Bonaparte.

Bolívar quedará siempre como uno de los ejemplos más completos de energía moral, de constancia inquebrantable, de tenacidad invencible, de virtud, en el alto sentido primitivo de la palabra.

En uno de los momentos más aflictivos de su tormentosa existencia, viéndose abandonado, traicionado, vencido, enfermo, se le acerca uno de sus amigos (el señor Joaquín Mosquera) y le pregunta:

—Y usted, ¿qué piensa hacer ahora?

Aquel hombre, de semblante cadavérico, con su débil voz de enfermo, responde:

—Triunfar.

Y habiendo formado un ejército, en semanas, triunfa, poco después, en Junín, batalla que fue el glorioso prefacio de la victoria decisiva de Ayacucho, donde desapareció de América el poder español, y victoria que obtuvo Sucre, teniente de Bolívar y ejecutor fiel de su voluntad.

Como profesor de energía, Bolívar es, acaso, el más grande que yo conozco en la historia.

En sus cartas, en la intimidad de sus pensamientos y de sus sentimientos, es donde el Libertador, al revés de la mayor parte de los héroes, nos parece más admirable y, desde luego, más amable. Esas cartas, de que el señor Blanco Fombona ha publicado apenas un primer volumen, son excelente y eterno comentario a la obra colosal de Bolívar. Por ellas sentimos correr el escalofrío de una grande alma emotiva, vibrante; conocemos las sensaciones de aquel temperamento; vemos cálidos torrentes donde se confunden efusiones de amistad, planes de guerra, meditaciones de repúblico. Y en casi todas esas epístolas del Libertador apunta o trasciende la misma idea, la idea fija y absorbente de Bolívar: América, su América; porque él, más que en las pequeñas patrias coloniales, piensa en una gran patria que sueña unida, libre, organizada, remontándose cada día hacia un porvenir magnífico.

Aquello era apenas un sueño; pero fue el sueño de su vida. Terminó con la existencia misma de Bolívar, muerto a los cuarenta y siete años, casi en abandono, aunque fiel a sí mismo y a su sueño, que nunca dejó de proclamar.

"Pocos hombres –dice el ilustre uruguayo Rodó–, pocos hombres vieron en el torbellino de la acción vida tan bella; ninguno murió, en la paz de su lecho, muerte más noble".

La estatura moral de Bolívar crecerá en la historia a medida que crezcan

las naciones que fundó, a medida que crezca toda esta América del Sur, cuya redención a él se debe en primer término y de la que es la primacial figura.

JORGE RICARDO VEJARANO

BOLÍVAR, LEGISLADOR*
LAS IDEAS POLÍTICAS DE BOLÍVAR

INTRODUCCIÓN

POR ATAREADAS que vivan las generaciones que nos han de seguir, siempre verán, como vemos nosotros, que fue un momento solemne aquel en que por la mente de un hombre poderoso pasaba y repasaba esta idea abrumadora:

—¿Qué voy a hacer de este continente? ¿Sobre qué bases colocaré este vasto escenario adonde la humanidad del porvenir acudirá a refrescarse y a pasear sus grandezas y sus victorias? ¿Hasta qué punto mi voluntad y mi pensamiento habrán de acelerar o retardar este hecho de un futuro inevitable? Aquí vendrán a resucitar las poderosas naciones que se destruyeron, las soberbias ciudades que se derrumbaron y los pueblos que se apestaron y corrompieron. Yo tengo en mis manos esta bella porción de la Tierra, que no me pertenece, que pertenece a la humanidad. ¿Qué voy a hacer con ella, cuál habrá de ser el fallo que sobre mí dictarán sus futuros poseedores?

"La libertad de la América es la esperanza del Universo", decía en una de sus proclamas. Él midió el porvenir con ojo certero; y por mucho que se rebele nuestro liberalismo, por mucho que disminuyamos la fuerza de su acción y de su genio, preciso es confesar que hubo un momento, uno solo puede ser, pero que existió con realidad cierta, en que su mano extendida

* *Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur, por los más grandes escritores americanos*, Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1944, t. II, pp. 215-301.

habría mostrado una orientación invariable. A raíz de sus triunfos en el Perú, la suerte de toda Sudamérica habría sido, sin remisión, la que él le hubiera señalado.

¿Y qué hizo, o qué pensó hacer este hombre, a quien tocó una misión tan excepcional?

Semejante tema se aparta ya mucho del relato del cronista historiógrafo para dar campo a la psicología, en primer lugar, que habrá de ayudarnos a conocer el carácter del grande hombre que se estudia, y con ella poder descender hasta lo hondo de sus concepciones y pensamientos políticos; y luego a la sociología, que nos deje ver con qué estado de alma nacional se contaba para tratar de establecer y aun de imponer aquel plan boliviano de organización social.

Toda nuestra historia amiga y enemiga del Libertador muestra muy claro que desde mucho antes de consolidada la independencia de la América Latina, desde mucho antes también del célebre Congreso de Angostura (en 1819), estaba revolviendo Bolívar en su cabeza ciertos planes de gobierno, esbozados con timidez unas veces y con ruda franqueza otras. Para algunos comentadores tales planes eran hijos de un noble sentimiento patrio y de un profundo conocimiento de los pueblos; para otros, eran hijos de bastardas ambiciones de dominio y poderío. Esos planes, Bolívar los exponía valerosamente en mensajes a los Congresos; poco después parecían contradecirlos proclamas libertarias. Buenos o malos, queridos o rechazados, pero incomprensibles entonces e incomprendidos hasta ahora aquellos ideales políticos del Libertador.

Siguiendo con cuidado los pasos de Bolívar en su larga y tormentosa carrera, lo vemos siempre como persiguiendo este ideal vago que nunca se delineó con lineamientos precisos; lo vemos como sondeando, cada vez que la ocasión se le presenta, palpando con cautela la solidez del terreno en que iba a poner la planta, rondando siempre, y haciendo como tentativa de desembarque en una playa hostil.

¿Adonde iba él con esto? He aquí lo que no nos dirán por cierto los documentos históricos, ni habrá de salir tampoco a la luz con las largas y enojosas y conocidísimas narraciones. Leamos todo esto, clasifiquémoslo

con paciencia y pensemos en ello con talento; y aquel que se haya acercado más al estado de alma del Libertador y haya comprendido mejor el estado social de los pueblos para los cuales legislaba, ese se habrá acercado más a la verdad y habrá hecho labor más meritoria.

Seguí en todo el curso de mi trabajo la forma puramente narrativa. ¿Por qué? Porque me creí entonces, como me creo hoy, incapaz de hacer ver con claridad, en un análisis puramente crítico, lo que puede mostrarse más claramente siguiendo el proceso histórico-crítico.

En primer lugar, me era indispensable hacerme cargo del verdadero papel de Bolívar en la historia de la revolución de América, y esto no era posible sin verla nacer, sin estudiar su curso antes de que nuestro héroe llegara a ser en ella el factor de primer orden. Porque si la revolución estaba encauzada desde antes de su aparición, perseguiría ideales precisos; y si la revolución tendía a un fin determinado, no se puede, en buena lógica, ir a buscar ideales políticos en Bolívar, ni atribuirle planes propios de gobierno, puesto que él solo hubiese seguido el curso que tomase la opinión pública, y su papel, desde el punto de vista político, hubiera sido bastante secundario.

Pero no: estamos en presencia de un hecho histórico muy extraño. Tenemos una revolución que antes de tornarse en guerra de represalias se produce más bien por contagio, por un anhelo indefinido, y tiene todos los caracteres de una agitación incoherente. Que estos movimientos así, que se agitan sin concierto, que no responden a necesidades apremiantes, que no indican una meta precisa, que no muestran a la multitud que son ellos los que van a realizar sus anhelos; que estos movimientos, decimos, fracasan siempre, toda la historia de la humanidad nos lo está diciendo.

Y entre nosotros fracasó; y no se hace necesario citar todos los documentos que nos lo muestran para que el menos erudito en nuestros estudios históricos convenga en que fracasó irremisiblemente.

¿Y de dónde venía esta revolución anémica, sin concierto alguno, a la cual se apegaron tan poco los pueblos y que no pudo ser sostenida sino muy cortos días y por movimientos espasmódicos?

Venía de la Colonia, de una vida quieta y aletargada, de una gran asimilación con la madre patria, de una muy visible conformidad con sus gobier-

nos, de un sistema tributario que no se dejaba sentir, de una gran simpatía de sangre y de sentimientos entre la metrópoli y sus provincias.

Principiemos por estudiar esta rara situación en que la España y América se habían colocado; estudiémosla hasta agotar el asunto, y ese día habremos escrito científicamente el primer capítulo de la historia de nuestra revolución y de nuestra vida como pueblo independiente.

De allí la veremos surgir, no con la misma naturalidad y desarrollo completo con que sale la Revolución Francesa de la Francia del siglo XVIII, pero sí aparecerá con la claridad necesaria para dejarnos ver cuáles son nuestros orígenes y, hasta cierto punto, cómo ellos habrán de regular nuestros destinos.

Esta nación histórica fue la que traté de seguir.

Con estos estudios preliminares tomé a Bolívar en el momento preciso en que encarna el espíritu revolucionario y en que, con su audacia sin igual, emprende la reconquista de Venezuela. Caminando con él de aquí en adelante, a través de la relación histórica, dos puntos cardinales quedan sentados en el espíritu que lo observa, y de una manera definitiva:

Primero, su acción única, originalísima, supremamente eficiente en la causa de la revolución: el triunfo es suyo, él formó sus tenientes, él los dominó, él organizó los ejércitos, él, tomando para sí todos los poderes, dio unidad de acción, dio consistencia, llevó al vivac de sus campamentos a aquel gobierno provisional que no tenía otro terreno firme que el campo de donde se barría a los enemigos.

Es una cosa admirable esta acción individual tan marcada: formó el espíritu revolucionario, estrechó tanto a los pueblos con su energía incómoda y salvaje, que no dejó lugar alguno seguro para los fríos e indiferentes. La nación entera debía acudir a los campamentos, y allá la llevó, contra la misma voluntad de ella.

No nos afanemos por buscar siempre la moral en su procedimiento: ejecuta en pelotones centenares de prisioneros de La Guaira; condena a muerte a los españoles y canarios, aun cuando fuesen inocentes; cierra con mucha frecuencia los ojos y los oídos para no ver el vandalaje feroz de sus subalternos, siempre que esos procedimientos sirvan para avivar la lla-

ma revolucionaria. Transigir y amortiguar era derrotarse; y Bolívar triunfó porque nada de esto se consiguió de él.

Una revolución es un estado de fiebre, una iracundia rabiosa y despiadada en donde no hay para qué ir a buscar los bellos sentimientos que ennoblecen la vida, cuando ella se desenvuelve en paz y por sí misma. Para llegar a producir semejante estado social, los procedimientos son sumarios. La razón, la humanidad, la prudencia; todo ello sirve a las revoluciones, pero para derrotarlas.

Se cree generalmente que cuando una revolución ha llegado a su punto álgido, cuando todos aquellos poseídos se despedazan ente sí, cuando no hay plan ni concierto alguno en sus actos, su muerte está próxima y su derrota es segura. Y no hay tal: es entonces cuando se hace imposible contenerla; y, si queréis destruirla, buscad otra revolución que la destruya. El más exaltado será el vencedor.

Y Bolívar produjo esto. Resignémonos a confesar que la importancia de su papel en el triunfo de la revolución de América está por encima de toda competencia. Sus émulos, lo mismo que sus tenientes aguerridos, abnegados, feroces en su tenacidad, valientes hasta el heroísmo, brillan muy bien en sus carreras y muy guardados están en nuestros afectos patrios. Pero su luz y su gloria son relativas. El genio de Bolívar, entretanto, brilla sin par. La América, desde el Canadá hasta Patagonia, nada ha producido hasta ahora que se le asemeje. "Yo –le gritó a Páez con una arrogancia soberbia– soy como el sol en medio de mis tenientes: si brillan es por la luz que yo les presto".

Muchas causas podrían señalarse como determinantes de ese papel inequívoco de Bolívar desde sus primeros pasos: su genio, su fortuna y distinción personal, su energía impetuosa, su imaginación exaltadísima, de donde salía aquella literatura militar: proclamas inflamadas, frases pomposas y sonoras como cañonazos, y que debían entrar tan adentro en el corazón de pueblos apasionados y soñadores. Todo aquello hizo de Bolívar una gran figura histórica y le ayudó a coronar su obra, la que no muy tarde habrá de aparecer como un momento feliz en el desarrollo de la humanidad. Pero estas consideraciones se apartan mucho del objeto que perseguimos y otros las harán ya, a su debido tiempo.

Viene luego otra conclusión que se arraiga también en el espíritu de una manera muy fija y que se roza muy directamente con el tema propuesto: sus ideas, o mejor dicho, su temperamento político.

A través de la relación histórica es muy fácil verlo consecuente en sus contradicciones, solicitado por fuerzas encontradas, en eterna lucha entre sus ideas y su corazón. Bolívar, desde que principió a figurar, mostró siempre una individualidad marcada, un modo brusco de hacerse sentir, un sentimiento instintivo, profundo y arraigado hacia el orden y la disciplina, condiciones todas que podemos considerar como las fuentes de sus vastas e incomprensibles concepciones políticas.

"El temor de lesionar la memoria del Libertador", es decir, el respeto a un hombre que es la patria, que es su historia, no torció ni torcerá en un ápice las pobres y sencillas pero sinceras convicciones que del estudio de su vida he sacado. Nos encontramos al héroe muy a menudo con las manos tintas en sangre y aun en lodo. Dentro de su corazón viven también, aunque momentáneamente, las pasiones mezquinas y los arranques brutales que acompañan a todo hombre en su paso por la vida. Yo he señalado todo esto con franqueza allí donde lo he encontrado.

Pero en el repaso general de aquella existencia tormentosa no se halla el corazón torvo, el espíritu traidor a sí mismo y a los demás; no aparece aquel criminal egoísmo del que trabaja únicamente para sí, del que emplea sus poderosas facultades y el altísimo puesto en que ellas lo colocan para predicar ideales que no se tienen y para imponer sacrificios que no ayudarán en nada al desarrollo del espíritu humano.

Uno de los mayores placeres intelectuales a que puede aspirarse debe ser, sin duda, el derribar de su trono aquel ser que deslumbró y engañó a sus contemporáneos, y trata luego de perpetuarse en el mismo puesto ante la historia. Y preciso se hace decirlo claramente: cuando se entra en un estudio con el ánimo de descubrir la verdad, y no con la intención de escribir apologías, el corazón se hace de piedra y la verdad se dice. Se rompen los más queridos vínculos, se deshojan las más frescas ilusiones y se despedazan con crueldad las inefables esperanzas que nos consolaron y nos fortificaron.

¿Qué hacer con el Bolívar histórico y humano que a cada rato se presenta, frente al otro, al espíritu altísimo y a la naturaleza heroica del reformador y del apóstol, más bien que del guerrero? Recogerlo decantado como se recogen las aguas. Que queden sus impurezas, pero que queden donde están. Por debajo de su vida embellecida por un ideal y enamorada de la imperecedera gloria de haber ayudado a ennoblecer el espíritu de sus semejantes.

¿CUÁL FUE EL IDEAL POLÍTICO DE BOLÍVAR?

I

Hacia el año 1826, época en que por el feliz término de la campaña del Perú y el consiguiente prestigio, ante el mundo civilizado, de las naciones recientemente libertadas, se podía razonablemente pensar en constituirlas en Estados, dándoles las instituciones políticas que más se adaptaran a sus necesidades y desarrollo, solo se podía escoger entre algunas de estas formas de gobierno: o la monárquica, ya fuese constitucional, ya absoluta, o la republicana, sobre la base de una amplia concepción democrática –o la mezcla de estos dos principios, en proporciones tales, que borraran casi por completo las caracteres determinantes y específicos de cada uno de ellos.

Para Bolívar, colocado en puesto tal ante Colombia, Perú y Bolivia, y ligado a estos pueblos por vínculos tan estrechos y sagrados, su papel de primer legislador, por enorme y peligroso que fuese, era también ineludible. Un temperamento más frío que el suyo, una visión política menos penetrante y que redujera en mucho el horizonte vastísimo que medía de una mirada aquel genio poderoso, hubiera llenado quizá mejor su misión. Entrando decididamente por una forma determinada de gobierno, la sociedad se hubiera establecido sobre bases más sólidas y estables. Se le daba un pueblo acabado de nacer y cuyas tendencias y prejuicios monárquicos, si muy vivos aún, habían sufrido, sin embargo, las naturales restricciones de catorce años de revolución, de la vida libre e indómita de los campamentos. Se le daba un niño con sus órganos débiles y en formación: con un ejercicio único y perseverante se les hubiera puesto en capacidad de desempeñar las funciones que de ellos se deseaba.

Pero a Bolívar le pasó con su sistema político lo que a Cousin con su sistema filosófico. Todos tenían afinidades con su temperamento, todos encerraban bellezas y verdades que no podían escapar a sus agudas miradas, y de todo este *substratum* de cosas buenas y bellas, de todo esto, unido y combinado, solo resulta la masa informe, sin vida ni calor propios, buena para que la imaginación se distraiga, pero insuficiente para que los hombres comprendan la existencia, y menos para soportarla en orden y en silencio.

II

Por lo pronto, la forma de gobierno que parecía más indicada, la que de seguro podía establecerse más fácilmente, puesto que era la aceptada por la generalidad de los pueblos, era, sin duda alguna, la monárquica con una dinastía criolla o extranjera.

¿Y quiso Bolívar implantar en América una monarquía?

De la manera más honrada contestamos rotundamente que no, si por monarquía entendemos el desconocimiento del principio constitucional que afirma que la soberanía nacional reside en el pueblo y emana únicamente de él. Atrevida parecerá semejante afirmación, y al que con mucha premura nos pidiese pruebas inmediatas de nuestro aserto, le responderíamos también rápidamente: Bolívar no fue partidario de la monarquía porque no la estableció en la América. Es decir, contestamos una conjetura con un hecho.

El señor Carlos A. Villanueva acaba de prestar inolvidable servicio a nuestras ciencias históricas con su pacienzudo e inteligente trabajo sobre la monarquía en América. El señor Villanueva no peca por un amor ciego al Libertador, ni está dispuesto a sacrificar la verdad histórica para sacar puros y firmes los principios democráticos de Bolívar. Muy al contrario, el autor, eternamente desconfiado de su ideal republicano, va a buscar su información en fuentes que nadie exploró con tanta paciencia como él, y en donde de seguro se encontrarían las pruebas irrecusables del monarquismo de nuestro héroe y de los pasos reales, no conjeturas, que hubiera dado para llenar su propósito.

De los archivos de Londres, París y Madrid, del estudio y análisis de los documentos allí encontrados, y de cuyo valor informativo ni el más escéptico puede dudar, sacó el señor Villanueva los varios volúmenes que ha dado a la publicidad, y cuya importancia no dejaremos nunca de reconocer. ¿A qué resultado llega? Hosco para con el Libertador, alejado y bastante de aquel temperamento aristocrático, del militar autoritario, cuyo decantado democratismo no resistía la más insignificante reacción ni toleraba pacientemente el análisis de sus actos, el moderno historiador, viviendo en pleno siglo XX y en medio de la Europa socialista, termina así su libro *Bolívar y el general San Martín*, el volumen que en su obra más hemos estudiado y más nos ha servido:

> Su mayor gloria (habla de Bolívar), en nuestro concepto, está en no haberse puesto la corona de emperador de los Andes o de emperador de Colombia, que le ofrecieron sus tenientes en Caracas, Bogotá, Quito, Lima, Chuquisaca, y en Londres y París las cancillerías de Jorge IV y Carlos X. No cabe dudar que las circunstancias lo llevaron a soñar con ella, que la buscó, que se la dieron; pero no es menos cierto que al ir a tomarla en sus manos retrocedía espantado, ya fuera por pudor, por temor de que sus tenientes le hicieran correr la suerte de Iturbide, por conservarse consecuente con sus declaraciones públicas, o por miedo de que los liberales lo llamaran usurpador, tirano y ambicioso vulgar.[1]

Difícilmente se hace con menos gusto una confesión, pero es necesario hacerla. Se buscan motivos, poco nobles en verdad, que hasta cierto punto aminoran "su mayor gloria", que consiste "en no haberse puesto la corona de emperador", sin atinar en que estos mismos motivos se contradicen entre sí o delatan en el alma de Bolívar opiniones políticas enteramente opuestas al sistema monárquico y una gran consecuencia entre sus declaraciones públicas y sus actos.

Tiene miedo de que los mismos tenientes que le ofrecen la corona, que casi se la ponen, lo traicionen; en buena lógica lo que habría que temer era

1. Carlos A. Villanueva, *La monarquía en América. Bolívar y el general San Martín*, París, Librería Paul Ollendorff, 1911, p. 238.

la traición y el abandono al no ser complacidos. Soñó con la corona, pensó en ella, pero su pudor, esto es, el móvil más noble que obra en el alma humana, le impidió tomarla: se habría coronado (estas son suposiciones), pero sus declaraciones públicas de principios democráticos (estos son hechos) le impidieron coronarse (hechos también). ¿Cómo hará un hombre para comprobar su sinceridad, sino ajustar sus palabras a sus actos?

¿Y qué hizo Bolívar? Combatir siempre el sistema monárquico en todas sus declaraciones públicas, y dejarse matar luego antes que permitir que por la fuerza ciñeran a su frente la corona. No: necesario se hace ser noble, como el grande hombre lo fue; perdonarle sus desvanecimientos de minutos, convenir en que hay un nivel moral muy alto cuando se renuncia al imperio de un continente a cambio de que sus contemporáneos no vayan a llamarlo "tirano, usurpador y ambicioso vulgar".

¿Por qué ser reticente en el momento preciso de ir a formular conclusiones y no dar a nuestro espíritu el pleno goce de una convicción perfecta, ya que se trabajó tanto en buscarla y en formarla?

Y ninguno de los historiadores modernos que conocemos tiene como el señor Villanueva tanto derecho, y hasta cierto punto deber, de decir que Bolívar no fue partidario de la monarquía. Su estudio principia por hacernos conocer la opinión unánime de los pueblos de la América del Sur en favor de las instituciones monárquicas. Vergüenza, y no otra cosa, inspira ese clamoreo incesante, esa petición humillante y permanente de los prohombres de la América española a las potencias europeas, a fin de conseguir un príncipe, una rama seca y sin vida de sus caducas dinastías, que conviniera en trasladarse a América a gobernar pueblos que, por otra parte, peleaban hasta la desesperación por darse un gobierno propio, del que se decían muy capaces.

III

Desde Buenos Aires al extremo norte de la frontera de México, y desde 1810 hasta 1830, como una obsesión se presentaba a los hombres dirigentes de nuestra política el establecimiento de una monarquía, ya fuese criolla o extranjera, pero prefiriendo quizá esta última.

Nada parecía contrarrestar esta tendencia monárquica: se guerreaba contra España, y la anarquía consiguiente a esta guerra, y que retardaba tanto el triunfo de la independencia, aguijoneaba el deseo y hacía improrrogable su establecimiento. No consideremos los movimientos precursores y generalmente abortados que abrieron paso a la revolución. Desde el primer movimiento en favor del inca Felipe (1750), la insurrección de Túpac Amaru, la intentona de don Juan Francisco de León, etc., movimientos que ni un momento dejaron de tener su carácter imperialista marcadísimo. Ya principiada la revolución emancipadora, ya triunfante, ni los hombres que la dirigían ni los pueblos que la apoyaban podían apartar sus ojos de otro régimen político distinto al dinástico.

Los precursores del movimiento insurreccional, Miranda a la cabeza, no obstante considerársele hasta ahora como verdadero republicano, aparece pensionado por el gobierno inglés para facilitar el traspaso de la América Latina a la Corona de Inglaterra[2]. Y la lista es larga y los nombres son notables: Pueyrredón, Belgrano, Rivadavia, San Martín, Alvear, Monteagudo, O'Higgins, García, García del Río; todo lo que tenía fuerza y prestigio entraba de lleno por semejante corriente. Todos ellos dejaron sus huellas en los archivos de las cancillerías europeas, y ante documentos tan irrecusables la cuestión de la monarquía en América deja de ser una hipótesis para convertirse en un hecho histórico indubitable. Ninguna excepción es posible hacer, ni siquiera, en absoluto, para la patria de Bolívar y asiento del celebérrimo Congreso de 1811, autor de la liberalísima Constitución republicano-federativa.

Para aquellos legisladores que casi copiaron textualmente los principios constitucionales de los Estados Unidos, y que por la Carta que promulgaron no pueden en manera alguna ser tratados de monárquicos, tiene el historiador Villanueva conceptos como este:

> Aquellos legisladores venezolanos, aunque dieron al Estado instituciones exóticas, que no cuadraban a la condición social y política de éste, no podían proclamar sino la forma republicana, no porque ésta fuera la aspiración gene-

2. *Ibid.*, p. 10.

> ral de las poblaciones, ni de su mayoría, ni de la mayoría de los miembros del Constituyente, como se comprobó a poco andar las cosas, sino por la sencilla razón de hacerse imposible la proclamación de un gobierno monárquico, por no haber a quién ofrecer la corona. Por consideraciones de raza, de costumbres, de religión, de afinidad, sólo hubiera podido hacerse el ofrecimiento a un príncipe español; pero al hacerse esto se habría vuelto al régimen español, con el que se estaba ya en abierto divorcio, ocurriendo, además, la circunstancia de que aquellos infantes se encontraban sin casa real por haberla ocupado los Bonaparte. Sólo Inglaterra hubiera podido resolver la cuestión en el sentido monárquico, imponiendo un príncipe; pero tal cosa no entraba en su política, reducida a mantener la integridad de la Monarquía española hasta que se pudiera, a asegurar la alianza con las colonias españolas en la guerra contra Francia, a abrir los nuevos mercados a los mercaderes de la City.[3]

Esta acentuada tendencia monárquica en nada decae con el triunfo definitivo de los independientes. Al contrario, parece vigorizarse con los fuertes desengaños de los gobiernos republicanos, y encuentra grandes y vigorosos apoyos en la ambición desmedida de tantos militares oscuros, levantados muy alto por el torbellino de las revoluciones, y a quienes la paz ahoga, y la república austera no premia sus méritos y servicios en la medida que ellos lo reclaman. Que no se nos exija la presentación de documentos como la Carta de Garabuya, unánimemente atribuida al general Santander, ni la transcripción de la no menos famosa de Páez (1826), fiel expresión del sentimiento monarquista de Colombia.

No somos nosotros de los que creemos que aquellas tendencias políticas constituyan mancha imborrable para los hombres superiores que las proponían e intentaban ponerlas en práctica; pero ya que el dictado de monárquico fue el cargo con que más se atormentó a Bolívar durante su vida, y el que ha continuado después de su muerte extendiéndose como una sombra sobre su gloria radiante, preciso se hace decirlo muy alto: ante el examen crítico de la posteridad, de Bolívar, de su pecado imperialista, no queda huella alguna, ni ha sido posible encontrar documento, por insignificante que sea, que ni remotamente testifique que él por sí o por medio de intermediarios tratara de poner en práctica semejantes tendencias.

3. *Ibid.*, pp. 19-20.

¿Y se puede decir lo mismo de sus contemporáneos, de sus tenientes y consejeros que sincera o insidiosamente trataron de precipitarlo fuera de su órbita? ¡Ah, no!; aquí la documentación no es muda, y si un crimen fue ser monarquista, y respetamos y veneramos nombres que forman la historia de la patria, no nos afanemos porque este juicio se abra a prueba, y así habremos prestado noble servicio a los unos y a la otra. Pero dejemos estas consideraciones, que tan lejos están del espíritu sereno y frío con que analizamos la cuestión. Se examinan las ideas políticas de Bolívar, y no las de sus tenientes y compañeros.

IV

Estamos haciendo un juicio crítico sobre la Historia, pero no estamos escribiendo una historia; de manera que nos sentimos desligados de citar y transcribir documentos, y documentos que formarían gruesos volúmenes, para comprobar el gran prestigio que tenía entre nosotros la forma monárquica como sistema de gobierno. Este, que es un hecho innegable para el menos versado en nuestros estudios históricos, nos lleva a plantear la cuestión del monarquismo de Bolívar en este terreno; despreciando, naturalmente, toda la documentación, y en la que pública o privadamente combatió el Libertador el establecimiento de la monarquía: estos documentos no deben tenerse en cuenta, puesto que partimos de la base de que semejantes declaraciones no eran sinceras.

El problema, pues, se presenta así: la sociedad de la Gran Colombia, con todos sus componentes principales, militarismo, clero, comercio e industria, y la mayor parte del elemento intelectual, era decididamente partidaria de la monarquía; Bolívar también lo era; ¿por qué no la estableció? He aquí una respuesta que se esperará en vano, pues el hecho positivo de su no establecimiento, considerando siempre a Bolívar como monárquico, sería un fenómeno verdaderamente inexplicable.

¿Fue su orgullo soberano o su ambición desmedida lo que le impidió aceptar un príncipe extranjero para que viniera a dominar sobre una bella porción de la Tierra que su genio y su brazo habían hecho libre en lucha sin igual? Muy al contrario, pues lo que más se le propuso e insinuó fue su

propio coronamiento y que tomara posesión de una obra suya y para la cual no existía competidor.

No se coronó por falta de sucesión, han insinuado varios historiadores, entre otros el citado señor Villanueva, como dando a entender que del golpe de Estado y del crimen de lesa patria muy poco sería lo que alcanzaba a aprovechar, puesto que su vida estaba bien corrida.

Cuando el galante Libertador llegó a la cúspide de su gloria y poderío, después de sus triunfos en el Perú, en el norte de la Argentina y en el océano Pacífico, triunfos que consolidaron la independencia de toda la América del Sur española y permitieron a Bolívar enrolar en su esfera de influencia a México y Centroamérica, por medio de tratados suscritos en Panamá; cuando era "el hombre más poderoso de la América del Sur, y el verdadero árbitro de sus destinos", estaba también en toda la fuerza de su vigor físico (tenía cuarenta y dos años) y nada le hubiera sido más fácil que enlazarse con alguna linajuda criolla o con la hija de alguna dinastía europea. Una de las casas más orgullosas de Europa acababa de entregar una de sus princesas al soldado victorioso que consideraba su vida corta y necesitaba de otras vidas que disfrutaran el premio de sus hazañas.

En el caso de Bolívar, Restrepo mismo dice cuán fácil hubiera sido el enlace de Bolívar con una princesa europea. ¿Por qué, pues, resistióse a coronarse? Y aun en el caso de no hallar probabilidades algunas de sucesión, no coronarse, pudiendo disfrutar de un imperio treinta o cuarenta años, revela en el alma del ambicioso un cálculo tan grande, un orgullo tan sobrehumano, que de bajo sentimiento podría trocarse en bello gesto de personaje mitológico.

¿La dinastía extranjera? Asegurado el triunfo de las armas, libre de enemigos el terreno que se quería vender, fácil habría sido hallar comprador, y fabuloso el precio a que podía cederse la tierra conquistada. ¿Qué hizo Bolívar? ¿Qué paso dio? ¿Qué promesas en firme formuló? No ha quedado documento que no se haya leído mil y una veces para hallar interpretación en este sentido; no ha quedado archivo que no se haya revuelto para encontrar piezas que así lo acrediten, y el silencio es insondable, como la conciencia del grande hombre.

Lo único que queda escrito de él sobre monarquía fue lo que escribió para combatirla.

¿Dónde están, pues, no digo las pruebas, dónde están los indicios del monarquismo de Bolívar? Aquellos cargos vienen del ocaso del héroe: la política reemplazó a la guerra, y el heroísmo que se formó en las batallas, y el ideal de patria que tanto se levantó mientras se la libertaba, principió a amortiguarse ya en plena vida civil y a echarse de menos el botín de los campamentos. Las brutales necesidades de la vida se impusieron, sin que las facilidades y la holganza fuesen posibles, mientras un hombre llamado Simón Bolívar conservara el orden y tratara de salvar el patrimonio comunal.

No se hace necesario ser muy perverso, ni muy ingrato, para estrellarse contra semejante hombre. Ese hombre estorba, impide que nuestras ambiciones, nobles o bajas, tengan un campo de acción mientras su superioridad lo abarque todo; y por sobre el respeto al superior y cariño al jefe que nos tiñó de gloria están nuestros cortos días de existencia, urgiéndonos por que nos abramos un paso y sigamos avanzando. En la vida de la paz este avanzar, este medrar, no era posible: Bolívar era la paz; había que acabar con Bolívar. ¿Qué se hizo? Tacharle de monarquista, puesto que solo la monarquía podía poner en vigor la política represiva que el demócrata creía indispensable para la salvación de los Estados.

Y ante semejante injusticia, que nosotros a un siglo de distancia parece que nos empeñamos en repetir, volvemos a preguntar con afán: ¿por qué no se coronó Bolívar si tuvo semejantes ideas? Todas las circunstancias exteriores parecían no solo facilitar esta empresa, sino hasta trataban de imponerla. La actitud de Europa para con las nacientes repúblicas que iban a escandalizar al mundo con sus retozos democráticos no era nada equívoca. Se negó una y muchas veces al reconocimiento de los nuevos gobiernos, mientras ellos no se establecieran sobre la base de una monarquía.

V

Oigamos al señor Villanueva lo que dice a este respecto: “Era realmente cierto, como lo hemos venido viendo, que los Gobiernos europeos no podían ver con simpatía el establecimiento del Gobierno republicano en América, puesto que esto era sancionar, de aceptarlo, el espíritu de libertad

que bullía en los pueblos europeos y que la Santa Alianza trataba de comprimir en Alemania, Italia, Francia y España. El señor Zea lo decía a Bolívar, en carta fechada en Londres a 12 de julio de 1820, al hablarle de la conferencia privada que tuviera el día anterior con lord Castlereagh. Este le llamó la atención sobre la escasez de hombres capaces que había en Colombia para sostener un Gobierno. Zea escribía: '*Yo he quedado admirado de la extensión y profundidad de sus conocimientos sobre nuestro país, sobre los acontecimientos, las opiniones, los hombres y las cosas, que no parece sino que todo lo ha visto y todo examinado imparcialmente*'.

"No obstante haberle declarado el colombiano que sus poderes eran ilimitados para tratar del reconocimiento de Colombia bajo la base de un Gobierno libre y representativo, *no se habló* –decía– *de República, porque los Gabinetes de Europa, y, en general, todos los políticos, están persuadidos de que esta forma de gobierno es absolutamente insubsistente en la América española, en donde creen no habrá más que partidos alternativamente opresores y oprimidos, discusiones, insubordinación, desorden y jamás verdadera libertad. Nuestra independencia sería reconocida por todas las potencias el día en que se estableciese en las nuevas Repúblicas un Poder Ejecutivo hereditario bajo cualquiera denominación*"[4].

Quien escribe las anteriores líneas es la persona que con más cuidado y en mejores fuentes se ha informado de la actitud de las potencias europeas respecto a la forma de gobierno en Hispanoamérica. Estas conclusiones concuerdan perfectamente con todos los documentos y datos que todos los historiadores, desde Restrepo para acá, nos han transmitido. Pero tiene un valor mucho más grande, si consideramos que ellas se deducen del estudio de archivos extranjeros, en donde las instrucciones a las cancillerías quedaban marcadas sin subterfugios ni ambigüedades, y en donde a su vez se recibían informes serios y serenos de las tendencias políticas de los pueblos que estudiaban los agentes diplomáticos.

Todo se une pues, todo confirma con una evidencia absoluta que en el interior y en el exterior el establecimiento de una monarquía era no solo pedida y deseada, sino impuesta. Solo Bolívar no avanza un paso en este ca-

4. *Ibid.*, p. 197.

mino. ¿Por qué? Inútilmente nos lo preguntamos, si no respondemos con nuestra honrada y profunda convicción: porque no fue partidario de ella.

VI

Solo queda por examinar un motivo, bastante vulgar en verdad, y que pudo impedir a Bolívar el implantamiento de sus decantadas tendencias monárquicas. Me refiero al temor, mejor dicho, al miedo que le inspiraban las conspiraciones, los disturbios interiores, los peligros personales a que se expondría por parte de los desafectos a su política, caso de entrar por ese camino.

Y detenerse a considerar estos obstáculos es ciertamente desconocer la índole del hombre. Aquel corazón no sintió nunca el frío del miedo, ni retrocedió jamás en ningún paso, por peligroso que fuera, y fue siempre adonde su cerebro y sus nervios lo impulsaron. Recorramos su historia: su intrepidez personal nunca decae, y juega la vida con una audacia caballeresca a toda hora y en toda ocasión. Y, por otra parte, ¿quiénes eran esos nuevos brutos y con qué elementos llegarían a anonadarlo? Halagados y satisfechos sus tenientes con los títulos y provechos que a ellos, primero que a ninguno, otorgaría el Libertador; adorado por un ejército que podía ser muy bien atendido por un gobierno monárquico que contaría en el exterior con recursos fáciles y positivos, el *Imperator* podía formarse a su rededor un verdadero círculo de hierro. Los peligros se presentaban siguiendo una política distinta: el 25 de septiembre no habría hallado quizá ejecutores, si al héroe moribundo no se le hubiera visto una política vacilante y contrahecha.

Seguramente que ni aun en vida de Bolívar se habrían tomado en serio, ni por sus mismos enemigos, los cargos de monarquista que se le hacían, a no haber mediado los importunos y constantes sondeos de los agentes diplomáticos que le rodeaban.

Una verdadera lucha de diplomacia se establecía a cada momento entre ellos y el Libertador. El uno pedía con afán el reconocimiento de los nuevos Estados y los otros pedían por anticipado una respuesta categórica sobre la forma de gobierno que se les iba a dar. ¡Situación más forzada para el Libertador era difícil concebirla!

De sobra sabía que en aquel tiempo en que tan solo los Estados Unidos y Suiza daban al mundo el ejemplo de gobiernos republicanos, las potencias se negarían o aplazarían indefinidamente el reconocimiento de independencia de pueblos que se lanzaran a la aventura de semejante gobierno. Era, pues, necesario no comprometer sus ideas antimonárquicas y no quitar, por otra parte, a las potencias sus esperanzas de una buena presa, desengañándolas, de una vez para siempre, de sus pretensiones a un trono en la América.

VII

Los agentes diplomáticos, apostando al que primero consiguiera prendas para su país, se apresuraban a congraciarse con sus respectivos gobiernos, dando a sus declaraciones mucha más intención y valor de lo que en realidad podía dárseles, cuando no fueran inventadas tales declaraciones.

A este género quizá pertenezca el informe que desde Chorrillos envió el capitán de fragata Thomas Malling al ministro de Marina de la Gran Bretaña, Lord Melville. Este informe, encontrado en Londres y publicado por primera vez en 1905, lo trae el señor Gil Fortoul en su bella obra. Me ha sorprendido no encontrarlo en la obra del señor Villanueva; y por considerarlo como el único documento que, a primera vista, pudiera comprometer a Bolívar, me permito transcribirlo:

"No hay país más libre (palabras dichas por Bolívar a Malling) bajo su bien ordenada Monarquía. Inglaterra es un modelo para todas las naciones de la Tierra, y el ejemplo que debieran imitar al formar una nueva constitución o gobierno. Entre todos los países, Sudamérica es tal vez el menos apropiado para Gobiernos republicanos. Su población no se compone sino de indios y negros, más ignorantes que la raza española, de que acabamos de independizarnos. Un país representado y gobernado por semejante población debe arruinarse. No le queda otro camino que ocurrir a Inglaterra para salvarse; y no solamente puede usted comunicar esta conversación, sino que le ruego lleve este asunto a la consideración del Gobierno de S.M.B., como mejor le parezca, sea oficialmente o de otro modo. Puede usted decir que no he sido nunca enemigo de las Monarquías, en cuanto a principios generales; al contrario, las considero esenciales a la respetabili-

dad y bienestar de naciones nuevas; y si el Gabinete Británico presentare alguna proposición para el establecimiento de un Gobierno regular, es decir, de una Monarquía o Monarquías en el Nuevo Mundo, hallará en mí un firme y seguro colaborador del proyecto, enteramente decidido a apoyar al soberano que Inglaterra propusiere y sostuviere en el trono. Sé que se ha dicho que deseo ser rey, pero de ningún modo es verdad. No aceptaría para mí la corona; porque cuando vea feliz a este país, bajo un firme y buen gobierno, volveré a la vida privada. Repito a usted que, si pudiere yo secundar los deseos y propósitos del Gobierno Británico, para realizar este deseado objeto, puede él contar con mis servicios. Bien le debo yo esto a Inglaterra, y aún mayor sería mi gratitud. A Inglaterra, más que a ningún otro país, por su siempre generosa y liberal ayuda. No hay duda que Francia o España tratarían conmigo si les hiciese igual proposición; pero jamás toleraré la injerencia en América de estas odiadas y pérfidas naciones. El título de rey pudiera no ser hoy popular en América, y, por consiguiente, sería preferible evitar la oposición, tomando el de inca, al que tan adictos son los indios. Este esclavizado y miserable país ha oído hasta ahora el nombre de rey como sinónimo solamente de sus desgracias y de las crueldades españolas, y todo cambio de virreyes ha sido invariablemente la sustitución de un rapaz opresor con otro. La democracia tiene sus encantos para el pueblo, y en teoría parece plausible poseer un Gobierno libre, que excluya toda distinción hereditaria; pero a este respecto nos sirve también de ejemplo Inglaterra. ¡Cuánto más respetable es la Nación Británica, gobernada por su rey y por sus lores y comunes, que aquella otra, enorgullecida con su igualdad, en donde muy poco puede hacerse en beneficio del Estado! Ciertamente, dudo de que la actual situación se prolongue mucho en los Estados Unidos. En suma, deseo asegurar a usted que no soy enemigo de los reyes ni de cualquier Gobierno aristocrático, siempre que estén bajo las necesarias restricciones que la Constitución inglesa impone en sus tres grados. Si hemos de tener nosotros un nuevo Gobierno, ha de modelarse sobre el de ustedes, y estoy decidido a sostener cualquier soberano que Inglaterra pueda darnos”[5].

5. José Gil Fortoul, *Historia constitucional de Venezuela*, Berlín, Carl Heymann Editor, 1907, v. I, pp. 455-456.

¿Qué comentarios hace a esta carta el erudito historiador venezolano? Veámoslos, y veamos en ellos también que es un juez imparcial, pues no muestra grande empeño por sacar triunfante el ideal democrático del Libertador:

"No consta que el capitán Mailling sometiera a Bolívar la revisión del texto de su informe, y es probable, por consiguiente, que contenga inexactitudes y variantes. La información principal puede ser exacta, porque concuerda con otras manifestaciones del Libertador, y porque ya se sabe que éste no fue nunca demócrata a la americana, antes bien aristócrata a la inglesa, como lo revela desde 1819 el proyecto constitucional de Angostura, con su presidencia vitalicia y atribuciones análogas a las del monarca británico, y sus Senadores hereditarios, imitación de la Cámara de los Lores. Pero la circunstancia misma de haberse archivado en Londres la nota de Malling induce a creer que no tradujo fielmente toda la conversación de Lima. En marzo de 1825 Bolívar se halla en el apogeo de su gloria y poder, a la edad de cuarenta y dos años, y resuelto a ejercer él mismo una autoridad equivalente a la de Pericles en Atenas: rey sin corona. Perú acaba de concederle el título de Padre y Salvador de la Patria; el Congreso le decreta los honores del triunfo y lo inviste de una dictadura sin límite. Tres meses antes había convocado el Congreso internacional de Panamá, y en el año siguiente redacta su Constitución de Bolivia, calcada sobre la de Angostura. De modo que en la fecha en que escribe el capitán Malling, lo más verosímil es que Bolívar, hábil diplomático como lo fue siempre, se valiese de aquel marino para sondear el Gabinete de Londres, con el fin de atraerse su simpatía y apoyo en las cuestiones que iban a tratarse en Panamá y en favor de su proyectada expedición a Cuba y Puerto Rico, que contrariaban los Estados Unidos"[6].

VIII

Me abstengo de transcribir los muy contados datos que se han hallado en los archivos extranjeros, como el relato de Mister Sutherland a su hijo

6. *Ibid.*, p. 456.

Roberto, y que acusa también tendencias monárquicas en el Libertador, pues tales documentos, a los ojos de una sana crítica, no tienen valor alguno. Pero sí es indispensable tener presente que comunicaciones de esta naturaleza y que tanta importancia encerraban no debían permanecer en los lugares de su destino en una reserva impenetrable. De allí saldrían abultadas enormemente por las relaciones verbales, traspasarían nuevamente el Atlántico, y entre nosotros, y en medio de la política exaltadísima de la época, caerían sobre el Bolívar desmedrado por los años y por la fatiga, acelerando cada vez más su ruina política.

En mi relación histórica me he ocupado ya de las negociaciones abiertas por el Consejo de Ministros en Bogotá con el señor Bresson, comisionado especial del rey de Francia en Colombia. A decir verdad, este es el único momento en que la oposición de Bolívar al establecimiento de una monarquía se debilita hasta el punto de parecer trocarse en asentimiento. ¿Le fueron completamente desconocidas las tales negociaciones? No lo creo; y más me parece imposible que hubiera podido iniciarse sin contar siquiera con un corto tiempo en que el hombre se recogiera a meditar en ello. Y existe la carta de 29 de abril de 1829, dirigida desde Quito al ministro de Relaciones Exteriores, autorizándolo para hablar privadamente con los agentes de los Estados Unidos e Inglaterra, a fin de tratar de conseguir un apoyo poderoso para salvar al país de la anarquía próxima y la disolución inevitable. Esta carta parece más bien buscar recursos morales y materiales, apoyo, que el establecimiento de una monarquía, pues le era indiferente el apoyo de cualquiera de estas naciones; no pedía, pues, el cambio sustancial en la forma de gobierno, desde el momento en que la propuesta se hacía simultáneamente a una república y a un reino. Menos reticente es también la carta que desde Buijó escribe su secretario general al mismo ministro de Relaciones Exteriores el 6 de julio de este mismo año de 1829, y en la cual no es posible desconocer el espíritu de Bolívar, en su redacción y en sus conceptos. En esta última pieza se leen los siguientes párrafos:

“En fin, la América necesita de un regulador. (…) S.E. no tiene en este negociado el más remoto interés personal, fuera del de Colombia, fuera del de la América. No se adhiere a la palabra, busca la cosa. Llámese como se quiera, con tal que el resultado corresponda a sus deseos de que la América

se ponga bajo la custodia o salvaguardia, mediación o influencia, de uno o más Estados poderosos que la preserven de la destrucción a que la conduce la anarquía erigida en sistema, y del régimen colonial de que está amenazada. ¿Inglaterra no ofreció espontáneamente su mediación entre el Brasil y el Río de la Plata? ¿No intervino a mano armada entre la Turquía y la Grecia? Busquemos, pues, señor ministro, una tabla a qué asirnos, o resignémonos a naufragar en el diluvio de males que inundan a la desgraciada América".

En estas piezas no se habla de república ni de monarquía, ni se trazan planes políticos. La desesperación es lo que se ve en el espíritu aniquilado de quien la inspirara y redactara.

El padre de estos Estados, de esta América que se va a morir, que se va a disolver en sangre y en vergüenza, pide tan solo un apoyo, no propiamente a determinada nación, sino a la humanidad, a la cristiana piedad de los pueblos fuertes, que por un sentimiento humanitario impidan a mano armada que pueblos inferiores se despedacen y desaparezcan. Es la voz del guerrero temblando ante la guerra, la lúcida conciencia de un moribundo que sabe que su obra debe vivir en los siglos, que su puesto está alto, muy alto, por encima de los enconos y de las ambiciones de los partidos; que ama a los pueblos que con su heroísmo le hicieron escalar tan grande altura, y busca con angustia quien le ayude a salvar todo esto, quien recoja ese legado que pesa mucho ya para su brazo exangüe.

IX

En los hombres como Bolívar, dotados de un influjo y de una capacidad verdaderamente superiores, el impulso inicial debe hacerse tímidamente y aun con reserva, si no se quiere que los admiradores ciegos, por una parte, y los aduladores avisados, por otra, exageren sus principios, den a sus tendencias desarrollos extremos y contrarios al fin que se desea.

Bastó que el Libertador dejara conocer este estado de ánimo, que pidiera la ayuda de una fuerza que salvara la patria, para que su Consejo de Ministros se encargara de llevarlo a remolque con la caprichosa interpretación de sus ideas. La carta de su secretario general al ministro de Relaciones

Exteriores era necesario leerla entre líneas. Lo que Bolívar pedía en ella era rotundamente el establecimiento de una monarquía. No había, pues, para qué entrar a tratar con el republicano gobierno de los Estados Unidos. El tiempo urgía y las negociaciones con el señor Bresson se inician, declarando que el "Consejo juzga que convendría a Colombia escoger un príncipe de la casa real de Francia, que tiene nuestra misma religión, y que nos sería conveniente por muchas razones políticas"[7].

Desde la iniciación de estas negociaciones hasta su "áspera improbación oficial" transcurrieron cuatro meses. El historiador Restrepo, el testimonio más valioso que sobre este punto puede citarse, pues era miembro de aquel Consejo de Ministros que las adelantaba, condena acremente la conducta de Bolívar al guardar durante tanto tiempo un silencio comprometedor sobre tan importantísimo asunto. Dice así en su *Historia de Colombia*:

> El Libertador pudo y debió hacerles evitar los riesgos y multitud de sinsabores, a fin de que no contaran con su apoyo en aquella difícil empresa. Esta conducta habría sido noble, leal y generosa, propia de Bolívar. A lo más tarde desde el mes de mayo comunicaron al Libertador los miembros del Consejo de Ministros el plan que meditaban sobre Monarquía. Sobrado tiempo hubo para que les hubiera dicho expresamente que él no podía apoyar tal intento; paso que debió dar en obsequio, por lo menos, de la amistad. Callóse, sin embargo, por tres meses más, al cabo de los cuales envió su áspera improbación oficial. El lenguaje de los hechos es elocuente.

Estas líneas se escribían y publicaban cuando ya la muerte había enmudecido al hombre a quien iban dedicadas: las pensó el mismo cerebro y las trazó la misma mano que estas otras, escritas inmediatamente antes:

"La ambición de Bolívar y sus aspiraciones a la Monarquía de Colombia y aun de otras secciones de la América antes española que le atribuyeron sus enemigos, han sido calumnias gratuitas sin fundamento alguno. Sus pensamientos siempre fueron nobles, elevados y republicanos".

7. Instrucciones del Consejo de Ministros al de Relaciones Exteriores para tratar con Mister Bresson.

El silencio de Bolívar, tan condenado por el señor Restrepo, es decir, por uno de los miembros de su Consejo de Ministros que entablan las negociaciones monárquicas, quizá no fue tan completo, si nos acordamos de la carta del 13 de julio al mismo ministro, y la ambigua pero en el fondo antimonárquica contestación dada a Campbell el 5 de agosto.

Pero para alejar hasta donde me sea posible la sospecha de parcialidad a favor del Libertador, para tratar con la fe y el respeto que se merece al célebre historiador colombiano, demos por sentado que él, al criticar el silencio de Bolívar, no echara mano del único medio de defensa a su exagerado celo monarquista; convengamos en que su relación es la absoluta expresión de la verdad. ¿Qué tenemos con esto? Que un hombre que un año después iba a echarse en la tumba, muerto de prematura vejez y de agotamiento, a los cuarenta y siete años; que un cerebro poderoso como aquel, que en sus últimas llamaradas solo alcanzaba a ver el naufragio inevitable de esta América andina en cuyo servicio gastara su vida; que un hombre así, estrangulado por la desesperación de no encontrar remedio alguno a su obra inmortal, se detuvo unos meses, unos días, un momento de su noble carrera, a oír en silencio el grueso murmullo de los más, de los mejores, que le decían a grito herido –tanto en América como en Europa– que el único remedio era precisamente el que él no había ensayado y se negaba a ensayar: el establecimiento de una monarquía.

X

Que este hombre pase a la posteridad con la mancha de semejante delito. Pero que la posteridad diga también que aquellas vacilaciones pasaron; que del seno de aquella conciencia que se recogió en sí misma, que luchó durante meses con la desesperación y la angustia, con la debilidad y la vejez, con la anarquía desbocada, salió una voz que la oyeron todos los pueblos y que dijo claramente que en Colombia no habría tronos y que los derribó para siempre. “El lenguaje de los hechos es elocuente”, dice Restrepo; pues Bolívar tuvo en grado supremo esa elocuencia. La contestación dada al Consejo de Ministros es un hecho, un hecho trascendental en la vida de esta hermosa América que no tuvo ni tendrá reyes, porque un

hombre agonizante dijo que él no quería serlo y que no permitiría que otro lo fuera.

"La acusación de Monarquía es la más infundada y calumniosa que se haya jamás fraguado por los hombres"[8].

He ahí la conclusión: hasta ella se llega sin esfuerzo, sin concesiones, sin prodigios de sutileza de crítica. Esta tesis la sostienen los hechos, el hecho incontestable de no haberse implantado en la Gran Colombia la monarquía cuando todo lo estaba indicando y hasta imponiendo; y luego, por secundario que sea el papel que quiera asignárseles a los documentos, todas las piezas que dejó Bolívar y en las que la combatió.

Se pasma uno de que al leer las últimas cartas del Libertador, especialmente las del año 28 y 29, en que ya el hombre de acción y de miras políticas se muestra completamente anonadado, no se quieran ver los arranques de una sinceridad absoluta, el corazón deshecho ya por los desengaños y que se abre íntegro para pedir únicamente paz y piedad para la patria y para sí. Las pocas energías que le quedaban, solo le servían para defenderse, "con el fuego de la indignación que excita la calumnia"[9], de los innobles cargos con que los libertos remataron la existencia del Libertador.

Casi un siglo después de muerto Bolívar un historiador escribe:

"Ahora, ahondando bien en su pensamiento, en su corazón, en sus más íntimos sentimientos, parece que pensó siempre, como único medio de asegurar su obra y salvar su gloria, en una Monarquía criolla, disfrazada o declarada, bajo el protectorado de Inglaterra. Su cerebro no concibió nunca una República democrática, por considerarla de imposible consolidación"[10].

Así se escribe nuestra historia y tales son las conclusiones absolutas y extremas a que nos arrastra de manera incontenible nuestra fogosa sangre latina, para no decir la falta absoluta de criterio histórico y de penetración psicológica.

Para el ciego admirador de Bolívar, que con mucha razón llega al íntimo convencimiento de que no fue monarquista, el otro extremo se impone.

8. Felipe Larrazábal, *La vida y correspondencia general del Libertador Simón Bolívar*, 6ª ed., Nueva York, Imprenta de Andrés Cassard, 1883, p. 496.
9. Carta a Vergara, diciembre de 1828.
10. C.A. Villanueva, *op. cit.*, p. 202.

No habiendo sido monárquico, tuvo necesariamente que ser un férvido republicano. Para el que mira con desconfianza a aquel ser vehemente y autoritario, que más de una vez llevó a la vida civil sus arranques de campamento, el demócrata no existe, y necesariamente tuvo que ser un monarquista, al que circunstancias que no se explican impidieron rodearse de cosacos y explotar y degradar al noble pueblo que le ayudó a triunfar.

¿Cómo orientarse en semejante caos? Trabajando con amor, con honradez y con un espíritu libre, libre sobre todo de las apasionadas conclusiones de nuestros historiadores, que muchas veces obran sobre nosotros de manera decisiva. Así nuestra conciencia habrá descansado sobre un terreno propio, gozará de la plenitud de una convicción que, aunque inarticulada, nos acercará mucho a un hombre cuyo genio y cuya grandeza nos entusiasman, más por contagio que por propio conocimiento. ¿Queremos tributarle un homenaje? ¡Pues estudiémosle!

¿FUE BOLÍVAR REPUBLICANO?

I

Si la república consiste en la consagración constitucional del exagerado principio democrático que tiende a debilitar hasta un grado ínfimo la influencia del Estado sobre la sociedad, Bolívar no pasará a la posteridad con la gloria de haber practicado esos principios.

A su debido tiempo trataré de hallar los fundamentos de índole propia y extraña que impidieron al Libertador, no solo aceptar, sino mirar con frialdad el que se pretendiera reducir al gobierno a un papel pasivo y secundario. La vida de nuestro héroe corrobora siempre y a cada momento esta idiosincrasia de su temperamento, que no lo abandonó ni en sus últimos momentos.

No me detendré a mirarlo como militar, pues en ese papel la completa injerencia del jefe sobre toda acción y detalle está no solo indicada, sino impuesta; y relatar todos los momentos en que su autoridad se impone, en que su individualidad se marca de una manera absoluta, en que su pensamiento único y exclusivo se ve proyectado en proporciones y en campos

amplísimos, equivaldría a escribir la historia de su vida, lo que no estoy haciendo.

Pero desde que el hombre se abstrae y principia a pensar y a hablar y a divagar sobre las relaciones del Estado con la sociedad, se nota perfectamente que el principio cuantitativo de la democracia, y que encontraba muy bello en teoría, era para él la fórmula más propia que pudo encontrarse para impedir al pensamiento traducirse en hechos, y para que los pueblos, al estancarse, se corrompieran y anarquizaran. Estas no eran propiamente ideas de Bolívar –que quizá eran las contrarias–, era la sangre del hombre de acción, de temperamento extremadamente nervioso, que deseaba, que urgía ir derecho a la consecución de un objeto.

Si llegamos a penetrarnos bien de lo que estas tendencias significaban en un hombre llamado a legislar para muchos pueblos, hallaremos la razón de ser de sus sistemas políticos, y aún más, la justificación de los terribles cargos que ya en plena paz socavaron su prestigio y precipitaron su ruina.

Desde el año 1812, esto es, antes de cumplir los treinta años de edad, el político se presentaba ya a la posteridad con sus lineamientos inconmovibles: el Manifiesto que desde Cartagena dirigió a los granadinos no es otra cosa que una violenta crítica al régimen constitucional adoptado por el Congreso Constituyente de Venezuela en 1811[11].

Véanse los párrafos siguientes, y en los que la política local de Venezuela se abstrae y generaliza para sentar principios superiores, aplicables a la sociedad de la América andina:

"Lisonjeándome que las terribles y ejemplares lecciones que ha dado aquella extinguida República (habla de Venezuela) persuadan a la América a mejorar su conducta, corrigiendo los vicios de unidad, solidez y energía que se notan en sus gobiernos.

"El más consecuente error que cometió Venezuela al presentarse en el teatro político fue, sin contradicción, la fatal adopción que hizo del sistema tolerante; sistema improbado como débil e ineficaz desde entonces, por todo el mundo sensato, y tenazmente sostenido hasta los últimos períodos, con una ceguedad sin ejemplo (…)

11. Véase esta importantísima pieza en F. Larrazábal, *op. cit.*, pp. 147-154.

"Los códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del Gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados (…)

"La doctrina que apoyaba esta conducta tenía su origen en las máximas filantrópicas de algunos escritores que defienden la no residencia de facultad en nadie para privar de la vida a un hombre, aun en el caso de haber delinquido éste en el delito de lesa patria. Al abrigo de tan piadosa doctrina, a cada conspiración sucedía un perdón, y a cada perdón sucedía otra conspiración que se volvía a perdonar; porque los gobiernos liberales deben distinguirse por la clemencia. ¡Clemencia criminal que contribuyó más que nada, a derribar la máquina que todavía no habíamos enteramente concluido! (…)

"Pero lo que debilitó más al Gobierno de Venezuela fue la forma federal que adoptó, siguiendo las máximas exageradas de los derechos del hombre, que autorizándolo para que se rija por sí mismo, rompe los pactos sociales y constituye a las naciones en anarquía. Tal era el verdadero estado de la Confederación. Cada provincia se gobernaba independientemente; y a ejemplo de éstas, cada ciudad pretendía iguales facultades, alegando la práctica de aquéllas, y la teoría de que todos los hombres y todos los pueblos gozan de la prerrogativa de instituir a su antojo el gobierno que les acomode".

Como se ve aquí, ya se exterioriza en Bolívar, cuando no era nadie, cuando no era sino un joven desconocido, el exagerado principio de autoridad que en el Libertador llegaba a tomar las trazas de un despotismo feroz.

Y es inútil buscar las huellas por otros lados.

Durante la guerra, el jefe único, indiscutible, se imponía, y así la acción era supremamente eficiente. Durante la paz, al hablar y legislar para la paz, el principio no podía sostenerse, pero era necesario conservarlo hasta donde fuese posible; y de allí esos sondeos tan sospechosos de Bolívar para llegar a dar la mayor unidad y sencillez a los sistemas gubernativos que ideaba.

¿Se extrañará, pues, alguien de que al ver a un hombre tan empeñado en aumentar y robustecer las funciones del gobierno, en extender su influencia, debilitando al mismo tiempo su responsabilidad; se extrañará de que se dijera en todos los tonos que aquel hombre preparaba a su antojo y por sus propias manos su propio lecho? Monarca o dictador, el nombre nada importa; quien trabaja por establecer tal gobierno es porque está decidido a hacerse su jefe. La autoridad no se robustece por los demás ni para los demás: se fortifica por sí y para sí.

II

Este exagerado concepto del Estado lo llevó a veces Bolívar al extremo. Su Poder Moral, propuesto al Congreso de Angostura, traspasa tanto las funciones de la autoridad, penetra tan profundamente en la conciencia individual, que no puede saberse qué es más: si intolerable o ridículo.

"La Cámara de Moral dirige la opinión moral de toda la República; castiga los vicios con el oprobio y la infamia, y premia las virtudes públicas con los honores y la gloria. La imprenta es el órgano de sus decisiones (…)

"Art. 3º Su autoridad es independiente y absoluta. No hay apelación en sus juicios sino a la opinión de la posteridad; no admite en sus juicios otro acusador que el escándalo, ni otro abogado que el buen crédito"[12].

Cuarenta miembros y su presidente constituyen aquel Areópago de Fisgones, cuyos ojos augustos debían remover todas las miserias de la vida particular y convertir al más hipócrita en el mejor y más seguro de los ciudadanos. Se hace difícil creer que haya una autoridad que pretenda sacar al mercado, a la venta pública, los quilates de moralidad más o menos falsos que se le presenten.

Pero en esto se pensó y esto se quiso implantar seriamente entre nosotros, como recurso gubernamental, como el último resorte que quedaba libre y que en manos del jefe del Estado permitiría que la sociedad entera se moviera al menor impulso de su voluntad. El mundo estaba ya muy entrado

12. Véase la constitución de este curiosísimo "Poder Moral" en J. Gil Fortoul, *op. cit.*, v. I, pp. 545-551.

en años para soportar fríamente el establecimiento de modernos gobiernos paternales. El avance del tiempo no disminuye en nada este su modo, esta tendencia irresistible a implantar en América un máximum de gobierno.

Como la mayor parte de su vida pública la pasó Bolívar en campaña, y como el brillante éxito que en sus campañas alcanzó lo debió sin duda a su autoridad irrestricta, a la unidad de acción que supo dar a sus movimientos, a la firmeza y prontitud de sus resoluciones, muy lógico es encontrar que en sus tendencias políticas, obra de su temperamento, se afianzaran más y más cada día estos principios con los resultados de su experiencia.

Frente a la conservadora Constitución de Cúcuta le vemos también arrugar el ceño. En ningún caso quiere echarse sobre sí la responsabilidad de gobernar en aquellas circunstancias, es decir, en medio de la guerra exterior, con una carta constitucional que para él es deficiente. "Vuestros representantes –dice en su alocución a los colombianos, el 8 de octubre de 1821–, penetrados del origen sagrado de su autoridad, conservaron la mayor suma del poder para el soberano, que es el pueblo; al depositario de la fuerza pública le han concedido la dulce facultad de haceros bien sin que pueda dañaros".

"¡Colombianos! La ley ha señalado al vicepresidente para que sea el jefe del Estado, mientras yo soy soldado. Él será justo, benéfico, diligente, incontrastable, digno conductor de Colombia"[13].

Cuando se recuerda la actitud de Bolívar ante este Congreso de Cúcuta, su mal disimulado desdén hacia la Constitución que escribió, su aceptación de la Presidencia de la República con la condición *sine qua non* de que se encargara del poder al vicepresidente Santander; cuando los años posteriores dejaron ver hasta la saciedad que Bolívar fue quien más contribuyó con sus palabras despreciativas e imprudentes a desacreditar esta Constitución, autorizando así tanto motín armado que la desprestigió y desconoció, un valor relativo debe darse a las encomiásticas palabras con que anunció a los pueblos la sanción de esta carta fundamental.

Los hechos mostraron de sobra que aquellos principios constitucionales, aunque de un liberalismo moderado, no satisfacían de ninguna manera

13. Véase F. Larrazábal, *op. cit.*, p. 105.

al hombre cuyo corazón se iba siempre tras de un mecanismo administrativo, tan sencillo y estable al mismo tiempo, que evidentemente parecía reñido con los principios democráticos que, por otra parte, predicaba.

III

Quizá no se aventura demasiado al conjeturar que hacia este año de 1821, época en que Bolívar seguía aún con toda la impetuosidad de su temperamento, habría roto de una manera franca con los principios legalistas, sobre los cuales se estableció la Gran Colombia, si su eterna obsesión, las campañas del Sur y la independencia total de todo el continente, no hubieran peligrado con tan imprudente paso.

Y seguir al hombre en todos los momentos en que tuvo la necesidad de afrontar el problema de organización civil es encontrarlo siempre, siempre, dispuesto a buscar con más o menos disimulo la manera de dar al Estado la mayor suma de poderes que le fuera posible.

En el momento decisivo de su vida, en el instante en que se creyó suficientemente fuerte y demasiado prestigioso para que sus opiniones no pudieran ser combatidas con éxito –después de sus triunfos en el Perú y en el océano Pacífico, cuando acababa de dividir en dos mitades el antiguo Virreinato del Río de la Plata, formando con la mitad del norte una república, a la que se llamó, por gratitud, Bolivia–, entonces es cuando todos los velos de su alma se rompen y cuando deja ver ante los ojos asombrados del mundo el horizonte inmenso de sus concepciones políticas.

Su Constitución para Bolivia es el rayo del sol, el abra iluminada que enseña durante unos momentos lo que hay detrás de la perspectiva brumosa. Este celebérrimo documento es la profesión de fe del Libertador. De él me he ocupado extensamente en mi relación histórica, y él me servirá para sacar mis conclusiones sobre el ideal político de Bolívar. No muy adelante nos lo volveremos a encontrar; pero desde ahora debo hacer notar que aquella carta constitucional exprimió de tal manera sus secas tendencias de gobierno, que su mismo autor parece asustado de su unitarismo tan absoluto, y no quiso imponerla en Colombia, cuando todo parecía que se prestaba admirablemente para ello. La pensó, la escribió, la hizo aceptar

sumariamente por el Perú y Bolivia y la abandonó en seguida como instrumento demasiado peligroso.

Mas no esperemos que este fracaso dulcifique en algo su temperamento político. Viene la Convención de Ocaña, y su partido, el partido que el Libertador animaba con sus ideas, se presenta en un campo estrecho siguiendo sus mismas tendencias represivas y proponiendo una Constitución de acero para gobernar un pueblo apegado ya a un régimen más francamente democrático y liberal.

Oigamos algunas de sus palabras en el Mensaje de apertura de la Convención, para que nos convenzamos de que mientras el cuerpo y el espíritu de aquel hombre se morían de cansancio, sus ideas políticas estaban allí petrificadas, duras como el mármol, sirviendo admirablemente a sus enemigos:

> ¡Legisladores! Ardua y grande es la obra que la voluntad nacional os ha cometido. Salvaos del compromiso en que os han colocado nuestros conciudadanos salvando a Colombia. Arrojad vuestras miradas penetrantes en el recóndito corazón de vuestros constituyentes; allí leeréis la prolongada angustia que los agoniza; ellos suspiran por seguridad y reposo. Un gobierno firme, poderoso y justo es el grito de la patria. Miradla de pie sobre las ruinas del desierto que ha dejado el despotismo, pálida de espanto, llorando quinientos mil héroes muertos por ella, cuya sangre sembrada en los campos hacía nacer sus derechos. Sí, legisladores; muertos y vivos, sepulcros y ruinas, os piden garantías (…) Dadnos un gobierno en que la ley sea obedecida, el magistrado respetado y el pueblo libre.[14]

IV

Me parece inútil recalcar más sobre estos inelásticos y férreos principios constitucionales. Inelásticos, ni se ensanchaban en nada ni se acortaban progresivamente hasta llevarlo a convertirse en un grosero autócrata. El decreto orgánico de 27 de agosto de 1828, hijo de la dictadura impuesta por la disolución de la Convención de Ocaña, es uno de los más hermosos

14. *Ibid.*, p. 423.

rasgos de aquel espíritu fino y complicadísimo que impidió al Libertador, en todos los momentos de su vida, dar una nota destemplada, renegar del hombre leal, cultivado y distinguido que nunca se apagó en él.

¿Quién le arrancó aquel decreto que limitaba sus funciones dictatoriales, que restringía aquella dictadura, que no solamente se apoyaba, sino que trataba de llevarse hasta los últimos extremos? Nadie que lo sepamos. Él lo hizo por sí ahora y siempre que la ocasión se le presenta. Pedía Constituciones muy rígidas y fuertes, pero pedía que se le dieran y no que lo empujaran a tomarlas. Buscaba hasta cierto punto elementos extraños que le ayudaran a conservar el equilibrio indispensable entre sus ideas democráticas: su invariable apego a la belleza y justicia del principio popular, y su corazón y sus nervios que se desesperaban al hallarse frente a la turba anárquica, sin educación y sin estímulos.

En este balanceo incomprensible y peligroso se pasó su vida; restringe él mismo sus dictaduras, él mismo destruye la última con su convocación del Congreso Constituyente de 1830; ya no hay ni esperanza ni temor de que siga siendo presidente de la república un día más, y todavía pide al Congreso en su mensaje, con franqueza y con valor, que ponga en manos de su sucesor leyes que nazcan de la "experiencia de veinte años de revolución"; leyes que puedan "dominar con fortaleza las pasiones de algunos y la ignorancia de la multitud".

Este fue el hombre y estos los principios sociales y políticos que animaron su existencia. ¿Se le puede aplicar el título de demócrata y republicano, si es que estos dos términos deben emplearse invariablemente unidos?

Repúblicas como las que Bolívar quiso fundar sobre tan rígidos principios, las tuvo la Antigüedad y la Edad Media, y la historia y la literatura las han recogido como modelos de repúblicas. Atenas, Esparta, Cartago, Roma, Florencia, Ginebra, esas fueron repúblicas en donde los poderes se transmitían de unos a otros, en donde los demagogos dominaban los sufragios, pero en donde el Estado ahogaba al individuo; en donde el principio de nacionalidad se lo llevaba todo, aun los jugos más tiernos del corazón. Leyes inexorables que compactaban a la turba por el miedo y la hacían marchar en orden. ¿Debajo de esas bóvedas de acero vivía y se desarrollaba verdaderamente el espíritu democrático? El mundo moderno dice con

orgullo que sí, que él viene de allá, de tan lejos; que sus grandes conquistas políticas se las debe a muchedumbres que hace muchos siglos daban la ley en las plazas públicas. Que Graco les enseñó a pedir y Clodio a matar; que estos gérmenes de independencia, que no pudo subyugar la fuerza, que se sepultaron durante la Edad Media, a la sombra de la Cruz, fueron los mismos que reaparecieron después, florecientes y lozanos, sobre el bello suelo de Francia, regado por los enciclopedistas.

No importa la contextura férrea de aquellos sistemas de gobierno, ni importa saber si los hombres sufrieron más o menos bajo ellos. Su esencia, el fondo filosófico y social que encerraban, como justo que era, llevaba en su seno al mundo político de la posteridad. Y esto ha bastado para que ella los recoja con cariño y respeto, despreciando los vicios de su aplicación y las inconsecuencias e incomparables injusticias y delitos que se cometían a su amparo. La humanidad no recoge sino principios, y con ellos en la mano pasa triunfante por sobre formas y procedimientos desprestigiados y muertos.

"Por otra parte, el derecho de sufragio tenía entonces un valor incomparablemente más grande que aquel que puede tener en los Estados modernos. Por él, el último de los ciudadanos ponía la mano en todos los negocios, nombraba los magistrados, hacía las leyes, consagraba la justicia, decidía de la guerra o de la paz y revisaba los tratados de alianza. Bastaba, pues, esta extensión en el derecho del sufragio para que el Gobierno fuese verdaderamente democrático"[15].

V

Y este fue el invariable principio democrático que informó siempre las tendencias políticas de Bolívar: el gobierno del pueblo por él mismo. Con gusto, y quizá mejor, obligado por sus principios filosóficos, hacía esta bella concesión, pero no la hacía sin ciertas reservas y exigiendo, en cambio, el sacrificio de no pocos ideales y el estrecho encierro de la acción individual dentro del reducido círculo que trazaban las leyes. Esto hacía sufrir en

15. Fustel de Coulanges, *La Cité Antique*, Paris, Hachette et Cie., 1908, p. 387.

verdad, esto sacrificaba nobles ambiciones, pero estos eran sacrificios que debían aprovechar generaciones más felices y avanzadas. Tampoco los antiguos respiraron a todo sol y todo viento.

> Nada había en el hombre que fuese independiente. Su cuerpo pertenecía al Estado y ligado quedaba a su defensa; en Roma el servicio militar debía prestarse hasta los cuarenta y seis años; en Atenas y en Esparta, toda la vida. Su fortuna estaba siempre a la disposición del Estado; si la ciudad tenía necesidad de dinero, ella podía ordenar a las mujeres entregarle sus joyas, a los acreedores abandonar sus acreencias, a los poseedores de olivares cederle gratuitamente el aceite que habían fabricado. La vida privada no escapaba a esa omnipotencia del Estado. Muchas ciudades griegas impedían al hombre permanecer célibe.[16]

Y sobre estos tiempos y sobre estos gobiernos que cubrían de acero sus bases filosóficas modeló Bolívar sus repúblicas. Fracasó, naturalmente, porque muy distantes estábamos ya de aquello. Pero salvó el principio, la inapreciable base democrática de nuestras instituciones, legando así a la humanidad un escenario vastísimo, en el que habrá de tomar vigor para sus empresas inacabadas.

LA CONSTITUCIÓN BOLIVIANA

I

He aquí un documento que a los ojos de una sana crítica puede ser considerado como la expresión fiel del pensamiento político de Bolívar. Primero, porque él no contradice, sino que, al contrario, corrobora, fortifica, todo lo que nos dice su vida respecto a sus tendencias gubernamentales. Segundo, porque en el tiempo en que esta Constitución fue escrita y sometida al juicio del público, las condiciones de poderío y de influencia de su autor sobre toda la América del Sur, hacen creer que él evitara las líneas curvas y fuera derecho a plantear sus principios de gobierno, en la muy razonable y lógica convicción de que no sería cosa muy fácil combatirlos.

16. *Ibid.*, p. 265.

¿Satisfizo completamente este código a Bolívar en todos sus desarrollos; encontró en él las fórmulas prácticas, eficientes, que le permitieran traducir en hechos su pensamiento sobre cada uno de los ramos de la administración pública?

Es muy posible que no, y es casi seguro que al tomar su ideal en abstracto para ponerlo sobre el campo político y entregarlo al trajín de los hombres, hubiera medido con despecho el abismo que existe entre lo uno y lo otro; muy alto lo primero, muy bajo lo segundo. Pero la tarea no debía ser solamente suya. Bastaba que él encontrara y pudiera colocar sólidamente las bases de su edificio político. La experiencia y el tiempo modelarían detalles.

Hoy es ya un principio aceptado en sociología que es más fácil prevenir y curar las grandes enfermedades que amenazan al cuerpo social, que remediar los problemas secundarios, salvar los pequeños pero múltiples detalles que reclama el organismo naciente.

En una forma ruda, áspera y atentatoria a primera vista, Bolívar acudió a cortar de un tajo la gangrena sin remedio que él veía venir sobre los pueblos para los cuales legislaba, y que como una sombra trágica se extendió siempre ante sus ojos, haciéndole temblar por la estabilidad de su obra: el imperio de la anarquía. Y con su valor acostumbrado desnudó su pensamiento y concedió derechos políticos, hasta cierto punto, y permitió que los brazos se levantaran, hasta cierta altura. Lo que estaba más allá, tan sagrado era, que a nadie le pertenecía.

Allí está el hombre de siempre, pero desnudo ahora y extendido al sol, como sobre una mesa de disección, y en donde pueden examinarse sus múltiples resortes. Por encima del criterio sintético con que trazo estas líneas está el examen detenido de la conveniencia, de la utilidad, de la eficacia de cada uno de los 151 artículos que componen su Constitución.

En las creaciones del espíritu humano, ya sea en arte, en religión o en política, hay siempre un rasgo distintivo, un relieve superior, una intención marcada, y la propiedad y perseverancia con que esto se presente a través de la obra decide en definitiva de su suerte. Estas cosas nunca se estudian en los detalles, sino en el conjunto armonioso que de ellos resulta, en el todo grotesco o grandioso que llegan a formar. Homero estudiado

gramaticalmente en cada uno de sus cantos y versos; el cristianismo analizado en su dura y severa ortodoxia, ¡qué pocas conquistas habrían hecho! Y, sin embargo, sabemos que el espíritu uno y único que vive por encima de estas creaciones ha arrastrado a los hombres y ha formado pueblos.

II

En la Constitución boliviana hay algo que vive permanentemente, con el ojo abierto, que preside y que dirige, siempre en acecho: aquel pensamiento de organización social. Si queremos juzgar con imparcialidad y con acierto esta obra no lo olvidemos nunca. Aquel código político tuvo un objeto, uno solo, pero del cual dependía entonces la vida de las repúblicas recién nacidas: *el implantamiento del orden*.

Para juzgar hasta dónde las previsiones de Bolívar para conseguir este objeto fueron exageradas, es necesario remontarse a aquella época en que, después de una guerra de tres lustros, era indispensable organizar de improviso pueblos absolutamente ignorantes y atajados como de repente en su carrera de campaña. La anarquía los devoraría, los haría ser presa inmediata de las manos codiciosas de la Europa, o resucitaría el fanatismo colonial apenas adormecido.

Bolívar, en su afán de legislar, legisló militarmente. Dentro del círculo de hierro de su Constitución encerró precipitadamente a los que necesitaban defenderse, empeñándose en que vivieran vida civil dentro de un cuartel.

Todo allí suena a dianas: hay un jefe, un hombre tan suficientemente prestigioso y capaz, que la nación entera lo señalará con el dedo. Mandará mientras viva y nombrará su sucesor. Contra él nada podrá hacerse, primero, porque es justo, y luego, porque es inviolable. Contra los demás hay procedimientos sumarios, porque cuanto antes es preciso que la justicia se haga sentir. Hay una Corte Suprema e inapelable, la Corte de Censores, que puede oponer su peso moral al peso efectivo del presidente. Cuando este equilibrio se rompa, la vida ordinaria de la nación habrá desaparecido para convertirse en una dictadura militar sin freno alguno, o en una anarquía sin Dios ni Ley. Esta forma de gobierno está encerrada en fórmulas

breves y precisas: son guarismos. Se es, o no se es. Lo que salió de su sitio se estrellará inevitablemente.

Este liberalismo tan encogido iba especialmente destinado a restringir, hasta donde fuese posible, el reconocimiento y el consiguiente uso y abuso de derechos políticos, que habían de impedir de seguro el goce de una vida civil sosegada y amable. La amplitud de los derechos civiles compensaría con ventaja, en la práctica, lo que se restringían los políticos.

"Las garantías más perfectas –dice en el mensaje con que acompaña la Constitución– se han establecido aquí: la libertad civil es la verdadera libertad; las demás son nominales o de poca influencia con respecto a los ciudadanos". Y consecuente con su pensamiento, garantiza solemnemente la seguridad personal y la propiedad y conserva "la ley de las leyes: la igualdad".

A su modo de ver, esto basta. No hay para qué estar acudiendo en tropel todos los días a las urnas electorales para conmover íntegramente el edificio social. Sobre la base de un presidente vitalicio, de una Suprema Corte augusta y perpetua, la Cámara de Censores, la opinión popular puede hacerse sentir diariamente sobre las necesidades, reformas, quejas y luchas de los diversos partidos que se fueran presentando. Colocada la nación en soportes tan poderosos, las agitaciones y las tendencias encontradas no pondrían en peligro su vida. Bajo las mareas que revientan viviría el mar quieto y profundo.

¿Y cómo pone al pueblo al abrigo de los asaltos y muy probables y seguras tropelías que estos poderes absolutos pudieran cometer? Dando a esta capa inferior una representación muy sólida también, agraciándola con prerrogativas que le permitieran defenderse con ventaja.

A la Cámara de los Tribunos, que representa directamente al pueblo, se le concede la facultad de establecer los impuestos, de que sea el pueblo quien señale y provea a sus necesidades materiales, de que él solo juzgue de las conveniencias de las instituciones políticas que se le han dado, puesto que él solo puede pedir su reforma; que él decida de la paz o de la guerra, puesto que es él quien recibe sus provechos y dolores. Todos los asuntos fiscales, el arreglo de las pesas y medidas, los empréstitos, el sistema monetario, las alianzas con el extranjero, etc., todo aquello que afecta más directamente al pueblo, es tan solo a él a quien toca resolverlo.

Se le dan, pues, armas que sepa manejar, se le sitúa sobre su propio terreno, se le aísla, por decirlo así, dentro del círculo de sus conocimientos y de sus necesidades vitales.

Tal es la esencia, el espíritu, que anima este célebre documento, cuyo valor es puramente histórico y que analizo única y exclusivamente como tal.

III

En la mente del Libertador, al redactar su Constitución, parece que la influencia de la Constitución inglesa no puede desconocerse. El estudiado equilibrio de las Cámaras, especialmente, y en donde se busca la manera de que el espíritu revolucionario del pueblo tenga cómo estrellarse, sin producir mayores daños, contra la Alta Cámara y su espíritu conservador, reflexivo, sereno y defensor nato del Ejecutivo, viene invariablemente de la sabia organización de la Gran Bretaña.

La facultad de fijar las contribuciones, otorgada a los tribunos únicamente, tiende también a poner en manos del pueblo los recursos económicos que el Ejecutivo ha de necesitar. Son los subsidios a la Corona, elemento poderoso que por sí solo se hace respetar.

El *Habeas Corpus*, la libertad de industrias, la libertad de cultos, la libertad de pensamiento, todo aquello que en los tiempos del Libertador no era una conquista universal, viene de allá.

El ejemplo de Petión en Haití, con una labor administrativa firme, continuada y personal, influyó también mucho en su ánimo, y así lo dice en su mensaje.

Sin pretender en manera alguna sentar principios absolutos, para mí, la Constitución dada a Bolivia es el exponente fiel del *ideal político de Bolívar*. Mezcla artificialmente combinada de elementos monárquicos y republicanos, pero conservando siempre la esencia invariable del principio democrático.

Si prescindimos de su presidente vitalicio y del cargo de censor vitalicio, pero no hereditario, sin mayor esfuerzo nos encontraríamos delante de una república constituida por principios severos y marcadamente

conservadores. Los dos rasgos primeros le dieron el tinte monárquico que ahogó casi por completo sus otros componentes. Constitución de esta naturaleza nunca se ha puesto en vigor en el mundo, y, por consiguiente, no está clasificada, ni tiene nombre, ni hay que esperar que yo se lo dé.

¿Adonde iba Bolívar con ella? La suspicacia humana, que nunca se resigna a creer que aquello que traspasa nuestra inteligencia es tan solo lo que nuestros ojos ven y nuestros sentidos palpan, sino que lleva fuerzas misteriosas, manifestaciones no reveladas que se nos ocultan, se ha ido detrás de este plan de gobierno que Bolívar ideó y se ha dado a pensar qué fin político perseguía este hombre y a qué resultado pretendía llegar con el establecimiento de semejantes instituciones.

Para algunos, y entre ellos el señor Villanueva, la Constitución boliviana era un puente que se tendía para pasar con tranquilidad y sobre seguro a un régimen francamente monárquico, sin caer en cuenta que estos rodeos, no solamente no prestarían el objeto que se deseaba, sino que serían altamente perjudiciales al fin que se proponían. ¿Para qué buscar semejantes curvas? El pensamiento de monarquía en aquella época no era un delito para los pueblos, sino más bien un clamor general.

Tan cierto es esto, que oigamos, con las reservas del caso, naturalmente, por lo exagerado de sus principios, lo que años más tarde, en 1829, dice el señor García del Río sobre los principios de gobierno en que la sociedad deseaba establecerse. Estas palabras son de uno de los cerebros más poderosos y mejor cultivados de que puede enorgullecerse nuestra patria. De él dice Gil Fortoul lo siguiente: "Las *Meditaciones* –de García del Río– son cinco, fechadas a 20 de julio, 24 de agosto, 24 de septiembre y 19 de diciembre. De ellas se ha dicho, sin exagerar casi, que su significación política y literaria las ha hecho sobrevivir a cuanto se publicó entonces sobre derecho político y que representan el punto extremo a que se llegó en busca de solidez y libertad en las instituciones"[17].

He aquí, pues, las palabras de García del Río, palabras dirigidas al Congreso Constituyente de 1830, y que no desmentidas entonces, dejan siquiera algo de verdad en sus rotundas afirmaciones:

17. J. Gil Fortoul, *op. cit.*, p. 468, nota primera.

"Cuando al salir de una revolución todo tiende a reconstituirse sobre bases nuevas, una oscilación largo tiempo prolongada precede al reposo. En ese intervalo los espíritus, movidos por una actividad prodigiosa, se empeñan en mil rutas diversas, abrazando las opiniones más opuestas, y ensayándolas todas, antes de ponerse de acuerdo sobre ninguna. Tal ha sido hasta aquí la situación de Colombia. Por una diferencia inevitable de principios y de ideas, ha habido entre nosotros diversos partidos, que si bien fueron de honroso origen, han llegado al término injustificable de animosidades personales y de encono profundo. Mas el tiempo, en su marcha silenciosa, y los acontecimientos, en su estrépito, se han combinado para preparar una revolución. Los hábitos han recobrado gradualmente su imperio, las opiniones se han ido ilustrando, la necesidad de la fijeza y del reposo se ha hecho sentir, y el contraste que se nota entre el orden político, cual ha subsistido hasta aquí, y el estado social, entre la forma de gobierno y las necesidades del pueblo, ha producido una completa mudanza. De las desgracias de la cosa pública ha nacido la experiencia; del choque de las ideas se ha formado una opinión ilustrada; y si bien existen todavía ilusos que se resisten a ver la luz, aspirantes que cierran los oídos a la voz de la razón, ambiciosos y proletarios que no quieren ni pueden vivir sino de desórdenes y de anarquía, la parte sensata de la nación colombiana, la parte influyente, la que tiene qué conservar, la que está interesada en que se abran nuevas fuentes de producción y en que cada cual pueda gozar tranquilamente y con plena seguridad de los frutos de su industria, siente la necesidad de un orden de cosas estable, lo apetece; desea que se sofoquen todos los resentimientos, que se acaben todas las disensiones, que se ponga término a la lucha política y se apague el volcán revolucionario; anhela, en fin, por que se *establezca una Monarquía constitucional lo más pronto posible*"[18].

18. Juan García del Río, *Meditaciones colombianas*, Bogotá, J.A. Cualla, 1829, t. IV, pp. 35-37.

IV

¿Por qué, pues, irse por los atajos y retardar su implantamiento cuando en verdad ningún obstáculo serio podía presentarse?

Al gran sociólogo que se encerraba en Bolívar no podía ocultársele que en esta vez la línea curva sería la desviación definitiva de su ruta. La república, frente a la monarquía, ocupa el mismo lugar que el monoteísmo frente al politeísmo: son formas más avanzadas, concepciones más amables del espíritu. De allí no se retrocede sino por la fuerza, y en este caso el disimulo de Bolívar para arrastrarnos a la monarquía no llenaba su objeto, que era justamente el de llevarnos a ella paulatinamente. Diez años, cinco quizá, de un régimen republicano, por moderado que fuese, del saboreo de unas instituciones en donde todos cabían, en donde la ley consagraba iguales a todos los ciudadanos, en donde los más altos puestos estaban al alcance de todas las facultades, en donde hasta el ínfimo ciudadano se daba el lujo de dar su humilde voto por el humilde superior con quien iba a rozarse, poco tiempo de estas prácticas y quedarían establecidas. Retroceder de allí era dar un golpe de Estado, que bien hubiera podido evitarse, evitando que los pueblos se apegaran a ellas.

Estas consideraciones, que de ningún modo son baladíes, contando con la mirada profunda de Bolívar y su conocimiento igualmente profundo de los negocios humanos, me llevan a apartarme de una manera absoluta de la tesis sobre tránsito a la monarquía, y que ningún fundamento histórico tiene. Muy al contrario, yo creo que si Bolívar pensó en su Constitución como en un recurso transitorio, y no permanente o, por lo menos, de relativa duración; si cabalgando sobre su código político a alguna parte se dirigía y pensaba llegar, era de seguro a una concepción y a una forma republicana más amplia y más firme.

Pero todo hace pensar que la Constitución boliviana fue un brusco ¡detente! lanzado al pueblo que caminaba ya con agrado por los campos políticos.

Error capital del grande hombre, error basado en un momento de obcecación, en que sintió tan grandes y tan potentes su fuerza y su prestigio, que se creyó capaz de contener él solo el avance de las prácticas republicanas,

que poco a poco iban adueñándose de la oscura conciencia de los pueblos. Error muy grande, lo repito, y en el que buena parte tuvieron esas ovaciones triunfales, ese griterío atronador de naciones enteras, que tanto en el Perú como en Bolivia pudieron hacerle perder un poco la cabeza. En aquellas delirantes ovaciones no podía distinguirse qué sentimiento predominaba: si la admiración por el héroe, endiosado por las imaginaciones sencillas y ardientes, o la petición de amparo a un hombre fuerte que volvía nuevamente a la sociedad la paz perdida durante tantos años, y los elementos de vida que se llevó la guerra.

En el alma del Libertador, tan inclinada de por sí a los gobiernos fuertes, con su máximum de injerencia en el movimiento social, estas manifestaciones de pasividad, de necesidad de un tutelaje activo e inmediato, debieron obrar de manera definitiva. No es posible dudar que para el hombre objeto de semejantes aclamaciones, que las analizaba con el mismo cerebro con que trabajaba en la confección de un código de gobierno, ellas le hicieran exagerar sus principios.

Y la tradición monárquica y el apego a sus fórmulas exteriores, sobre todo, no podían ser olvidados entre los componentes de su nuevo edificio. Y se equivocó completamente; y se equivocará siempre todo aquel que crea que a pueblos puestos ya en el camino de conquistas políticas se les pueda hacer retroceder voluntariamente, o se les pueda parar en firme en un momento dado, como a los niños a quienes se detiene bruscamente en la mitad del campo y con el mejor sol.

V

Bolívar, al sentir los primeros obstáculos, muy débiles por cierto, pero siempre obstáculos, parece haberse despertado de un letargo y haber abierto de par en par sus ojos asombrados, principiando a atormentar su conciencia con la eterna lucha de sus tendencias.

No quiere desistir de poner en práctica sus planes gubernamentales, y para establecerlos, la desesperación le muestra armas vedadas y procedimientos incorrectos; pero sus ideas, las que bebió en su niñez en fuentes imperecederas, y las que indudablemente lo lanzaron a la vida pública y

lo perpetuaron en la historia, sus ideas no lo dejaron avanzar, y triunfó el demócrata, que ni con todos los aguijones que hombre alguno ha sentido, pudo apartarse del principio de la soberanía popular.

Quizá lo indicado antes de lanzarse al implantamiento de una Constitución completamente nueva, exótica, sin clasificación precisa en las instituciones del mundo, y sin colorido ni lineamientos precisos, hubiera sido reformar, centralizar, fortificar más si cabía las que tuvieron los pueblos colocados bajo su amparo. Pero Bolivia nacía apenas a la vida de nacionalidad; el Perú no debía soñar con ir a desterrar su vieja y desacreditada Constitución, sustituida por el mando absoluto del Libertador, y en Colombia, la de Cúcuta era malla demasiado débil para atrapar al "monstruo de mil cabezas", la anarquía, que estaba rugiendo ya por debajo de las nubes.

No era posible esperarse a las renovaciones. Había que crear, había que formar, había que buscar un cauce al torrente que pronto lo desbordaría todo, y un hombre solo debía llenar esta tarea y llenarla aprisa.

¿Qué hizo? Dar todo lo que él tenía: los desplantes del guerrero autoritario, la dignidad y el tono del hombre nacido en la opulencia y con el natural sentimiento aristocrático de su raza, las teorías filosóficas y sociales de un político hijo de los enciclopedistas y del palpitante seno de la Revolución Francesa. Con estos elementos y con este afán, lo admirable es el equilibrio de sus facultades poderosas, que le hicieron concebir algo heterogéneo, incomprensible, inaplicable tal vez a la vida y a la práctica, pero no falto de grandeza: ¡algo seco y árido como un desierto, pero algo que muestra claramente la soberbia huella de un león que por allí transitó!

Bolívar, con su arrogancia acostumbrada, aceptó este reto formidable de fuerzas desproporcionadas. Él había precipitado estos pueblos a la revuelta, y él debía contenerlos ahora. ¿Fue un ciego orgullo lo que le llevó hasta el punto de creer que en esta empresa inaudita saldría también triunfante, como salió triunfante de aquella lucha desigual que emprendió en Pativilca, siendo un cadáver abandonado en una playa, siendo la huesuda momia que era? ¿Fue el imprescindible deber el que le obligó a aceptar tamaña carga? Nadie lo sabrá: todo esto se lo llevó consigo con sus desengaños, con su desesperación, con sus fuertes pasiones, a esconderlo más allá de la vida.

No pudo o no quiso edificar sobre un tronco ya arraigado en el cuerpo social. Con elementos viejos construyó en una hora un edificio nuevo; importó de fuera una casa como las que importa nuestra industria moderna, y pretendió con osadía que allí podrían encerrarse tranquilamente todos nuestros elementos heterogéneos, que, como sustancias químicas encontradas, estallaron entonces y estallarán siempre que se trate de mezclarlas.

No seré yo, quien –sin fatuidad alguna declaro– he estudiado a Bolívar hasta donde nuestra documentación histórica lo permite, el que habré de ayudar a propagar la fábula de los fines proditorios que encerraba su extravagante Constitución. La construyó aprisa, para atender un pedido del momento que le hacía un pueblo, y nada más. Fracasó como fracasará todo aquel que *a priori* intente acometer semejante trabajo, pues, como lo dice Taine, "la súbita invención de una Constitución nueva, apropiada y duradera, es una empresa superior al poder de la inteligencia humana"[19].

LOS FUNDAMENTOS DE LAS IDEAS POLÍTICAS DE BOLÍVAR

Para mí, son de dos clases: interiores y exteriores. Entre los primeros debemos colocar antes que nada el temperamento del hombre, su idiosincrasia, su modalidad ingénita y quizá atávica, sostenida, reafirmada cada vez más por sus triunfos, por sus éxitos, por sus descalabros y por sus desengaños. Algo fatal parecía ligarse a esta existencia tan sacudida, de manera que los sucesos prósperos o adversos, las emociones agradables o dolorosas, parecían converger a tallar a golpes aquella dura, extravagante, pero inflexible y noble fisonomía moral del Libertador.

Y si sobre estos elementos subjetivos de índole propia y psicológica colocamos el medio en que le tocó actuar, las circunstancias exteriores de indeterminación, de vaguedad, de ignorancia, de pobreza material y moral de los pueblos sobre los cuales debían obrar sus ideas políticas; si observamos que lo uno encajaba tan bien en lo otro, que parecía que hubieran

19. Hippolyte Taine, "Introducción", *Orígenes de la Francia contemporánea*, Madrid, La España Moderna, 1922, t. I.

sido creados para complementarse; que el medio social como que estaba necesitado, sediento, del jugo autoritario que al otro le sobraba, veremos la lógica consciente o intuitivamente exigida por su temperamento, que hay entre las ideas de Bolívar y el anhelo –por no decir la conveniencia– de los pueblos que lo aclamaban como legislador.

No creo ser inoportuno al analizar con más detención, de lo que hasta aquí he hecho, estos dos factores importantísimos que tanto contribuyeron a la formación del carácter político de nuestro héroe; y que determinaron un hecho no solamente de valor histórico, sino de valor actual: el fracaso de sus planes de gobierno que impidió el que la sociedad se sosegara en aquel momento preciso en que lo largo y doloroso de la revolución así lo hacía desear; fracaso que tuvo las naturales y exageradas reacciones, en sentido absolutamente contrario, y que ha mantenido a nuestras instituciones en un balanceo permanente de uno a otro extremo: lo que determina el hecho positivo de existir todavía en una gran porción de la sociedad latinoamericana un verdadero problema constitucional.

Principiaré, pues, por el primer factor:

EL HOMBRE

Hay que tener presente que en una sociedad reducida, al hombre que viene de varias generaciones linajudas y fastuosas y que se encuentra desde que nace con un patrimonio de cien mil francos anuales de renta, rodeado de siervos y de aduladores, no puede humanamente exigírsele que ande con la cabeza baja, ocultando sus ambiciones, y con la dulce mansedumbre del que tuvo que mendigar piedad desde sus primeros pasos. El ejemplo contrario es el que se lleva nuestro corazón; pero, desgraciadamente, pocos nos da así nuestro mundo. El hijo de Antonino, esa flor del espíritu humano que se llamó Marco Aurelio, ha tenido tan pocos imitadores, que a través de los siglos brilla aún sin competencia. Lo uno es lo natural, lo otro es la excepción.

Abrir los ojos a la reflexión y encontrarse con un equipo brillante decide casi siempre de la formación de un carácter. El sentimiento aristocrático –que es el natural en el corazón humano–, con sus tendencias a dominar

por la admiración y por la fuerza, se apoderan de él y casi, casi nunca, ni en las mayores adversidades, logra reducirle a aceptar un puesto en el nivel común. ¡Bolívar venía de la humanidad, y era natural que ella le exigiera este tributo! Las huellas que nos quedan de su niñez y primera juventud dicen de sobra que él se penetró muy bien de quién era, y que se empeñó mucho en conservar ante los demás el puesto que creía corresponderle.

Nació, pues, así.

Sus grandes capacidades intelectuales permitieron bien pronto que, no obstante su educación incompleta, se formara ideas generales sobre el universo, sobre la vida y sobre la historia. Aislado, atendido por preceptores particulares, que en los detalles de su educación quizá seguían más los caprichos del educando que un método de enseñanza, era natural que aquel príncipe criollo, que nunca pisó la escuela pública, se entregara todo entero a su imaginación soñadora y se apropiara para sí mucho papel histórico y muy brillantes destinos.

Cuando la realidad vino, pudo ser que la encontrara por debajo de los sueños. Fue concurrente a la corte hinchada y frívola de Carlos IV. En el pleno despertar de sus ambiciones tuvo ante sus ojos el ejemplo, que hoy leído y a través de un siglo hace perder la cabeza a los incautos y a los que no lo son: el ejemplo vivo de los éxitos napoleónicos y de sus triunfos deslumbradores. En su peregrinación por el mundo conoció la eterna florescencia de los grandes hechos, y sobre la Roma heroica pudo apreciar cómo hay nombres que se resisten a la muerte.

Henchido indudablemente de estos sentimientos y con la clara conciencia de sus capacidades, su melancolía tranquila debía trocarse pronto en una imperiosa necesidad de hechos y de acción. Se lanzó a la vida pública y, ¿qué hizo? Todos lo sabemos y de sobra nos explicamos que un hombre que a los cuarenta y dos años de edad se pone por sus propias manos los laureles que cosechó en lucha homérica, y que se halla investido para siempre del título de Libertador de muchos millones de hombres, no tuviera grandes motivos para aminorar su ingénita arrogancia.

Estos rasgos debían aparecer, y muy salientes, primero en el jefe de Estado y luego en el legislador. Nunca, nunca lo veremos dejar ese tono severo de dignidad, ese ceño recogido del antiguo senador romano. La sangre

y los éxitos complementaron aquel tipo de gran señor que quedó marcado en su correspondencia, más que en ninguna otra parte. Sus esfuerzos por ser llano, aun en sus cartas más familiares, son inútiles. A cada paso se traiciona, y la orden o el consejo surgen de improviso, y le vemos como colocando una mano protectora sobre el hombro del que lo escucha.

Hay un libro que me ha obligado a leerlo muchas veces, no por el valor de su información histórica, puesta en boca de Bolívar –que quizá poca tenga–, sino porque lo escribió quien lo estuvo viendo y oyendo durante muchos días y a cada momento.

Allí, en el *Diario de Bucaramanga*, he podido ver el retrato perfecto del personaje que me había figurado.

Se ha dicho que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, pero se ha contestado también que tanto peor para el ayuda de cámara. El hombre a quien Perú de Lacroix sigue en todos sus pasos con una observación sencilla y exquisita no pierde un momento la distinción personal, ni deja de reflejar ese orgullo elevadísimo que vengo anotando como base de su carácter. Mientras corren días interminables de suprema angustia, se vive en su intimidad, oyéndolo comentar a Homero, a Virgilio, a Voltaire, etc.; discutiendo sobre metafísica, sobre política, sobre religión, y, sobre todo, ocupándose de sí, sacando de sus propios hechos principios generales.

Un cansancio inmenso se ve que lo domina y parece ya desprendido de la vida real. Gusta establecer paralelos entre sí y Napoleón; y en todo se nota que se preocupa ya más que de su situación actual, de su vida histórica. El libro de De Lacroix permitiría decir del Libertador lo que se ha dicho de Godoy: ¡que observaba su propio cadáver!

El sutil observador, que nunca sorprendió un gesto aplebeyado en Bolívar, no obstante haberlo seguido con ojos agudísimos, en los momentos en que debía cogerlo más desprevenido, retrató así a aquel espécimen del perfecto aristócrata, a quien la suerte caprichosa sometió a terrible prueba, asignándole el papel de legislador:

"Nació el general Bolívar con un genio fecundo y ardiente, con una inteligencia inmensa y relativa al órgano cerebral que le dio la Naturaleza. Una primera educación, no brillante, pero esmerada y de caballero, desarrolló

temprano aquellas facultades naturales, las dirigió a todos los conocimientos y hacia todas las instrucciones y luces; así es que el talento y el espíritu del Libertador, cultivados y auxiliados por una memoria admirable, han podido abrazar fácilmente y ejercitarse a la vez en las ciencias, las artes, la literatura, y dedicarse, más profundamente, a la ciencia política y al arte de la guerra, como también al oratorio y al de escribir en los diferentes estilos que debe emplear el hombre público, el militar y el hombre privado.

"El Libertador es enérgico. Sus resoluciones, férreas, y sabe sostenerlas; sus ideas, jamás comunes: siempre grandes, elevadas y originales. Sus modales, afables, con el buen tono de los europeos de la alta sociedad. Practica la sencillez y modestia republicanas, *pero tiene el orgullo de una alma noble y elevada, la dignidad en su rango y el amor propio que da el mérito y conduce al hombre a las grandes acciones*. La gloria es su ambición, y sus laureles haber libertado diez millones de hombres y haber fundado tres Repúblicas. Su genio es emprendedor, y une a esta calidad la actividad, la viveza, infinitos recursos en las ideas y la constancia necesaria para la realización de sus proyectos. Es superior a las desgracias, al infortunio y a los reveses; su filosofía lo consuela y su espíritu le suministra medios para repararlos. Cualesquiera que éstos sean, sabe aprovecharse y valerse de ellos; su política no perdona ninguno; pero, como conoce a fondo el corazón humano, sabe dar o negar su estimación a los instrumentos de que se ha valido, según el móvil que los ha movido. Es susceptible de mucho entusiasmo. Su desinterés es igual a su generosidad. Le gusta la discusión; domina en ella por la superioridad de su espíritu, pero se muestra algunas veces demasiado absoluto, y *no es siempre tolerante* con los que le contradicen".

Que semejante carácter y temperamento no se haya dejado arrastrar del todo hacia un régimen dinástico y aristocrático es cosa admirable y triunfo positivo y grande de la filosofía. Ella fue, en definitiva, más potente que esta sangre y estos hábitos.

Las fuentes filosóficas de la Revolución Francesa, el ejemplo arrobador de sus primeros triunfos, la convicción profunda de que el mundo era del pueblo y que fuera de este principio todo lo demás era injusticia; he ahí la otra faz de esta dualidad fecunda y soberbia.

Este equilibrio magnífico que podía sostenerse en el hombre, y hasta contribuía al desarrollo de su carrera, no podía establecerse artificialmente en la sociedad. Bolívar lo quiso y solo su gran talento y su poderoso influjo pudo impedir que su fracaso fuese más terrible. El hijo intelectual de don Simón Rodríguez tuvo un campo más amplio que su maestro para sacar al sol sus extravagancias; pero uno y otro, y dos o tres generaciones humanas fueron, como ellos, cifras, fueron soportes de aquel inmenso puente que se extendió entre el régimen feudal y el régimen moderno.

En Bolívar, dada la vehemencia de sus sentimientos y el alto escenario en que se mostraba ante el público, la lucha debía ser excepcionalmente interesante; y lo vieron durante su vida, y lo seguirá viendo la posteridad, devorándose como aquel monstruo mitológico que alimentaba un lado de su cuerpo con lo que le comía al otro. Lo que le faltaba a su filosofía se lo había robado su temperamento; y ambas cosas tenían demasiada fuerza y hondas raíces para esperar un triunfo definitivo. Verlo en su legislación es verlo luchando.

EL MEDIO

Aquí también, y tanto como en el individuo, advierto corrientes encontradas. No se trata únicamente del anhelo de los pueblos respecto a formas de gobierno, pues este anhelo no corresponde siempre a sus conveniencias. Se trata del legislador, del Bolívar colocado por sí y por sus conciudadanos en el puesto de vigía de la sociedad, y obligado inevitablemente a ser certero en la escogencia de las instituciones. Equivocarse era perderse y perder sus nacionalidades. ¿Cuál fue el resultado de su rápida pero sagaz observación? Que los pueblos requerían la mezcolanza de principios y de prácticas que bullían en su interior. Y esto no era una autosugestión, ni encerraba grandes complacencias consigo mismo. Era la realidad palpable y cierta.

Demasiado débil y precaria se presentaba la situación de los nuevos Estados, respecto a las tendencias acaparadoras del Viejo Mundo, para permitir, no digo que Bolívar, que otro hombre menos penetrante que él se entregara a la bella pero peligrosa tarea de poner en práctica principios de

gobierno que rompieran la unidad de acción y el espíritu de disciplina que les permitiera defenderse con éxito. Hoy que el principio de nacionalidad se va extinguiendo, esta manera de fortificar las naciones con lo que se roba a la libertad civil y política de los ciudadanos se torna cada vez más odiosa y parece hacerse innecesaria.

En los tiempos del Libertador no se veían las cosas de la misma manera. El hombre vivía, gozaba del deleite de la paz, de la tranquilidad de su familia, de los beneficios de su trabajo, mientras su nación, la aglomeración humana constituida en sociedad, y en la cual le había tocado nacer, fuera suficientemente fuerte para defenderse de los vecinos que la acechaban. Perder esta actitud de defensa, debilitarse con desangres interiores, era llamar a un victimario seguro y próximo. ¿Y habrá algo que debilite más a un Estado como tal, como unidad de combate, que el excesivo progreso en su legislación? Los dos términos, por fortuna, para la humanidad, parecen excluirse. La exagerada vida municipal terminó con la vida de la Grecia fuerte y conquistadora; y Roma pagó su derecho romano con el imperio del universo.

La primera urgencia de Bolívar debió ser, pues, fortificar sus Estados y fortificarlos mucho. Para eso no bastaban los pactos internacionales, fracasados casi siempre, como el intentado en el Congreso Panamericano. Era necesario que cada uno diera por sí el máximum de fuerza de que fuera capaz; y que, aun aislado, pudiera defender con bríos su independencia. Afirmar que para nuestras nacionalidades existían a raíz del triunfo de su revolución muy grandes y muy positivos peligros no es decir nada nuevo. España, especialmente, no cejaba en su empeño de reconquista, siendo curioso observar que esta obstinación de la madre patria por reducir nuevamente sus colonias les fue altamente ventajosa. La resignación de España habría mostrado, de seguro, presa fácil y rica.

¿Sintió Bolívar esta necesidad? Indudablemente, y primero que ninguna. La forma monárquica, no puede dudarse, ofrece, en cuanto a solidez de las instituciones y consiguiente vigorización de la nacionalidad, más garantías que la republicana.

Consecuente con mi tesis, Bolívar, enemigo de la monarquía, no quiso

proclamarla; pero tuvo, sin embargo, que tomarle en préstamo algo de sus fuertes músculos y de sus viejas experiencias. De allí su presidente vitalicio, su Cuerpo de Censores, sus elecciones para los altos poderes hechas a grandes intervalos.

Evitar el desconcierto de la opinión pública, evitar toda ocasión de disturbios interiores, todo gasto de energía que de seguro habían de reclamar los enemigos exteriores: tal deseaba el Libertador. No todo era, pues, obra ciega de temperamento. Necesidades apremiantes, evidentes, inaplazables, justificaban sus puntos de vista.

Ahora, si prescindimos de la necesidad de formar Estados en capacidad de defenderse de agresiones extrañas, mil síntomas de descomposición interior y mil detalles de organización en la administración pública parecían también reclamar con urgencia el mantenimiento de una política fuertemente conservadora. El primer enemigo con que un gobierno propulsor y progresista debía de luchar era, sin duda alguna, con la indolencia, casi la pasividad de los pueblos. El Ejecutivo debía ser un foco de acción de donde partieran todas las iniciativas; y el Ejecutivo, amarrado con atribuciones demasiado estrechas y restrictivas, se convertiría en triste e imponente espectador.

Si generalizamos, hasta remontarnos a buscar causas étnicas, y concedemos a la América de entonces una mayoría de población de origen latino, ni aun así deja de hallarse razonable que el Estado tome un máximum de gobierno para contrarrestar la apatía general de aquella sangre.

Uno de los más grandes errores en que han incurrido nuestras repúblicas andinas ha sido la tendencia a la asimilación y no a la creación fecunda de instituciones propias. Sus ojos se han ido siempre tras del tipo de gobierno establecido en los países anglosajones, y en donde la acción individual, el temperamento social, anula casi por completo la acción del Estado. El poder de asociación, la carencia de pasiones fuertes –que trata siempre de conservar el tranquilo equilibrio del organismo–, el apego al *home* que caracteriza a los habitantes de las zonas frías y que produce, en primer lugar, la economía y el orden en la casa, y con ellos la independencia de carácter y el aumento de la riqueza pública y privada, trae la consecuencia de que

el ciudadano quite al gobierno la mayor suma de influencias, porque ni las quiere, ni las necesita.

En los pueblos latinos la vida parece hacer exigencias contrarias. Alguien debe calmar el tumulto listo a estallar siempre y por cualquier motivo; alguien debe patrocinar y presidir las asociaciones particulares que desarrollen la industria y el comercio; alguien debe acortar las distancias, salvar los ríos, luchar, en fin, contra la naturaleza, pues es inútil esperar que la iniciativa individual lo haga. Ese papel supremo corresponde al Estado: se siente que es así, pero choca reconocerlo, y de allí la abierta pugna en que se mantienen gobernantes y gobernados.

Diferencias sustanciales de las dos razas, y diferencias que se marcan mucho mejor en el papel que ambas desempeñan en el mundo: la una piensa y siente, la otra piensa y obra. Apropiarnos gobiernos que están hechos para temperaturas distintas de la nuestra, es el más peligroso y el más lamentable de los errores. La legislación suiza es la suprema belleza y la suprema sencillez; pero esta legislación necesita, como dice Blasco Ibáñez, de un pueblo cuyo emblema nacional es el oso y cuya imaginación no se despertará nunca con el monótono tictac de los relojes que fabrica.

Y la sangre latina de los americanos no era ni es hoy completamente pura. Tiene sus mezclas, ¡y qué mezclas!: la del africano, que vive siglos acostado y con la cara vuelta al sol, y la del indígena, taciturno y melancólico, cuyo carácter apagado y muerto tan de cerca conocemos. ¿Qué saldrá de semejantes componentes? La sociedad americana, que tan bajos conceptos ha merecido de sociedades más capaces y mejor organizadas. No hay corrientes permanentes y propias. Pasa de la rebelión feroz al aniquilamiento de toda vitalidad; corre hoy tras del hombre civil y culto que trata de regirla con un código filosófico en la mano, y mañana victorea en las plazas públicas y corona de laurel al primer espadón innoble que pasa también rápidamente con su estela de sangre y su trágico papel.

Estas condiciones de índole y de raza, muy vistas, muy sentidas y muy analizadas por Bolívar, eran las que debían ser contrarrestadas. Extrañarse de que no hubiera tomado el báculo del pastor para regir estos pueblos, en donde, como él decía: “los tratados son papeles; las Constituciones libros;

las elecciones combates; la libertad anarquía; y la vida un tormento", revela una ingenuidad muy grande. Veinte años de revolución no formaban, por cierto, escuela educadora para las masas.

La Colonia, como lo hemos visto, no dejó nada de provecho en ninguno de los ramos de la administración, y si alguna cosa hubiera dejado, el vendaval revolucionario habría dado cuenta de ello. Uno de los ramos principales, el de justicia, por ejemplo, el que es el alma máter de toda sociedad organizada, era entre nosotros un verdadero caos. Nuestra independencia política se anticipó con mucho a la independencia de nuestra legislación. Oigamos al señor García del Río, quien habla sobre esto en 1829, y de quien tomamos en gran parte esta ojeada general sobre la situación de la Gran Colombia en sus últimos días:

"Por desdicha, en Colombia es tal el estado de la legislación, que nadie sabe cuál es la regla positiva de su conducta en la sociedad civil: es una ciencia oculta, y hasta el legista se ve embarazado para interpretarla. Están vigentes: leyes de las Siete Partidas, de las recopilaciones de Castilla y de Indias, la ordenanza de Bilbao, la de intendentes, la del ejército, las generales de la armada que llaman de Mazarredo, la de Grandellana, y una multitud de pragmáticas, sanciones, reales cédulas, decretos, órdenes y resoluciones, que, heredadas de la España hacen juego con las leyes mandadas a observar por las autoridades de Colombia. Son también parte de nuestra legislación las extravagantes, las clementinas, las decisiones de la Rota, los concilios generales, los provinciales, los sínodos diocesanos con los acordados del Consejo de Indias, y más de tres mil bulas, encíclicas y rescriptos que se contienen en el bulario magno". ¡Dárase mayor multiplicidad de leyes! ¿Habrá quien pueda estudiarlas y entenderlas? ¿No es una monstruosidad conservar entre nosotros leyes de la monarquía española, leyes anticuadas, absolutas, que, aun cuando no estén en total oposición con las de nuestro Gobierno, pueden, en ciertos casos, hacerse valer por error o por malicia y dar motivo a interpretaciones que deben evitarse en lo posible? Por otra parte, nuestro Congreso y el Poder Ejecutivo han expedido multitud de decretos y reglamentos; los han reemplazado unos con otros; de manera que al paso que está lleno el libro de leyes de Colombia, si vamos a consultarle, nos vemos sumamente perplejos, puesto que a cada

momento encontramos un texto en lugar de otro texto, una ley en lugar de otra ley. ¿Podremos ser felices en medio de semejante caos legislativo?"[20].

así en todos los ramos del servicio público. La oligarquía, hija legítima de la miseria y de la falta de trabajo, consecuenciales a la guerra y a la pérdida de los hábitos de lucha y de economía; la oligarquía, nacida desde los tiempos coloniales, se agravó más con el triunfo de la independencia, principiando a extenderse como un parásito y a chupar la poca vida del anémico cuerpo social. El puesto público se otorgaba siempre por favor, y de allí la absoluta incompetencia de los encargados del despacho en los negocios públicos, la altanera indolencia del empleado que descuida sus deberes porque tiene algún protector poderoso, o porque sabe que fácilmente volverá a atrapar el empleo que se le quite. No hay estadísticas, no hay censo, no hay cartas geográficas, no hay nada que permita pedir la cooperación del extranjero.

no sigamos bosquejando este cuadro sombrío, porque está muy cerca de nosotros. El Estado entonces tenía que crearlo todo, y antes que todo, el nivel moral de nuestros pueblos. El abuso de sus facultades, por grande que fuera, no sería tan perjudicial como privarlo de ellas. No se organiza hacienda en una hora, pero todas las horas demandan recursos urgentes y apremiantes que es necesario encontrar.

¿Se puede ser exigente con quien tiene que improvisar así una nación, y se le puede inculpar porque sus manos caigan sobre todas las espigas, y tomen de la monarquía, y tomen de la república, y pidan fuerzas a la fuerza bruta? No; esta combinación arbitraria de principios constitucionales no era toda entera hija de aberraciones personales de Bolívar. Algo había en la atmósfera que reclamaba tan distintos componentes, y de allí que los planes de gobierno del Libertador nos hagan pensar.

20. J. García del Río, *op. cit.*, t. III, pp. 61-63.

GUILLERMO VALENCIA

Yo he combatido por la libertad y por la gloria,
y no por mi engrandecimiento.

Bolívar

EL ANDANTE CABALLERO DE LA DEMOCRACIA*

DIFIERE ESTA GRAVE CONMEMORACIÓN, del jubiloso clamoreo con que el 24 de julio de 1883 cantaba gente de América el epinicio de su máximo Libertador. Todo aludía entonces, por el regocijo fervoroso, al recuerdo en este sitio memorable donde el relámpago de la evocación gloriosa celebra apenas la navidad republicana. Hoy es muy otro el tinte sobre fondo oscuro las últimas horas del andante caballero de la democracia.

Cupo a Caracas, la magnánima, la predestinación redentora al dar la vida al Padre, y a la hidalga Santa Marta, el envidiable sino de aislarlo y ungirlo para el descanso postrero de la gesta sin par.

La constelación bolivariana realizó el prodigio de su aparecer esplendente, del propio modo que se ordena y mueve la creación sideral de un sistema. Una incoercible aspiración difusa, de nebulosas vaguedades esparcidas en espacios inmensos, giraba desordenadamente en las más opuestas direcciones solicitada por mudables núcleos, hasta que sintió de súbito la irresistible atracción de un foco inmenso de prodigiosas radiaciones, llamando a sí las energías dispersas que, al caer en su seno, aumentaron la actividad ardiente, precipitaron al horizonte cinco mundos en que se continúa el proceso cívico bajo el hálito fecundo del sol que les dio ser: ¡el espíritu de Bolívar!

De uno a otro extremo de nuestro continente ardía la sed de liberación que alimentaba el germen de una existencia nueva. La libertad, único ambiente posible de las almas, que siempre apareció como signo de la madurez

* *Grandes páginas bolivarianas*, Caracas, Casuz Ediciones, 1974, pp. 135-143.

cultural y acompañó a través de los siglos la marcha de los hombres, ora como un fanal o como una esperanza, fulgía en nuestra América de modo intermitente, extinguiéndose para reaparecer bajo el soplo furioso de la porfiada traición. ¿Quién reanimó esa llama dándole la eficacia purificadora del incendio? ¿Quién la hizo hablar en lenguas vivas? ¿Quién creó de la nada tras ordenar el caos? ¿Quién sistematizó el esfuerzo que engendró la victoria? ¿Quién tornó perenne bronce la arcilla terrosa que recibiera para modelar héroes y pueblos? ¿Quién transmutó la esclavitud en libertad? ¿Quién polarizó los anhelos de tres razas haciéndolas olvidar el pasado sangriento, reconciliándolas para siempre sobre el regazo de la igualdad? ¿Quién, intuyendo el porvenir, leyó el destino sobre la mano tímida de los Estados que nacían? ¿Cómo se nombra aquel cometa cuya cauda de fuego al apagarse en este mar dejó marcada nuestra ruta para la conquista del futuro? Exultemos su nombre en las arpas enlutadas del silencio.

Considerado individualmente, él no fue fruto común de una planta vulgar, sino la baya insigne que acendró apurándolo, el vigor milenario de la cancrosa encina vasca. Ciertos hombres, como algunos frutos, revelan una esperación que solo alcanzan organismos de larga persistencia y profunda raigambre entre el suelo rocoso que sostiene a una raza histórica. Es el milagro de la sangre, que lo mismo se ofrece en cualquiera de las grandes agrupaciones étnicas, siempre que a la excelencia original se sumen ciertos factores ancestrales que confieren al atributo hereditario caracteres de permanencia: Viriato, don Pelayo, Bolívar, cierran los vértices del triángulo de Vasconia. Fiereza, orgullo, paciencia, audacia, tozudez, abnegación, hidalguía, no crecen parásitas de semillas sembradas por el viento; fuertes, homogéneas. Basta que aquellas virtudes cual finos pedernales choquen contra la acerada dureza para que salte la chispa genitora de vida. Minerales menos recios se rompen en la prueba. Con ser tan afines, por la apariencia y claridad, diamante y vidrio, aquel solo hiende a este por la virtud acumulada en milenios aquilatadores.

La vida formó a Bolívar para la lucha heroica; antes que en libros, bebió en aquella fuente de sabiduría de la acción. Entró en la juventud por la tosca puerta de un inmenso dolor que dejó medio esculpida su alma fuerte. Doctrinole Europa en la difícil ciencia de conocer a los hombres; instruyole

en las artes de la frivolidad elegante que es la ligereza y finura para la lidia de gentes; comunicole su filosofía que obliga a inquirir el porqué; mostrole el ejemplo de instituciones que le ampliaron la visión del futuro; aguzaron su espíritu crítico, dieron alas a su inspiración renovadora, exacerbaron su deseo hacia una realidad inmediata, iluminaron su concepto del pasado perfilando en su mente el compromiso del venidero; enseñole, en fin, a amar, a olvidar, a pensar, a desconfiar, a comparar, a intentar, y a prever y sufrir. Le inoculó Juan Jacobo la peligrosa exaltación de su naturismo delirante. Dos sabios –Bello y Humboldt– depositaron en su alma fecunda la simiente de una aventura prodigiosa, y el trashumante don Simón Rodríguez le inspiró un estoicismo escéptico que nos recuerda a Séneca. Ante la gloria del Corso diose cuenta de que los plumones de su ambición naciente podían velar el prodigio de los remos del águila y comenzó el Libertador.

Arduo era el magno empeño, y en el mundo por conquistar las dificultades germinaban con la exuberancia del trópico. El hombre ofrecía en América una escuela de resistencia que se caracterizaba así: la raza africana, sin derechos, sumida en el marasmo de una inexistencia civil; la indígena, aletargada por una sujeción de tres siglos, sumados a su esclavitud anterior, a su natural indolencia y solo a lo largo de la cuerda que les uncía a la autoridad divinizada; los peninsulares satisfechos en su tranquilo usufructo colonial, y algunos hombres de luces a quienes sacudían los vientos nuevos que soplaban de Europa y en cuya sangre criolla fermentaba la rebelión contenida por tantos obstáculos de invencible apariencia.

Los elementos materiales hallábanse todos en manos de los agentes españoles: barcos, guarniciones, plazas, armas, rentas, diseminados sobre un territorio extensísimo, con las caldeadas soledades de sus grandes llanuras "en que la arena produce la impresión de los horizontes marinos"; con sus ríos inmensos que parecen piélagos; con sus enhiestas cumbres frecuentadas del cóndor, que pisarían no muy tarde los libertadores; en una palabra, mostrábase imponente la tiranía del espacio, reagravada por la adustez del medio físico que multiplicaba el factor tiempo.

En el campo moral, la continuidad en los sistemas de gobierno: la predicación de tres centurias de unos mismos postulados de cuya observancia respondía la inflexible severidad, constituían el medio en que iba a

desarrollarse la acción transformadora de un puñado de inconformes. Como luciérnagas en la noche, habían fulgido a lo largo de nuestro hemisferio las rebeliones sofocadas.

Bajo tales auspicios comenzó la brega. Desde que terció en ella, principió a revelarse el carácter imperativo y audaz del hijo epónimo del Ávila. Con Miranda conoció el valor del entusiasmo en pugna contra la adversa realidad, y su visión certera del problema emancipador lo impulsó a superarse a sí mismo para suplir a los que fracasaban. Pasará sobre las ruinas de Caracas como sobre Miranda, sobre Mariño, sobre Piar, para seguir la obra desde el punto en que la dejaron. Dotes tuvieron ellos y muy grandes, pero no bastaban a realizar la misión del genio, y este, que tenía conciencia de sí propio, les arrebató la antorcha y prosiguió en vertiginosa carrera a su destino.

Quince años de rudo choque contra la adversidad pulieron las facetas del adamantino, capitán, y apareció el soldado infatigable, valiente y previsor; el jefe experto, imperioso y providente, pulcro e inflexible; el vencedor justiciero y magnánimo, sagaz, insinuante y fecundo; el orador de excelsitud subyugadora; el político hábil de intuición prodigiosa hasta cristalizar en unos cuantos aforismos la evolución sociológica de los pueblos indolatinos; el modelador de naciones dentro de su índole peculiar; el forjador de quimeras que gustaba proseguir el camino hacia la gloria tomándolo en el sitio que alcanzaron los grandes, como cuando holló la cima del Chimborazo, saltando la meta que detuvo a Humboldt; como cuando escaló el Potosí, con la enseña de Colombia, adelantándose desde el punto a que llegara San Martín.

La envidia le mordió sin fruto; la rivalidad emuló con él sin dañarle; la traición le alargó solamente los caminos del triunfo; el fanatismo, semejante a un molusco, ennegreció, no más, el fondo diáfano en que navegaba el inocente; la cobardía y el egoísmo corrieron cerrojos al escuchar los pasos del inflamado caballero que cruzaba sin mirar siquiera; las balas se desviaron ante el libertador de pueblos, y los puñales asesinos no lograron escribir con la sangre del león el epitafio de la eterna vergüenza.

La ingratitud únicamente, pasándole de claro el corazón, consiguió al fin contra el héroe lo que no habían podido ni el odio ni la venganza ni la muerte.

Nadie gozará, en cambio, de más dulces embriagueces: de las que brinda la vida a toda mano juvenil; de las predestinadas a los realizadores de imposibles. Pocos espíritus recorrieron como ese, pasando por los más indiscernibles matices, la gama del infortunio. Muchas veces, dentro de los términos del día, cayó desde el arrebato del éxito feliz al abismo de la desdicha, sin quebranto palpable de un ser que tenía una virtud cicatrizante y enfielaba en serenidad los bienes y los males.

De todo ese accidentado vivir, de esa completa disciplina, de esa urgencia de acierto, de esa vital necesidad de clarividencia, de esa aguda percepción del momento, de ese usar sin tregua del factor hombre, de ese perenne convivir en todos los medios sociales, de ese trashumar de pueblo a pueblo, de ese análisis continuo de tradiciones y prejuicios, de ese agitado espectáculo de pasiones humanas, surgió el admirable estadista que supo determinar con ojo certero las condiciones necesarias de existencia a los organismos que procedían de él. Hay que recordar un instante cómo era de profunda, de intensa, de vehemente, el alma de Bolívar, para poder explicarse sus errores. Para él la defensa de las instituciones que creaba era condición vital que no quería arriesgar; por eso lo vemos abrazando a su amada Colombia con la excluyente fiereza de un felino que tras fatigosa aventura, siente rendida entre sus garras la difícil gacela.

Con ojos de profeta sondeó el porvenir y vio donde otros no veían, el peligro, no por remoto menos real. Él había comunicado un hábito creador a cinco naciones que fueron fruto de su genio, y el impulso inicial que las llamó a la vida iba a cesar cuando siguiesen por órbitas propias y se desarrollasen al imperio de actividades interiores. De allí las admoniciones admirables de sus mensajes y proclamas; el vasto alcance de sus leyes; la sabiduría de sus cartas; la atrayente brillantez de sus coloquios, la portentosa exactitud de sus apreciaciones. Cuando la pasión no le turbaba, ni le obnubilaba la amargura, su juicio era infalible: cien años de historia americana son el mejor testimonio de la precisión, madurez y perspicacia del estadista fundador.

Profesó y proclamó lo que pudiera apellidarse patriotismo integral, el que partiendo de la célula de la tierra nativa, la extiende hasta formular la vasta complejidad de los tejidos internacionales. Oídle:

> Primero el suelo nativo que nada; él ha formado con sus elementos nuestro ser; nuestra vida no es otra cosa que la herencia de nuestro pobre país; allí se encuentran los testigos de nuestro nacimiento; los creadores de nuestra existencia y los que nos han dado alma por la educación; los sepulcros de nuestros padres yacen allí y nos reclaman seguridad y respeto; todo nos recuerda un deber, todo excita en nosotros sentimientos tiernos y memorias deliciosas; allí fue el teatro de nuestra inocencia, de nuestros primeros amores, de nuestras primeras sensaciones y cuantos nos han formado. ¿Qué títulos más sagrados al amor y la consagración?

Cuando pensó en la libertad, dedicóse primero a buscarla para su suelo natal. A medida que avanzaba en la lucha, iba dilatando el concepto a la nación vecina; a otros más distantes; finalmente, poniendo como núcleo a Colombia la grande, llegó a esta fórmula: "Una sola debe ser la patria de todos los americanos", concepción grandiosa, magnánima y profunda que, a pesar de los obstáculos que halló en vida de su dueño –Congreso de Panamá, desmembración colombiana– va abriéndose camino en la forma actualmente posible de la inteligencia recíproca y la cooperación, hasta cristalizar en un acuerdo político-financiero que se ajustará el día, acaso no muy distante, en que, al par de otros factores decisivos, el Asia unificada amague destruir el ideario cultural de Occidente, incluido el nuestro que de aquel deriva.

¿Cómo prepararse al necesario acuerdo? Buscando unidad en el concepto político sobre la base de la democracia regular. Recordemos sus enseñanzas:

"Dios ha destinado al hombre a la Libertad; él lo protege para que ejerza la celeste función del albedrío".

"La libertad práctica no consiste en otra cosa que en la administración de justicia y en el cumplimiento perfecto de las leyes para que el justo y el débil no teman".

"La soberanía del pueblo no es ilimitada; la justicia es su base y la utilidad perfecta de poner término".

"La verdadera constitución liberal está en los códigos civil y criminal, y la más tremenda tiranía la ejercen los tribunales por el tremendo instrumento de las leyes".

“Los hombres de luces y honrados son los que debieran fijar la opinión pública. El talento sin probidad es un azote. Los intrigantes corrompen los pueblos desprestigiando la autoridad”.

En otra ocasión dijo:

“He conservado intacta la ley de las leyes, la igualdad; sin ella perecen todas las libertades, todos los derechos. A ella debemos hacerle sacrificios. La igualdad legal es indispensable donde hay desigualdad física para corregir en cierto modo la injusticia de la naturaleza”.

“La anarquía es el infierno de los hombres”, “Unión, unión o la anarquía os devorará”.

Todos estos postulados, eternamente nuevos, solidarizan a los hombres en aspiraciones y métodos antes de congregarlos en la tabla redonda en que se ajustan las prestaciones recíprocas para común provecho.

Antagonismos, al parecer irreducibles, pueden armonizarse bajo el amparo de la democracia. Por apartados que parezcan los radios, siempre habrán de juntarse en el centro común que radica en la universal esencia de la naturaleza humana. No dijo más que Bolívar, Eliseo Réclus cuando asentó: “El punto de equilibrio es la perfecta igualdad de derechos entre los individuos”.

Si a la obra militar de Bolívar, primera y necesaria etapa de su creación política, impusieron un límite las circunstancias, a su concepto sintético de unidad continental no pudo entonces ni podrá nunca oponerse una motivada renuncia, y aún menos hoy cuando la concreción del espacio y su derivado aprovechamiento del tiempo, propician la convivencia de los grupos raciales; estrechan y dilatan las relaciones comerciales y jurídicas, llevando estas a la comunidad de principios y fórmulas. No vacilo al afirmar que en cualquier momento de la historia, el espíritu de América con sus aspiraciones y caracteres esenciales, sabe reproducir, ensanchada, el alma de Bolívar: semilla prodigiosa que encierra los gérmenes de toda posibilidad y los lineamientos vitales de toda realización.

Interpretar esa fuerza creadora en su clarividencia intuitiva es hallar soluciones a los problemas de soberanía, de defensa y decoro patrio, de aprovechamiento geográfico, de utilización de las riquezas naturales, de robusta confraternidad y recíproco apoyo, de ordenado avance dentro de la ley

histórica y la característica geográfica; pues la fuerza del genio tiene eso de admirable; dicta perennes normas; influye hacia la lejanía con vivaz actuación; ostenta su flexibilidad de adaptarse a los nuevos medios; sigue creando los instrumentos de trabajo para cada precisa situación: Sucre, Santander, Gual, Páez, Córdoba –en sus peculiares actividades– exhiben por diverso modo los rasgos inconfundibles del troquel boliviano.

La doliente conmemoración que ha congregado tan insignes personalidades cuya asistencia aprecia y agradece hondamente el pueblo colombiano, tiene además del recuerdo histórico, una vasta significación: Bolívar no es solamente el genitor de una pentarquía: es el humanado símbolo de un continente, y aún más: el polígono sin par de todas las hombrías, incorporado ya como un valor esencial común de nuestra especie. Para saber el grado de toda una civilización, nos dice Brandes, basta investigar si está madura para Goethe, este fue quien escribió en 1828: "Simón Bolívar en un hombre perfecto; no carece de contradicciones". Él ha triunfado en el paralelo de los más grandes de la historia, superando a uno por la fuerza creadora; al otro, en la enormidad y persistencia de los obstáculos vencidos; a este, por el desprendimiento sin límites y el divino gesto de la munificencia inagotable; a ese, por la extensa comprensión de las realidades; a aquel, por la sublimidad del ideal a que servían; a muchos en el don fulgurante del verbo; a otros, por la plenitud entre la brevedad de la carrera; coincidiendo con todos en el tesón y la pujanza, la audacia y la ventura, y con algunos ¡ay! en el fenecer infortunado.

Esto explica, de seguro, la solemne asistencia de ilustres enviados internacionales venidos aquí a reafirmar el rito de admiración con que los grandes pueblos celebraron siempre la prestancia del Padre de Colombia; laudes que se dilatan sobre el haz de toda la Tierra.

Esta mansión, que ya era noble con la nobleza auténtica de su dueño peninsular, perpetuamente ligado a estos recuerdos, fue ennoblecida aún más por el dolor incomparable del proscrito. El celo republicano, la lógica política, la estrictez de concepto para juzgar al Padre, los errores de este, la rectitud de unos, la ambición, la evidencia, la flaqueza, la ingratitud característica del animal humano, acertaron con el sitio vulnerable del nuevo Aquiles: "Su reputación y su amor a la libertad".

¿Qué fue del mancebo galante de las veladas parisienses, visitador de cortes y concurrente asiduo al coloquio de la sabiduría? ¿Qué del afortunado segador de los mirtos bermejos? ¿Qué del centauro enloquecido en su furiosa carrera de mar a mar, a lo largo de las pampas encendidas o por sobre los nudos ciclópeos del Ande atormentado? ¿Qué fue del héroe mozo, inquieto y ágil como un jaguar, rápido en la acometida, certero en el zarpazo, acosador y valiente, porfiado e incansable? ¿Qué se hizo el "Imperator" de los desfiles victoriosos, circuido de ninfas, abrumado de laureles, visto entre luz de iris a través de las lágrimas, encadenado por los brazos sangrientos de los esclavos redimidos, o paseándose delirante a lo largo de la mesa que congregó a los paladines? ¿Dónde el magistrado severo que leía mensajes de profundo saber ante la altivez subyugada de los fieros *eupátridas*? ¿Dónde el orador soberbio en el corcel de guerra, como Astolfo en su hipogrifo, galopando ante el ejército que camina a la lid bajo el ensalmo del germen centelleante que reanima, incita y arrebata? ¿Qué fue de nuestro sublime manchego, el del galgo corredor que le abandonó un día; del viajero hacia la luna en su Clavileño de Casacoima; del que rindió gigantes, rescató princesas, libertó galeotes, sacudió al león asiéndole por las melenas, y se concilió para morir con el Divino Señor de los cristianos viejos?

Miradlo al pie de aquel tamarindo, sereno, donde gustaba de sentarse: inmóvil, meditabundo, demacrado, terroso. La ancha frente, calcinada y comba, se vela de unos grisáceos mechones que sombrean hondos surcos que cavó el pensar para la siembra de gloria y que hoy viste el desencanto de pérfidas espinas. Los ojos, con la mirada vuelta hacia el interior, semejan cráteres extinguidos; muda y árida la boca cual una cisterna disipada. Las manos creadoras que modelaron gigantes con la arcilla de los aluviones y plasmaron esferas de luz regidas por un ritmo feliz, penden cansadas en su lividez huesosa, y las plantas que hollaron la diadema del Chimborazo, inertes, enflaquecidas, fuseladas, se ocultan flojamente entre las botas militares; el uniforme, plegado en mil arrugas, delata la extinción muscular. Solamente las cigarras, símbolo de la Grecia esquilina, turban su soledad y su silencio. Un lagarto se detiene a mirarlo en actividad hipnotizada. Dijérase la estatua mútila de un dios, o un Partenón que sobrevive a la tragedia de la barbarie humana.

Vedlo cómo se aleja de aquel tamarindo sereno a cuya sombra gustaba de sentarse. Camina penosamente a su retiro, donde comienza a leer:

> Colombianos:
> Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando, cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado, mi reputación, y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo les perdono.

Aquí flaqueó su voz, se nublaron sus ojos, y una profunda emoción le impidió seguir. Uno de sus oyentes continuó leyendo.

> Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la Unión: los pueblos, obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del santuario, dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.
> ¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria; si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.

Al llegar a este punto, el mártir dijo con voz sorda: “Sí, al sepulcro, así lo han querido mis conciudadanos. Pero yo los perdono. Ojalá, yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan unidos”.

¡Sí, Padre inmortal! Aquí estamos los hijos de las naciones a que diste la vida, para renovar el voto de fraternidad que imploraste aquel infausto día en solicitud angustiosa. Sí, hemos venido a llorar a nuestros extravíos, nuestras luchas de hermanos, la sangre del justo Abel vertida tantas veces, los años consumidos en el odio y la esterilidad, en la intolerancia agresiva, el sórdido interés, la tenaz rebeldía, la rabia iconoclasta, la persecución a los buenos, el desdén a los humildes, la flojedad para educar, la indiferencia ante el mal, la laxitud en servir a la patria; te traemos también en desagravio

la cosecha de nuestros pensadores, la obra de nuestros estadistas, el sacrificio de nuestros guerreros, el dolor de nuestros hombres públicos, sus persecuciones y destierros, la ruina de nuestros hogares, la zozobra de nuestras familias, el llanto de nuestras madres, el martirio sin fin de los conductores; todo, todo, como rescate de las ingratitudes que aceleraron tu fin: inmenso río de dolor con que refrescan las raíces del gigantesco árbol de vida que plantaste para nosotros.

Este sagrado lugar, que con el campo de Boyacá es el más ilustre de la patria, recibió amorosamente los despojos del Padre. ¿Qué hemos traído nosotros, colombianos, a este altar en ofrenda y desagravio? El sincero tributo del pueblo, presentado por los labios del ilustre Jefe del Estado, y mensaje reverencial de un humilde vocero del cuerpo soberano de la nación. —¿Y nada más? —Sí: la victoria del orden civil, la palpable realidad del respeto a la ley, la aceptación cordial de la voluntad popular en la decorosa transmisión del poder público.

No ha concluido el siglo sin que hayamos gustado varias veces el fruto de la conciliación patriótica, única fórmula posible de progresar en paz. Creemos estar cumpliendo tu postrera súplica, ¡oh Libertador! Y frente a este siglo queremos remoral republicana –nos dijiste– no puede haber gobierno libre. Esto no amengua el fervor de las ideas ni la energía con que luchen los bandos para hacerla prosperar y aplicarlas en la vida civil, porque en la república, como tú lo afirmaste, "caben los dos términos definitivos de las sociedades humanas: la libertad y la autoridad, el derecho individual y los poderes sociales, el movimiento y la estabilidad".

La generosa y fiel interpretación de sus ideales; su aplicación constante a nuestra vida cívica e internacional en forma que trasporte a nuestras relaciones entre pueblos, es el don más preciado que podemos dejar conmemorando secularmente el aflictivo trance, sobre estas aras votivas. De otra manera, este y los venideros, serían solo "el centenario de la ingratitud".

Al recordar tu existencia inimitable, goza un dulce alivio mi ser que te ama y admira con una intensidad que en él no suscitan ni otros héroes ni otras glorias; siente una gratitud que arde perennemente confundida con la llama que alimenta mi apartado vivir. A los cuarteles de tu escudo agregaste

blasones que opacaron los antiguos, y a los que tú pusiste, dejaste por empresa tu feliz palabra: "La gloria está en ser grande y en ser útil".

RÓMULO GALLEGOS

ANTE LA ESTATUA DE BOLÍVAR, EN BOLÍVAR, MISSOURI*

HE AQUÍ UN HOMBRE mediante el cual se ha extendido sobre la Tierra una multiplicación de pueblos.

De los que creó con el esfuerzo de su brazo ya la historia nos ha dicho cuanto fuere menester; pero yo he querido atribuirle significación trascendente a la circunstancia de que su nombre, que en el origen fue de pueblo, a pueblos se los haya devuelto aquí y allá. ¿No habrá sido porque este hombre fue una personificación de voluntad colectiva, de esencia de pueblo? ¿Quién le puso su nombre a este de Missouri, y por qué son varios los que del mismo modo se denominan en esta gran nación americana, que pasa por quitada de romanticismos y solo amante de lo suyo propio? Los curiosos y acostumbrados a detener sus averiguaciones en el documento positivo y fidedigno podrán responder a esa interrogación con nombres propios de ciudadanos de este país; pero sucede que muchas veces los hombres no podemos asegurar que hayan sido total y exclusivamente nuestras las ocurrencias que nos hubiesen pasado por la mente y yo no subordino realidad a capricho insustancial; sí, prefiero situarme en el plano ideal donde se mueven los sentidos profundos de la vida, para atribuirle uno especial a ese multiplicado regreso de un patronímico al origen gentilicio.

Y así me agrada pensar que esta estatua que acabamos de descubrir no es solo una composición artística destinada al mayor adorno de un paraje hermoso, ni tampoco solamente una demostración monumental de buena

* *Grandes páginas bolivarianas*, Caracas, Casuz Editores, 1974, pp. 165-170.

amistad entre dos naciones: esta, grande y admirable, que aquí le brinda una porción de su suelo al asiento del mármol y el bronce del homenaje y aquella mía que tuvo la fortuna gloriosa de que en el suyo naciese Simón Bolívar. Aquí en sustancia de perennidad su figura procera, en medio a pueblo de su nombre, es el encuentro consigo mismo de un hombre-pueblo.

Pero viene al caso, que en seguida debo aprovechar, pedirles a los maestros de escuela de esta tierra de magistrales disciplinas, que no les hablen a sus discípulos del Bolívar de las batallas famosas, como no sea para enseñarles, con ánimo educativo del propio amor, que en un mismo año fueron, allá la de Carabobo, decisiva de la libertad de mi patria y aquí la constitución de Missouri en Estado de la Unión. Que no se lo ponderen sino como ejemplo de constancia sin pausas en el propósito libertador que se había impuesto; como caso extraordinario de hombre tan poseído de fe en su ideal y de confianza en sí mismo, que, cuando en Pativilca –abrumadora la impresión del paraje, maltrecho él de salud y de tropa,s siendo numerosas y aguerridas las del enemigo a cuyo encuentro marchaba– como al vérsele taciturno se le preguntase:

—¿Qué piensa el Libertador?

Todo aquello aconsejando retirada, la respuesta fue:

—Vencer.

Pero que no les perviertan y les estraguen el gusto, que solo en aplicaciones a formas serenas de paz debe complacérseles, describiéndoles a este grande hombre de América solo como un general intrépido, ganador de batallas difíciles, porque ellas no fueron propiamente el fin perseguido por los titánicos esfuerzos que le consumieron temprano la vida, sino el camino dramático a lo largo del cual, por entre campos de sangre, tenía que llegar a la realización de su ideal libertador y creador. Y para que ninguna duda les quede a los niños de esta comarca, de que no hemos erigido aquí esta estatua para complacencias de admiración de genio guerrero –uno más entre los muchos que han figurado en la trágica historia del mundo– he aquí las palabras con que el Libertador de mi Patria, en el Mensaje al Congreso de Cúcuta, se definió a sí mismo ante la historia, con hermosura y valentía:

> Yo soy el hijo de la guerra; el hombre que los combates han elevado a la magistratura: la fortuna me ha sostenido en este rango y la victoria lo ha confirmado.

> (...) La espada que ha gobernado a Colombia no es la balanza de Astrea, es un azote del genio del mal que algunas veces el cielo deja caer a la tierra para el castigo de los tiranos y el escarmiento de los pueblos. (...) Un hombre como yo es un ciudadano peligroso en un gobierno popular; es una amenaza inmediata a la soberanía nacional. Yo quiero ser un ciudadano para ser libre y para que todos lo sean.

Estas palabras, insólitas en boca o de mano de un guerrero victorioso, son sin duda alguna las mejores con que yo pueda recomendar a la admiración de las generaciones que se estén levantando sobre el suelo de América, la óptima calidad humana del Padre de mi Patria. No se detengan mucho los ojos que hayan de contemplar este bronce conmemorativo en la espada que le arma la diestra, sino en el símbolo de leyes prudentes que la otra mano sostiene y en el reposo del manto que lo sobreviste de serenidad, y condúzcase el alma necesitada de enseñanza conveniente a felicidad de pueblos, a la meditación del singular contenido de excelencia humana que encierran las palabras de mi Libertador que acabo de citar, para que se advierta cómo no abundan en la historia hombres de acción con tanta conciencia de sí mismos y tanta responsabilidad de su destino. Ante lo que de tremendo este tuviese para lo relativo a sí mismo, nunca se le vio vacilar; pero cuando le hablaba a su criatura, siempre le brotaron de la boca palabras edificantes.

Coinciden, afortunadamente, en esa inquietud ante los atributos de la espada y en la renuncia al provecho del predominio que ella hubiese conferido, los máximos libertadores de América. Aquí fue el admirable Washington, el primogénito, que se sacude de las manos creadoras de patria el polvo mortífero de las batallas y como el buen padre de familia que a la casa trajo el sustento bien procurado y con los hijos se sienta a compartirlo en la mesa cordial, colgado el sable de la misión cumplida, recobra el sitio del ciudadano para presidir el trabajo de los que van a asegurar en la paz la obra fecunda de la guerra; allí abajo fue también San Martín, de regreso de Guayaquil, libertador satisfecho de su obra que no cae en la tentación que se le ofrece de sobrevivirse más allá de la hora generosa en el tiempo de la gloria; allí el nuestro, que si traspasó fronteras y derrocó virreinatos no fue

sino para fundar patrias libres, en cuya dignidad se pudiesen complacer los hijos de sus suelos.

Y téngase en cuenta que la naturaleza le dio temperamento dominador y que a su genio impetuoso, modalidades americanas no dejaron de hacerle invitaciones a la violencia.

Pertenecía a un mundo que aún ejercía sobre sus pobladores de espíritu animoso la fascinación que sus selvas, sus ríos anchurosos, sus montes coronados de nieve y borrascas, sus vastas soledades, ejercieron sobre el conquistador temerario, explorador de misterios geográficos más aún que dominador de indiadas.

"Si la naturaleza se opone a nuestros designios, lucharemos contra la Naturaleza" –dice en Caracas, entre los escombros del terremoto de 1812–, y es porque ya tiene enderezada la lucha contra el medio natural, todavía bárbaro en su país, la gana de esguazar ríos a nado y de cabalgar potros salvajes, para que lo acatasen como jefe natural quienes a esas pruebas sometieran la hombría de los suyos. Pero también la de tramontar páramos ventosos, para extender sus horizontes a todo lo que pudieran darle los ojos desde eminencias y para delirar sobre el Chimborazo.

Es el caudillo que produce el suelo americano y especialmente el venezolano, apenas resuena el grito de emancipación, antes de que la idea exacta de esta hubiese puesto en movimiento, propiamente, la voluntad colectiva; pero se diferencia de los demás en que no abriga el propósito personalista de dominar dentro de los términos de la región natal, sobre los determinados hombres, de presa también, que pudiesen disputarle tal dominio; sino el ambicioso y por ello generoso de trasponer sus propias fronteras, de empinarse sobre toda la América, no para someterla a su personal imperio, sino, por lo contrario, para pertenecerle totalmente a toda ella. Y sus más duras, difíciles y tenaces luchas son, desde los primeros momentos, contra los libertadores de patrias chicas a quienes no les llegaba el espíritu hasta abarcar los contornos de la grande que ya él llevaba en su mente.

Que no es solamente Venezuela, desde los comienzos, ni será tampoco la Gran Colombia, poco después, sino la América entera.

Pero conviene advertir que la idea de americanismo integral no es ocurrencia exclusivamente suya, cual de hombre desligado de su mundo

circundante, sino que ya ha comenzado a formar parte del pensamiento político venezolano. En Europa, Miranda se presenta como enviado de América y en la Constitución venezolana de 1812 se establecía que podían ser miembros del Ejecutivo los "naturales del continente colombiano", solo con haber residido durante un año en el territorio de Venezuela.

En Simón Bolívar, personificación de pueblo y grandeza humana en cuya composición todo se encuentra en proporciones extraordinarias, aquellos balbuceos de americanismo integral adquieren firmeza y magnitud de pensamiento dominante, categóricamente expresado tanto en la hora de la angustia, como en la del gozo consecutivo al triunfo o en la de reflexión serena.

Es el año funesto de 1814. Las huestes de Boves han destrozado la república, llaneros de Venezuela en pos del asturiano impetuoso han clavado sus lanzas en el tierno cuerpo de la patria naciente y a los leales soldados de la división de Urdaneta, Bolívar les estimula el ánimo grande, diciéndoles: "Para nosotros la Patria es la América".

Es la suerte cambiada en 1818. Aunque incierta todavía la existencia de Colombia, los triunfos obtenidos con la conquista de Guayana y con la reunión del Congreso de Angostura, tienen carácter de victoria definitiva y Bolívar complacido le escribe a Pueyrredón: "Una sola debe ser la Patria de los americanos".

Es, finalmente, para no insistir demasiado, en 1825, cuando las armas de Colombia cubren todo el territorio comprendido desde las bocas del Orinoco y el istmo de Panamá hasta la región del Chaco y Bolívar se halla en toda la plenitud de su influencia sobre el mundo americano, cuando propone la reunión del Congreso de Panamá, para echar las bases de una gran confederación de las naciones del continente. Y he aquí en la hora de la fortuna acariciadora del triunfo, cuando mayores riesgos corre la grandeza humana, en la ocasión de los laureles, sobre los cuales ha sorprendido la historia, dormidos, a tantos hombres que parecían hechos para los desvelos portentosos, el pensamiento del genio vigilante, en estos puntos capitales del ideal de aquel congreso, tomados de un borrador sin fecha:

> El nuevo mundo se constituiría en naciones independientes, ligadas todas por una ley común que fijase sus relaciones externas y les ofreciese el poder conservador en un congreso general y permanente; (…) el orden interno se conservaría intacto entre los diferentes Estados y dentro de cada uno de ellos; (…) ninguno sería débil con respecto a otro, ninguno sería más fuerte; (…) la fuerza de todos concurriría al auxilio del que sufriese por parte del enemigo externo o de las facciones anárquicas; la diferencia de origen y de colores perdería su influencia y poder; (…) la reforma social se alcanzaría bajo los santos auspicios de la libertad y la paz.

Y como coronamiento de esta concepción visionaria, de auténtica excelencia espiritual y no en forma de discurso compuesto para impresionar y deslumbrar, sino en un papel de notas para fijar el pensamiento relampagueante, la visión de "una sola nación cubriendo el universo, la federal, en la marcha de los siglos, para la dicha de los pueblos".

¿Delirios sobre el Chimborazo todavía? Yo no sé de nada que sea grande y hermoso entre las angustias y miserias de la vida cotidiana y que no haya sido relámpagos del ideal a través de cerebros visionarios. Pero en todo caso es buen motivo de orgullo nuestro, el que en el pensamiento de un guerrero de América, de un hombre violento como la naturaleza de su país, todavía indómita, haya anidado siquiera la imaginación de un solo asiento de felicidad humana, y por obra de leyes prudentes, la Tierra entera. Los guerreros de otras patrias nunca pudieron soñar sino con la sujeción de las ajenas al dominio de la propia. Aquí fueron libertadores, sin ánimo de conquista.

Pero de nada nos serviría el haber venido a rendir homenaje al pasado, honrando la memoria de los que fueron y son grandeza real y perenne, si no estuviésemos dispuestos a llevarnos de aquí alguna lección provechosa. Y al entregarle, como formalmente lo hago, al Presidente de los Estados Unidos de América y en nombre del gobierno y del pueblo de Venezuela esta estatua del Libertador de mi Patria, para que él le transfiera su posesión a este pueblo que su nombre lleva, se la confío a su generosa devoción bolivariana como si le entregase una semilla de amor a Venezuela, para que él la siembre en su suelo y sea la flor con que se adorne la planta que de ella nazca, amor a América, igualmente nuestra. Porque vos y yo, señor presidente

Truman, hemos conmemorado juntos los consecutivos días nacionales de nuestras patrias y en un solo viaje hemos pasado del uno al otro y por añadidura de Washington a Bolívar, sin traspasar fronteras, y quiero creer que algún sentido trascendente hayan tenido estas concurrencias. ¿Estuvo, acaso, en nuestro pensamiento la premeditación intencionada de que esto sucediese cual si significase algo que debería ocurrir en planos de acontecimientos superiores? Yo me inclino a creerlo y me complazco en celebrarlo, porque a la verdad son dos pueblos, el vuestro y el mío, quienes han hecho ese viaje, cordialmente compartido. De Washington a Bolívar, los grandes y admirables creadores de nuestras patrias, sin trocar un sentimiento por otro, sin quitar los corazones, ni por un instante, de donde se tienen desde el nacer firmemente puestos; pero sin esquivárselos tampoco al grande amor que este visionario le confió a la marcha de los siglos. ¿Una hermosa utopía y nada más, América patria común de todos los americanos? ¿Pero no es la historia del mundo dramático relato de una trabajosa persecución de utopías, cargados de angustias los pueblos, mirando hacia donde la esperanza promete: allí descansarás en la posesión de la felicidad? ¿Y de dónde, sino de las anticipaciones de los visionarios de ayer, han sacado los hombres prácticos de hoy las soluciones positivas de que tan arrogantes se muestran?

Por todo esto, cumplido el encargo que me dio Venezuela, hecha en este pueblo la siembra de amor a ella, yo me retiraré de aquí, no con la superficial complacencia de haber contribuido a acto de protocolar cortesía, sino con la emoción de haber asistido a un acontecimiento trascendental.

WALDO FRANK

El Alto Perú ha tomado mi nombre
y mi corazón le pertenece.

Bolívar

SAN MARTÍN Y BOLÍVAR*

I

LA MAÑANA del 25 de julio de 1822 la goleta Macedonia, que venía desde el Callao, daba la vuelta a la isla frondosa de Puná, al Sur exactamente del Ecuador, y entraba a cobijarse en el puerto de Guayaquil. Llevaba la bandera del general José de San Martín. A la misma hora firmaba Simón Bolívar una carta que respondía a otra que San Martín le había enviado desde Lima.

Amigo: "Con la más profunda satisfacción le doy a usted este título que mi corazón le ha dado siempre. Le llamo a usted amigo y este es el nombre que permanecerá entre nosotros, porque la amistad es el único título posible entre hermanos de armas y de convicciones. Si no pudiese usted venir a esta ciudad me apenaría tanto como si hubiese perdido una docena de batallas. Pero usted no dejará de satisfacer la ansiedad que tengo de saludar en el suelo de Colombia al mejor amigo mío y de mi patria".

Al día siguiente, después de recibir a la delegación de Bolívar en su camarote, desembarcó San Martín, el creador y general del Ejército argentino de los Andes, el libertador de Chile y de la mitad del Perú, el dictador de Lima. Los batallones del norte, con las victorias aún recientes de Boyacá, Carabobo, Bomboná y Pichincha, se alineaban clamorosos en las calles. San Martín, con el sencillo uniforme de un general de las provincias del

* *Grandes páginas bolivarianas*, Caracas, Casuz Ediciones, 1974, pp. 181-194.

Plata, cabalgaba hacia la residencia que le habían elegido. Bolívar, el Libertador de Venezuela, de Nueva Granada y de Quito, estaba a la puerta para darle la bienvenida, vestido con todas las insignias de sus honores. Los dos hombres se abrazaron y subieron juntos las escaleras de la casa.

II

Cuando tuvo lugar esta entrevista, que decidió el destino de la América hispana, San Martín tenía cuarenta y cuatro años. Diez años antes había renunciado a su puesto de coronel en el Ejército español y había ofrecido su espada a la nueva nación del Plata, su patria nativa. La república le envió al norte para ayudar a Belgrano en las campañas contra los realistas que defendían aquella parte del Alto Perú (entonces la Audiencia de Charcas), que pertenecía al Virreinato de Buenos Aires. La guerra era un péndulo continuo. Cuando los realistas, acostumbrados a las montañas, bajaban a la pampa, los gauchos los vapuleaban, y cuando los llaneros los seguían trepando hasta los Andes, los realistas montañeros se volvían contra ellos y los hacían retroceder. Buenos Aires era ya libre; pero la reacción prosperó en la fortaleza del Perú y continuó casi hasta 1816, en que la revolución (que en 1810 había rápidamente descendido desde México hasta Buenos Aires) parecía sofocada. Chile estaba perdido para los independientes, México se despedazaba, Perú permanecía leal, y los ejércitos españoles, libres ya de las guerras napoleónicas, habían reconquistado Venezuela y Nueva Granada. San Martín, en el campo, se dio cuenta en seguida de la futilidad de esta guerra abierta contra Charcas. Pidió que le relevasen de su comisión y que le hiciesen gobernador de la oscura provincia de Cuyo, a la sombra oriental de los Andes. El gobierno central le concedió lo que pedía, considerándolo como el mejor medio de verse libre de un soldado a quien tan fácilmente le desanimaban los fracasos temporales.

San Martín pasó en Mendoza, la capital de Cuyo, tres años anodinos. Antes de partir de nuevo estudió bien lo que debía de hacer y se decidió a hacerlo. Formó un ejército. Nunca había habido en las Américas un instrumento tan preciso de la voluntad militar. En un momento dado este ejército tenía que cruzar los ventisqueros terribles de los Andes, caer sobre los es-

pañoles de Chile, destruirlos y embarcarse hacia el norte, flanqueando a los realistas del Perú. San Martín movilizó toda su providencia. Se fabricaron municiones, y las mujeres se dedicaron a confeccionar uniformes y medicinas. Se adiestraron los caballos y los mulos a trepar por las pendientes y se anotó cuidadosamente la carga que podían llevar por desfiladeros a 20.000 pies sobre el nivel del mar. Se establecieron imprentas y bibliotecas. Se dio rienda suelta a la propaganda y se encauzaron astutamente las pasiones patrióticas. Cuando su ejército estuvo perfectamente disciplinado, San Martín preparó el terreno político. Como la mayoría de los líderes revolucionarios, San Martín era masón, y convirtió su logia poderosa de Lautaro en una factoría de intrigas. Dejó correr por Buenos Aires y Tucumán la falsa noticia de que una invasión realista amenazaba desde Chile, y en Chile, al mismo tiempo, hacía creer en una supuesta división de su ejército. Sobornó a los indios de las montañas para que vendiesen mapas de sus planos cuidadosamente falsificados a los españoles del otro lado de la cordillera. Los realistas de Chile se complacieron de su seguridad y el gobierno revolucionario del centro (egoístamente satisfecho mientras la Argentina no fuese realmente invadida) estaba aguijoneado por el miedo. Al fin, el Congreso, que se había mofado del ejército de los Andes, dio orden de avanzar. La máquina militar se movió con exactitud cronométrica a través del espinazo continental. Llegó hasta los valles de Chile sin que nadie la molestase y cayó sobre los ejércitos realistas, que estaban donde les había colocado la falsa información de San Martín. Uno por uno, fueron derrotados en Chacabuco y Maipú.

El general declaró la independencia absoluta de Chile, rehusó el gobierno civil, que dejó en manos de su amigo Bernardo O'Higgins, y pasó a la siguiente fase de su plan. Defendido por la Marina chilena, se embarcó para Pisco, que está en la costa sur del Perú, con una fuerza escogida de cuatro mil hombres. Veintitrés mil veteranos españoles se enfrentan con él. Se mantiene firme y enciende la costa peruana en un fervor revolucionario. Los españoles se ven obligados a retirarse a los Andes y San Martín entra en Lima en el mes de julio de 1821, donde proclama la independencia del Perú.

San Martín ha avanzado desde la provincia rica y segura del Plata y, aunque el gobierno de Buenos Aires desaprueba su acción continental,

aquella acción ha recaído, próspera e independiente, sobre una base nacional. Partiendo de esa base, se ha movido a través de los Andes y ha ido hasta el Pacífico. Y por el norte, a través de medio continente, ha llegado hasta Lima. Bolívar, entretanto ha avanzado partiendo de una idea y de una pasión. De ninguna manera partiendo de la base de una nación libertada. Los ejércitos de España han reprimido las revueltas del norte en Caracas y Bogotá. Miranda, el primer general de Venezuela, ha muerto en una prisión española, y Bolívar ha logrado escapar con vida, una vez a Jamaica y otra vez a Haití. Sin caballo y sin tropas, este revolucionario invierte sus días bosquejando un retrato casi perfecto de los futuros Estados hispánicos y una Constitución para la futura República de Colombia. Va a Margarita, una isla del este de Caracas, donde junta unos cuantos llaneros y desembarca en el delta del Orinoco. Avanza hasta Angostura, ciudad insignificante sobre los pantanos del río. Y allí convoca un Congreso. Menos estos pantanos, toda Venezuela está bajo el poder de España, toda Nueva Granada y todo Quito. Sin embargo, él convoca el Congreso y crea la República de Colombia, cuyos límites han de ser Costa Rica, Brasil y Perú. Promulga las leyes de su nación, liberta a los esclavos, acepta la presidencia de una república que no existe aún y fija su capital en Bogotá, aunque le separen de ella enormes llanuras y montañas que son todavía posesiones realistas.

Los españoles de Caracas, más cercanos, le aguardan sonriendo, confiados en que le destruirán, como ya lo han hecho dos veces. Pero ahora Bolívar se siente seguro. Pasa por alto a Caracas y dirige su ejército a través de los Andes, hacia Bogotá. Sus soldados son llaneros, los gauchos de las llanuras de Venezuela. Están a sus anchas en las tierras bajas de la vasta llanura tropical, donde pueden dar rienda suelta a sus caballos. Bolívar los conduce en legiones apretadas y los empuja hacia los picos donde el aire es frío y delgado y donde se mueren los caballos. No disciplina, como San Martín a sus hombres: los transfigura. Él mismo es un llanero y su espíritu milagroso hace una estepa de los Andes. Su ejército resiste las alturas y la selva, y aparece de pronto como una revelación en el valle opulento de Cundinamarca. Los españoles, que aguardan perezosamente las noticias de la derrota de Bolívar frente a Caracas, seiscientas millas hacia el Este, son destruidos por

estos hombres que han cruzado el fuego y el hielo de un continente para encontrarlos. Bolívar entra en Bogotá, pero no descansa allí. Se vuelve en seguida hacia el noroeste de donde vino y con reclutas de Nueva Granada cae sobre la retaguardia de los españoles de Caracas, arrojándolos a los pantanos por donde ellos esperaban que él iría. La Batalla de Carabobo liberta el norte de Sudamérica. Y ahora Bolívar pone en práctica la ley de su profético Congreso de Angostura. Venezuela y Nueva Granada se han unido ya, pero la tercera parte de su república –Quito– es aún española. Sucre, su gran mariscal, se embarca para Guayaquil, y San Martín, entretanto, le envía tres divisiones desde Perú. Reforzado Sucre, sube hacia Quito y en Pichincha hace huir a los españoles, por montañas, hacia el norte. Bolívar ha ido a encontrarlos al sur. En Bomboná derrota a los realistas que huyen, y entra en Quito, ya parte de Colombia, como presidente de una verdadera república, cuyas fronteras exactas había trazado en su destierro de Jamaica y había comunicado al mundo desde los pantanos del Orinoco.

Las dos fuerzas continentales, la una representada por San Martín en la Argentina, que se movía al oeste y al norte; la otra representada por Bolívar en Venezuela, que se movía al oeste y al sur, convergen en el Perú. No se han hablado nunca, a pesar de lo imprescindibles que son el uno para el otro. Una tierra común y un común enemigo, una misma cultura y un mismo ideal, han bastado para juntarlos en un plan continental. Su avance armónico y seguro es la articulación primitiva de un continente y de un pueblo, y la guerra de 1810 a 1816 ha sido un caos de esfuerzos espasmódicos. Hispanoamérica no es todavía un organismo. El avance de los jefes desde 1816 a 1821 y su aproximación es el período larval del movimiento orgánico. La comunicación no es aún necesaria; los ideales para la acción futura no necesitan aún ser expresados. Pero ya ha pasado el período inconsciente, y España guarda aún el corazón de los Andes. Para desalojar a España y conseguir que los nuevos Estados comiencen a respirar, las fuerzas continentales tienen que encontrarse, que conocerse, que unirse.

Aunque San Martín es el dictador de la costa del Perú, el cenit de su poder ha pasado ya. Es un hombre de estrategia y de orden; el caos social es para él una enfermedad que hay que destruir. El momento más feliz de su carrera fue la organización de su ejército en Mendoza. La sencilla

provincia lo aceptó y respondió a su fórmula de acción. Se levantaba con el sol, desayunaba con frugalidad y pasaba la mañana en su despacho. Al mediodía iba a la cocina; le gustaba observar el alimento que había de comer. Tomaba su porción de la estufa y comía de pie. Se pasaba la tarde en el campo instruyendo a los reclutas y probando caballos. Por la noche se permitía con regularidad una hora de recreo con algunos amigos útiles; los despedía luego, y volvía a su mesa de trabajo. En Chile aún continúa con regularidad esta vida. Encontró allí un mundo feudal bien ordenado; puso a los criollos al frente de este mundo, en el lugar de los españoles, y siguió hacia el norte. Pero las exigencias del manejo político de Lima le anonadan; no puede comprender la marea de ambiciones y codicias que hay bajo la indolencia de la ciudad mestiza.

Se encuentra muy mal en Lima. Le desagradan la pompa heredada de la corte del virrey, las mujeres sensuales, todas las formas cortesanas de la intriga. Era un obrero, no un emperador. Los perfumados rodeos del Perú ahogan sus capacidades; no es hombre ni para forzar al pueblo a la misma salvación. Cuando confía sus ideas monárquicas a O'Higgins y este se las rebate, cuando su séquito degrada sus convicciones sinceras con murmullos generales de "el rey José", San Martín se desconcierta. Hasta su genio militar le falla al bajar los españoles de los Andes al valle del Rímac. Se conforma con hacerlos huir. Un año antes los hubiese atrapado o los hubiese arrojado al mar. Se encuentra cansado. Ve demasiado claramente la importancia que una libertad desordenada puede traer a los pueblos de América: sus ojos no son místicos para ver la fecundidad del caos. Solo cuando mira al norte, hacia Bolívar, vuelve a latir con alegría su corazón. Reconoce (tal vez erróneamente) que el genio libertador del venezolano es superior al suyo. Ve la fachada perfecta del Estado colombiano que Bolívar ha construido. Por eso le envía sus batallones, sin pensar siquiera en fijar condiciones. Se da a la vela para Guayaquil con el ansia y la fe de un muchacho. ¡Bolívar y él se entenderán! ¡Juntarán su sabiduría y sus fuerzas salvarán a la América que quieren libertar!

Bolívar no había llegado ni a esta altura ni a este reposo. Era una fuerza en trayectoria abierta. Era un poeta que había prescindido al fin de los obstáculos que se oponían a sus designios, un poeta cuyas palabras estaban

fluyendo. El soldado era incidental en el hombre; antes de haber ganado una batalla había profetizado el contorno y los rasgos de las naciones hispánicas. El hombre de Estado era un subordinado; antes de haber conquistado a Colombia le había dado una Constitución y antes de irse los españoles estaba proyectando los congresos continentales de Panamá. El hombre de Estado trabajaba *a posteriori*; y solo el poeta y el visionario trabajaban *a priori.* El arranque de Bolívar era una idea y para encarnarla llevó a cabo sus maravillosas campañas, juntó las provincias, creó nuevas repúblicas y asumió el poder de dictador.

Era un poeta romántico. El impulso del descubrimiento y de la creación que llevaba a los hombres de Francia y de Alemania a romper las reglas del drama clásico, la tradición de la sintaxis, las "formas" de la literatura y de la moral, llevó a Bolívar a romper los Andes también. Miró con orgullo desdeñoso a Napoleón, al que había adorado de muchacho. Le pareció un "hombre imitativo" que no había hallado otra cosa que la vieja táctica de hacerse coronar emperador. *Él* sería algo más original: el libertador de un pueblo continental. Y claramente se deduce por sus cartas que Bolívar no entendía por "liberación" el simple rompimiento de las cadenas políticas. Bolívar sintió la fecundidad del mundo americano, el indio, el negro, el mestizo, la selva y la montaña eran para él los elementos de su trágico parto. De este plasma continental vio emerger una nueva raza. Y cuando dijo que más quería ser el libertador que el César, daba a entender que libertaría estas potencias turbulentas, dejándolas horras para que al fin pudiesen nacer.

Sintió su plan como un poeta romántico. No pudo ver los rasgos de su creación; todo lo que pudo hacer fue preparar el camino para su advenimiento y para guiarla cuando viniese. Y como el poeta romántico, gozó el proceso de su creación. Amó las escenas de su propio arte. La pompa y la retórica y el botín de la conquista fueron amables para él. Amó el humo de la batalla, el sudor de los caballos, el clamor del populacho al cruzar en triunfo la ciudad. Amó el manejo de los hombres, la creación de capitanes, el lanzamiento de los diplomáticos a misiones resonantes, la intriga habilidosa del Gabinete y del Congreso. Amó el poder de condenar y absolver. Amó su propia voz ascendiendo cadenciosa, el brillo de los ojos y las bocas abiertas de admiración cuando se apagaba su retórica. Amó la languidez de

la fatiga; la carne roja, el vino tinto, los baños de aguas perfumadas. Amó la música y el baile. Y amó los labios de las mujeres y el temblor de sus carnes cuando los brazos de un conquistador las estrechaban.

Era vano y demasiado orgulloso para ocultar su vanidad. Era sensual y demasiado orgulloso para reprimir sus apetitos. Pero el mismo sentido que le acuciaba al ver a una mujer hermosa, lo transfiguraba cuando contemplaba los Andes, la llanura y los ríos poderosos de su tierra. Vio al maíz, y el indio, no menos tierno, alzándose de él. Y vio los árboles negros y al negro, no menos profundo, moviéndose en el bosque sombrío. Amó el mundo todo de América. Y sintió en sus manos nerviosas el cuerpo entero de un continente que ansiaba parir, dar vida a un nuevo mundo, fecundado por la semilla de un abrazo.

Era un hijo de España. Combatió y odió a España tanto, porque el genio inmenso de España estaba dentro de él. *Él* sería España, él sería la pasión unitaria de España, el acto concreto del espíritu inmanente: no soportaría más la España disecada del Estado que quedaba al otro lado del mar, la España que llevaría a su pueblo a la rutina de la imitación. Dentro de él estaban el conquistador, ciego para todos los obstáculos, aunque fuesen tan altos como los Andes, y el místico de la gran centuria de España, que ganó por la Cruz un mundo, y lo retuvo milagrosamente a través del océano. Pero el español fue transformándose por la América donde sus padres habían vivido más de doscientos años. La voluntad americana, para forjar de su pasado indígena y de su presente criollo un futuro americano, desvió a este español, no solo de España, sino del cielo católico también. La tierra americana no admite ningún cielo; sus milagros y su salvación deben alzarse de la tierra y permanecer sobre la tierra. Sus dioses, como el sol, deben ser de la sustancia misma de la tierra.

Bolívar era mestizo por sus rasgos psicológicos. Dos mundos se abrazan en él. Pero mientras en el mestizo ordinario las dos voluntades contrarias se anulan una a otra, y crean la inercia y la confusión, en Bolívar cada elemento separado se exaltaba por la combinación. Fue más español que el español mismo, por su poder de vivir un ideal dominante y levantarle hasta un plano cósmico, y fue más americano que el indio por su amor al suelo y a los dioses del mundo americano.

III

Los generales abandonan la sala después que han sido presentados al ilustre huésped. Solos están ya los dos héroes y se miran frente a frente. Bolívar contempla a un hombre alto y delgado, muscular, equilibrado y un poco rígido. La cara larga y pálida bajo el pelo cortado al rape, los ojos negros y la nariz aquilina, hablan de una voluntad señorial. No hay sensualidad en la boca dura ni en la voz recia. Inquietud nerviosa y artera inteligencia enmascaran su mirada abierta.

San Martín tiene ante los ojos a un hombre pequeño, de pecho angosto y de cuerpo delicado. De cabeza larga. Las facciones irregulares y proteicas cambian continuamente de forma; la ternura vecina de la crueldad y la simpatía intuitiva oculta bajo la reserva. La nariz es saliente y la boca generosa y llena de apetitos. La barbilla, aunque afilada, tiene contornos femeninos. Y hasta la voluptuosidad de sus labios está contrarrestada por el rigor; pero una constante radiación del espíritu funde y armoniza la desigualdad de estos rasgos. Toda la cabeza es dinámica, y su esplendor está atemperado por el silencio de los ojos, un silencio continuo lleno de tristeza profética y de resignación que niega las palabras y los hechos de los hombres.

San Martín mira a Bolívar; le reconoce como un adversario y se siente vencido. Hay aquí profundidades y sorpresas que el conquistador de los Andes más eminente no puede medir. Se da cuenta de que ha venido a esta batalla sin conocer el terreno y sin adivinar siquiera los recursos de su contrario. Y sabe que es una batalla. Ve de repente que Bolívar es un hombre que no se puede aliar con nadie. Sin embargo en la sala, dentro de Bolívar hay algo que hace el presentimiento de su fracaso, no solo llevadero, sino amable. "He luchado por la libertad de América". ¿No podría ser que San Martín hubiese luchado tan solo por Bolívar? ¿Que no hubiese sido en todos estos años de éxitos imperiosos más que el subalterno inconsciente de este hombre de genio? ¿Por qué, si no es por un misterio de esta índole, siente en su sangre la sumisión, no como una debilidad inopinada, sino como un profundo deleite? ¿Por qué siente que ama a Bolívar igual que se ama a quien se ha servido? El pensamiento frío de San Martín no tiene

receptividad para el misterio. Nada puede explicarle a su conciencia esta agitación de sus nervios.

Ha venido a discutir problemas específicos. Dejémosle que los discuta y que olvide sus callados presentimientos.

Los problemas son tres: la situación de Guayaquil, que Colombia codicia como parte de Quito, pero cuyos ciudadanos se inclinan a correr la suerte del Perú; un plan mediante el cual el ejército de Bolívar, con las fuerzas de San Martín, bajará a dar el golpe de gracia a los españoles de los Andes peruanos; y el más urgente de los tres: la realización que estos dos creadores de la independencia darán a un programa político qué engendrará la prosperidad de las nuevas repúblicas. La primera de estas cuestiones está ya solventada. La ha arreglado Bolívar. Ha entrado en Guayaquil con un batallón; ha publicado una de sus proclamas resonantes, saludando a los ciudadanos de la nueva república; ha enviado un oficio amistoso al Concejo Municipal, invitándole a aceptar su inevitable (y glorioso) destino, y ha dado la bienvenida oficial a San Martín en Guayaquil, que es ya "tierra colombiana". San Martín decide no gastar palabras en cuestiones que los acontecimientos han resuelto ya.

Y comienzan por la segunda cuestión. Los dos están de pie todavía.

—Le ofrezco a usted tres batallones –dice Bolívar–.

Es el pago riguroso de lo que debe a San Martín por los tres batallones que este había enviado al norte desde Perú para ayudar a Sucre en Pichincha.

—No es bastante –responde San Martín, y explica con mucho cuidado–: Todo el ejército realista está en los montes de Lima. A la superioridad numérica hay que añadir la enorme ventaja de la posición. El avance hacia los Andes no sería seguro sin la defensa de la costa y de Lima para evitar un ataque lateral. Los españoles no pueden reconquistar sus posiciones. El destino de América está afirmado ya. Pero pueden alargar casi indefinidamente una campaña de saqueo. Su presencia permanente en los Andes desmoraliza a los pueblos americanos y les impide dedicarse de lleno a los problemas políticos y económicos, retardando además el reconocimiento europeo de la independencia americana. General, no debe haber dilación. Debemos echar fuera lo más pronto posible a las últimas tropas españolas si

no queremos que la anarquía del Perú le dé a España la victoria que ella no ha podido ganar. Todas nuestras fuerzas tienen que ir allá. Tres batallones no son nada. Su territorio, desde el Atlántico al Pacífico, ha sido arrasado. Usted mismo debe bajar con todos los soldados de que pueda disponer.

Bolívar esquiva la mirada de San Martín y dice:

—No tengo autoridad del Congreso de Bogotá para abandonar el suelo colombiano.

San Martín se encara con él severamente. ¡El presidente de Colombia, el dictador!

—General –dice nuevamente–, yo no dudo que si usted expone sinceramente las circunstancias actuales al Congreso, él le concederá a usted el privilegio de completar su obra.

Bolívar menea la cabeza.

—Hay dificultades. Y estoy seguro –su voz se rehace–, estoy seguro de que usted no estima en lo que valen sus propias fuerzas.

San Martín le explica con precisión el problema. Bolívar es un gran soldado para poder negar la conclusión. La seguridad exige, no tres batallones, sino un ejército colombiano. De pronto, suavemente, San Martín enuncia estas palabras:

—Para mí sería un honor, general, servirle a usted de segundo. Vaya usted a Perú y yo seré su lugarteniente.

Bolívar levanta las manos. Evade la mirada de San Martín. Sabe que si la encuentra hallará una sinceridad que no puede admitir porque exigiría recíprocamente la suya. Teme que San Martín vea en él profundidades de previsión que él mismo no puede explicar. Protesta:

—Mi delicadeza me impediría. San Martín no puede estar a las órdenes de nadie.

El general del Sur insiste. Y luego, de pronto, se da cuenta de que Bolívar no aceptará nada de él, por razones que no ha expresado. No insiste más. Ahora ve clara la superficie de Bolívar, la fuerza externa de su voluntad. El Libertador tiene que estar solo. Mientras San Martín permanezca en el Perú, el ejército de Colombia no se irá y los españoles permanecerán en las montañas.

Hay un silencio. Bolívar le alarga la mano; San Martín le acompaña por

el corredor hasta la puerta de la calle. La entrevista ha terminado y nada se ha discutido en realidad. Sin embargo, la segunda cuestión ha quedado zanjada, lo mismo que la primera. San Martín sabe lo que Bolívar quiere: derrotar a los españoles del Perú. San Martín sabe cómo tendrá que conducirse y cómo se conducirá para conseguirlo.

La tarde del mismo día, San Martín le devuelve la visita de una manera oficial. Está con él media hora.

—Mañana –le dice al despedirse– nos veremos de nuevo por la última vez. En la noche he de partir para Lima.

Ahora los dos hombres están sentados. Y las puertas cerradas. Van a discutir la tercera cuestión: el destino político de las nuevas naciones.

—Los ideales pueden ser peligrosos –dice San Martín. No hay que imponerle al pueblo una forma ideal de gobierno; puede no convenirle.

Habla con tranquilidad premeditada y se da cuenta de que está implorando. Implorando a un hombre que aún no tiene cuarenta años y que en jerarquía y proezas no es su superior, sino su igual. Sin embargo, ni envidia ni disgusto manchan esta actitud. Solo una tristeza, como un reflejo del futuro, suaviza sus palabras y parece que estuviese representando la primera escena tranquila de un drama, cuyo trágico fin supiese ya.

—Sí, la república es la forma ideal –dice–; nace orgánicamente de la voluntad de una nación quieta y unificada. Su técnica de acción es la creación pacífica y la difusión de la opinión pública por una clase gobernante, en concordancia con las demás clases. Un lenguaje común y una misma religión, mutualidad económica, cultura, accesibilidad a los puestos públicos, conciencia de los problemas comunes y una fuerte clase media que gobierne la vida económica y esté en contacto con las masas, son los requisitos preliminares de la república. Algunas de las ciudades griegas los poseyeron y los poseen los Estados Unidos de la América del Norte; países compactos y armónicamente comerciales como Suiza y Francia; hasta Inglaterra posee estos prerrequisitos de la república. Pero nosotros, no. Nosotros no tenemos absolutamente ninguno.

—Lo sé.

—Usted lo sabe. Pero yo lo repito, aunque sé que nada nuevo le estoy diciendo. Nuestros países son inmensos desiertos. Se tarda semanas y

meses enteros en atravesarlos. En muchos sitios viven indios arraigados a sus viejas culturas; en otras partes viven criollos. Y no hay medio posible de comunicación entre estas culturas extrañas; no hay empresas comunes que los relacionen. Nuestros gobernantes no son una clase media, son señores feudales. No han reconocido más que dos lazos legales del pasado: la Corte y la Iglesia. Y no puede cambiar de repente su naturaleza. Solo una corte apoyada en una religión católica común puede unir esta clase gobernante y sostenerla en su lugar para difundir la lealtad e imponer su autoridad a las masas.

Los ojos de Bolívar están clavados en el suelo. De pronto mira hacia arriba.

—¿Por qué hemos libertado a América? –pregunta–. No para precipitarla en el caos. Una monarquía liberal, con el apoyo de las clases gobernantes, nos llevaría al orden, acallaría las ambiciones personales, conservaría las jerarquías y alentaría la prosperidad económica y las artes.

Bolívar calla otra vez.

—Hemos libertado a América para nosotros, desde luego –dice San Martín–. Para que los americanos tengan paz, felicidad.

Bolívar se levanta.

—General –dice–, usted no tiene razón. A mí no me importa la paz. Y no conozco la felicidad. ¿Existen? ¿Cree usted que yo hubiese permitido la muerte de miles de hombres, el incendio de las ciudades, el rapto de las mujeres, el hambre de los niños, por una felicidad en cuya existencia yo no creo, por una paz que era mucho más segura bajo el régimen español?

San Martín se levanta también.

—Yo no tengo miedo al caos –dice Bolívar–. Lo preveo. El caos está aquí, en mi corazón. Yo no lo quiero; pero puesto que tiene que ocurrir, lo acepto. Y no le temeré.

—No es necesario que venga.

—No. Tiene usted razón. Y tenemos un medio de asegurarnos contra él. Después de haber derribado al Gobierno de España, podemos establecer Estados españoles en su lugar.

—No es eso lo que yo propongo. Yo propongo monarquías liberales y constitucionales a la manera de la inglesa y con leyes norteamericanas.

—Nosotros no somos ni la América del Norte ni Inglaterra. La monarquía en nuestras naciones, como usted ha dicho, sería una monarquía feudal, sostenida por una casta feudal. Convertiría en siervos a los indios y a los negros. No cambiaría nada. Reyes americanos en vez de un rey español. ¿Y para esto hemos luchado?

—¿Entonces usted ha luchado por el caos?

—Sí, por el caos; he luchado por el caos, si usted quiere.

—El nombre de un rey le amedrenta a usted, aunque traiga el orden. Y el nombre de una república le apacigua, aunque engendre la anarquía.

—Significan mucho los nombres. Un nombre es un ideal. Un nombre aproxima nuestro ensueño, y cuando lo repetimos nos lo representa de continuo. Todo el progreso está en un nombre. Todo lo que es humano. Los animales no tienen nombre.

—Caos y anarquía. Estas serán las realidades que usted llama tan espléndidamente "repúblicas".

—El nombre sobrevivirá a la anarquía y al caos. La realidad del nombre (que es la verdadera voluntad del pueblo) se levantará del desorden. A mí no me importan las repúblicas. La única forma de gobierno, sin embargo, para nosotros hoy es la república. Pero esta forma no será más que el umbral de una libertad humana y de una potencialidad humana al que ninguna república todavía se ha aproximado. Usted no tiene razón, general. El nombre de "república" no me apacigua, me amedrenta. Yo también conozco nuestra América y también la amo. Y veo las cosas sin nombre –la tiranía, el encarnizamiento, la traición– que gritarán el nombre de la república desde sus entrañas. ¡Las cosas sin nombre! Tenemos que cruzar este terrible pasaje para encontrar nuestro futuro. La república es solo la puerta de entrada. ¿No lo ve usted? Hacia lo que nosotros vamos, a través de la república, es también una cosa sin nombre, la América que aún no ha nacido.

—Yo veo, general, que nuestro puesto es el de tutores de unos pueblos niños aún.

—Pues dejémosles ser niños. ¿Podrían crecer si se les prohibiese vivir la vida de los niños y si no tuviesen constantemente presente que su futuro es la virilidad? Un pueblo bajo una monarquía puede estar muy bien cuidado, pero condenado también a una infancia perpetua.

Ahora la voz de Bolívar se hace más profunda, como si estuviese hablando consigo mismo.

—La América que estamos formando no la veremos nosotros ni la generación que nos siga tampoco. El mundo en que vivimos no es ni siquiera un niño, es una crisálida. Habrá una metamorfosis de la vida física, y vendrá finalmente una refundición de todas las razas que dará por resultado la unidad de todos los pueblos.

San Martín, llevado más allá de lo que él puede ver, no dice nada.

—Una transición tiene que preceder a esta metamorfosis. Y la transición es agonía. Tal vez cientos de años de caos nos esperan. Nos hundiremos en él, amigo mío, no lo dude. El orden monárquico que usted quiere imponer podría salvarnos, podría proteger a América del caos, del caos del nacimiento.

Cerca de cinco horas han estado juntos. De tiempo en tiempo se han levantado de su asiento y han levantado la voz. Luego se han apaciguado y se han vuelto a sentar. Son, después de todo, jóvenes todavía estos dos hombres, en quienes descansa el destino de un continente. Han hablado con pasión y la pasión ha quemado sus reticencias. Son dos hombres que están en los dos lados opuestos del mundo espiritual. Aunque han trabajado en armonía no se han encontrado nunca. San Martín pertenece a un orden antiguo que decae. Usa palabras –jerarquía, clase, autoridad, paz, ley– que ha aprendido en Europa. Y las trasplanta ahora con su viejo significado al suelo de América. Bolívar, en la base de una montaña que se levanta en la niebla de la América de mañana, no usa palabras. Sus palabras no tienen forma ni significación, y solo su trágica marcha hacia el futuro puede hablar por él. No encuentra manera de justificar esta su acción de arrojar a los pueblos en el caos. Sufre porque esta visión suya no tiene forma para expresarse y por esto se desquita con la retórica, con proyectos románticos, con ademanes. ¡Oh el gran consuelo de las palabras, para un hombre que ha entrado ya en el silencio del futuro! Hay momentos que se empujan para convertirse en la norma de su vida y en que la claridad verbal de San Martín es como bálsamo y salud para Bolívar. Momentos en que su propia ascensión por la pendiente del destino es como la locura. "He arado en el mar –ha de gritar un día–. Pero no retrocederé".

El primer paso fue feliz: las campañas interrumpidas de Venezuela y Nueva Granada, la huida a las islas, el mando sobre aquel puñado de llaneros, el Congreso de Angostura, el asalto de los Andes, la expulsión de los españoles de todo el norte continental, es su primer paso. Y todo esto lo ha hecho como un niño, riéndose y con desenfado. Ahora le ha agarrado el destino y tiene que sufrir. Y a medida que avanza, la profecía de San Martín se hace realidad. Se extiende el caos, y la tiranía y la traición destruyen por completo sus planes y le arrojan, al fin, exhausto ya a la costa del Atlántico donde empezó su campaña.

La tercera cuestión que juntó a estos dos hombres está decidida también.

Se han abierto ya las puertas y es la hora del gran banquete. Rodeado de oficiales y de señoras que han venido de Quito para honrarle, San Martín come con frugalidad de las ricas viandas, y apura los dos vasos de vino que le permite su régimen. Bolívar cena con abundancia y bebe sin moderación. Llega el momento de los brindis. Un poco inseguro, se levanta Bolívar:

—Brindo por los dos grandes hombres de Sudamérica: San Martín y yo.

San Martín se queda aturdido. ¿Este vanidoso brindis de borracho no será, como él sospecha, la más sutil ironía? Se levanta reposadamente y responde:

—Por la pronta conclusión de la guerra. Por la organización de las diversas repúblicas. Y por la salud del libertador de Colombia.

El brindis es una promesa. Bolívar lo entiende así. Después del banquete hay un baile. La música acre y violenta descorre la modestia de las mujeres. Bolívar baila y saborea su propio festín. Un pulso sensual densifica el aire del salón.

San Martín murmura estas palabras al oído de su ayuda de campo:

—Vámonos, no puedo soportar esto.

Ya se ha despedido de su huésped. Se desliza por una puerta lateral y antes de una hora el Macedonia zarpa para el sur.

IV

El día que San Martín llegó a Guayaquil estalló en Lima una revolución. Monteagudo, a quien había nombrado para sustituirle en su ausencia, fue hecho prisionero y desterrado después. La ciudad aclama la vuelta de su protector como para decirle: "Nadie, sino tú, puede mantenernos en paz".

Pero San Martín convoca en seguida el primer Congreso Constitucional del Perú y presenta su dimisión de jefe civil y de jefe militar. "Si mis servicios a la causa americana son dignos de consideración ante este Congreso, los recuerdo ahora sólo para pedir como remuneración que nadie vote por que siga en mi puesto". Escribe a Bolívar una carta que se hizo pública muchos años después de la muerte de los dos. En ella se duele de que el Libertador o no viese la sinceridad de su ofrecimiento como lugarteniente o no pudiese aceptarla por razones personales. Reitera la necesidad de un ejército inmediato y describe detalladamente las fuerzas y las posiciones de los españoles. Y le comunica su dimisión. "No dudo de que tan pronto como haya yo salido del Perú el nuevo Gobierno le llamará a usted para una cooperación activa, y creo que usted no podrá rehusar esta justa demanda. Le he hablado a usted francamente y lo que va en esta carta debe quedar oculto. Si llegara a saberse, los enemigos de la libertad de América lo utilizarían en menoscabo de ella y la intriga y la ambición sembrarían la discordia".

Guardó su palabra con el rigor de un soldado. Mientras los mejores elementos del Perú le injuriaban por abandonar su puesto cuando la tarea estaba aún incompleta, se embarcó silenciosamente para Chile. El Gobierno de su amigo O'Higgins estaba a punto de caer y San Martín fue recibido con malevolencia por la nación que él había creado. Pasó luego a Mendoza. La Argentina no dio ni noticia oficial de su llegada. Había ganado los Andes y derrotado a España. Pero había desobedecido las órdenes del Congreso. Su mujer, a quien siete años antes había dejado en Buenos Aires, había muerto ya. Y solo con su hija se embarcó para Europa, donde vivió aún treinta años desterrado, olvidado y pobre.

Bolívar comprende que se acepta su voluntad. Antes que nada envía a Sucre al Perú y en el mismo año va él también a Lima. Él y sus mejores

generales proyectan cuidadosamente la última campaña. Y dos años y medio después de la entrevista de Guayaquil derrotan definitivamente a los españoles en Ayacucho.

Charcas, la fortaleza real, es ahora Bolivia. Bolívar organiza la Federación de los Andes. Mira hacia Panamá, hacia Cuba, hacia la Argentina, y mira hacia el Brasil también. Pero mientras Quito y Guayaquil están sancionando la Unión Bolivariana, Páez, el capitán de los llaneros de Venezuela (el lugar donde Bolívar había comenzado su jornada), trama la separación de Colombia. Perú y Bolivia deponen a los presidentes vitalicios elegidos bajo el plan de Bolívar y se enfrentan una contra otra. Quito se convierte en el Ecuador. Asesinan a Sucre. Y Bolívar, vilipendiado y moribundo, huye a Bogotá. Ha llegado el caos.

JUANA DE IBARBOUROU

Los hombres de luces y honrados son los que debieran fijar la opinión pública. El talento sin probidad es un azote.

El que no está con la libertad, puede conservar las cadenas del infortunio y con la desaprobación universal.

Mi política ha sido siempre por la estabilidad, por la fuerza y por la verdadera libertad.

Bolívar

ALABANZA DE BOLÍVAR*

GRANDE COMO NAPOLEÓN y como Alejandro, la grandeza de Bolívar no desmerece al lado de los más ilustres capitanes de la historia; mejor, diríase que resplandece con un fulgor distinto y aun quizás más vivo, pues estando en la admiración de los hombres tan alto como el corso inmortal y el glorioso macedonio, su aureola tiene una luminosidad pura, que le da un carácter augusto y único. Es que, aquellos son los conquistadores y el héroe de Venezuela es el *reconquistador*. Hay una diferencia enorme entre una designación y otra. La conquista es la usurpación, el gran hurto que cobija la historia y el valor magnífico: la libertad de un pueblo o sea su reconquista, es la devolución obtenida a fuerza de heroísmos y de sacrificio. A la primera la amadrinan la ambición y la avidez de mayores bienes materiales; la otra es la hija de la justicia, se enraiza en el derecho y hace de cada soldado un visionario y un estoico. Hay entre ambas la misma diferencia que existe entre un halcón y un águila. Y si en la admiración del mundo las dos se aparejan, es porque el alma del hombre es épica en el fondo y nada la hace vibrar con más fuerza que el espectáculo de la victoria, con su ampulosidad y su resplandor. Por otra parte el hombre que triunfa constituye siempre una excepción superior, sea cual fuere el campo en que actúa. Y esa supe-

* *Grandes páginas bolivarianas*, Caracas, Casuz Ediciones, 1974, pp. 209-217.

rioridad, respetada por la masa, le crea un ambiente de consideración más o menos general (según la calidad del individuo y las circunstancias que le rodean) y le hace merecedor a títulos que van en escala ascendente desde el *vivo* hasta el *genio.*

Imagínese, pues, lo que tiene que significar para todo el mundo civilizado un ser como Bolívar, en el cual parecen haberse dado cita todas las excepciones. Si cada necesidad origina el hecho en el cual ha de satisfacerse y el genio es creado por una suma de imperativos que tienden a una solución, bien puede afirmarse que Bolívar es el resultante de trescientos años de coloniaje fructificando en una concentrada avidez de libertad. Nació para ser grande. ¡Quién sabe en qué crisol fundó el destino aquel espíritu que tuvo vislumbres de Platón y de Brummel, de Tamerlán y Cicerón! No hay en la historia del continente figura más completa y avasalladora que la de Bolívar. Fue el genio, secundado por el encanto. De su nombre se desprende aún hoy una sugestión poderosa que debió rendir en su época todas las voluntades y hacer de él un rival temible, pues cuando el valor se une a la simpatía, conviértese en el dueño de un arma con más poder ofensivo y defensivo que la espada. A su misión sin igual de libertador, no de un solo pueblo, sino de pueblos, se unía una cultura superior, una elocuencia natural y ardiente, un minucioso cuidado de su ademán y su figura y en todo momento tal seguro gesto de gran señor, que quizá Bolívar ganó tantas victorias con su sola presencia como con sus ejércitos. No fue el militar rudo, al estilo del Matto libio de la novela de Flaubert. Tuvo la cortesanía de un aristócrata de pura sangre y la elegancia de un Eduardo VII de veinte años. Fue algo enfático y algo teatral, pero es que, en el fondo estaba dominado por la grandeza de su papel y desde su romántico juramento del Aventino, hasta la soberbia ascensión a la cumbre del Chimborazo; desde la delirante y desesperada imprecación a la naturaleza en rebeldía la noche del tremendo terremoto de Caracas, hasta la arrogancia de su salto frente al Tequendama, y la pompa antigua de los funerales de Girardot, Bolívar fue siempre el actor sin igual de un drama sin precedentes. Pero, entiéndase bien: el actor, no el histrión. El énfasis formaba el fondo de la naturaleza exaltada y visionaria de Bolívar. Aquel hombre que no estaba dentro de las normas generales no podía tampoco estar dentro de las medidas corrientes. Si a algún

ser humano le cabe el título de superhombre, es a él, sin discusión; porque Bolívar es la figura más empinada y más altiva que posee la historia de América. Fue el héroe, de la misma manera que el diamante es el diamante; por dondequiera que se le mirase, física o espiritualmente, en conjunto y en detalle. En él no había nada vulgar, ni de inferior. Parece que Dios mismo se hubiera complacido, al crearlo, en hacer de él la imagen más atrayente del heroísmo. Si tuvo faltas y defectos, su propia grandeza los borra de tal modo, que con él es ya casi imposible hacer crítica fría o sencillamente serena; avasalla, sugestiona y por fuerza todo estudio sobre su personalidad vertiginosa se transforma en alabanza exaltada y en rendido panegírico. Es que emana de él un poder irresistible que es quizá la suma de su genio, de su elegancia y de su fuerza. Bolívar tiene tanto de legendario que yo misma confieso que solo empecé a advertir su contorno humano cuando me puse a estudiar su vida y sus hechos. Vi entonces combatir y padecer como los hombres aquella especie de Ulises, que tenía en la imaginación; el héroe fue cobrando entonces un relieve vivo y la admiración haciéndoseme más entrañable y más cálida. Ahora puedo asegurar que nunca un hijo de mujer, se ha alzado ante mis ojos más alto y más circundado de claridad.

Bolívar nació en Caracas pero descendía de vascos. Poseía así todas las características de entereza y voluntad que singulariza a los celtas de los Pirineos; y a ello se unía el instinto de indomable independencia del llanero que hace de las inmensas sabanas de su patria una dilatada pista de carrera, como si un secreto impulso de raza le obligara a beber los vientos libérrimos en galopadas fantásticas. Tuvo el romanticismo del ibero cuyo símbolo eterno es Don Quijote, y la orgullosa altivez de la raza india cuya encarnación más completa es Caupolicán. Fue a la vez un militar y un caudillo; un orador y un visionario: un legislador y un diplomático. “Artigas más San Martín, eso es Bolívar” –dice Rodó– y para darnos una idea más completa de su personalidad le suma a Moreno, el más notable pensador de Suramérica en los tiempos de la emancipación. Bolívar reunía en sí todas las condiciones que fulguraron dispersas en distintos prohombres de la época. Solo Martí, más tarde, le iguala en ardiente elocuencia y solo nuestro Artigas comparte con él la gloria del más puro ideal republicano. Mientras

Pueyrredón y la Junta de Buenos Aires claman por un rey inglés o español, Artigas opone a tales planes las célebres instrucciones del año XIII que le hacen acreedor al título de paladín de la democracia; mientras los países escalonados a lo largo del Pacífico sueñan también con la monarquía y se la ofrecen a su mismo Libertador, Bolívar le escribe a Páez, que le trasmite la propuesta de realeza: "No soy Napoleón ni quiero serlo. Tampoco quiero imitar a César. Menos aún menos a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, es imposible degradarlo".

¡Supremo desinterés y soberano desequilibrio mental que hacen de Bolívar el héroe completo y el reconquistador por excelencia! Puede asegurarse que la revolución americana tuvo siempre médula monárquica y que, desde el golfo de México hasta el estrecho de Magallanes, nació con la ambición de un trono y la aspiración de cambiar su gorro frigio por una corona regia. En 1864 México llegó a ver cumplido este sueño y el desventurado Maximiliano de Austria pagó cara la realización de ese ideal suicida. Solo Bolívar y Artigas miran hacia el futuro con seguridad de adivinadores. Bolívar, pugnando por el consulado, y Artigas, francamente adicto a la república, salvan definitivamente la dignidad de la independencia en América. Es que el héroe de Venezuela fue en todo un vidente. Este mismo ideal americanista que ahora nos agita, tiene su raíz en aquel sueño de Bolívar que quería hacer de todos los pueblos de América una sola confederación supeditada a una liga política y militar, regida por un cuerpo anfictiónico que reprodujera la liga Aquea de Grecia. No nos dirigimos a ello, por ahora, porque aún los hombres no están preparados para la abnegada eliminación total de las fronteras políticas; pero las borramos ya ideológicamente y la América española tiende a realizar el gran sueño del vencedor de Carabobo y Ayacucho. Todos los congresos americanistas de hoy están presididos por la sombra inmensa y tutelar de Bolívar.

El 1800 trajo a América el soplo contagioso y cálido de la Revolución Francesa. Prendió la llama en las clases altas, conscientemente descontentas, y corrió como una culebra ígnea hasta los hombres semiprimitivos de la campaña, para los cuales la libertad, más que un supremo bien y un natural

derecho, ha sido siempre una fiera necesidad. En los países del Plata se alzó el gaucho, centauro tremendo que hasta en los perros cimarrones buscó ayuda para su causa; a lo largo del Pacífico, sucesivamente, el llanero, el cholo y el roto formaron los ejércitos sangrientos de la Revolución. Y desde el mar Caribe hasta el Paraná Guayu charrúa, se cumplió una epopeya sin igual en la historia del mundo, pues era la primera vez que en menos de tres décadas todo un continente se hacía libre de un solo empuje y florecía en laureles de punta a punta. Nombres que son sinónimos de sagacidad y heroísmo quedaron clavados para siempre en el pedestal que sustenta la estatua de la libertad de América: Artigas, que es la representación más típica y más noble del caudillo; San Martín, militar por excelencia; Sucre, O'Higgins, Páez, Santander, Girardot, Miranda. Aquel bizarrísimo general Miranda que aunque nacido en "la pobre Venecia chica" que descubrió Alonso de Ojeda, fue uno de los más brillantes girondinos; enciclopedista profundo, comentador de clásicos y filósofos, diplomático como quizás no haya habido otro en el continente, precursor de la Revolución liberadora y por lo tanto primera raíz de la independencia americana. Pero, al lado de todos ellos, Bolívar tiene el puesto de gran capitán en la pléyade inmortal y heroica. Es que en él estaban, en conjunto armónico y completo, las características prominentes de todos, como si su personalidad tuviera la inflexible perfección del círculo, que "no puede ser más ni menos redondo sin dejar de ser círculo".

Dice un historiador hispanoamericano: "Las colonias inglesas de Norteamérica estaban preparadas social y económicamente para la emancipación; las de la América española no lo estaban. Esto explica que así como la emancipación fue para las primeras el perfeccionamiento de su régimen colonial, en las segundas constituyó el hundimiento, la destrucción completa de este régimen". Y esta fue la obra magnífica y potente de Bolívar. Crear el caos y levantar de él pueblos no solo libres, sino también organizados y legislados, prevenir la anarquía, luchar contra los desgarramientos internos; saltar del campamento al Congreso y del Estado Mayor a la Asamblea; defender las jóvenes repúblicas contra su propia incapacidad de gobernarse sin tropiezos que pusieran en peligro su estabilidad; correr

del Norte al Sur, sacrificado, visionario, victorioso, hasta el punto de que sus mismos enemigos lo admiraran y quince generales vencidos, al entregarle sus espadas, después de Ayacucho, aún tuvieran para él una altiva frase de glorificación. Eso es Bolívar. Con su espada y con su verbo, con su visión genial y su sorprendente facultad adivinatoria, "arrebató a España los títulos de aquella fabulosa propiedad que Colón pusiera trescientos años antes en manos de Isabel y Fernando".

La oratoria es el más poderoso auxiliar de la guerra, sea esta de conquista o de libertad. Una proclama vibrante es a veces más eficaz que la posesión de veinte cañones; un discurso de alta elocuencia puede, en una hora, cambiar la faz política o social de un país y decidir la suerte de toda una campaña. La Revolución Francesa está hecha a base de tumultuosa oratoria. Y hasta el caudillo analfabeto, cuando ve flaquear sus tropas en el combate, les sabe inyectar entusiasmo con una bárbara arenga, de eficacia nunca desmentida. Bolívar es, con Martí, el más grande orador de América. Sus discursos tienen el fuego y la pasión que engendran el arrebato en la multitud; dichos por él debieron ser realmente subyugadores. Leídos, admiran por el equilibrio y la belleza del estilo, a la vez que por el buen gusto que preside todas las frases y la profundidad de pensamiento con que penetra en todos los problemas.

En la polémica, su agilidad y exactitud para la respuesta causaban asombro. El inglés Muller, a pesar de no ser muy adicto a Bolívar, cuenta que en un solo día lo vio contestar a dieciséis arengas y que sus contestaciones hubieran podido imprimirse como salían de sus labios y ser admiradas por su precisión y oportunidad.

O'Leary, que a pesar de su nacionalidad irlandesa, fue secretario del Libertador, dice que "sus proclamas son modelo de elocuencia militar". Y en la célebre Convención de Ocaña, "donde se discuten los destinos de la república", el general Santander, jefe del partido disidente, advierte a la Asamblea, ante el peligro de que Bolívar se presente, llamado por sus amigos: "Que no venga. Tal es su influencia y la fuerza secreta de su voluntad, que yo mismo, infinitas ocasiones, me he acercado a él lleno de venganza y al sólo verle y oírle me ha desarmado y he salido lleno de admiración. Ninguno puede contrariar cara a cara al general Bolívar y ¡desgraciado del que lo intente!".

Además, Bolívar poseía, dicen sus biógrafos, todas las cualidades exteriores que contribuyen a hacer resaltar la personalidad del orador. Sin ser alto, lo parecía, a fuerza de gallardo; su voz era de escaso volumen, pero penetrante y matizada, con un gran poder de simpatía y convicción. Sobrio de ademanes, su expresiva fisonomía subrayaba cuanto con las palabras quería sugerir. Era además muy cuidadoso de su persona, lo que creaba una admirable armonía con su elocuencia elegante y ardiente, enfática sin caer jamás en esa lamentable *pérdida de la línea*, que es la altisonancia; decisiva, rica, verdaderamente magnética. A su gran cultura unía una memoria sorprendente y una rara elasticidad de pensamiento, a la vez que el don de convencer hasta a los más reacios. Se cuenta de él un hecho que puede dar una idea aproximada del potente poder de persuasión que poseía: en 1814, cuando Boves malogró la Segunda República, y en el desconcierto creado por los acontecimientos adversos los criollos se dejaron ganar por el desaliento y la anarquía, un aventurero italiano llamado José Bianchi, se alzó con el tesoro y las armas de la Revolución, que los patriotas habían puesto secretamente bajo su custodia. Bolívar, al tener conocimiento de tan grave hecho, se embarca solo con uno de sus jefes, Mariño, y emprende la persecución de tan peligroso lobo de mar. Al fin lo alcanzan y pueden exigirle la devolución de lo hurtado. El pirata lo increpa furioso y alega que se lleva todo aquello en retribución a los servicios prestados a la causa nativa, y que aún no le han sido pagados. No hay esperanzas ni posibilidad de que el desprejuiciado italiano deje de cobrar su deuda en una forma tan ilegal. Los veinticuatro cajones de alhajas y plata labrada están bien seguros en el fondo de su barco y las garras de estos hombres no son de las que se aflojan sobre la presa. Mariño, desalentado, conmina a su compañero para el retorno. Bolívar se exalta, habla, ruega, promete. Y consigue al fin que aquel aventurero sin escrúpulos dirija de nuevo la proa hacia Margarita y devuelva a los patriotas el tesoro hurtado.

Comenta un escritor venezolano: "Obtener por persuasión que un pirata potente y desalmado devuelva su presa, máxime en las condiciones de Bianchi, ¿no es un triunfo, un gran triunfo de la palabra? Bolívar jamás obtuvo, con la espada del verbo, victoria superior a esa victoria contra la barbarie, la rapiña, la avaricia y la fuerza".

La revolución por la libertad de los cuatro países bolivarianos vive, más cálidamente que en los textos de historia, en las páginas donde se han recogido los discursos y las cartas de Bolívar. El Libertador es grande en la oratoria; pero, su estilo epistolar tiene un encanto indecible. Nada más sobrio y más elocuente a la vez. Estas cartas escritas con simple elegancia abogan mucho en favor del buen gusto y el personalismo de Bolívar. El epistolario político traduce energía, decisión, lealtad, aparte del indudable genio militar que revelase y de la actividad asombrosa de que son testimonio. Se cuida hasta de los menores detalles y sostiene una correspondencia copiosísima, especialmente con Sucre su lugarteniente predilecto, al que dice con nobleza en una carta que es toda una lección de orgullosa generosidad:

"Usted créame, General, nadie ama la gloria de usted tanto como yo. Jamás un jefe ha tributado más gloria a un subalterno. Ahora mismo se está imprimiendo una relación de la vida de usted, hecha por mí; cumpliendo con mi conciencia le doy a usted cuanto merece. Esto lo digo para que vea que soy justo; desapruebo mucho lo que no me parece bien, al mismo tiempo que admiro lo que es sublime".

Y en esta relación de la vida del gallardo general, Bolívar termina la preciosa biografía con estas frases que le señalan escritor de raza:

"El general Sucre es el Padre de Ayacucho: es el redentor de los hijos del Sol. La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco Cápac y contemplando las cadenas del Perú rotas por su espada".

Las imágenes tienen tal plasticidad que uno se representa vivo ante los ojos el grandioso monumento que el Perú de hoy debe al gran capitán y que la imaginación ardiente del Libertador concibió para que un escultor potente lo realizara en el porvenir.

Las cartas íntimas de Bolívar denuncian el fondo romántico y visionario del apasionado lector de Juan Jacobo Rousseau y Chateaubriand. Pero Bolívar fue un hombre de extraordinario buen gusto y de una innata elegancia. Ni su naturaleza enfática, ni la influencia de sus autores predilectos, ni el amaneramiento literario de la época, le hacen caer en excesos de ninguna clase, ni lo llevan jamás a la ridícula situación de la gente que quiere lucir en su correspondencia sabiduría. Nada más inelegante que una carta

con grandes tiradas poéticas y grandes párrafos pretenciosos. La carta, conversación en ausencia y en distancia, constituye quizá uno de los géneros literarios más difíciles de cultivar. Para no caer en lo anodino, o lo difuso; para no ser empalagoso, ni seco; para mantener el interés y el encanto, ¡qué instinto de la medida, qué dominio de sus propias facultades hay que poseer! Por eso Bolívar merece que se le tenga por un verdadero escritor. Poder librarse de la forzosa grandilocuencia de su cálida oratoria, de la teatralidad inevitable de su dramática situación, de la pomposa forma literaria en boga y dejarnos estos libros claros desde los cuales aún parece estar él dialogando con sus generales y sus amigos, y hacer que esas cartas, además de su valor histórico, constituyan una lectura de interés permanente por lo que tienen de humana y admirablemente escritas, es tan extraordinario que solo un genio múltiple como el de Bolívar es capaz de haberlo realizado. ¿Qué copiosa biografía nos puede ofrecer un panorama más exacto de su vida y de los acontecimientos que lo rodearon que este epistolario al cual él ha trasmitido sus sueños, sus dudas, sus esperanzas, sus luchas, el orgullo del triunfo, la amargura de la decadencia de su astro y cuanto había en él de ejecutivo, de apasionado y de vidente? Bolívar, desglosado del libertador y constructor de pueblos, tiene lo mismo una personalidad vigorosa e independiente. Si no hubiera sido la enorme figura heroica que fue, si estas cartas no tuvieran relación con ningún acontecimiento grande, como tienen, hubieran pasado a la historia como las de Madame de Sevigné, por su sobria elegancia y su hondo interés humano. Pero a esto hay que agregarle el riquísimo valor documentario que poseen. Existe una carta fechada en Jamaica el año 1815 que parece escrita por un profeta. De tal modo había él penetrado en los sucesos de la época y pulsado la situación de los pueblos de América, que en ella se predicen hechos luego cumplidos fatalmente, como la tiranía rosista en la Argentina. Los discursos de Bolívar son, en cambio, relampagueantes de imágenes felices. Solo su discurso en el célebre Congreso de Angostura, "maravilloso de maestría", tiene un corte sobrio y severo como si el padre de aquella república colombiana que iba a crearse bajo sus auspicios, hubiera considerado más propio de su dignidad patricia la grave contención de su verbo, en lugar del habitual desborde de su elocuencia.

Para Bolívar la guerra nunca fue la abolición del estudioso. Voltaire, Montesquieu, los clásicos griegos y latinos que él leía en francés, Rousseau y Homero, formaron siempre parte de su bagaje. Olmedo, autor de aquella célebre oda a Junín, que Bolívar criticó con tanta sagacidad y fino gusto artístico, asegura que si el Libertador se hubiera dedicado a la poesía habría excedido a Píndaro. Pero de él no queda más que una estrofa dedicada al padre de Gabriel Picón, el héroe adolescente, y que no tiene ningún valor poético, aunque traduce bien a las claras su entusiasmo ante todos los hechos que estuvieran revestidos de épica grandeza.

Alguien, creo que el brasileño José Veríssimo, llamó al general Bolívar "Profesor de energía". Y este nombre sienta a maravilla a quien como él tuvo que luchar contra todas las contrariedades que inevitablemente se desencadenan ante empresas como la suya y hombres de su talla. Un puño de hierro era necesario para dirigir los acontecimientos y evitar todo desplante anárquico. Ahí está el fusilamiento de Piar, el bravo descontento, como una prueba de esa necesaria y terrible energía. Bolívar poseyó, además, un dinamismo pocas veces igualado y tal conocimiento del corazón humano, tal flexibilidad de espíritu, que aquel hombre que brilló en los más aristocráticos salones de las cortes europeas, aquel amigo de Humboldt y de Bonpland, pudo convivir con sus llaneros y ser el ídolo de un ejército semibárbaro, casi todo formado por indios y mestizos analfabetos.

El general Bolívar tiene su símbolo en las montañas más altas del continente que hizo autónomo. Se llama el "Libertador", pero también puede llamarse "El Enorgullecedor". Porque cuando un pueblo comprueba que puede culminar en un ejemplar semejante, una gran altivez le cuaja en la entraña y una completa fe en su destino le da ese aplomo que solo tiene el que se siente señor de sí mismo.

Además, Hispanoamérica es Bolívar. Y nunca podrá tener un nombre más claro y más grande, que cuando se la llame con nombre de su libertador total. Porque si de hecho el héroe de Venezuela independizó a cinco países, no hubo uno solo en el continente que no sintiera su influencia, y la eman-

cipación de cada uno emanó, en una u otra forma, de su ejemplo o de su fuerza. Y ahora, además, le estamos quizá debiendo esta libertad ideológica que ya se inicia y que nos viene tal vez de aquel sueño de la confederación americana de Bolívar.

No es posible, siendo mujer, comentar al héroe de Venezuela solo en sus aspectos de guerrero y orador. Posee, además, otra arista brillante que ilumina de simpatía a toda su compleja personalidad. Y es esta su faz de hombre de mundo, galante por naturaleza y por naturaleza también vehemente en sus afectos. Tiene un dulce y melancólico encanto el desgraciado romance de amor con aquella endeble y graciosa María Teresa del Toro, cuya muerte fue tal vez el origen secreto de su gloria.

Otra mujer comparte con la esposa tempranamente perdida el orgullo de haber sido amada por Bolívar. Es Manuelita Sáenz, la hermosísima quiteña que tuvo por él un culto permanente y que fue quizá la única mujer, después de María Teresa, a quien el héroe quiso de veras. Manuelita, llamada por él "la amable loca", poseía un carácter resuelto y apasionado que más de una vez puso en graves aprietos a Bolívar. Casada con un médico inglés, Mister Thorne, dejó familia, posición social, conveniencias y consideraciones por seguir al gallardo general, cuya vida salvó en aquella trágica noche de septiembre, en que un grupo de conjurados intentó asesinarle en su propia habitación. Por esto Bolívar la llamó a su vez "La Libertadora". Y ella está en la historia de América, junto a su inmortal amante, como si fuera una preciosa flor del trópico prendida sobre la casaca de gala del Libertador.

JAIME TORRES BODET

Yo he combatido por la libertad y por la gloria; de consiguiente, juzgarme de tirano y con ignominia, es el complemento de la pena.

Soldado por necesidad y por inclinación, mi destino está señalado en un campo o en cuarteles. El bufete es para mí un lugar de suplicio.

Bolívar

CON BOLÍVAR HASTA BOLÍVAR, O EL PATRIOTISMO DE UN CONTINENTE*

CUANDO SE PIENSA en las circunstancias que rodearon, cual las hadas pretéritas de los cuentos, la cuna del protagonista inmortal de América, se recibe la sensación de que los augurios depositados sobre esa cuna solo anunciaban en realidad, una cosa cierta: la vida que ahí empezaba no tendría paz.

Evoquemos las circunstancias a que he aludido.

Por una parte, en lo familiar, un hogar donde la riqueza aseguraba la tradición y permitía el esparcimiento de la cultura; pero que, por la audacia con que la época se gozaba en modificar los canales de la cultura, inducía a alterar esa tradición.

Por otra parte, en lo nacional, una incertidumbre anterior al advenimiento político del Estado; un país que ignoraba su esencia como país y, encerrado en los muros de la Colonia, miraba en la ley extranjera una imposición, en la educación un automatismo de servidumbres, en sus recursos la fuente de sus temores, y en su pueblo el tormento de una conciencia que anhelaba poner en orden lo que esperaba y lo que sufría.

Finalmente (y ya en dominios que no sé si calificar de intencionales, pues la palabra "intencional" no tenía entonces el valor que nosotros le atri-

* *Grandes páginas bolivarianas*, Caracas, Casuz Ediciones, 1974, pp. 247-251.

buimos) un conjunto de masas, África, Asia, más perfiladas que definidas por el resplandor de los rayos que desde Europa atravesaban el cielo de un pensamiento del que iba a surgir la Revolución.

CORAZÓN DE UN CONTINENTE

Un niño nacido, como Bolívar, el 24 de julio de 1783, podría crecer inclinado hacia el sol de las monarquías desfallecientes. Seguir la causa del señorío crepuscular que, con la sangre, le transmitían sus precursores. O buscar, al contrario, en su propia fuerza, el sentido futuro de la república. Encontrar, en su propio dolor, el dolor del pueblo. Romper la estructura social que le proponía continuidad, conformismo y calma. Vencerse solo. Seguro entonces de su aptitud, vencer después a sus adversarios, de doctrina o de carne y hueso. Descubrir, en su alma, la voz de América. Sentir, dentro de su pecho, el corazón desnudo de un continente. Dar a ese continente un destino humano. Y saber que el destino de un nuevo mundo no puede ser sino el de ofrecerse a la libertad.

Ese –el más duro y el más glorioso– fue el camino magnífico de Bolívar. Camino que, de su América a nuestra América, hubo de conducirle por muchas patrias; camino que lo llevó a Roma como discípulo de Plutarco, a Londres como gestor de la independencia, a Kingston como profeta del hemisferio, a Angostura, como legislador, a Boyacá como gran soldado, a Bogotá como presidente y, por fin, cierto día, hasta Santa Marta, como espectador de su propia muerte, poeta de su agonía, y filósofo trágico de sí mismo.

A través de ciudades y de llanuras, entre volcanes y sobre riscos, aquel camino tomó la cordillera por pedestal, fustigó las tinieblas como un relámpago y, tras de despertar en mil partes mil voluntades, cesó de pronto, sin concluir. Porque no podemos afirmar que haya concluido una ruta que todavía estamos abriendo para llegar, con Bolívar, hasta Bolívar.

PRESENCIA DE BOLÍVAR

La sola enumeración de los sitios que visitó y las múltiples condiciones en que tuvo que visitarlos, nos revelan muy claramente la diversidad varonil

de sus cualidades y la noble abundancia de sus presencias. Presencia, en México y en España, de viajero sentimental. Presencia del candidato a marqués en los salones de Carlos IV. Presencia de investigador de tormentas en el París inquietante del Primer Cónsul. Presencia de diplomático ante el Gabinete británico de 1810. Presencia de vencedor hasta en los desastres. Y, en las victorias, presencia de desdeñoso de la victoria.

¿Qué virtudes americanas no exaltaron el ánimo de Bolívar? ¿Y qué alturas, de las que puede codiciar un americano, no acometió con brío su intrepidez?

Orador, militar, político y estadista, fue al par que Don Juan de la Libertad, uno de sus mártires más ilustres. Porque, siendo su vocación, la libertad resultó su culto, su fe, su dogma. Y él, que la respetaba como un precepto, la difundió entre las sombras como una aurora y la anunció, entre los odios, como un perdón.

¡Bolívar, progenitor! Y no me refiero exclusivamente a esas hijas dilectas de su osadía, las naciones que arrancó de la esclavitud con la espada o con la palabra. Porque, en sus labios, la palabra fulgía como una espada y, en sus manos, la espada se estremecía con el ardor de una imprecación. Me refiero, también, a esos otros pueblos que, por remotos, no recibieron de él la existencia misma; pero, a falta de paternidad que se lega en la sangre de las batallas o en la tinta de las constituciones, reconocen la paternidad de su ejemplo en la persistencia y lo adoptan como su guía, a él para quien América –toda América– fue una sola pasión y un igual deber.

El hombre al que hubiera podido satisfacer el ser padre de patrias, sufrió de serlo. Le ufanaban los estandartes que repartía; pero le angustiaban las posibles rivalidades de esas banderas. Y, tras de dar libertad a muchas repúblicas, comprendió que la dicha de esas repúblicas nunca se lograría sino merced a la asociación dentro del derecho, en la armonía de la justicia y por los beneficios recíprocos de la unión.

UNIDAD EN LA LIBERTAD

Esto fue lo que, desde su muerte, nos empeñamos en llamar "el sueño de Bolívar". En nuestros afanes por obtener, cada país por su propio esfuerzo,

la independencia, la vida y el bienestar, ¡qué lejos estábamos de advertir la posibilidad material de sus concepciones!

Utopía, sueño, quimera. Durante un siglo, esos fueron los nombres que mereció para muchos políticos realistas la unión de nuestras repúblicas; porque, mientras cualquier cacique se asegurara un altar de vergüenza en la cobardía de los esclavos, el paladín de los triunfos y las desgracias, el que llegó a compararse con Don Quijote en la cima desierta de su amargura, no podía arrancar al criterio práctico sino, a lo sumo, el reconocimiento –¿indulgente?– de su capacidad como soñador.

Superando el escepticismo que muchos experimentan ante los poderes del espíritu, hemos aprendido por fin –¡a costa de cuántos sacrificios!– que la derrota no es, a menudo, sino la máscara que protege los rasgos de la victoria y que, entre la aptitud creadora y el entusiasmo no existe más diferencia que aquella que separa, en el litoral del espejo, a la figura y a la imagen. Hemos aprendido que Bolívar, según lo señala Waldo Frank, "aun en su fracaso es el símbolo de la posible victoria de una nueva cultura humana". Y hemos aprendido que, en América, su sueño significa el más positivo factor de todo intento de construcción.

"Lo mismo que a Colón –dice el escritor norteamericano– a Bolívar le faltaba la herramienta para realizar su proyecto". Así fue. Y así debió ser. Porque la síntesis de su genio no podía, contra la duración de su sola existencia endeble, completar una empresa que requería convertirse en paciente fruto de abnegación, madurado por muchas generaciones.

Paso a paso, nuestras repúblicas hubieron de inventar los útiles adecuados para la fábrica que Bolívar, en un solo destello de inspiración, concibió en sus líneas fundamentales. La vida de relación en el continente no tiene, desde entonces, mayor sentido. Y los instrumentos jurídicos, políticos y económicos que hemos ido allegando a partir de la fundación de la "Unión Internacional de las Repúblicas Americanas", ¿qué otra cosa son sino la herramienta que nos permite labrar ahora, en la realidad de los hechos, las iniciativas del Libertador?

Suyo fue, suyo será siempre, el sentimiento inicial a cuyo calor lograron desarrollarse los ideales del estadista. Y de él, siempre de él, serán los principios que descubrió en la profundidad de ese patriotismo que fue tan suyo: el patriotismo de un continente.

Oigámoslos con recogimiento, porque –antes y ahora y después– en ellos está el origen de la solidaridad de nuestras repúblicas:

"El Nuevo Mundo se constituiría en naciones independientes, ligadas todas por una ley común, que fijase sus relaciones exteriores y les ofreciese el poder conservador en un congreso general y permanente".

"El orden interno se conservaría intacto entre los diferentes Estados y dentro de cada uno de ellos".

"Un equilibrio perfecto se establecería en este verdadero nuevo orden de cosas".

"La fuerza de todos concurriría al auxilio del que sufriese por parte del enemigo externo o de las facciones anárquicas".

"Ninguno sería débil respecto al otro: ninguno sería más fuerte".

Mientras no alcancemos aquellas metas, dentro del patriotismo continental que, como una llama, le encendió para consumirle y le consumió por la misma razón que le iluminó, la obra de Bolívar seguirá entre nosotros como un testigo: acusándonos, si la interrumpimos, estimulándonos a perfeccionarla y aguardando el término que le demos con el trabajo de nuestras manos, con la honradez de nuestras mentes y con la persuasión de nuestra verdad.

LA CARTA ORGÁNICA DE AMÉRICA

Afortunadamente, asociadas por el esfuerzo de la ascensión, las repúblicas americanas avizoran ya, en la distancia, la inmensidad de la tierra prometida. Aquella que, si saben mantenerse fieles a su esperanza, será su tierra. La que el presentimiento bolivariano les destinó a fin de que, amándola y fecundándola, extrajeran de ella el caudal de una vida nueva, para una nueva humanidad, en un mundo nuevo.

Hemos de dejar atrás los recelos, los egoísmos y los rencores. Y sin tardanza, hemos de establecer, con respeto absoluto para la libertad de cada país, los últimos peldaños del entendimiento continental.

La Carta Orgánica de América –que, a iniciativa de México, considerada con el espíritu más generoso por la totalidad de nuestras naciones, se ha de escribir en Bogotá–, marcará el principio de una era en la que todos

nuestros pueblos fortalecidos por la cooperación política, económica, social y cultural, propugnarán un ideal todavía más elevado: el de la paz permanente en una convivencia redimida de la enfermedad y de la miseria, del temor y de la ignorancia. Porque si, durante un siglo, nuestro fin ha sido la unidad de América, el fin de la unidad de América no puede ser otro que el bien y la dignidad del hombre, del hombre al servicio del mundo, en un mundo al servicio del hombre.

Así lo pensó él, el batallador representado por esa estatua; el que, desde todas las estatuas que le ha ofrecido el fervor de los pueblos de América, muere cien veces cada día para descender hasta el hombre que le contempla y que, a lo largo de las aceras, busca refugio en los huecos oscuros de la ciudad. Y así lo piensa, también, el hombre de la calle, el que desde abajo lucha por sostenerlo, a fin de poder algún día subir hasta su grandeza, entrar dentro de su bronce y vivir y triunfar con él.

A propósito del héroe que celebramos decía Rodó: "Falta que subamos nosotros y que sobre nuestros hombros descuelle, junto a aquellas figuras universales que solo parecen más altas porque están más altos que los nuestros los hombros de los pueblos que las levantan". Y, adivinando acaso nuestro momento, añadía el autor de *Ariel*: "Se acerca la plenitud de nuestros destinos y, con ella, la hora en que toda la verdad de Bolívar rebose sobre el mundo".

El mundo sangra –es cierto– por todas sus heridas, teme con todos los temores, llora con todas las lágrimas. Pero la conciencia de América está despierta. Y la luz de Bolívar rebosa sobre nosotros como la promesa –inefable– de un día mejor.

MARIO BRICEÑO IRAGORRY

A Enrique Planchart

PREPARATORIO PARA LAS POMPAS DE BOLÍVAR*. EVOCACIÓN DE 1842

LA GUAIRA. Mañana del 20 de junio de 1842. Un aire bonancible hincha las velas de la barca francesa Hermine, que desde el 16 espera vientos propicios para enrumbar la prora hacia la vieja Europa. Son las diez en el reloj de a bordo y el capitán Bignon, con su áspera voz de lobo marino, ordena levar la vieja ancla que conoce los secretos de tantas radas. A bordo de la barca van dieciocho pasajeros. Casi todos han bajado de la capital y, si bien hicieron sobre finas bestias la antigua vía del puerto, con preferencia a la carretera recién abierta, han tenido, en cambio, momentos de verdadera angustia a través del descuidado camino, acaso hoy en peores condiciones de las que Humboldt hallara cuando lo anduvo a principios del siglo. De los viajeros nos son conocidos varios. Va Guillermo Michelena, el que será egregio cirujano, de vida inquieta y tormentosa, cuya ciencia ejercerá con igual lustre en Caracas, en Nueva York, en La Habana y en París. Viaja Rafael Urdaneta Vargas, Rafael Guillermo como lo llaman sus compañeros de la Academia Militar. Es el hijo mayor del ilustre veterano de Colombia, a la sazón en Guayana, encargado de pacificar los ánimos exaltados por el asesinato de Heres. Tiene Urdaneta diecinueve años y va a seguir estudios en la capital de Francia, adonde ha sido llamado por su deudo Enrique París. Va Alejandro Benitz, quien vino del Viejo Mundo el año pasado de 1841, con el fin de estudiar, en unión de Codazzi, la posibilidad de organizar una colonia de alemanes en las tierras del señor de Tovar. Acaso

* *Ensayos e investigaciones históricas I*, Caracas, Ediciones del Congreso de la República (Obras Completas, 5), 1990, pp. 345-391. Publicado originalmente en 1942.

sea el pasajero a quien hayan fastidiado más estos cuatro días de espera en el inhóspito puerto, donde los viajeros se han visto obligados a sufrir las estrecheces de la posada de Vallarino y a soportar estos calores de junio, dignos de una marmita de Papin. Con Monsieur Granère y Monsieur Borderie acaso comente, en forma nada favorable y al amparo de las extrañas lenguas que poseen, lo sucio del puerto y la vulgaridad de los estibadores. Sobre todo estos muelles que piden, no remiendos, sino una cabal sustitución, viejos de más de cien años, cuyas fundaciones fueron echadas por la Compañía Guipuzcoana para mejor aprovisionar aquellas primeras naves, con nombres de letanías, la San Ignacio, la Jesús y María, la San Joaquín, que vinieron a cargar el cacao de nuestros ricos terratenientes coloniales. Ha tomado la nave, en compañía de su gentil esposa, doña Dorotea Iver, el apreciable señor Mauri, jefe de activa casa de comercio de La Guaira. Don Juan José se dirige a París, y acaso vaya a su nativa España. Él tiene buenas relaciones con gente empingorotada de la Corte y aspira a ser nombrado cónsul de su patria en este puerto que denigran Benitz, Granère y Borderie, pero donde ya él echó raíces perdurables. Viaja también, y es pasajero a quien seguimos, nuestro viejo amigo el coronel Agustín Codazzi, quien lleva a Francia misión por demás grata.

El 41 estuvo el coronel en París, con el capitán Rafael María Baralt, el historiador Ramón Díaz y el dibujante Carmelo Fernández, en la empresa de editar el *Atlas monumental de Venezuela* y, aunque fracasó económicamente en aquella obra civilizadora, ahora lleva otra, también de positivo alcance cultural. Van con Benitz a organizar una expedición de alemanes de la Selva Negra que vengan a colonizar feraces tierras de la Cordillera de la Costa, y el Gobierno, que sabe del buen gusto y eficacia de Codazzi, le ha dado, además, un encargo de placentera ejecución.

La república ha dispuesto desagraviar la memoria de Bolívar, a quien antes de su muerte habían echado de Venezuela los políticos ingratos y ofuscados, por cuyos labios vociferaban aún los godos de Fernando VII. En su carta testamentaria, el Libertador, elevado una vez más sobre las humanas pasiones, dispuso que sus restos reposaran para siempre en tierra caraqueña, frente al monte milagroso que nutrió de esperanza su juventud alborozada. A Roma legó César el total de su fortuna. Él había buscado, con la gloria del mando, el sabor de las riquezas. Bolívar, en cambio,

sacrificó la suya para servir la causa de la libertad y, cuando quiere pagar a su ciudad natal lo que a ella debe por la cuna que prestó a su vida, solo tiene disponible sus despojos mortales. Es necesario ahora recibir el legado del Padre de la Patria con pompa digna de los antiguos emperadores. No en balde su figura en la historia supera las de Alejandro y Napoleón. Y se comisiona a Codazzi para que envíe de París los objetos destinados a que luzca con óptimo rumbo y majestad la ceremonia de la entrada de Bolívar muerto a la ciudad que lo maldijo vivo[1].

---

1. Las honras del Libertador fueron acordadas por decreto del Congreso y dispuestas sus líneas generales por el Ejecutivo, en 29 de abril y 12 de mayo de 1842. Léanse los decretos:
EL SENADO Y CÁMARA DE REPRESENTANTES DE LA REPÚBLICA DE VENEZUELA REUNIDOS EN CONGRESO;

Considerando:

1º Que los grandes hechos del Libertador Simón Bolívar, ilustre hijo y blasón de Caracas están ya consignados en la historia que lo reconoce como fundador de tres repúblicas, y el primer caudillo de la independencia sudamericana; y
2º Que a Venezuela asiste el precioso derecho de depositar sus restos venerandos; así como obliga el deber de tributarle un solemne homenaje de suma estimación y gratitud;

DECRETAN:

Artículo 1º Venezuela se honra de aclamar al Libertador Simón Bolívar con los títulos de honor y gloria decretados por Venezuela y Colombia.
Artículo 2º El Gobierno hará trasladar sus cenizas desde Santa Marta a esta capital, con el decoro propio y previa participación al Gobierno de la Nueva Granada.
Artículo 3º A su llegada se le harán los honores fúnebres de capitán general.
Artículo 4º Todos los empleados públicos de cualquiera clase y denominación que sean, llevarán luto por ocho días.
Artículo 5º Se celebrará un aniversario fúnebre en cada capital de provincia, y en aquel día llevarán luto todos sus empleados públicos.
Artículo 6º Sus ilustres cenizas serán depositadas en la santa iglesia metropolitana, y se levantará un modesto panteón que las contenga.
Artículo 7º La efigie del Libertador, será colocada distinguidamente en los salones del Congreso y del Poder Ejecutivo, para que en todas ocasiones recuerde sus grandes merecimientos.
Artículo 8º El Poder Ejecutivo queda encargado de reglamentar este decreto, y autorizado para hacer del tesoro público los gastos necesarios para su ejecución.
Dado en Caracas, a 29 de abril de 1842, año 13º de la ley y 32 de la Independencia. –El Presidente del Senado, *José Manuel de los Ríos.* –El Presidente de la Cámara de Representantes, *Francisco Díaz.* –El Secretario del Senado, *José R. Burguillos.* –El Secretario de la Cámara de Representantes, *Rafael Acevedo.*

Cinco días antes, el doctor Ángel Quintero, que ejerce la Secretaría de lo Interior, había comunicado a Codazzi la orden contra el Tesoro por los

Caracas a 30 de abril de 1842. –13 de la ley y 32 de la Independencia. –Ejecútese, *José A. Páez.* –Por S.E. el Presidente de la República. –El Secretario de Estado en los Despachos de lo Interior y Justicia. *–Ángel Quintero.*

JOSE ANTONIO PÁEZ

Presidente de la República de Venezuela, &, &, &.
En cumplimiento del decreto de 30 de abril del corriente año, sobre honores a la memoria del Libertador General Simón Bolívar,

DECRETO:

Artículo 1º El Gobierno de Venezuela excitará a los gobiernos de las repúblicas de la Nueva Granada y Ecuador para que nombren comisionados que concurran con los de Venezuela, a la exhumación de los restos del Libertador hasta embarcarlos en el buque que deba conducirlos al suelo patrio; y se pondrá de acuerdo con dichos gobiernos, respecto al ceremonial que deba practicarse en los actos de exhumación, traslación al puerto y embarque.
Artículo 2º Se fija el día 17 de diciembre de 1842 para la celebración del aniversario fúnebre, tanto en la capital de la república como en las demás capitales de provincia, y desde ese día hasta el 24 de diciembre inclusive llevarán luto todos los empleados públicos.
Artículo 3º Se nombran comisionados por parte de Venezuela, para concurrir a los actos de exhumación y traslación, a los señores general de división Francisco Rodríguez Toro, general de división Mariano Montilla y doctor José Vargas.
Artículo 4º Los comisionados saldrán del puerto de La Guaira en los primeros días del mes de noviembre próximo.
Artículo 5º Por la Secretaría de Guerra y Marina se expedirán las órdenes necesarias para preparar convenientemente uno de los buques de la marina nacional, a fin de que esté dispuesto a partir del puerto de La Guaira el 1º de noviembre próximo.
Artículo 6º Se mandará construir inmediatamente a Europa el monumento de que trata el artículo 6º del decreto de la materia, determinándose sus dimensiones.
Artículo 7º Por resoluciones separadas se dictará el programa de lo que deba practicarse desde la llegada de los preciosos restos al puerto de La Guaira, hasta su final colocación en el panteón.
Artículo 8º Los gobernadores de provincia, con excepción del de Caracas, formarán inmediatamente el programa de la función fúnebre en la respectiva capital, y el presupuesto de sus gastos, y remitirán oportunamente una y otra cosa al Poder Ejecutivo para su examen y aprobación.
Artículo 9º El Secretario de Estado en los Despachos de lo Interior y Justicia queda encargado de la ejecución del presente decreto.
Dado, firmado de mi mano y sellado con el sello del Poder Ejecutivo, y refrendado por el Secretario de Estado en los Despachos de lo Interior y Justicia, en Caracas a 12 de mayo de 1842, año 13 de la ley y 32 de la Independencia. *–José A. Páez.* –Por S.E. el Presidente de la República. *–Ángel Quintero.*

5.000 pesos que, taxativamente, deben invertirse en la compra y arreglo de los encargos, cuya lista tiene ahora en la mano el viajero. El coronel está a solas en su estrecho camarote, dedicado al arreglo de los numerosos papeles. Es larga la lista que contiene la resolución del Ejecutivo. Codazzi la lee de nuevo:

1.225	varas cuadradas de terciopelo de algodón para cubrir las columnas y colgar los arcos de la iglesia de San Francisco;
448	varas cuadradas de gasa negra para colgar dieciséis palcos;
104	varas de terciopelo de algodón para rodapié de los mismos;
112	varas de franja para adornos de las colgaduras;
240	varas de galón plateado para los pasamanos de los palcos;
64	borlas plateadas para los mismos. La perspectiva de un templete semicircular;
50	varas de terciopelo de algodón para colgarlos;
50	varas de franja para adornos;
10	lámparas doradas;
3	grandes lámparas sepulcrales;
1	tapete negro guarnecido de franjas plateadas;
5	estatuas doradas del tamaño natural;
1	urna dorada;
1	velo de gasa morada con abejas doradas;
1	gran arco triunfal pintado en tela;
24	pilastras con lámparas sepulcrales;
24	columnas con trofeos de armas;
200	banderas con lanzas;
1	carro con trofeos y alegorías para recibir y conducir las cenizas del Libertador[2].

2. Archivo Nacional, Secretaría de lo Interior y Justicia, t. CCLXXXIX, 1843, fol. 257-462. De esta misma pieza son la carta y razón que se insertan adelante. Bajo el rubro "Honores Fúnebres al Libertador" (año 1842), se conserva en la Sección Guerra y Marina del Archivo Nacional la documentación de aquella Secretaría referente a los preparativos para el traslado de los restos y honores militares correspondientes.

El viaje es, sobre angustioso, largo. El 8 de julio fondea la nave en Terranova, donde, a pesar de ser tiempo de verano, casi se emparaman entre dos bancos de hielo. De aquí enrumban francamente a Francia, a cuyas playas llegan el 1º de agosto, después de sufrir vientos tormentosos en el golfo de Gascuña, donde el tiempo perdido los puso en trance de pedir a una linda balandra inglesa auxilio de boca para seguir el viaje. Al divisar tierra, Urdaneta, amante de la historia, dice a Codazzi: "Coronel: si un primero de agosto Colón descubrió a Venezuela, en fecha igual yo descubro a Francia". Y mientras descienden de la barca, ríen los viajeros de la festiva ocurrencia del novel navegante. En Paulliac cambian de nave y, subiendo el Sena, surgen en París el día 2 a las diez de la mañana.

Esa misma tarde el coronel, que tiene baquía de la gran metrópoli, sale en busca de Cajigal, quien, según sus últimas noticias vive en el Nº 6 del Petit Bourbon. La portera, una vieja alsaciana que probablemente acaba de regañar con la patrona, ni siquiera le informa las señas de la nueva habitación del compatriota ilustre; mas, como es domingo y la gente está en los bulevares, atina a topar con Berthelot quien, después de los más efusivos saludos, le dice que Cajigal vive ahora en el Nº 11 del Boulevard des Capucines. Hacia allí dirige con premura sus pasos el viajero, y suerte que tiene de encontrar a nuestro sabio, así lo halle presa de uno de sus frecuentes delirios de grandeza. Cajigal, que planea una fantástica aventura, olvida al pronto la cita dada a su nueva amiga, la maravillosa Casandra, muchacha que, cansada de los engolados mocetines del bulevard, prefiere dar su amor a este raro y feo suramericano, que gasta vajilla con marcas de oro y mantelerías traídas de la China y en cuya cabeza arden los más extravagantes proyectos. Salen los amigos y bajo los tilos de las Tullerías, se dan a hablar de la lejana patria y hablan también de la mejor forma de realizar la comisión que a Codazzi ha dado Venezuela. El lunes siguiente se reúnen para ir juntos a la casa Séchan, Despleihin & Dieterle, pintores y decoradores de la Academia Real de Música, del Ministerio del Interior y de la Ville de Paris, quizá la mejor casa para el objeto. Mas, Codazzi no es de los que se atienen a segundas manos y así sea exigua la cantidad que le han adjudicado para remunerar su trabajo personal (300 pesos que ya ha pedido a Soublette que haga llegar hasta su familia en Valencia), irá a París en pos de economías

para el Estado. Su diligencia y artes logran que el presupuesto primitivo de los decoradores, que asciende a 25.623 francos, sea reducido a 18.493, lo que no empece para que se gaste, en orden al mayor decoro de la comisión, más de los 5.000 pesos de la tasa del Gobierno.

Por los primeros días de septiembre los encargos ya están casi concluidos. Los venezolanos residentes en París visitan a menudo los talleres de Séchan. Entre ellos, claro está, figura de primero el insigne Cajigal, a quien nadie supera en el consejo. El padre Alegría, llegado el 8 en busca de misioneros que prosigan la obra de evangelización de los indígenas, que detuvo la guerra de Independencia, ya ha hecho varias visitas al taller de los artistas, donde ha encontrado y platicado largo con ellos, a los generales Juan Pablo Montilla y Juan Pablo Ayala y al ministro Fortique, quien vino de Londres, en viaje para Holanda, adonde lo lleva la búsqueda de documentos que aseguren nuestros derechos en la cuestión Barima. Van también los Michelena y tantos venezolanos más como residen en París, todos interesados en el progreso de las obras para el homenaje al Padre de la Patria. También, y aunque español, ha ido a admirar las obras de Séchan el señor Mauri. Ya él siente el palpitar de la patria adoptiva, y, buen comerciante, ha tenido la idea de enviar a Caracas una litografía de Bolívar y negocia al efecto con los litógrafos e impresores Formentière y Cía., la impresión de una lámina, en ricos colores, con un retrato del tipo de Gil, que ha sido hecho por el pintor Maurin. Nada raro tiene que se presente, junto con los venezolanos y granadinos, el propio Florentino González, el del 25 de septiembre, entregado ahora a labores comerciales, y con él, su esposa, doña Bernardina Ibáñez, tan buena amiga de Bolívar y quien, con su arrobadora y permanente belleza, aún se distingue entre las mil hermosas que llenan los minutos parisinos. Va también a ver los arreglos de catafalco y carro el doctor Manuel María Mosquera, ministro de la Nueva Granada, gemelo con el arzobispo y hermano de don Tomás, quien "en la encarnizada y funesta lucha entre Bolívar y Santander se decidió con furor por el primero". Varias veces ha estado en la casa de Séchan el doctor Mosquera y con él su distinguidísima esposa, doña María Josefa Pombo O'Donell, a quienes acompaña siempre el joven Urdaneta, ufano porque sabe que el ilustre veterano que ya dio gloria suficiente al apellido va a ser designado

para mandar la tropa que hará los honores a Bolívar cuando regrese a su ciudad natal en este mismo carro que en París se arregla. Junto con Codazzi vive Urdaneta, en el modesto y limpio piso del Nº 16 de la Rue du Helder, y esta comunidad de relaciones hace que esté muy al tanto del progreso de las obras del Coronel.

Quiere Urdaneta ganar albricias con la nueva de lo hecho, y como sabe que nadie en Caracas tiene tanto interés como su padre en la glorificación del Libertador, se apresura a escribirle en 10 de septiembre lo siguiente:

"Del 1 al 5 del mes entrante saldrá de Burdeos un buque para La Guaira, y en él irán los encargos que hizo el Gobierno a Codazzi para la función de honores al Libertador; va un arco de triunfo pintado en tela, y el cual colocarán en el puente de la Trinidad; de un costado y otro tiene grupos alegóricos y los nombres de todas las batallas y en la parte interior, los nombres de todos los generales; va también un catafalco para colocarse en la iglesia: en la parte del frente están pintadas las cinco repúblicas en diferentes posiciones, todas tristes y llorosas por la muerte de su Libertador; en los otros costados hay también varias pinturas relativas al asunto; también va el carro en que deben conducir los restos desde el puerto hasta la iglesia; los caparazones para los caballos; un velo negro con estrellas plateadas para el caballo de batalla; todos los adornos necesarios para la iglesia; banderas, escudos de armas, lámparas de cartón que parecen de plata, candelabros, etc., todas cosas falsas pero que harán mucha apariencia. Codazzi ha hecho demasiado, pues no le dieron sino 5.000 pesos para todo esto. A mí me parece que el Gobierno ha estado muy mezquino en esto, pues con otros 5.000 pesos que hubieran querido gastar se habría hecho una cosa algo digna del objeto a que se dirige, pero allá hará mucha bulla lo que se manda de aquí, que ciertamente es mucho para los pocos reales que han dado, y después de la función saldrá un artículo en la *Gaceta* diciendo que todos los bordados del género negro que se manda para adornar la iglesia eran de oro, que las lámparas eran de plata, que las estrellas y lágrimas que hay en el terciopelo con que va cubierta la urna, también son de plata, y así harán creer, o creerán ellos, que han hecho un recibimiento magnífico; pero yo repito que todo esto me parece muy mezquino; por supuesto que esto solo a U.U. se lo digo, porque creo que romperá esta carta, pues si llegan a saber

en palacio que yo les critico sus preparativos para la función, son capaces de quitarme los 60. En fin, yo creo que la fiesta va a hacer mucha bulla en Caracas, porque por allá nunca han visto una cosa igual y porque lo que va de aquí hará una ilusión perfecta, pero no me parece nada digna del héroe a quien se dedica. Codazzi está haciendo litografiar por su cuenta la vista del arco del triunfo, la del carro y la del interior de la iglesia y la de una parte del convoy fúnebre; aquí hemos calculado poco más o menos el orden que seguirá la procesión, así es que en la litografía del convoy hemos hecho poner el caballo de batalla, los tres comisionados, el carro fúnebre, otro carro en que irán trece niñas representando las trece provincias y regando flores, varios piquetes de milicianos (que por cierto que se han reído mucho aquí al ver el uniforme de nuestra milicia), otro piquete de alumnos de la Academia con Meneses mandándolos y muchos grupos de gente a pie y a caballo. Esto no es más que una pequeña parte del convoy porque lo demás no se puede ver porque la plancha es pequeña"[3].

Urdaneta tiene razón para desear que fuera mejor todo esto que Codazzi está haciendo preparar. Se trata de honrar al Padre de la Patria. Se trata del recibimiento que Caracas ha de hacer a unas reliquias casi sagradas. Se trata, en fin, de reparar en parte el delito de 1830. Nada es suficiente a satisfacer los sentimientos de un patriota, menos para dejar complacidos los del hijo de Urdaneta. Apenas nueve años tenía él cuando fue echado su padre de la Nueva Granada por su adhesión a Bolívar y a Colombia, y, como no pudieron entrar tampoco a Venezuela, donde eran mal mirados los amigos del Padre de la Patria, hubieron de vivir en Curazao la dura vida del proscrito, y allí, en la isla estéril, sin amigos ni recursos, haciendo peines, ayudó el niño a sostener la larga y desamparada familia. Quien en Bogotá había montado a horcajadas sobre las piernas de Bolívar y quien había sufrido por su causa el ostracismo en los tiernos años de la infancia, sentía como algo suyo la glorificación del héroe. Mas, en una segunda carta al general Urdaneta, fechada en 28 de septiembre, rectifica su primera impresión y dice: "Confieso que después que he visto todo concluido, me ha

3. Mario Briceño Iragorry, "Papeles de Rafael Urdaneta el joven" (inédito). (*Cfr. Estudios biográficos*, Caracas, Ediciones del Congreso de la República (Obras Completas, 2), pp. 45-334).

parecido mucho mejor de lo que pensaba y dije a U.U. en mi anterior y todo el mundo se ha admirado aquí de que con tan pocos reales se haya hecho una cosa semejante. En el *Journal des Débats* ha salido un artículo en que se habla de esto".

En el paquebot que trae la carta de Urdaneta, viaja de regreso al país el padre Alegría, a quien Codazzi encomienda la nota oficial que se transcribe y, con ella, los dibujos que ha hecho del interior de la iglesia de San Francisco, del arco de triunfo y del convoy. Los dibujos han sido arreglados imaginativamente, bajo la dirección de Codazzi, con posible ayuda de Cajigal, por F. Lehnert, en los talleres de Thierry Frères, donde el año anterior se hicieron los del *Atlas* y los de la Historia de Baralt y Díaz. Los dibujos, a pesar de ser como una guía para la apoteosis de diciembre, llegarán con el tiempo a mirarse como relatos gráficos de los sucesos y, sin que nada haya tenido que hacer con ellos Carmelo Fernández; en las *Memorias* de este se harán figurar como obra suya, en razón, acaso, de haberle encomendado el Gobierno los dibujos del embarco de los restos en Santa Marta y de haber hecho, con ocasión de los actos apoteósicos, croquis y diseños cuya mayoría ignoramos dónde están[4].

Es largo el memorial de Codazzi para el Gobierno. Más que una relación de los trabajos hechos, es como el programa de la gran jornada cívica de diciembre. Tal importancia da el coronel a su misiva, que no le arredran los doce folios, en menuda letra, que ha gastado en ella, y la vuelve a escribir de su propia mano, para enviar por otra vía la duplicata.

En la Secretaría de lo Interior es recibido el mensaje con fervoroso júbilo. El secretario Quintero lo pasa al oficial mayor para que lo lea en voz alta, pues a él le cuesta un poco entender esta letra tan revesada de Codazzi

4. En su interesante trabajo "Un olvidado artista y militar venezolano", nuestro distinguido colega, el sabio cuanto modesto historiador, Héctor García Chuecos, refiere el envío que se hizo a Fermín Toro de los veintidós dibujos remitidos a la Secretaría de lo Interior por el dibujante Fernández, a fin de que los utilizara en la reseña de los actos de diciembre. La reseña apareció sin los dibujos, mas la divulgación de estas noticias sirvió para que otras personas tomasen como de factura de Fernández los dibujos imaginados por Codazzi, y así se hicieron figurar en las propias *Memorias* de aquel. Es de advertir que el dibujo de Santa Marta, de Carmelo Fernández, que aparece en los *Recuerdos* de Simón Camacho, fue litografiado en Caracas. Los otros, como se dice en el cuerpo de este trabajo, lo fueron en París.

y, acaso, algo le moleste el mal labrado castellano del coronel. Y empieza lleno de curiosidad el señor Acevedo:

París, 18 de septiembre 1842. –Rue Helder, 16.

Señor Secretario del Interior y Justicia.
Señor:

Recibí el oficio de V.S. del 15 de junio hace 12 días y para contestarlo aprovecho de la ocasión del señor doctor Alegría que regresa al país, el cual le remitirá un ejemplar de la vista del interior de la iglesia, del arco de triunfo y del convoy.

Por ellos verá V.S. que he hecho todo lo posible para que la función sea digna de la nación venezolana y haga honor a su esclarecido Presidente.

He suprimido varias cosas de la primera idea formada en Caracas y he aumentado otras. Me he servido de buenas telas negras en lugar de pana, pero también las he enriquecido con bordados estampados en plata y en oro de un efecto serio y lujoso al mismo tiempo. Lo que le puedo asegurar es que por la muerte del duque D'Orleans la iglesia no estaba tapizada con la elegancia de la nuestra y también con menor ornato y costó 200 mil francos: para que se convenza de eso, le envío una vista del interior de la iglesia en que se hizo la función para que pueda compararlo.

Aunque he hecho todo lo posible para que las cosas todas estén compuestas de un modo fácil para su colocación, sin embargo tantos son los detalles, que temía que hubiesen dado que hacer, sobre todo el carro y el catafalco, a causa de que están en piezas para facilitar el transporte en nuestros malos caminos. He pues pensado enviarle un buen carpintero, inteligente y curioso, que ha visto y desmontado todo, el cual desea establecerse en el país; y la contrata es así. Está obligado a montar y adornar el carro, levantar el arco de triunfo, tapizar la iglesia, armar el catafalco, formar allí las gradas de este y componer un carro para las niñas que deben representar las trece provincias regando flores delante del carro de Bolívar. Por todo he convenido 600 francos y el dinero que le doy aquí para su viaje será pagado por él y se le descontará de la cantidad expresada, bien entendido que el Gobierno le dará los materiales y los obreros necesarios para ayudarle en

la obra que durará cuando más quince días con dos o cuatro personas. Los materiales serán las tablas para las gradas, otras para el carro de las niñas, una carretica de las que hay en Caracas, un avantrén y además las maderas para el arco del triunfo.

He hecho hacer los caparazones para seis caballos, el velo para el caballo de batalla, los plumeros de los mismos, unas guirnaldas para las niñas, sus banderas doradas, unas flores para adorno de los camisones blancos y unas bandas de gasa morada que llevarán terciadas.

La india que va adelante del carro figurando *la America libre* será una niña que tendrá una bandera con este mote que le remitiré juntamente, unas plumas y un carcaj con su arco. Por último el adorno negro con bordados de plata que debe cubrir el carro de las niñas lo he hecho hacer también, procurando no omitir nada de lo que pueda influir en el lucimiento de la función; pero aún no sé de positivo el costo porque hay cosas imposibles a calcular de antemano, como la cantidad de cajas, su peso, el importe del transporte, etc., etc.; sin embargo yo creo estar en los límites y si hubiera pasado de un millar de francos será lo sumo. Esto sería nada tratándose de una cosa que aquí fue estimada en 80 mil francos y que solo a fuerza de trabajo llegué a poner la concurrencia y se redujo a 26 mil. Hice más, encargué a un negociante la compra de las telas y pana y conseguí hacer lo demás por 16.000 francos, de manera que por todo aquí creo que será de 20.000 menos los retratos y me quedarán para los gastos de transporte, embalaje, y, 2.400 francos (ilegible).

Los retratos los hace un pintor célebre llamado Guerin a 1.500 f. cada uno pero aún no sé el costo de los tres marcos porque se deben hacer cinco moldes para las armas de cinco repúblicas.

Se han suprimido las estatuas de cartón porque no había tiempo para hacerlas, a causa de que se debían formar los moldes a propósito para cada una y estos solamente requerían casi un mes, además que su costo era muy superior a causa de los mismos moldes.

También he suprimido los candelabros de las calles porque habrían servido de estorbo y su costo era grande: estos podrán ser reemplazados por los arcos de verdura que pueden construir los habitantes con palmas, banderas, etc., etc.

Todo el esqueleto de madera del carro y del catafalco sería mejor hacerlo conducir con bueyes sobre una zorra hasta Caracas para menor gasto.

Ya todo está concluido y embalándose; pasado mañana no habrá nada aquí y todo estará para los carros (ilegible) en marcha para Burdeos en donde llegará a fines del corriente.

El buque saldrá el 3 del entrante de manera que estará a tiempo en La Guaira.

He tomado informes también acerca del modo de conducir la función y es con arreglo a ellos que están estampadas las láminas y me atrevo hacer las indicaciones sobre la materia.

El rey recibió a Napoleón en la iglesia de los Inválidos en donde estaba toda la corte, el cuerpo diplomático, el instituto y altos funcionarios. El *Maire* de París fue a recibirlo en el Arco del Triunfo: y bien el señor gobernador con el concejo municipal llenará esa función y se situará después detrás del carro. Los marinos que lo han traído a La Guaira estarán al lado de este carro y también los alumnos que le han servido de escolta. Delante del carro irá el sacerdote que fue en busca de las cenizas con un pequeño acompañamiento. (El cura que fue a buscar a Napoleón iba con dos clérigos en un coche).

Delante de los clérigos marchará el carro de las trece provincias que regarán flores por donde debe pasar el convoy y delante de ellas estarán a caballo los tres comisionados precedidos por el caballo de batalla, que debe ser blanco con su silla y cubierto con un gran velo con estrellas de plata que yo envío. A los cuatro costados del carro se necesitan cuatro generales a caballo llevando los cordones. Un piquete de caballería con clarines podría romper la marcha, y venir en seguida todos los jóvenes de los colegios y de la universidad, ¿qué mejor acompañamiento se le puede dar al Libertador que las verdaderas esperanzas de la patria? Un piquete de tropa podría interponerse entre cada colegio si lo hubiera: los jóvenes podrían llevar por pelotones banderas e inscripciones análogas a la función. Una música debe preceder al caballo de batalla y atrás de ella un piquete de la academia.

Detrás del concejo municipal pueden tomar lugar las principales personas que, vestidas de luto, desean acompañar el carro, y con preferencia todos los antiguos militares, con uniforme o sin él, oficiales o tropas indistintamente; después seguirá un piquete de caballería y toda la infantería

posible con algunas piezas de campaña, si las hay, y cierra la marcha otro piquete de caballería.

Un gran número de milicia debe ser tendido en alas por la calle y a medida que el convoy haya pasado se reúnen en pelotones y desfilan progresivamente atrás de la infantería.

El carro está dispuesto de modo que por detrás hay una abertura para introducir el féretro tan luego como llegue de La Guaira: queda cubierta la puertecita con un hermoso trofeo dorado y grandes banderas: así que llegue frente a la iglesia se saca el féretro y puesto en una parihuela viene llevado por los marinos, seguidos siempre del concejo municipal y de las trece provincias que habrán descendido del carro. Estas podrían tomar asiento alrededor del catafalco.

Los comisionados precederán al féretro y avanzándose al Presidente (que estará en medio de los representantes de las dos repúblicas hermanas, acompañado de sus ministros, consejeros, cuerpo diplomático y altos funcionarios) darán cuenta de su misión, mientras que el arzobispo hará aquellas ceremonias de costumbre.

El féretro se pondrá debajo del catafalco por una abertura practicada por detrás y entonces los marinos saldrán a tomar lugar cerca de la entrada del templo.

El clero todo, la universidad y empleados pueden ocupar las partes laterales y después los antiguos militares y los jóvenes estudiantes completan la comitiva de la nave del medio.

En las dos de los costados estarán las personas que de antemano hubiesen tomado lugar por una papeleta tanto por abajo como por arriba en las tribunas, y sin eso sucedería una confusión en mi concepto irremediable.

Lo que desde aquí veo mal, es esa bendita pared de San Francisco que no hace nada, y debería echarse abajo porque de lo contrario quedará muy mal la parada de las niñas, los caballos de los comisionados, y el carro mismo de Bolívar.

Si de antemano no ponen guardias buenas en las calles para dejar libre de gente en lo posible un grande espacio cerca de la iglesia, será tanto el golpe de gente que querrá ver, que entraría primero el pueblo en masa antes

que las personas que deben estar, y entonces faltaría aquella dignidad que se requiere en la función.

Se me dispensará esta larga digresión y no se me atribuirá a otra cosa sino al deseo que tengo que la función sea lucida y haga honor a nuestro Gobierno.

Me figuro por supuesto que se dejará después por muchos días abierto el templo para que cada cual pueda ir a examinarlo a su gusto, porque le puedo asegurar desde ahora, que en Caracas nunca se habrá visto un aparato de iglesia semejante.

Lo concerniente al carro podría depositarse en la iglesia de La Trinidad o en el viejo cuartel que está allí cerca. No sé si el carro podrá armarse dentro de aquella iglesia o cuartel porque es muy grande como lo verán en la perspectiva. El arco debe armarse unos días antes. La iglesia también necesita varios días para ser bien dispuesta. El joven que va es inteligente, solo hay la dificultad de que no habla español, pero en Caracas no faltan obreros franceses de carpintería que le puedan ayudar, y estoy cierto que el Gobierno estará contento del precio módico que he contratado, así que vea lo que hay que hacer y lo compare con lo que gastó para amueblar su casa en que reside en la actualidad.

Se me había olvidado decirles que sobre las gradas delanteras del catafalco se debería poner sobre una almohada de terciopelo, la espada, el sombrero de Bolívar y las dos banderas de Pizarro.

Le será muy fácil mandar hacer la almohada que no he mandado por un olvido, y ya todo está embalado y el tiempo urge, sin embargo si puedo haré esfuerzo para enviarle una.

Con la más alta consideración y respeto soy de V.S. Atento servidor,

A. Codazzi

Alrededor del 18 de noviembre llega a La Guaira, con buen viento, la nave L'Aristide. En ella han sido embarcados en Burdeos, el 4 de octubre pasado, los 32 bultos que contienen los objetos encargados a Codazzi. Vienen consignados a Simón G. Gaspari, del comercio del puerto, quien se apresura a comunicar al Gobierno el feliz arribo de las deseadas prendas. En

dicha nave ha llegado también el obrero que Codazzi contrató en París para armar coche, catafalco y arco. Se llama Eduardo Leger y se le ha dado el encargo de abrir en la propia Guaira aquellas piezas que sea difícil traer enteras a Caracas. Los bultos se remitirán a la casa del general Arismendi, donde estuvo el Colegio de la Paz.

Codazzi es por demás cuidadoso y ha ordenado a los decoradores de París que envíen una relación explícita del contenido de las piezas. Con ella vienen dibujos de las cosas más importantes, para facilitar el arreglo definitivo. Leger tiene un tanto en francés de dicha relación, que ahora mira con atención para saber cuáles sean los bultos que necesariamente han de fraccionarse en La Guaira. Sudoroso, más molesto por falta de quien bien lo entienda que por lo ardiente del calor, quiere explicar a sus ayudantes lo que contiene cada bulto, y va diciendo al intérprete que le ha facilitado Gaspari:

RAZÓN DE LO QUE CONTIENE CADA BULTO

Nº 1 El frente del arco de triunfo. Lo de atrás. (En tela).

Nº 2 Los dos lados del arco de triunfo. El interior de la bóveda. (En tela).

Nº 3 Los dos grandes trofeos de los pilares de la entrada, del coro, cuatro trofeos pequeños de las columnas de la nave de la iglesia. Dos trípodes del catafalco.

Nº 4 Cuatro trofeos pequeños de las columnas de la nave de la iglesia. Cinco escudos de armas de las cinco repúblicas.

Nº 5 Una parte de las obras de carpintería del catafalco.

Nº 6 Resto de las obras de carpintería del catafalco.

Nº 7 Dos partes de la obra de carpintería dorada del carro que se colocan debajo de la parte superior que está cubierta de terciopelo.

Dos trípodes del catafalco.

Siete banderas que se colocan detrás del carro.

Seis banderas para las armas de Venezuela.

Cuatro banderas para las armas del Ecuador.

Cuatro banderas para las armas de la Nueva Granada.

Cuatro banderas para las armas de Bolivia.

Cinco coronas de siempreviva marcadas con la letra B.

Trece astas doradas con bolas para las banderas de las ninfas de las trece provincias.

Nº 8 Dos partes de la carpintería dorada del carro que se colocan debajo de la parte superior que está cubierta de terciopelo.

Treinta y dos banderas y treinta y dos crespones para los ocho trofeos de las columnas de la nave (cuatro para cada trofeo).

Doce banderas para los dos grandes trofeos de los pilares de la entrada del coro. (Hay tres diseños al margen).

Dos ropajes de terciopelo violado para los lados del carro bordados en oro, con galón y franja de oro.

Una cruz plateada sobrepuesta, que se coloca en la parte superior del carro.

Seis coronas de siempreviva que se colocan sobre la parte superior del catafalco.

Cuatro de ellas marcadas con la letra D y dos con la E.

Nº 9 Dos piezas de carpintería doradas que se colocan debajo de la parte inferior del carro cubierta de terciopelo.

Dos grandes coronas marcadas con la letra A que van en el carro sobre las partes de terciopelo violado.

Una parte de tela negra estampada en plata que forma el lado derecho del carro al entrar.

Cuatro banderas para las armas del Perú.

Sesenta y seis lanzas doradas en estampa por una faz para las partes siguientes, a saber:

Treinta y dos para las ocho columnas de la nave;

Seis para las armas de Venezuela;

Dieciséis para las armas de las otras cuatro repúblicas;

Doce para los pilares de la entrada del coro.

(Hay dos diseños).

Diez páteras estampadas, con garfios para colocarlos sobre la tela negra con adornos estampados en oro que forma el basamento del carro. Estas páteras deben colocarse por encima de cada palma.

Seis grandes páteras también estampadas con garfios que deben colocarse sosteniendo la parte de terciopelo violado del carro. Tres páteras en cada ropaje.

Dos páteras estampadas, con garfios para prender la guirnalda de laurel que será colocada por debajo de la ninfa que representa la América, y en cuya guirnalda se colocarán las cinco coronas de siempreviva.

Treinta y dos bandas (cravates) de crespón, a saber:

Seis para las armas de Venezuela;

Dieciséis para las de las otras cuatro repúblicas;

Doce para los dos grandes trofeos de los pilares de la entrada del coro.

Siete lanzas de madera doradas para las banderas del carro.

Nº 10 Trece banderas sin adornos para las ninfas.

Seis guirnaldas de siempreviva para la parte superior del catafalco. Cuatro marcadas con la letra F y dos con la G.

Dos guirnaldas mayores que van sobre la parte de terciopelo violado del carro.

Nº 11 Doce lámparas de cartón imitando piedra (cartón piedra) a saber:

Ocho para las columnas de la nave;

Cuatro para el coro de la iglesia, de cada lado del catafalco.

Nº 12 Un gran velo de crespón negro salpicado de estrellas de plata destinado para cubrir de nuevo la parte superior del carro.

Una gran parte del ropaje negro estampado en plata para formar las primeras tribunas a derecha e izquierda de la nave entre las columnas. (Esta parte tiene treinta y ocho metros y debe dividirse en ocho pedazos).

Una gran parte de ropaje negro estampado en plata, lambrequín para formar las segundas tribunas a derecha e izquierda de la nave entre las columnas. (Esta parte tiene treinta y ocho metros y debe dividirse en ocho pedazos).

Una parte de ropaje negro para cubrir el fondo del coro de la iglesia. En medio de esta parte se encuentra sobrepuesta una gran cruz de gasa plateada y acordonada.

Una gran parte de ropaje negro estampado en plata para cubrir la parte izquierda del coro al entrar.

Dos partes de ropaje negro con bordado estampado en plata para formar las dos cortinas a la entrada del coro de la iglesia. Van anexas a estas partes dos abrazaderas para recoger las cortinas.

Una gran parte de ropaje negro estampado en plata con guirnaldas de encina que se colocará por encima de las columnas de la derecha de la nave. La parte superior de dicho ropaje se asegurará por debajo de la balaustrada de la galería y la parte inferior bajará un poco más abajo de los collarines de las columnas. Las arquivoltas se cubrirán enteramente.

Una parte en todo igual a la anterior enfrente y a la izquierda de la nave.

Nº 13 Las pinturas en tela del carro compuestas de cuatro partes en las cuatro faces, y el pedazo que se destina para volver a cubrir la parte de carpintería en donde debe estar la ninfa que representa a la América.

Las pinturas del catafalco compuestas de cuatro partes.

Nº 14 Bastidores (*battir*) y largueros del carro.

Nº 15 El féretro del carro.

Nº 16 Las gualderas del carro, el travesaño del timón y las partes principales del herraje.

Nº 17 El resto de las gualderas del carro, los travesaños de la parte superior y seis trozos de madera de haya.

Nº 18 Setenta y siete astas doradas, a saber: Treinta y dos de dos metros, cincuenta centímetros, para los ocho trofeos de la nave a cuatro por trofeo;

Doce de tres metros para los dos grandes trofeos de los pilares de la entrada del coro, seis por trofeo. (Hay un diseño);

Seis de dos metros, cincuenta centímetros, para las armas de Venezuela;

Dieciséis de dos *id.* cincuenta *id.* para las armas de las otras cuatro repúblicas;

Tres de cuatro *id.* cincuenta *id.* para las grandes banderas del carro;

Cuatro de tres *id.* cincuenta *id.* para las banderas medianas del *id.*;

Cuatro de dos *id.* para los estandartes del carro;

Un asta plateada para la oriflama;

Un asta plateada de remuda.

Nº 19 El gran trofeo de cartón dorado que va detrás del carro. El carcaj y el arco de la ninfa que representa la América.

Nº 20 El tren del carro.

Nº 21 Una rueda del carro.

Nº 22 Otra *id.* de *id.*

Nº 23 Otra *id.* de *id.*

Nº 24 Otra *id.* de *id.*

Nº 25 El timón del carro.

Nº 26 Una pieza de cuerdas, tres piezas de colgaduras (*guindes*), cinco kilogramos de clavos para tachuelar los paños del arco, quinientos gramos de tachuelas para clavetear las banderas.

Los pernos del carro y del catafalco.

Nº 27 La oriflama de la entrada del coro.

Seis pedazos de tela negra para cubrir la entrada de la iglesia, a saber:

Dos pedazos de trece metros para la parte superior de ambos costados;

Dos pedazos de cuatro metros cuadrados para las columnas dobles;

Dos *id.* de cuatro metros de largo y uno de ancho para las columnas sencillas.

La gran parte de terciopelo negro del catafalco salpicada de lágrimas, coronas, cifras y palmas sobrepuestas en plata.

El gran crespón negro salpicado de estrellas de plata para el caballo de batalla.

Las partes desprendidas de terciopelo negro para volver a cubrir el féretro que va encima del carro. En este paquete se encuentran coronas con cifras para ser colocadas luego que las partes de terciopelo se hayan claveteado y también seis palmas, de las cuales dos se encontrarán en la caja que saldrá por la diligencia y que contiene las mantas de los caballos.

Doce pedazos para las columnas, medias columnas y pilares de la nave de la iglesia, a saber:

Ocho pedazos para las columnas enteras;

Dos para las medias columnas;

Dos para los pilares de la entrada del coro.

Un pedazo de quince metros de largo y dos de ancho de tela negra estampada en plata, con diez coronas con estrellas y diez palmas. Todo para

el basamento del carro de las ninfas. Como las dimensiones de este carro no son conocidas será preciso fijar las divisiones después que esté construido. Las coronas serán colocadas en el centro de cada división y las palmas sobre la línea que las separa.

El basamento del carro formado de un gran pedazo de tela negra estampada en oro con coronas y palmas.

Mil clavos dorados para clavar las banderas.

Once braserillos de hoja de lata muy pequeños, inútiles.

Cuatro estandartes para el carro.

Galón dorado por cuenta del gobierno.

Franja de plata con por *id.*

Cinco bellotas de hilo de plata para el oriflama.

Dos piezas de tela negra por cuenta del gobierno, y destinadas a servir de tapices sobre las gradas y escalones del catafalco.

Trece bandas de gasa violada adornadas con franjas de plata para las ninfas.

Once bandas de crespón negro para las banderas del carro.

Cuatro bellotas de hilo torcido para los dignatarios. Estas bellotas se colocarán en los ángulos y por debajo del féretro del carro.

(En una caja S.B. 28 hay los utensilios del carpintero y varias herramientas compradas por cuenta del gobierno).

Doce cadenas de lámparas.

Veintiséis metros de cordón para las banderas de las ninfas.

Seis cubos de lanza para las armas de Venezuela.

Sesenta *id. id.* para las banderas de la iglesia.

Trescientos clavos plateados para el féretro del carro.

Cinco lanzas doradas: cuatro para los estandartes y una para la bandera de la ninfa que representa la América.

Cuatro lanzas estampadas, sin destino, para en caso de accidente.

La cubierta del sitial de la ninfa América.

Nº 28 Cuatro mantas de terciopelo con bordaduras de plata para los caballos del carro fúnebre.

Dos mantas de tela negra estampadas en plata para el carro de las ninfas.

Dos palmas estampadas de plata en terciopelo negro para completar las seis que deben colocarse sobre la parte de terciopelo del sarcófago del carro.

El cojín de terciopelo violado para el sombrero, la espada y las condecoraciones de Bolívar.

La bandera rosada de seda con franja de oro para la ninfa América.

El crespón de dicha bandera, y terciopelo para volver a cubrir el asta.

Un cartón que contiene treinta y dos bellotas de oro, a saber:

Veintiséis para las banderas de las ninfas;

Dos para la bandera rosada de la ninfa América;

Cuatro para el cojín en que deben colocarse el sombrero, la espada y las condecoraciones de Bolívar.

Nota: para la bandera de la América y para el cojín será necesario escoger bellotas con cordones.

La guirnalda de laurel para la parte baja del carro.

Dos metros de cordón de plata para completar lo que falte a la oriflama.

Trece gallardetes para las banderas de las ninfas.

Nº 29 Una botella de hoja de lata que contiene el líquido o el combustible que debe arder en los braserillos y una botella de piedra que contiene otro líquido que convendrá mezclarlo con el de la botella de lata.

Ocho braserillos de cobre con tapas que tienen siete agujeros para colocar detrás de las trípodes.

Nota: se han hecho hacer ocho braserillos porque cada uno de ellos no durará más que dos horas, y en caso que la ceremonia durase tres, cuatro y cinco horas se podrán renovar los braserillos sin que sea necesario llenarlos en el mismo lugar, lo que expondría a que se prendiese fuego en el catafalco.

(Hay un diseño).

Cuando se observe que disminuyen las llamas de los braserillos se podrán encender los cuatro de remuda por detrás del catafalco y reemplazar a los que estuvieren próximos a apagarse.

Un paquete con cuarenta y ocho mechas para los cuarenta agujeritos de las tapas de los braserillos y ocho mechas más gruesas para los ocho agujeros grandes del centro.

Catorce braserillos pequeños de cobre llenos de cera blanca para las lámparas de la nave y del coro y catorce morteretes de cera para llenar los braserillos, luego que se haya gastado la cera puesta al principio.

Observaciones muy esenciales. Se recomienda poner mucho cuidado al hacer la mezcla de los licores contenidos en las botellas porque es un veneno muy sutil. Es preciso tener la precaución de lavarse las manos después de haber llenado y encendido los braserillos.

Nº 30 Una caja que contiene las plumas para los caballos del carro fúnebre y el traje para la ninfa América.

Nº 31 Las flores artificiales para los trajes de las ninfas, las coronas, la bandera para la ninfa América y mechas para el braserillo del trípode[5].

También ha enviado Gaspari la cuenta de gastos de mar, aduana y acarreo de los 32 bultos venidos bajo las señas gloriosas de S.B. Son como el propio equipaje del Padre de la Patria. Ya él como hombre no reclama nada, apenas un sitio en la tierra que, por suya, cree más leve. Y vaya en honra del Gobierno y de la seriedad administrativa de estos primeros años de república. El 2 de enero de 1843, la Secretaría de lo Interior ordena a la de Hacienda el pago a la Aduana de los 1.764,86 centavos a que alcanzó el aforo de los bultos dichos. ¡Ni el hecho de tratarse de objetos destinados al homenaje que la nación consagra a su Libertador es parte a darles libre tránsito por la contaduría de las aduanas!

Mas, si Codazzi salió rápido en el arreglo de los adornos cuya consecución se encomendara a su pericia, no así el artista a quien se dio el encargo de

5. En el original francés de esta relación se agregó, en papel muy fino, un diseño de las piezas contenidas en los bultos 8, 9, 18, 28 y 29, con el fin de explicar mejor el arreglo final.

pintar los tres retratos del Libertador destinados, uno al Ejecutivo, y los otros dos, a las Cámaras Legislativas[6]. Y el pintor es de los buenos. De no serlo, Cajigal, que es artista del color, no lo hubiera recomendado a Codazzi. Se trata de Paulino Guerin, a quien extraños méritos adornan. Un salto, ¡y qué salto!, había dado para pasar de su originaria profesión de cerrajero a esta luminosa de pintor. El tránsito lo efectuó en el taller del barón Gerard, donde le fue encomendado el modesto oficio de aparejador de lienzos. Pero, mientras borrajeaba fondos y hacía cosas insignificantes, preparaba en secreto la composición que le abrió los caminos del éxito. *Caín después de la muerte de Abel* fue para París el anuncio de que contaba con un nuevo gran pintor. El retrato es su fuerte y que lo diga su gran óleo de Lamennais. Fiel a las consignas de sus maestros Gerard y Vincent, no olvida las huellas del gran David, y en sus retratos más se acerca a la historia que a la novela.

Pero no es cosa hacedera pintar a Bolívar, así se tengan a la mano varios retratos del héroe y así se hayan leído descripciones múltiples de su figura inquietante. Se ha puesto al habla con el pintor más de una persona de las

6. Los retratos destinados a las Cámaras Legislativas fueron remitidos a ellas conforme la resolución que se copia: “Secretario de lo Interior. –Sección. –Caracas, noviembre 30 de 1843. –Resuelto: Digan a los señores Secretarios de las H.H. Cámara del Senado y de Representantes. –Para dejar cumplido el artículo 7º del Decreto de 30 de abril de 1842, dispuso el Gobierno se hicieran en París por un artista distinguido tres retratos del Libertador. Uno de dichos retratos ha sido colocado ya en el salón del Poder Ejecutivo; otro se ha enviado al señor Secretario de la H. Cámara hoy, y el otro lo dirijo a usía para que se sirva ponerlo a disposición de la H. Cámara de… Soy de usía &. –*J.M. Manrique.* –Nota: fecha *ut supra*. –Se dispone con el v. 494”.
El retrato que correspondió al Ejecutivo se conserva en el Salón Amarillo del Palacio de Relaciones Exteriores, mientras en la testera de ambas Cámaras lucen dos grandes retratos del mismo tipo Gil, calzados con la firma de Tovar y Tovar, con data de 1883. Manuel Segundo Sánchez en su estudio sobre iconografía bolivariana no dice nada de este óleo de Guerin. El óleo es sobre tela, de 2,24 x 1,38. El marco es dorado, fue dirigido por el propio autor y muestra en resalte los escudos de las cinco repúblicas libertadas por Bolívar. Según nos informa el conserje del Palacio Federal, señor don Juan B. Moreno, dicho cuadro estuvo en Relaciones Interiores hasta el año de 1921, época en que fue trasladado a la Cancillería con ocasión de la venida del príncipe Fernando María de Baviera y Borbón. En el Concejo de Caracas se conserva uno de los óleos del Congreso, el cual tiene una ligera variante en el piso y el fondo respecto al anteriormente descrito. Se nos informa que el otro retrato estuvo en la casa particular del general Guzmán Blanco.

que conocieron al Libertador, pero el artista no atina con las líneas que compendien la fisonomía de quien siempre estuvo de frente al infortunio y a la gloria. Un destino feliz ha hecho que llegue en estos días a París el coronel Belford Hinton Wilson, el edecán de quien Bolívar escribió que "algunas veces me parece tener en él un hijo". Por largo tiempo el coronel Wilson fue encargado de negocios de su gran país cerca del Gobierno del Perú. Y ahora está en París, "recién casado con un inglesita muy chiquita y flaquita, pero muy rica", según Urdaneta, en espera de seguir viaje a Venezuela, a donde se le envía con igual rango diplomático. Cajigal, que es secretario de nuestra legación en Londres, ha sido informado a tiempo de la llegada del ilustre amigo de Bolívar, y se apresura a buscarle en el elegante Hotel Maurice, frente a los jardines de Las Tullerías, donde se ha apeado el viajero, mas ya encuentra a Codazzi y a Urdaneta platicando con el antiguo edecán del Padre de la Patria.

—¡Si me sé de memoria a Bolívar! *Ever in my memory!* –exclama Wilson al ser informado de las dificultades del pintor–. No en balde el Libertador había enviado a su padre, el magnífico Sir Robert Wilson, uno de los famosos originales de Gil y le había dicho, además, que era retrato suyo "hecho en Lima con la más grande exactitud y semejanza". Al regresar a Londres, después de muerto Bolívar, en cuya agonía estuvo presente, el coronel halló el retrato en la casa solariega, en sitio digno, que correspondía a la severa expresión de gracias de Sir Robert: "El retrato de V.E. está en casa. Es el *paladium* de mi hogar". De él se hicieron copias en Londres, pero la mejor de todas la lleva en la memoria el coronel, quien al día siguiente ya ha dado con Guerin en su estudio de la Rue Mont Thabor. Y allí se instala Wilson hasta hacer que el artista logre la imagen deseada del visionario. Y el retrato resulta por eso casi un Gil, con un fondo exuberante de montañas en lugar del fondo frío de pared que luce el otro. Ahora Urdaneta puede escribir feliz a su ilustre padre: "Wilson lo ha sacado de dudas (al pintor), y hará una cosa muy buena, pues es uno de los más hábiles artistas de París y muchos cuadros suyos figuran en los palacios del Louvre, del Luxemburgo y de Versalles".

El retrato tiene dignidad heroica y ante él está seguro Wilson de que Bolívar no se hallaría parecido con Olaya, el viejo de la Mesa. Guerin, fiel a su escuela, se ha ceñido a los datos de la historia y transfiere a la fisonomía

de Bolívar toda la luz y todo el fuego de una expresión singularmente penetrante y llena de vida. Bien informado por Wilson de la muerte del héroe, intenta señalar los síntomas externos de la consunción que doblegó su vida, y no descuida, al trazar las piernas, poner en su anatomía la huella que imprimen las permanentes jornadas a caballo. Es un Bolívar de verdad. ¡Es un Bolívar!

Los retratos, de un precio por demás moderado (1.500 francos cada uno), no llegan a Caracas en la oportunidad de la apoteosis del 42. Han de esperar el siguiente año.

Ahora es un día caluroso de mayo. Cuesta arriba, jadeante, camina el mestizo Matías Torrero, dueño del arreo que carga cinco de las siete cajas, hace varios días llegadas a la consignación de Gaspari en la barca Clemencia. Ahí vienen los retratos de Bolívar, con sus grandes marcos. A lo mejor, el arriero ni sabe lo que traen las bestias. Si las cajas no fueran tan grandes y de tan poco peso, creería, tratándose de bultos para el Gobierno, que contienen armas para reforzar alguna guarnición. Él es del bajo pueblo y sabe que en el pueblo se agitan fuerzas a las que los hombres de arriba siempre tienen miedo. Su indiferencia le hace ignorar que las tardas acémilas que gobierna, conducen a Caracas tres grandes retratos del mejor amigo de los hombres.

A Bolívar también le son indiferentes muchas cosas e igual le resultan estos ardores de Torrequemada y la brisa acogedora de Las Vueltas, porque suspira el arriero. Ayer entró en Caracas sobre los hombros de los hombres. Ahora llega sobre los lomos de las bestias. Casi la misma cosa cuando el espíritu deja de iluminar las conciencias y de gobernar las naciones.

Cien años han pasado ya. Bolívar descansa en tierra propia. A la par, le hacen compañía los fieles amigos y los rabiosos enemigos[7]. A todos ha

7. El Gobierno de la República acaba de hacer inhumar en el Panteón Nacional las cenizas del egregio Codazzi. Es un acto de estricta justicia hacia la memoria de quien un siglo ha fue el mejor auxiliar del Gobierno en la realización de la apoteosis del Libertador. Pero aún reclama más de la gratitud nacional el recuerdo de este ilustre civilizador: empolvado, no se sabe dónde, se guarda el busto del prócer que en años pasados ocupaba justo sitio en la antigua plaza López. La capital ha de tener un puesto donde sea colocada permanentemente la figura del notable servidor.

igualado la muerte. Coronas por cientos se han depositado sobre su huesa: ellas, de flores traídas de los campos; ellas, de fingidas artes. Oraciones y panegíricos entusiastas han interrumpido un silencio que debiera ser sagrado. Se han deshojado las flores y han sonado a hueco las palabras. Y sobre el bronce de las ofrendas ha dormido el polvo indiferente. Sus retratos han presidido durante un siglo las deliberaciones de los Congresos y las determinaciones del Ejecutivo. Desde ellos ha visto impasible, en medio del rigor de las líneas pictóricas, cómo se han negado y se han violado sus ideales de Libertador y de repúblico. Acaso recuerde con frecuencia, ahora en una misma imagen, los hombres que soportaron sus cenizas y la recua que aguantó el peso de los retratos, y desde la aparente quietud a que parece reducida su figura, anhele con fervor, hermano de la fe de Pativilca, la hora feliz en que salgan a recibir su genio proscrito, espíritus alegres y de patriótico sentido en quienes pueda permanentemente grabar su imagen de artífice de la dignidad social. ¡Los tiempos son propicios!

Diciembre de 1942

ANDRÉS ELOY BLANCO

BOLÍVAR EN MÉXICO*

DESDE HACE MÁS de un siglo y medio, no se han separado ni un instante ese hombre que está allí sobre ese gran caballo, y ese hombre que está allí bajo ese gran sombrero. Y porque he venido aquí a hablar del primero en nombre del segundo; y porque relataros, siquiera en forma condensada, la vida entera de cualquiera de los dos, sería repetir lo que sabéis y gastar todo el sol de este gran día, quiero limitar mis palabras al comentario de las relaciones actuales entre el hombre del sombrero de palma y el hombre del caballo de bronce.

Primero he de recordar la entrañable identidad del hombre con el hombre; después, he de contaros la heroica relación del hombre con la estatua; y después os diré lo que le falta a las estatuas para llenar su función entre los hombres.

En la primera hora de la emancipación, el hombre del sombrero de palma no se ve, ni se llama, y apenas se le invoca de manera que él no lo escuche bien. Se trataba simplemente de un cambio de dominio, del traslado desde un señorío español a un señorío criollo, de la plenitud de los elementos, de las formas y de las relaciones de producción. Era una simple variación del coloniaje, un cambio de manos del control, una tropicalización del privilegio, una domesticación de la corona. La cultura filtrada de contrabando se servía en las buenas vajillas y no alcanzaba para las totumas. La revolución de Manuel Gual y José María España no tuvo apoyo, porque

* Discurso pronunciado en el acto de descubrimiento de la estatua del Libertador en el Paseo de la Reforma en México, D.F., el 24 de julio de 1946. *Bolívar en México*, México, D.F., Publicaciones de la Embajada de Venezuela, 1967, 15 p.

sabía a pueblo; la revolución de Miranda no tuvo ayuda, porque olía a Inglaterra. Y es Bolívar el primero en denunciar la ausencia de las masas productoras, cuando bautiza aquellos intentos de mudanza del dominio con el nombre de "tiranía doméstica". Y con Bolívar aparece el pueblo en la Revolución. Y al aparecer ambos, comienza el parecido. Parecido con el pueblo, semejanza con la tierra. Los que hayáis viajado en un avión sobre los Andes y los Llanos, de Caracas a Bolivia, habréis mirado, allá abajo, el mejor retrato de Bolívar. Ese mapa de la dificultad se parece más a él que una estatua. Allí podéis mirarlo y medirlo, mirando y midiendo el retrato de su esfuerzo. ¡Cuántos viajes de descubrir y descubrirse! ¡Cuánto Bolívar de acción, de pensamiento y de pasión, desde el Orinoco, de brisote caliente, hasta el Cuzco, de viento adelgazado!

Allí podéis mirarlo, pero tendréis que aterrizarle un poco el pensamiento. Porque él es parecido a la tierra, pero no a la tierra que parece un desierto, sino a la tierra con su habitante. Llegaréis a medirlo, si miráis y pensáis en el trabajo de andar y combatir, o mejor, en un hombre trabajando. Entonces recordaréis que en Bolívar aparece por la primera vez el pueblo, porque en Bolívar aparece por primera vez en nuestra lucha el signo de la naturaleza.

Evocad su primera frase fundamental, entre el polvo del terremoto de Caracas y frente a la superstición blandida como instrumento político: "Si la Naturaleza se opone a nuestra Independencia, lucharemos contra la Naturaleza y la venceremos". ¿No está allí, resumido en Bolívar todo el pueblo? ¿No están allí, la tierra y los hombres, no está el ir y venir del humano combate? ¿Qué es Colón, qué es el descubrimiento, qué es la conquista, qué es el mundo medieval inconforme que se echa al mar? ¿Qué es el hombre que salta de la carabela y se mete en la tierra y rompe selvas y esguaza ríos y derrumba Tlaxcalas y alza templos y tortura Cuauhtémocs y agarrota Atahualpas? ¿Qué es, sino esa frase? ¿Y qué es esa frase sino la humanidad entera en lucha sin descanso con la naturaleza, empeñada en que ella le obedezca, para lograr su independencia económica, su independencia política y su independencia espiritual? Antes de que un gran hombre le dé a un pueblo su propia fisonomía, ya ese pueblo lo ha hecho a él a su imagen y semejanza.

Y después, cuando ya ha enamorado a la naturaleza y la ha vencido, brota su segunda frase fundamental. Dominando el obstáculo, quiere al hombre acordado con el obstáculo mismo, en comunión de rendimiento y de salud; y proclama que el objeto de su lucha es reconstruir "el imperio sagrado de la Naturaleza". Y esa es la segunda etapa de la lucha del pueblo, cuando vencido el medio, las fuerzas del egoísmo oligárquico se interponen entre el hombre y su vida, contradiciendo a la naturaleza misma. Y aquí vuelve a estar condensado en Bolívar el hombre del sombrero de palma. Él es el primer trabajador del pueblo. Mirando al mapa y a las realidades de la historia, encontraréis en él las justicias inmediatas y las justicias remotas contenidas en las aparentes injusticias de la muchedumbre.

Lleguemos a la vera del camino que va de Venezuela a Colombia. De Caracas, del seno de la Sociedad Patriótica, sale, camino de Bogotá, un adolescente de madurez precoz; viene de hacer el elogio de la anarquía y de invocar las virtudes de la demagogia. Va a declarar la Guerra a Muerte; va a decir "triunfar" a la vuelta de cada derrota; viene de increpar a un fraile y de dar puntapiés a un terremoto. De Bogotá, camino de Caracas, marcha un hombre maduro, de anticipada ancianidad, viejo como un dolor y descarnado, como un principio. Viene de firmar decretos dictatoriales y de incluir a un obispo en el Consejo de Estado de Colombia. A la mitad del camino se encuentran el adolescente y el anciano. Simón Bolívar de 1810 y Simón Bolívar de 1829. El primero, casi todo brazos; el segundo casi todo frente. Ambos, en uno solo, un hombre chaparrito, que, como dije una vez a los peruanos, pesaba cincuenta kilos: cuatro de carne, seis de hueso y cuarenta de corazón.

Se miran y el Simón Bolívar de Caracas increpa al Simón Bolívar de Bogotá; pero al lado de este surge Juan o José, el del sombrero de palma; y ante él habla el hombre de la frente de mapa.

—Yo soy el hombre de las dificultades. No he trabajado contra el pueblo sino contra el caos. Entre el pueblo y su destino hay una fila de grandes guerreros y de grandes doctores. Grandes togados y grandes condecorados. Es el regreso de la obra a aquel viejo momento de la tiranía doméstica. Es el fuero militar de los héroes y el merecimiento de los leguleyos. Es la hora del reparto de premios y la traslación del señorío de las manos de

los conquistadores a las manos de los libertadores. Y por eso quiero una tregua de poder, en la que intento detener el caos. Es contra los insignes oligarcas, y no contra el pueblo, es por afrontar la avalancha de cacicazgo heroico e ilustrado, por lo que he querido enmendar el paso para asegurar mejor la marcha. El ideario está sometido a las variaciones temporales de la necesidad. Pero el ideal es uno e inmutable. Tengo más fe en el pueblo que en sus jefes. Una espada gloriosa es un peligro y "el talento sin probidad es un azote". Por eso, en esta hora de abandonar el campo, no está a mi lado el gran guerrero, no me acompaña el gran doctor. Toda mi marcha cabe en esto que le digo a este hombre del pueblo: "Vámonos José, que de aquí nos echan".

Y así fue como empataron sus caminos el hombre de 1810, que había querido ser un santo de la demagogia y el hombre de 1828, que había querido ser un demagogo de la santidad.

Y así fue como hasta en la hora misma de la marcha definitiva, Bolívar representa al pueblo en su modo y en su relación con la naturaleza y en su angustia anterior, contemporánea y actual. Su concepción es de conjunto; el ritmo de su idea es colectivo; el compás de su voz es orfeónico; y va de Colombia a Panamá, del orfeón de hombres al orfeón de naciones; y desde su hora final, aquella semejanza con el pueblo empieza a hacerse viva; el genio busca encarnar en el pueblo; el verbo ansía renacer en la carne de la humanidad sin descanso. Y este es el compromiso que hicieron pueblo y genio, de reconstruir el equilibrio de la naturaleza. Porque el grande hombre singular difícilmente se repite. Un Morelos, un Bolívar, un Martí, un San Martín, un Washington, son una puja de un siglo de concepción humana; el inmortal no es flor silvestre. Pero cuando el genio se reproduce ya no en otro genio, sino en un pueblo entero, hecho de hombres que nacen todos los días, el hombre se asegura en su obra y camina para siempre en el inmortal innumerable.

Desde ese momento, el genio y su pueblo van a estarse buscando por la historia. La historia, que muy pocos historiadores han sabido hacer. La hazaña rebosó hasta inundar la tierra, cortada la raíz del nacimiento; quedaron las muchedumbres hundidas en la épica doméstica; en el centro del mapa clavó su tienda el mito. Pescando en el río encrespado, la oligarquía

buscaba al soldado afortunado para arrimarse a él. Se miraba hacia atrás, como si Venezuela hubiera muerto en Carabobo y América en Ayacucho; y los pueblos se movían, isleños, bajo la sombra de Bolívar, el hombre que servía para todo, como las constituciones; de Bolívar sacaban astillas para hacer alegorías y astillas para hacer cadalsos. Y con la sombra de Bolívar disimularon su sombra los sombríos. Y el pueblo lo que necesitaba no era cobijarse bajo la sombra, sino bajo la luz de Bolívar; pero esa luz se perdía en los fogonazos de las entradas triunfales, cuando tan simple hubiera sido encontrarla en la sed de los sedientos y en la receta de los estandartes: luz y agua, agua y luz, la fórmula del iris.

Y desde ese momento se prolonga en el tiempo melancólico la relación entre el hombre y la estatua. Y como lo prometí, trataré de decir lo que les falta siempre a las estatuas, que nunca es culpa del artista, porque siempre han de hacerse cuando ya él ha terminado.

Lo más parecido a un hombre es su cadáver. Y si a esculpir muertos vamos, saludemos a la muerte, que hace cadáveres perfectos. Pero la función de la estatua ha de ser función de vida, en la memoria, en el ejemplo y en la guía de la conducta; colocamos a un agente de la policía en una esquina para que dirija el tránsito de la actividad municipal; colocamos la estatua de un hombre en una plaza, para que dirija el tránsito de la dignidad nacional. Pero, después de colocada la estatua, falta algo; y es entonces cuando el pueblo empieza a colaborar con el escultor; hace un trabajo de emoción, una talla de aire entre la estatua y nosotros, y esa talla es su estado de comunicación reflejado en la conducta, leal a los ideales del hombre que está metido entre la estatua.

Pero en mi tierra, el hombre del sombrero de palma estuvo más de un siglo buscando su Bolívar; se lo daban en historia mitológica; se lo ofrecían en semidiós y se lo negaban en hombre; se lo daban en sombra y se lo negaban en luz; se lo daban en bronce y se lo negaban en pan, y el bronce no se come.

Pero el hombre, si no se lo daban, lo intuía; iba a él casi en secreto. Y por él, únicamente por él, no llegó a corromperse. Bolívar salvó a mi pueblo, día por día, durante un siglo de tentación y servidumbre. Cuando ya iba a caer, llegaba la hora de la fiesta nacional, y el pueblo se refugiaba en el

culto de Bolívar. En las horas de miedo, se arrimaba a la estatua, tal vez sin comprenderla, gozoso de tenerla, allí, pero casi con miedo de espantarle el caballo. Y al declinar el día, venía, como sangre pura y nueva, por las venas de sus calles, del corazón de sus plazas.

Pero, ¿qué Bolívar le hacían para dárselo? Difícil es decir de qué es un hombre cuando asume la calidad monumental. Lo que les falta a las estatuas para ser hombres es, precisamente, lo que les sobra a los hombres para no ser estatuas. Y por eso le daban de la estatua, la inmovilidad. Unos tenían el Bolívar de oro, que servía para comprar conciencias en las horas electorales, y otros el Bolívar de mármol, bien muerto, tan bien muerto que daban ganas de darle el pésame a la tierra por la defunción de la piedra; para otros, era el Bolívar de nieve, inaccesible, como los páramos. Pero el pueblo, en la noche, cuando nadie lo miraba, se llegaba a la estatua del hombre a caballo, lo desmontaba y se lo llevaba a su casa. Y allí hizo el Bolívar de pan para sus hombres, el Bolívar de cristal para sus espejismos y el Bolívar de aire para sus agonías.

Un escritor colombiano dijo en alta ocasión que, en cierto modo, Bolívar perjudicaba a Venezuela; porque, decía él, Bolívar es tan grande que no deja ver todo lo demás de grande que tiene Venezuela. Pero es que este gran escritor no sabía que mi pueblo se estaba haciendo su Bolívar de cristal, transparente, de modo que por grande que fuera, se viera a Venezuela a través de él.

Hasta que pudo verla. Mientras él se adormecía en el coloquio estático, medraban unos cuantos, tremolándolo a él y a Bolívar; mientras él se aletargaba en su culto, ellos elegían por él; a veces se lo llevaban a una guerra taciturna, sin fe, y al regreso le cobraban presidencias y le pagaban cicatrices; y pregonaban al gran Bolívar y al bravo pueblo. Es condición de domador pregonar la bravura del león para lucirse más haciéndolo saltar y hacer la estatua y pasar por el aro de fuego; y la patria era la niña de circo, en el trapecio, linda y pobre. Pero la niña cobraba agilidad; y el león a veces devoraba al domador; pero después era un león triste, que no podía vivir sin domador, y no encontraba, exactamente, la posibilidad leona del león.

Y se repetía el número de circo; bravo el pueblo, glorioso el domador. Y mientras tanto, llegaban las fiestas nacionales y por calles embanderadas,

cohetes, inauguraciones y discursos, iba tejiendo el hombre, mientras hacía su Bolívar, tequilitas de hazaña, marihuanas de olvido.

Y al ir haciendo su Bolívar, el pueblo se iba haciendo a sí mismo, accesible, comunicativo y humano. Y un día de octubre, soldado y miliciano, se fueron a las calles con su fusil en las manos y su Bolívar desmontado. Y la niña del circo, la patria, hermosa y pobre, amarga y trapecista, le saltó al caballo en el anca y volaron del pedestal.

Octubre es y debe ser ante todo, el punto de partida para el cumplimiento del compromiso entre el hombre y la naturaleza. La tarea capital de la Revolución Venezolana tiene que ser y lo será, la efectividad del sufragio universal, que liquida, por la primera vez, la suplantación de la voluntad nacional por la voluntad de un hombre; y que consuma la desaparición del hombre de buena voluntad para sustituirlo por la buena voluntad de un pueblo.

Esa será precisamente la respuesta a los que alegan, resentidos, que la Revolución Venezolana se realizó y perdura bajo el signo del ejército y que ese hecho está en contradicción con una gran frase de Bolívar: "El hombre armado no debe deliberar".

Porque el hecho venezolano de un siglo se resume en un hombre armado que delibera y ejecuta y un pueblo indemne que calla o se rebela. Y la responsabilidad de ese hecho la estaban sintiendo en carne viva los jóvenes militares de Venezuela. Y la revolución se hizo para asegurar con el sufragio efectivo, el acto de soberanía del pueblo deliberante y la definitiva realidad venezolana del hombre armado que no delibere ni entorpezca en el porvenir el rumbo de la libertad civil venezolana.

Para ello, lo esencial es el sufragio, limpio de truco y de piratería. Que tenga los ojos para ver, la patria que, durante más de un siglo, solo tuvo los ojos para llorar o para velar la vuelta del hijo que le llevó otro hijo. Y detrás del sufragio, la Revolución significa lo demás; la educación racional, que abarque toda la conciencia y cargue niños y hombres como frutas y se los lleve al maestro nuevo para que los madure; y que ofrezca a las madres, en cambio de todo lo que dieron, el regalo de un pueblo sin pecado; el control efectivo del pueblo sobre el manejo de su riqueza; la suficiencia de la producción y el saneamiento de la economía; la equidad en las relaciones

de trabajo y la salud y prosperidad del trabajador; el cultivo del niño y de la madre como finalidad generosa del hombre, la seguridad de la tierra y sus gentes; inspirada en la advertencia histórica de que a patria rica y a mujer hermosa precisa darles buenas uñas con qué defenderse; la plenitud de la mujer en la función política y civil: la afirmación de una conciencia de colaboración entre el destino de cada uno y el destino general, de modo que la alpargata se teja, no solo como buen calzado, sino también como intención de caminar un honesto camino, y la hamaca y el chinchorro se hagan, no solo para descansar una honrada conciencia, sino también para soñar un noble sueño; la definición de una actitud constante que nos haga vivir al día la vida de nuestros hermanos de América y del Mundo, preocupándonos con sus preocupaciones, dando aliento a los españoles que luchan contra sus verdugos y a los americanos que luchan contra sus dictadores; la estabilización del concepto perdurable del deber como sustantivo, contra el concepto conjugado del deber por no pagar; la realización de un estilo de vida y de relación venezolanos, como colaboración y enlace con un estilo de vida y de relación americana; y, en resumen, contra la vieja idea patrimonial del gobierno, la resuelta defensa de la libertad en una patria donde unos digan tierra, otros digan aire, otros digan mar y todos digan: somos libres.

Y al mismo tiempo que se acometa una mejor administración del potencial económico y una mejor economía del potencial humano, precisará intentar una mejor economía y una mejor administración del potencial histórico teniendo siempre en la conciencia la frase de Bolívar: "Mientras haya algo por hacer, nada se ha hecho"; porque la realidad está diciendo que, si comparamos la frecuencia de la estatuaria con la mezquindad del cumplimiento y la fidelidad del culto con la eficacia del servicio, Bolívar, todavía, es un hombre a caballo con la esperanza a pie.

Pero en aquella vieja lealtad de pueblo y héroe con la naturaleza, se cumplirá el propósito de la confluencia del hombre de bronce en el hombre del sombrero de palma. Bolívar y sus compañeros de empresa son actuales en el pueblo. Y es urgente abandonar el camino de altareros históricos para unir definitivamente los tesoros que nos son comunes a los americanos y españoles en el designio de nuestros grandes hombres y nuestros grandes

hechos. Que ellos sean soldadura y no rivalidad. Administremos a los héroes para una común economía del ejemplo. En la superación y unión de las naciones, la soldadura de bronce no es mala soldadura; hagamos de Morelos, de Bolívar, de San Martín, de Juárez, de Hidalgo, de Morazán, de Martí, de los padres, colaboradores actuales, accesibles, familiares. Un economista venezolano resumió en una hermosa frase todo un programa de liberación económica: "Sembremos el petróleo", esto es, transformemos las ganancias del petróleo en agricultura, en ganadería, en industria, en escuelas, en higiene, en seguridad futura. Pues bien, antes del pozo de petróleo, México y Venezuela tenían en su Morelos, en su Hidalgo, en su Bolívar, en su Madero, en su Andrés Bello y en todo su gran tesoro histórico, su pozo de Jacob. Sembremos el petróleo, pero sembremos el bronce; sembremos a Bolívar y a Martí y a Hidalgo y a Morelos. Y cosechémoslos en estatuas que anden y no en estatuas de sal que se disuelven, en simpatía humana y no en recelo, en amor y no en querellas. Quiero decir a todos aquellos que me escuchen y sientan la palabra democracia, tengan o no en sus manos oficio de gobierno, que yo he venido aquí en nombre de mi pueblo y en la severa presencia de Bolívar, a reclamar la cancelación de los odios y la derogación de las pasiones. Porque lo que quieren los pueblos es que la fuerza de la humanidad tenga como condición indispensable, la humanidad de la fuerza; lo que quieren los pueblos es que se le dé a la tierra el sembrador que pide y al sembrador la tierra que reclama; lo que quieren los pueblos es que su pan tenga el tamaño de su hambre, su gobierno la forma de su justicia y su olvido la dimensión de su misericordia.

¡Pueblo de México! Refugio de la democracia perseguida; pueblo de la trinchera contra las usurpaciones domésticas y contra las codicias internacionales: aquí te dejamos tu Bolívar de bronce; hecho de hoy para mañana; tiene el olor de las muchedumbres costeras, tiene el aroma de las altas altitudes montañosas, tiene el perfume de las profundas llaneradas. Hazlo bien tuyo, útil y familiar; alguna vez desmóntalo de ese caballo alto, recordando que el pueblo de Venezuela, para resumir a su Libertador, lo expresa siempre en una vieja frase que le alivia de cada pisotón: "Más abajo pisó Bolívar". Alguna vez desmóntalo y llévalo a tu casa y que tus hijos jueguen y suban a sus hombros, mientras les hablas de su primera carta, que él

escribió de Veracruz a Caracas, con su espantosa ortografía de niño y con aquella frase tan de pueblo: "Ha sido el tiempo muy corto para hacerme más largo". Hazlo tuyo, de tierra, de cristal, de aire, de pan, de luz; hazlo de modo que su estatua no te obligue a torcer el camino; hazlo de modo que puedas pasar todo por dentro de la estatua. Y con tu Hidalgo, tu Morelos, tu Juárez, tu Madero, tu Obregón, con tus héroes y con tus apóstoles, dale oficio de trabajador a cada estatua. Mil estatuas que tengas, mil bronces que poseas, sean las mil campanas de tu Cholula histórica; de bronce a bronce, sacude tus efigies a la hora de tus grandes somatenes; y cada vez que se reclame una convocatoria del espíritu americano, como el badajo de las campanas, repique el corazón de las estatuas.

Y hagan su oficio para las patrias que queremos. Estén ellos, bien metida la cabeza allá arriba, en los cielos azules, pero bien metido y faenero el pie en los surcos que todavía tienen que sembrar. Y caminen con nosotros para hacer esas patrias como las querían los hijos de Bolívar y los hijos de Hidalgo, los llaneros de Páez y los gauchos de Martín Güemes, los federales de Ezequiel Zamora y los surianos de Emiliano Zapata.

Como las quieren, santo México, los llaneros de mis llanos y los rancheros de tus ranchos; con los arribas de gloria y los abajos de justicia.

MONSEÑOR RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA

ORACIÓN FÚNEBRE DEL LIBERTADOR*

"BOLÍVAR es el mayor amor de mi alma después de Dios y a la par de mi patria y de mis padres", escribí hace algunos años en el álbum de San Pedro Alejandrino; y si la admiración y el afecto bastaran a tejer la corona fúnebre del héroe, me creería yo digno de la empresa. Mas fáltame para ello una alta inteligencia, y el estilo acerado de Tácito o la caudalosa elocuencia de Marco Tulio; y más ahora cuando la ancianidad me ha arropado con su manto de plomo. Quédame, sí, el sacro carácter de que estoy investido. Los elogios más sublimes tributados al Padre de la Patria han brotado de labios ungidos con la sangre de Cristo; porque el sacerdote, aunque sea pequeño, sabe de grandeza, como que vive con Dios en diario e íntimo comercio.

Entre los guerreros que llenan con su nombre y la relación de sus hazañas los volúmenes de la historia, solo Alejandro, Julio César y Napoleón pueden compararse con Bolívar. Mas ellos fueron conquistadores, al paso que él fue por excelencia el Libertador de un mundo. Ellos emprendieron sus campañas al frente de innúmeros ejércitos veteranos, poderosos en armas, comandados inmediatamente por generales victoriosos peritos en el arte de la guerra; iban a imponer pesado yugo a las naciones que vencieran y a ceñirse ellos mismos las sienes con imperial corona.

Bolívar entró a la guerra con unos pocos centenares hasta entonces inofensivos labriegos que no conocían más hierro que el de los instrumentos de labranza, ni habían aspirado el acre humo de la pólvora sino en las

* *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario* (Bogotá), Nº 251 (febrero de 1931), pp. 29-43.

fiestas campesinas en celebración de la Natividad de Cristo; llevaba por tenientes un grupo de muchachos escapados de las aulas escolares de Santa Fe y Caracas, y no contaba con más armas que las que fuera arrebatando a los españoles con las puntas de las lanzas de los llaneros; iba a quebrantar el yugo que pesaba sobre un continente, y a hacer trizas del lado acá del océano, la diadema de Carlos, Felipes y Fernandos.

Oriundo de hidalga estirpe vascongada, en la flor de la mocedad, educado sabiamente con ejercicios físicos, con el estudio personal de la naturaleza, con la leche y miel de los clásicos autores, dueño de cuantiosas riquezas, Simón Bolívar viajaba por el antiguo mundo y llega a Roma, la eterna ciudad, relicario del humano linaje, asiento perenne de grandeza, madre del Derecho, nodriza del arte. Empapado en la memoria de los Gracos sube el Monte Sacro, y allí ante Dios que todo lo llena y sin otro testigo que don Simón Rodríguez, su maestro, jura consagrar su inteligencia, su actividad, sus haberes, su felicidad, su vida, a la libertad de América. Semejante juramento no puede provenir sino de un genio o de un loco.

Autores modernos opinan que el genio es una de las manifestaciones de insania; tanto como afirmar que la luz es una de las formas de la oscuridad. Verdad es que el ojo que se clava en el disco del sol queda tan en tinieblas como el que penetra al fondo de un subterráneo, porque en un caso hay sobra y en el otro falta de luz. Los locos y los genios nos desconciertan, porque aquellos no nos entienden y estos no alcanzamos a comprenderlos.

Creados hemos sido todos los hijos de Adán a semejanza de Dios, pero Él ha dispuesto que en unos más que en otros se acentúen los rasgos de la gloriosa imagen; y el genio es el que, en el orden natural, participa por analogía más ampliamente de los divinos atributos. Hombre es por lo común de una idea sola, adquirida no por raciocinio sino por intuición de la simple inteligencia, idea inmensa, de las que mudan la marcha del género humano o, a lo menos, le imprimen perenne luminosa huella; idea que mueve a su actor, lo llena, hasta que con él se identifica, idea que el genio realiza plenamente, a poder de una fe que traslada las montañas, de una fortaleza para la cual los obstáculos no cuentan. Tal es Platón, elevándose de un salto de la cosmología de los primeros sabios de Grecia al firmamento de las ideas puras, bienaventuradas, arquetipos de todo lo que existe,

habitadoras del divino entendimiento; tal es César, ensanchando los ámbitos de Roma hasta las lindes del universo conocido; Dante, poniendo toda la filosofía y la ciencia y la historia al servicio de la más alta y genuina poesía; Colón, duplicando la extensión del planeta; Miguel Ángel, alzando el Panteón a las nubes, para dombo del sepulcro de San Pedro; Pasteur, salvando en lo corpóreo todo lo grande con el cultivo de lo infinitamente pequeño.

El genio cuando empieza, produce irrisión; cuando realiza, despierta entusiasmo rayano en idolatría; más tarde amargas envidias, odios satánicos. Por la mañana se le reviste de túnica de fuerza; al mediodía casi se le asfixia bajo el peso de los laureles; a la tarde, se le corona de espinas. Y Bolívar es el genio de la América.

Su vida es una serie alternada de triunfos y reveses y aparece siempre más grande, más terrible a sus enemigos en la adversa que en la próspera fortuna. Su fe nunca desmaya; y la palabra triunfar, pronunciada en Pativilca, es una de las más sublimes que hayan salido jamás de humanos labios. Posee el Libertador otro de los atributos del genio: el de crear en su redor una legión de grandes hombres, a semejanza del astro rey, que no solo esplende en luz y arde en calor, sino los transmite a los planetas; de suerte que sin los rayos del Sol, la refulgente estrella de la mañana no sería sino una oscura y desconocida masa errante en el espacio.

Cuando Bolívar emprende la liberación de Venezuela, hállase tan escaso de tropas, que implora el auxilio de Nueva Granada donde ya se habían visto las fulguraciones de su acero; y Nariño, el precursor; y Camilo Torres, el verbo de la libertad y del derecho, le envían sendos contingentes, pequeños por la cantidad, inmensos por la calidad de los soldados. Porque entre ellos cuéntase Girardot –que triunfará en Bárbula–, clavando con sus propias manos el pabellón republicano en las trincheras enemigas, hallando en ese instante la muerte, que le será entrada a la inmortalidad; Ricaurte y D'Elhúyar que tendrán sepulcros, el uno en lo alto del espacio, el otro en lo profundo del océano; Vélez, el de la Casa Fuerte de Barcelona; París, que perderá una mano en Bomboná y con la otra empuñará en Boyacá la espada vibradora; Ortega, vencedor en Vigirima acribillado a balazos en la toma de Valencia por Boves, y salvado por el amor conyugal de una heroína venezolana.

Penetra el Libertador a Venezuela y en seis batallas campales arrolla las huestes realistas, así como el huracán en nuestra costa Atlántica arranca de cuajo los plantíos, entra a su ciudad natal, Caracas, en medio de la delirante gratitud de un pueblo entero.

Dispuso la Providencia, para aquilatar la excelsitud de Bolívar, que principiase para él una era de sufrimientos y reveses. Perdió la Batalla de La Puerta y en ella la mayor parte de su ejército, y al retornar a Nueva Granada encontró cerrados los caminos de la victoria, no por la pujanza del enemigo sino por la ruin emulación de ciertos hombres, de aquellos a quienes estorba la grandeza. Tuvo sí la satisfacción, al venir a justificarse ante el Congreso, de oír de boca del presidente estas magníficas palabras: "General, vuestra patria no ha muerto mientras exista vuestra espada: con ella volveréis a rescatarla del dominio de sus opresores. El Congreso granadino os dará su protección porque está satisfecho de vuestro proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un hombre grande". Para comprender así al genio infortunado y proclamarlo, se necesitaban la inteligencia y el corazón de don Camilo Torres. Bolívar, estimando por entonces perdida su causa, se embarcó en un bergantín inglés, con rumbo a las Antillas.

Waterloo fue el fin de las proezas y de las guerras napoleónicas; el desastre del Libertador no fue sino un descanso concedido por él a los ejércitos españoles. Unos meses después, desembarcó en las costas de Venezuela, acompañado de algunos voluntarios. "Con quinientos hombres, dice César Cantú, propagó la revolución, precisamente cuando Bonaparte, con medio millón de soldados, la dejaba perecer en Europa". Sigámoslo; adopta un rumbo contrario al de su primera campaña y acampa en las márgenes del Orinoco, en aquellas llanuras orientales, desiertos océanos de verdura, cruzados por ríos tan anchos como mares. Incorpora a las suyas las tropas de Páez, el invicto; pasa a Casanare donde halla el ejército de granadinos que le ha formado el esclarecido general Santander, y emprende tramontar la cordillera de los Andes, hazaña superior al paso de los Alpes por Napoleón y siglos antes por Aníbal.

Desciende a la provincia de Tunja, con el ejército mermado, casi desnudo y que semejaba más formado de cadáveres que de hombres. Descalabra a los realistas en Vargas, y, con la rapidez en la marcha que es uno de los

caracteres en su táctica y uno de los secretos en sus triunfos, vuela a cerrarle al enemigo el paso a la capital del Virreinato. Las dos falanges llegan a un tiempo por vías distintas al puente de Boyacá. Las tropas españolas, superiores en número a sus contrarias, presentan un aspecto tan brillante que su jefe prorrumpe, al pasarle revista, en esta exclamación blasfema: "¡Ni Dios me quita la Victoria!".

La batalla fue corta. Cuando terminó, todo el ejército realista, empezando por su comandante general, se hallaba prisionero en poder de los republicanos. A las dos de la tarde nuestra patria era colonia de España, a las cinco, era nación independiente y soberana. Boyacá no fue la última pero sí la batalla decisiva de la Independencia. Boyacá es el pedestal de Ayacucho.

Cualquier general hábil y valeroso es capaz de ganar una batalla: solo los grandes capitanes perciben inmediatamente la magnitud de su triunfo y saben aprovecharlo por completo. Hubiera Bolívar regresado a Tunja a reorganizar su ejército y darle un merecido descanso y las tropas españolas de guarnición en Santa Fe acaso le habrían arrebatado la victoria. Ordenó el inmediato avance sobre la ciudad a marchas forzadas, y cuando faltaban seis leguas para llegar, se adelantó solo, al trote largo de su caballo de guerra y arribó al atardecer sin acompañamiento alguno.

La víspera, a media noche, al saber a Bolívar a una jornada de distancia huyeron de la capital los españoles todos, militares y civiles, virrey, oidores y empleados, sacerdotes y mercaderes, ancianos, mujeres y niños, dejando abandonadas sus casas y riquezas todas.

No creo que haya existido jamás gozo comparable al de los granadinos a la llegada del Libertador. Habían padecido por tres años, bajo "la ignorante ferocidad de un soldado –son palabras de Menéndez y Pelayo– a quien en mala hora confió España la delicada empresa de la pacificación de sus provincias ultramarinas".

La nación española y su augusto monarca don Alfonso XIII han desagraviado hidalga y solemnemente a Colombia por los horrores de la reconquista, en especial por la inmolación de Caldas. Entre nosotros no dominan hoy para con la madre patria otros afectos que los de admiración, gratitud y filial cariño.

Hasta aquí me he detenido en pormenores, porque se trataba de la emancipación de nuestra patria: el resto de la vida militar de Bolívar, la parte sin duda alguna más gloriosa, no cabe en un discurso y no hace falta. En estos días de patrióticas memorias, ¿cuál de vosotros no ha pronunciado muchas veces los nombres de Carabobo, Bomboná y Pichincha, Junín y Ayacucho? Ni hemos olvidado aquel día en que el Libertador se presentó ante el Congreso de las provincias reunidas en la villa de Angostura, y le propuso la unión en una nacionalidad de entusiasmo y promulgado por el presidente don Francisco Antonio Zea, quien poniéndose en pie, clamó con acento conmovido y solemne: "¡La República de Colombia queda constituida! ¡Viva la República de Colombia!".

La Batalla de Ayacucho fue la escena final del drama que representaron nuestros padres, teniendo por escenario un continente. La gloria de aquel día es de Sucre, el más insigne de los tenientes de Bolívar, pero lo es también del Padre de la Patria, quien estuvo ausente en su persona, presente por su espíritu. Pienso que los soldados del general Córdoba veían con los ojos del alma en la cumbre del Cundurcunca, el perfil del Libertador cuando iban venciendo la agria cuesta con las "armas a discreción y a paso de vencedores".

En aquella épica jornada combatieron juntos peruanos y argentinos, colombianos y chilenos.

Los que mezclaron su sangre en defensa de una misma causa y se repartieron los laureles no pueden ser enemigos sino hermanos.

Las batallas de la libertad fueron gloria de América sin ser ignominia de España. Los jefes y soldados de uno y otro bando pertenecían a una misma raza, profesaban una misma religión, hablaban idéntico idioma. Los españoles habían enseñado, con su ejemplo, a los americanos, el heroísmo y el amor a la independencia patria; y como dice un poeta colombiano:

> ¿Por qué España ha sucumbido
> a pesar de su valor?
> Porque aprendió el vencedor
> las lecciones del vencido.

Al guerrero genial adornado de universales dotes pueden aplicársele las palabras que dirigió Dios, en el Antiguo Testamento, a uno de sus profetas mayores: "He aquí que te he constituido sobre las gentes y los reinos para que arranques y destruyas, para que edifiques y plantes". Comparad a César con Atila.

Ya sabéis la educación esmeradísima que recibió Bolívar; añadid ahora que siguió perfeccionándola durante todos los días de su existencia. Y asombra que, en medio de marchas y fatigas y combates, no olvidase sus amados clásicos griegos y latinos, franceses e italianos y españoles, que estuviese al tanto de la marcha política, social y económica de todas las naciones de la Tierra, de los progresos y descubrimientos científicos, de los avances de las letras y las artes.

¿Quién de vosotros desconoce el canto a Junín del grande Olmedo o ignora que el Libertador hizo sobre el poema inmortal un juicio literario irreprochable en estilo y lenguaje y con una crítica tan sabia, sagaz y delicada, que arrebató de entusiasmo un siglo más tarde al príncipe de los modernos ingenios españoles? "Conservar tan buen sentido, escribe Menéndez y Pelayo, después de haberse hecho árbitro de un continente vale casi tanto como haber triunfado en Boyacá, en Carabobo y en Junín".

Bolívar es uno de los primeros oradores militares del mundo. Sus arengas, breves como dichas minutos antes de romperse los fuegos; al alcance de los rudos soldados; encendidas para llevarlos sin vacilar al triunfo o a la muerte; pronunciadas con voz resonante y aguda como los clarines de la caballería llanera, aun leídas mentalmente a la discreta lumbre de la lámpara de estudio, sacuden todo el organismo del colombiano y le despiertan el pesar de no haber sido grande y el remordimiento de no haberse sacrificado por su patria.

La misma elocuencia hierve en las proclamas y discursos y aun se adivina en la inmensa correspondencia epistolar, en la cual cada palabra es una idea, cada frase una sentencia. Bien se ha dicho que Bolívar hizo la independencia más con la palabra que con la espada.

Su prestigio personal era irresistible ante los militares, por lo rápido e inesperado de las órdenes, la resistencia en los trabajos, la impavidez en el peligro, el arrojo en el combate; ante los letrados, la sociedad aristocrática,

los embajadores de las potencias europeas, por la inquietud del porte, lo ameno de la conversación, los chispeantes rasgos de ingenio; ante las clases populares, por la culta llaneza del trato y la inagotable largueza; ante las damas, por la delicada galantería. Como todo hombre superior, supo engendrar amor y odio. Tuvo amigos que por amor a él llegaron hasta el crimen; enemigos que por odio a él llegaron hasta el crimen. Aún ahora hay quienes lo aborrezcan y detesten; quienes pretendan comparar el cedro del Líbano con el hisopo que medra al pie de las paredes; quienes lo calumnian haciendo hipócrita semblante de elogiarlo.

Emancipar pueblos enteros de extranjera coyunda es proeza de titanes; pero no es la mayor de las acciones de Bolívar. Vale más convertir, sin los sangrientos horrores de la Revolución Francesa, las colonias en naciones soberanas, los siervos en ciudadanos, los modestos empleados subalternos en constituyentes y legisladores, en ministros de Estado y embajadores ante las Cortes europeas, hacer que todas ellas reconociesen a Colombia y la colmaran de consideraciones y respeto; obtener de la aristocrática Inglaterra heroicos batallones de soldados, y sumas ingentes para organizar la república. Por tales motivos llamamos a Bolívar no solamente Libertador, que es renombre de grandeza y de gloria, sino también con el título dulcísimo de Padre.

¿Cuál fue el pensamiento de Bolívar? ¿Cuál la meta a que dirigió su fecunda actividad? ¿Riquezas? Pero él –como todo hombre superior– despreciaba el dinero y derrochó los caudales que le dieron las naciones por él fundadas y los millones heredados de sus mayores en sostener la guerra, en recompensar a los servidores de su causa, en remediar toda necesidad que llegaba a su noticia. ¿Mando? Pero no quiso el cetro y la corona de monarca, prefiriendo al del rey el título de Libertador y a entrambos el de ciudadano. ¿Honores? Pero las coronas de oro y pedrería, ofrenda de los pueblos redimidos, las pasaba a las sienes de sus tenientes; a ellos y a las tropas atribuía el mérito de la victoria; y en su carta a Olmedo llama "nuestra pobre farsa" a la serie, sin precedentes en la historia, de sus campañas y sus triunfos. El anhelo supremo de Bolívar fue la libertad:

¡Libertad! Don preciosísimo –según León XIII– entre los concedidos por el Creador a su criatura racional; rica dádiva que, dejándonos en manos de nuestro consejo, nos hace semejantes a Dios; que permite al hombre

dominar, como señor absoluto, sobre el universo entero; que, bien empleada, nos merece la eterna bienaventuranza. ¡Libertad! No te conoció ni te adoró el mundo pagano: te anunció el Maestro divino, te selló con la sangre del Calvario, te dejó en herencia a la Iglesia, su esposa inmaculada.

Ella ha cumplido el encargo de su celeste esposo, declarando la igualdad entre los hombres, sin diferencia de judío y gentil, griego y escita, romano y bárbaro: dignificando a la mujer, suprimiendo la esclavitud; enseñando por boca de sus doctores y teólogos que el gobernante no es amo sino curador de la comunidad: que la soberanía, procedente de Dios como de fuente suprema, esencialmente reside en las naciones.

La Iglesia en todo tiempo ha propugnado la libertad contra las sectas que han osado negarla; y hoy mismo la defiende de los pseudosabios que consideran al hombre una máquina fatalmente movida por el temperamento fisiológico, la ley de la herencia, el medio ambiente que lo circunda. Un determinista está fuera de la doctrina evangélica, no puede ser republicano, y merecería sentir ligado su cuerpo con los grillos y cadenas con que supone tener aprisionada el alma.

No ha consentido la Iglesia en confundir la libertad con el libertinaje. La primera es hija del cielo, viene precedida de la suave luz de la razón y ennoblece y dignifica al hombre; el segundo es aborto del infierno, envuelto en el humo espeso de las pasiones que nos envilecen y degradan. Defensora de la libertad, lógicamente es la Iglesia enemiga de la tiranía, de la que se ejerce por un hombre solo o por las ciegas y desbordadas multitudes. La segunda es peor que la primera; porque el déspota teme el arma homicida que le puede detener en medio de sus crímenes, tiene el juicio de sus contemporáneos y el veredicto justiciero de la historia, en tanto que el demagogo anónimo, confundido entre la turba, ni tiene nombre que respetar ni sanción humana que temer.

Pero la libertad no es un fin, sino un medio de llegar a la felicidad, soberano conato del hombre; limitada en la vida presente, infinita participación en la futura. Elemento integral de la beatitud es la paz deseada por los ángeles a los justos sobre la Cuna de Belén, último legado de Cristo a sus discípulos, definida por San Agustín “tranquilidad en el orden”. ¡Cuán sabios fueron nuestros mayores al adoptar las palabras libertad y orden

como leyenda del glorioso escudo nacional! Sin libertad no hay orden, ya que el puesto que corresponde a la persona le puede ser arrebatado por la fuerza; y sin orden no existe libertad, porque cualquiera le arranca sus derechos al ciudadano.

Tenéis aquí la doctrina de la Iglesia acerca de la libertad, que es el mismo concepto formado y defendido por Bolívar. No hay por qué extrañarlo. El Libertador nació de padres no solo católicos sino hondamente piadosos, recibió infusa en el bautismo la virtud de la fe; la robusteció con la leche y las enseñanzas maternales, y la profesó incólume durante el decurso de la vida. Apenas habrá documento suyo en que no aparezca el nombre de Dios, en que no se invoque a la Divina Providencia, y la fe de Bolívar en el éxito final de sus empresas no era solo la del genio, fundada en su voluntad y constancia, sino la confianza sobrenatural en un Señor omnipotente y justo. Supo respetar a la Iglesia y rodear a los sacerdotes en quienes reconoció los más eficaces colaboradores de su labor, de veneración y de afecto.

Porque así comprendió la libertad, lo motejaron de tirano, quisieron enrojecer en su sangre generosa el puñal parricida, y le abreviaron la existencia, ya que falleció apenas pasados los umbrales de la edad madura, y más que al peso de las enfermedades del cuerpo, al de los dolores y desengaños del alma.

Querríais acaso que después de haberos hablado de los méritos del Libertador os mencionara sus errores y faltas. Pero no se me ha pedido un capítulo de crítica histórica, sino un panegírico del hombre más grande de América. Después de la desobediencia original, nadie sino Jesucristo que es Dios, ha dicho a sus oyentes: "¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?". Los del genio suelen ser la exageración de sus cualidades que lo apartan del justo medio en que consiste radicalmente la virtud. Cam fue maldecido del Altísimo porque hizo mofa de la ignominia de su padre.

Por pudor patriótico deseara olvidar que, desde meses antes de su muerte, Bolívar estaba expatriado de la tierra que lo vio nacer; quisiera, valiéndome de las frases de Job, "que la nefanda noche setembrina" no entrara en el cómputo del tiempo, no viera el centelleo de las estrellas, ni la claridad de la aurora del siguiente día.

Me acompañasteis en la excursión primera de Bolívar triunfador; venid ahora conmigo a presenciar el fin de su carrera. Resolvió viajar al antiguo mundo en busca de alivio y paz para su espíritu, bajó el río Magdalena en una de las toscas embarcaciones de entonces, acompañado de varios caballeros militares que, socios en las horas de la gloria, quisieron serlo también en la del infortunio, y llegó a esta noble y hospitalaria ciudad, a esperar la nave que había de conducirlo.

Caracas y Santa Marta son los paréntesis que encierran la vida del Libertador; la ciudad del Ávila oyó su primer vagido en la cuna; lo vio crecer en edad, en sabiduría, en grandeza; la ciudad del Manzanares presenció la desgracia del héroe, fue testigo de su agonía, escuchó su postrimer suspiro. No conozco la casa donde nació Bolívar, sino en la elocuentísima oración del padre Borges cuya lectura me ha producido gozo y entusiasmo. Estuve en la alcoba mortuoria del Padre de la Patria y el corazón se me oprimió, y se me anudó la garganta y se me llenaron de lágrimas los ojos.

Aceptó Bolívar la hospitalidad regia que le brindó un caballero español, don Joaquín de Mier, en su quinta de San Pedro Alejandrino. Los días siguientes fueron los más amargos. Persuadirse un hombre, ¡y qué hombre!, de que su vida fue inútil, de que "aró en el mar", es leer en la propia alma la terrible inscripción que grabó Alighieri en los dinteles del averno: *Lasciate ogni speranza.* Y para un corazón amante no hay dolor como el de verse traicionado o abandonado de sus amigos. Jesús Nuestro Señor fue de lo único que se quejó en su pasión: "Judas, ¿y con un beso entregas al Hijo del Hombre?".

El augusto enfermo comprendió que estaba llegando para él la hora de la liberación. Cristiano había vivido. Cristiano quiso morir. El ilustrísimo don José María Estévez, obispo de Santa Marta, le confesó y le dio la absolución, que desliga en el cielo lo que el sacerdote desata aquí en la Tierra. Al salir del aposento el obispo exclamó conmovido: "¡Alma grande, generosa y santa, destinada para el cielo!".

Ilustrísimo señor: a un egregio obispo de Santa Marta tocó impartir la absolución sacramental al Libertador de un mundo. Hoy, cien años después, vos, descendiente de patriotas y patriota de corazón y de obra, digno sucesor de Estévez, habéis promovido y presidido estos sufragios y vais a

cantar el último responso por el alma cien veces bendita de Bolívar, comprobando una vez más que, en Colombia, unos mismos son para la Iglesia y para la República, los dolores y los goces.

En una de las noches siguientes se administró al Libertador el sagrado viático llevándolo de Mamatoco, aldea vecina a San Pedro Alejandrino. Era el rey de los siglos, inmortal e invisible a cuyo nombre se dobla toda rodilla en los cielos, la tierra y los infiernos, que iba a visitar y consolar una de sus criaturas predilectas: era el rey de la gloria que sudó sangre en Getsemaní a fuerza de tedio y tristeza; traicionado por un discípulo, abandonado de los demás, befado y escupido en el pretorio, crucificado entre dos ladrones.

En aquel tránsito de Jesús sacramentado no hubo más arcos triunfales que las ramas entretejidas en el estrecho sendero, ni más flores que las desprendidas de los árboles al soplo del aura vespertina; ni otras luces que las estrellas y los menguados cirios a través de los opacos faroles de la Iglesia; ni otra música que la de las hojas al ser movidas por la brisa.

El moribundo hizo la profesión de la fe, la misma que había aprendido de boca de su piadosa madre cuarenta años antes; perdonó a sus enemigos; besó con fervor el crucifijo y finalmente recibió entre los labios trémulos y exangües al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Y he concluido. Deber es de los hijos imitar las excelencias de sus padres. A Bolívar no podemos emularlo. Preparémonos a seguirlo en la gloriosa humildad de su cristiana muerte.

AUGUSTO MIJARES

LAS VIRTUDES DE BOLÍVAR

DECIR QUE NO ENCUENTRO difícil hablar del Libertador ante tan selecta concurrencia pudiera parecer ridícula petulancia. Y, sin embargo, la razón es muy sencilla: la vida de Bolívar es tan rica, su personalidad tan fascinante, que ni aquella necesita destreza del escritor para embellecerla, ni esfuerzos de la imaginación requiere el personaje para que su evocación nos apasione.

Dejémonos llevar simplemente por nuestra devoción, y con solo seguir al ser excepcional a quien rendimos homenaje, nuestros espíritus quedarán colmados. ¿Queremos disfrutar de la magnificencia de lo heroico? Busquémoslo en medio de los infortunios y penalidades, porque entonces, más admirable aún que en el triunfo, nos va a demostrar que aquella jactancia juvenil con que prometía luchar contra la naturaleza y dominarla, será capaz de emplearla sobre su propia naturaleza, para salir de cada prueba más constante, más valeroso y más puro. ¿Preferimos, en lugar de esa exaltación deslumbrante, meditar con él acerca de los problemas de la patria? Busquemos cualquiera de sus discursos o manifiestos, o simplemente el borrador inconcluso que sobre educación pública dejó entre sus papeles. Pero acaso nos seduzca algo más sencillo al parecer: no la historia como altisonante escenario de héroes, no como afanoso desarrollo de las aspiraciones humanas, sino como acontecer cotidiano: psicología de políticos y caudillos, desconcertantes reacciones colectivas, caprichos del azar, incansable forcejeo del hombre en busca de lo mejor, a veces fatalmente enredado en lo peor. Pues bien, nadie como él para pintarnos ese abigarrado conjunto y también, casi siempre, para matizarlo y explicarlo, sin quitarle

nada de su vitalidad. Sus cartas son en ese sentido un vasto lienzo en que los sucesos y personajes apenas necesitarían ligeras anotaciones para convertirse en la mejor historia de aquellos veinte años prodigiosos que corren entre 1810 y 1830. Tan agudo en destacar el pormenor característico, como certero en las amplias síntesis que le dan alcance sociológico a sus reflexiones, Bolívar es también igualmente perspicaz en la observación objetiva y en el análisis de lo subjetivo, tanto si se trata de sus propias reacciones íntimas como si se refiere a la personalidad de amigos y adversarios.

Dejémonos llevar espontáneamente, y a propósito de esas últimas observaciones que hago, tomemos un fragmento de la carta que dirige a don Martín Tovar Ponte desde Guayana, a 6 de agosto de 1817. Era el momento en que el Congresillo de Cariaco renovaba las tendencias de 1811 sobre federación y triunvirato ejecutivo, a tiempo que la actitud levantisca de Mariño y de Piar sacudían en otro sentido la estabilidad de la república. Y lo peor era que don Martín Tovar, tan generoso en el servicio de la patria, tan ligado a Bolívar que un hijo suyo era en esos momentos edecán del Libertador, se mostraba como siempre, irreductible en favor de aquellas peligrosas ideas. Para don Martín, gobierno central y monarquía eran una misma cosa, y auguraba tajante que si cualquier forma de centralismo triunfaba sobre el sistema federal, todas las libertades podían considerarse suprimidas. Así lo iba a repetir en 1812. Imaginémonos, pues, cuál sería la situación espiritual del Libertador que debía centrar sobre sí tantas responsabilidades y, en medio de tales circunstancias, librar una guerra a muerte contra los realistas, superiores en número, en armas y en unidad de mando. Los caudillos –cuyo poder, por su origen y naturaleza tenía que ser regionalista y autocrático– tendían hacia la funesta costumbre de unificarse solamente por medio de alianzas transitorias y condicionales; y al mismo tiempo, los pensadores y políticos, que eran los únicos llamados a establecer un gobierno cuya legitimidad se impusiera a aquella anarquía personalista, elegían como primera figura del triunvirato ejecutivo a don Fernando del Toro, refugiado en Trinidad desde 1812 e inválido, y concedían autonomía a unas provincias cuya población activa tenía que ir siempre detrás del jefe militar.

Bolívar, sin embargo, se sobrepone con paciencia a aquel ambiente delirante, y aunque su carta a don Martín es de tipo familiar y no rehúye las

normas más llanas del lenguaje popular, resulta un agudísimo resumen de lo que debía hacer reír y de lo que podía hacer llorar en aquella imagen de Venezuela.

Dice así su primer párrafo:

> Mi querido Martín: He recibido una carta tuya muy atrasada, de mayo, y con ella una proclama; aunque me parece muy buena, no es conveniente; te diré de ella lo que dijo Sócrates a un amigo suyo que le presentó una bella defensa para que se salvase de la persecución de sus enemigos. Le respondió, digo, está muy buena, pero no me conviene, porque un par de zapatos, aunque estén bien acabados, no sirven a todos los pies. El Canónigo restableció el gobierno que tú deseas y ha durado tanto como casabe en caldo caliente. Nadie lo ha atacado y él se ha disuelto por sí mismo. En Margarita lo desobedecieron; en Carúpano lo quisieron prender; a bordo lo quisieron poner en un cañón, se entiende para llevar azotes; aquí ha llegado y aún no le he visto la cara porque los individuos se dispersaron, no de miedo sino de vergüenza de que los muchachos lo silbasen. Yo he usado de la moderación de no haber escrito ni una palabra, ni de haber dicho nada contra el tal gobierno federal y, sin embargo, no ha podido sostenerse contra todo el influjo de la opinión. Aquí no manda el que quiere sino el que puede.

Esta última frase puede parecer dura: "Aquí no manda el que quiere sino el que puede". Es de las citas que suelen tomar aisladamente los que quieren amparar bajo el prestigio del Libertador el mando simple y personal basado en la fuerza. Pero no es ese el sentido que tiene en Bolívar: véase que la precede el argumento de que nada ha hecho ni escrito contra el atolondrado intento de renovar el gobierno de la Primera República; igual moderación se proponía emplear con los caudillos: en las instrucciones que da a Sucre acerca de la conducta que debe observarse con los revoltosos de oriente, le indica: "La política, más que la fuerza, debe obrar en esa provincia. Así, pues, encargo a Ud. infinito que mueva todos los resortes del corazón humano, para someter al gobierno a los disidentes que el general Mariño ha extraviado. Ustedes no deben tener más enemigos que los públicos, como lo hago yo y he hecho siempre. ¿Quién puede tener enemigos por hermanos?". Y poco después le reitera:

> He recibido con mucho gusto su apreciable de 5 del corriente en Maturín, en que me participa los asuntos ocurridos con el general Marino y en que Ud. se ha portado con la delicadeza y tino que yo esperaba (…) recomiendo a Ud. mucho que si el general Mariño se somete voluntariamente, se le trate con la mayor dignidad, y como a un hombre que acaba de hacer un importante servicio con no haber manchado las armas de Venezuela con la guerra civil. La disminución del mal es un bien, y este debe premiarse en cuanto sea compatible con el decoro del gobierno, que es en lo que consiste la mayor dificultad para poder ejercer la clemencia.

Por eso, porque estaba siempre dispuesto a mover todos los resortes del corazón humano antes de apelar a la fuerza, porque en medio de las pasiones y extravíos de los otros juzgaba que era preciso, antes que todo, conservar delicadeza y tino, es por lo que podía ir ajustando perseverantemente aquel pequeño género humano en ebullición. Extraño mundo en el cual ya se insinuaba lo que debía ser la tragedia fundamental de Hispanoamérica: que los hombres y los sentimientos que habían concurrido a la destrucción de la tiranía no siempre eran los más adecuados para establecer la libertad.

Pero tampoco era aquel propósito de contemporizar lo único que lo movía. Un principio superior es siempre la razón de sus actos: que él no puede considerarse un jefe de partido, sino el dirigente en la reconstrucción espiritual en la república. Tan arraigada lleva esta conciencia de su misión que al final de su vida, cuando desconocido por todos, solo el Ecuador le ofrece asilo, prefiere el destierro y le escribe a Sucre: "La República se va a dividir en partidos; en cualquier parte que me halle me buscarán por caudillo del que se levante allí; y ni mi dignidad ni mi puesto me permiten hacerme jefe de facciones".

Así estaba en todas las circunstancias pendiente de lo que "no podía hacer" tanto como de lo que le correspondía realizar; y en ese impreciso límite entre lo que le estaba vedado y lo que debía intentar, se detiene en el filo de la angustia. Cuando se trata de operaciones militares, suele atropellar para forzar la victoria; como magistrado, su mayor preocupación es aprender a dominarse y respetar. Frente a los españoles dice a Soublette en Ocumare: "Lo que parezca a Ud. temerario es lo mejor, pues la temeridad

en el día es prudencia". Pero en medio de las discordias civiles se acoge a una extraña cautela: que la disminución del mal es un bien.

En 1827 encuentra a don Martín Tovar, sordo como siempre a sus advertencias sobre los peligros de la dispersión federalista, y cuando lo abraza en Caracas y le dice: "¡Martín, sólo el Ávila y tú no cambiáis!", sin duda había tanta admiración como cariñoso reproche en aquella frase. Sin embargo, tiene para el abnegado patriota la mayor consideración y silencia la ansiedad que le produce su actitud.

Otro republicano de intachable carácter, el general Ramón Ayala, se mostró también siempre remiso a la amistad que el Libertador le brindaba. No obstante, Bolívar le escribía a Páez en 1828: "Yo conozco a Ayala y es incapaz de una traición o de una intriga siquiera, cualesquiera que sean sus sentimientos. Nunca ha sido adicto a mí, pero el estimar la honradez es un aliento para los otros de parte de quien juzga con imparcialidad de sus mismos enemigos". Y como Ayala seguía siéndole hostil, le manifiesta en carta personal del año siguiente: "Puede Ud. estar seguro que jamás he tenido la más ligera desconfianza de Ud., y que siempre, como actualmente, he sido y soy su amigo de corazón".

Siempre rechazó Bolívar la mentira como una demostración de debilidad: "soy demasiado fuerte –decía– para degradarme a engañar"; y como por otra parte sabía que la violencia engendra la violencia, y que cuando los gobiernos no se detienen en el camino de la represión establecen un desorden que acaba por consumirlos, "en las guerras civiles –escribe a Gual en 1815– es política el ser generosos, porque la venganza progresivamente se aumenta".

No vacilaba en poner la bondad entre las grandes cualidades de un militar. Cuando hace el elogio de Sucre, indica: "Es uno de los mejores oficiales del ejército; reúne los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom".

Son demostraciones de su carácter tomadas casi al azar, al hojear su correspondencia. Y de pronto nos sorprenden con este descubrimiento: la frecuencia con que el Libertador ocurre a consideraciones de índole moral para juzgar de los hombres y de los sucesos. Habitualmente los políticos,

pendientes siempre de lo que es útil, oportuno o necesario, olvidan gradualmente toda clase de apreciaciones de carácter ético, al decidirse sobre sus propios actos o los ajenos. Y llegan a tal dureza en ello, que consideran con desdén la invocación de juicios puramente morales. Más aún: hasta la misma opinión pública se muestra inclinada a admitir que los políticos no pueden guiarse por la moral, y con la mayor naturalidad se acepta que si un hombre público o un partido político mienten, difaman o traicionan, es porque eso, en gran parte, es inherente a su actividad. Bolívar jamás quiso ampararse en ese cómodo sofisma. Para decidir en sus actos de gobernante, tanto como para juzgar de sus colaboradores y para responder de sí mismo, invoca siempre las que deben ser fundamentales virtudes humanas: la justicia, la veracidad, el respeto a sí mismo, los miramientos que se deben a los servicios, honradez, talento o conocimiento de los demás, la lealtad, el desinterés. Y con bastante frecuencia sintetiza estas cualidades en una expresión familiar que indica cuán hondamente viven en él: las llama, simplemente, decencia.

Señores: No me he esforzado en ser brillante. Considero que para estos casos es irreverente el artificio inútil. Como si unidos en espontánea manifestación de afecto, ustedes y yo hubiésemos preferido, para rendirle homenaje al Libertador, recorrer alguna narración de su vida y algunos tomos de sus cartas, me he limitado a expresar en alta voz lo que cualquiera de ustedes hubiera podido decir con mejores palabras.

Pero cuánto bien recibiríamos todos y llegaría a la patria, si los venezolanos quisieran repetir a menudo actos tan sencillos como este; y con igual deseo de comunicación espiritual consagran al Libertador algunos momentos de recogimiento y meditación. Parece que es muy difícil. Voces desatentadas –las voces de la mentira y del odio– lanzan hoy sobre las multitudes las redes del proselitismo; y el adolescente aprende a aceptar consignas antes de tener ideas, a aplaudir y no a deliberar, a seguir otro hombre porque lo seduce su manera de gesticular; y glorifica o condena por imitación o por cobardía. Con diabólica previsión los nuevos pastores de pueblos adiestran a sus adeptos para que consideren risible o artero cualquier intento de devolverles su independencia intelectual. Como un atentado se considera la sencilla observación de que si solo se glorifica en

los jóvenes el arrebato y la fantasía, no podrá confiársele a la juventud la misión que corresponde a la virilidad reflexiva. Mucho se habla de la rebelión de las masas; más acertado sería alarmarse de la excesiva docilidad de las masas. Docilidad bulliciosa o callada, a gusto del que manda; pero siempre sin dignidad ni alegría. Y en medio de la cual vería el Libertador repetirse la terrorífica visión de su discurso de Angostura: "La ambición, la intriga, abusan de la credulidad y de la inexperiencia de hombres ajenos a todo conocimiento político, económico o civil: adoptan como realidades las que son puras ilusiones; toman la licencia por la libertad, la traición por el patriotismo, la venganza por la justicia. Semejante a un robusto ciego que instigado por el sentimiento de sus fuerzas, marcha con la seguridad del hombre más perspicaz, y dando en todos los escollos no puede rectificar sus pasos".

¿Hasta cuándo? ¡Hasta cuándo!

CARLOS BORGES

DISCURSO DEL PRESBÍTERO DOCTOR CARLOS BORGES EN LA INAUGURACIÓN DE LA CASA NATAL DEL LIBERTADOR*

BENDITO Y ALABADO sea el Misterio de la Santísima Trinidad, el Santísimo Sacramento del Altar, y la Purísima Concepción de María Santísima Señora nuestra, concebida sin mancha de pecado original, y llena de gracia desde el primer instante de su ser natural. Amén.

No es la primera vez, señores, que se oyen aquí estas palabras. Las saben de memoria esos viejos muros. El suave aroma de fe sencilla y de ingenua piedad que ellas respiran impregnó en otros siglos el sagrado ambiente de esta casa. Como en casi todos los hogares de la Colonia, construidos por la alianza de la cruz y la espada como nidos de águila en la firmeza inconmovible de la roca romana, día y noche, desde la campana de la aurora hasta el toque de ánimas, por esas salas, por esos corredores y galerías, pasaba el "bendito" de boca en boca, de corazón en corazón, como un eco del cielo. Perla de eucología en preciosa síntesis teológica, era la oración familiar de cada momento y como la respiración del alma española. Decíala el amo de la casa con claro timbre de devoción viril, sin sombra alguna de respeto humano; vertíala con dulcísima unción la esposa y madre amorosísima sobre el cándido sueño de las cunas; florecía en los labios de los niños –al despertarse y al dormirse– dilatada por el encanto de una sonrisa angélica, o graciosamente cortada por el rosado bostezuelo de las frescas boquitas inocentes; a su influjo parecían cobrar luz de aureola las canas del abuelo;

* Discurso pronunciado en la inauguración de la casa natal del Libertador restaurada durante las fiestas centenarias de Carabobo, el 5 de julio de 1921.

y su esencia subía hasta Dios en el suspiro del esclavo como el perfume de la mirra desde el carbón candente.

Sabemos de cierto cómo la devoción al augusto Misterio de la Santísima Trinidad era tradicional en la ilustre familia cuyos huéspedes somos en este día de glorificación nacional. Innumerables son los documentos públicos y privados de donde se desprende el olor celestial de esta noticia. Eran los Bolívar patronos del antiguo templo dedicado en Caracas al misterio fundamental de nuestra fe; la capilla erigida por su piedad en nuestra santa iglesia catedral para honor del mismo misterio, fue y es aún panteón de la familia; y toda la luz recogida de generación en generación por las almas de toda aquella noble gente en la contemplación del Dios tres veces santo, parece condensarse, al fin, en estrella de gloria y caer con las aguas del bautismo, en señal de un destino excelso, sobre la frente del último de los Bolívar: Simón José Antonio de la Santísima Trinidad.

Ahora comprenderéis, señores, por qué al subir a esta tribuna para dar cumplimiento al encargo honrosísimo que se me ha confiado, he puesto, ante todo, en mis labios, la oración que sirve como de antífona a mi discurso: ella es la llave milagrosa que ha de abrirnos el alma de esta casa, templo de nuestro patriotismo, solar de nuestra gloria, y Belén de la libertad para toda la América española.

¿No veis cómo al conjuro de esa fórmula santa todo parece transfigurarse en este instante en torno nuestro? El tiempo se echa atrás como la corriente del Jordán al paso del arca del Señor, la rueda de la historia retrocede más de cien años, el presente desaparece, descórrese el velo del pasado, la visión de otro siglo se dilata ante nuestro asombro, y el genio tutelar de esta mansión, saliendo a nuestro encuentro, se dispone a introducirnos en la secreta intimidad doméstica de los Bolívar y Palacios. Sigámosle en espíritu con recogimiento religioso.

Pero antes, señores, reclamo una silla entre vosotros para Ezequiel Vivas, Landaeta Rosales, Luis y Antonio Malaussena, Christian Witzke, Manuel Piñero, y cuantos contribuyeron generosamente con su grano de arena o de oro a la restauración de este santuario: y entre ellos un asiento de honor, hecho como con lirios blancos bajo dosel de luz, para Elena Escobar, la noble y bella esposa de Vicente Lecuna.

Estamos en el siglo dieciocho, en la apacible Caracas de la Colonia, devota y gentil como siempre, frente a la plaza de San Jacinto: en la casa de don Juan Vicente Bolívar y Ponte. Sobre el portal soberbio campea el escudo de la estirpe, rudamente esculpido como por las tormentas del Cantábrico en brava roca de Vizcaya: podría decirse de esa piedra que es un beso de España en el frontón altivo del más noble solar caraqueño. Suele así la leona sellar en la frente sus cachorros con mordiscos de amor. Acaso el primer Simón Bolívar, en sus andanzas de conquistador, ungió esta misma piedra como Jacob la suya en el desierto, después de haber soñado sobre ella, en una noche triste, la redención de un mundo por un hijo de su linaje.

Atravesamos el vestíbulo y el primer corredor entre oficiosas reverencias de esclavos burdamente vestidos, a usanza de la época, con anchas blusas de listado, todos pulcros y comedidos, todos contentos y orgullosos de pertenecer a casa rica. —"Pasen adelante sus mercedes". Y entramos al salón principal.

¡Cuánta magnificencia! Y al mismo tiempo ¡qué fino culto al arte!, ¡qué hidalgo sello de buen tono, de suprema elegancia, de auténtica cortesanía en el suntuoso estrado! ¡Qué gravedad en la belleza y qué gracia en el señorío! ¡Cuán noblemente se armonizan en el decoro y ornamento del procero recinto la austeridad de los Bolívar, gente de guerra y de trabajo, con el diletantismo de los Palacios, gente de arte y letras! Magníficos espejos multiplican la luz y prolongan infinitamente la ilusión del espacio, como para que el alma de la alcurnia pueda caber entre estos muros y mirarse a sí misma, toda clara, diamantina toda, como en el Castillo Interior de Santa Teresa. Soberbias cortinas de púrpura en puertas y ventanas, coronadas por cornisas resplandecientes como de oro bruñido, dan regio aspecto a la fastuosa estancia. Riquísimas alfombras enmollecen el piso, como blando musgo de seda para el pie, perla y flor, de las damas. Tiemblan los iris en el cristal de las arañas, que como encantadas princesas, bajo los áureos rosetones, sueñan que están tejiendo futuras banderas de gloria. Con la reluciente doradura y el gótico flamante de los muebles, contrasta, en un ángulo del salón, el viejo clave enorme, cuyos tersos marfiles han sentido la unción ferviente de las manos del padre Sojo, patriarca de la música en Venezuela, benemérito fundador de la Academia de Blandín,

maestro de Lamas y Landaeta, y cuyo noble apostolado artístico habrá de ser doblemente bendito, en el genio inmortal de sus discípulos, dando a Dios el *Popule Meus* y a la patria el *Bravo Pueblo.*

En el sitio de honor, sobre el sofá, desde su regio marco de oro, la efigie de Carlos III preside la lujosa iconografía de la casta. Mirad cómo a un lado y otro del rey la robusta vid boliviana extiende con orgullo, cuajados de gloriosos racimos, los cálidos sarmientos de su sangre.

Este infanzón de rostro enérgico, de frente audaz y pecho hercúleo bajo el jubón de acero, es el primer Simón Bolívar, el *anciano*, el conquistador, el plantador en Venezuela de la más vigorosa estirpe que arraigara en tierras de América; corregidor general de la ciudad de Caracas y su provincia, y por cuya valiosa influencia otorga el rey escudo de armas a nuestra gentilísima Santiago de León.

Este otro, de hábito eclesiástico, de semblante severo que dulcifican, sin embargo, los expresivos ojos, de un sereno azul místico, es Simón Bolívar el joven, llamado por sobrenombre el Americano, encomendero de San Mateo, tan activo en la guerra como laborioso en la paz, quien al perder la amada esposa, en la desolación de su viudez temprana, irremediablemente triste, suelta su potro de batalla, desunce sus bueyes, liberta sus esclavos, y estrechándose aún más con la cruz por medio de la unción sacerdotal, encuentra en la sotana, definitiva y negra, un luto digno de su duelo. No hará lo mismo en caso idéntico el último Simón Bolívar; antes bien, fiel a su destino, esconderá su dolor, como una oruga, en su corazón, bajo su blusa de soldado: allí el recuerdo de Teresa, allí Teresa misma, dormirá al sol de las campañas, en gestación de gloria, su largo sueño de crisálida, hasta que un día la mariposa angélica, desplegando los iris de sus alas, saldrá con el alma del héroe, tendido en su lecho de Santa Marta, para volar eternamente juntas, más allá de esa última orilla de su América, más allá del mar de los siglos, por todos los cielos de la inmortalidad.

Siguen, en orden de abolengo, Antonio y Luis, campeones del trabajo, agricultores y criadores, quienes, además del heredado cargo de Encomendero, ejercen el no menos honroso de Justicia de Aragua, y en cuyas manos, nunca ociosas, se aumenta considerablemente el cuantioso caudal de la familia.

Viene luego don Juan de Bolívar y Villegas, teniente de gobernador en la Capitanía de Venezuela, fundador de San Luis de Cura, soldado valiente y devoto, como aquellos sus remotos abuelos peninsulares, concreción de la virtud vasca en el troquel católico, dignos de ser armados caballeros por un Ignacio de Loyola, bajo el propio árbol de Guernica. Fue este mismo Bolívar y Villegas quien, dando hermoso ejemplo de humildad cristiana, quiso y mandó en su testamento que se le enterrase en el umbral del convento de las Concepciones, para que en aquel sitio de público pasaje pisara todo el mundo las cenizas del pecador. Religiosamente fue cumplida su voluntad. Las lámparas de las vírgenes prudentes alumbrarán allí por mucho tiempo la tumba del soldado. Ejércitos que regresarán victoriosos de allende el Cuzco aclamando al Libertador pasarán por sobre esos huesos sin lograr conmoverlos; ni el Libertador mismo los hará incorporarse cuando se descubra ante ellos y se incline para arroparlos con el gonfalón de Pizarro: allí estarán perpetuamente bajo los pies de las generaciones, en el olvido y en la gloria de su voluntaria humillación.

Remata y corona esta iconográfica asamblea de varones perínclitos el retrato de don Juan Vicente Bolívar y Ponte, actual jefe de la familia. Hombre de placeres y de negocios, galante y discreto, generoso y magnánimo: de joven, permanece durante cinco años en la brillante corte de Madrid, ilustrando su inteligencia y aquilatando su cultura, sin que aquel ambiente impropicio a sus sentimientos liberales logre ahogar en su pecho el espíritu de independencia que constituye la fisonomía de su carácter y que le llevará un día a habérselas con el propio Consejo de Indias en defensa de su conducta como jefe del batallón de Aragua. Favorito de la fortuna, atrevido y perseverante en sus propósitos, de una asombrosa actividad, atiende personalmente a la administración de sus varios fundos agrícolas y pecuarios, y al mismo tiempo establece en Caracas una vasta empresa mercantil, estudia la implantación de nuevas industrias en la Colonia, desempeña con eficacia y brillo su honroso cargo de coronel de las milicias aragüeñas, se desenvuelve con suma habilidad y cordura en cuantos líos le arman la malevolencia y la envidia, y con la mayor probidad y la más pulcra y clara economía duplica su hacienda en breves años. Más tarde María Antonia, su primogénita, heredera del carácter, del buen juicio y de los talentos

financieros de su padre, escribirá desde Caracas a su glorioso hermano en el Perú, refiriéndose a las minas de Aroa, estas palabras estupendas: "Envíame tu poder para recoger todo lo que está perdido por abandono y nos pertenece por herencia de nuestros padres, pues es un dolor que todos se aprovechen y estén gastando lo que a nosotros nos toca y hace falta: tan malo es coger lo ajeno como desperdiciar lo propio". Pero arará en el mar María Antonia: su lección no será aprendida por el sublime pródigo, y los cobres de Aroa habrán de estar siempre muy lejos de quien ante el radiante ensueño de la América libre verá con desprecio a sus plantas todos los oros de los incas.

Tiempo es ya, amigos míos, de que se nos presente a la señora de la casa: doña María de la Concepción Palacios y Sojo de Bolívar y Ponte. Tiene veintitrés años: su belleza es fina y delicada como la de los lirios avileños. Porte gentil, silueta aristocrática, y un aire indefinible de ingénita prestancia que la distingue entre todas las de su rango. Su estatura, ni grande ni pequeña, es la que Shakespeare requería para la bienamada: llega hasta el corazón de su marido. Ojos grandes y negros, de suave fulgor místico, a la sombra de luengas pestañas, ojos candorosos y humildes, inconscientes de su poder y de su gloria. Negro, también, y ondulante y copioso el cabello. Boca de dulzura y de gracia, donde es luz la sonrisa, la bondad miel y música el acento. Tez de blancura alabastrina, con esa palidez de buen tono de las jóvenes principales, criadas y florecidas, faltas de sol y mundo pero pulcras de cuerpo y alma, en el recogimiento conventual de las viejas casonas coloniales. La benignidad y la ternura le son connaturales, como el perfume a la azucena y la dulcedumbre al panal. Jamás en su presencia se fustigó al esclavo sin que al punto ella no detuviese, imperiosa o suplicante, el brazo del verdugo. Y alguna vez dio sus pechos de madre joven al huerfanillo negro, y cerró los ojos del anciano que encaneció sirviendo a la familia por más de tres generaciones. Por eso la veneran los infelices como a una Isabel de Hungría. Y es de verla por esas calles, rumbo al templo, con su real traje de terciopelo negro guarnecido de riquísimas blondas, en su litera de patricia, dorada como un trono. Pórtanla con orgullo sobre sus recios hombros cuatro Hércules africanos, y un gracioso grupo de doncellas mulatas la precede, llevando una la alfombra, otra el abrigo, esta la sombrilla,

y aquella de quince años –su ahijada y favorita– el devocionario y el flabelo de su buena ama y madrina; todas limpias y honestas tocadas de blanco, cubierto el núbil seno por vistoso pañuelo de Madrás, de estreno la gaitera alpargata y olorosos a jabón de Castilla y a mastranto y a alhucema la camisa de gala y el fustán dominguero.

A fuer de Palacios y Sojo, también es ella filarmónica, y canta, y pulsa el arpa y se atreve con la guitarra. En extremo pulcra y hacendosa, mantiene la casa, según su habitual expresión, "como una tacita de plata". Y aunque le sobran sirvientes, esta mujer insigne que ha heredado de sus mayores el culto por los santos y por los héroes, sacerdotisa y reina del hogar, con sus propias manos cubre de flores el altar doméstico, prende la lamparita de la Virgen, pone al sol las antiguas banderas y limpia y abrillanta los aceros de las panoplias. Y a veces, como ante un espejo mágico que le hiciera inefables revelaciones, se queda pensativa y como soñando ante la hoja de una espada.

Tres veces madre a los veintidós años, ya se advierte en ella esa ennoblecedora fatiga que sigue siempre a los grandes esfuerzos creadores, y por la cual el mismo Dios, según dice en figura el Génesis, se sienta a descansar ante su obra. La aparente debilidad de su constitución física, cierta expresión como de abatimiento en su semblante, y su misma temprana y excesiva fecundidad anterior, harían tal vez creer que se ha agotado en ella la sagrada fuente de la vida. Pero la omnipotencia del Altísimo ha puesto prodigiosas y extraordinarias reservas de energías fisiológicas y morales en esta admirable criatura, predestinada a concebir en sus entrañas al redentor de América.

Estamos en octubre de 1782. Tres hermosos niños, frutos del más feliz consorcio, alegran este hogar: María Antonia, la primogénita, Juana María, la segunda, y Juan Vicente, orgullo de su padre, cuyo nombre lleva. ¿Qué más pueden pedir al cielo los esposos Bolívar-Palacios, ricos, ilustres, poderosos, amados, y con prole ya suficiente para enaltecer la rama propia en el árbol genealógico de la familia y de la raza? Pero Dios abre el libro de sus decretos eternales, escribe en él un nombre, crea un espíritu, y hace un signo al arcángel de las anunciaciones que al punto arranca del empíreo en vuelo hacia un rincón de América, hacia la humilde y hermosa ciudad del

cerro azul, los techos rojos y las palomas blancas. El paraninfo excelso se detiene un instante sobre esta casa, como para reconocerla y bendecirla. Bajo el plumaje iridiscente de sus alas radiosas, trae un alma dormida en su seno como una estrella en un celaje, y penetrando, al fin, como en un santuario en esa alcoba, deja caer dulcemente sobre el altar de amor el divino regalo del Altísimo.

Y ahora, señores, permitidme un paréntesis. El instinto de los pueblos casi nunca se engaña. Por muchos años el 28 de octubre fue celebrado en Venezuela como un gran día de la patria. Creyose al principio que ese día no solo era el onomástico, sino también el natalicio del Libertador. Más tarde, una disposición legislativa rectificó este error, trasladando la fiesta nacional al 24 de julio, verdadero aniversario del nacimiento del grande hombre. Pero yo me atrevo a creer que lo que el sentimiento popular festejaba sin saberlo, y como por instinto, el 28 de octubre, era un acontecimiento todavía más grandioso, cuya gloria nos envidia toda la América: ¡La encarnación del verbo de la Libertad en el seno de una mujer venezolana!

Nueve meses después, en esa misma alcoba, nace Simón Bolívar. Es un débil niño que llora como todos los hijos de Adán, pero en ese puñado de arcilla humana ha insuflado Dios el espíritu a cuyo aliento palpitará pleno de vida heroica el corazón de un continente. Entremos, hermanos, a esa alcoba, pero en silencio y de puntillas, no sea que despierte la joven madre. Profundamente quebrantada por tan portentoso alumbramiento, bien ha ganado su descanso la pobrecita. ¡Duerme, mujer gloriosa: duerme, madre, y sonríe en tu sueño, porque ya es tuya la corona de la inmortalidad!

Alumbra débilmente la estancia, ardiendo ante la imagen de san Ramón, patrono de las puérperas, un cabo de cirio pascual, por cuya virtud, según una antigua creencia, las que están a punto de ser madres esperan salir bien del duro trance. A la luz del blandón votivo se descubre el precioso lecho, de áureo copete gótico y soberbio pabellón de damasco; y sobre el lecho, entre finísimas holandas, sedas, plumas y edredones, al lado de la madre dulcemente dormida, el inquieto recién nacido pugna ya por salirse de sus pañales.

Todo es contento y alegría en la casa, llena de parientes y amigos que han venido a dar sus parabienes a don Juan Vicente y su esposa. Desde el

salón de honor y la nupcial alcoba hasta el gallinero y la cocina trajinan por doquiera, con diligencia insólita, sirvientes y esclavos. Distínguese entre estos la negra Hipólita, de antemano elegida para aya del niño. Hermoso tipo de su raza, inteligente, vigorosa, limpia, honesta, de carácter dulce y jovial, Hipólita es la flor de las esclavas. Tiene veintiocho años y está avaluada en 300 pesos. Es la misma de quien un día el Libertador, en el apogeo de su destino y de su gloria, dirá a su hermana María Antonia, recomendándosela encarecidamente: "acuérdate que yo no he conocido más padre que ella". Ella, en efecto, será la humilde sombra de su infancia huérfana; ella guiará los primeros pasos de aquel cuyas huellas serán naciones libres; y cuando el Padre de Colombia, consumada su inmensa obra, descanse ya bajo la limosna de tierra dada a sus tristes huesos de proscrito, la negra Hipólita que, inconsolable, le sobrevivirá por mucho tiempo, será sobre su tumba como un lacrimatorio de basalto.

Llega el día solemne del bautismo: la santa ceremonia se cumple en esta vez con singular magnificencia. ¡Dínoslo tú, piedra sagrada, copa llena de cielo, corazón del Ávila, Jordán del pueblo mío, tú que diste el agua redentora al que en la cuenca de su mano recogerá todos los ríos de América para aplacar la sed del Derecho crucificado sobre el Gólgota de los Andes y ya en su tercer siglo de agonía!

Desde hoy y para siempre Simón Bolívar es cristiano: lo ha engendrado a la vida de la gracia, en virtud del primer sacramento, su ilustre pariente el canónigo don Juan Félix Jerez de Aristeguieta y Bolívar, quien, poseedor de cuantiosos bienes, funda opulento mayorazgo en obsequio y para patrimonio de su dichoso ahijado y deudo. Hierve el hogar en regocijo. Cuanto brilla en Caracas por la nobleza o la fortuna se encuentra allí presente. Revienta, de pronto, en el zaguán, con resonante júbilo la magnífica orquesta de la Academia de Blandín. Así saluda el padre Sojo la entrada triunfal de su sobrino en el camino de la cruz, que es el camino de la gloria. En la exaltación del entusiasmo, se alzan, plenos de vino, vasos y corazones: son viejos vinos españoles, color de sangre y oro como la bandera de la Conquista: vinos de altar y trono, topacios y rubíes que fulguran gloriosamente dentro de las cosas en círculo, cristalina corona de la fiesta. Desde las ventanas de par en par abiertas, los padrinos tiran puñados de menudas monedas a la

chiquillería insaciable que aturde la calle con sus vivas. En el fondo del último patio, al son de arpa y maracas, los esclavos bailan la zamacueca. Y lejos del grupo servil, en el centro del señorío, más que todos alegre y orgullosa, Hipólita desempeña sus funciones de aya. ¡Vedla qué mona y qué galana, con más adornos que la palma del arzobispo el Domingo de Ramos, "con su blanca risa de negra", cien cocuyos en cada ojo, en la mano una onza de oro, regalo del padrino, y el Sol del Perú, limpio de toda mancha, amaneciendo entre sus negros brazos!

Pero aquí me detengo, señores, para cobrar aliento. No es posible, en el breve espacio de un discurso, revivir toda la historia íntima de esta casa durante el tiempo en que fue solar de los Bolívar: contentémonos con que pasen por nuestro espíritu, y como en sueño, algunas de las primeras impresiones que en este sitio, teatro de su infancia, recogiera en su corazón el hijo de Caracas, Libertador de América.

Ya hemos visto el primer salón y la alcoba matrimonial. Pasemos, si os place, al saloncito ingenuo y cómodo de las confidencias familiares, pero sin ceder a la tentación de arrellanarnos en los frescos y holgados sillones de cuero, vetustos y cordiales como abuelos, tronos de paz, nidos de reflexión, cátedras de consejo, confesionarios del amor materno, siempre propicios al perdón, amigos fieles "en los días sin sol de la mala fortuna" y en las noches de vigilia, eternas, en el dolor o ante la muerte.

Visitemos los dormitorios, amplios, claros y limpios, naves del templo conyugal, donde las blancas camitas de los niños, cada una con su santo a la cabecera y su cruz de palma bendita, son como altares de inocencia. No todo, sin embargo, es alegría de aurora en el alma del niño. El presentimiento del mal suele poner en ella terrores indecibles, tanto más espantosos cuanto más imprecisos. El coco, ese tremendo mito de la infancia, corresponde a una realidad en el mundo de los espíritus: el coco existe, el coco es el mal, la personificación de esa fuerza enemiga que acecha siempre al hombre desde el fondo de lo desconocido y que el Evangelio llama la *potestad de las tinieblas.* ¿Quién no ha sentido alguna vez cerca de sí, en la oscuridad, las pisadas del león invisible que, según san Pedro, anda dando vueltas por el mundo buscando a quién tragarse? Ciertamente la bestia maldita nada puede contra los inocentes, pero Dios le permite acercarse a

las cunas y proyectar su horrible sombra sobre las blancas almohaditas: de ahí los terrores infantiles.

Es una noche de noviembre profundamente oscura. En el zaguán duerme un esclavo, como si no fuera garantía suficiente contra el peligro de ladrones el enorme aldabón de hierro que asegura por dentro el portón. Pero, ¿cómo impedir el paso a los fantasmas? Los niños, transidos de miedo, se acurrucan en sus camitas escondiendo la cabeza bajo las sábanas, sin poder conciliar el sueño. La culpa es de la negra Catalina que se ha puesto a contarles pavorosas consejas. El viento ruge entre los árboles, se precipita aullando por los solitarios corredores, y sacude las hojas de las puertas, cuyas aldabas golpetean como si alguien estuviese llamando al aposento con azarosa prisa. La imaginación de los pequeños se exalta hasta el paroxismo del terror. Les parece que el aire huele a azufre y que oyen como el rastrear de una cadena. Todos los ecos de la noche, confusamente percibidos, corresponden en su alucinada fantasía a las horripilantes visiones evocadas por los cuentos de Catalina: el *Judío errante*, cuyo paso anuncian los perros con desgarradores aullidos; el alma en pena del *Tirano Aguirre* en forma de una llama sangrienta y lívida que corre a ras de tierra; la silueta espectral de la *Sayona* con su espantosa risa de calavera; la trágica cozcoja de la *Mula maniá* resonando siniestramente en la calle desierta, cerca de la ventana, sobre las lajas de la acera; y la *Mano peluda* arañando el portón en las tinieblas.

De repente, en medio de tantas pavuras, parte el corazón negro de la noche, como un dardo de oro, la campanada límpida, vibrante de la torre de San Jacinto. Son las doce y va a empezar en el convento el canto de maitines. A la voz del sagrado bronce pónense en fuga los espectros, toda la Tierra queda como bendita y olorosa a incienso, duérmense en paz los niños, y el Ángel de la Guarda los invita a recorrer juntos los jardines del cielo, donde, mientras sus hermanitas cortan flores para la Virgen, Simón, a quien encanta la honda de David, se agacha a recoger cinco luceros para apedrear con ellos la frente de Satán.

Continuemos nuestra visita. Veamos la biblioteca: se compone en su mayor parte de obras militares y religiosas, lo que nos revela, señores, en su raigambre heroica y mística, la formidable contextura del abolengo

boliviano, digno, en verdad, de aquella raza única que juntando en su recio puño la espada con la cruz, reja y esteva de su arado, aró el planeta con titánico empuje; hizo del Sol su buey, pues que todos los círculos geográficos pasaron por tierras españolas; sembró su sangre en los inmensos surcos, cosechó glorias infinitas, y harta ya de ser dueña del mundo le dio con Carlos V el puntapié de su desprecio.

Ahí está el patiecito predilecto de la señora, lindo y alegre, miniatura de la casa, con su tiesto de flores, y su pedacito de cielo, allá arriba, en la mano de Dios, como un pañuelo azul, lleno, en la noche, de diamantes. Ese otro, todo un primor, carmen de Andalucía, es el jardín de los granados donde las amigas de confianza suelen tomar el fresco, mientras los niños corretean entre los rosales persiguiendo las mariposas.

Pero entremos al comedor. Llegamos a buen tiempo, amigos míos, pues ya el almuerzo está servido, y a fe que huele bien. Preside la madre, por ausencia de su marido casi siempre en Aragua. A su derecha y a su izquierda, María Antonia y Juana María; más allá Juan Vicente, y en la cola Simoncito, el más tuno y travieso de la camada. Van y vienen, solícitos, los criados. Humea el sancocho suculento, multicolor y multisápido; síguenlo fresco pargo recién traído de La Guaira, rosada pulpa de ternera, gordas hallacas navideñas, y, de postre, piñas más dulces que las de La Esmeralda el día de Casacoima, y sabrosas cuajadas y ricos alfondoques de San Mateo. Luego el cacao y la siesta.

Duerme la casa toda bajo el bravo sol veraniego. Único vigilante, en la frescura umbría de su rincón, borda el claro silencio diurno con su hilo de cristal el tinajero. Amo este mueble vivo, tan misericordioso, tan caraqueño, corazón del hogar: dulce abuelita rezandera que desgrana día y noche, con cantarín arrullo, su rosario de lágrimas. ¡Cuántas veces en las zozobras del vivac, en la marcha bajo el bochorno, en el horno encendido de la pampa, sobre el volcán candente, cuántas veces el soldado libertador vio en los delirios de su fiebre el apacible manantial casero, con su verde penacho de culantrillo, la tinaja panzuda y sus hijas las graciosas pimpinas, conservando piadosamente, en la virtud de su armonioso barro, su límpido tesoro de frescura, como un alma purísima en el moreno cuerpo virginal de una hija de Guaicaipuro!

Por allí nos queda la cuadra. Se oye el piafar de los caballos impacientes. Son finos potros aragüeños de las propias dehesas de los Bolívar. Blasón del anca el noble hierro. En su relincho, timbre de trompeta. De pura sangre heroica, sus nietos recorrerán el nuevo mundo en galope triunfal, pegasos de la gloria, con banderas por alas. Uno, entre ellos, sobre todos: ese que partiendo del pie del Ávila atraviesa como un relámpago el corazón de Venezuela, esguaza el Orinoco, devora la cordillera andina, se traga la llanura de Casanare, tumba de una coz en el puente de Boyacá el Virreinato de Santa Fe, salva de un salto el Marañón, brinca por sobre el Chimborazo, patea el oro de Cuzco, sube, hecho símbolo, a ser blasón de nuestro escudo, y, hecho bronce, se encarama en el monumento donde, a la luz olímpica de la antorcha de la Libertad, que refleja el espejo del Hudson, mira a sus pies la gran patria de Washington y halla estrecho para su gloria el horizonte de los siglos.

Mayor solemnidad que la del bautismo reviste, siete años después, la fiesta de la confirmación, aunque no tan completa alegría, pues el padre de la familia ya está en la tumba. Recibe Simón el sacramento de manos del ilustrísimo señor Mariano Martí, apadrinándolo su tío don Esteban Palacios, el más querido de sus deudos y a quien honrará siempre la predilección de su egregio sobrino. Esto es cuanto puedo deciros de aquel tan celebrado acontecimiento. No tengo tiempo para más.

Juegan los niños. Detengámonos un momento ante este cuadro encantador. María Antonia y Simón, morenos, de ojos negros, como los Palacios; Juanica y Juan Vicente, rubios, de ojos azules como los Bolívar. No es menor el contraste por el temperamento y la fisonomía espiritual. Juanica, dulce y mansa, gota de miel, perla de amor, tesoro de ternura en la paz del nido doméstico; Antonia, fuerte y valerosa, de agudo ingenio y ancho corazón: seguirá paso a paso el curso de la guerra y de la política, y cuando ladre la calumnia contra la gloria de su hermano ella lo confortará con estas palabras magníficas que ha recogido la historia: "La malignidad y envidia ha llegado hasta el exceso de decir que te vas a coronar al Perú, y aunque ellos no lo creen así lo esparcen para sus fines particulares. Siempre les digo a todos que es una calumnia, que tú no lo has pensado ni deseado, que tú eres más grande solo con el título de Simón Bolívar que de emperador.

Dejarás burlados a todos los que creen ambicionas cetros y coronas; así lo creo y espero de tu ilustración y grandeza de alma, pues no solo en América del Norte se han de dar hombres grandes como Washington". ¿Dónde encontró, señores, esta sublime caraqueña la pluma de Plutarco? Mientras las dos chicuelas visten y engalanan sus muñecas, Simón combina y distribuye, estratégicamente, en batalla campal sobre el pretil, su minúsculo ejército de soldados de plomo, regalo del tío Esteban; y Juan Vicente, inclinado sobre la alberca, se divierte en hacer bogar frágiles barquichuelos que bien pronto naufragan, con toda su menuda tripulación de hormigas. ¡También él naufragará un día, mártir de la patria, en el Caribe azul como sus ojos y profundo como el misterio de su destino!

Pero no siempre son tan silenciosos sus juegos: mientras que los varones se desviven por jinetear con marcial arresto en los bastones, gustan las hembras de saltar la cuerda y azotar la peonza como un chiquillo rabioso, y cuando todos juntos juegan al *escondite*, la *candelita*, la *gallina ciega* o el *gárgaro*, con terebrantes gritos y estrepitosas risas y carreras convierten esos patios y corredores en verdadero campo de Agramante. A veces, como el viento les sea propicio, Simón y Juan Vicente, previo el permiso y la bendición de su madre, se llegan a la plaza de San Jacinto, en donde suelen reunirse, bajo la vigilancia de la casa paterna, con todos sus compinches del vecindario. Todos van provistos de vistosas cometas, y es una gloria ver la alegre tropa cuando en combate aéreo, armados de afiladas puntillas, disputándose el dominio del cielo, los policromos papagayos mienten enjambres de banderas.

Simón va a cumplir nueve años: ya no es hombre que teme a la *Sayona* ni al *Tirano*, y aun sería capaz de echar la pierna a la misma *Mula maniá.* Las lecciones de don Simón Rodríguez, el padre Negrette y los señores Carrasco, Vides y Pelgrón disciplinan su inteligencia, cuya educación perfeccionarán después Andrés Bello y el padre Andújar. Pero los libros no satisfacen a aquel discípulo insaciable que acosa con preguntas a sus maestros. Le gusta, sobre todo, oírles hablar acerca de las cosas de América. El aguilucho, inquieto, aletea al borde del nido. Es el visionario de Casacoima, el profeta del Chimborazo, el soñador de siempre. Una noche, sordo rumor de muchedumbre en lenta marcha, trémula luz de hachas al viento y el son

de una música tristísima, llenan toda esa calle. Es que sube la procesión del Nazareno. Simón sale a la puerta, y allí, de pie en el umbral, sombrero en mano, en medio del gentío, mira pasar el lastimoso icono. Jesús viene penosamente, agobiado por la cruz, el rostro casi negro, agonizante, cubierto de sangre, de sudor y de polvo, bajo la corona de espinas. Viene desde San Pablo, de más lejos aún, del extremo del mundo, del fondo de los tiempos, recogiendo el dolor de todos los pueblos oprimidos y agregándolo a su infinita pesadumbre de justicia y de amor. Según costumbre, va escoltada la santa imagen por una compañía de la guarnición de Caracas. Los soldados casi todos son españoles. Y el soñador se queda profundamente pensativo. Acaso en su visión interna compara las espinas de Judea en la frente del Nazareno con las bayonetas de España en las playas de América.

El 6 de julio de 1792 muere la madre. El viejo Palacios se apresura a participarlo a su hijo Esteban, hermano el más querido de la difunta. "Esta mañana a las 11 y media –le escribe– fue servido Dios llevársela". Ahí está, en esa sala, tendida en su ataúd. Toda la casa viste ostentoso luto. Por dondequiera negros cortinajes, alfombras sombrías, fúnebres candelabros, tétrica pompa de la muerte. ¿Qué se han hecho las flores del Ávila? Ni siquiera una rosa blanca para esa muerta. Solo negros crespones, y cirios, cirios, muchos cirios, y rezos, rezos, muchos rezos, en medio al llanto de los huérfanos y al lento y bronco son del esquilón de San Jacinto. Acerquémonos a la urna todavía abierta, alcemos una punta del pañuelo que cubre el rostro. ¡Qué pálida!, ¡qué tranquila!, ¡qué gloriosa! Tenía treinta y cuatro años.

Con su muerte se acaba este hogar: a poco se casan María Antonia y Juana María, muere el abuelo y los niños son enviados a Europa*.

Aquí termina, señores, el asunto de mi discurso: la historia íntima de esta casa mientras fue hogar de los Bolívar, en adelante la vida de Simón es ya asunto de la epopeya.

Dos palabras de epílogo. La última vez que Simón Bolívar estuvo en esta casa fue una tarde del año 27 a su regreso del Perú. Venía lleno de gloria y de tristeza, coronada de lauros la frente y de espinas el corazón. Las

* De acuerdo a investigaciones y búsquedas en fuentes bibliográficas, inferimos que María Antonia y Juana permanecieron en Caracas y Simón se trasladó a Europa después de 1798. (N. de B.A.).

cartas que en esos mismos días escribe a Sucre, Urdaneta, Salom, Wilson y otros amigos fieles, destilan la amargura de su alma, triste hasta la muerte. Eran entonces dueños de la casa, y en ella habitaban, don Juan de la Madriz y su esposa doña Teresa Jerez de Aristeguieta y Bolívar, prima del Libertador, quienes obsequiaron a su egregio pariente con un banquete de carácter íntimo en el cual se reunieron todos los miembros de la familia y unos pocos amigos de confianza. Bolívar se presentó sencillamente, en traje civil, de negro, y sin séquito alguno. Cuenta la tradición cómo el señor De la Madriz y su esposa dispusieron la fiesta con tan buen cariño y tan delicada gentileza, que el puesto ocupado en la mesa por el Libertador quedaba precisamente en el mismo punto donde él había nacido. Bolívar, al instante, se da cuenta de la fina intención de sus parientes, y aquel hombre acostumbrado a las emociones supremas, aquel hombre que llenaba el mundo con su gloria, se enternece hasta derramar lágrimas. Empuña su copa, se pone en pie, y habla. Es el discurso de su última cena, cuando ya se cernían sobre su frente las sombras del Calvario.

"Hermanos y amigos –dice– ¡con cuánto gozo me encuentro, como resucitado, en medio de vosotros! ¡Cuántos recuerdos se aglomeran en este instante sobre mi mente! Mi madre, mi buena madre, sale de la tumba y me ofrece sus brazos abiertos. Todos mis tíos, todos mis hermanos, mi abuelo, mi más tierna niñez, mis juegos infantiles, la confirmación y mi padrino con los regalos que me daba cuando era inocente, todo viene en tropel a excitar mis primeras emociones, la efusión de una sensibilidad deliciosa. Todo lo que tengo de humano se remueve en mí: llamo humano lo que está más cerca en la naturaleza, lo que está más cerca de las primitivas impresiones. Me habéis dado la más pura satisfacción con esta fiesta del hogar, en el seno de la familia y de la patria. Gozad, pues, como yo, de este placer verdadero. ¡Ojalá pudiera vivir entre vosotros el resto de los días que la Providencia me ha señalado, para que una mano fraternal cierre mis párpados y lleve mis reliquias a reunirlas con las de mis padres y hermanos que reposan en este suelo que nos vio nacer. Acaso algunos de vosotros habéis sentido el sueño de Epiménides: habéis vuelto de entre los muertos a ver los estragos del tiempo inexorable de la cruel guerra de los hombres feroces: os encontráis en Caracas como duendes que vienen de la otra vida y observáis que

nada es de lo que fue. Dejasteis una dilatada y hermosa familia: ella ha sido segada por una hoz sanguinaria: dejasteis una patria naciente que desenvolvía los primeros gérmenes de la creación y los primeros elementos de la sociedad: y lo encontráis todo en escombros: todo en memorias. Los vivientes han desaparecido: las obras de los hombres, las casas de Dios, y hasta los campos han sentido el estrago formidable del estremecimiento de la naturaleza. ¿Dónde están nuestros padres, dónde nuestros hermanos, dónde nuestros parientes? ¡Los más felices fueron sepultados dentro del asilo de sus mansiones domésticas; y los más desgraciados han cubierto los campos de Venezuela con sus huesos, después de haberlos regado con su sangre, por el solo delito de haber amado la justicia! Los campos regados por el sudor de trescientos años han sido agotados por una fatal combinación de los meteoros y de los crímenes. ¿Dónde está Caracas? Caracas ya no existe: pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo, ha quedado resplandeciente de libertad, y está cubierta de la gloria del martirio. ¡Este consuelo repara todas las pérdidas! A lo menos este es el mío y yo deseo que sea el vuestro. Habéis sufrido mucho pero os queda la gloria de haber sufrido mucho por haber sido siempre fieles a vuestro deber. Nuestra familia se ha mostrado digna de pertenecernos y su sangre se ha vengado por uno de sus miembros. Yo he tenido esa fortuna. Yo he recogido el fruto de todos los servicios de mis compatriotas, parientes y amigos. Yo los he representado a presencia de los hombres: yo los representaré a presencia de la posteridad".

El orador evoca de nuevo el recuerdo de su adorada madre, pero le ahoga la emoción, y el improvisado discurso termina en explosión de llanto. ¡Ah, el Presidente de la Gran Colombia, el Libertador de América, solo era un triste huérfano sollozando sobre las ruinas del hogar deshecho!

Ya era de noche cuando arrancándose a los brazos de sus parientes, y lanzando una última mirada de adiós a estos sitios donde corrió su infancia, solo, como había venido, Bolívar salió por esa puerta ¡para no volver más! ¡Lo esperaba la traición, el puñal de septiembre, la anarquía, el destierro, la tumba!

Esa noche, en el corto trayecto que hay de San Jacinto a Las Gradillas, vieron los transeúntes un hombre de rostro pálido y ojos ardientes, vestido

de negro, que iba de prisa, hablando a solas, como sonámbulo. Los que lograban reconocerle a favor de algún claro de luna cortado por la sombra de los amplios aleros, deteníanse, al punto, sorprendidos, y, ya sin tiempo para el saludo, se decían en voz baja, con profundo respeto: es el Libertador.

Señores:

Entre los magníficos festejos con que el gobierno nacional ha venido celebrando el primer centenario de Carabobo, uno de los más simpáticos, sin duda, ha sido la glorificación de esta casa, la consagración de este templo. Y yo me siento altamente honrado de que sea mi palabra en esta tribuna eco fiel de la gratitud de Venezuela para con el Benemérito general Juan Vicente Gómez, quien, con la paz, nos ha dado todos los bienes, y por cuya virtud patriótica se restituyen hoy a Caracas, con la inauguración de este edificio, los penates del Libertador.

Gracias, general, gracias en nombre de la patria, gracias en nombre de Bolívar.

Reciban igualmente la expresión de agradecimiento público el muy digno señor presidente provisional, doctor V. Márquez Bustillos y su ilustre gabinete, quienes con tanto celo han venido cooperando en la obra gigantesca del general Gómez, firme en sus bases, como la inmensa mole de los Andes, resplandeciente y laboriosa en las alturas, como el hormiguero rutilante de las estrellas.

El Gobierno se complace en ofrecer hoy, 5 de julio, a la veneración de los pueblos esta casa, cuyos sagrados muros son como páginas de *Venezuela heroica*, donde al margen de la epopeya pone sus maravillas el glorioso pincel de Tito Salas.

Reconstruido el templo, repuesta el ara, ¿dónde está el sacerdote? ¿A quién confiar las llaves diamantinas del santuario? ¿Quién mantendrá el fuego sagrado en este pritaneo de la gloria? No necesito nombrar a Vicente Lecuna. Cuarenta años de amistad íntima desde los bancos de la escuela, cuarenta años de acrisolado amor fraterno, amordazan mi lengua para el elogio de este gran boliviano.

Voy a concluir, señores. Del seno de la bandera española, inflada por el soplo del heroísmo, como del vientre grávido de Rebeca, nacieron a la guerra de la Conquista dos seres antagónicos: Lope de Aguirre y Martín

Tinajero, vale decir, el buitre y la paloma, el tigre y el cordero. Ambos, soldados: vasco el uno y andaluz el otro; el primero un demonio y el segundo un santo. Conocéis la historia de Aguirre, el Tirano de la leyenda: es un río de sangre, una tromba de crímenes. Tinajero, al contrario, es *el soldado beato*, como le ha llamado Díaz Rodríguez. Los primeros cronistas de Venezuela nos dicen el portento de su vida y el milagro de su muerte. Supo ser bueno y santo en medio de la bárbara turba de sus conmilitones, crueles y lujuriosos. Buscó El Dorado hacia dentro, en su corazón, donde ha dicho Jesús que se encuentra el reino de Dios; y puso más confianza en la cuenta de su rosario que en la bala de su arcabuz. Muerto en olor de santidad, fue enterrado en la sierra de Coro, en un rincón de la montaña. Y cuentan que muchos días después se halló su cuerpo desenterrado por las aguas, destilando bálsamos y mieles, entre flores y mariposas, y esparciendo suavísima fragancia, "con tanto ímpetu –dice fray Pedro de Aguado– que por más de cincuenta pasos a la redonda ocupaba todo el campo".

Pues bien, señores: yo veo en esto un misterioso símbolo del destino de Venezuela. España nos dio con su sangre cuanto de malo y bueno había en su espíritu: la crueldad y el valor, la superstición y la fe, el orgullo y la hidalguía, el odio y el amor. Aguirre y Tinajero son como dos semillas, de maldición y bendición, arrojadas en nuestro suelo. Los huesos del Tirano, polvo de Caín, la simiente maldita, después de una oscura germinación de tres siglos y del riego de sangre de nuestra independencia, nos dio la raíz de Carabobo, y nos estuvo dando hasta ayer no más, horrorosa cosecha de guerras fratricidas. En cambio, las cenizas de Tinajero, la semilla del bien, más tardía pero más fecunda, es ahora cuando empieza a dar frutos en abundancia. Y mientras se aleja de nosotros hasta perderse entre las sombras del pasado, la rastrera llama espantosa que con sus lívidos fulgores aterró tantas veces las vigilias de nuestra infancia, surge del opuesto horizonte, como el alma del santo andaluz, el bendito lucero de la paz, la estrella matutina de la futura Venezuela.

¡Que brille para siempre esa estrella sobre esta casa como la lámpara votiva de la patria sobre la cuna de su Libertador!

JORGE ZALAMEA

LITERATURA, POLÍTICA Y ARTE*

SEGÚN RELATAN las crónicas, al final del siglo XVIII la sociedad de Caracas, echando al olvido mejores tradiciones y cuidándose bien poco de merecer los mismos elogios que las generaciones anteriores se habían granjeado, dejaba mucho que desear en punto a la honestidad de sus costumbres. No sabemos si el mal ejemplo de algunos gobernadores de antaño –como aquel Juan Josef de Cañas y Merino que se perecía por las doncellitas de tierna edad, y era protector y socio declarado de contrabandistas y fulleros– o el contagio de los vicios que se habían infiltrado hasta la magistratura y el clero, o, simplemente, ese fenómeno de descomposición social que precede y anuncia toda gran revolución, fue lo que produjo la relajación de la moral en los hasta entonces honestos y pacíficos caraqueños.

Nosotros más nos inclinamos a creer que la causa de este fenómeno fuera el resentimiento que habían de experimentar las almas por la disminución de libertad que sufrían; resentimiento que, curiosamente, se manifiesta en la decisión del cautivo de cargar a las espaldas de su tirano el peso de las propias responsabilidades. "Si todo lo mío es tuyo, si mis acciones están regidas por ti –parece que ha de pensar el oprimido–. Sean también tuyos mis excesos, responde tú de ellos, y págalos así como te pagas de mis riquezas y trabajos". Una vez que el hombre cautivo llegue a hacerse tan tremenda reflexión, su alma está punto menos que perdida, pues no hay infierno comparable al que a sí mismo se fabrica el ser que ha declinado en otro la responsabilidad de sus excesos.

* *Literatura, política y arte*, Juan Gustavo Cobo Borda; ed., Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, pp. 189-213.

Sea como fuere, el cronista, dejando de ahondar en los terrenos de la moral, debía mirar y estar atento a los hechos, que tal vez estudiándolos halle solución más exacta para los problemas que se ha propuesto.

Así, pues, veamos en qué condiciones vivían los caraqueños bajo el gobierno de España, y no solo los caraqueños sino todos los americanos en general, ya que, en ligeras diferencias introducidas por el clima o la raza aborigen, lo que acontecía a la Capitanía General de Venezuela, se repetía en los virreinatos de México, Nueva Granada, Perú y La Plata, y en las capitanías generales de Guatemala y Chile. Como acontece en los vasos comunicantes, el nivel moral, político y cultural subía y bajaba en idéntico grado en todas las colonias americanas bajo el dominio de España.

Sabido es que uno de los más atentos cuidados de la política española en sus Américas fue el monopolio de la instrucción. Un peregrino concepto hacía suponer a los gobernantes que un pueblo ignorante, supersticioso y atemorizado por los castigos temporales y eternos, era de más fácil gobierno que una sociedad capaz de libre e ilustrado juicio. Partiendo de esta idea los poderes delegaron en el clero el cuidado de educar a las juventudes india y criolla, seguros de que sus ministros sabían mantener a los pueblos de América en esa dichosa inocencia del entendimiento que ellos reputaban indispensable para los intereses terrenales de la Corona y salvación eterna de las almas americanas. Baste decir a este respecto que solo en México y Lima se permitía la enseñanza del derecho de gentes, matemáticas y ciencia náutica; que la instrucción popular se reducía al aprendizaje de memoria de unas cuantas oraciones y cánticos que negros e indios recitaban sin parar mientes en su contenido ni recibir explicaciones sobre su significado; que la introducción de libros que no hubiesen sido revisados y aprobados por el consejo de inquisidores estaba rigurosamente prohibida y que en cuanto a lo que en el resto del mundo sucedía, vivíase en una incomparable ignorancia.

Así luchaba España contra el demonio del conocimiento que es aquel señalado por tener la dulzura de la paloma y la cautela de la serpiente. Por una vez más vemos y veremos más adelante cómo los ministros de Dios y los del rey creían que la libertad es don del diablo y la esclavitud favor de Dios. Todavía no se percataban los poderosos de que aquella dulzura podía agriarse, de que la esclavitud del Señor podía convertirse en el li-

bertinaje del demonio; todavía ignoraban que solo la libertad puede producir hombres afanosos de orden, que es tanto como decir de humildad y consentimiento. Y si tales cosas ignoraban o fingían ignorar, ¡cómo iban a saber que el ignorante tiende a descansar su responsabilidad en el sabio, y que la vagancia del espíritu es la causa de la excesiva actividad de los voluptuosos y crueles sentidos!

Y si en las cosas del entendimiento estaba atenta la Corona a que no se desmandasen sus vasallos ultramarinos, en lo comercial ejercía un monopolio más severo aún, tal vez por aquello de la dificultad que tiene un rico para entrar en el reino de los cielos, y deseosa de evitar a los inocentes americanos tales dificultades. Lo cierto es que las colonias no tenían otro mercado que el de la Península, así fuere para la compra como para la venta de sus productos. Terminantemente prohibido todo comercio con el extranjero, y hasta con las otras provincias americanas, los productores y comerciantes de las colonias tenían que someterse a los reglamentos comerciales impuestos por España, reglamentos que no solo fijaban los precios de compra y venta, sino también los itinerarios que habían de seguir las mercaderías y la intensidad de la producción agrícola y mineral. Efectos de esta reglamentación hecha con un desconcertante desconocimiento de la geografía, de las necesidades particulares de cada una de las colonias y del equilibrio económico de ellas, no son para dichos en extenso. Baste observar que el monopolio comercial reducía a los comerciantes criollos a su mínimum de capacidad de acción y la limitación de la producción agrícola a la despreocupación por la extensión e intensificación de los cultivos. Y esto sin contar con que el precio del trabajo estaba indicado arbitrariamente por los intereses de la Corona.

Añádase a esto que el gobierno y justicia de España en América, se hallaban servidos por los más descarados e insolentes bribones. Los cargos públicos de las colonias se vendían en la Península al que mejor precio ofrecía por ellos, y, en la mayoría de los casos, el rematador del cargo era el más avaro, cruel y estúpido de los postores. De este modo, la administración de justicia se convertía en pingües negocios de oidores y ministros de Indias que fallaban en los litigios según la mayor o menor generosidad de los litigantes; y los tribunales se trocaron en lonja y refugio de pícaros.

Por otra parte, la exclusión de hecho del ejercicio de poder y de los derechos políticos, terminaba por cerrar la infranqueable valla que se oponía a toda posible actividad espiritual, comercial o cívica de los colonos.

En semejante situación, los mantuanos, o criollos nobles, veían reducida su existencia a un plácido vegetar bajo la mirada vigilante del gobernador español. Mientras el clero les dio alimento espiritual, alternando las promesas paradisíacas con las amenazas abismales, los caraqueños rezaron trisagios, asistieron a su diaria misa, vertieron riquezas sin término en las arcas religiosas e hicieron frecuentes rogativas por la felicidad y gloria de Carlos y Fernando. Pero cuando les licenciaron de capitanes generales y corregidores, el libertinaje contagió al clero, y canónigos y frailes entraron en la danza, los caraqueños, sin ambición ni freno, burlados en su respeto a los representantes de Dios y perdido el temor a los castigos que los mismos clérigos no vacilaban en desafiar, propusieron darles gusto a los traicioneros sentidos con tal frenesí y locura que las crónicas escandalosas de la época no son de fácil reproducción. Pues nada hay comparable al libertinaje de un esclavo, a la dulzura fermentada y agriada, al resentimiento del simple que, inconscientemente, siente el gran vacío que hay en su espíritu, y, por reemplazar el paraíso que a medias adivina le han robado, se pone a hurgar enconadamente en las entrañas del placer, se revuelca entre ellas con tozudez de cerdo y un espantable encogerse de hombros cuando la malherida conciencia pide cuentas–. "No peco yo, sino quien lo ha dispuesto todo de tal manera que solo pecando me sienta vivo, –podría responderle a la conciencia este poseído–. Ni es pecado ejercer la única libertad que tengo".

Entretanto, el pueblo, formado por indios, negros, mestizos y criollos, se hundía cada vez más en un oprobioso fanatismo. Todos los terrores del infierno católico se mezclaban a la extensa tradición de la brujería, al par que las reales personas de España ganaban categoría divina y se colaban de rondón en el paraíso. Difícil es hoy imaginarse el baturrillo que se había formado bajo las rizadas cabelleras de los negros y las lacias melenas de los indios, pero no es aventurado creer que las divinidades americanas y africanas daban buen contingente de horrendos fantasmas, supersticiones, brujerías y hechizamientos, y que a espaldas de encomenderos y clérigos la plebe se entregaba a extrañas prácticas durante las cuales se renegaba

de brujas, machos cabríos y genios maléficos, a la vez que se adoraba a la Santísima Trinidad y a la no menos santísima familia real española.

Las misiones religiosas, que en épocas anteriores habían dado muestras numerosas de mansedumbre, bondad y celo evangélico, sufrieron igualmente el pernicioso contagio, se rebelaron contra la autoridad del gobernador, trocaron los intereses espirituales por los terrenales y se hicieron despóticas y violentas en su trato con los indios, quienes, en su desconcierto y terror, e incapaces de explicarse las diferencias entre la prédica y la acción, ignorando si debían considerar a los frailes como ángeles vengadores enviados por Dios o como poseídos del demonio, hicieron a su manera lo que los nobles y los ricos habían hecho a la suya, llegando a aquella relajación de las costumbres que vemos certificadas en las actas de obispos y visitadores de misiones. De una de estas actas entresacamos el siguiente pasaje sintomático:

> Luego que se hubo concluido la Misa del Religioso, apenas se habían retirado los indios a sus casas, cuando volvieron a aparecer alborotando el pueblo con gritos y algazaras, todos borrachos, desnudos y horriblemente pintados de negro y colorado, de modo que nos hicieron temer alguna desgracia inesperada. Siendo aún más escandaloso lo que siguió a aquella bárbara diversión, y era un baile impúdico en el cual los indios, mezclados con algunos españoles, negros y zambos de las haciendas vecinas, después que habían embriagado a las indias las prostituían sin el menor rubor y abusaban de ellas públicamente a la vista de los demás.

Se salía, pues, de la iglesia para comenzar la bacanal y no por seguir tradiciones indias, pues la escena relatada tiene un pronunciado tufo africano y en ella toman parte los españoles. La relajación de las costumbres no era otra cosa que la oscura expresión del resentimiento de aquellos seres obligados a vivir sin justicia y sin espíritu.

Examinando las condiciones en que vivía el hombre de América bajo el dominio de España, apenas si puede uno explicarse cómo pudo prolongarse hasta comenzado el siglo XIX un estado de cosas que rebajaba hasta tales extremos la propia dignidad humana y hacía de centenares de miles de hombres un rebaño escarnecido, explotado y desterrado de toda acción

levantada y de todo superior deleite. Pero si estudiamos los documentos de la época, poco a poco veremos aparecer la clave del problema, la piedra angular en que se apoyaba aquel edificio de infamia.

Las almas estaban bien abonadas para admitir este o cualquier otro mito. Los pobladores de América, poseedores de una cultura primitiva (excepción hecha de algunas pequeñas porciones), habían visto sus altares destruidos y vilipendiados sus dioses sin que la cólera divina castigase a los invasores; habían contemplado todos los prodigios de una fauna y una industria sobrenaturales para ellos; habían visto el rayo y el trueno, atributos de la divinidad, en las manos de los hombres de acero; recordaban vagas leyendas y oscuras predicciones: esperaban que de la boca de aquellos seres rubios y blancos como la misma luz del padre Sol, brotase la anunciación, la palabra que ellos acatarían como mensaje ultraterreno. Y he aquí que, uniendo en su persona el máximum del poder terrenal a la influencia divina, el monarca español era anunciado a sus vasallos ultramarinos, no ya como el representante de Dios sobre la Tierra, sino como un hijo o parte de él, detentador de toda justicia, sabiduría y derecho, servido por fuerzas misteriosas en su gobierno temporal y con voz y voto en el tribunal divino.

Primero por la fuerza de las armas, por el asombro de los medios empleados en la conquista y por el recuerdo de aquellas leyendas y predicciones; luego por estar esclavizados y enceguecidos, los hombres de América aceptaron el mito del rey dios, y, con ayuda de su natural indolencia, de su incapacidad de análisis y de su robusta ignorancia acabaron por creer en él con tanta certeza por lo menos, como ponían en la para ellos fundamental institución del catolicismo: el infierno y su diabólica corte.

Aceptado el mito, era lógico que sacerdotes y frailes apareciesen –claro está que unos grados más abajo de la escala de jerarquías– como otros tantos pequeños dioses, y que los tenientes del rey dios se presentasen ante sus gobernados como seres revestidos de poderes excepcionales. Como a algunos oídos pudieran sonar a exageración estas afirmaciones, y como no faltará quien crea que la conseja quiere ser tomada por historia, bueno será y oportuno traer a cuento un pasaje de la vida pública de Juan Josef de Cañas, el ya citado truhán y gobernador de Venezuela.

Según está escrito en actas oficiales, en una visita que hizo el tal Cañas a La Guaira, ordenó que se presentasen ante él todas las mozas de la población. Turbadas por el presentimiento de algún atropello más o menos galante, reuniéronse las muchachas ante Cañas, de cuyos labios escuchaban la más peregrina ocurrencia: el desenfadado gobernador pretendía que las lozanas criollas le confesasen los pecados que hubiesen cometido contra el sexto mandamiento. Ruborizándose las doncellas y su pudor y recato hicieron fracasar la extraña ordenanza y solo viera el gobernador sonrisas maliciosas y frentes indignadas, si no hubiese sacado Cañas de su bolsa una cinta que mostró al apretado rebaño de mozas diciendo que el rey le había enviado aquella cinta, que, al ser colocada sobre el pecho de una mujer, tenía la virtud de revelar el estado de pureza o de culpa de ella. Esta burda patraña bastó para que las lenguas se adelantasen a la acusación mágica y se coloreasen las mejillas con el recuerdo y relato de los pequeños o grandes pecados de que se acusaban las atolondradas criollas. Y, sin pecar de indiscretos, podríamos asegurar, que, tras de contar sus aventuras, se retiraron las mozas a sus quehaceres, siendo, por la sola obra de sus palabras, menos las doncellas al salir que al entrar.

Después de semejante ejemplo y síntoma que podría multiplicarse por cientos con solo escarbar un poco en los archivos de la época, es imposible poner en duda el sentimiento de religiosa veneración que inspiraba el rey dios a sus fieles americanos. Al cronista le basta con lo que lleva dicho, guarda lo más que sabe para convencer al empecinado en la duda y solo quiere ahora citar, como a grande autoridad, la página en que un escritor colombiano, don Tomás Carrasquilla, acierta a levantar un tantico el velo que ocultaba la figura central del mito. No son ya palabras de la historia las que se hacen sonar aquí, sino palabras de artista que, como tal, intuyó algo de lo que sucedía realmente en la turbia conciencia de los hombres de la Colonia.

Refiriéndose al infante don Fernando, que habría de ser luego, por la gracia de Dios, Fernando VII, el novelista colombiano hace pensar a una de sus criaturas:

> Si Dios los tenía predestinados para ser reyes, ¿cómo iba a hacerlos lo mismo que a los hijos de cualquiera? Tenía que esmerarse. ¡Criatura más adorable el princesito! *Era idéntico al Niño Jesús* de las señoras Uruburos. ¡Idéntico! No le faltaba sino sentarlo en el silloncito dorado y ponerle el mundo en la manita. ¡Cómo quedaría de bello Fernandito en su silla y con su mundo! ¡Cómo iría a ser de asombroso cuando mandara! Si hubiera adivinado que María Luisa iba a tener familia, ella habría adivinado que sería muchachito. Le habría mandado, entonces, bandeja y tijeras de oro; estas para cortarle el ombligo, aquella para llevarle a bautizar. Mas, ya que ella no había tenido esa dicha, el princesito no se quedaría sin un buen regalo. Ya idearía qué. Todo su oro, que le enviara íntegro, aún era poco. ¿No se lo había regalado a ella el mismo rey? ¿No le pertenecía? Se le figuraba su ofrenda tan hermosa y tan santa como la del rey mago que llevó el oro al Niño Dios: *El príncipe era medio Dios*; ella, medio maga. Esa noche sueña, o sueña que sueña, con Fernandito, ya rey. Al menos así lo cuenta a quien quiere oírla. Lo ha visto en su trono, allá muy arriba, resplandeciente como el Sol. Con su mano iba regando por las dos Américas como una semilla. En donde caía iban naciendo pueblos de oro y de plata.

Y más adelante esta devota del rey dios manda quitar las doce esmeraldas que adornaban la cruz del dios hombre, para enriquecer con ellas la botija y la palangana de oro en que se había de lavar sus sagradas manos el infante don Fernando, el que era idéntico al Niño Dios, el que era dueño del universo mundo y de toda la variedad de sus riquezas, el que era medio dios, el que resplandecía en lo alto como el Sol, el que sembraba pueblos en la Tierra y que merecía las mismas joyas que ya estaban consagradas al dios hombre.

Mientras tales y otras cosas sucedían en las colonias españolas, sobrevino la independencia en Norteamérica, hecho que hubiese podido pasar inadvertido en los países del Sur si la intervención de Carlos III en favor de los rebeldes no hubiese iluminado de repente la inteligencia de una atenta y escasísima minoría. ¡Cómo! ¿De modo que el rey dios no vacilaba en proteger la rebelión y fomentar la libertad de los pueblos? ¿Así, pues, el mito político-religioso no era ofendido ni atacado por la idea de independencia? Si la gran masa de pobladores de América hubiese estado capacitada para hacerse estas o parecidas preguntas la dominación española se hubiera visto en peligroso trance. Pero tales reflexiones, harto simples por otra parte,

solo cabían en contadísimas mentes, en las mismas que comprendían que no le es posible vivir al hombre sin justicia y sin derechos, en las mismas que habían leído media docena de libros pasados de contrabando con las mercaderías inglesas; en las mismas que venían procurando la propagación de la cultura y de las ideas liberales. "Pero el escaso número de apóstoles de tan elementales verdades, se estrellaba contra una roca de superstición, imbecilidad e ignorancia. Las palabras libertad, cultura, igualdad, derecho, no figuraban en el vocabulario del pueblo, y en cuanto a hablarles del ejemplo de Norteamérica, hubiese sido tan inútil como explicarles *La República* de Platón".

Pero a medida que pasaba el tiempo, los pequeños grupos revolucionarios y los propagandistas de las ideas liberales, aumentaban en toda América. Algunos ardían de entusiasmo con las ideas y hombres de la Revolución Francesa e imprimían clandestinamente *Los Derechos del Hombre*; otros, desde el fondo mismo de las prisiones, predicaban el credo liberal; los contemplativos leían a Rousseau, a Montesquieu, a Raynal y hacían vagos y grandiosos proyectos de emancipación, tanto más inútiles cuanto más imbuidos estaban de Plutarco o Juan Jacobo; los más se apoyaban en el ejemplo de Norteamérica y a ellos volvían los ojos, y no faltaban quienes, prometiéndose la desinteresada ayuda de la Gran Bretaña, considerasen la revolución empresa fácil y de éxito inmediato.

Pero si, limitándonos a la Capitanía General de Venezuela, queremos ver cómo reaccionaba el americano ante esta propaganda, veremos la inutilidad del esfuerzo y calcularemos mejor la portentosa suma de estolidez y fanatismo que había sabido acumular el rey dios en la cabeza de sus menospreciados vasallos.

Las tentativas revolucionarias de Picornell en 1796 y de España y Gual en 1797, fracasadas ambas y cerradas con la muerte de setenta personas y la encarcelación y martirio de muchas más, fueron las primeras clarísimas y dolorosísimas muestras de la indiferencia de las clases pudientes en relación con la idea de independencia, y de la incapacidad en que se hallaba el pueblo de comprender la finalidad y alcance de los proyectos libertadores. Estos dos intentos, dirigidos contra un gobierno que contaba en aquel momento con escasos medios de defensa, y apoyados por la Gran Bretaña, en

la persona de Sir Thomas Piexon, gobernador de Trinidad, quien ofreció armas, municiones y hombres, merecían un fracaso menos inmediato y ruidoso que el que les procuró el mismo pueblo y sociedad que se quería libertar.

Nueve años más tarde perduraba el mismo estado de cosas. El general Miranda, tras de muchas e infructuosas demandas de auxilio a los gobiernos de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, logró a comienzos de 1806 el apoyo disimulado de los gobernadores de Trinidad y Barbados. Gracias a esta ayuda Miranda logró reunir quince barcos equipados con 500 voluntarios que se dirigieron bajo sus órdenes hacia La Vela de Coro, en donde desembarcaron para marchar contra la capital de la provincia del mismo nombre. Al enterarse las autoridades locales españolas del peligro que las amenazaba, evacuaron la población, seguidas por las fuerzas militares y el paisanaje rico. Tan pronto como tomó posesión de Coro, el general reunió el pueblo en la plaza, repartió proclamas, y pronunció una arenga. Bajo la melena alborotada del coloso, revolaban las abejas de Francia, ebrias de sangre azul, de cielos sin fantasmas. Toda la elocuencia de la Gran Revolución le hacía retemblar las mandíbulas, y su vida quería brotar en un gran vocerío: él conocía a todos los grandes de este mundo: Federico, Catalina, Bonaparte, Pitt; él había luchado con Dumouriez, con Potemkin, con Rochamteau; él había sentido en las Islettes sus sienes acariciadas por la bandera de la libertad; él era el gran *sans-culotte* del Nuevo Mundo, el hombre que sabe cómo se improvisa un ejército con una proclama y una canción, el soldado que sabe cómo se improvisa la gloria.

Envueltos en sus ruanas oscuras, cubiertas las recurtidas cabezas con los sombrerones de palma, ebrios de idiotez y de guarapo, lo escuchaban los indios y mestizos. Algunos sonreían socarronamente viendo a aquel gigante que daba manotazos en el vacío; otros, boquiabiertos, procuraban retener siquiera una palabra de todo aquel torrente. Les ofrecía el goce de la libertad, el establecimiento de un gobierno propio y liberal, el ejercicio de los derechos políticos. La instrucción, la gloria. Pero ninguna de estas palabras hallaba acomodo en las testas de piedra. El infierno, el guarapo y el rey dios les habían sorbido el seso y taponado los oídos.

¡Ah! Si en vez de aquellas gentes del litoral, bien cebadas de supers-

tición y fanatismo, hubiesen escuchado a Miranda los libres llaneros, los nómades del Sur que poco sabían de España y apenas si sospechaban la existencia del mito. Ellos, por impulso gratuito, por pura pasión de obrar, lo hubiesen acompañado en la ruda empresa.

Amenazado por los refuerzos que la guarnición de Coro encontró en el interior, Miranda abandona su inútil conquista y se hace a la vela, desesperando de América y avergonzándose de su patria.

Conociendo el estado moral e intelectual del pueblo, apenas si puede sorprendernos su actitud en estas varias tentativas revolucionarias; en cambio, la de las clases pudientes resulta inexplicable. Los criollos ricos habían ido adquiriendo cierta cultura y conocimiento de lo que en el resto del mundo acontecía. Inglaterra, atenta siempre a la oportunidad de abrirse los mercados de América y ávida de acaparar sus productos, no era ajena a esta propaganda del conocimiento que había permitido a las clases propietarias enterarse de que era lícito y provechoso emplear sus riquezas en transacciones comerciales, de que había en el mundo mercados de sobra para todos sus productos y que en cualquiera de ellos se cotizarían mejor que en el de España, de que el ensanche e intensificación de su producción no haría desmerecer el precio de los productos sino aumentar su consumo, procurándoles así nuevas y mayores ganancias.

No olvidemos, por otra parte, que no existiendo papeles de crédito ni bancos del Estado, la fortuna de los criollos se hallaba entre sus propias manos, representada por propiedades rurales y urbanas, metales preciosos y joyas. Así, pues, sus caudales no corrían ningún riesgo con la revolución que ni vendría a depreciar papeles, ni a confiscar depósitos, ni a atacar los derechos de propiedad de sus partidarios. Sin nada que perder, el criollo rico solo ganancias tendría con el triunfo de la revolución que pondría término al monopolio comercial y abriría la beneficiosa competencia de los mercados compradores de Europa. No obstante, estas sencillas reflexiones no tuvieron valimiento ante las clases pudientes, que se dieron el extremado lujo de asistir con sin igual indiferencia a las tentativas de 1796 y 97, y de seguir las tropas españolas en su retirada de Coro, en vez de esperar allí la llegada de los patriotas para alistarse, y alistar con ellos a su servidumbre, bajo la bandera del general Miranda.

Cuando se certifica la absoluta carencia de sentido moral y de dignidad en un pueblo, cuando se ve cómo toda una raza permite que la castren espiritualmente, cuando nos dicen que existen masas humanas que pueden nacer, crecer, reproducirse y morir sin que las alumbre el sol de la justicia, no podemos hacer cosa distinta a lamentar las profundas caídas que da a veces el alma humana y desesperar un mucho de su futuro. Pero cuando al desastre espiritual se une esa ausencia del instinto que impide comprender el interés propio, que impide atender y defender la propiedad, que impide ser egoísta, se siente uno inclinado a pensar en quién sabe qué aterradora enfermedad de la raza que así postraba a los pobladores de la América en la degradación y les permitía vivir en una pasividad estúpida bajo el gobierno más corrompido, frenético y despótico de que haya memoria.

Larga es la historia en el recuento de las esclavitudes sufridas por los pueblos, pero jamás se presentó a nuestra consideración un ejemplo en que el opresor fuera tan monstruosamente injusto, ni tan villanamente sumiso el oprimido ni tan desmesurado el tiempo de la servidumbre. ¿Por qué? La respuesta está implícita en las páginas que hasta ahora llevamos escritas: la América española era, hasta fines del siglo XVIII, un cuerpo geográfico habitado por seres sin alma, o con tan poca, que bastó el mito del rey dios para colmarla, confundirla y gastarla.

Seres sin alma, hemos dicho.

Hay algo en la historia de la Conquista y la Colonia que llena de perplejidad al que la estudia atento y más con criterio de moralista que de historiador: la ausencia de pasión, en el indio primero y en el criollo luego. Dejemos a un lado las pasiones nobles por ser ellas más difíciles de encontrar, no solo por su excelencia, sino también, y sobre todo, por su recato, y recordemos que teólogos, filósofos y moralistas han observado y afirmado que la pasión, no obstante ser de expresión individual, es contagiosa y que se producen verdaderas epidemias de una u otra por poco que el ambiente y las circunstancias lo propicien. Ahora bien: consideremos el rojo historial de las pasiones firmado por los conquistadores y colonizadores; fijémonos en que las pasiones más frecuentes en ellos fueron la ambición, la lujuria y la crueldad, pasiones que capitanes, clérigos y letrados llevaron al rojo blanco, y pasiones que, por su misma naturaleza, son de fácil e inmediato

contagio. En ellas, más que en ningunas otras, hubiera hallado empleo el resentimiento del alma cautiva de América, de no emplearse en pasiones nobles, que no se empleó, o al menos de ello no queda memoria.

Lo que en cualquier otro país y en cualquiera época hubiese sucedido fatalmente, no aconteció en nuestra América; los indios y criollos carecían de ambición, y eran moderadamente lujuriosos y moderadamente crueles. Y cuando el escándalo y la vida licenciosa comienzan su crónica en los salones y tugurios de la Colonia, una asquerosa y liviana tibieza les acompañan solamente. No hay en sus fastos un solo rasgo de grandeza pasional, una sola de esas voraces llamaradas que, por su mismo resplandor y fuego, como que consumen la escoria del vicio para dejarle únicamente su sentido de rebeldía.

Sí, sí; la América española carecía de alma. Ni el cielo ni el infierno habían sido creados para ella. Solo el rey dios era su pasión.

Comprendemos perfectamente que una tan grave acusación y una tesis tan audaz, requieren más detenida explicación y una motivación más cuidadosamente establecida, pero ni la extensión de este a manera de prólogo, ni nuestro deseo de plantearnos cuanto antes el problema de Bolívar, nos permiten dar una mayor extensión a esta parte de nuestro ensayo.

Sea como fuere, hemos visto que las probabilidades de éxito de los grupos revolucionarios, eran nulas hasta este momento. Ni las reacciones naturales al esclavo ultrajado, ni la defensa de los intereses económicos, ni la persecución de los ideales sociales que agitaban por entonces al mundo entero, lograban despertar a aquel cuerpo hipnotizado bajo la mirada del rey dios. Era preciso que este descubriese su debilidad y miseria para que el pánico ganase a sus adoradores y el genio en acecho hiciese del desorden un apretado haz y una flecha certera.

I
EN LAS TIERRAS DEL REY DIOS

El 15 de julio de 1808 llegaban a Caracas dos importantes comunicaciones de Europa; era la una un oficio del ministro de Ultramar comunicando a las autoridades de la Colonia el advenimiento de José Bonaparte al trono

de España, y la otra un oficio del Supremo Consejo de Indias por medio del cual se nombraba a Su Alteza Imperial el Gran Duque de Berg, Teniente de los Reinos de España y de las Indias.

Era el momento en que la benéfica imaginación de Bonaparte se empleaba en uno de esos planes sobrehumanos que eran su mejor descanso. Soñaba con el dominio de América y veía los reinos de México y el Perú restablecidos en su anterior grandeza y colaborando en la marcha general del mundo hacia el reino de lo universal. "Yo lo había oído con frecuencia –relata uno de sus contemporáneos–, pero en ninguna circunstancia como en esta le había visto desplegar tales riquezas de imaginación y de lenguaje. Fuera abundancia del tema, fuera que todas sus facultades hubiesen sido iniciadas por la escena de que acababa de salir y todas las cuerdas del instrumento vibrasen a la vez, lo cierto es que estuvo sublime". Y era el momento en que Fernando VII, "rey envilecido, que había llegado hasta ser el rufián de su esposa", según la tremenda frase de Ludwig, soportaba en Valençay el más irrisorio de los cautiverios.

En tanto que las autoridades españolas recibían con toda clase de zalemas y halagos a los comisionados del nuevo rey y se aprestaban a acatar las disposiciones napoleónicas, el pueblo se lanzaba por las calles hediondas y mal empedradas de Caracas presa de un sagrado furor. ¡Por fin daban muestras el criollo y el indio de entusiasmo! ¡Cómo iban a permanecer ellos a la expectativa viendo a su ídolo despojado por un usurpador y a la religión católica amenazada por el hombre de la Revolución! Ahora se vería si ellos podían algo y si podía estar seguro o no "nuestro amo el rey" de la fidelidad de sus vasallos. Antes que otra cosa, lo más urgente era ir a fortalecer el desmayado celo de las autoridades y ponerlas en guardia contra los endemoniados servidores del usurpador.

¡Y allá van todos: comadres y doncellas, viejos y niños, hidalgos e hijos de la tierra, blancos, morenos, aceitunados y cenizos, ardiéndoles el alma y el pecho lleno de enconos!

Ponen sitio a la audiencia, apedrean a los franceses y obligan al capitán general a que reitere su juramento de fidelidad al único rey legítimo y sacrosanto, al muy piadoso y muy noble Fernando VII. Y luego, a la iglesia, a la basílica para que también Dios tome parte en el regocijo y sirva de testigo

ante el rey del amor que le profesan sus humildes esclavos: "*Te Deum*", acción de gracias, función de desagravio, solemne procesión con el Santísimo y prolongada gritería: "¡Viva Fernando VII! ¡Muera el usurpador!".

Idénticas escenas se vieron a la par en los demás virreinos, virreinatos y capitanías generales. En la muy católica Santa Fe de Bogotá, el entusiasmo de las damas se tradujo en generosos envíos de joyas, destinadas, probablemente, a entretener los ocios del rey, ya que no a pagar un rescate que nadie pedía. Entretanto, las autoridades hacían prodigios de equilibrio, tratando de complacer al pueblo, a Inglaterra y a los enviados de Francia.

La situación presentaba, pues, un curioso aspecto. Los virreyes, capitanes generales, gobernadores, ministros de Indias, oidores y demás instrumentos del gobierno español en América, salvo contadas excepciones, prestaban juramento de fidelidad al nuevo rey, en tanto que los americanos renovaban su adhesión, hacían auto de fe con las proclamas de Napoleón, pagaban misas y *Te Deum* por el pronto y feliz regreso de Fernando VII y pedían la creación de juntas que gobernasen en su nombre mientras se restablecía la normalidad en España. No contenta con estas manifestaciones de fidelidad, América, comprendiendo inconscientemente que su adhesión solo se reconocía en razón de la cuantía de las riquezas que enviara a la Corte, al saber la formación de la Junta Central de Aranjuez, envió cerca de 300 millones de reales para el servicio de dicha junta, presente que esta recompensó declarando a las provincias americanas "parte integrante de la monarquía española", contribuyendo con esta declaración al mayor regocijo y entusiasmo de los mantenedores del noble rey.

Entretanto, los pocos patriotas que asistían al espectáculo vieron en la creación de la Junta de Caracas el punto de partida de la revolución. La excitación monárquico-religiosa del pueblo les servía momentáneamente de apoyo para exigir a las autoridades el establecimiento de un gobierno propio, al que darían un carácter transitorio. Dirían que solo regirían los destinos de la provincia mientras se reintegrase al trono Fernando VII y que sostendrían los derechos del monarca contra las pretensiones francesas. Y así lo hicieron. El pueblo, que había visto la mucha prisa y ninguna resistencia que habían puesto las autoridades en atender las instrucciones de Napoleón, se alió a los revolucionarios creyendo servir al rey e ignorando los planes futuros de los patriotas.

Las noticias de España eran cada vez peores; los ingleses se habían retirado a Portugal, la Junta Central había sido disuelta, invadida Andalucía y sitiada Cádiz. España parecía perdida y llegado el momento de la acción revolucionaria en América. Así, pues, el capitán general fue depuesto, desconocida la autoridad de la regencia y establecido un gobierno en nombre de Fernando VII.

La actitud del nuevo gobierno reveló inmediatamente el desconcierto e impericia de quienes se habían encargado de los asuntos de la colonia, y puso de manifiesto las dudas que se tenían respecto a la posibilidad y utilidad de la acción empeñada. En consecuencia, todos procuraban disfrazar sus deseos y propósitos, dando lugar con ello a toda suerte de contradicciones y errores: se quería la emancipación, pero se desconfiaba de ella; se desconocía la autoridad de la Regencia, pero se enviaban comisionados a Inglaterra para que esta nación sirviera de mediadora entre la colonia y el gobierno provisional de Cádiz; se iniciaba la revolución, pero se juraba "odio eterno a Francia" como a enemiga que era de la dinastía española; se recordaban los desastres y despotismos del gobierno de Carlos IV, pero se garantizaba la fidelidad a Fernando VII; se protestaba contra la manifiesta parcialidad con que habían sido nombrados los flamantes diputados americanos a la Junta Central, pero se imitaba a esta en sus líneas generales y con ella se solidarizaban en el propósito de sostener los derechos del prisionero de Valençay, y, para añadir nuevas preocupaciones y aumentar el número de los compromisos contraídos en el momento en que la promesa es fácil, se incitaba a Inglaterra a confederar bajo su protección las provincias americanas. ¡Extraña manera de partear una nación independiente! El temor de caer bajo el dominio de Francia, madre de la Revolución, agrupaba a los revolucionarios en torno a la desvaída figura del monarca destronado, pero el deseo de verse libres de la opresión española los obligaba a tender las manos limosneras hacia los grilletes que Inglaterra quisiese ponerles. Y cuando la Gran Bretaña contesta a los comisionados de Venezuela con una incitación a reconciliarse con el gobierno reconocido en España, se olvida el "odio eterno a Francia" y se busca atolondradamente la manera de pedir amparo al gobierno imperial.

Esperar cosa distinta de unos cuantos hombres honrados y de buenas intenciones, pero incultos e ignorantes de todo lo que a la organización de

un gobierno se refiere, sería no solamente absurdo sino también injusto. En este crítico momento, los hombres de América no podían mostrarse sino como en realidad eran: discípulos desatendidos y tímidamente rebeldes de un pueblo que hacía tiempo olvidara las sanas reglas de gobierno y administración pública.

Por una curiosa paradoja histórica, en el mismo instante, pues, en que se iniciaba la emancipación americana, esta parecía más imposible que nunca, no porque España se hallase en situación de impedirla sino porque aun los mejores hombres de América estaban incapacitados para llevarla a buen término. Ya se firmaban las primeras actas de independencia y el hombre que Humboldt había buscado inútilmente no aparecía, ni había nadie que se atreviese a imaginar siquiera la vida independiente de las provincias americanas.

Y esto porque en realidad, en una profunda realidad, lo que América necesitaba en aquel momento no era una generación de estadistas, ni una generación de guerreros, ni de oradores o escritores, sino un ser que, por su capacidad de pasión y por la calidad moral de su espíritu, devolviese al hombre su categoría perdida y ofreciese a los pueblos una luz más viva y quemadora que la irradiada por la imagen del rey dios. Y esto, pese a nacionalismos y adoradores de todos y de cada uno de los corifeos de la Independencia, solo podía hacerlo un hombre. Sin él, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, y tal vez todo el resto de América hubiesen continuado bajo el yugo de España hasta que la codicia de Inglaterra o el poderío naciente de los Estados Unidos lo reemplazasen por otro más suave.

De ahora en adelante, contemplaremos la lucha del hombre contra el ídolo, de la pasión contra la tibieza.

II
EL MANCEBO ENTRE LLAMAS

PARÉNTESIS

Henos ya en presencia de Bolívar. Lo tenemos en nuestras manos recién nacido y ya problema. Flor de leche y harina habitada por un alma vaga y

blanda sobre la cual debemos inclinarnos con el más atento amor. En este momento, no puede valernos ya la historia ni alumbrarnos la leyenda o la crónica. Solos, desarmados, atónitos, temblorosos, esperando un espíritu providencial que nos sople las palabras con que hayamos de recrear su infancia, vemos crecer por momentos su inaudita presencia.

Es menester que recordemos el ambiente en que nació y que tengamos presente que su misión es luchar contra un mito. Esta simple actitud enemiga nos dice que también es mítica su propia existencia. Y como a tal hemos de mirarla, estudiarla, juzgarla y darle el modesto tributo de nuestro fervor más encendido.

Hasta ahora, Bolívar ha sido para América un personaje histórico, el más grande personaje de su historia, el propio padre de la historia americana, podríamos decir casi. Pero esto no basta. Lo urgente, lo importante, lo imprescindible es que Bolívar sea para su América un personaje mítico: la raíz y flor de su historia secreta, el símbolo de su moral, el verbo de una América realmente libre, desconocida aun para nosotros, pero siempre posible, pues la sentimos alentar en cada una de las acciones y palabras de nuestro héroe.

Pero para establecer esta calidad mítica de Bolívar le falta a América el sentido religioso. Sí, a pesar de su catolicismo, a pesar de su fanatismo, de su fetichismo, América sigue siendo poco religiosa. Por falta de pureza, por falta de pasión, por falta de monologar interiormente. Y el sentido religioso no se puede crear con un ensayo de interpretación biográfica. Lo más que podemos hacer, es tirar la primera piedra en el agua muerta. Si el secular estancamiento le ha dado densidad de fango, la piedra se perderá con solo un chasquido opaco; si no, los círculos podrán ampliarse hasta las riberas más lejanas.

Insistimos, pues, en la advertencia de que nuestro ensayo tiene poco que ver con la historia –al menos con la historia bolivariana como se ha entendido hasta ahora–; claro está que nunca nos saltaremos las barreras de la realidad histórica; aceptamos sus límites con una complacencia íntima, con la complacencia del artista que solo en las dificultades propuestas encuentra el goce de crear. Pero tampoco queremos asaltar por sorpresa la confianza de los lectores.

Nuestra pequeña biografía es obra de fervor, de pasión. Las razones cordiales privan en ella sobre cualesquiera otras, y solo un hilo moral sostiene entre sí sus partes. El amor, cuando es puro, puede permitirse toda clase de juegos con su objeto: puede crearlo y recrearlo, olvidar sus lados oscuros y hacer más vivo el resplandor de sus caras luminosas, puede sacarlo de la realidad y proyectarlo a esferas de abstracción pura. Lo único que no puede es equivocarse respecto a la calidad del objeto. Con Bolívar no cabe esta equivocación: él es el más puro, el más consistente, el más productivo de los objetos propuestos por América a nuestro amor. He dicho el más "productivo", y esta palabra ha de ser la que explique y justifique nuestra interpretación amorosa. Dentro de las condiciones naturales a nuestra inteligencia y a nuestro espíritu, Bolívar "produce" la imagen que veréis más adelante. No se crea que esta imagen es un producto artificioso y literario; nada hay en ella que pueda acusarse justificativamente de arbitrario; ninguno de los elementos empleados en expresarla es romántico, pues ninguno tiende a producir un efecto determinado de antemano. La imagen ha nacido espontáneamente, a medida que íbamos conviviendo con el héroe, a medida que su espíritu iba amparando el nuestro y su verbo se trasvasa en nuestra memoria.

Ciertamente, no enviaríamos nuestro ensayo a una Academia de la Historia, pero lo hacemos para darnos una lección a nosotros mismos, para purificarnos, para vigorizarnos. Cuando ya para el alma es poco tentador el comercio con sus contemporáneos, cuando ha visto cómo la amistad es contradictorio juego de vanidades y confesiones, cuando la soledad se le abre en el horizonte como un golfo de oro y azul, cuando la palabra se niega a construir ese falaz tejido en que se arropan y acunan las gentes del mundo, es grato y majestuoso y terrible entablar un diálogo con una de estas sombras augustas, más reales y nuevas, más compasivas, más amorosas e inteligentes que el amigo mentido del "toma y daca", del espejo de vanidades, del amplificador de voces y gestos.

Nosotros hubiésemos querido escribir la historia moral-psicológica de Bolívar desde el 24 de julio de 1783 hasta el 17 de diciembre de 1830. Tal vez algún día contemos quejosamente cómo las veleidades e ignorancia de muchos dejaron truncada esta obra de amor. Solo podemos ofrecer, pues,

la "Infancia y adolescencia de Bolívar". Si no nos acongojara la conciencia de nuestra debilidad, la presentaríamos como una: "Proposición a la joven América".

Dejando, por fin, este largo paréntesis, debemos entrar en la consideración de los misterios infantiles y juveniles del Bolívar mítico.

III
EN CASA DE LOS BOLÍVAR

Era la noche del 30 de julio de 1783.

La casa del muy hidalgo señor don Juan Vicente Bolívar albergaba a cuantos, por su linaje o riqueza, eran orgullo de los mantuanos de Caracas. En fina cristalería y sobre bandejones de plata se ofrecían refrescos, fiambres y cantidad de golosinas, llevadas en volandas por esclavos de ébano que se deslizaban con primor por entre sedas y paños, deseosos de ayudar con su diligencia al mejor servicio y mayor divertimiento de la noble compañía reunida en casa de los amos para celebrar el bautismo del cuarto de sus hijos.

Como correspondía al linaje y opulencia de la casa, la fiesta sería de las más sonadas que se dieran en Caracas. Todas las familias nobles se hallaban representadas en el fausto acontecimiento. Allí los Rivas, Palacios, Ustáriz, Tovar, Toro, Montilla, Ayala, Blanco, llenando la sala principal o paseándose por los patios y corredores, adornados con diversidad de flores. Los más sosegados salían fuera, buscando un aire más ligero y fresco que la atmósfera de los salones, cargada, por el taconeo de los bailarines, de un polvillo dorado, oloroso a tierra seca, a cuerpos desnudos bajo miriñaques y basquinas de seda y levitones y casacas de paño, perfumadas aquellas con opopánax y pachulí, olorosas estas a verbena y yerbabuena.

En tanto que bajo las arcadas del claustreado patio se demoraban algunas parejas admirando la barroca y desconcertante belleza de las parásitas que desbordaban sus frágiles tallos por encima de las jaulas de madera y mimbre que las sostenían, en el salón apenas si se interrumpía el baileteo. Hecho el rápido y habitual comento de chismes, enfermedades y festividades de iglesia, las buenas damas de aquella recogida sociedad no

acertaban a encontrar ocasión de plática. Todo se les volvía rumores y pías exclamaciones; los "¡Ave María Purísima!" revoloteaban por entre los tímidos galanteos de los mozos, y toda conversación que amagara excesos de cortesanía se esquivaba con una desmayada invitación al baile.

Los hidalgos viejos, con gracia antañona e inofensiva picardía, estimulaban a los mozos y rendían homenaje a las damiselas, mientras un señorón sordo y medio ciego musitaba implacablemente un rosario de alabanzas en honor de los Bolívar. Oír ponderar la infatigable hospitalidad de sus huéspedes fue bastante para que el corro vejancón se uniese en la alabanza y las pródigas lenguas no parasen hasta haber detallado toda la fama y riqueza de los señores de Aragua y Aroa.

La verdad es que aquella familia merecía el cariño y respeto de todos los nobles venezolanos. Desde que el primer Bolívar, allá por los años de 1590, llegó a tierras de América, hasta ahora, la casa no había dejado de distinguirse por sus virtudes y servicios. El primero de todos, don Simón de Bolívar, había sido nombrado procurador general de Venezuela ante la Corte española, regresando de su misión con honra y provecho después de haber defendido en la Península los derechos de las colonias americanas y lograr muchas reales mercedes que le granjearon el agradecimiento de las provincias venezolanas. La opulencia y poderío de la casa fue siempre en aumento, a la par que se acendraban en virtudes cívicas y el amor por la patria adoptiva se iba convirtiendo en sentimiento innato de hijo de la Tierra. La adquisición de propiedades grandes como algunos Estados europeos, la explotación y dominio de minas de plata famosas por su riqueza, las honrosas distinciones que el gobierno central deparó a sus miembros, los títulos de marqués de Bolívar y vizconde de Cocorote que daban lustre nobiliario a la familia, los altos cargos militares y civiles que habían desempeñado unos y otros, sin contar aquella gentileza famosa y aquel exquisito trato de gentes que parece haber sido patrimonio exclusivo de los nobles del siglo XVIII, todo esto y mucho más que seguramente se nos escapa en la cuenta, garantizaba a los Bolívar el respeto y cariño de todos sus conciudadanos.

Después de cada baile, las damas, con gran revuelo y crujir de sedas, se apiñaban en torno al ambigú, mordisqueando coquetamente las pastas y golosinas enviadas por las monjas del convento de la Concepción, y

bebiendo a pequeños tragos los fresquísimos sorbetes de guanábana. Los hombres, mozos y viejos, sabiendo que los mejores vinos que llegaban de Oporto y Andalucía eran los destinados a la bodega de los Bolívar, se apresuraban a correr tras de los bandejones, probando de todos y de cada uno de los muchos licores que se ofrecían en un revoltillo harto peligroso hasta para las más equilibradas cabezas.

En medio del bullicio, deteniéndose aquí para dar una vieja dama noticia del último correo llegado de España, aprobando los consejos que daba allí un hidalgo para la mejor cría de ganado, volviéndose más allá para recibir un tardío parabién o dar consuelo a cualquier olvidada solterona, don Juan Vicente iba buscando a sus parientes y más íntimos, les murmuraba unas palabras al oído y los guiaba hacia el interior de la casa, hacia la alcoba donde la recién parida recibía saludos y enhorabuenas. Bajo el enorme baldaquino que, por su artificio, tamaño y ornamentación, convertía al lecho en imponente trono, doña María de la Concepción Palacios y Blanco, dama de no menos noble estirpe y riqueza que su cónyuge, mostraba el rostro empalidecido y la sonrisa triunfante de quien ha dado cima a un difícil empeño.

Al pie del lecho y a la diestra de su señora, una esclava negra, opulenta de formas y relampagueante de sonrisas y de ojos en blanco, sostenía en sus brazos a su nuevo amo, don Simón Bolívar, cuya calva cabezota perdíase entre una vasta aureola de encajes y telas albas. Damas y caballeros formaban un círculo en torno, y entre los chillidos admirativos de las unas y las sesudas consideraciones de los otros, el nuevo heredero de los Bolívar gruñía tercamente, frunciendo en mil pliegues la frente y cerrando desesperadamente los ojos, cansado ya por seis días de ver luces y sombras.

Entretanto, en un rincón de la sala, rodeado por unos cuantos hidalgos, el presbítero Juan Jerez y Aristeguieta, pariente cercano de los Bolívar, relataba entre risas y exclamaciones la querella que había tenido con don Feliciano Palacios, padrino del recién nacido, a propósito del nombre que había de darse al infante.

Pero me salí con la mía, decía el clérigo, y ¡cómo no iba a ser así! Simón, Simón había de llamarse, que tal homenaje era debido a su señor abuelo el regidor (q.D.g.). Además, y el buen cura bajaba aquí la voz, además, creo

que ha sido Nuestro Señor Jesucristo mismo quien me ha metido en la cabeza la idea de que este Simón se ha de parecer por algo más que el nombre al Macabeo.

En el corrillo hubo un cuchicheo misterioso, interrumpido por la llegada de don Juan Vicente, que venía a instarlos a que probasen un vinillo recién llegado, que decían ser del Priorato y el mejor de toda Cataluña, y a dar públicas gracias a su pariente Félix Aristeguieta por el real presente que a su nuevo hijo había hecho de una hacienda que producía ya por entonces la bonita suma de 20.000 duros anuales. Las palabras del hidalgo suscitaron nuevas y más gozosas exclamaciones de los invitados que veían, por este modo, los más felices augurios y las más espléndidas realidades, darse cita en torno a la cuna del afortunado heredero.

IV
TRIBULACIONES DE BOLÍVAR ADOLESCENTE

La Francia de 1804 ofrecía al extranjero que llegaba a ella el espectáculo de un pueblo salido de convalecencia que, al sentirse renacer, se aferra con tenacidad a la vida procurando exprimir de ella sus jugos más suculentos. Las turbias pasiones que hicieron irrupción en las postrimerías del siglo XVIII, se transformaban y cambiaban de nombre: el furor vindicativo se convertía en afán de gloria, la crueldad necesaria en desenfadada heroicidad, los odios de castas en nacionalismo. Todos los hombres de Francia se consideraban capaces de hazañas considerables y veían el poder, la riqueza y el renombre al alcance de sus manos. Los comerciantes recobraban la confianza contemplando tiernamente los napoleones recién acuñados; los campesinos se refocilaban con el gustillo, todavía no bien saboreado de la propiedad y se consolaban de las levas que les arrebataban los hijos mozos dando a los recién nacidos el nombre del emperador; los soldados continuaban tejiendo la leyenda del "cabito" y los nuevos poderosos, tras de comentar con sonrisa irónica las manías moralizadoras del corso, rodeaban las mesas de faraón o se acogían a la fácil generosidad de las hermosas. Ningún propósito, ningún gesto parecía desmesurado en aquel ambiente acostumbrado al milagro, se ponía en el vivir una inocente jactancia y un

sensualismo regocijado, apenas un tantico brutal. El héroe cambiaba prestamente sus arreos de campaña por el atuendo cortesano y se entregaba a los azares rococó de una vida bulliciosa e insolente de señorito rico. Levantado el destierro, buena parte de la antigua nobleza regresa de Coblenza y Londres con falsos gestos de modestia y admiración. La religión y el culto público habían sido restaurados, organizadas las rentas y puesto en obra un vasto plan de reconstrucción interna. Las fronteras de Francia, mágicamente dilatadas, aparecían ante Europa como un cerco de llamas en cuyo centro se irguiese la figura regordeta y bonachona del estupendo general.

No más desharrapados vociferando la Carmañola y el Caira. Los teatros, los salones, el Palais Royal, los Campos Elíseos, ven desfilar nuevos cortejos de damiselas y petimetres, atrevidísimas aquellas en la moda, muy preciosos estos en ademanes. Después de la pesadilla se quiere vivir apasionadamente, alegremente, frenéticamente, y Francia entera se estremece en una danza furiosa, en una gigantesca zarabanda en que se dan la mano el placer, la ambición, la riqueza, el poderío y el heroísmo. Pero entre valse y contradanza, entre paseo y representación teatral, se narran hazañas en verdad homéricas y se prometen nuevas victorias y conquistas. ¡Hay que cambiar la faz del mundo! ¡Rompamos las últimas ataduras del pasado! ¡Todo está permitido al vencedor!

A poco de llegar Simón Bolívar a París se celebran las fiestas de la coronación del emperador. El caraqueño, con los nervios irritados por su viudez prematura y dispuesto a verlo todo bajo un aspecto impropicio y hasta enemigo, se siente herido por el acontecimiento, llama a Simón Rodríguez, con quien se ha topado en París, y se encierra con su maestro en su casa de la calle Viviane. En tanto que afuera se confunde el tronar de los cañones con el repique de campanas y la vocinglería con que se manifiesta el júbilo popular. Bolívar se pasea iracundo ante la nerviosa expectativa del hombre de los seudónimos y las metáforas vivas.

—Hasta ayer adoré en él –vocifera el mozo–. Toda la historia no me ofrecía ejemplo que lo igualase, ni prometía el porvenir producir su semejante. Pero ahora no puedo perdonarlo, no puedo. Su misma gloria me parece un resplandor de infierno, las lúgubres llamas de un volcán destructor cerniéndose sobre la prisión del mundo.

Simón Rodríguez procura inútilmente calmar sus deseos de intervenir, y acaba por ponerse en pie. Haciendo rápidos e inesperados movimientos, comienza:

—Los hombres son buenos por naturaleza, pero las instituciones los echan a perder. Ya lo dijo mi maestro Rousseau. Y ahora que todo parecía ir por buen camino, este, este loco de Bonaparte echa a correr hacia atrás y nos hunde de nuevo en la… en la asquerosa, sí, eso es: en la asquerosa monarquía. ¡Como si el siglo no necesitase luces!

Pero indudablemente Bolívar hallaba cierto deleite en su propia indignación, y no estaba dispuesto a interrumpir por mucho tiempo su diatriba. De manera que cortó el hilo de un discurso que amenazaba tanta longitud como pomposidad, para preguntar arrebatadamente a Rodríguez:

—Y Francia. ¿Qué me dice usted de Francia? ¿No es sorprendente ver a esta gran república que ha cubierto sus ciudades de trofeos y monumentos que proclaman el poder de sus ejércitos e instituciones, cambiar por una corona el gorro de la libertad? Ese hombre los ha vuelto locos. Lo que vemos hoy es increíble, un pueblo frenético en su odio a la tiranía y sediento de igualdad, contempla impasible la ruina de sus conquistas sobre la superstición y el trono. ¿Me quiere usted decir a dónde vamos a parar?

Mientras los ecos de la fusilería, del repique de campanas y de los aleluyas que va cantando el pueblo de París por calles y plazas, hacen más impresionante la pregunta del acalorado mozo, Rodríguez ensaya una sentencia.

—La memoria de los hombres es como un juego de nubes sobre el cielo. Lo único permanente es la ciencia, hijo mío. En ella sí que no hay engaño ni traiciones. La física, por ejemplo. ¿Y por qué no la botánica? La gloria del sabio es la única gloria pura y la única que debes ambicionar tú.

—¡No tiene perdón! Nos ha traicionado. ME HA TRAICIONADO –continúa clamando Bolívar, dispuesto a ver en las tendencias autocráticas de su ídolo, un ataque directo a sus ideas, e inconscientemente aterrado de la vagancia en que iban a quedar sus fuerzas pasionales tras el doble fracaso de su amor por María Teresa y su admiración por Bonaparte–. En un ser de distinta naturaleza a la suya, probablemente el resentimiento se hubiese traducido en un apartamiento temporal del mundo. En Bolívar no podía

acontecer cosa semejante; desprovisto de pasión apenas si podía respirar, y érale necesario entonces buscar en una fatigante actividad la ilusión del ardor perdido. Por otra parte, el muchacho se hallaba en una edad en que es difícil engañar el hambre de vida con ejercicios gimnásticos o con la práctica de un pesimismo contemplativo.

Su resentimiento no le impedía hallarse ávido de todo, y quejándose de la vida iba a entregarse a ella sin reservas ni prudencia. En su cuerpo adolescente y en su espíritu indisciplinado había un oscuro bullir de fuerzas que no han encontrado su empleo de vagas aspiraciones estimuladas por la atmósfera de la época pero todavía sin nombre, de confusas solicitaciones que lo enervaban sin estimularlo a una acción determinada. Huyendo de su propio tumulto y en la creencia de que solo buscaba un consuelo para sus dolores y desengaños, exagerados por un inconsciente romanticismo y agravados por ciertas lecturas, Bolívar comienza a hacer entonces una vida de ostentoso mundanismo. Compra caballos de alto precio, pierde sumas enormes en las mesas de faraón, cambia de "pasión" cada quince días y se enorgullece de haberle impuesto a París un sombrero que llevara su nombre.

Tenía entonces veintiún años. Antes de penetrar en el salón de Fanny de Villars se detenía breves momentos en el umbral. Era una pausa coqueta de dandi que se sabe admirado, y una preparación rápida para entrar en la contienda galante a que se dedicaba la compañía. Sobre su rostro pálido y alargado, los ojos negros tenían un brillo insólito, la nariz larga, fina, de aletas nerviosas, delataba su brío de corcel nuevo; la frente alta y estrecha de sien a sien blanqueaba cerosa bajo el encrespado cabello que en su negrura parecía de empavonado acero; el bigote dejaba bien al descubierto el labio superior que reposaba su biselado vivo sobre el belfo movedizo y orgulloso; sus dientes eran blancos, parejos y muy cuidados; unas largas patillas que, por rara casualidad, eran más rubias que castañas y su forma como de cimitarra, enmarcaban varonilmente la faz apasionada del mozo. No era de elevada estatura, pero lo enjuto de las carnes le permitía parecer esbelto, y el esmero y elegancia de su vestir corroboraban el engaño. Reputado buen mozo, hábil en los juegos de la galantería, excelente narrador de anécdotas, fogoso y brillante en la discusión, gracioso e infatigable en

el baile, bolsa inagotable y abierta a toda esperanza de divertimiento lo mismo que a cualquier solicitud de generosidad, Simón Bolívar era uno de esos hombres que París adopta con gusto.

En tanto que se acercaba a la dueña de casa para saludarla, Simón pasaba rápida revista a la concurrencia. Pocos nuevos. Por allí revoloteaba Madame de Staël con zumbido de mosquito que busca el mejor sitio para clavar su dardo; el príncipe Eugenio de Beauharnais asediaba de cerca a Fanny, pero no tan cuidadosamente que impidiese a la bella prevenir las inquietudes de Bolívar con un mohín rápido y tierno; Talma hinchaba la voz en su desesperado esfuerzo por lograr que todos prestasen atención al relato que hacía de las pruebas de amistad con que lo honraba el emperador; Madame Récamier oía con ojos distraídos y atento hociquito las explicaciones de Bonpland y Humboldt acerca del país de "ese guapo mozo americano", y el general Oudinot –"tendrá que darle una nueva rociada a su emperador", pensaba Bolívar risueño– discutía con Delegarde y Savary los últimos sucesos políticos.

Simón pasaba de grupo en grupo buscando un interés que lo detuviese; ni las mudas promesas de Fanny, ni la zumbona charla de Madame Staël, ni la benévola sonrisa con que acogía Oudinot sus extravagantes salidas contra Napoleón lograban detenerle. Por un momento hacía memoria con Humboldt de la Caracas lejanísima o halagaba la vanidad de Talma recordándole aplausos recientes. Y después de aclarar una duda que expusiera Madame Récamier a propósito del canibalismo de los americanos, se precipitaba fuera del salón respirando con delicia y sintiendo ya la angustia precursora de una noche de excesos que se iniciaría entre el bullicio del Palais Royal.

A veces, después de una semana de cuchipandas y amoríos, encontraba en su casa a Simón Rodríguez. El maestro le esperaba con la boca amarga de reproches y blanda de consejos. Aprovechando el hastío que sudaba el mozo, Rodríguez lo asediaba hasta arrancarle una promesa. Entonces se marchaba tranquilo, seguro de que el muchacho cumpliría lo ofrecido. En efecto, Simón se entregaba de nuevo al estudio, buscando en la filosofía las certidumbres que le faltaban. Tras de buscar la sociedad de Chateaubriand y leer el *Werther* con esa delectación tocada de vanidad que las analogías con un héroe novelesco produce, Bolívar comenzaba el estudio

de Helvetius, Montesquieu, Hume y Spinoza, interesándose especialmente en las ideas del judío de Ámsterdam. Pero esta vida de estudio no tiene nada de constante; atormentado siempre por la turbia fermentación interior, con los nervios desnudos a todo soplo que viniese del mundo, incapaz de saber lo que deseaba, pasa de su gabinete al Palais Royal, y se entrega a todos los placeres, prefiriendo los más fáciles y pasajeros, como si el más mínimo esfuerzo de conquista lo irritara. Un remordimiento agudo e inesperado lo arranca de los lugares de la voluptuosidad sin compromisos para llevarlo a casa de Humboldt o Bonpland, con quienes comenta los sucesos de ultramar. El sabio alemán cree a las provincias americanas maduras para la emancipación, pero no halla al hombre capaz de lograrla; el francés se muestra más optimista y entretiene al caraqueño hablándole del magnífico porvenir reservado a las colonias españolas. Por un momento se enciende en Bolívar el entusiasmo, renueva su amor por la tierra lejana, y deseoso de contribuir en alguna forma a la creación de una nación libre y culta, ofrece a Bonpland la mitad de su fortuna, con la condición única de que el sabio vaya a establecerse en Caracas. Entusiasmo pasajero como todos los suyos de aquella época en que alterna el baile con la filosofía, busca distracción en el juego y olvida a Spinoza en brazos de Fanny.

Agotado el cuerpo por los excesos constantes, quemado el espíritu por la fiebre alta de la adolescencia, Bolívar procura hacer un examen general de conciencia y dar un barrido de fiesta grande en los hondones de su alma. Hasta entonces había atribuido su inquietud y disculpado su disipación con el dolor que le causara la muerte de María Teresa y la necesidad de olvidarla; mientras había podido reposarse en esta certidumbre, su desazón no careció de cierta dulzura y –¿por qué no decirlo?– hasta de cierta gracia: en aquella época, una pasión malograda no sentaba mal a un joven dandi. Pero en cuanto se dio cuenta de que el dulce rostro de María Teresa, evocado en horas de angustia, no lograba distraerlo siquiera fuese con un aumento de dolor, se acrecentó su inquietud. Desconcertado, busca una amistad que lo consuele, una experiencia que lo guíe.

Simón Rodríguez se hallaba entonces en Viena. ¡No importa! Bolívar irá hasta la capital austriaca en busca de aquel hombre excéntrico, áspero en su exterior pero rebosante de bondad y afecto para con su discípulo.

Pero Simón Rodríguez solo quiere hablar de ciencias naturales. ¡Nada de chiquilladas ni de lamentaciones! La botánica lo absorbe y la química le quema los dedos. Si el mozo quiere hacer algo, que lo acompañe a su gabinete de física y lo ayude en sus investigaciones. Finalmente, indignado por la frialdad con que recibe el discípulo la explicación y crónica de sus experimentos, le dice:

—Ve a reunirte con los mozos de tu edad, diviértete, ve al teatro, pasea. Es el único remedio que se me alcanza a darte.

¡Bonito remedio para el que, a los veintiún años, no podía esperar ya grandes sorpresas de los divertimientos humanos! Frustrado en su esperanza de consuelo, la extrema excitación de sus nervios unida al agotamiento físico, lo reducen al lecho. Entonces cree adivinar que su más auténtico deseo es morir, y pone toda la curiosidad y el entusiasmo de que es capaz en imaginar su propio tránsito. La fiebre lo azota y la razón naufraga entre un torbellino de imágenes absurdas o grandilocuentes o irónicas. Realmente, Simón representaba como pocos el papel de arquetipo romántico que la época había propuesto a la mocedad como ejercicio. Pero después de horas de inconsciencia y delirio, las cortinas rojas de la pesadilla se apartan para dejar ver el rostro arrepentido y tierno de Rodríguez.

Todavía defiende Bolívar su derecho a la eutanasia libertadora, y en un artificioso renuevo de viudez declara que le sería imposible continuar viviendo sin María Teresa. Rodríguez hace el sordo, habla de ciencias y después de largas exhortaciones, e invitándole previamente a invertir sus riquezas en investigaciones científicas, le revela que él, Bolívar, es poseedor de 4 millones. Jamás se había preocupado Simón por indagar el estado de su fortuna; nunca había ambicionado riquezas y de todo se desprendía con sin igual generosidad; pero si la fortuna lo protegía, nada tenía que alegar en contra suya. ¡Tanto mejor! Tal vez el ser millonario le reservase lo que hasta entonces se le negaba. Por lo pronto, y en espera de que sus millones le indicasen el camino a seguir, consideraba lo más juicioso hurtarle el cuerpo a las prevenciones y consejos de Rodríguez.

Y aquel mozo que no conocía medida en nada, comienza a pasearse por Europa distribuyendo el dinero a manotadas, rodeado de una corte de parásitos chupabolsas que lo aclamaba como a un príncipe. En Londres

gasta 150.000 francos en una corta estadía; en Lisboa y Madrid asombra a todo el mundo con su generosidad y boato; pero la adulación y el placer lo cansan en breve, y de nuevo se refugia en París, vuelve a ver a Fanny y procura estimular su amor agonizante con la rivalidad del príncipe Eugenio. Pero un hastío cada día más denso le avisaba que ya para él era pasado el tiempo en que la vida mundana pudo engañar la voracidad de su temperamento.

Entonces deseando conocer a Italia y aprovechando el regreso de Simón Rodríguez a París, Bolívar propone a su maestro un viaje a Roma.

—Acepto, –contesta Rodríguez. Pero ya lo sabes; solo viajo a pie. No quiero parecerme a los árboles que echan raíces en un lugar y allí se pudren; quiero ser como el agua, el viento, el sol, como todo lo que marcha sin cesar. Además, un viajecito en estas condiciones es lo que te está haciendo falta.

—Conformes; iremos a pie hasta Roma. Atravesaremos los Alpes por la ruta de Aníbal y de ese condenado de Bonaparte. Así, pues, arregle usted sus ropillas y en marcha.

Comenzaron el viaje cargadas las espaldas con libros y cajas de herbolario, deteniéndose en las hosterías a la hora del crepúsculo, interrumpiendo la marcha para examinar un yerbajo desconocido o un pedrusco raro. Una comida sobria, regada con vinillos verdes de la tierra y algún pasaje de Plutarco, Suetonio o Tácito; un sueño duro y sin visiones, una castidad sostenida, iban haciendo renacer juventud y alegría en Bolívar. Rodríguez hablaba abundantemente. Ya fuese la exposición de un sistema de educación libre que maduraba desde años atrás y que fue causa de su retiro forzoso de la escuela que le confiara en Caracas el gobierno español; ya el elogio de Rousseau; ya el examen de las nuevas teorías de Linneo o los descubrimientos de José Celestino Mutis, lo cierto es que el maestro no perdía un minuto sin dar lección al discípulo que lo seguía reconcentrado y silencioso. Pero su capítulo predilecto era el que hace referencia a la fortuna de Bolívar. El buen don Simón quería convencerlo a toda costa de que el mejor empleo que podría darse a tan abundantes caudales era el fomento de las ciencias, cuando no la libertad de los pueblos.

—Yo haré que reviva en ti la vieja afición por las ciencias –le prometía–. Tu inteligencia cuenta con medios que te conducirán a importantes

descubrimientos. Y si no, lucha por la libertad de tu país. Tu dinero te permitirá hacer maravillas y tal vez el futuro tenga mucho que agradecerte.

Y seducido por sus propias promesas, Rodríguez veía ya a su discípulo en la cima de la gloria, aunque no acabara por decidir si era mejor fundar un instituto de investigación científica o iniciar una intensa propaganda libertaria en las colonias de ultramar. Pero el discípulo se rebelaba ahora contra toda vaguedad y ensoñación.

—No quiero dejarme engañar por más tiempo por impulsos vagos y flotantes esperanzas. No quiero hacer conjeturas sobre mi porvenir. Solo los locos se ocupan de esas quiméricas combinaciones. Únicamente se pueden someter a cálculos las cosas cuyos datos son conocidos; entonces el juicio, como en las matemáticas, puede formarse de una manera exacta.

Y, dejando atónito al bueno de Rodríguez, volvía a su silencio, andando con mayor decisión y resuelto a demostrar que ya no era un chiquillo.

Después de atravesar a pie los Alpes, maestro y discípulo se detuvieron en Chambery durante una semana, haciendo la visita, obligada para tan apasionados admiradores de Rousseau, a las Charmettes en cuyo ambiente creyeron encontrar algo de aquella gracia incomparable que debió acompañar en vida a Madame de Warrens.

En mayo de 1805 llegaron a Milán. La capital de Lombardía se hallaba en vísperas de un fausto acontecimiento.

Todas las rutas que conducían a la ciudad llevaban un río de curiosos y un viento de canciones. Napoleón I, emperador de los franceses, iba a ceñir sus sienes con la corona de hierro de los lombardos.

Bolívar asiste a los festejos y su antiguo amor por el héroe renace sacudiéndose la hojarasca democrática que lo disimulara por unos cuantos meses. Por un pudor remoto, apenas se atrevía a elogiar en Napoleón su sencillez, haciendo observar a Rodríguez el boato y brillo del Estado Mayor imperial, y cómo contrastaba con ellos la casaca sin paramentos y el sombrero sin galón de Bonaparte. Durante todo el tiempo que duró la revista que pasaba el emperador al ejército de Italia en la llanura de Montesquiaros, Bolívar no apartó sus ojos de la figura del general, sintiendo en su interior la dicha de haber recuperado su admiración.

Después de una fracasada tentativa amorosa en la patria de la princesa Visconti, de Pietra Gina Marini y de la condesa Gherardi, la mujer que

tenía los "más bellos ojos de Brescia", según el decir de Stendhal, Bolívar y Rodríguez continúan su viaje visitando Venecia, Padua, Verona, Ferrara y Florencia. Simón recorre los museos, estudia el italiano, descubre a los escritores del Renacimiento, reniega de Maquiavelo con una injusticia que jamás quiso reconocer, pero que no le impedirá veinte años después de su primera y única lectura, recordar en detalle el texto de las obras del toscano, y se acerca finalmente a Roma, en mejor ánimo y visiblemente preocupado por hallar un objeto a su vida.

A su llegada a Roma nuevas y más definidas sensaciones lo ocupaban. Las lecturas y comentarios de Plutarco hechas en hosterías y aun en mitad de los caminos, el renuevo de su entusiasmo bonapartista, el ardiente patriotismo de algunos escritores de las antiguas repúblicas italianas, las visiones que la campiña romana y las ruinas de la primera Roma evocaban, habíanlo saturado nuevamente de ambición y de entusiasmo.

Un día, próximo ya el crepúsculo, propuso Rodríguez una excursión al Aventino. Desde la cima de la colina se gozaba una buena vista de Roma, y don Simón era propenso a buscar poéticos marcos para sus divagaciones. Mientras trepaban por la suave pendiente, el maestro recordaba a Venezuela, lamentándose de la opresión española, recontando sus víctimas y tropelías, y haciendo planes para la emancipación de las colonias. La verdad es que Bolívar, tan entregado a sus entusiasmos por Napoleón y por la historia de los héroes de Plutarco, parecía haber echado en olvido a Venezuela. Pero aquella tarde, sea porque la elocuencia de Rodríguez fuese más conmovedora de lo que solía, sea porque las disposiciones del mozo fuesen más propicias que otras veces, lo cierto es que el maestro contagió al discípulo en tal extremo que no tuvo reparo en ponerse en pie sobre la cima del Aventino –"húmedo el ojo, palpitante el pecho, enrojecido el rostro y con una animación casi febril"– y apostrofar a la ciudad que se extendía a sus pies, haciendo un resumen harto parcial de la historia romana y rematando su arenga sin auditorio con un juramento ante Dios, sus antepasados y Simón Rodríguez, de que no descansaría su mente ni reposaría su brazo hasta dar cima a la empresa de libertar a Venezuela.

Pasado el lírico y atolondrado arrebato, Simón se hubiese ruborizado de tal exceso si el testigo de él, no menos acostumbrado a la exuberancia

verbal, se hallara en situación de administrar a su ardor una ducha de humorismo. Pero a los oídos de Rodríguez aquel discurso sonaba a gloria, y todo se redujo a alabanzas y estímulos que arrastraron al mozo hasta aquella desdichada anécdota del Vaticano.

Pero sintiese o no rubor de sus palabras, la verdad es que aquel discurso rematado por tan loco e impremeditado juramento, procuró a Bolívar un alivio total. Sin detenerse a pensar si aquello iba en veras o en broma, toda la turbulencia del mozo se resolvió en un tranquilo compás de espera. Como el desdichado que, en el momento de decidir su propia muerte, halla en la desesperada certidumbre de su fin próximo una almohada en qué reposar su maltratada cabeza, así Bolívar hace de su juramento un lecho de olvido para sus inquietudes de la mente y del cuerpo. Tampoco sería menos exacto comparar su situación de aquel momento con la del amante que, tras de dudas innumerables, incorregibles timideces y prolongados celos, logra de la mujer amada la certidumbre de una fervorosa correspondencia. En tal instante, la presencia misma de la mujer se le antoja un obstáculo al amante que solo quisiera apartarse de ella para ir en busca de soledad y silencio propios para el goce, no del amor correspondido y de la conquista lograda, sino de la inefable sensación de descanso y libertad que una sílaba le ha traído. En Bolívar se unían en aquella coyuntura el hombre desesperado y el amante dichoso; aún no sabía, ni le importaba saberlo, si la palabra mágica lo conduciría al infierno del ridículo y del íntimo menosprecio, o al goce de una gloria cierta. Y si ignoraba esto, mucho menos sabía los medios de que habría de servirse para el cumplimiento de su promesa. Más aún: prolongando el corto plazo de dicha, intermedio entre el propósito y la realización, rehuía toda discusión consigo mismo, prohibía a su imaginación todo ejercicio que pudiese recordarle su juramento, dejaba que sus nervios recuperasen su equilibrio y sus sentidos entrasen en nueva y sosegada posesión de la vida.

Como si su estado momentáneo le exigiese una correspondencia de la naturaleza, se dirige entonces a Capua y Nápoles, lugares de reposo y deleite, de paisaje blando y claro, de clima suave. Bajo los cielos azules se abandona en el columpio de la dichosa indecisión y los vagos ensueños, sabiendo que en el fondo, muy en el fondo de su ser, duerme un propósito

determinado de acción. ¿Cuál? No importa saberlo; existe, y esto basta para engañar por ahora las exigencias de su voraz temperamento.

Pero la acción ejercía sobre Bolívar una influencia semejante a la que obra el instinto sexual en los demás hombres. Necesitaba obrar para quemar fuerzas sobrantes, para no dejarse ahogar en la propia exuberancia, para ponerse en contacto, así fuese solo momentáneamente con el cosmos, para sentirse digno de su condición humana. Y necesitaba la acción por sí misma, sin considerar en ella causas ni efectos. Así, cuando pasado el corto período de ensoñación que siguió a su juramento, piensa en su propósito, no lo hace para medir fuerzas ni para trazar planes, sino para sentir ese delicioso presentimiento del goce que tan alto precio da a la posesión del ser amado, y que, en su caso, se convertía en el júbilo de la acción inminente.

De la emancipación de Venezuela solo sabía una cosa: que en la magnitud de la empresa necesitaría y podría poner en vertiginoso movimiento, inteligencia, imaginación, fuerza física, heroísmo. ¿Qué más podía ambicionar este ser cuya adolescencia transcurriera bajo el signo inalterable de la pasión, del fervor, para usar una palabra más grata a nuestros oídos? Hasta entonces, tal vez inconscientemente, había obrado en tal manera que después pudiera decirse que Bolívar consideraba su más alto deber humano el de llenar cada uno de los minutos de su vida con una acción fervorosa. Por ello comenzaba a merecer desde entonces el calificativo, rara vez bien empleado, de "ardiente". Como los mancebos de Babilonia, Bolívar pasaría su vida entre llamas. Posiblemente estas lo hubiesen consumido si, después de su tránsito por el cielo y el infierno de la adolescencia, no encontrara en su infantil arrebato del Aventino, el propósito que, no por desmesurado, habría de servirle menos para cubrirse con el escudo de amianto de su voluntad de acción.

Claro está que en los años mozos de Bolívar hay otros elementos distintos a los puramente pasionales. Despojado de su inaudito frenesí de acción, lo veremos como a un hijo de su época, como un arquetipo romántico agravado en sus manifestaciones por la facundia excesiva de los criollos y la intemperante audacia de la juventud. Pero despojarlo de su más profunda característica, equivaldría a negarlo o destruirlo.

Su adolescencia se cierra en este punto. Antes de regresar a Venezuela, recorre rápidamente el resto de la península italiana, vuelve a París, visita Holanda, pasa a Alemania, se embarca para los Estados Unidos, recorre las principales ciudades de la Unión, y a fines de 1806 arriba a La Guajira.

¿Sabe ya lo que va a hacer en Venezuela? En absoluto. Tal vez distribuya su fortuna entre los propagandistas de la idea emancipadora, tal vez recorra las capitanías y virreinatos predicando la libertad, tal vez escriba folletos y proclamas revolucionarias, acaso arme unas guerrillas, acaso se ponga a órdenes del jefe más experimentado. No tiene idea alguna fija, plan ninguno determinado, pero ya siente en todo su ser y en su profundo corazón la vibración presagiadora de una acción jubilosa por sí misma.

Barcelona, 1928

RAMÓN J. VELÁSQUEZ

La guerra civil se alimenta del despotismo
y no se hace por el amor a Dios.

Bolívar

DESDE EL PRINCIPIO DE LA HISTORIA*

LA CELEBRACIÓN de los fastos nacionales expresa la actitud del hombre frente a la historia de su tierra. Días de regocijo secular si mirando hacia el pasado, invocamos el instante en que nace para la eternidad el genio fecundo del Libertador, titulado gloriosamente en esta ilustre ciudad para ejemplo de todos. Son aquellos días los de la primavera de la patria, pues ella comenzó a forjarse en estos caminos de cobre que a veces se van de bruces por los precipicios o se los llevan los bueyes de las riadas. Después será la hora del viento cálido y la luna indiana por los yermales de Barquisimeto. Luego, voltear de campanas desde Valencia a Caracas bajo un reguero de luces.

La cordillera de los Andes destaca su crestería sobre el llano. Desde las vegas risueñas por donde corre el Táchira erige sus grises riscos, ciudadelas que circundan los tibios valles o las mesetas frías. Más arriba, el cielo. Hacia abajo, en lo hondo, los ríos que vienen de las alturas con cuentos de estrellas entre las ondas.

Los caminos son como boas que se deslizan junto a los árboles, por entre estériles arenales cerca de las eras y pedrizas, toboganes por donde resbalan las nubes. El aire de las montañas endurece los cuerpos; robustece los espíritus. Para el andino, vivir era dominar los páramos para estar más próximos al sol. Tender la vista hacia las misteriosas lejanías, asomarse a los abismos. El valle profundo adormece con el murmullo del río entre las lajas, con el rumor de las aves emigrantes que destacan en el cielo sus

* *Grandes páginas bolivarianas*, Caracas, Casuz Ediciones, 1974, pp. 289-301.

triángulos de ruta. Había un modo adusto entre las gentes cuando ocasionalmente descendían de las alturas hacia otros predios.

La montaña es avara en regalos y apenas si brinda la multiforme tonalidad de sus paisajes. Hoy, como otras veces, nos encontramos en el riñón de las montañas, en su fecundo ombligo, donde voces de toda Venezuela se dan cita. Para interpretarla hay que pulsarla en sus distintas secciones. Auscultar los latidos de su cuerpo en Valera o Boconó, en Mérida, en Mucuchíes, en Bailadores o La Grita y en Táriba o San Cristóbal, en Betijoque, en Colón, en Rubio o San Antonio. Sus puertas de entrada son soberbias por Lara, Portuguesa, Barinas, Apure o el Zulia. Los Andes son como una vibrante arteria. Apenas si descendemos y estamos ya ante la llanura, ovario de heroísmos. Del otro lado, el cristal y la llanura, las hileras de rocas de la querencia, el tejido nervioso de sus caudales de espuma; aquí y allá, la almáciga de luces de los vecindarios, el santo de la devoción en las hornacinas, celeste alcalde inmóvil que indica los rumbos.

Por estos estrechos senderos agitó en todos los tiempos su impaciencia la angustia popular. Aquí el cielo y el valle invitan al camino. Entre pueblo y pueblo la distancia se mide por el alcance de la voz, por sílabas, con el metro del romancillo. Apenas si se desvanece la lumbre de la última cabaña y ya parpadea en las tinieblas otra lumbre en el candil. Los perfiles de la tierra, la calidad de sus suelos, las características de su fauna, la individualidad de su flora, los matices de un cielo siempre cambiante, influyen en la conformación espiritual de las gentes. El espíritu del pueblo solo es, quizás y en última instancia, un acendramiento del paisaje.

Las características de la tierra montañosa cincelan el alma de las gentes serranas. En los valles se anuda esa cerrada vinculación familiar que forma largas cadenas al engranar con las de otros valles. El sentido de lo comunal, el espíritu de la parroquia tan vilipendiado por muchos, se afirma y se comunica a otros en los disantos a través de los tañidos. Desde las cumbres y observando cómo parpadea el Catatumbo, el hombre experimenta extrañas sensaciones de dominio y las costumbres afirman la unidad de los distintos grupos en un cuerpo más vasto, dentro de un conjunto más amplio.

A lo largo del tiempo, las ciudades incipientes, las villas aisladas, las apartadas aldeas fueron creciendo. El engrandecimiento urbano no podía

ocultar ancestrales resabios. De peninsulares e indios se formó la población cordillerana. Y estos conservaron sus costumbres por décadas, manteniendo en algunos remotos rincones sus idiomas; ya aun bien entrado el siglo XX, se valían de los quipus para sus cuentas y todavía se distinguen las gentes por la peculiar entonación del castellano.

Los gritos que enarbola la protesta van en estas montañas de cumbre a cumbre y anidan en las hondonadas. El 16 de marzo de 1781 una mujer, en El Socorro, arrancó el edicto vejatorio que establecía la nueva tributación. Y el ademán airado cundió. Izaron las turbas sus pendones de rebelión y se desvanecieron las autoridades reales. Galán y Berbeo hacían y deshacían capitanes y el Común volvió por sus antiguos fueros. Los rebeldes nunca entraron en una plaza sin la venia del Común. Algunos de los apellidos de sus jefes aún resuenan entre estas montañas y muchas de las fechas que jalonaron el movimiento están ligadas a la epopeya bolivariana. Los caminos que siguen los comuneros serán transitados igualmente por los ejércitos libertadores.

No son esos caminos tan solo las vías materiales por donde van los hombres, las bestias y las cosas. La rebelión comunera es el primer vagido consciente del alma popular del continente. Es la protesta del pueblo que se vale del motivo ocasional de un alza impositiva para probar fuerzas con la Corona, para un tanteo preliminar de su fortaleza. El baluarte, como en la revolución de 1810, estará en los Cabildos, respaldados por el Común. Y el Común está constituido, en este caso, por todos aquellos que contribuyen con dinero o especies al fisco real.

Aún no se habían propalado las teorías de la "Ilustración", ni tampoco los supuestos de Smith o Ricardo, cuando ya las gentes de esta tierra, como antes lo habían hecho los comuneros de Castilla en 1521, solicitaban justicia para el indio; exigían libertad de comercio y se pronunciaban contra el sistema borbónico de las intendencias y los estancos monopolistas. Por otro lado, el comunero vitalizaba los ayuntamientos, tan maltratados por los Borbones desde 1736, cuando el de Caracas fue despojado de sus más preciosas prerrogativas.

El movimiento comunero es la rebelión de los pequeños que buscaban

encontrarse a sí mismos en las antiguas tradiciones y usos. Es la América mestiza que se irgue y a la enseña roja y gualda de la nueva monarquía absolutista opone otros límpidos pendones. Este sentido municipal de la rebelión comunera no se pierde ni con la derrota. Entre estas montañas su eco permanece y tiene todavía en 1810 resonancias. Cuando a 28 de octubre de este año se celebra en San Cristóbal un cabildo abierto para determinar la actitud de la villa ante los sucesos caraqueños del 19 de Abril, muchos de los vecinos convocados firman "por mí y el Común". En San Antonio se reúnen con el mismo objeto, según reza el acta, "todo el pueblo, grandes y pequeños, ricos y pobres, menestrales y labradores". En el lenguaje hay como un apagado eco medieval.

Desde Bailadores vienen en tropel los rebeldes. El viento de las cimas bate los estandartes y las gentes vocean sus reivindicaciones. Los adustos caudillos tienen ante sí tremendas responsabilidades. A veces el entusiasmo les lleva a recordar a los incas. Las nieblas se descolgaban cuando los primeros comuneros entraban a Mérida pasado ya el mediodía. Arcos de palmas en las bocacalles que conducen a la plaza mayor. Grupos de indios con sus cutrales. La plaza llena de gente. Felipe Contreras, el capitán comunero, a caballo encabeza a los rebeldes. Tremolan las enseñas y se entrelazan. En señal de acatamiento, las gentes desfilarán por la ojiva que forman las astas. La iglesia es muy humilde todavía.

En Mérida, el rollo de la real justicia no será un adorno. La macabra silueta se destaca en la plaza limpia de arboleda. Son gentes muy piadosas estos comuneros y manejan latines y sentencias bíblicas a diestra y siniestra. Se dirigen epistolarmente al cabildo de Trujillo invocando pasajes de la historia sagrada. Todo el lomo de la cordillera, todas las profundas cicatrices que forman los valles sobre la costra rugosa, es un hervidero. Es el más intenso movimiento popular que ha surgido del seno de América y pone cuidado en los gobernantes. América se incorpora.

La ciudad es un campamento. La gente más granada se ha retirado a sus fincas campestres. Son seiscientos los hombres de armas que entran a la población y en ella han reclutado nuevos cuerpos. Hay guardias por los caminos y en las pulperías.

El día del bienaventurado Santiago Apóstol redoblan incesantes las cajas de guerra para convocar al Común y discutir con él los asuntos de la república. Son designados los capitanes locales que comandarán la milicia urbana, se les ha instruido de la misión que les compete y se toman disposiciones en relación con el avance sobre Trujillo.

Esta intervención popular en el proceso social del continente tiene características que es necesario aislar porque se reiteran en nuestra historia y los sucesos fluyen y refluyen de acuerdo con la intensidad de la participación popular. Aun cuando a veces se sostengan tesis un tanto sofisticadas acerca de la capacidad política de nuestros pueblos y sus aptitudes para el ejercicio democrático, resulta innegable la constante influencia popular en el curso de nuestro proceso histórico.

Se refiere Castellanos a la llegada del licenciado Las Casas a la costa de Cumaná con sus colonos y señala que desembarcaron con el fraile,

> Pedro Pascual, Antón García,
> Cejudo, Juan Manojo, Hernán Bezos,
> Muchos con Mari López, Joana Luenga,
> Sancha, Teresa Díaz, Mari Menga.

Son los nombres de la gente menuda, común, más tarde ennoblecida por sus hechos. La conquista y la colonización no es la obra de los títulos de Castilla o de León, sino de segundones y pecheros, "hijos todos de sus obras". Esta circunstancia especial le presta a la historia americana un matiz peculiar. A Australia la hicieron los penados. Con esclavas blancas se poblaron los Estados Unidos.

La circunstancia que hemos señalado le da a la historia nuestra un especial aliento que corre a lo largo del tiempo y le comunica su vigor a ciertas instituciones coloniales claves, como los cabildos; refugio de oligarcas, es cierto; mas, también, trinchera popular, fortaleza del Común contra la arbitrariedad.

En las tres décadas que siguen a la rebelión comunera poco se modifica el ambiente físico merideño. Sobre la sierra siguen posándose los cóndores inmensos y como siempre, por agosto, en los engrifamientos de la cólera dejan caer sobre los valles níveos airones.

Por los congostos, las aguas se precipitan con idéntica violencia y se transforman en finos granos de cristal. Los mismos indios vienen al mercado semanal y bueyes iguales rumian en la calleja su tristeza infinita. Las mismas hortensias, las mismas rosas, parecidos lirios y chamarras con los mismos colores encendidos.

Pero, la grey tiene ahora un obispo. El aprisco, su pastor. Y su ilustrísima se ha empeñado en levantar para la diócesis templo digno de su importancia, según el modelo de la catedral toledana. Y estudian ahora en el seminario tres guajiros a quienes el señor obispo piensa destinar a tareas de evangelización en la árida península nativa. Todo se ha venido al suelo con el terremoto del 26 de marzo. El mismo señor obispo don Santiago ha quedado sepultado por los escombros.

Solamente permanece inmutable el escenario. Las gentes se han transformado íntegramente. A la apacibilidad de antaño, esta agitación. La universidad, lámpara polémica. Militares ejercicios y lecturas revolucionarias. Y el temor y la desesperanza luego. La derrota republicana. La pérdida de la confianza. La sombra de los patíbulos.

Mayo es mes de fiesta en los campos, mes de flores y de alegrías. La fuerza de la Tierra brota en las yemas y llena de matices los botones; el estridor de las cigarras se multiplica interminable. Hacia las ermitas van las campesinas con sus puñados de lirios y recogida devoción. Por los caminos que se recuestan a las faldas de las serranías vienen los chasquis con la noticia. Bolívar golpea con el gavilán de la espada las puertas de la patria en la villa de San Antonio.

El 14 de mayo de 1813, desde La Grita, el pequeño ejército patriota emprende la jornada sobre Mérida. El 18 entraban en esta ciudad la vanguardia y el centro. En un día como este, año de 1781, había sido descuartizado en el Cuzco el inca Túpac Amaru. El 23 hizo su entrada el jefe del ejército unido, alojándose en una casa de El Llano.

Entre aquellas Mérida de 1813, medio derruida por el terremoto y azotada por los tiranos, y la ciudad moderna hay notables diferencias. Sobre los humildes principios de la catedral, comenzada por el obispo Hernández Milanés, levántanse dos torres. La recoleta universidad se ha transformado en gran casa de estudios. Las nieves se habrán encogido un poco;

pero, la ciudad ha crecido. No serán hoy tan sombreados los caminos como otrora; pero, por las laderas nuevos árboles levantan sus erguidas copas, como esos bucares orgullosos, recubiertos de rubíes, protegiendo la albura de los cafetales.

Quisiera imaginar a Ribas, el viejo patricio, recibir al héroe. Quisiera evocar las figuras egregias de todos aquellos merideños, como Luis María Ribas Dávila, Antonio Ignacio Rodríguez Picón, Buenaventura Arias, Francisco Antonio Uzcátegui, los Nucetes, Francisco Ponce, Fermín Ruiz Valero, Blas Ignacio Dávila, Juan Antonio Paredes, Antonio Rangel o Vicente Campo Elías. Todo el pueblo en un haz de fe en este homenaje que se le rendía al vengador de los agravios. Pero ya lo hizo en tersas páginas el mejor cantor de las excelencias regionales, aquel inefable don Tulio.

Apenas si ha descendido el Libertador de las fatigas de la jornada cuando se dirige el 26 de mayo al presidente de la Unión y le expone su tranquila confianza en el éxito de las futuras operaciones: "Dentro de dos meses, dice, podremos ver enteramente libertada la república de Venezuela". En el vaticinio hay la audacia que nace de la conciencia de la fuerza. Casi un mes más tarde, desde el cuartel general en Araure, el 25 de julio, le comunica a don Antonio Rodríguez Picón el triunfo obtenido por los soldados merideños en Los Horcones; al mismo tiempo le anuncia al patricio, en una corta estrofa, las heridas sufridas por el hijo en el combate. Y esos versos, los únicos que se conocen del Libertador, forman hoy parte del himno regional. Héroes lo fueron también Francisco y Jaime Antonio Picón, muerto gloriosamente en La Victoria y recordado su sacrificio por el Libertador en la proclama de 13 de febrero de 1814.

No es necesario referir en detalle las operaciones militares. Aquí, en Mérida, se vuelca todo el corazón de la patria para dotar a estos soldados y aumentar sus efectivos. La patria está en este grupo reducido de guerreros. Se funden cañones; se elabora pólvora; se reúne numerario y 500 hijos de la ciudad se incorporan a filas. Aquí, en Mérida, el ejército enarbola por primera vez el glorioso tricolor. Aquí recibe Bolívar su más enaltecedor título. Y aquí, igualmente, primero en el seno del Cabildo, luego en la proclama del 8 de junio, se anuncian los términos del futuro decreto de Trujillo del 15 del mismo mes. Bolívar entra así, de púrpura cubierto, en el templo de la gloria.

Bolívar es la cifra más alta que ha producido el continente y le representa ante la posteridad, como él mismo lo imaginó cuando le escribía desde el Cuzco a su tío Esteban Palacios. Simboliza lo más alto en cuanto a constancia y lucidez en relación con el destino de nuestros pueblos. Este buen pueblo merideño no se equivocó cuando intuitivamente le aclamó "Libertador". Él, sin embargo, quiso vivir y morir como un moderno ciudadano. Al título de "Libertador" o de "Pacificador" prefería el dictado de "buen ciudadano", ya que aquellos brotaban de la agonía de la guerra y el último emanaba de la ley.

Sea como fuere, con la aparición del Libertador en el escenario político de América culmina ese silencioso proceso social que permite emerger al pueblo y convertirse en factor decisivo de su propio discurrir. En medio de mil forcejeos las masas americanas paulatinamente van alzándose y sus clamores, a cada nuevo intento, adquieren mayores resonancias hasta que llega el momento en que el Libertador canaliza las energías dispersas y encamina los anhelos disgregados.

Con el Libertador alcanza la conciencia política de América su máxima expresión y hasta en sus errores hay grandeza, porque nada menudo tuvo asidero en su alma generosa. Él mismo, en alguna oportunidad, enfocó el asunto. Oigámoslo:

> Yo, muy distante de tener la loca presunción de conceptuarme inculpable de la catástrofe de mi patria, sufro, al contrario, el profundo pesar de creerme el instrumento infausto de sus espantosas miserias; pero soy inocente porque mi conciencia no ha participado nunca del error voluntario o de la malicia, aunque por otra parte haya obrado mal y sin acierto. La convicción de mi inocencia me la persuade el corazón, y este testimonio es para mí el más auténtico, bien que parezca un orgulloso delirio.

Recorrer sus obras es asomarse, como dijo Martí, a la anunciación de los problemas vitales del continente y conocer las soluciones que arbitró; es asomarse a la historia anticipada de las naciones que surgían de la destrucción causada por la guerra y sus posibles procesos evolutivos. Es, en fin, tener en un puñado de páginas la vida intensa de América y las dificultades y problemas que han confrontado y confrontan sus pueblos. No hay en esa

obra vaticinios de profeta; son las previsiones de un sociólogo, los cálculos de un geógrafo, las estimaciones del estadista cuando estudia el pasado, analiza el presente, examina las características económicas y formula, entonces, con frío método, sus interpretaciones.

En la Carta de Jamaica se da el fenómeno de la anticipación histórica. Pero, esa carta no es sino el resultado de un estudio profundo de las condiciones de la vida americana para la época en que fue redactada. En otras muchas producciones Bolívar contempla la evolución política con visión de porvenir. Pero, no hay en ellas las visiones oníricas sino la contrastación de realidades.

El decreto de Trujillo no es una retaliación, ni el grito desolado de un vengador inexorable. No lo justifican la piedad o el odio. Se busca justificación a las acciones cuando no nos creemos asistidos por la razón, amparados por el derecho. Las justificaciones de tipo ético quedan para moralistas o teólogos. La proclama de Mérida y el decreto de Trujillo son decisiones políticas y se justifican como tales en relación con la oportunidad y los resultados que se obtuvieron.

Cuando nuestros historiadores aluden a la primera república se refieren siempre a los tiempos de la "Patria boba". Los republicanos de esa etapa se distinguieron por su falta de sentido práctico en cuanto a la apreciación de los factores contra los cuales luchaban. Contra las bayonetas de los violentos, solamente otras bayonetas y el libro de la ley. Nada tan angustioso como esa pugna de las facciones en el recinto del Congreso. Nada tan angustioso como las desconfianzas de los oligarcas ante Miranda. Nada tan angustioso, en fin, como ese despertar de los odios de las castas, acicateadas por los realistas, contra los grupos independientes. Nada, en fin, como ese desmenuzamiento del alma criolla por obra de las luchas intestinas, de la falta de autoridad, de la carencia de una verdadera conciencia cívica. El mismo Libertador, en el Manifiesto de Cartagena, examina una a una las causas que provocaron el desastre de 1812 y señala con certeza los motivos que condujeron al descalabro republicano.

Es aleccionador repasar la historia de la primera república venezolana, tal como ha hecho en una magnífica obra un esclarecido hijo de esta ciudad, el doctor Caracciolo Parra Pérez. La razón del desastre no radicó

tanto en lo bisoño del ejército como en el cúmulo de circunstancias adversas que se conjugaron contra la causa patriótica. Exceso de recelosas banderías, pugnacidad entre los poderes públicos, desconfianzas hacia el mantuanismo dirigente, complots de la reacción monárquica y lenidad de las autoridades patrióticas, irrupción beligerante de las castas, crisis económica aumentada con la emisión de papel moneda sin respaldo efectivo, sequía, terremotos e instituciones políticas incompatibles con la naturaleza de la población y las exigencias del momento, son las causas que presiden la agonía de la república tanto en el seno del Congreso como en los campamentos del Generalísimo.

Una de esas causas la reitera en varias oportunidades. En el Manifiesto de Cartagena indica que "generalmente hablando todavía nuestros conciudadanos no se hallan en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos, porque carecen de las virtudes políticas que caracterizan al verdadero republicano; virtudes que no se adquieren en los gobiernos absolutos en donde se desconocen los derechos y los deberes del ciudadano". En carta dirigida a Maxwell Hyslop, Kingston, el 19 de mayo de 1815, le explica que la guerra es dura porque América da a la monarquía reemplazos suficientes para cubrir las bajas ocurridas en los cuerpos militares, "pues no debemos alucinarnos: la opinión de América no está aún bien fijada y aunque los seres que piensan son todos, todos independientes, la masa general ignora todavía sus derechos y desconoce sus intereses".

Este desconocimiento, esa ignorancia fue aprovechada por los caudillos realistas, quienes demagógicamente desatarán los odios contra los criollos, procediendo a repartos de tierras y liberaciones de esclavos para nutrir sus ejércitos. Desencadenados los recelos no es necesario ir a identificar sus orígenes en el atavismo o en la pervivencia de elementos salvajes en el espíritu del criollo. La guerra rompe frenos morales, desarticula la sociedad y enfrenta las pasiones desbocadas. Es casi apelar a recursos retóricos explicar parte de la guerra a muerte como la resultante de una "turbia herencia psíquica del hombre de las selvas, abuelo todavía cercano de los componentes afroindígenas de nuestra nacionalidad".

Con argumentos semejantes se han intentado explicar los excesos de los guerrilleros federales o centralistas. Otros autores han recurrido a las

neurosis. Aquellas atormentadas actuaciones de un Arismendi, de un Leandro Palacios, de un Martín Espinosa o de un "chingo" Olivo no son sino el fruto de fenómenos patológicos o el alarido de los espíritus del bosque pugnando por escapar. No fue la herencia, tampoco la sed de venganza, la raíz de tales actitudes. La venganza explicaría los hechos de Arismendi, José Francisco Bermúdez u Olivo. El origen del fenómeno debemos buscarlo en las circunstancias de la hora. Se rompe con el pasado y en el tránsito hacia un nuevo orden de cosas las gentes se liberan de ataduras y no son contenidas por las normas que quieren desechar o subsistir. En esa hora de liberación momentánea que patrocina el desorden y fomenta la anarquía está la simiente de todos los excesos, la semilla de todas las crueldades.

Este orden de ideas explica el cuadro de Venezuela en los años terribles de la Guerra a Muerte. Y es quizás el mismo Libertador quien expone tal cuadro al referirse a la situación de la provincia de Barinas y de las medidas necesarias para salvarla. Abusando de vuestra paciencia traigo a colación esos párrafos del Libertador. En carta a don Manuel Antonio Pulido, Valencia, el 10 de diciembre de 1813, escribe:

> Es pues de forzosa necesidad obrar hostilmente contra los enemigos de la provincia de Barinas y someter por la fuerza aquellos pueblos refractarios de la misma, afectos a la causa española, que obstinadamente hacen la guerra a la libertad. Mientras no se haya conseguido arrancar de raíz el germen de las irrupciones, fijar la opinión en favor de la independencia y mientras no se vea el orden nacer de la fuerza, no es posible abandonar la suerte de la provincia de Barinas al régimen de las leyes, yugo impotente sobre espíritus descontentos, arrastrados del fanatismo religioso y dirigidos por hombres perversos. Para salvar la patria combatida por todas partes, es indispensable medidas fuera del orden común, y puesto que en Barinas emplean sus fuerzas contra el gobierno legítimo, debe igualmente por la fuerza hacerse entrar en el orden común.

Muy lejos se hallaban del hombre de las selvas quienes en Estados Unidos lucharon durante la guerra de Secesión; los Sherman, Sheridan, Pope, Forrest o Morgan son, sin embargo, versiones nórdicas de los suramericanos o peninsulares de todos los tiempos, Andersonville, un campamento

de prisiones federales, fue escenario de las más inauditas escenas y Forrest, en el fuerte Pillow, sobre tablas clavó a sus prisioneros y luego los convirtió en antorchas.

La proclama de Mérida y el decreto de Trujillo constituyen la legalización de una situación de hecho. Frente a la guerra sin cuartel que se libraba en todo el país era preciso dictar normas que la encauzaran y la hicieran menos despreciada. Bolívar dictó la medida sin odio y sin crueldad. Él jamás hizo un alto en sus marchas para solazarse ante patíbulos, ni experimentó fruición en el derramamiento de sangre. La crueldad sin objeto y las penas infamantes o atroces son los recursos de que se valen las autoridades carentes de escrúpulos para mantenerse en el ejercicio del poder. Con crueldad inútil y desmedida, respondió la Corona a los reclamos de las masas en 1749, en 1781, en 1795, en 1797, en 1799, en 1806 o en 1812. Los más solemnes compromisos contraídos en 1781 o en 1812 fueron burlados fría e inhumanamente. Los fusilamientos de Barinas, comenzados el 12 de junio de 1813, no influyen para nada en las decisiones del Libertador. La proclama-decreto de Trujillo se firma el mismo día en que Antonio Nicolás Briceño caía fusilado en Barinas.

La guerra no se hará a la manera de la "Patria boba". No será, pues, una guerra galana. El decreto de Trujillo viene a delimitar muy claramente los campos beligerantes y las gentes se verán obligadas, inevitablemente, por las circunstancias que crea el decreto, a decidirse por la patria o contra ella. No habrá más agazapados. No es posible que sigan viviendo y disfrutando tranquilamente quienes pretenden jugar a las dos cartas y hoy por la independencia, por los Borbones al otro sol, conservar fortunas y hasta privilegios.

La evolución que experimenta la lucha en 1813 y 1814 es decisiva gracias a la energía del Libertador y a su constancia. Algunos caudillos realistas, como Boves, son factores de importancia en esa transformación. En documento dirigido por Bolívar al Secretario de Guerra, Mompox, el 17 de febrero de 1815, reconocía que difícilmente se reunirían en otro jefe realista las cualidades que Boves reunía. Este lleva las masas a la guerra. Las incita con el señuelo del botín, con la posesión de las tierras que pertenecen a los blancos, con el exterminio de estos como grupo social.

Son aniquiladoras las campañas de los jefes realistas. Todo es desolación al paso de las turbas engreídas. Las caballerías golpean duramente la piel de las sabanas. Y como un alud incontenible se deslizan por los desfiladeros hacia las campiñas de Aragua y Valencia. Los campos que celebrara Humboldt quedan desiertos. Los bosques arden como teas. Los poblados se deshacen. Los desbocados caballos apocalípticos piafan en San Marcos, en La Puerta, en San Mateo, en La Victoria, en Aragua de Barcelona, en el Salado, en Urica. Maturín sirve de tumba a parte de los ejércitos de la república.

Urdaneta logra retirarse con otros despojos a través de Trujillo y de estas tierras hasta Pamplona. Le acompaña una nutrida emigración serrana. Solamente permanece erguido, en medio del general naufragio, el Libertador. Y hacia él, todavía contrastado por émulos o envidiosos, se vuelven las miradas. Ha logrado sobreponerse a todas las adversidades. Quizás contribuya a esta situación el decreto de Trujillo que refinó entre los venezolanos el sentido de la patria.

La patria no era ya la tierra de los oligarcas. La patria era la común heredad de todos cuantos habían nacido en ella, y luchaban por verla libre, soberana, independiente. Sus hijos, lo diría más tarde encontrándose en el Cuzco, no eran sino la herencia de esa pobre tierra nuestra. Al paso de los años el decreto de Trujillo no pierde ni su importancia, ni su vigencia. Por el contrario, asegurada firmemente la República en Guayana, el Libertador amplía sus términos. El 3 de septiembre de 1817 el Libertador dictó un decreto de capital importancia. Por ese instrumento se confiscaban y secuestraban los bienes de los realistas, peninsulares o americanos. El 10 de octubre dictó otro por el que disponía el reparto de los bienes nacionales entre los oficiales y soldados al servicio de la república. El mismo general Morillo destacó la importancia de estos decretos, aun cuando no señaló en sus informes cuáles causas habrían podido originar su promulgación. Nuestros historiadores tampoco se han detenido a considerar el valor de los mismos, especialmente el del 3 de septiembre, modificación sustancial al decreto de Trujillo.

Ya la república estaba bien afirmada en el ánimo popular. Los caudillos regionales disidentes reconocían al Libertador y ya había sido superada la crisis provocada por la rebelión de Piar y conjurado el peligro de una guerra de "colores". Ya se había asegurado el respaldo popular y el destino de América, como el Libertador lo había declarado, estaba irrevocablemente fijado. La soberanía española apenas si estará protegida por los cuadros bien maltratados del ejército expedicionario en Costa Firme.

No implica exageración alguna afirmar que el Libertador era el vocero y el nervio de la revolución continental. Ninguno expresó con mayor claridad los anhelos de las masas americanas como este criollo adinerado y de ilustre cuna que todo lo sacrificó por la tierra en que nació.

El 10 de junio de 1813 sale Bolívar de Mérida. La neblina esconde el rumbo. No hay senderos en la tierra cuando cuajan las tinieblas. Los senderos son hilos colgantes de estrellas que se anudan a las flores y a la grita de los aguaitacaminos. El bermellón de las chamarras forma como puntos de fuego por las veredas. Troya vivía en los Penates que conducía Eneas. La patria estaba erguida en los estandartes que conducía esta tropa que en cada terrón desmenuzado dejaba constancia de su conciencia.

Los soldados eran, en la ágil concepción bolivariana, como esas figuras de anime que tallan los artesanos locales y con sus ruanas carmesíes parecen un ejército de imaginería deslizándose por entre montañas de ensueño. No hay obstáculos para estos pastores y campurusos que hacen sus primeras armas. Las trompas rasgan la serena quietud de los canjilones, por donde asciende hacia las nubes el rizado manto de los trigales. A veces la luna se remira en los bruñidos espejos parameños. Ante la tropa saltan y juguetean "Nevado" y el fiel indio en ese peregrinaje de victorias que es la Campaña Admirable.

La gloria del Libertador permanece viva en sus obras. En sus cartas, discursos o proclamas se condensa su pensamiento político. Y la realización del mismo está en esas muchedumbres que le siguen cuando él alumbró la noche en que vegetaban con las llamas del fervor ciudadano. Si los pueblos por él libertados se salvaron de las veleidades nobiliarias y de las monarquías que prohijaba la Santa Alianza, fue solamente por la voluntad

democrática y el espíritu republicano del Libertador. Frente a Europa él despertó la conciencia de América.

Muchas de estas festividades seculares han sido celebradas en horas amargas. Se reducían a evocar floridamente el pasado. Se trataban los hechos celebrados como ajenos a nuestra existencia nacional. Para todos nosotros la celebración de estas fechas tiene hoy otro signo. Las celebramos en función del presente. Más que una simple evocación, ellas constituyen compromisos con el futuro. Un bosque de inmóviles estatuas proceras nada dice al sentimiento. Pero, esas estatuas cobrarían vida si las contemplásemos a través de nuestros propios esfuerzos.

Nieves eternas velan las cumbres de las montañas tutelares de esta ciudad. Nieves eternas dan vida a sus ríos y las hebras de las corrientes envivecen los sembríos. Fuerza inextinguible, invariable llama, hay en el pecho de las gentes dispuestas siempre al albur de la aventura. Si ayer lo estuvieron para quemar vigilias en los vivaques de los campamentos, hoy también todos estamos dispuestos a recobrar las lámparas del alba.

Bolívar entra a la historia al recibir en esta ciudad el más glorioso de los adjetivos, cuando rota la precaria estabilidad que impuso la monarquía, todo el continente era víctima de la anarquía, del odio, de la violencia, de la injusticia. Tarea ímproba fue la de triunfar de la discordia, contener la disolución, vencer la ignorancia, enterrar la mezquindad; la de crear todos los elementos que hicieron posible la victoria; la de dotar de un ideario a la revolución; la de precaver sus tropiezos; la de anticipar sus destinos.

En su manifiesto de Carúpano de 7 de septiembre de 1814 dejó testimonio Bolívar de todos esos ingentes problemas. Y hoy os insinuaría que apenas dispongáis de algunos instantes, releáis esa pieza magnífica, llena de un frío conocimiento de los hombres y de los pueblos, plena de profundos conceptos sobre los vaivenes de la fortuna y la inestabilidad de las cosas.

Describiros el mundo bolivariano que surgió de los rescoldos dejados por la lucha sería reiteraros cuanto se ha escrito después de tal empresa cesárea. En la llamada Carta de Jamaica, en el Discurso de Angostura, está la anatomía de ese mundo y su diagnosis. Bolívar destacó las virtudes de los pueblos, denunció sus defectos, señaló metas y reveló las inmensas posibilidades de estas tierras que habían madurado espiritualmente en el cerrado

coto colonial. Y Bolívar hizo algo más: le dio a la patria, junto con el mito de su vida, un alma de acero capaz de resistir todos los quebrantos futuros.

Cuando rememoramos los días formativos, nos sentimos orgullosos del gentilicio. Bolívar evocó el genuino espíritu de esta tierra y surgió en medio del fuego de las batallas y el humo de los campos incendiados. Y la patria fue entonces, tanto el pedazo de tierra purificado por el sacrificio como sus gentes mezcladas y esa voluntad de sobrevivir que le insufló.

Muchas de las metas señaladas por el Libertador no han sido alcanzadas. América aún está en crisálida y padece todavía las crisis de la pubertad, porque intensos reajustes sociales, políticos y económicos se gestan dentro de su cuerpo multiforme y sobre ese cuerpo se ejercen presiones que pueden deformarle, ya que se manifiestan a través de prácticas políticas o de filosofías que no responden ni a nuestros intereses, ni a nuestras costumbres, ni a nuestra cultura.

Mucho hemos andado en este camino nacional. Muchos tropiezos hemos evitado, desde el desbordamiento de las furias de la anarquía hasta el entronizamiento de los tiranos providenciales. Frente a estos elementos de disolución, frente a las prédicas extrañas, hemos ido conformando en el dolor una filosofía democrática cuyas raíces están sembradas en la historia de esta tierra y en la obra de sus figuras egregias. El pensamiento del Libertador ofrece temas vigentes y en esos temas nos inspiramos cuantos deseamos encontrar fórmulas que superen nuestras deficiencias.

La democracia es una actitud ante la vida, basada únicamente en el recto ejercicio de la ley, en la cabal aplicación de la justicia. No hay rebeldía que se justifique cuando ella va contra la democracia. La violencia es un ácido corrosivo que destruye el respeto hacia el hombre y arruina cuanto hemos logrado con los años adquirir. La democracia, para que pueda cumplir su misión, necesita imperiosamente del mutuo entendimiento en un clima de serena confianza, de permanente vigilancia ciudadana. Sistema político perfecto, como lo calificó el Libertador, sujeto a una casi diaria renovación, tiene infinitas posibilidades.

Una exacta comprensión del ideal bolivariano, una más cabal interpretación de nuestra historia, nos facilitaría la tarea de enfrentarnos a nuestros problemas. No entrarían en nuestras apreciaciones ni el embalsamamiento

de las tradiciones, ni las rebeldías dogmáticas de los ambiciosos. Hemos pasado por horas de dolorosa confusión y desaliento. Y de esas horas tremendas hemos escapado gracias a la virtualidad creadora del pensamiento democrático, conformado inicialmente por el Libertador de acuerdo con la naturaleza de nuestro país y el modo de ser de sus gentes.

ÁLVARO MUTIS

El último rostro es el rostro con el que te recibe la muerte.

De un manuscrito anónimo de la Biblioteca del Monasterio del Monte Athos, siglo XI

EL ÚLTIMO ROSTRO*

LAS PÁGINAS que van a leerse pertenecen a un legado de manuscritos vendidos en la subasta de un librero de Londres pocos años después de terminada la Segunda Guerra Mundial. Formaron parte estos escritos de los bienes de la familia Nimbourg Napierski, el último de cuyos miembros murió en Mers el Kebir combatiendo como oficial de la Francia libre. Los Nimbourg-Napierski llegaron a Inglaterra meses antes de la caída de Francia y llevaron consigo algunos de los más preciados recursos de la familia: un sable con mango adornado de rubíes y zafiros, obsequio del mariscal José Poniatowski al coronel de lanceros Miecislaw Napierski, en recuerdo de su heroica conducta en la batalla de Friedland; una serie de bocetos y dibujos de Delacroix comprados al artista por el príncipe de Nimbourg Boulac, la colección de monedas antiguas del abuelo Nimbourg Napierski, muerto en Londres pocos días después de emigrar, y los manuscritos del diario del coronel Napierski, ya mencionados.

Por un azar llegaron a nuestras manos los papeles del coronel Napierski y al hojearlos en busca de ciertos detalles sobre la batalla de Bailén, que allí se narra, nuestra vista cayó sobre una palabra y una fecha: Santa Marta, diciembre de 1830. Iniciada su lectura, el interés sobre la derrota de Bailén se esfumó bien pronto a medida que nos internábamos en los apretados renglones de letra amplia y clara del coronel de coraceros. Los folios no estaban ordenados y hubo que buscar entre los 8 tomos de legajos aquellos que, por el color de la tinta y ciertos nombres y fechas, indicaban pertenecer a una misma época.

* *La mansión de Angostura*, Barcelona, España, Editorial Seix-Barral, 1978, pp. 83-106.

Miecislaw Napierski había viajado a Colombia para ofrecer sus servicios en los ejércitos libertadores. Su esposa, la condesa Adéhaume de Nimbourg-Boulac, había muerto al nacer su segundo hijo y el coronel, como buen polonés, buscó en América tierras en donde la libertad y el sacrificio alentaran sus sueños de aventura truncados con la caída del imperio. Dejó sus dos hijos al cuidado de la familia de su esposa y embarcó para Cartagena de Indias. En Cuba, en donde tocó la fragata en que viajaba, fue detenido por una oscura delación y encerrado en el fuerte de Santiago. Allí padeció varios años de prisión hasta cuando logró evadirse y escapar a Jamaica. En Kingston embarcó en la fragata inglesa Shanon que se dirigía a Cartagena.

Por razones que se verán más adelante, se transcriben únicamente las páginas del Diario que hacen referencia a ciertos hechos relacionados con un hombre y las circunstancias de su muerte, y se omiten todos los comentarios y relatos de Napierski ajenos a este episodio de la historia de Colombia que diluyen y, a menudo, confunden el desarrollo del dramático fin de una vida.

Napierski escribió esta parte de su Diario en español, idioma que dominaba por haberlo aprendido en su estada en España durante la ocupación de los ejércitos napoleónicos. En el tono de ciertos párrafos se nota empero la influencia de los poetas poloneses exiliados en París y de quienes fuera íntimo amigo, en especial de Adam Mickiewicz a quien alojó en su casa.

29 de junio. Hoy conocí al general Bolívar. Era tal mi interés por captar cada una de sus palabras y hasta el menor de sus gestos y tal su poder de comunicación y la intensidad de su pensamiento que, ahora que me siento a fijar en el papel los detalles de la entrevista, me parece haber conocido al Libertador desde hace ya muchos años y servido desde siempre bajo sus órdenes.

La fragata ancló esta mañana frente al fuerte de Pastelillo. Un edecán llegó por nosotros a eso de las diez de la mañana. Desembarcamos el capitán, un agente consular británico de nombre Page y yo. Al llegar a tierra fuimos a un lugar llamado Pie de la Popa por hallarse en las estribaciones del cerro del mismo nombre, en cuya cima se halla una fortaleza que antaño fuera convento de monjas. Bolívar se trasladó allí desde el pueblecito cercano de Turbaco, movido por la ilusión de poder partir en breves días.

Entramos en una amplia casona con patios empedrados llenos de geranios un tanto mustios y gruesos muros que le dan un aspecto de cuartel. Esperamos en una pequeña sala de muebles desiguales y destartalados con las paredes desnudas y manchadas de humedad. Al poco rato entró el señor Ibarra, edecán del Libertador, para decirnos que Su Excelencia estaba terminando de vestirse y nos recibiría en unos momentos. Poco después se entreabrió una puerta que yo había creído clausurada y asomó la cabeza un negro que llevaba en la mano unas prendas de vestir y una manta e hizo a Ibarra señas de que podíamos entrar.

Mi primera impresión fue de sorpresa al encontrarme en una amplia habitación vacía, con alto techo artesonado, un catre de campaña al fondo, contra un rincón, y una mesa de noche llena de libros y papeles. De nuevo las paredes vacías llenas de churretones causados por la humedad. Una ausencia total de muebles y adornos. Únicamente una silla de alto respaldo, desfondada y descolorida, miraba hacia un patio interior sembrado de naranjos en flor, cuyo suave aroma se mezclaba con el de agua de colonia que predominaba en el ambiente. Pensé, por un instante, que seguiríamos hacia otro cuarto y que esta sería la habitación provisional de algún ayudante, cuando una voz hueca pero bien timbrada, que denotaba una extrema debilidad física, se oyó tras de la silla hablando en un francés impecable traicionado apenas por un leve *accent du midi*.

—Adelante, señores, ya traen algunas sillas. Perdonen lo escaso del mobiliario, pero estamos todos aquí un poco de paso. No puedo levantarme, excúsenme ustedes.

Nos acercamos a saludar al héroe mientras unos soldados, todos con acentuado tipo mulato, colocaban unas sillas frente a la que ocupaba el enfermo. Mientras este hablaba con el capitán del velero, tuve oportunidad de observar a Bolívar. Sorprende la desproporción entre su breve talla y la enérgica vivacidad de las facciones. En especial los grandes ojos oscuros y húmedos que se destacan bajo el arco pronunciado de las cejas. La tez es de un intenso color moreno, pero a través de la fina camisa de batista, se advierte un suave tono oliváceo que no ha sufrido las inclemencias del sol y el viento de los trópicos. La frente, pronunciada y magnífica, está surcada por multitud de finas arrugas que aparecen y desaparecen a cada instante y

dan al rostro una expresión de atónita amargura, confirmada por el diseño delgado y fino de la boca cercada por hondas arrugas. Me recordó el rostro de César en el busto del museo Vaticano. El mentón pronunciado y la nariz fina y aguda borran un tanto la impresión de melancólica amargura, poniendo un sello de densa energía orientada siempre en toda su intensidad hacia el interlocutor del momento. Sorprenden las manos delgadas, ahusadas, largas, con uñas almendradas y pulcramente pulidas, ajenas por completo a una vida de batallas y esfuerzos sobrehumanos cumplidos en la inclemencia de un clima implacable.

Un gesto del Libertador –olvidaba decir que tal es el título con que honró a Bolívar el Congreso de Colombia y con el cual se le conoce siempre más que por su nombre o su título oficiales– me impresionó sobremanera; como si lo hubiera acompañado toda su vida. Se golpea levemente la frente con la palma de la mano y luego desliza esta lentamente hasta sostenerse con ella el mentón entre el pulgar y el índice; así permanece largo rato, mirando fijamente a quien le habla. Estaba yo absorto observando todos sus ademanes cuando me hizo una pregunta, interrumpiendo bruscamente una larga explicación del capitán sobre su itinerario hacia Europa.

—Coronel Napierski, me cuentan que usted sirvió bajo las órdenes del mariscal Poniatowski y que combatió con él en el desastre de Leipzig.

—Sí, Excelencia –respondí conturbado al haberme dejado tomar de sorpresa–, tuve el honor de combatir a sus órdenes en el cuerpo de lanceros de la guardia y tuve también el terrible dolor de presenciar su heroica muerte en las aguas del Elster. Yo fui de los pocos que lograron llegar a la otra orilla.

—Tengo una admiración muy grande por Polonia y por su pueblo –me contestó Bolívar–, son los únicos verdaderos patriotas que quedan en Europa. Qué lástima que haya llegado usted tarde. Me hubiera gustado tanto tenerlo en mi Estado Mayor –permaneció un instante en silencio, con la mirada perdida en el quieto follaje de los naranjos–. Conocí al príncipe Poniatowski en el salón de la condesa Potocka, en París. Era un joven arrogante y simpático, pero con ideas políticas un tanto vagas. Tenía debilidad por las maneras y costumbres de los ingleses y a menudo lo ponía en evidencia,

olvidando que eran los más acerbos enemigos de la libertad de su patria. Lo recuerdo como una mezcla de hombre valiente hasta la temeridad pero ingenuo hasta el candor. Mezcla peligrosa en los vericuetos que llevan al poder. Murió como un gran soldado. Cuántas veces al cruzar un río (he cruzado muchos en mi vida, coronel) he pensado en él, en su envidiable sangre fría, en su espléndido arrojo. Así se debe morir y no en este peregrinaje vergonzante y penoso por un país que ni me quiere ni piensa que le haya yo servido en cosa que valga la pena.

Un joven general con espesas patillas rojizas, se apresuró respetuosamente a interrumpir al enfermo con voz un tanto quebrada por encontrados sentimientos:

—Un grupo de viles amargados no son toda Colombia, Excelencia. Usted sabe cuánto amor y cuánta gratitud le guardamos los colombianos por lo que ha hecho por nosotros.

—Sí –contestó Bolívar con un aire todavía un tanto absorto–, tal vez tenga razón, Carreño, pero ninguno de esos que menciona estaban a mi salida de Bogotá, ni cuando pasamos por Mariquita.

Se me escapó el sentido de sus palabras, pero noté en los presentes una súbita expresión de vergüenza y molestia casi física.

Tornó Bolívar a dirigirse a mí, con renovado interés:

—Y ahora que sabe que por acá todo ha terminado, ¿qué piensa usted hacer, coronel?

—Regresar a Europa –respondí– lo más pronto posible. Debo poner orden en los asuntos de mi familia y ver de salvar, así sea en parte, mi escaso patrimonio.

—Tal vez viajemos juntos –me dijo, mirando también al capitán–.

Este explicó al enfermo que por ahora tendría que navegar hasta La Guaira y que, de allí, regresaría a Santa Marta para partir hacia Europa. Indicó que solo hasta su regreso podrían recibir nuevos pasajeros. Esto tomaría dos o tres meses a lo sumo, porque en La Guaira esperaba un cargamento que venía del interior de Venezuela. El capitán manifestó que, al volver a Santa Marta, sería para él un honor contarlo como huésped en la Shanon y que, desde ahora, iba a disponer lo necesario para proporcionarle las comodidades que exigía su estado de salud.

El Libertador acogió la explicación del marino con un amable gesto de ironía y comentó:

—Ay, capitán, parece que estuviera escrito que yo deba morir entre quienes me arrojan de su lado. No merezco el consuelo del ciego Edipo que pudo abandonar el suelo que lo odiaba.

Permaneció en silencio un largo rato; solo se escuchaban el silbido trabajoso de su respiración y algún tímido tintineo de un sable o el crujido de alguna de las sillas desvencijadas que ocupábamos. Nadie se atrevió a interrumpir su hondo meditar, evidente en la mirada perdida en el quieto aire del patio. Por fin, el agente consular de Su Majestad Británica se puso en pie. Nosotros le imitamos y nos acercamos al enfermo para despedirnos. Salió apenas de su amargo cavilar sin fondo y nos miró como a sombras de un mundo del que se hallaba por completo ausente. Al estrechar mi mano me dijo sin embargo:

—Coronel Napierski, cuando lo desee venga a hacer compañía a este enfermo. Charlaremos un poco de otros días y otras tierras. Creo que a ambos nos hará mucho bien.

Me conmovieron sus palabras. Le respondí:

—No dejaré de hacerlo, Excelencia. Para mí es un placer y una oportunidad muy honrosa y feliz el poder venir a visitarle. El barco demora aquí algunas semanas. No dejaré de aprovechar su invitación.

De repente me sentí envarado y un tanto ceremonioso en medio de este aposento más que pobre y después de la llaneza de buen tono que había usado conmigo el héroe.

Es ya de noche. No corre una brizna de viento. Subo al puente de la fragata en busca de aire fresco. Cruza la sombra nocturna, allá en lo alto, una bandada de aves chillonas cuyo grito se pierde sobre el agua estancada y añeja de la bahía. Allá al fondo, la silueta angulosa y vigilante del fuerte de San Felipe. Hay algo intemporal en todo esto, una extraña atmósfera que me recuerda algo ya conocido no sé dónde ni cuándo. Las murallas y fuertes son una reminiscencia medieval surgiendo entre las ciénagas y lianas del trópico. Muros de Aleppo y San Juan de Acre, Cracs del Líbano. Esta solitaria lucha de un guerrero admirable con la muerte que lo cerca en una ronda de amargura y desengaño. ¿Dónde y cuándo viví todo esto?

30 de junio. Ayer envié un grumete para que preguntara cómo seguía el Libertador y si podía visitarle en caso de que se encontrara mejor. Regresó con la noticia de que el enfermo había pasado pésima noche y le había aumentado la fiebre. Personalmente, Bolívar me enviaba decir que, si al día siguiente se sentía mejor, me lo haría saber para que fuera a verlo. En efecto, hoy vinieron a buscarme, a la hora de mayor calor, las dos de la tarde, el general Montilla y un oficial cuyo apellido no entendí claramente: "El Libertador se siente hoy un poco mejor y estaría encantado de gozar un rato de su compañía", explicó Montilla repitiendo evidentemente palabras textuales del enfermo. Siempre se advierte en Bolívar el hombre de mundo detrás del militar y el político. Uno de los encantos de sus maneras es que la banalidad del brillante frecuentador de los salones del Consulado ha cedido el paso a cierta llaneza castrense, casi hogareña, que me recuerdan al mariscal McDonald, duque de Tarento o al conde de Fernán Núñez. A esto habría que agregar un personal acento criollo, mezcla de capricho y fogosidad, que lo han hecho, según es bien conocido, hombre en extremo afortunado con las mujeres.

Me llevaron al patio de los naranjos, en donde le habían colgado una hamaca. Dos noches de fiebre marcaban su paso por un rostro que tenía algo de máscara frigia. Me acerco a saludarlo y con la mano me hace señas de que tome asiento en una silla que me han traído en ese momento. No puede hablar. El edecán Ibarra me explica en voz baja que acaba de sufrir un acceso de tos muy violento y que de nuevo ha perdido mucha sangre. Intento retirarme para no importunar al enfermo y este se incorpora un poco y me pide con una voz ronca que me conmueve por todo el sufrimiento que acusa:

—No, no, por favor, coronel, no se vaya usted. En un momento ya estaré bien y podremos conversar un poco. Me hará mucho bien, se lo ruego, quédese.

Cerró los ojos. Por el rostro le cruzan vagas sombras. Una expresión de alivio borra las arrugas de la frente, suaviza las comisuras de los labios. Casi sonríe. Tomé asiento mientras Ibarra se retiraba en silencio. Transcurrido un cuarto de hora pareció despertar de un largo sueño. Se excusó por haberme hecho llamar creyendo que iba a estar en condiciones de conversar un rato. "Hábleme un poco de usted –agregó–, cuál es su impresión de

todo esto”, y subrayó estas palabras con un gesto de la mano. Le respondí que me era un poco difícil todavía formular un juicio cierto sobre mis impresiones. Le comenté de mi sensación en la noche, frente a la ciudad amurallada, ese intemporal y vago hundirme en algo vivido no sé dónde ni cuándo. Empezó entonces a hablarme de América, de estas repúblicas nacidas de su espada y de las cuales, sin embargo, allá en su más íntimo ser, se siente a menudo por completo ajeno.

—Aquí se frustra toda empresa humana –comentó–. El desorden vertiginoso del paisaje, los ríos inmensos, el caos de los elementos, la vastedad de las selvas, el clima implacable, trabajan la voluntad y minan las razones profundas, esenciales, para vivir, que heredamos de ustedes. Esas razones nos impulsan todavía, pero en el camino nos perdemos en la hueca retórica y en la sanguinaria violencia que todo lo arrasa. Queda una conciencia de lo que debimos hacer y no hicimos y que sigue trabajando allá adentro haciéndonos inconformes, astutos, frustrados, ruidosos, inconstantes. Los que hemos enterrado en estos montes lo mejor de nuestras vidas, conocemos demasiado bien los extremos a que conduce esta inconformidad estéril y retorcida. ¿Sabe usted que cuando yo pedí la libertad para los esclavos, las voces clandestinas que conspiraron contra el proyecto e impidieron su cumplimiento fueron las de mis compañeros de lucha, los mismos que se jugaron la vida cruzando a mi lado los Andes para vencer en el Pantano de Vargas, en Boyacá y en Ayacucho; los mismos que habían padecido prisión y miseria sin cuento en las cárceles de Cartagena, el Callao y Cádiz de manos de los españoles? ¿Cómo se puede explicar esto si no es por una mezquindad, una pobreza de alma, propias de aquellos que no saben quiénes son, ni de dónde son, ni para qué están en la Tierra? El que yo haya descubierto en ellos esta condición, el que la haya conocido desde siempre y tratado de modificarla y subsanarla, me ha convertido ahora en un profeta incómodo, en un extranjero molesto. Por esto sobro en Colombia, mi querido coronel, pero un hado extraño dispone que yo muera con un pie en el estribo, indicándome así que tampoco mi lugar, la tumba que me corresponde, están allende el Atlántico.

Hablaba con febril excitación. Me atreví a sugerirle descanso y que tratara de olvidar lo irremediable y propio de toda condición humana. Traje

al caso algunos ejemplos harto patentes y dolorosos de la reciente historia de Europa. Se quedó pensativo un momento. Su respiración se regularizó, su mirada perdió la delirante intensidad que me había hecho temer una nueva crisis.

—Da igual, Napierski, da igual, con esto no hay ya nada que hacer –comentó señalando hacia su pecho–, no vamos a detener la labor de la muerte callando lo que nos duele. Más vale dejarlo salir, menos daño ha de hacernos hablándolo con amigos como usted.

Era la primera vez que me trataba con tan amistosa confianza y esto me conmovió, naturalmente. Seguimos conversando. Volví a comentarle de Europa, la desorientación de quienes aún añoraban las glorias del Imperio, la necedad de los gobernantes que intentaban detener con viejas mañas y rutinas de gabinete un proceso irreversible. Le hablé de la tiranía rusa en mi patria, de nuestra frustración, de los planes de alzamiento preparados en París. Me escuchaba con interés mientras una vaga sonrisa, un gesto de amable escepticismo, le recorría el rostro.

—Ustedes saldrán de esa crisis, Napierski, siempre han superado esas épocas de oscuridad, ya vendrán para Europa tiempos nuevos de prosperidad y grandeza para todos. Mientras tanto nosotros, aquí en América, nos iremos hundiendo en un caos de estériles guerras civiles, de conspiraciones sórdidas y en ellas se perderán toda la energía, toda la fe, toda la razón necesarias para aprovechar y dar sentido al esfuerzo que nos hizo libres. No tenemos remedio, coronel, así somos, así nacimos.

Nos interrumpió el edecán Ibarra que traía un sobre y lo entregó al enfermo. Reconoció al instante la letra y me explicó sonriente: "Me va a perdonar que lea esta carta ahora, Napierski. La escribe alguien a quien debo la vida y que me sigue siendo fiel con lo mejor de su alma". Me retiré a un rincón para dejarlo en libertad y comenté algunos detalles de mis planes con Ibarra.

Cuando Bolívar terminó de leer los dos pliegos, escritos en una letra menuda con grandes mayúsculas semejantes a arabescos, nos llamó a su lado. Nos quedamos un largo rato en silencio. Miraba al cielo por entre los naranjos en flor. Suspiró hondamente y me habló con cierto acento de ligereza y hasta de coquetería:

—Esto de morir con el corazón joven tiene sus ventajas, coronel. Contra eso sí no pueden ni la mezquindad de los conspiradores, ni el olvido de los prójimos, ni el capricho de los elementos, ni la ruina del cuerpo. Necesito estar solo un rato. Venga por aquí más a menudo. Usted ya es de los nuestros, coronel, y a pesar de su magnífico castellano a los dos nos sirve practicar un poco el francés que se nos está empolvando.

Me despedí con la satisfacción de ver al enfermo con mejores ánimos. Antes de tornar a la fragata, Ibarra me acompañó a comprar algunas cosas en el centro de la ciudad que tiene algo de Cádiz y mucho de Túnez o Algeciras. Mientras recorríamos las blancas calles en sombra, con casas llenas de balcones y amplios patios a los que invitaba la húmeda frescura de una vegetación espléndida, me contó los amores de Bolívar con una dama ecuatoriana que le había salvado la vida, gracias a su valor y serenidad, cuando se enfrentó, sola, a los conspiradores que iban a asesinar al héroe en sus habitaciones del Palacio de San Carlos en Bogotá. Muchos de ellos eran antiguos compañeros de armas, hechura suya casi todos. Ahora comprendo la amargura de sus palabras esta tarde.

1º de julio. He decidido quedarme en Colombia, por lo menos hasta el regreso de la fragata. Ciertas vagas razones, difíciles de precisar en el papel, me han decidido a permanecer al lado de este hombre que, desde hoy, se encamina derecho hacia la muerte ante la indiferencia, si no el rencor, de quienes todo le deben.

Si mi propósito era alistarme en el ejército de la Gran Colombia y circunstancias adversas me han impedido hacerlo, es natural que preste al menos el simple servicio de mi compañía y devoción a quien organizó y llevó a la victoria, a través de cinco naciones, esas mismas armas. Si bien es cierto que quienes ahora le rodean, cinco o seis personas, le muestran un afecto y lealtad sin límites, ninguno puede darle el consuelo y el alivio que nuestra afinidad de educación y de recuerdos le proporciona. A pesar de la respetuosa distancia de nuestras relaciones, me doy cuenta de que hay ciertos temas que solo conmigo trata y cuando lo hace es con el placer de quien renueva viejas relaciones de juventud. Lo noto hasta en ciertos giros del idioma francés que le brotan en su charla conmigo y que son los mismos

impuestos en los salones del Consulado por Barras, Talleyrand y los amigos de Josefina.

El Libertador ha tenido una recaída de la cual, al decir del médico que lo atiende –y sobre cuya preparación tengo cada día mayores dudas–, no volverá a recobrarse. La causa ha sido una noticia que recibió ayer mismo. Estaba en su cuarto, recostado en el catre de campaña en donde descansaba un poco de la silla en donde pasa la mayor parte del tiempo, cuando, tras un breve y agitado murmullo, tocaron a la puerta.

—¿Quién es? –preguntó el enfermo incorporándose.

—Correo de Bogotá, Excelencia –contestó Ibarra.

Bolívar trató de ponerse en pie pero volvió a recostarse sacudido por un fuerte golpe de tos. Le alcancé un vaso con agua, tomó de ella algunos sorbos e hizo pasar a su edecán. Ibarra traía el rostro descompuesto a pesar del esfuerzo que hacía por dominarse. Bolívar se le quedó mirando y le preguntó intrigado:

—¿Quién trae el correo?

—El capitán Arrázola, Excelencia –contestó el otro con voz pastosa y débil–.

—¿Arrázola? ¿El que fue ayudante de Santander? Ese viene más a espiar que a traer noticias. En fin, que entre. ¿Pero qué le pasa a usted, Ibarra? –inquirió preocupado al ver que el edecán no se movía–.

—Mi general, Excelencia, prepárese a recibir una terrible noticia.

Y las lágrimas, a punto de brotarle de los ojos, le obligaron a dar media vuelta y salir. Afuera volvió a hablar con alguien. Se oían carreras y ruidos de gente que se agrupaba alrededor del recién llegado. Bolívar permaneció rígido, mirando hacia la puerta. Entró de nuevo Ibarra seguido por un oficial en uniforme de servicio, con el rostro cruzado por una delgada cicatriz de color oscuro. Su mirada inquieta recorrió la habitación hasta quedarse detenida en el lecho donde le observaban fijamente. Se presentó poniéndose en posición de firme.

—Capitán Vicente Arrázola, Excelencia.

—Siéntese Arrázola –le invitó Bolívar sin quitarle la vista de encima–. Arrázola siguió en pie, rígido. —¿Qué noticias nos trae de Bogotá? ¿Cómo están las cosas por allá?

—Muy agitadas, Excelencia, y le traigo nuevas que me temo van a herirle en forma que me siento culpable de ser quien tenga que dárselas.

Los ojos inmensamente abiertos de Bolívar se fijaron en el vacío.

—Ya hay pocas cosas que puedan herirme, Arrázola. Serénese y dígame de qué se trata.

El capitán dudó un instante, intentó hablar, se arrepintió y sacando una carta del portafolio con el escudo de Colombia que traía bajo el brazo, se la alcanzó al Libertador. Este rasgó el sobre y comenzó a leer unos breves renglones que se veían escritos apresuradamente. En este momento entró en punta de pies el general Montilla, quien se acercó con los ojos irritados y el rostro pálido. Un gemido de bestia herida partió del catre de campaña sobrecogiéndonos a todos. Bolívar saltó del lecho como un felino y tomando por las solapas al oficial le gritó con voz terrible:

—¡Miserables! ¿Quiénes fueron los miserables que hicieron esto? ¿Quiénes? ¡Dígamelo, se lo ordeno, Arrázola! –y sacudía al oficial con una fuerza inusitada–. ¿¡Quién pudo cometer tan estúpido crimen!?

Ibarra y Montilla acudieron a separarlo de Arrázola, quien lo miraba espantado y dolorido. De un manotón logró soltarse de los brazos que lo retenían y se fue tambaleando hacia la silla en donde se derrumbó dándonos la espalda. Tras un momento en que no supimos qué hacer, Montilla nos invitó con un gesto a salir del cuarto y dejar solo al Libertador. Al abandonar la habitación me pareció ver que sus hombros bajaban y subían al impulso de un llanto secreto y desolado.

Cuando salí al patio todos los presentes mostraban una profunda congoja. Me acerqué al general Laurencio Silva, con quien he hecho amistad y le pregunté lo que pasaba. Me informó que habían asesinado en una emboscada al Gran Mariscal de Ayacucho, don Antonio José de Sucre.

—Es el amigo más estimado del Libertador, a quien quería como a un padre. Por su desinterés en los honores y su modestia, tenía algo de santo y de niño que nos hizo respetarlo siempre y que fuera adorado por la tropa –me explicó mientras pasaba su mano por el rostro en un gesto desesperado–.

Permanecí toda la tarde en el Pie de la Popa. Vagué por corredores y patios hasta cuando, entrada ya la noche, me encontré con el general

Montilla, quien en compañía de Silva y del capitán Arrázola me buscaban para invitarme a cenar con ellos.

—No nos deje ahora, coronel –me pidió Montilla–, ayúdenos a acompañar al Libertador a quien esta noticia le hará más daño que todos los otros dolores de su vida juntos.

Accedí gustoso y nos sentamos en la mesa que habían servido en un comedor que daba al castillo de San Felipe. La sobremesa se alargó sin que nadie se atreviera a importunar al enfermo. Hacia las once, Ibarra entró en el cuarto con una palmatoria y una taza de té. Permaneció allí un rato y cuando salió nos dijo que el Libertador quería que le hiciéramos un rato compañía. Lo encontramos tendido en el catre, envuelto completamente en una sábana empapada en el sudor de la fiebre, que le había aumentado en forma alarmante. Su rostro tenía de nuevo esa desencajada expresión de máscara funeraria helénica, los ojos abiertos y hundidos desaparecían en las cuencas, y, a la luz de la vela, solo se veían en su lugar dos grandes huecos que daban a un vacío que se suponía amargo y sin sosiego, según era la expresión de la fina boca entreabierta.

Me acerqué y le manifesté mi pesar por la muerte del Gran Mariscal. Sin contestarme, retuvo un instante mi mano en la suya. Nos sentamos alrededor del catre sin saber qué decir ni cómo alejar al enfermo del dolor que le consumía. Con voz honda y cavernosa, que llenó toda la estancia en sombras, preguntó de pronto dirigiéndose a Silva:

—¿Cuántos años tenía Sucre? ¿Usted recuerda?

—Treinta y cinco, Excelencia. Los cumplió en febrero.

—Y su esposa, ¿está en Colombia?

—No, Excelencia. Le esperaba en Quito. Iba a reunirse con ella.

De nuevo quedaron en silencio un buen rato. Ibarra trajo más té y le hizo tomar al enfermo unas cucharadas que le habían recetado para bajar la temperatura. Bolívar se incorporó en el lecho y le pusimos unos cojines para sostenerlo y que estuviera más cómodo. Iniciábamos una de esas vagas conversaciones de quienes buscan alejarse de un determinado asunto, cuando de repente empezó a hablar un poco para sí mismo y a veces dirigiéndose a mí concretamente:

—Es como si la muerte viniera a anunciarme con este golpe su propó-

sito. Un primer golpe de guadaña para probar el filo de la hoja. Le hubiera usted conocido, Napierski. El calor de su mirada un tanto despistada, su avanzar con los hombros un poco caídos y el cuerpo desgonzado, dando siempre la impresión de cruzar un salón tratando de no ser notado. Y ese gesto suyo de frotar con el dedo cordial el mango de su sable. Su voz chillona y las eses silbadas y huidizas que imitaba tan bien Manuelita haciéndole ruborizar. Sus silencios de tímido. Sus respuestas a veces bruscas, cortantes pero siempre claras y francas. Cómo debió tomarlo por sorpresa la muerte. Cómo se preguntaría con el último aliento de vida, la razón, el porqué del crimen. "Usted y yo moriremos viejos, me dijo una vez en Lima, ya no hay quien nos mate después de lo que hemos pasado". Siempre iluso, siempre generoso, siempre crédulo, siempre dispuesto a reconocer en las gentes las mejores virtudes, las mismas que él, sin notarlo ni proponérselo, cultivaba en sí mismo tan hermosamente… Berruecos… Berruecos… Un paso oscuro en la cordillera. Un monte sombrío con los chillidos de los monos siguiéndonos todo el día. Mala gente esa. Siempre dieron qué hacer. Nunca se nos sumaron abiertamente. Los más humillados quizás, los menos beneficiados por la Corona y por ello los más sumisos, los menos fuertes. ¡Qué poco han valido todos los años de batallar, ordenar, sufrir, gobernar, construir, para terminar acosados por los mismos imbéciles de siempre, los astutos políticos con alma de peluquero y trucos de notario que saben matar y seguir sonriendo y adulando! Nadie ha entendido aquí nada. La muerte se llevó a los mejores, todo queda en manos de los más listos, los más sinuosos que ahora derrochan herencia ganada con tanto dolor y tanta muerte.

Recostó la cabeza en la almohada. La fiebre le hacía temblar levemente. Volvió a mirar a Ibarra.

—No habrá tal viaje a Francia. Aquí nos quedamos aunque no nos quieran.

Una arcada de náuseas lo dobló sobre el catre. Vomitó entre punzadas que casi le hacían perder el sentido. Una mancha de sangre comenzó a extenderse por las sábanas y a gotear pausadamente en el piso. Con la mirada perdida murmuraba delirante: "Berruecos, Berruecos, ¿Por qué a él? ¿Por qué así?".

Y se desplomó sin sentido. Alguien fue por el médico, quien, después de un examen detenido, se limitó a explicarnos que el enfermo se hallaba al final de sus fuerzas y era aventurado predecir la marcha del mal, cuya identidad no podía diagnosticar.

Me quedé hasta las primeras horas de la madrugada, cuando regresé a la fragata. He meditado largamente en mi camarote y acabo de comunicar al capitán mi decisión de quedarme en Cartagena y esperar aquí su regreso de Venezuela, que calcula será dentro de dos meses. Mañana hablaré con mi amigo el general Silva para que me ayude a buscar alojamiento en la ciudad. El calor aumenta y de las murallas viene un olor de frutas en descomposición y de húmeda carroña salobre.

5 de julio. Ayer llegó el correo de Francia. Recibí noticias de mis hijos y una carta de crédito para los agentes de mis banqueros en Bogotá. Así se hace más soportable mi estada en Colombia y podré permanecer aquí todo el tiempo necesario, hasta cuando se decida la suerte de Bolívar.

Esta tarde di un paseo por las murallas en compañía del capitán Arrázola. Hablamos largamente. Debo reconocer que me hallaba un tanto mal dispuesto hacia él por cierta reticencia de Bolívar y sus allegados cuando se hace mención de su nombre. Me ha parecido, no solamente un hombre de gran simpatía personal, sino también un soldado intachable. La cicatriz que le cruza la cara es debida a un sablazo sufrido en la Batalla de Las Queseras del Medio, en donde sostuvo casi solo una batería hasta caer la noche. Se queja de que no se le han reconocido sus servicios y guarda cierta amargura más que contra ninguna persona en particular, contra el desorden, la mezquindad y la incuria que reina en el país. Su trato con políticos y gentes del Congreso en Bogotá le ha enseñado a esconder con cautela sus opiniones. Admira a Bolívar pero cree que peca de idealista. Lo compara con el sinuoso, opaco y eficaz Santander, sabio en artimañas de leguleyo y dedicado a hacerle el juego al grupo de familias que comienzan a cosechar con avidez los frutos de la independencia. Confirmo, ahora, cierta impresión que me van dando las gentes de esta tierra a medida que las conozco y frecuento. Tienen todos un brillante talento y mucha gracia y soltura en su trato, ideas muy poco claras sobre la realidad en que viven,

y una oculta y como vergonzosa nostalgia de los fastos virreinales donde, suponen, hubieran gozado, por la prosapia de su nombre y la cuantía de sus bienes, de más brillante fortuna que la que les tocó en suerte después de la independencia. Es la ventaja que les lleva Bolívar a todos ellos. Su juventud vivida con espléndido derroche en la Corte de Madrid y en los salones del París del Consulado y el Imperio, su familiaridad con gentes que aún conservaban los mejores modales y las más cáusticas ideas del *Ancien Régime*, le dieron otra perspectiva y una más justa imagen de su destino y el de estas repúblicas.

Arrázola me contó ciertos detalles del atentado de septiembre del año pasado. Me señala que el perdón hacia los verdaderos culpables e instigadores del crimen es fruto, no tanto de la bondad de Bolívar, como rasgo muy personal de su carácter, marcado por un escéptico fatalismo y un hondo conocimiento de los secretos resortes que mueven a estas gentes. De allí, pienso, el desprendimiento y la distancia que caracterizan su trato. Recuerdo, ahora, una frase que le escuché en días pasados: "Toda relación con los hombres deja un germen funesto de desorden que nos acerca a la muerte". Hablamos de sus amores. Su capricho por Manuelita Sáenz. Pero, en el fondo, la misma lejanía, el mismo desprendimiento.

10 de julio. Hoy me relató el Libertador un sueño que ha tenido en estos últimos días en forma recurrente y que lo intriga sobremanera. Hablábamos de la importancia que los romanos concedían a los sueños y me dijo:

—Voy a contarle un sueño que, con ligeras variantes, me visita desde hace algunas semanas y cuyo significado se me escapa por completo. Me dormí con la ventana abierta y el aroma de los naranjos invadía la habitación. Me encontré paseando por los jardines de Aranjuez. Me sentía levemente cansado y con los miembros como doloridos por una larga caminata. La frescura del paisaje comenzó a aliviarme y adquirí nuevas energías. Sentí, de pronto, que tenía una larga vida por delante. Los jardines se extendían hasta el horizonte en suaves ondulaciones. En realidad solo tenían en común con los de Aranjuez el intenso perfume de los naranjos y esa luz tamizada por la azulosa neblina castellana. Llegué hasta una escalinata que conducía a un corredor con pérgola, que se perdía en un

umbroso laberinto cruzado velozmente por callados insectos. Me senté en el primer peldaño de la escalinata y al sacar un pañuelo para secarme el sudor del rostro, me di cuenta de que estaba vestido a la moda de principios de siglo, con ajustado pantalón color marfil y una levita azul marino de corte inglés con grandes solapas y cuello levantado. Me llevé la mano al bolsillo del reloj para mirar la hora y una punzada de dolor me inmovilizó en el acto. Un dolor agudo, que nacía precisamente en el lugar en donde estaba el reloj, me subía hasta el pecho dificultando la respiración. Descubrí que conteniendo esta lo más posible y retirando cautelosamente los dedos del bolsillo, conseguía engañar la tortura e ir retirando el reloj sin que aumentara aquella. Cuando por fin pude mirar el cuadrante, el dolor había desaparecido. Pero el reloj resultó ser de una materia frágil semejante al papel y, al sacarlo del bolsillo, los punteros se habían doblado y no señalaban hora alguna. Sentí una repentina vergüenza y, cuando intentaba esconder el arrugado objeto tras las enredaderas que trepaban hacia la pérgola, advertí que alguien me observaba desde lo alto de las escalinatas. Allí estaba, en efecto, una mujer de formas amplias y agresiva frescura, con el rostro oculto en la sombra del emparrado. La blusa, abierta hasta la cintura, dejaba casi al descubierto unos pechos grandes y firmes, y la falda, ceñida por la brisa, denunciaba el doble arco de unos muslos largos y espesos que remataban en el promontorio del sexo. La mujer me habló desde la sombra: “Es inútil que intentes ocultar esa huella, querido. El día menos pensado te nacen del mismo cuerpo y es entonces cuando la verdad hace daño”. “Señora, le respondí intimidado, traigo una tarjeta de presentación que me dio mi tío, y además, que yo sepa, esta parte de los jardines está abierta al público y se puede pasear aquí libremente”. Una carcajada chulapa, caliente y agresiva estremeció el cuerpo de la mujer hasta descubrir por completo uno de los pechos que se mecía al aire a impulsos de la risa y tenía un gran pezón erecto, oscuro y extendido como una gran ojera. “Debe ser el miedo lo que te hace tan fino, contestó mientras comenzaba a descender los peldaños; lo que quise decirte es que ya no es tiempo de que nos agotemos el uno contra el otro allá en los escondrijos en la vega del río. Ya eres casi nada, muchacho, a pesar de tus prendas de Inglaterra y tus alhajas francesas”. Sus ojos verdes y tristes me

miraban fijamente. Las aletas de la nariz, recta y saliente, palpitaban con la agitada respiración de un deseo insatisfecho de lo cual, sin yo saber por qué, me sentía culpable. También yo, para entonces, comenzaba a excitarme, pero algo me indicaba que, de intentar acercarme a la hembra y tocarla, volvería el punzante dolor a paralizarme. Ella pasó a mi lado y me dijo con voz ronca: "No vale la pena. No te muevas. Ni siquiera te digo que otra vez será, porque ya no habrá otra vez. Pero sé valiente, guapo, es lo único que te queda por hacer y debes hacerlo bien". La seguí con la vista hasta cuando se perdió tras unos arbustos coronados de lirios. De pronto me sentí abandonado y solo en medio del agobiante desorden de esos corredores en sombra que tendría que recorrer hasta hallar la salida. Además, había el temor a los insectos que, cargados de veneno partían del techo vegetal y se perdían hacia el oscuro fondo, sin zumbido alguno que anunciara su presencia. Me interné bajo las pérgolas y, a medida que avanzaba, la vegetación fue haciéndose más densa. Los insectos cruzaban a mi lado excitados por mi presencia. Tenían una estructura blanda y plumosa como pequeñas aves de una vitalidad inagotable. El interior de la pérgola era ahora un socavón de mármol reluciente. Recostado en la pared, un mendigo ciego rasgaba una guitarra que resonaba en el fresco ámbito como si fuera un clavicordio. Al pasar a su lado el ciego me habló: "De caridad una limosna para el monumento al Mariscal de Berruecos". Me fui confundiendo con el ciego y cuando me invadía ya la oscuridad de su vista, una tristeza desgarradora, antigua y familiar, me despertó bruscamente. . .

Calló por unos minutos y alzó el rostro interrogándome no sin cierta ansiedad. No sabía muy bien qué decirle. El relato del sueño me había dejado una vaga inquietud. Había en él una presencia, un mensaje que dejaba en el alma un aroma de terror, un fúnebre aviso difícil de precisar. Traté de salir del paso con alguna banalidad superficial y él me interrumpió suavemente:

—No se esfuerce, Napierski. Usted y yo sabemos qué significa todo esto. Lo que nunca imaginé era que se me anunciara en esta forma. El sueño va cambiando y en cada ocasión es más claro lo que anuncia. Ya veremos qué nos dice más adelante.

Una vieja familiaridad con la muerte se me hace evidente en este hombre que, desde joven, debe venir interrogándose sobre su fin en el silencio de su alma de huérfano solitario.

JOSÉ RAMÓN MEDINA

BOLÍVAR ES AMÉRICA*

ALGO MÁS QUE UN CELAJE de puñales y emboscadas. Algo más que una algazara de espingardas, campañas y proclamas. Algo más que el empeño de machacar, de estrujar, de destruir el alocante juego de pedrería y los fulgores de una corona, lo que en la obra libertadora de Bolívar se procuraba resumir eran propósitos definidos de justicia, independencia, bien común y felicidad de los pueblos. Para lo cual ponía por delante su voluntad y su pasión inquebrantable y la convicción de que él tenía un imperioso destino que cumplir. Y es esa convicción la que compromete en modo vivencial a este hombre que creaba naciones casi sin abandonar el arzón de su montura.

Bolívar fue un ser iluminado e iluminante. Una fuerza creadora en ebullición permanente. Una voluntad que no solo movió montañas sino que las transformó en pueblos libres. En Bolívar todo era hacer y quehacer. Aun en sus momentos más oscuros, bajo el peso de la depresión y de la decepción, esa llama interior que labró su vida, afluía incontenible en sus entrañas, para galvanizarle. Solo tuvo una meta: vencer. Y un destino: permanecer. Alguna vez se definió, con certero tipo enunciativo: "Yo soy el hombre de las dificultades". Y nunca estuvo más seguro de sí mismo, ni más cerca de su íntima esencia humana, que en estos instantes decisivos, cuando se miraba hasta el fondo del alma, para buscar en ella una respuesta fiel a su pasión libertadora.

---

* Texto del discurso pronunciado en el acto del 21 de julio en el Campidoglio de Roma, como homenaje al Bicentenario del Nacimiento del Libertador. Suplemento Especial del diario *El Nacional*, Caracas, 24 de julio de 1983.

En Bolívar todo se revuelve en dramático juego de luces y de sombras, agitadas por la historia. Él la construye día a día, la lleva a cuestas, marcándola y fijándola, con su propia aventura, y, finalmente, la recoge y proyecta en su trágica grandiosidad, en la hora de su tránsito.

Su vida fue una vida fulgurante. Un combate a fondo con su tiempo y con sus sueños. Agotó en sí mismo todas sus potencias y posibilidades, trasladándolas, intactas y fecundantes, a la construcción de un continente. Vivió acelerada y visionariamente. Y, sin embargo, tuvo tiempo para todo. Para la guerra y para el amor, para la esperanza y para el desengaño, para la derrota y para el triunfo. En él se conjugaron saberes, placeres y deberes, en una gran llamarada existencial. Fue hombre de pensamiento y de acción, con una clara conciencia de la misión creadora que le tocó llevar a cabo. Una misión que se impuso a sí mismo en su espléndida mocedad de criollo, empeñado en descubrir su propia identidad en medio de una Europa decadente, sacudida por los aires imperiales.

Será el propio Bolívar quien mejor defina su personalidad. En muchas de sus cartas, documentos, papeles, aparecen afirmaciones que van delineando su figura, ya en la observación minuciosa de su temperamento como en todos los campos de su anchurosa y alucinante actividad creadora. Nada deja al azar. Todo está calculado con la precisión de un designio evidentemente previsto.

Fue una prodigiosa y lúcida voluntad de lucha –Pativilca es un ejemplo–, un espíritu libérrimo en grado sumo: “Sobre mi corazón no manda nadie más que mi conciencia” y una energía en constante y tenaz movimiento. La vigilia fue su mejor compañera.

Hombre de mano y pulso firmes, supo sortear todos los infortunios con elegancia y coraje. Manejó hombres e ideas, con sabiduría y realismo. Fue tenaz y obsesivo, visionario y práctico, inflexible y generoso, cambiante y perseverante. En suma, una personalidad compleja y apasionante, como lo revela su copiosa y rica correspondencia, en la que lo encontramos de cuerpo entero. Un hombre de carne y hueso que se quemó en su propio fuego. Ya lo ha dicho Martí, con su voz transida de bolivariana emoción poética:

> Hombre fue aquél en realidad extraordinario. Vivió como entre llamas, y lo era. Ama, y lo que dice es como florón de fuego. Amigo, se le muere el hombre honrado a quien quería, y manda que todo cese a su alrededor. Enclenque, en lo que anda el posta más ligero barre con su ejército naciente todo lo que hay de Tenerife a Cúcuta. Pelea, y en lo más afligido del combate, cuando le vuelven suplicantes todos los ojos, manda que le desensillen el caballo. Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se encoge y cierra de súbito la tormenta, y es bruma y lobreguez el valle todo; y a tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuelgan de un lado y otro las nubes por los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primero de todos sus colores. Como los montes era él ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde.

Un retrato trazado limpiamente con magistral dominio de la palabra, dibujadora del hombre y su circunstancia.

Será Simón Rodríguez quien, en su tiempo, trace de mano maestra los alcances de la obra de su discípulo impar. Y lo hará en su peculiar estilo robinsoniano, donde la claridad y la densidad se funden en una transparente síntesis del ser y el hacer bolivarianos: "Simón Bolívar –escribe–, a principios del siglo XIX, sacó una gran parte de la América del estado de colonia miserable; le dio muchas ideas suyas; y, de las ajenas, propagó las más propias para hacer pueblos libres con los elementos de la esclavitud. No sin razón se alega generalmente por mérito el haberse educado en los colegios; la presunción de haber aprendido es fundada, porque estudiando se aprende. Pero así como hay hombres a quienes esta presunción no favorece, así también hay, aunque pocos, que nacieron para educar, y estos empiezan por sí mismos; el mundo es su colegio –su curiosidad les da libros– y su discernimiento les sirve de maestro. El general Bolívar es de esta especie de hombres –más quiere pensar que leer, porque en sus sentidos tiene autores–, lee para criticar y no cita sino lo que su razón aprueba; tiene ideas adquiridas y es capaz de combinarlas. Por consiguiente, puede formar planes; por gusto se aplica a estos trabajos; tiene ideas propias. Luego sus planes pueden ser originales; en su conducta se observan unas diferencias que, en general, se estudian poco. Imitar y adaptar, adaptar y crear. El espíritu del hombre de talento sabe asimilarse las ideas ajenas –el del limitado

se las agrega–. El general Bolívar no imita; por el mal que haga debe culpársele con justicia; sus obras son hijas de la reflexión; pero para juzgarlo es menester entenderlo, u… oírlo, si no se penetran sus intenciones”.

La cita es de una claridad impresionante. En ella queda recogido, cabalmente, el sentido histórico y pedagógico del Libertador. La originalidad de su hazañosa trayectoria humana. En ese toma y dame de ideas por donde discurría un continente –pueblo con su caudillo al frente de la esperanza–, alienta una obra, un carácter, un destino. Bolívar lucha, critica, legisla, planifica, construye. Conoce la materia que tiene entre sus manos y la puede moldear a su antojo. Ha trabajado con la realidad americana quemándose en su barro. No se queda embebido en bellas abstracciones filosóficas o políticas. Si estas le han servido para proyectar su acción, el terreno que pisa tiene sus propias peculiaridades y es necesario actuar en consecuencia. Es hombre de contacto raigal con el pueblo. Sabe cómo es y cómo hay que tratarlo. “Tengo miles veces más fe en el pueblo que en sus diputados”, exclamó alguna vez en medio de su azarosa existencia. Conocía también el sustrato del alma criolla y la supo canalizar.

> Bolívar –señala Mariano Picón Salas– trabaja y aprovecha la vehemencia de ese instinto popular; domina y es jefe porque no intenta imponer a esa belicosa montonera el orden y la disciplina militar, de tipo europeo, que había querido importar Miranda. El Bolívar del año 13 es muy diferente del pensativo legislador de Angostura en 1819 y del hombre ya un poco desengañado y un tanto reaccionario que vive su noche en Bogotá en 1828; es aquél un Bolívar en plena fuerza de la edad, sumido y sumergido en el torrente del alma colectiva, el Bolívar que viviendo y comprendiendo a América ha sabido cambiar su casaca europea por la ruana y la chamarreta con que los “guates” serranos cruzan los páramos o por la cobija terciada del jinete llanero.

El hombre de las dificultades fue, también, el hombre de los peligros. Estaba en su sangre y en su espíritu codearse con los acontecimientos, ser él mismo el acontecimiento. En medio de las vicisitudes de la guerra, y las delicias de sus lances amorosos, hallaba tiempo suficiente para autoanalizarse. “Yo siento –escribía– que la energía de mi alma se eleva, se ensancha y se iguala siempre a la magnitud de los peligros. Mi médico me ha dicho

que mi alma necesita alimentarse de peligros para conservar mi juicio, de manera que al crearme Dios, permitió esta tempestuosa revolución para que yo pudiera vivir ocupado en mi destino especial".

La vida de Bolívar, tempestuosa y relampagueante, siempre estuvo signada por el riesgo. Era consustancial con su empresa heroica. Y es su temperamento de fundador. Vivió entre violencias, privaciones, exaltaciones y acechanzas, como en su propio elemento. Nada le arredraba. Estaba seguro de su destino y se multiplicaba en actividades y proyectos.

Y lo hacía con una acerada constancia *y* empecinamiento visionario. En carta a su amigo Sir Robert Wilson, comentándole las alternativas de su empresa americana, le manifiesta:

> Parecerá fábula lo que podemos decir de mis servicios, semejantes a los de aquel condenado que llevaba su enorme peso hasta la cumbre para volverse rodando con él otra vez al abismo. Yo me hallo luchando contra los esfuerzos combinados de un mundo; de mi parte estoy yo solo y la lucha, con el mismo, es muy desigual, y así debo ser vencido. La historia misma no me muestra un ejemplo capaz de alentarme; ni aun la fábula nos enseña este prodigio. Lo que se dice de Baco y de Hércules es menor en realidad de lo que se exige de mí. ¿Logrará un hombre solo constituir a la mitad de un mundo? ¡Y un hombre como yo!

Su seguridad en lo que hacía iba mucho más allá de cualquier fábula. En Bolívar, historia y leyenda, formaban parte de su levadura humana.

Tan pronto dictaba cartas, proclamas, recados, como se sumergía en la crítica literaria, redactaba impecables y clarividentes proyectos constitucionales, o fundaba periódicos y polemizaba sobre cuestiones, tanto políticas como técnicas. Fue un gran escritor en medio de la tormenta. Un escritor que abrió camino a las letras americanas, liberándolas de la pesadez retórica, de la hinchazón expresiva, dotándolas de una nueva sensibilidad creadora. "Su prosa –dice Uslar Pietri– tiene un vigor, una flexibilidad, un ritmo vital, que no se encuentra en ningún prosista castellano de su tiempo. Puede Bolívar tomarse por el primer prosista hispanoamericano de su hora".

Ahí están el Discurso de Angostura, la Carta de Jamaica, sus críticas a

Olmedo, el Delirio sobre el Chimborazo y parte sustantiva de sus cartas, para demostrarlo testimonial e imperecederamente.

Bolívar es un hombre inagotable. Siempre actual. Más allá de su actuación guerrera, está su pensamiento singular, su visión del mundo nuevo que le tocó liberar y la vigencia institucional de sus concepciones políticas y sociales. "Su pensamiento –afirma Ramón J. Velásquez– es moderno porque su visión taladró el futuro al analizar el destino de nuestras naciones". Un pensamiento que cada día adquiere mayor resonancia y carácter de consigna irrevocable para los pueblos latinoamericanos.

"El porvenir es mi tormento", confesó el Libertador, alguna vez, a Peñalver. Al hacerlo expresaba una de sus grandes angustias vitales y, al mismo tiempo, estaba escribiendo con su estilo inconfundible, el porvenir de su patria y de sus gentes. Fue en todo momento, un creador con los pies sobre la misma tierra. Señalaba realidades. Y las iba traduciendo en hechos, palabras y obras.

> Era también –acentúa Uslar Pietri– un fundador, un adelantado, hombre de poner nombres a las nuevas cosas, de tomar posesión, de hacer la ley y de crear. Era, de añadidura, un pensador. Vio más hondo y más claro que nadie, entre las convulsiones de los pueblos y los humos del pensamiento europeo, la verdadera condición de su América y el signo de su fatalidad. Tenía en grado excelso el don de expresión de los grandes escritores. Lo que hacía correspondía a un pensamiento luminoso y se manifestaba en una expresión viva y hermosa. Sentía las cosas. Pero aun por encima de todo esto, es una de las almas más cargadas de sed trágica que hayan conocido los hombres. Nadie se ha parecido más a un mundo, y nunca un mundo, tan extenso, complejo y arduo, se ha expresado con más plenitud en un alma. Bolívar es nuestra América. Mientras más criollos son los pueblos, los hombres más lo entienden y más cerca están de él.

Bolívar entendió con claridad meridiana su presencia en el escenario americano. Apareció en el momento justo y con la capacidad necesaria para interpretar los signos de su época. Por eso pudo vislumbrar y agitar históricamente las aguas del futuro de los pueblos americanos, concibiéndolos en función de la unidad continental. Fue uno de sus pensamientos

incesantes. "Una sola debe ser la patria de todos los americanos, ya que todos hemos tenido una perfecta unidad", escribía en 1818 a Pueyrredón.

> Cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes, y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos, con el más vivo interés, a entablar, por nuestra parte, el pacto americano, que, formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y de grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones, y la madre de las repúblicas.

Por eso pudo calificarse con toda exactitud, "alfarero de repúblicas", un oficio de no poco trabajo, pero al mismo tiempo glorioso. Bolívar entendía que "no hay mejor apología que una *república libre*". A esta dura, noble, ingrata y viril tarea, de inventar y construir repúblicas, despertando pueblos y hombres, dedicó todas sus capacidades, agonías y desvelos. Y en esa empresa, de contornos casi sobrenaturales, se consumió como "una llama al viento", después de fatigar la gloria, fatigándose a sí mismo.

El pacto americano sigue en pie, como Bolívar.

RAFAEL CALDERA

BOLÍVAR, EL LIBERTADOR

POCAS VECES LLEGA un hombre a identificarse en tal grado con un pueblo como Simón Bolívar con la nación venezolana. Bolívar es signo de unidad y grandeza para toda la América Latina, pero para Venezuela es uno de los símbolos de la patria, como la bandera, el escudo y el himno nacional. Su nombre está estampado en la Constitución: Andrés Eloy Blanco propuso que se lo incluyera en la Declaración Preliminar de la Carta de 1947 y nosotros, en el mismo sentido, rubricamos con él el Preámbulo de la Constitución vigente, que concluye con este propósito: "conservar y acrecer el patrimonio moral e histórico de la Nación, forjado por el pueblo en sus luchas por la libertad y la justicia y por el pensamiento y la acción de los grandes servidores de la Patria, cuya expresión más alta es Simón Bolívar, El Libertador".

Ese hombre-símbolo, ese adalid inigualado de nuestra independencia, de cuyo nacimiento están para cumplirse dos siglos, vivió solamente 47 años. Los primeros 27 fueron, sin duda, necesarios para la forja de su personalidad, pero su vida pública empieza en 1810. Treinta años tenía cuando los pueblos, en impresionantes ceremonias, le dieron el título de Libertador; no había llegado a los cincuenta cuando expiraba, dejando tras de sí cinco repúblicas –hoy seis– que lo reconocen, cada una, como Padre de la Patria.

Sobre su vida se ha escrito mucho. En todos los tonos: desde la diatriba despiadada o la calumnia artera hasta el endiosamiento sin límites. Pero el signo mejor para apreciar la dimensión colosal de su imagen y la proyección de su mensaje lo dejó José Martí, al decir que de Bolívar no se puede

hablar sino "con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada a los pies".

Nació el 24 de julio de 1783, cuando el precursor Francisco de Miranda tenía 23 años y 2 escasos el maestro de América, Andrés Bello, hijos de la misma ciudad de Caracas, para entonces pequeña y modesta. La unión a la primitiva provincia de Venezuela de las de Cumaná, Margarita, Guayana, Barinas y Mérida-Maracaibo, con Caracas como capital, apenas se había consumado en el decenio anterior. A menos de trescientos años del Descubrimiento y a poco más de doscientos de la fundación de la ciudad, estaba culminando el proceso de formación de la nacionalidad venezolana, con una economía agrícola medianamente próspera (fomentada durante medio siglo de actividad por la Real Compañía Guipuzcoana), una sociedad en proceso de fusión, pero todavía estratificada en sectores diferenciados por el origen étnico (a lo que historiografía posterior llamaría erróneamente "castas") y con una cepa criolla que obtuvo, no solo fuerza y entrenamiento del cultivo de la tierra, sino formación intelectual de la Universidad Real y Pontificia fundada en 1725.

Reinaba para entonces en España Carlos III, considerado hoy como el más progresista de los Borbones, llegados a España con Felipe V, a la sombra de Luis XIV ("*le Roi Soleil*") a inicios del siglo XVIII. Cuando nació Bolívar, llevaba dos años de inaugurada la Puerta de Alcalá, entonces en el límite y ahora en el centro de Madrid, testimonio de un esplendor que concluiría en naufragio por la manifiesta incapacidad de Carlos IV y Fernando VII.

Ya para 1783 un acontecimiento trascendental, la independencia de los Estados Unidos, había renovado las ideas sobre la organización del poder público y sobre los derechos fundamentales de los ciudadanos y establecido la primera organización republicana de los tiempos modernos. Niño era Bolívar cuando estalló la Revolución Francesa y promulgó la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano. A un momento mundial de intensa reflexión sobre las bases de la sociedad, sucedía una intensa agitación, que echó por tierra instituciones seculares y exigía una nueva postura, a tono con los tiempos. Para el momento en que Bolívar

ve la primera luz en Caracas, vive en Córcega un muchacho de 14 años, Napoleón Bonaparte, que comenzará a llenar los anales de Europa cuando el joven indiano haga su primer viaje trasatlántico y se encontrará en la cúspide del poder absoluto cuando, traumatizado por la muerte de su joven esposa, vuelva a Europa y recorra, acompañado por don Simón Rodríguez, caminos de Francia e Italia por donde habían andado y andaban grandes hacedores de historia.

La niñez de Bolívar, como todo lo que le concierne, ha sido objeto de abundantes investigaciones. En el relato de sus ocurrencias se entremezclan hallazgos documentales y anécdotas que labios anónimos recogen y transmiten. Se dice que fue en el momento del bautismo cuando su primo el canónigo Jerez de Aristiguieta, que administraba el sacramento, le dio el nombre de Simón para señalar que sería "el Simón Macabeo de la América". Se cuentan historias según las cuales la precocidad de su genio afloraría en agudas respuestas a su tutor, el licenciado Miguel José Sanz. De hecho, era un huérfano de familia mantuana, titular de una herencia suficiente para estimular conflictos familiares. Dos años y medio tenía cuando murió su padre, don Juan Vicente Bolívar y Ponte, descendiente de vascos, castellanos, canarios y gente de otras regiones españolas; iba a cumplir nueve cuando perdió a su madre, doña Concepción Palacios y Sojo. Era el menor de cinco hermanos: la cuarta vivió poco; dos hermanas mayores, María Antonia y Juana, le sobrevivieron, y el otro varón, Juan Vicente, murió en 1810. El abuelo paterno había fallecido antes, y el abuelo materno apenas sobrevivió un año a la orfandad de los hermanos Bolívar Palacios. La guarda y tutela del menor fue objeto de controversias y ocasión para que recibiera la primera influencia de don Simón Rodríguez, el maestro de personalidad extraordinaria a quien desde la cúspide de su poder rindiera el más emocionado de los homenajes. Los años de su primera formación corresponden también a su primer encuentro con Andrés Bello, su contemporáneo, ligeramente mayor que él y ya en patente dedicación a las letras. En carta al vicepresidente Santander (Arequipa, 20 de mayo de 1825) Bolívar se refiere a su educación, a propósito de un artículo publicado en Europa:

> No es cierto que mi educación fue muy descuidada, puesto que mi madre y mis tutores hicieron cuanto era posible por que yo aprendiese: me buscaron maestros de primer orden en mi país. Robinson, que Ud. conoce (Samuel Robinson era un seudónimo de don Simón Rodríguez), fue mi maestro de primeras letras y gramática; de bellas letras y geografía, nuestro famoso Bello; se puso una academia de matemáticas sólo para mí por el padre Andújar, que estimó mucho el barón de Humboldt. Después me mandaron a Europa a continuar mis matemáticas en la Academia de San Fernando; y aprendía los idiomas extranjeros, con maestros selectos de Madrid; todo bajo la dirección del sabio marqués de Ustáriz, en cuya casa vivía. Todavía muy niño, quizá sin poder aprender, se me dieron lecciones de esgrima, de baile y de equitación. Ciertamente que no aprendí ni la filosofía de Aristóteles ni los códigos del crimen y del error; pero puede ser que Mr. de Mollien no haya estudiado tanto como yo a Locke, Condillac, Buffon, Dalambert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lalande, Rousseau, Voltaire, Rollin, Berthoy y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas, y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses. Todo esto lo digo muy confidencialmente a Ud. para que no crea que su pobre presidente ha recibido tan mala educación como dice Mr. de Mollien; aunque, por otra parte, yo no sé nada, no he dejado, sin embargo, de ser educado como un niño de distinción pudo serlo en América bajo el poder español.

De menos de 14 años se inicia el adolescente caraqueño en el batallón de milicias de los Valles de Aragua. No ha cumplido 16 cuando viaja a España. Visita a México en la travesía. Se había olvidado en Venezuela el intento revolucionario de Gual y España, reprimido con dureza implacable; nada revelaba todavía la estructura que en Bolívar se iría forjando y que lo haría el conductor indiscutible del movimiento de independencia. Pero, sin duda, su personalidad ya se acusa: va mostrando una inteligencia despierta, un magnetismo personal nada corriente y una rara combinación de arrojo y de firmeza, que en los grandes momentos pondrá las más audaces decisiones al servicio de los más tenaces propósitos y de los más meditados proyectos.

Tres años y medio dura este primer viaje. En él se libera del complejo indiano, al hombrearse con gente encumbrada de la corte española.

Adquiere en Madrid, según acabamos de ver, conocimientos que van desde matemáticas e idiomas extranjeros hasta usos indispensables en la alta sociedad de entonces, como la esgrima y el baile y la equitación, que le será tan útil en sus futuras campañas. Observa la decadencia de la monarquía borbónica y comienza a germinar en su mente la idea de la independencia de Hispanoamérica. Conoce París, centro de la mayor movilización cultural y política del universo. Pero el romance de un puro amor, vivido con pasión de adolescente, es lo que prevalece entonces en su vida. María Teresa del Toro y Alayza, su prima madrileña, descendiente por Toro de las islas Canarias y de origen vasco por Alayza, lo ha prendado de manera total. En pos de ella va a Bilbao, tierra de sus antepasados "Bolíbar" y toma contacto con el recio temple de esa estirpe. La boda se celebra en Madrid el 26 de mayo de 1802, en la iglesia de San José, que entonces no se hallaba en la calle de Alcalá, donde fue posteriormente reconstruida, sino cerca de allí, en la esquina de las calles Libertad y Gravina. Teresita, "muy amable", "muy dulce" (carta de 13 de abril de 1802) lo acompaña sin vacilación: está dispuesta, como tantos parientes suyos antes, a cruzar el Atlántico, atraída por el Nuevo Mundo; va con él a Caracas, luego a la posesión familiar de San Mateo, en Aragua; pero el trópico avaro cobrará el precio de la romántica aventura y unos meses más tarde, en enero de 1803, la fiebre arrancará al joven oficial el amor de su vida.

Empieza entonces el proceso más hondo de su drama vital. El dolor que no logra dominar lo empuja de nuevo hacia otros horizontes. Vuelve a Francia, donde encuentra a don Simón Rodríguez; van juntos a Italia y caminan sobre las huellas de una antigüedad rediviva observando la marcha arrolladora de los ejércitos napoleónicos, que subyugan a Europa buscando unificarla con puño de hierro, a los acordes de La Marsellesa, el himno de la Revolución. Su espíritu se sume en contradictorias reflexiones, pero la conclusión es clara: en el Monte Sacro, a la vista de la Roma eterna, jura consagrar su vida a la independencia de su patria.

Dura casi cuatro años este segundo viaje. Al regreso, visita los Estados Unidos. Tiene ahora una visión cabal del mundo moderno. Vuelve a Venezuela en 1807, dominado por una idea obsesiva: la de la independencia. Es, definitivamente, un revolucionario. Pero no de aquellos cuya única

preocupación es la de destruir el orden viejo: en el revolucionario que es Bolívar, junto al propósito de abolir el dominio extranjero en América está presente la preocupación de construir un nuevo orden jurídico y político, basado sobre la libertad y la justicia e inspirado en la realidad del Nuevo Mundo, "no olvidando jamás que la excelencia de un gobierno no consiste en su teoría, en su forma, ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye. (...) ¡He aquí el código que debemos consultar, y no el de Washington!" (Discurso de Angostura).

Conspira con otros jóvenes, iluminados por el mismo propósito revolucionario. Infolios de la época acreditan que las autoridades coloniales descubrieron en la "Cuadra Bolívar" –la casa de campo familiar en las afueras de Caracas– reuniones festivas que eran pantalla para cosas más serias. Pero no les prestaron la atención merecida. Los acontecimientos se precipitaron cuando llegaron tardías noticias de la ocupación napoleónica de España y de la resistencia al invasor, que sacudieron definitivamente los ánimos y unieron a los que solo deseaban afirmar lo hispánico frente a la ocupación extranjera, con aquellos como Bolívar, que buscaban definitivamente la plena afirmación de la propia soberanía en el continente colombiano.

El 19 de abril de 1810 no estaba él en Caracas, pero pronto se incorporó a la acción. Era un personaje prominente; a pesar de sus escasos 27 años, había que tomarlo en cuenta para tareas de gran responsabilidad. La Junta de Gobierno de Caracas ("conservadora de los derechos de Fernando VII") decide enviar misiones diplomáticas para allanar camino hacia el objetivo ulterior: la independencia. Los hermanos Bolívar Palacios, por su cultura y su prestancia, son indicados para los más importantes destinos: Juan Vicente, el hermano mayor, irá a los Estados Unidos, pero naufragará al regresar; Simón encabezará la embajada que, con Luis López Méndez y Andrés Bello, se dirigirá a la corte de Saint James. ¡Cuánto no hablarían el futuro Padre de la Patria y su antiguo maestro a bordo de la fragata Wellington sobre el destino futuro de América! ¡Cuánto no tratarían ellos y el ilustre López Méndez con el egregio precursor Miranda, en la casa londinense de este, sobre los problemas y posibilidades de nuestros pueblos!

La misión no alcanzó el objetivo máximo de alinear a la poderosa Albión al lado de los patriotas venezolanos, pues tenía a España por aliado contra Napoleón; pero abrió caminos por los que después se cosecharía un franco apoyo para nuestra lucha. Bolívar no puede permanecer mucho en Europa en este tercer viaje, pero tiene tiempo para mirar de cerca el funcionamiento de las instituciones inglesas, por las que va a guardar admiración perdurable. Lo llama la urgencia del proceso venezolano. A los dos meses y once días de llegar, emprende la vuelta, no sin dejar comprometido a Miranda, a quien "había insistido con vehemencia en la necesidad de acompañarlo a su regreso a Venezuela", según dice a Lord Wellesley el mismo precursor.

No es diputado al Congreso, pero sí figura de primer plano en la Sociedad Patriótica, una especie de club revolucionario a la manera de los que veinte años antes habían conmovido, desde París, al mundo. Es factor decisivo en el pronunciamiento por la Declaración de Independencia que se adopta el 5 de julio de 1811. "Vacilar es perdernos", dice Bolívar. Su voz resuena desde la barra en la vieja capilla de Santa Rosa, convertida en sala de sesiones de la representación nacional. Se perfila ya la figura del que habrá de ser líder indiscutido de la emancipación.

La suerte es adversa en el fatídico 1812. El terrible terremoto de 26 de marzo cubre de escombros a Caracas, destruye a San Felipe el Fuerte y golpea duramente a otras ciudades del país. Como ocurre en un Jueves Santo, se hace fácil la conseja de que Dios ha querido castigar la acción tomada por los ediles de Caracas el 19 de abril de 1810, que era Jueves Santo también. Frente a su casa solariega, en la plaza de San Jacinto, Bolívar se yergue ante un clérigo realista que sustenta apasionado aquella tesis. "¡Si la Naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca!". Intuitivo genial, plantea la lucha constante del hombre por el señorío sobre las cosas creadas.

Pero no es solo la naturaleza la que se opone a la revolución. Es también la audacia de un marino, Domingo Monteverde, ayudada por la vieja adhesión de mucha gente a la colonia secular. Monteverde avanza. Miranda es proclamado dictador. A Bolívar se le encomienda la custodia de Puerto Cabello y una traición le hace perder la plaza. Apenas le queda tiempo para

moverse. Miranda no puede dominar la situación; confiando en la palabra de Monteverde y en el honor del poder tradicional que este representa, el Generalísimo firma en La Victoria una capitulación; pero la clara visión de que será violada lo hace buscar por La Guaira una salida al exterior, con el propósito de volver a intentar más tarde la liberación nacional. Bolívar, que ha llegado también a La Guaira, reunido con otros jóvenes revolucionarios, estima que Miranda falta a su deber de permanecer como garante de los términos acordados, y lo detienen para impedirle que se marche. La intención que los mueve es comprensible y la razón la sostendrá después, siempre que se considera el caso. Pero el jefe realista no se para en el camino de la represión y en vez de retener a Miranda lo manda prisionero a la Península. El trágico resultado está muy lejos de lo que pretendieron los actores. El cautiverio de Miranda transcurrirá en el Arsenal de La Carraca, cerca de Cádiz. Los últimos documentos de su archivo, encontrados en Londres, demuestran que no dejaron de hacerse diligencias para asegurar su fuga y para facilitar la reanudación de sus patrióticos empeños; pero una enfermedad le ocasionó la muerte, ocurrida en la enfermería del Arsenal el 14 de julio de 1816.

Bolívar logra, entretanto, por generosa intervención de un amigo español, Francisco Iturbe, pasaporte para salir de Venezuela. No busca refugio ni descanso. Se dirige a la Nueva Granada (hoy Colombia), donde la revolución está activa. De esta permanencia en suelo granadino, llena de incidentes y dificultades, quedarán sobresaliendo un documento y una idea: el Manifiesto de Cartagena, el primero de sus documentos fundamentales, que contiene agudo y valiente análisis de la pérdida de la Primera República, y la idea –que habrá de acompañarlo hasta la muerte– de unir a Venezuela y la Nueva Granada en una gran república, que llevaría el nombre de Colombia en memoria del Descubridor.

Con el apoyo de un gran patriota, Camilo Torres, organiza en territorio de la Confederación granadina un ejército expedicionario para invadir a Venezuela. 1813 es el año en que se revela a plenitud su genio militar: invade por el Táchira en marzo, y el 6 de agosto, tras impresionantes victorias de una serie conocida por la historia como "la Campaña Admirable", entra triunfante en Caracas. Es también el año en que se le da, primero en Mérida

(23 de mayo) y luego en Caracas (14 de octubre), el título de Libertador, sobre el cual le escribirá más tarde su hermana María Antonia: “Ese es tu verdadero título, el que te ha elevado sobre los hombres grandes y el que te conservará las glorias que has adquirido a costa de tantos sacrificios”.

1813 es también el año del Decreto de Guerra a Muerte. Momento trágico de inexorable dilema. La sangre corría a raudales y el concepto de patria surgía del holocausto, interpretado por su verbo. En Trujillo firmó la terrible proclama; allí también, en 1820, se firmarían los tratados de armisticio y regularización de la guerra, que harán brillar, según palabras del mismo Bolívar, “el amor a la paz, tan propio de los que defienden la causa de la justicia”.

Después empiezan nuevamente las calamidades. En 1814 se pierde la Segunda República, y ni siquiera en manos de un Monteverde, sino de Boves, el más cruel personero de la revancha sanguinaria. Bolívar dirige la dramática emigración a oriente de las familias de Caracas. En Carúpano (7 de septiembre) expide un nuevo manifiesto, que es otro de sus documentos importantes. Pero la fatalidad lo acosa. En adelante habrá de mostrarse más que nunca “el hombre de las dificultades”. Tras de cada fracaso, una nueva acción. “Bolívar derrotado es más temible que vencedor”, dijo Morillo. No descansa ni renuncia a su lucha: ello explica por qué, cuando venga a Caracas, en 1827, por última vez, y le ofrezcan un homenaje en que le rodean estandartes con los nombres de todas las virtudes que se le atribuyen, al comenzar a repartirlos entre las más destacadas personalidades presentes, reserva solo para sí el que decía: “Constancia”.

Vuelve a Nueva Granada, a dar cuenta al Congreso. Camilo Torres le responde: “Vuestra Patria no ha perecido mientras exista vuestra espada”. Pero lo vencen disensiones internas. Sale para Kingston, y allí publica otro formidable documento, en que analiza las causas de la revolución hispanoamericana y traza de mano maestra el destino de nuestras patrias: la Carta de Jamaica (6 de septiembre de 1815). Escapa de un atentado personal; viaja a Haití, y con el apoyo del presidente Petion organiza la expedición de Los Cayos. Quiere actuar en suelo venezolano. Boves ha muerto de un lanzazo en Urica, combatiendo con Pedro Zaraza; ahora le corresponderá al Libertador enfrentarse, no con un nuevo caudillo de montoneras sino

con un experimentado general, de aquellos vencedores de las guerras napoleónicas, el "pacificador" Pablo Morillo. La expedición de Los Cayos termina en el desastre en Ocumare, de donde parte súbitamente tratando de alcanzar a los corsarios que lo acompañaban y lo han abandonado. Vuelve a Haití, y nuevamente invade a Venezuela, ya para quedarse definitivamente en tierra firme.

Comienza la fase definitiva de la epopeya libertadora. Fue un gran acierto suyo moverse de la costa nororiental hacia las prósperas riberas del Orinoco, y fijar en la ciudad de Angostura (hoy Ciudad Bolívar) el centro de su actividad política y militar. Prominentes personajes de la Independencia no acataban todavía su autoridad y pretendieron reunir un congreso que retomara el ejercicio de la soberanía nacional y les diera título para disputar a Bolívar la conducción de la guerra; pero la historia –pese a la alta figuración de quienes lo integraron– recuerda aquella reunión con el nombre peyorativo de "Congresillo de Cariaco". Mientras tanto, el Libertador convoca y reúne un congreso, al que rodea de toda la majestad posible, y frente al cual pronuncia su célebre Discurso de Angostura (15 de febrero de 1819), que es uno de los textos más densos de la literatura política, no solo de América Latina, sino del mundo. Es allí donde proclama que "el sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política". El escenario material es pobre, aunque lo magnifica la majestuosa cercanía del río Orinoco, pero el presidente del Congreso, el prócer neogranadino Francisco Antonio Zea acotará: "No era en el Capitolio, no en los palacios de Agripa y de Trajano; era en una humilde choza, bajo un techo pajizo, que Rómulo, sencillamente vestido, trazaba la capital del mundo y ponía los fundamentos de su inmenso imperio. Nada brillaba allí sino su genio; nada había de grande sino él mismo. No es por el aparato, ni la magnificencia de nuestra instalación, sino por los inmensos medios que la naturaleza nos ha proporcionado y por los inmensos planes que vosotros concibierais para aprovecharlos, que deberá calcularse la grandeza y el poder futuro de nuestra República". Organizador del Estado, Bolívar funda un periódico, el *Correo del Orinoco* para informar sobre la vida nacional y defender sus objetivos. Su fama atraviesa el océano; pasan

de diez mil el número de jóvenes irlandeses e ingleses, como un O'Leary o un Farriar, y de otras nacionalidades europeas, que vinieron a combatir en favor de la independencia sudamericana atraídos por el brillo magnético de sus proezas.

Un año antes ha logrado un éxito de proyecciones trascendentes: en el hato de Cañafístola obtiene la adhesión de José Antonio Páez, el caudillo legendario que había aunado en torno suyo formidables caballerías llaneras, muchos de cuyos integrantes habían acompañado a Boves. Mas ha tenido también contratiempos. Se encuentra con uno de los dolores mayores de su vida al autorizar la ejecución de su brillante lugarteniente Manuel Piar, vencedor de San Félix, condenado por Consejo de guerra como culpable de rebeldía. La campaña del Centro tiene que detenerse por reveses. Pero él se sobrepone. En Casacoima, devorado por la fiebre y agotado por tantos obstáculos, anuncia los éxitos futuros que, según sueña ya, habrán de culminar en la liberación del Perú. En 1819 realiza su mayor hazaña militar: el Paso de los Andes. A través del infranqueable páramo de Pisba y a un costo inmenso, sorprende a las tropas españolas; vence en Gámeza y Pantano de Vargas, y la victoria de Boyacá (7 de agosto) le abre las puertas de Bogotá, con todos los recursos del virreinato. Ya no puede ser visto solo como un guerrero afortunado: es el jefe de Estado de una nación en marcha. El 17 de diciembre (coincidencialmente, 11 años antes de su muerte) el Congreso sanciona la Ley Fundamental de Colombia. Morillo se convence de que la independencia no puede detenerse. De ahí los tratados de Trujillo y la admiración personal por Bolívar, que lo mueve a invitarlo para una histórica entrevista, celebrada en la población trujillana de Santa Ana (27 de noviembre de 1820), donde, como lo expresa el soneto laureado de Alejandro Carías,

> juntos desagraviaron los guerreros,
> al declinar su indómita bravura
> con los de Cristo, los hidalgos fueros,
> y nos legaron como herencia pura
> de españoles de Indias y de iberos,
> timbre de unión que en las edades dura.

En adelante avanza sin cesar, de triunfo en triunfo. El 24 de junio, en la llanura de Carabobo, sella la liberación de Venezuela. El 2 de octubre presta juramento como presidente de Colombia ante el Congreso Constituyente reunido en la villa del Rosario de Cúcuta. El 7 de abril de 1822 gana la Batalla de Bomboná y el 24 de mayo, obtenida en Pichincha la victoria por su más brillante oficial, el joven general Antonio José de Sucre, asegura la independencia del reino de Quito –a cuya capital entra el 16 de junio– y aquel viene a formar parte de la Gran Colombia. El 13 de julio decreta la incorporación de Guayaquil y el 27 se entrevista en aquella ciudad con el gran libertador del Sur, José de San Martín. Envía refuerzos para la campaña del Perú, a donde es luego llamado formalmente: llega al puerto del Callao el 1º de septiembre de 1823 y, después de sobrepasar innumerables obstáculos, obtiene la victoria de Junín el 6 de agosto de 1824. Entretanto, nuestra Marina de guerra, al mando del almirante José Padilla, ganaba el 24 de julio de 1823 (día en que cumplía Bolívar 40 años) la Batalla Naval de Maracaibo, que aseguraba la supremacía patriota en aguas del Caribe.

Una de las situaciones personales que el Libertador debió superar en la campaña del Perú fue una grave enfermedad que lo afectó en Pativilca. El episodio es uno de los más demostrativos de su temple. Relata don Joaquín Mosquera cómo, después de analizar la situación política, la insuficiencia de recursos y su delicado estado, al preguntarle "¿qué piensa hacer usted ahora?", dio como inequívoca respuesta una sola palabra que ha quedado grabada con caracteres indelebles: "¡Triunfar!".

El 9 de diciembre de 1824, en la pampa de La Quinua, cerca de Ayacucho, Sucre obtiene la victoria final, en que el virrey La Serna rinde con su espada la soberanía española en América. Dos días antes, el Libertador ha expedido desde Lima la invitación a los gobiernos de la América española para el Congreso de Panamá, con la aspiración de sellar en un pacto anfictiónico la unión política de los nuevos Estados y constituir, según su feliz expresión en una carta a O'Higgins (8 de enero de 1822), "una nación de repúblicas".

Después de la victoria de Ayacucho, por voluntad de los pueblos del Alto Perú se constituye una nueva república, que toma el nombre de Bolivia. Es el más alto y permanente de todos los homenajes que se le hacen

en la cúspide de la gloria. Sucre es elegido presidente de la nueva nación, aunque solo acepta por dos años. El Libertador, en su discurso al constituyente boliviano, expresa su angustia por la organización institucional y diseña las estructuras que juzga más adecuadas para hacer frente a la anarquía: un presidente vitalicio, compensado por un senado hereditario; una cámara popular y una cámara de censores, para velar por la rectitud de las costumbres y de los procedimientos. Pero ello no pasa de ser una ilusión: las fuerzas desencadenadas confluirán sobre las nuevas repúblicas y faltará todavía mucho tiempo para que puedan enrumbarse satisfactoriamente.

Estos son los años en que Bolívar recibe los máximos honores y sufre las más terribles decepciones. En el Perú, las honras que decreta para él el Congreso recuerdan a las que el Senado romano tributaba a los guerreros victoriosos; en todas las ciudades de las cinco repúblicas se le hacen verdaderas apoteosis. Rechaza las recompensas materiales, consciente de la superioridad de la gloria.

Simultáneamente, el sentimiento localista toma cuerpo contra sus aspiraciones integracionistas. El Congreso de Panamá queda en nada, a pesar del sacrificio de Pedro Gual, que deja el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Gran Colombia para irse al Istmo y después a Tacubaya (México) donde continuó la reunión. La visión de grandeza de Bolívar es señalada por sus adversarios como ambición cesárea. La maniobra de los aspirantes a jefaturas parroquiales cuenta con la predisposición de los ciudadanos contra el precedente universal de héroes convertidos en usurpadores y con el apego de los pueblos a sus estrechos ámbitos naturales, aislados entre sí por la dificultad de comunicaciones.

Tiene que dejar el Perú para atender a los problemas de Colombia. En Venezuela, Páez, que ha venido siendo prácticamente el jefe del país desde la Batalla de Carabobo, en la que fue ascendido por Bolívar a la máxima jerarquía militar, se hace portavoz de los resentimientos y a través de un pronunciamiento de las municipalidades decreta la separación de Colombia. Es “La Cosiata”, la secesión, que se minimiza y esfuma al llegar a la patria su hijo máximo. Su última visita a Caracas podría tal vez considerarse como el momento más feliz de su vida. Pero tiene que regresar a la capital

grancolombiana, y desde su partida comienza nuevamente en Venezuela el proceso de disolución que se hará definitivo en 1830. Mientras tanto, el Libertador convoca a una convención para renovar las bases del Estado, la Convención de Ocaña, que concluye en disenso, lo que lo fuerza a asumir una inevitable dictadura. Los opositores lo llaman tirano, y el magnicidio llega muy cerca de su objeto en la noche oscura del 25 de septiembre de 1828. Además de algunos ideólogos como Florentino González y aventureros audaces como Pedro Carujo, aparece comprometido nada menos que Francisco de Paula Santander, su gran colaborador en la campaña de Boyacá y en el ejercicio del gobierno. La represión es dura. Pero Bolívar conmuta por expulsión del país la pena de muerte a que condenara el Consejo de guerra a quien más tarde fuera ilustre presidente de la República de la Nueva Granada.

Los malentendidos entre Colombia y el Perú conducen a una guerra, concluida felizmente, después de la Batalla de Tarqui, con la afirmación de Sucre de que la justicia de su causa era la misma antes que después de la victoria. Se convoca a un nuevo Congreso, que se reúne en Boyacá en enero de 1830 y que la elegante precisión del verbo bolivariano denomina infructuosamente "Admirable". Lo preside Sucre, quien realiza los mayores esfuerzos por lograr la reunificación con Venezuela. Todo resulta inútil. El destino ha marcado su signo. El proceso es fatal. Sucre es asesinado el 4 de junio en la montaña de Berruecos, cuando regresaba a su hogar rumiando amargas preocupaciones. Por otra parte, el Congreso de Venezuela, temeroso de que la presencia del Libertador volviera a disipar los proyectos separatistas, pone como condición a todo diálogo su exclusión del territorio nacional: es el más duro de los ultrajes y el más triste de los hechos históricos de nuestra república. El Congreso colombiano, a su vez, le acepta la renuncia; designa un nuevo presidente que no asume por lo pronto el poder; el general Rafael Urdaneta, se hace cargo del gobierno el 5 de septiembre, instando al Libertador a volver. Este, que se halla en ruta a la costa atlántica con el propósito de pasar a Europa, encuentra en el deterioro de su quebrantada salud el desenlace de su ciclo vital. Le da hospitalidad en la quinta de San Pedro Alejandrino, cerca de Santa Marta, un hidalgo español, Joaquín de Mier; y lo atiende en su última enfermedad

un médico francés, Alejandro Próspero Reverend, que ganó con su afecto por el noble paciente la gloria de la inmortalidad. Historiadores médicos discuten hoy acerca del tratamiento que indicó Reverend: lo cierto es que ya la inmensidad de la figura y de la obra de Bolívar no cabían en el escenario de su vida.

Sabía que iba a morir, se preparó dejando un mensaje inolvidable en el que sus últimos deseos los expresaba y el sacrificio de su existencia lo ofrecía, para recomendar el mantenimiento de la unión grancolombiana. El obispo José María Estévez, de Santa Marta, y el cura de Mamatoco, Hermenegildo Barranco, le dieron los últimos auxilios religiosos. Falleció el 17 de diciembre de 1830. Tenía solamente 47 años: pero ya resonaba la frase del elocuente Choquehuanca, quien desde el Perú había pronosticado: "con el tiempo crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina". Sus restos, inhumados solemnemente en la catedral de Santa Marta, fueron trasladados a la catedral de Caracas en 1842, en apoteosis presidida por el general Páez y narrada en párrafos neoclásicos por Fermín Toro. De la catedral pasaron, en el gobierno de Guzmán Blanco, al Panteón Nacional, un templo donde predomina la afirmación de su grandeza.

En medio de su increíble actividad, la soledad de su espíritu se resentía de la falta de un verdadero amor. El recuerdo de la esposa muerta lo acompañaba siempre. Comprendía que, tal vez, si ella hubiera vivido, su destino heroico no se habría cumplido (se le atribuye la expresión de que no habría pasado de ser "alcalde de San Mateo"); pero el vacío que ella había dejado en su existencia no pudo llenarlo con las aventuras galantes, con encuentros furtivos, ni siquiera con manifestaciones de afecto, entremezclado con veneración, por más que provinieran de mujeres hermosas, inteligentes o sensibles. Solamente una quiteña, Manuela Sáenz, de espíritu atrevido, pasando por encima de las normas sociales y provocando inevitables reacciones, al entregarse a él con irrefrenable vehemencia, llegó muy cerca de su corazón. No fue una mera relación carnal la que existió entre ellos: aquella a la que llamó "sublime loca" le dio aliento de vida, y vino a convertirse en "libertadora del Libertador" cuando salvó su vida en el atentado septembrino, distrayendo a los conjurados mientras el

Libertador se ponía a salvo. Los años finales de Manuela, después de la partida y muerte del amado, fueron un triste epílogo de su participación en la tragedia bolivariana.

No logró el Libertador consolidar en los nuevos Estados la vida institucional. En su último año llegó a exclamar, en mensaje al Congreso: "Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido, a costa de los demás". Y ya para concluir su periplo, imaginó que todo había terminado en un fracaso: "hemos arado en el mar".

Pero no. No había arado en el mar. Su figura continúa agigantándose, por encima de todos sus contemporáneos en el ámbito de su acción. El estudio de su pensamiento lo califica como uno de los más geniales visionarios del acontecer político y uno de los más brillantes cultores de la filosofía del Estado, a la vez que uno de los más profundos conocedores de las realidades de los pueblos. Para las naciones que libertó –Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Panamá– es y será Padre de la Patria. Para toda Latinoamérica, su voz es mensaje y su figura es prototipo de las aspiraciones generosas. En bronce o mármol, se encuentra en las principales plazas de las ciudades y pueblos de las repúblicas hijas de su espada. Su figura heroica campea en muchas capitales del mundo. Lima, Caracas, Bogotá, Quito, La Paz y Panamá no son las únicas: también, entre otras, Buenos Aires, México, Río de Janeiro, Santo Domingo, San Juan de Puerto Rico, Tegucigalpa, Guatemala; le hallamos en Puerto España y Kingston, en Nueva York y Washington, en Roma y París, Londres y Madrid, además de muchas otras ciudades como Cádiz, Garachico (Canarias), Trujillo (Perú), Arequipa, etc. Su nombre distingue una nación (Bolivia), un estado de Venezuela, numerosos distritos jurisdiccionales y diversas ciudades (en Venezuela, en la Argentina, en los Estados Unidos); es epónimo de universidades y liceos, así como de numerosas sociedades e instituciones. El adjetivo "bolivariano" ha entrado, por él, al diccionario. Son incontables los libros que recogen su pensamiento o que se ocupan de su vida y de su obra; ha servido de inspiración a historiadores y poetas, a escultores y músicos, y hasta una ópera, estrenada en París, ha sido compuesta con su figura como tema. Maestro de maestros, su pensamiento ha servido de inspiración a pensadores y estadistas.

Y está vigente la hipérbole del insigne uruguayo José Enrique Rodó: “(…) si el sentimiento colectivo de la América libre y una no ha perdido esencialmente su virtualidad, esos hombres, que verán como nosotros en la nevada cumbre del Sorata la más excelsa altura de los Andes, verán, como nosotros también, que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar”.

LA PALABRA DE BOLÍVAR*

HOY, A DOS SIGLOS de su nacimiento, lo que tenemos más vivo de Bolívar es su palabra. Lejos en el tiempo están las acciones, las largas marchas, las brillantes batallas, el duro enfrentamiento con los hombres y con las circunstancias de su época que ya nos llegan atenuados y difuminados en el inevitable gris de la historia. En algún retrato hecho por pintor contemporáneo suyo alcanzamos algo del imperio de su presencia física, lo que fueron sus ojos, su mirada, sus gestos, su vibrante desplazamiento. En el testimonio escrito de quienes lo trataron nos llega algo de su magnética y fascinante condición.

Pero todo ello, a pesar de su importancia y validez, no puede darnos el trasunto de aquel ser en la avasallante variedad de sus dones. Afortunadamente nos quedan sus palabras. Tan vivientes, tan eficaces, tan espontáneas, hoy tan llenas de calor humano y de nervio como cuando él mismo las puso por escrito o las dictó a sus múltiples amanuenses. En ellas ha quedado en toda su plenitud el calor y el color de su presencia. En ellas, como en su existencia misma, habla, grita, exclama, duda, reflexiona, padece, se exalta, comprende y penetra en los hombres y los sucesos, se confiesa y se revela.

Son palabras llenas de vida, brotadas de la realidad de las situaciones, marcadas por el ímpetu emocional de quien las expresa, calientes de sangre, llenas de la autenticidad de lo real.

Bolívar no fue nunca un escritor en el sentido ordinario de la palabra. Hombre entregado en la soledad al paciente y exaltado esfuerzo de poner

* Suplemento Especial del diario *El Nacional*, Caracas, 24 de julio de 1983.

en palabras sus pensamientos o sus sentimientos. Escribió, en discursos o cartas, sobre muy variados temas pero nunca como obra literaria, sino como parte inseparable de su acción y de su vasta empresa creadora. Era demasiado impaciente y temperamental para ponerse a la lenta y solitaria tarea de redondear frases sobre el papel. Se expresaba normalmente con brío y espontaneidad y su expresión oral no debía ser diferente de lo que escribía o dictaba a los amanuenses. Aun en los casos en que tenía que redactar algún documento de excepcional importancia, como el Discurso que iba a pronunciar ante el Congreso de Angostura en 1819, lo hacía casi como la trascripción de un monólogo. En las horas tranquilas de la navegación por el Orinoco, dictaba a algún ayudante un fragmento o ponía por escrito alguna frase que se le ocurría en el momento. No soportaba estar sentado en un escritorio recibiendo y despachando. La mayor parte de su vida heroica la pasó en campañas largas, en campamentos o vivacs, de paso por ciudades, donde aprovechaba el escaso tiempo para dictar mensajes, proclamas o cartas. Acaso por esta misma causa, hay tan poca retórica y tono literario en sus escritos. Es su propia habla viviente, enérgica y precisa la que queda en esos escritos.

O'Leary nos ha conservado la imagen de su peculiar manera de dictar su correspondencia que explica mucho el tono de sus cartas y el calor de su expresión. "El despacho de los asuntos oficiales ocupaba, por lo regular, tres horas, al cabo de las cuales concluía dando instrucciones a su secretario privado para que contestase las cartas que no eran de mucho interés. Luego llamaba a un edecán de su confianza y le dictaba las de mayor importancia, siempre paseándose o reclinándose en la hamaca con un libro en la mano, que leía mientras el amanuense escribía la frase. Expresaba sus pensamientos con gran rapidez. Cualquiera equivocación o duda de parte del escribiente le causaba impaciencia. Algunas de sus cartas, que conservo en mi poder, contienen quejas contra el individuo que las escribía".

Esa expresión escrita, tan estrechamente ligada a la vida y a las circunstancias reales, es la que constituye su poderosa originalidad. No está nunca repitiendo o glosando ideologías recibidas, ni haciendo alardes y efectos literarios, sino que lo que dice es la respuesta directa e inmediata a las exigencias de la acción. Toda su vida está dirigida a un fin y esa condición

se manifiesta en su pensamiento, en su acción y en su palabra. Está en esas palabras el sentido de su acción y de su inmenso proyecto americano. No hay en él separación o sucesión de tiempos. No fue en un tiempo un escritor y pensador y en otro distinto un hombre de acción. Pensamiento, acción y palabra están indisolublemente mezclados en él. Lo que expresa forma parte intrínseca de lo que hace y se propone hacer. Tal vez por eso mismo su frase es tan vital y poderosa y logra tan sorprendente originalidad de expresión.

Su prosa está en abierto contraste con la literatura de su tiempo. El neoclasicismo español le había quitado vigor a la lengua hasta convertirla en aquel remedo de prosa latina que con tanto esfuerzo de escritura como de lectura intentaba el conde de Toreno. Ni en Feijoo, ni en Jovellanos hay nada parecido a la prosa de Bolívar. La inconfundible autenticidad de su expresión le viene de que su frase brota de una fuerte y motivada necesidad expresiva. No hay nada de afectado y artificioso en la forma de su frase. Tampoco es la suya la expresión sencilla y llana de quien trata de decir sin vuelo y sin impulso lo que piensa. No es sustituible la palabra de Bolívar, cuando expresa algo lo dice de una manera que no podríamos cambiar sin desmejorarlo y empobrecerlo. Son así los verdaderos escritores.

Desde el primero de sus grandes documentos públicos, que es el llamamiento que lanza a los neogranadinos en 1812 desde Cartagena, aparece inconfundible la garra y el acento genuinos del hombre que domina la expresión y la hace decir lo que se propone con entera eficacia: "Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas, que siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido a seguir aquí los estandartes de la independencia, que tan gloriosamente tremolan en estos Estados". Está allí todo el nervio y la eficacia de su expresión. Está dicho todo lo que tenía que decir con una oración tan poderosamente construida que nada en ella sobra y en la que todos los miembros convergen a crear una impresión y a provocar un sentimiento. Está allí, ejemplarmente, el sentido preciso de la palabra y la armonía de los sonidos y los significados. Algo más hay en esa temprana muestra de la lengua de Bolívar, el ritmo sabio, natural y subyacente que es como la respiración de los grandes escritores. Es así su frase y va a ser así a

todo lo largo de su lucha por medio de la palabra hasta el final. Ese lenguaje no lo tuvo nadie más en su tiempo y no se parece al de ningún otro. Bastaría ponerlo al lado del de los mayores escritores hispanoamericanos de su hora para notar la diferencia de especie y de calidad. No hay nada de ese nervio y de esa fuerza espontánea ni en Bello, ni en Olmedo. Se expresaba así porque pensaba así, porque actuaba así, porque sentía así, porque era la esencia misma de su excepcional autenticidad de hombre de genio.

Entre la farragosa, pobre y repetitiva expresión de la mayoría de los escritores y políticos de su tiempo su frase pertenece a otra especie excepcional. Faisán entre gallináceas, como ejemplar incomparable del don más alto de decir. Una expresión que nunca fue un ejercicio de literatura sino la traducción en palabras de un pensamiento original y de una acción vigorosa.

Esa fuerza y ese tino aparecen en toda su obra escrita y son la prueba de su autenticidad. Era necesario que Bolívar hablara así y habló así para su tiempo y para toda la posteridad. No cambia la eficacia expresiva cuando pasa del discurso solemne, del mensaje capital a la carta personal y a la expresión del afecto. La carta que le dirige a Simón Rodríguez, desde Pativilca en 1824, al tener noticia de su llegada a Colombia, está llena de poesía, de sentimiento, de conmovido poder de evocación. La que escribe a su tío materno Esteban Palacios desde el Cuzco, en la cúspide de su encumbramiento humano y de su gloria, es de una belleza y profundidad excepcionales: “Con cuánto gozo ha resucitado usted ayer para mí”. La evocación de la Caracas arruinada y desolada se desarrolla con un ritmo casi sinfónico. Todo está allí, la ternura de las evocaciones infantiles, el dolor de la destrucción, la fe en la justicia de su lucha, la ternura por el viejo paciente vuelto del olvido y la fiereza del orgullo con que se siente llamado a comparecer ante el futuro de América: “Nuestra familia se ha mostrado digna de pertenecernos, y su sangre se ha vengado por uno de sus miembros. Yo he tenido esta fortuna. Yo he recogido el fruto de todos los servicios de mis compatriotas, parientes y amigos. Yo los he representado a presencia de los hombres y yo los representaré a presencia de la posteridad”. Ese mismo “a presencia”, que hace pestañear a los gramáticos, nos dice con su arbitraria forma lo que aquel gran escritor sentía y no podía expresar de otro modo.

En la amarga hora de la renunciación y el fracaso aparente, cuando va camino del destierro para topar la muerte, recibe la carta de despedida que desde Bogotá le dirige Sucre, antes de caer asesinado en la más criminal emboscada de la historia americana. Lo que responde no podía ser dicho con palabras más justas: "Mi querido general y buen amigo: la apreciable carta de Vd. sin fecha, en que Vd. se despide de mí, me ha llenado de ternura, y si a Vd. le costaba pena escribírmela ¿qué diré yo?, ¡yo que no tan solo me separo de mi amigo sino de mi patria! Dice Vd. bien, las palabras explican mal los sentimientos del corazón en circunstancias como estas: perdone Vd., pues, las faltas de ellas y admita Vd. mis más sinceros votos por su prosperidad y por su dicha. Yo me olvidaré de Vd. cuando los amantes de la gloria se olviden de Pichincha y Ayacucho".

En las palabras que nos ha dejado escritas, o que dictó con impaciencia a los amanuenses, está el Bolívar vivo que tenemos. Allí aparece ante las cambiantes situaciones y los difíciles momentos de su lucha y de su angustia. Se exalta, se desespera, ordena, impetra, desnuda sus sentimientos, salta de las palabras el fondo incontenible de ira, de esperanza y de ternura. Todo él se nos devuelve del tiempo ido en esas palabras reveladoras. Su lengua fue uno de sus mayores dones y en ella nos sigue hablando de manera conmovedora y potente. Con una virtud de palabras que muy pocos hombres han poseído en la historia.

LUIS HERRERA CAMPINS

BOLÍVAR Y SU PERFIL DE PUEBLO*

CADA UNO DE NOSOTROS tiene su propio retrato de Simón Bolívar, el Libertador. Cada uno de nosotros sabe –o cree saber– cómo fue, cómo era. Hay un diseño personal del héroe con el que confrontamos cualquier ajena imagen suya. Será o no parecido en la misma medida en que se asemeje al que hemos diseñado en el espíritu a punta de cariño.

Tenemos siempre, pronta y fiel, la imagen del gran hombre que hemos venido dibujando desde niños con indeleble tinta de corazón gozoso. Lo sentimos muy cerca, tan cerca como si se tratara de un viejo amigo idealizado por el tiempo y por la admiración. Lo miramos con amor y con amor lo recordamos porque el amor es la idealización de la amistad.

Porque no lo conocimos, nuestra memoria carece de capacidad de olvido para desdibujarlo. Nosotros sabemos cómo era Bolívar porque no lo conocimos.

Las páginas de la historia y de la crónica están o presentan multiplicados retratos físicos, psicológicos o espirituales de Simón Bolívar, que recorren toda la amplia escala entre la admiración y la detracción. Peninsulares, venezolanos, latinoamericanos y combatientes norteños o europeos que lo conocieron, que hablaron con él o que lucharon a su lado, nos dejaron las más variadas impresiones.

¿Cómo era, pues, a juicio de sus contemporáneos?

* Discurso de orden pronunciado por el presidente de Venezuela Luis Herrera Campins en el Panteón Nacional, Caracas, el 24 de julio de 1983, con motivo del Bicentenario del Nacimiento de Simón Bolívar, el Libertador.

"Sus modales, fáciles y desenvueltos, reveladores de una buena educación"[1] apreciaba Alfonse Moyer (Lima, 1824). "Expansivo, bondadoso con sus inferiores, amaba a las mujeres y sabía agradarlas, solía ser muy alegre, reía a carcajadas; buen conversador, en la intimidad tomaba un tono burlón", según el francés Juan Bautista Boussingault[2]. "Es un apasionado admirador del bello sexo, pero excesivamente celoso; tiene afición a valsar y es muy ligero; su imaginación y su persona son de una actividad maravillosa; se dice que en su juventud fue de bella figura", escribió el general inglés William Miller[3].

¿Era este Bolívar? Yo prefiero su perfil de pueblo.

En uno de los más densos poemas inspirados por el Libertador, afirma Antonio Arráiz[4]:

> Cuando los veteranos de horribles costurones
> escuchaban cantar de su Bolívar galante,
> narrador de epopeyas en coros de mujeres,
> estallante de guantes, medallas y lentejuelas,
> echábanse a reír.

Juan Pablo Carrasquilla[5] lo encontró en Bogotá, en 1819, después de Boyacá, vestido con "casaca de paño negro de las llamadas cola de pajarito, calzón de cambrún blanco, botas de caballería, corbatín de cuero y morrión de lo mismo". Lo impresionó ver que "cuando hablaba o preguntaba cogía con las dos manos la solapa del frac y cuando escuchaba a alguien cruzaba los brazos". El francés Auguste Le Moyne apuntó que "cuando concedía

1. *Aproximación al Libertador. Testimonio de su época*, Aníbal Noguera Mendoza y Flavio de Castro; selec. y notas, Bogotá, Academia Colombiana de la Historia, 1983. Véase el capítulo "Su aspecto es el de un hombre enfermo y fatigado", *ibid.*, p. 136.
2. Véase el capítulo "Amaba a las mujeres y sabía agradarlas", *ibid.*, p. 240.
3. Véase el capítulo "El guerrero y el hombre", *ibid.*, pp. 157-158.
4. Antonio Arráiz, "Cuando los veteranos", *Poetas de América cantan a Bolívar*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República (Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, 84), 1983, p. 114.
5. Véase el capítulo "Entrada a Bogotá después de Boyacá", *Aproximación al Libertador…*, p. 101.

audiencias solemnes o hablaba en público, acostumbraba a cruzar los brazos sobre el pecho y en esa actitud tenía un aire lleno de dignidad"[6].

¡Pero yo prefiero su perfil de pueblo!

El poeta de "Áspero" pensó que los veteranos

> Cuando se les hablaba de un ígneo general,
> sobredorado y raro, como un fetiche caro,
> vomitando centellas, y triunfos, y batallas,
> mostraban con sarcasmo sus bocas desdentadas.[7]

Entre las ruinas de San Jacinto, en el terremoto del 26 de marzo de 1812, lo vio su feroz enemigo realista José Domingo Díaz, quien confiesa: "en lo más elevado encontré a don Simón de Bolívar que, en mangas de camisa, trepaba por ellas para hacer el mismo examen. En su semblante estaba pintado el sumo terror o la suma desesperación. Me vio y me dirigió estas impías y extravagantes palabras: 'Si se opone la Naturaleza, lucharemos contra ella y la haremos que obedezca!'"[8].

Teodoro Gaspar Mollien nos dejó el testimonio de que "sus arengas son inflamadas, pero suelen ser difusas. Bien es verdad que en español cuesta mucho trabajo ser conciso"[9]. Y Francisco Burdett O'Connor: "su metal de voz, suave y agradable, era áspero en sus momentos de mal humor y parecía adquirir el fragor del trueno cuando proclamaba o daba voces de mando en el campo de batalla" y añadía que era "su mirada de fuego, altiva y penetrante"[10]. Y el inglés John Potte Hamilton: sus ojos "eran muy oscuros, grandes y llenos del fuego de la inspiración"[11]. Y Le Moyne habla de "los ojos grandes y la mirada viva". Y Carrasquilla: "ojos negros,

---

6. Véase el capítulo "¡Ay de mí!, nos dijo, enseñándonos sus brazos descarnados", *ibid.*, p. 247.
7. A. Arráiz, "Cuando los veteranos", *op. cit.*, p. 114.
8. Véase el capítulo "Lucharemos contra la naturaleza", *Aproximación al Libertador…*, p. 31.
9. Véase el capítulo "Un juicio que desagradó al Libertador", *ibid.*, p. 126.
10. Véase el capítulo "Saltó sobre la mesa, vació su copa y la estrelló contra la pared de la sala", *ibid.*, p. 134.
11. Véase el capítulo "Su Excelencia: Usted solo tiene dos camisas", *ibid.*, p. 140.

penetrantes y de una movilidad eléctrica"[12]. Y Robert Proctor: "el fuego de sus vivaces ojos negros es muy notable"[13]. Y Miller: "ojos negros y penetrantes pero generalmente inclinados a tierra o de lado cuando habla. Su voz es gruesa y áspera, pero habla elocuentemente en casi todas las materias"[14]. Y el capitán José Andrews[15]: "su frente es arrugada por el pensamiento y la ansiedad". Y Hamilton: "su rostro era largo y surcado prematuramente de arrugas debido a la inquietud y la ansiedad"[16]. Y Moyer: "la frente, si bastante despejada, está llena de profundas arrugas"[17]. Y el médico François Desiré Roulin: "el desarrollo de la frente era enorme, pues ella sola comprendía bastante más de un tercio del rostro". Y el conjurado septembrino Santiago Vila: "su voz no sólo era delgada, sino tan aguda, que en otro hombre habría parecido ridícula"[18]. Y el oficial español Rafael Sevilla relata su experiencia en el Orinoco[19]: "entonces una voz chillona, pero de timbre imperativo y como acostumbrada al mando, se oyó cerca de nosotros, de la parte exterior de las trincheras gritar: 'Avancen, avancen, avancen'. Aquella voz aguda e imperiosa era la voz de Bolívar".

Y, sin embargo, a lo veteranos

> Cuando se les preguntaba por el genio radioso
> con la frente preñada con bruscas predicciones,
> la voz como ultratumba, los ojos como el sol,
> movían la cabeza rezongando que no.[20]

En sus recuerdos, el héroe argentino José de San Martín[21] recoge la observación de que ver a Bolívar (al que ensalzó como "el hombre más

12. Véase el capítulo "Entrada a Bogotá después de Boyacá", *ibid.*, p. 101.
13. Véase el capítulo "Un continuo despliegue de banderas", *ibid.*, p. 124.
14. Véase el capítulo "El guerrero y el hombre", *ibid.*, p. 158.
15. Véase el capítulo "Su apretón de manos era franco y cordial", *ibid.*, p. 184.
16. Véase el capítulo "Su Excelencia solo tiene dos camisas", *ibid.*, p. 140.
17. Véase el capítulo "Su aspecto es el de un hombre enfermo y fatigado", *ibid.*, p. 136.
18. Véase el capítulo "Su voz no solo era delgada, sino tan aguda, que en otro hombre habría parecido ridícula", *ibid.*, p. 237.
19. *Ibid.*
20. A. Arráiz, "Cuando los veteranos", *op. cit.*, p. 114.
21. Véase el capítulo "El hombre más asombroso que haya producido la América del Sur", *Aproximación al Libertador…*, p. 122.

asombroso que haya producido la América del Sur") no predisponía a su favor y en tono crítico apunta que era "muy familiar con el soldado y le permitía licencias no autorizadas por las leyes militares", lo que se enlaza con lo escrito por Mollien a propósito de los llaneros al decir: "es en ellos en los que tiene mayor confianza"[22]. James Thompson (propagandista del método Lancaster de enseñanza) escribió que "en apariencia es un hombre modesto y sin pretensiones", que no tenía "el ojo de San Martín, quien en un momento lo atraviesa a usted con una mirada"[23]. No puede ser más dramática la conmovedora visión de don Joaquín Mosquera en la conocida escena de Pativilca (1823): "estaba sentado en una pobre silla de baqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco, y sus pantalones de jin que me dejaban ver sus dos rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas, su voz hueca y débil y su semblante cadavérico"[24]. Moyer afirmaba que tenía el "cuerpo excesivamente flaco"[25]. El danés C. van Dokum lo recordaba como "muy flaco y de constitución física bastante raquítica. La cara decaída, oscura y quemada por el sol, comprobaba las fatigas que había pasado"[26].

Dos testimonios de excepción son los de Daniel Florencio O'Leary y José Antonio Páez, quienes personalmente trazaron los rasgos humanos del Bolívar que conocieron. De esos juicios recojo algunos conceptos.

Nos dejó O'Leary la afirmación de que "Bolívar tenía la frente alta, pero no muy ancha y surcada de arrugas desde temprana edad –indicio de pensador–; hacía mucho ejercicio. No he conocido a nadie que soportara como él las fatigas; después de una jornada que bastaría para rendir al hombre más robusto, lo he visto trabajar cinco o seis horas o bailar otras tantas, con aquella pasión que tenía por el baile. Dormía cinco o seis horas de las veinticuatro, en hamaca, en catre, sobre un cuero, envuelto en su capa en el

22. Véase el capítulo "Un juicio que desagradó al Libertador", *ibid.*, p. 126.
23. Véase el capítulo "Con el rostro azotado por el tiempo", *ibid.*
24. Véase el capítulo "Entonces, avivando sus ojos huecos y con tono decidido, me contestó: Triunfar!", *ibid.*, p. 130.
25. Véase el capítulo "Su aspecto es el de un hombre enfermo y fatigado", *ibid.*, p. 136.
26. Véase el capítulo "Involuntariamente se veía uno obligado a inclinarse ante él", *ibid.*, p. 141.

suelo y a campo raso como si estuviera sobre blanda pluma. En el alcance de la vista y en lo fino del oído no le aventajaban ni los llaneros"[27].

Por su parte el general en jefe José Antonio Páez escribió en su *Autobiografía* que "era amigo de bailar, galante y sumamente adicto a las damas y diestro en el manejo del caballo, gustábale correr a todo escape por las llanuras del Apure, persiguiendo los venados que allí abundan. En el campamento mantenía el buen humor con oportunos chistes; pero en las marchas se le veía algo inquieto y procuraba distraer su impaciencia entonando canciones patrióticas"[28].

Era, pues, una imagen muy distinta a aquel joven melancólico que encontró en París el padre de Flora Tristán, a comienzos del pasado siglo, "en un cuarto pequeño, frío, mal amoblado" y preocupantemente "enflaquecido, pálido y en la más cruel aflicción. La chica objeto de sus primeros amores, su linda esposa, acababa de morir"[29].

Le Moyne lo aprecia "enclenque de aspecto"[30], mientras que el intelectual inglés Robert Proctor[31] lo recordaba "muy delgado y pequeño, después de muchas oportunidades de verle, puedo decir que nunca encontré cara que diera idea más exacta del hombre". Samuel Haigh[32] lo vio "muy delgado pero musculoso, de mejillas chupadas y consumidas, color cetrino", y Carrasquilla[33] quedó impresionado: "su memoria era felicísima, pues saludaba por su nombre y apellido a todas las personas que había conocido en 1814" (el apunte es de 1819). No fue, por consiguiente, vuelo imaginativo del alto poeta larense cuando concluyó su canto con una extraordinaria afirmación humana:

---

27. Daniel Florencio O'Leary, *Memorias del general O'Leary*, 2ª ed., Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1982.
28. José Antonio Páez, *Autobiografía*, ed. facsímilar, Medellín, 1973, t. I, p. 140.
29. Véase el capítulo "Amistad con los Tristán en París: Teresa no era Fanny", *Aproximación al Libertador…*, p. 15.
30. Véase el capítulo "¡Ay de mí!, nos dijo, enseñándonos sus brazos descarnados", *ibid.*, p. 245.
31. Véase el capítulo "Un continuo despliegue de banderas", *ibid.*, p. 124.
32. Véase el capítulo "Vestía traje matinal de algodón estampado, con zapatillas coloradas", *ibid.*, p. 198.
33. Véase el capítulo "Entrada a Bogotá después de Boyacá", *ibid.*, p. 101.

Ellos no conocieron más que un muchacho flaco,
–movía casi a risa–
que, hundido en su chamarra,
acogotó con ellos los páramos temblantes,
y se mezcló en sus vidas, y les pedía sus nombres,
y les comía sus ranchos,
y, así, y todo, los hizo ganar.[34]

¡Por eso es que yo prefiero su perfil de pueblo!

Y entre un millón de voces simultáneas, distinguimos, identificamos, conocemos la suya inconfundible, de límpido metal de libertad y de incomparable acento de esperanza, porque conocemos o intuimos su mensaje.

Esa voz nos golpea la mente y nos toca la honda fibra patriótica, telúrica y atávica. Que ya lo dice el poeta Alberto Arvelo Torrealba al verlo pasar, envuelto en la luminosa soledad de la gloria:

De bandera va su capa,
su caballo de puntero,
baquiano, volando rumbos,
artista, labrando pueblos,
hombre, retoñando patrias,
picando glorias, tropero.

Óigale la voz perdida;
sobre el resol de los médanos
la voz del grito más hondo
óigasela, compañero,
como el son de las guaruras
cuando pasan los arrieros,
como la brisa en la palma,
como el águila en el ceibo,
como el trueno en las lejuras,
como el cuatro en el alero,
como el eco en las tonadas,
como el compás en el remo,

34. A. Arráiz, “Cuando los veteranos”, *op. cit.*, p. 114.

como el tiro en el asalto,
como el toro en el rodeo,
como el relincho en el alba,
como el casco en el estero,
como la pena en la canta,
como el gallo en el silencio,
como el grito del catire
en las Queseras del Medio,
como la Patria en el Himno,
como el clarín en el viento.
Por aquí pasó, compadre,
dolido, gallardo, eterno.[35]

Señores:

De esa inmersión en lo popular, de ese confundirse con los más modestos a los efectos de la lucha y de crecerle la estatura del orgullo ante los más soberbios, se fue haciendo héroe y prócer Simón Bolívar, encarnación de una colectiva voluntad de vencer que había hecho de la perseverancia y la constancia las escalas para lo imposible. Ahí están esas virtudes aferradas a su espíritu en el retrato moral y psicológico que podría trazarse. Su carácter, piso de su autoridad, y su desinterés, que si algunos pusieron en duda por el desatado encono de las pasiones, él se encargó de deshacer el argumento con el contundente argumento de la indigencia de su muerte.

Asombra su sentido multiplicador del tiempo. Guerrear fue su signo, su signo y su afición, mientras la patria pugnaba por deshacerse del yugo colonial. Tras un puñado de ensayos sin fortuna, él, que no había tenido siempre la suerte a su favor, congregó, concertó y encarnó la esperanza porque solo vencen las tempestades políticas los que desconocen el abatimiento y pelean contra la adversidad hasta someterla a sus designios. Ese debió ser quizá el rasgo que le vieron jefes y soldados de rutas cortas cuando la Independencia era ancho y largo camino. Había en él, en su combatividad,

35. Alberto Arvelo Torrealba, "Por aquí pasó", *Poetas de América cantan a Bolívar*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República (Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, 84), 1983, p. 116.

en la vibradora pasión de su palabra, algo que convocaba y convencía. Por eso pudo imponerse por sobre la anarquía y la desventura, por eso pudo encontrar hombres y recursos para organizar ejércitos a los que su arrojo y su porfía electrizaban para el combate desigual, porque así fueron muchos de los suyos y solo podía insuflar la esperanza de igualarse en y con la victoria. Supo multiplicar el tiempo y convertirlo en herramienta útil de lucha para la emancipación. Triunfador o derrotado, no había momento de descanso para el insigne gladiador que tocaba a todas las puertas; y en las que no le abrían, gritaba su verdad con voz de pueblo iluminado. Los que escucharon aquel clamor de angustia en el peregrinaje de sus años caribeños no pudieron zafarse de esa especie de sortilegio o de magia con que convencía cuando saltaba sin solución de continuidad del revés inmediato al sueño de la victoria en el futuro, de la estrechez de hoy a las inmensas metas con que iba a asombrar el mañana, y así fue sumando corazones, espíritus, esfuerzos hasta unificarlos en una sola y creadora acción de patria.

La historia no tiene el signo de lo individual sino de lo colectivo, pero la marcha de los acontecimientos no es ciega ni casual sino que la impulsan las grandes voluntades que saben sobreponerse a los problemas más graves y empujar así el carro de la historia.

En alguna de sus páginas más luminosas, el gran Cecilio Acosta[36] decía que en las naciones se producía al principio la *unión personal*, en la que el pueblo se confunde con el varón que lo enaltece, para después llegar a la *unión real*, que es la que descansa y se sustenta sobre las instituciones y cuya vigencia señala la realidad de una convivencia histórica que se afirma progresivamente hacia adelante y hacia arriba. En este tránsito de una a otra etapa se han producido muchas precipitaciones y retardos, multitud de disputas en todas partes, no pocas desviaciones y bastantes extravíos.

Sin conocer esta tesis, Bolívar parecía compartirla y en más de una oportunidad quiso que se redujera su poder para que la discrecionalidad en él personalizada por causa del buen éxito y por mérito de la victoria armada no entorpeciera la consolidación de las nuevas estructuras republicanas

36. "Cosas sabidas y cosas por saberse", *Cecilio Acosta. Vida y obra*, Caracas, Ministerio de Educación, Departamento de Publicaciones (Col. Vigilia, 20), 1969, p. 123.

fundadas sobre la voluntad popular. La lucha fue para él su inspiración. Mientras realizaba las agotadoras jornadas a caballo que asombraban a los propios jinetes experimentados del llano, su mente viajaba muchísimo más rápido que el paso de la cabalgadura, pues se internaba en los caminos difíciles de recorrer del porvenir. Aquellas distancias, verdaderas lejuras donde sol, viento, lluvia o polvo eran los únicos que las transitaban, alguna vez habrían de poblarse para que se alzara sobre la áspera soledad del medio ambiente el frondoso optimismo humano que se propaga desde la industria y del trabajo. Él iba llenando de futuro aquel vacío de presente e iba abriendo opciones, señalando pautas y mostrando caminos para quien quisiera recorrerlos.

Desde muy temprano se dio cuenta que la lucha, por más justificada que estuviera, como que se hacía verdaderamente en nombre de la libertad, corría el riesgo de estancarse sin provecho si cada uno la libraba solo, sin ningún sentido de solidaridad con los demás. Su concepción de la unión entre nuestros países impregna la casi totalidad de su vida y de su obra y cuando cree que ya su deber con la tierra nativa estaba cumplido con la decisiva Batalla de Carabobo, se prepara para ir deslizándose hacia el sur para que los derrotados de aquí no logren rehacerse por la influencia o la ayuda de allá. La suya es toda una verdadera concepción de la guerra, que después va a trasladar a la política y que, al proyectarse sobre el vasto mundo, adquiere carta de ciudadanía universal porque a todos invitaba a unirse para superar las dificultades de ahora. Nadie como él puso tanto empeño en la unión de nuestras repúblicas ni depositó fe para que esto se lograra en manos que no respondieron a la magnitud de la misión confiada. Nadie como él trató de que se integrara nuestra América en sus recursos y en sus posibilidades, convencido de que la potencialidad de una América Latina unida se convertiría, al desarrollarse en solidaridad activa, en un fuerte peso en la comunidad mundial. Nadie como él sufrió tanto con la parcelación de la América meridional en patriecitas de ariscos nacionalismos recelosos y pugnas.

Sus enemigos descubrieron bien pronto el flanco débil de aquel portento de fortaleza al que no abatieron ni infortunios, ni desgracias, ni derrotas. Más que apuntar contra él lo hicieron por mampuesto sobre su

obra. Sabían que había perfecta identificación del creador con la criatura y que los percances por esta padecidos lo flagelaban también. Se empeñaron en destruir el edificio multinacional que con sumas dificultades había construido a pulso en un continente sin comunicaciones. Tocando en fibras sensibleras, indispusieron a unos contra otros y a casi todos contra Bolívar para impedirle la realización de su sueño más audaz, aquella utopía, con la totalidad de la fuerza motora de las ideas de avanzada que trataban de coaligar los pueblos libres de América para enfrentar las amenazas de su tiempo y los desafíos del progreso futuro.

El hombre que se crecía en las dificultades y que elevaba el pensamiento cuando el pantano creía que podía afectar su facultad de alzarse por sobre la mediocridad, comenzó a sentir en su espíritu las mordeduras de la calumnia y de la ingratitud.

Allí empieza quizá el calvario moral del Libertador, que lo llevará a la tumba. No era un portento genial de medicina el francés Alejandro Próspero Reverend y, sin embargo, en medio de tantos ataques, convulsiones, toses y ahogos que sacudían la humanidad de Bolívar, supo acertar con el diagnóstico preciso al señalar que aquel hombre de lívida y terrosa morenez padecía una incurable enfermedad moral.

Buena porción de nuestra historia se confunde con Bolívar. Esto no significa que nuestra historia comienza con él ni que él solo es nuestra historia. La historia es una continuidad como la vida. La historia es la vida de los pueblos con todas las influencias que las comunidades humanas reciben y transmiten. Con todas las contrariedades y contradicciones que suscita la realidad y que rebotan hacia otras sociedades. La historia va sedimentando sus "constantes", que vienen a ser las perdurables líneas maestras de la identidad nacional de cada pueblo, que permiten el juego de las "variables": los nuevos elementos dinámicos que saltan, se incrustan, se asimilan o resbalan en el cuerpo perdurable de la tradición.

Señores:

El reconocimiento universal a Simón Bolívar que se ha venido haciendo en todas partes con motivo del Bicentenario de su Nacimiento, nos compromete a todos los bolivarianos en el empeño de difundir a cabalidad

su pensamiento y de desplegar inmenso esfuerzo para tratar de proyectarlo en obra colectiva, útil y concreta, más allá de la bondad conceptual de los principios.

La presencia en estas celebraciones de S.M. don Juan Carlos I, rey de España, tiene una profunda significación simbólica, por lo que representa para la vinculación sincera y efectiva de estos países con España, e histórica por cuanto es el final feliz de una parábola histórica proyectada largamente en el tiempo. Por esa circunstancia, puse el mayor empeño para que se produjera en esta fecha la visita del monarca español, que ha dado un poderoso impulso al proceso democratizador en medio de dificultades que, sin afán de magnificarlas, son inmensas y considerables. Él ha comprendido también la significación histórica de ese paso nada fácil, a pesar del tiempo transcurrido desde la Emancipación para acá y, por eso, nos honra con su visita de Estado en unión de la reina doña Sofía. El pueblo venezolano, que lo conoce por sus ejecutorias y que ha visto con simpatía que comparta el Premio Internacional "Simón Bolívar" de la UNESCO con el luchador antiracial Nelson Mandela, le ha dado demostraciones de cariño y de aprecio. El pueblo sabe o intuye que algo histórico y trascendente está aconteciendo más allá de la trascendencia implícita en el mismo Bicentenario del Nacimiento del Libertador.

Ha terminado "la querella histórica de las dos Españas", como ha dicho Arturo Uslar Pietri, en frase certera y elocuente.

Confieso que siento en estos instantes, en que al rey de España y a mí nos ha correspondido hablar en el Panteón Nacional ante la tumba del Padre de la Patria, el peso abrumador de la bondad de Dios, que le ha permitido a este humilde llanero descendiente de los que lanzaron, en Mucuritas, catorce cargas de caballería contra las tropas del rey, comandadas por don Pablo Morillo, la honra de tener la máxima representación del pueblo en este momento histórico de dimensiones colosales jamás soñadas por mí, porque este es el mayor honor que he recibido, pero también el honor más inmerecido que me ha concedido la vida.

Señores:

Nos esperan largas jornadas para realizar en la historia las ideas por las que Bolívar luchó. En la Declaración de Caracas, los gobernantes andinos

recogemos, con sentido moderno, el pensamiento bolivariano más susceptible de orientar la acción gubernativa en nuestro continente. La suscripción que hemos hecho también de un importante documento con el rey de España, se ubica dentro del empeño bolivariano de llegar a acuerdos con la gran nación peninsular después de alcanzada la Independencia y consolidada la libertad.

El sistema "José Celestino Mutis" para la agricultura, conservación y seguridad alimentaria y el Programa de Caracas sobre cooperación tecnocientífíca entre los países andinos se inscriben en la interpretación contemporánea de las ideas del Libertador, sobre la urgencia de consolidar nuestro proceso independiente, y de ello tenemos que estar conscientes al suscribir mañana esos acuerdos. Lo mismo puedo decir en relación con el convenio con la UNESCO para que funcione en Caracas el Centro de Cooperación Científica y Tecnológica, abierto a cuantos países quieran incorporarse, en una demostración de que pensamos, como Bolívar, en una sola y solidaria humanidad.

Nos sorprende el Bicentenario a tres de las naciones bolivarianas, que contamos con el respaldo de las otras tres, empeñadas en lograr la paz, a través del Grupo de Contadora, en cuyas gestiones tanta confianza ha puesto la comunidad mundial que aborrece los conflictos, las amenazas, las injusticias y la violencia.

Sabemos que está lejos de haberse realizado el ideal bolivariano, pero me complace señalar que la intención de seguir adelante por encima de todos los obstáculos se mantiene enhiesta y firme y la voluntad de convertirla en obras tampoco ha de fallar. Lo digo así, directo y seguro, en nombre de los presidentes bolivarianos que nos hemos congregado en Caracas para esta hermosa fiesta del espíritu, que se descubre reverente ante Simón Bolívar, el Libertador, en el Bicentenario de su glorioso nacimiento.

Panteón Nacional,
Caracas, Venezuela, 24 de julio de 1983.

ÍNDICE

BOLÍVAR

BOLÍVAR

Este volumen, de la Fundación Biblioteca Ayacucho,
se terminó de imprimir el mes de diciembre de 2012, en los talleres
de Editorial Arte, Caracas, Venezuela.
En su diseño se utilizaron caracteres roman, negra y cursiva
de la familia tipográfica Simoncini Garamond,
tamaños 9, 10, 11, 12.
En su edición se utilizó papel Hansamate 80 grs.
La edición consta de 3.000 ejemplares.

PODER CULTURAL PODER POPULAR

CULTURA Corazón Adentro MISIÓN SOCIALISTA

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

MANUEL TRUJILLO (Venezuela, 1925).

Novelista, cuentista y periodista. Perteneció al grupo Contrapunto y fue columnista en diversos periódicos y revistas en Venezuela. Ejerció la dirección del Suplemento Cultural del diario *Últimas Noticias*. Entre sus obras destacan: *Cuatro cuentos rurales* (1949); *Tiempo sin reloj* (1950); *Chao muerto* (1970) y las novelas *Desterrado en Madrid* (1976) y *El gran dispensador* (1983).



Portada: Anverso de la moneda circulante decretada por el Congreso Constituyente del Perú con motivo de la Batalla de Ayacucho (1825), de Antonio Dávalos (Perú). Acuñada en oro, plata y cobre, 3 mm de diámetro.

Manuel Trujillo

(1925)

ESTE VOLUMEN recoge veintiséis ensayos sobre el Libertador escritos por reconocidos académicos hispanoamericanos de los siglos XIX y XX y cuyas reflexiones muestran un lado más humano del prócer: su niñez y adolescencia; el primer amor; la relación con Manuela Sáenz; el impacto al enterarse del asesinato del mariscal Sucre; los últimos momentos de su vida y los preparativos para la repatriación de sus restos a Venezuela. Todo esto en el convencimiento, como afirma el prologuista Manuel Trujillo, "de que su fascinación y grandeza se hacen mayores cuando se le mira como a un semejante cuyo genio y talento transforma no solo el sentido de nuestra existencia sino también el concepto que teníamos del mundo que nos tocó compartir. Ese fue el Bolívar para sus contemporáneos y ese es el Bolívar que debe trascender hasta nuestros días, con el aditamento de un hombre del cual pensamiento y obra aún poseen vigencia a causa de su genialidad".

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Biblioteca Ayacucho

BANCO CENTRAL DE VENEZUELA

ISBN: 978-980-276-506-5

Colección Paralelos